



PHILIPPE CAVALIER

LOS LOBOS DE

BERLÍN

EL SIGLO DE LAS QUIMERAS II

Lectulandia

Thörun Gärensen, el coronel David Twep, el senador Lewis Monti, Lord y *Lady* Bentham... personas de origen y condición distintos, alejadas unas de otras tanto por los años como por la educación o la cultura, habían sellado, sin embargo, una alianza muda para acabar con Laüme y Dalibor Galjero. Lobos ebrios de venganza llegados de los cuatro puntos cardinales se habían encontrado instintivamente para dar caza a las dos malvadas criaturas que habían trastornado sus vidas para siempre.

Lectulandia

Philippe Cavalier

Los lobos de Berlín

El siglo de las quimeras - 02

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *Les Loups de Berlín*
Philippe Cavalier, 2009
Traducción: Luis Miralles de Imperial Llobet
Diseño de cubierta: Eva Mutter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Feliz quien conoce la causa secreta de las cosas
Virgilio

PRÓLOGO

De entre ellos, los que manejaban con destreza el látigo o el cuchillo formaban el grupo más numeroso. Cocheros de simón con los hombros endurecidos a fuerza de tirar todo el día de las riendas, o también carniceros o talabarteros de gruesas falanges, engrosadas de crispase sobre el mango de su herramienta. Luego venían los mozos de estación y los descargadores del muelle: hombres inmensos diestros en pelear con las manos desnudas y cuyos cuerpos, habituados al *knut*, el látigo de los capataces, podían encajar los golpes más violentos. También estaban los trotamundos, vagabundos desharrapados que un día se habían echado un hatillo a la espalda y ahora arrastraban su figura enjuta por las carreteras de la región. Jornaleros de Moldavia, antiguos pescadores del mar de Azov, dependientes de Tscherkassy que habían creído que, con el cambio de siglo, la poderosa Odessa sería clemente con ellos, como lo había sido con los hermanos polacos que habían acudido a la ciudad para prosperar cincuenta años antes, justo después de la guerra de Crimea.

Pero esa época fácil había quedado atrás, y los miserables tampoco habían encontrado trabajo allí. En los caminos encajonados o en los senderos que rajaban las turberas, habían recogido pedazos de ladrillo, viejos clavos de construcción oxidados o esquirlas de vidrio que habían rodeado de trapos, y con estas armas irrisorias que sacaban de debajo de sus andrajos, mantenían a distancia a los *kulaks*, los campesinos terratenientes que les arrojaban piedras o pretendían apalearlos cuando se acercaban a las granjas y los pueblos en busca de comida.

Los últimos —un puñado— eran también los más jóvenes, casi unos niños. Ninguno tenía más de veinte años. Vestidos con largos abrigos grises y equipados con gorras forradas de piel y guantes de lana, los muchachos iban calzados además con botines de auténtico cuero, cuyos talones, reforzados con hierros, apenas estaban desgastados. Ellos eran los únicos que realmente sabían leer y escribir. Y también contar. ¡Y lo que era aún mejor, eran capaces de pesar, medir y dosificar! Estos jóvenes eran estudiantes de la Academia de Ciencias, y no ocultaban navajas ni garrotes emplomados en sus talegos. Su arma era el conocimiento de los materiales y las mezclas, las cristalizaciones y las destilaciones, las saturaciones y las sublimaciones. Cada vez que abandonaban las anchas calles de los barrios viejos para navegar a lo largo de la costa con sus esquifes y atracar en la isla del gran delta, traían consigo un poco de potasa o de azufre robados, con gran riesgo, de las reservas del laboratorio de la facultad.

Ruben Hezner era el mejor en este juego. A sus diecisiete años, flaco como un gato callejero, de ojos negros y cabellera alborotada, Hezner era el más inventivo y el más bien dotado de los aprendices de químico. Y el más entregado a la causa también. Bajo su severo control, sus condiscípulos realizaban las mezclas, las

reducciones y las decocciones de los componentes; pero sólo él procedía al ensamblaje de los ingenios mortíferos. Aquellas bombas artesanales, cuyas entrañas estaban repletas de cortantes pedazos de metal y sus cuerpos de acero empernado cuidadosamente envueltos en una gruesa tela alquitranada, permanecían ocultas bajo el pavimento de un edificio en ruinas que el viento del estuario manchaba de un fango verde del que emanaba un tufo pestilente. Así, lentamente —demasiado en opinión de los muchachos—, se iba constituyendo un pequeño arsenal. En Odessa nadie sabía que esos braceros, artesanos, vagabundos y escolares se reunían allí, aprovechando la doble protección que ofrecían los juncos y la bruma que bañaba permanentemente la isla de Borodín; nadie excepto algunos notables de la comunidad que de vez en cuando les daban un puñado de rublos o les prestaban barcas para que se dirigieran a su refugio.

Habían discutido durante mucho tiempo antes de decidir donde se reunirían y se entrenarían. Hasta el día en que se inclinaron por una de las islas desiertas de la desembocadura del Dniéster: un lugar fácil de defender y que a su vez facilitaría la huida en caso de amenaza. Z'ev había encontrado la solución. Z'ev era el cabecilla. Un tipo fornido de veinticuatro o veinticinco años, estudiante de Derecho y periodista, de mandíbula cuadrada y cejas siempre fruncidas. En realidad todo había partido del compromiso de Z'ev. Del miedo que un día había crecido en él hasta asfixiarle, miedo a que en la ciudad se produjera un pogromo como el que acababa de vivirse en Kirichev. Miedo a que de nuevo no se moviera un dedo para impedir las humillaciones, los golpes, el pillaje, los asesinatos. Miedo, sobre todo, a que sus semejantes nunca tuvieran el valor de levantar la cabeza y hacer frente, juntos, a sus atacantes, como un rebaño de animales agrupados en círculo para repeler mejor a los lobos. Z'ev había permanecido en ese estado, tembloroso y febril, hasta el día en que había descubierto los poemas de Bialik, un simple maestro de Odessa cuyas frases habían provocado en su interior un incendio, una revuelta, y, sobre todo, habían reavivado su orgullo de pertenecer a un pueblo exiliado que erraba por los caminos desde hacía cien generaciones.

—Los que piensan que la *Haskala* es la solución para poner fin a nuestros tormentos se equivocan, Z'ev —le había dicho un día el poeta, mientras los dos estaban sentados en un banco del parque Tamozhennaya, frente al mar—. No será olvidar nuestra historia, renegar de nuestro pasado y de nuestra identidad para tratar de asimilarnos plenamente a los europeos lo que nos salvará. Bien al contrario. Nosotros somos diferentes. Hay que aceptarlo y sacar las debidas conclusiones. Yo escribo para la revuelta y el orgullo. Y tú debes traducir mis palabras en actos. Pronto, juntos, conseguiremos que nuestros hermanos abandonen este país, y partiremos con la cabeza bien alta, como hombres libres, no como criados poco complacientes despedidos por su amo. Es la única condición para queelijamos nosotros mismos el destino de nuestro viaje: Alyal ¡El retorno a Sión para todos los judíos!

El fervor profético de Bialik había barrido los temores de Z'ev. En apenas unas semanas, el periodista había aglutinado a los primeros compañeros. Al principio fueron Ruben Hezner y los chicos de la escuela de química, luego los héroes de los muelles, los carniceros del gueto y los peregrinos de los caminos... Todos convencidos de pertenecer a un mismo pueblo, todos cansados de tener que bajar siempre los ojos y ahora orgullosos de pertenecer a la nueva milicia clandestina de la comunidad judía de Odessa. Pero aún tenían que ser prudentes. No descubrirse antes de ser bastante numerosos, de estar armados como verdaderos militares y correctamente adiestrados. A ese fin servía la isla de Borodín, tan vasta como un campo de maniobras, con su paisaje de dunas, barrancos y árboles retorcidos, y sobre todo perpetuamente sumergida en las brumas del río: para formar a hombres capaces de reaccionar con rapidez, de forma ordenada, constituyendo una tropa eficaz y disciplinada. Allí Z'ev designaba a los jefes de barrio e instruía a los vigilantes de las calles. Los mendigos se entrenaban para observarlo todo e informar de los rumores que circulaban por la ciudad, mientras que los elementos duros del grupo perfeccionaban su capacidad de combate golpeando sacos de arena con bastones y látigos o clavando sus cuchillos en balas de paja a las que se había dado la forma de un hombre. Sin embargo, pese a toda la energía que desplegaban, de la entrega de que daban muestra, a pesar incluso de las bombas de Hezner, Z'ev sabía que aquellos desgraciados no resistirían mucho tiempo si tenían que enfrentarse a acontecimientos de gran magnitud. Había oído relatos angustiosos de la masacre de Kirichev que sugerían, sin lugar a dudas, que algo nuevo estaba germinando en el Imperio, e incluso, tal vez, en toda Europa. Kirichev no había sido una simple algarada antijudía, como las que a veces se desataban cuando el populacho ruso volcaba cobardemente su cólera contra quien era más débil que él. No. Kirichev había sido una masacre sistemática, organizada. Desde hacía tiempo se sabía que la *Ojrana*, la policía secreta del zar, estaba dirigida bajo mano por aristócratas cuyo odio por los judíos era proporcional a sus líneas de crédito en las cuentas de los grandes banqueros asquenazíes de San Petersburgo, Kiev o Moscú. Se extendían rumores entre la población. En los medios burgueses circulaban folletos con escritos cargados de veneno que explicaban cómo los judíos se reunían en los cementerios para desenterrar cadáveres cristianos y practicar la magia del Diablo, o cómo los jefes ocultos de los hijos de Sión urdían, de un continente a otro, la ruina del mundo blanco. En el horizonte se elevaban, pues, nubes amenazadoras que indicaban claramente que los tiempos iban a cambiar. Que los judíos, definitivamente, deberían encontrar, de grado o por fuerza, una tierra que fuera para siempre su casa y de donde nadie se atreviera a expulsarles. Pero para que esta esperanza germinara había que enseñar los dientes. Mostrar que había pasado la época en que estaban dispuestos a recibir la muerte sin reaccionar. Y para probar la nueva fuerza de los hijos de Abraham no bastaría con algunos cuchillos y unos pocos artefactos explosivos fabricados por muchachos. Necesitaban algo más. Necesitaban fusiles, Z'ev lo sabía.

De modo que, con Ruben Hezner como único compañero, había partido sin informar a nadie del destino de su viaje. Los dos hombres habían vuelto con el rostro demacrado y las pupilas brillantes, como después de un largo ayuno, pero las arrugas de angustia que habitualmente surcaban sus frentes habían desaparecido. Z'ev y Ruben habían encontrado armas de verdad...

PRIMERA TUMBA DE LAS QUIMERAS

AGATHA JERUSALÉN

—¿David Tewp? ¿Coronel David Norman Tewp, del MI6, dice? No, no me han informado de su llegada. No hay nada previsto para usted. Comprenderá que, con la situación imposible que tenemos aquí, no tengo tiempo para hacerme cargo de todo. Tendrá que arreglárselas solo. ¡Lo lamento, amigo!

A Lucas Vincent Hartford, agregado consular británico de primera clase en Jerusalén, enfundado en su bonito traje de lino crema cortado a medida en Savile Row, parecía importarle un comino el respeto debido a los rangos militares. Ufano de sí mismo, el joven petimetre, un poco esnob y un poco inexperto, no podía resistirse a observar con una curiosidad casi ofensiva al hombre que se había sentado ante él, en el asiento para visitantes de su despacho de paredes tapizadas con un *chintz* con delicados motivos de rosas abiertas y palmas sinoples.

Ciertamente, el coronel Tewp, que contrastaba con su interlocutor como la noche difiere del día, no era en absoluto un hombre corriente. Su voz sorda, casi cascada, revelaba una larga costumbre de secretos murmurados, y bajo la capa de sus modales reservados, un buen observador podría descubrir una violencia interna, una ebullición, de la que no era posible adivinar la causa pero que parecía dispuesta a desbordarse en cualquier momento. Sin embargo, no era esa voz profunda y esa gestualidad excesivamente controlada lo que atraía la atención de Hartford. Había otro detalle que caracterizaba a Tewp. Un detalle incluso demasiado visible: una pieza de cuero que llevaba fijada sobre la nariz para disimular una mutilación que, descubierta, sin duda debía de ser horrible de contemplar. Y el agregado consular no podía apartar los ojos de ese pedazo de cuero, mientras se preguntaba qué aspecto debía de tener el coronel cuando se encontraba de nuevo solo y, al abrigo de las miradas ajenas, se quitaba la máscara. ¿Soportaba su propia imagen en el espejo? ¿Tenía una mujer valerosa que le ayudaba a sobrellevar este dolor, o se encontraba abandonado a sí mismo, como la ausencia de alianza en el dedo hacía suponer? ¿De dónde extraía la fuerza para vivir? ¿Qué estratagema utilizaba para hacer frente a su desgracia? ¿Qué podía llegar a compensar la pérdida de un rostro? El agregado Hartford ya había visto a algunos mutilados de guerra: pobres tipos a los que habían cortado una pierna o que sólo tenían en el extremo de los brazos unos ganchos de hierro que reemplazaban a sus manos perdidas; pero era la primera vez que veía una «cara rajada», a un hombre marcado, no en sus miembros, sino en pleno rostro. Aquello le impresionaba, le fascinaba y le espantaba a la vez. A la vista de este terrible espectáculo, Hartford no podía evitar bendecir las relaciones que le habían permitido mantenerse lejos del frente todos estos años de conflicto con Alemania, esas mismas relaciones que habían intervenido de nuevo en su favor para hacerle abandonar, dentro de unos días, esta maldita ciudad de Jerusalén, donde la agitación

antiinglesa estaba adquiriendo unas proporciones extravagantes.

Con las piernas cruzadas y manteniendo un silencio casi altanero, David Tewp no había respondido a la última frase del funcionario; se había contentado con clavar sus ojos marrón claro en los de Hartford. Petrificado en su asiento, el coronel no daba ninguna muestra de resignación, y parecía inútil esperar que abandonara por sí mismo el despacho consular a pesar de que le habían indicado que la demanda era inadmisibile. Un silencio incómodo se instaló entre los dos hombres durante un largo minuto en el curso del cual el joven *dandy*, con la frente súbitamente húmeda de sudor, trató de desanimar a su visitante simulando que reemprendía su trabajo interrumpido, pero pronto se dio cuenta de que el militar no era hombre al que se pudiera despachar con una estratagema tan descortés.

—Emm..., coronel —dijo por fin el funcionario, después de enjugarse el sudor de las sienes con un bonito pañuelo de seda—, creo que de hecho podré arreglar su asunto. Momentáneamente, al menos... Vaya de mi parte al hotel King David, donde el Estado Mayor ha establecido sus cuarteles, y pregunte por el capitán O'Reilly, del 1.º Batallón Real de Fusileros irlandés. El capitán está destinado aquí desde hace bastante tiempo y no es demasiado exigente en las cuestiones de procedimiento. Él sabrá orientarle mucho mejor que yo. En fin, por desgracia, es la única ayuda que estoy en condiciones de ofrecerle. Lo lamento mucho, créame, pero yo mismo estoy a punto de marcharme. Vuelvo a Londres el fin de semana. Mis poderes aquí ya son limitados...

No sabiendo cómo terminar la frase, Hartford dejó escapar una risa grotesca que pretendía ser calurosa, pero el hombre del MI6 ni siquiera esbozó una sonrisa a modo de respuesta. Sin una palabra de agradecimiento, sin concederle una sola mirada, el coronel se levantó y abandonó el despacho del funcionario sin estimar necesario estrecharle la mano, dejando al agregado medio incorporado en su asiento, pasmado y, sobre todo, terriblemente ofendido.

«¡Este Tewp es un desgraciado! ¡Tan feo como arrogante! —pensó Hartford, empleando los calificativos contrarios a los que hubiera utilizado para definirse a sí mismo—. ¡A ver si le salta una bomba a la cara en la calle y acaba el trabajo!»

En el mes de *Siván* de 5706 según el calendario hebreo, Jerusalén se sumergía en uno de los veranos más convulsos de su larga historia. Trece meses después del fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa, Palestina se había convertido en el epicentro de una inmigración masiva de supervivientes del genocidio, que, en sólo unos años, había exterminado a un tercio de la población judía. Bajo administración británica después del hundimiento del Imperio otomano, los antiguos territorios de los reinos de Judá y Galilea no eran una colonia inglesa como las otras. El coronel Tewp había podido comprobarlo ya antes de orillar el puerto de Haifa. En cuanto había entrado en la rada, el barco en que había embarcado en Marsella había sido abordado por lanchas

de la Royal Navy e inspeccionado por una sesentena de *tommies* armados que, durante casi cuatro horas, lo habían registrado a fondo, verificando las identidades de los ocupantes y repasando escrupulosamente la lista de pasajeros.

—Es sólo un primer control para despejar el terreno —le había dicho uno de los tenientes que estaban al mando al devolverle los papeles—. Las verdaderas formalidades se efectuarán en tierra. Y llevarán mucho más tiempo. Claro que no para usted, coronel. Sólo para los civiles...

¡Y Dios sabía que no faltaban civiles en ese viejo paquebote de crucero reconvertido, mal que bien, en un transporte para refugiados de camino a una tierra que no conocían pero que ocupaba todos sus sueños! De la primera a la tercera clase, los camarotes estaban atestados de gente, ocupados a veces por un número doble de pasajeros del que teóricamente debían contener. También había civiles instalados en los corredores y en los entrepuentes. ¡Se decía incluso que toda una familia acampaba en el puente de mando y se negaba a salir, forzando al comandante y a sus oficiales a saltar sobre el padre, la madre y los hijos para acceder a los instrumentos de navegación y leer los mapas! En cuanto a Tewp, el coronel había disfrutado del privilegio de disponer de un espacio para él solo. Su habitáculo no era muy grande, pero bastaba para satisfacer su necesidad de soledad. Esta comodidad no le había sido concedida en atención a su graduación, sino porque alguien había deslizado un bonito sobre con doscientas libras esterlinas en el bolsillo del contraamaestre.

Tal como le había anunciado el teniente, las formalidades de desembarco apenas le llevaron unos minutos. Tewp había sido el primero en poner el pie en la pasarela. Aunque su uniforme y sus galones hubieran bastado por sí solos para abrirle paso entre la multitud, fue su rostro el que hizo que la gente se hiciera a un lado espontáneamente al verlo, dominada de pronto por una angustia sorda cuyo origen no hubiera sabido explicar. En el puente, en torno a él, se había creado un vacío. Y era impresionante ver a esa multitud compacta, ansiosa por desembarcar por fin en la Tierra Prometida para iniciar por fin una nueva vida, abriendo paso, en medio de un silencio de muerte, al oficial inglés con la nariz de cuero...

En el muelle, los soldados estaban nerviosos. Llevaban su fusil en la mano y no colgado al hombro. Al extremo de la escollera, se veía un edificio ennegrecido parcialmente cubierto con una lona alquitranada.

—Una explosión voló la oficina de inmigración hace cinco días, mi coronel —explicó un ordenanza mientras Tewp subía al coche que le llevaría a Jerusalén por la carretera del sur—. Nueve muertos entre los nuestros, una quincena de árabes e incluso dos judíos; esto vuelve a empezar, como cuando Stern aún estaba vivo. ¡Peor, incluso! Todo esto acabará mal. ¿No lo cree así, mi coronel?

Pero Tewp, con la mente en otra parte, muy lejos de los problemas políticos de Palestina y Transjordania, no se dignó responder al chófer. Él ya había tenido que pasar por guerras civiles larvadas, por situaciones preinsurreccionales. Aquello no le daba miedo. Su carrera se había iniciado así. Exactamente diez años antes, a finales

de 1936, en Calcuta, cuando los nacionalistas hindúes imaginaban que podrían aliarse con los alemanes para extraer a la perla de las Indias del tesoro imperial inglés. Pero esa locura había fracasado, ahogada en sangre. Los Tigres del Ejército de la India libre habían encontrado la muerte en los campos de batalla de Europa vistiendo el uniforme *feldgrau* de la Wehrmacht, mientras Chandra Bose, su líder, desaparecía para siempre en pleno cielo, en algún lugar por encima del inmenso territorio de la URSS. De la patética epopeya de estos hombres apenas quedaba ya gran cosa ahora, a no ser, tal vez, el recuerdo que David Tewp conservaba de ella. David Tewp, coronel de los servicios de información británicos, que guardaba más de un secreto de Estado en los pliegues de su memoria...

El hotel King David era un imponente edificio rococó ocre claro que dominaba la Ciudad Vieja, apenas a unos centenares de metros del Muro de las Lamentaciones y del monte del Templo. Una de sus alas albergaba las oficinas del secretariado del gobierno, y otra el cuartel general de la comandancia militar, mientras que el resto proseguía como si nada con su vida de palacio, uno de los más vastos y lujosos de todo Oriente Medio. A Tewp no le fue difícil encontrar a O'Reilly.

El capitán de fusileros era un hombre de unos cuarenta años, sólo cinco o seis años mayor que el coronel, que parecía combinar felizmente una jovial despreocupación con una irreprochable conciencia del deber. Aunque en sus labios siempre flotaba una sonrisa, ésta no constituía una manifestación de ironía, sino que era más bien el signo de un fatalismo nacido de la experiencia y de un optimismo natural a toda prueba. Desde el principio, Tewp se sintió cómodo con este hombre que había visto demasiadas cosas en el curso de su carrera para preocuparse por una prótesis de cuero que desfiguraba el rostro de un soldado. Para Morgan O'Reilly esta herida probaba, al contrario, que Tewp había merecido sus galones en el frente exponiéndose como un simple *private*, algo que no podía decirse de todos los oficiales con los que se había cruzado en estos últimos años. Su primera conversación fue breve y directa: ni uno ni otro sentían la necesidad de andarse con circunloquios.

—Capitán O'Reilly —dijo Tewp después de que los dos hombres se hubieran sentado en un rincón apartado del lobby del hotel—, no le haré perder el tiempo inventando falsas razones que su instinto le haría descubrir en unos días, si no en unas horas. Aunque me haya sido recomendado por un alto funcionario cuyo aspecto y maneras me desagradaron desde el primer instante, he decidido confiar en usted, un miembro de los fusileros irlandeses, antes que en mis colegas del MI6 destinados en Jerusalén, ya que la razón de mi venida a Palestina no tiene ninguna relación con los acontecimientos políticos que se desarrollan aquí.

La introducción era franca, casi brutal. Sin embargo, O'Reilly no se inmutó. Su cuerpo fornido pero algo grueso, pesado, no se movió ni un milímetro. Después de una pausa, el coronel prosiguió.

—Voy, simplemente, en busca de un hombre, un judío, del que sé que abandonó Europa a finales de 1945 para instalarse aquí. ¿Cree que podrá ayudarme, capitán?

O'Reilly levantó las cejas y tendió la mano hacia la mesa baja donde había dejado su gorra. La hizo girar un instante sobre su índice mientras reflexionaba sin emitir ningún sonido, excepto un ligero silbido entre dientes.

—Con todos los respetos, coronel, encontrar hoy a un judío en Jerusalén no es precisamente tarea fácil —dijo por fin—. Todos los días llegan en cargueros, por más que los filtremos tanto como podemos. Cuando no pueden desembarcar en Haifa, llegan por el Líbano o incluso por Egipto. Es una marea continua desde hace doce meses. Supongo que conocerá los problemas que esto genera aquí.

Tewp se limitó a asentir con la cabeza para indicar que estaba al corriente de la situación de Palestina desde el final de la Primera Guerra Mundial. Expulsados por los árabes, a los que los británicos habían seducido con el señuelo de una completa independencia, los otomanos habían dejado tras ellos un territorio casi vacío, que el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, el imprudente lord Arthur Balfour, había destinado torpemente al establecimiento de un hogar nacional judío. Porque, por despoblada que estuviera, Palestina estaba lejos de ser un desierto. Allá vivía gente, poblaciones que no tenían intención de permitir que colonos judíos llegados en masa les desposeyeran de sus ciudades y sus campos. Así, a partir de los años veinte se habían producido enfrentamientos sangrientos entre la comunidad recién llegada y los autóctonos. Enfrentamientos que se habían calmado un poco durante la Segunda Guerra Mundial, pero que se habían reanudado con mayor violencia si cabe desde el fin de las persecuciones nazis y el éxodo masivo de los judíos a la Tierra Prometida.

—Nosotros, los británicos, estamos entre el martillo y el yunque —explicó O'Reilly—. Dos instrumentos que hemos forjado con nuestras propias manos, me atrevería a decir. Por un lado, los palestinos han dejado de confiar en nosotros desde hace tiempo y nos acusan de entregar sus tierras en compensación por los crímenes cometidos en Europa. Y por otro, los judíos ya se consideran en su casa aquí, y nos tratan como a una potencia ocupante. No sólo atacan a los árabes para expulsarlos de Palestina, sino que nos atacan a nosotros, porque piensan que somos sus enemigos. Hostigan a las patrullas, ¿sabe? Atacan depósitos de armas. Ha habido bajas entre los nuestros. Palestina y Transjordania se han convertido en un auténtico nido de víboras. El tipo que anda buscando... supongo que tendrá cosas que reprocharse, ¿no? Será un clandestino, evidentemente...

—No estoy completamente seguro, pero es más que probable —había soltado Tewp con un suspiro de resignación— Sé que no será fácil echarle el guante en una ciudad donde la población nos es hostil y donde cada rostro puede ser el de un saboteador.

—¿Su nombre, coronel? Porque supongo que al menos sabrá su nombre...

—Hezner. El hombre que busco se llama Ruben Hezner. Es su verdadero nombre. Tiene unos sesenta años. Es un asquenazí originario de Odessa. Por desgracia, sólo

tengo un retrato suyo.

Tewp sacó de su cartera un pequeño rectángulo de cartón brillante que tendió a O'Reilly. La foto no era de muy buena calidad, y los colores, pasados, habían perdido su viveza; pero de todos modos podían distinguirse los rasgos de un hombrecillo con una hermosa barba negra bien recortada, vestido con un elegante traje oscuro, sonriente, sentado con aire indolente en un salón de gala con un retrato de gran tamaño colgado en la pared.

O'Reilly lanzó una exclamación de sorpresa. Su gorra cayó al suelo, sin que el capitán se preocupara de recogerla.

—¿Es...?

—Sí, capitán. ¡Ruben Hezner está sentado bajo el retrato de Adolf Hitler, y no parece sentirse en absoluto incómodo! Esta fotografía se tomó en Berlín, en 1943, en las oficinas de uno de los institutos de la SS. La obtuve de un hombre que conoció muy bien a Hezner en esa época. Comprendo su desconcierto. Es una larga historia. Y le prometo que un día se la contaré. Cuando haya localizado a mi hombre...

Morgan O'Reilly era un tipo simple. Aunque no perteneciera a su regimiento, el coronel Tewp seguía siendo un superior, y su deber era prestarle asistencia si se lo pedía. Durante unos días, O'Reilly se esforzó, pues, en encontrar el rastro de Ruben Hezner entre los papeles de la oficina de aduanas, pero no hizo más que perder su tiempo. Ningún Hezner había sido registrado como inmigrante en Palestina en el curso de los últimos dieciocho meses. Era evidente que proseguir con el rastreo de este hombre en las listas oficiales no conduciría a nada.

—Tengo, a la vez, una buena y una mala noticia para usted, coronel —dijo el capitán cuando volvió a encontrarse con Tewp en su habitación del King David en la cuarta noche de su colaboración—. En primer lugar, y como en los días precedentes, no he encontrado ningún dato sobre Hezner. Ni la sombra de una ficha. Si está aquí, es un clandestino. Por otra parte, y ésta es la buena noticia, ¡en adelante ya no estaré en condiciones de encargarme de su asunto!

La sonrisa que mostraba O'Reilly dejó perplejo a Tewp por un instante. El coronel aún estaba pensando en una réplica, cuando O'Reilly prosiguió con su explicación:

—Lord Cunningham, nuestro alto comisario en Palestina, ha decidido lanzar una vasta operación de limpieza en respuesta a un ataque a un depósito de la RAF, en Haifa, que ha causado varios muertos entre nuestros muchachos. Mañana por la mañana, a las cuatro, se lanzará la operación Agatha. Se cerrará toda la ciudad. Todos los regimientos serán movilizados, los paracaidistas, los fusileros, todo el mundo... Yo incluido, claro. ¡Por lo que sé, el estado de emergencia se prolongará al menos diez días! Será imposible circular sin autorización. Se prevén miles de arrestos. ¡De nada le servirá su escondite, Hezner no podrá pasar por las mallas de la red!

Cunningham hará el trabajo por nosotros. ¡No tendrá más que coger a este individuo en el campo de prisioneros donde esté internado! Excelente, ¿no le parece? —exclamó el capitán golpeando ferozmente la mesa con la palma de la mano.

En respuesta, Tewp esbozó una mueca de disgusto incomprensible para el capitán. El hombre del MI6 se ajustó la corbata, se levantó del sillón y fue a abrir la ventana de par en par para disfrutar del frescor de la noche, que ascendía en oleadas de las colinas cercanas. Fuera, brillantes como fuegos de hielo, las estrellas dibujaban figuras en el firmamento. Tewp se inclinó sobre el balcón de su habitación y echó un vistazo a las primeras parejas que se instalaban para cenar en la terraza del Regence, el restaurante del hotel, al borde de la inmensa piscina con reflejos de jade. Las mujeres, ataviadas con largos vestidos de telas ligeras, eran hermosas, y los hombres, con frac y pantalón rayado, se parecían todos a Fred Astaire. La ciudad estaba en guerra, el país estaba en guerra... pero ¿quién, entre esa gente, quería admitirlo?

—¿Coronel? —exclamó O'Reilly, indeciso—. Es una buena noticia esta operación Agatha, ¿no?

—La peor de todas, O'Reilly. La peor de todas...

Al alba del 28 de junio de 1946, centenares de camiones y de vehículos militares penetraron en Jerusalén para inundar sus calles con diecisiete mil *tommies* galvanizados por el vibrante discurso que acababa de pronunciar lord Cunningham. Decididos a limpiar de una vez por todas la ciudad de los insurrectos que desde hacía meses les hacían la vida imposible, los soldados iniciaron una gigantesca y metódica operación policial que se prolongaría durante días y colocaría a la Ciudad Vieja bajo la ley marcial. Los primeros objetivos de los ingleses fueron las oficinas de las agencias judías, que fueron concienzudamente registradas y luego cerradas una tras otra, aunque no mantuvieran ningún lazo directo con el Irgun, la célula terrorista que coordinaba los atentados contra las tropas británicas. Como había anunciado O'Reilly, hubo arrestos en masa y duros interrogatorios para intentar sonsacar nombres, direcciones, localizaciones de escondites de armas. Mientras duró la operación Agatha, la ciudad estuvo rodeada de barricadas que impedían a cualquier persona tanto entrar como salir de ella. La población ya sólo se arriesgaba a salir de sus casas unas horas al día para asegurarse el abastecimiento de agua y alimentos. Las tiendas de comestibles apenas levantaban ya sus cierres metálicos, mientras que las administraciones y las compañías privadas habían cerrado sus puertas a cal y canto.

En el King David, Tewp ardía de impaciencia. Desde su habitación del quinto piso, veía elevarse el polvo que levantaban las ruedas de las autoametralladoras *Staghounds*, que circulaban a toda velocidad por las calles situadas por debajo con las escotillas cerradas. Por la noche, al borde de la piscina, las velas permanecían apagadas, y las mesas, vacías. Recluidas en sus villas de los barrios elegantes, las mujeres hermosas ya no venían a mostrarse en la terraza del hotel. El tercer día del

bloqueo, el capitán O'Reilly fue a visitar por su cuenta al coronel del MI6. Su uniforme estaba arrugado, y tenía las botas cubiertas de polvo. Un ligero velo gris sobre sus mejillas indicaba que no había tenido tiempo de afeitarse desde la víspera.

—No tengo noticias de su Hezner, coronel, pero no le he olvidado —dijo el irlandés a modo de excusa por haber sido enrolado en las grandes maniobras instigadas por lord Cunningham— Como tenía unas horas libres, he decidido hacerle una visita.

—Aprecio su gesto. ¿Cómo se desarrollan las operaciones en la ciudad? ¿Se están obteniendo los resultados previstos? —preguntó Tewp, más por cortesía que por auténtico interés.

—Humm... —murmuró O'Reilly con una amplia sonrisa—. Eso está por ver... Hemos encontrado grandes cantidades de armas. Y no sólo fusiles y bombas artesanales. El Irgun es un verdadero ejército clandestino. Con morteros, ametralladoras... ¡Incluso hemos encontrado un carro ligero oculto en un garaje, en una casa frente a un puesto de policía! ¡Los tipos habían tratado de camuflarlo como un tractor, con planchas pintadas! ¿Se lo imagina? Tienen que estar muy envalentonados para atreverse a hacer algo así.

La anécdota arrancó una sonrisa entristecida a Tewp.

—Esta gente está animada por la ingenua energía que les da la certidumbre de estar luchando por una causa superior, eso es todo —comentó acercándose a la ventana y lanzando una ojeada a los jardines—. Oiga, capitán, supongo que debe de estar hambriento. ¿Aceptaría una invitación a cenar? En el restaurante del hotel, claro. Estoy seguro de que podrán servirnos algo más apetitoso que lo que dan en el comedor de oficiales.

O'Reilly no era el tipo de hombre que se anda con remilgos ante la perspectiva de una buena comida. Por más que considerara extravagante la propuesta de Tewp, el capitán aceptó encantado.

Los dos hombres bajaron a la sala del restaurante, uno impecablemente ceñido en un uniforme limpio, y el otro mugriento, apestando a sudor y con las uñas ennegrecidas después de haber pasado dos días sin dormir registrando sótanos y patios traseros en la Ciudad Vieja. No había casi nadie en el amplio comedor del King David, e incluso la mitad del salón estaba sumergida en la oscuridad. Dos o tres parejas, que parecían incómodas, encogidas en sus sillas como cachorros espantados por la tormenta, se esforzaban heroicamente en picar un poco de salmón o de capón con la punta de sus cubiertos de plata dorada. Sus conversaciones, sin risas, sin sonrisas siquiera, se desarrollaban en voz baja, como si estuvieran velando a un muerto. Los pocos ventiladores que aún funcionaban apenas conseguían renovar el aire. La atmósfera asfixiante del lugar irritó al coronel, que exigió al encargado que les prepararan una mesa al borde de la piscina, ahí donde, unos días antes, se movían despreocupadamente los personajes más destacados de la buena sociedad anglo-palestina.

Aunque agotado, O'Reilly disfrutaba visiblemente del instante. Un poco aturdido por la fatiga, desconcertado por el entorno y relajado por este descanso inesperado, el capitán pronto empezó a hablar en voz alta contando su vida entre bocado y bocado, salpimentando el relato de su hoja de servicios con un punto de exageración, mientras el coronel le iba llenando la copa con vino de Chiraz, más divertido que irritado por las pequeñas mentiras pueriles de que se hacía culpable. A pesar de que era unos años más joven que el oficial de los fusileros reales irlandeses, Tewp había comprendido hacía tiempo que la mayoría de los hombres sufren de una necesidad de reconocimiento que devora incluso a los mejores y que puede empujarles al mal aunque no siempre sean conscientes de ello. Este O'Reilly, por valeroso y bueno que fuera, se preguntaba Tewp mientras dejaba de lado su propia cena para observar mejor a su invitado, ¿hubiera podido también ceder a la traición, a la infamia, si eso le hubiera reportado una ventaja? Por desgracia, Tewp presentía que sí. En los diez años que habían pasado desde que se había enfundado por primera vez el uniforme, siguiendo los consejos de Leslie Colrow, el profesor de Derecho que con sus intrigas había facilitado su entrada en el MI6, Tewp no había dejado de tropezarse con hombres ávidos. Ávidos de poder. Ávidos de riquezas. Ávidos de dominio. Hombres que sólo actuaban por depravación, cobardía o interés. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba rostros, siluetas encontradas en el curso de todos esos años en las Indias y en Europa oriental, en todos los lugares a los que el destino le había conducido. ¿Cuántos amigos verdaderos podía contar entre todos los que un día se habían cruzado en su camino? Estaban Garance de Réault, la francesa; Nicol, el capitán médico de Calcuta... Y naturalmente Habid Swamy, el pequeño caporal hindú que había aceptado abandonarlo todo para morir en las llanuras heladas a mil leguas de su país y de su esposa. Y también Grigor Tenidzé, el antiguo comisario político georgiano que había asumido riesgos increíbles para salvar a unos niños que eran para él unos perfectos desconocidos. Una mujer y tres hombres solamente. Cuatro almas desinteresadas aisladas entre centenares de otras que sólo habían dado prueba de egoísmo, violencia o codicia. Porque, Tewp lo había comprendido desde hacía tiempo, el alma humana no es más que un océano de villanía y su color es el negro. Negro como la envidia, negro como el miedo, negro como el crimen...

Tampoco él escapaba a esta oscuridad devoradora. Tewp era un criminal. Había matado. A pesar suyo. En otro tiempo... Pero sabía que podría matar de nuevo. Peor aún, hacía tiempo que toda su existencia no era más que un inmenso, incontestable deseo de matar. De apagar para siempre el aliento vital de dos seres con los que se había cruzado un día, casi diez años antes, en las orillas del Ganges. Matar a Dalibor y Laüme Galjero, los asesinos de niños de Calcuta. A eso consagraba su vida ahora. Ésa era la misión que había jurado cumplir. Después de haber sido un perseguidor solitario durante mucho tiempo, ahora ya no llevaba a cabo esta caza en solitario. Aliados inesperados se habían unido a su causa. Primero fueron lord y lady Bentham, de duelo por su hijo Patrick y su hija Sybil, adolescentes soñadores, frágiles,

seducidos y luego sacrificados por los Galjero en el curso de una noche durante la cual el hermano y la hermana se habían ofrecido en oblación a sus sobornadores. Luego había aparecido Thörun Gärensen, el gigante rubio con un innato aire de *junker* que le había salvado la vida cuando luchaba a muerte con Ostara Keller, la discípula del matrimonio Galjero. Finalmente se había unido a él el senador norteamericano Lewis Monti, un hombre duro, de probidad hartamente dudosa pero terriblemente influyente, que también perseguía a los rumanos con un odio inextinguible. Todas estas personas, que no podían tener caracteres más diferentes, alejadas unas de otras tanto por los años, como por la educación o la cultura, habían sellado, sin embargo, una alianza muda para encontrar y castigar a los Galjero. Lobos ebrios de venganza llegados de los cuatro puntos cardinales se habían encontrado instintivamente para dar caza, en jauría, a las dos criaturas que habían trastornado sus vidas para siempre.

—¿Coronel Tewp? ¿Es usted el coronel Tewp, señor?

Con los párpados cerrados, perdido en sombríos pensamientos, Tewp no había prestado atención al botones con *spencer* blanco que se acercaba hacia él. Tocado con un gorro redondo adornado con el escudo del establecimiento y sostenido por una ancha cinta elástica, el empleado apretaba contra su pecho una pizarra en la que aparecía, escrito con tiza, el nombre del inglés.

—Tiene una llamada telefónica internacional, señor. Puede responder en una de las cabinas de la recepción, si lo desea.

Balbuzeando por compromiso una vaga excusa, Tewp abandonó la mesa sin remordimientos. Concentrado en masticar con lentitud un enorme pedazo de buey a las finas hierbas, O'Reilly hacía un buen rato que tenía la mirada de un hombre embotado por un exceso de buen vino.

NATHAN KATZ

Morgan O'Reilly no había sentido en su vida una impresión tan desagradable como el funesto día en que, siendo un niño, había remontado inocentemente hasta la fuente de un desfile de pompas de jabón para izarse, con la única ayuda de sus brazos regordetes, por encima de la barandilla del fregadero. Después de haberse precipitado con la cabeza por delante en el agua gris, el irlandés había conservado durante años el recuerdo abrasivo de los líquidos detergentes que habían invadido con una velocidad niagaresca todos sus conductos naturales. La rememoración de esta aventura —que le marcaría para siempre con una desconfianza compulsiva hacia cualquier producto más o menos saponífero— fue el primer pensamiento consciente que estalló en su cerebro ofuscado por el Chiraz cuando su nariz y su garganta recibieron en frío un gran trago del agua clorada de la piscina del King David. O'Reilly, que era un nadador aceptable a pesar de sus antecedentes de hidrofobia, no tuvo demasiadas dificultades para coordinar sus movimientos y propulsarse con algunas brazadas hasta la escalerilla, donde la mano de David Tewp sujetó la suya y le arrastró vigorosamente fuera de la piscina. Con un aspecto lamentable, chorreando agua, escupiendo, tosiendo y bufando, el irlandés, que aún no había recuperado por completo la sobriedad, comprendió que debía su infortunio al austero coronel de la nariz de cuero. Un largo hilillo de moco le colgaba de la nariz, e hizo el gesto de buscar un pañuelo en sus bolsillos. Compadecido, Tewp le tendió el suyo.

—Lamento haberle puesto en este estado, capitán. La culpa es sólo mía. No hubiera debido invitar a beber a un hombre tan agotado. Pero los acontecimientos se precipitan. Tengo necesidad de usted. De su lucidez inmediata. Espero que no me guarde rencor.

El tono de desolación era sincero. Tewp no fingía su embarazo. Las formas habían sido rudas, ciertamente, pensó O'Reilly, pero este coronel fuera de la norma no le desagradaba. El oficial de los fusileros reales prefirió encajar el contratiempo con una sonrisa.

—Reconozco que tenía necesidad de un buen baño, coronel; pero si me lo hubiera pedido cortésmente, hubiera preferido tomar una ducha en mi cuartel. ¡Sin ropa!

—¡Pero si se lo pedí cortésmente! —replicó Tewp, que se permitió palmearle familiarmente la espalda a modo de consuelo—. Se lo aseguro, capitán. Pero mostraba usted un interés infinitamente mayor por su vaso que por lo que tenía que decirle. Como, por desgracia, no tengo tiempo que perder, opté por una solución radical. ¿Sin rencor?

—Sin rencor, coronel. El método está olvidado. Dígame, ¿de qué quería hablarme?

—De un contacto, aquí, en Jerusalén. Un nombre que acaban de comunicarme y

que podría ser el hilo directo que nos conduzca a Hezner. El secretario Hartford me dijo que lleva usted mucho tiempo aquí. Hábleme de un tal Zino Saporta...

El nombre que Tewp había pronunciado resultó mucho más eficaz que el agua de la piscina. O'Reilly recuperó instantáneamente la sobriedad.

—Zino Saporta es el último de los temas de conversación que la gente se atreverá a abordar en su presencia en Jerusalén, coronel —observó O'Reilly mientras se despojaba de su guerrera y la dejaba secar sobre las baldosas rojas de la terraza—. Puede hablar todo lo que quiera de las facciones más extremistas del Irgun, de la banda Stern, de los francotiradores que convierten en diana a los civiles árabes. Incluso puede hablar de los disparos de mortero de los colonos contra los mercados autóctonos; pero será mejor que se guarde de mencionar a Zino Saporta... Es algo demasiado gordo. Ni siquiera lord Cunningham puede hacer nada. De modo que imagínese unos simples soldados como nosotros.

Tewp hincó las uñas en las palmas de sus manos. Hubiera querido dar libre curso a su impaciencia, a la cólera que sentía crecer en su interior, pero se contuvo y se contentó con respirar profundamente para hacer bajar el ritmo de sus latidos cardíacos. Con voz sorda, trató de convencer a O'Reilly de que le ahorrara cualquier clase de advertencia nebulosa.

—Me encuentro aquí en una situación difícil, capitán. Mi misión es encontrar a Hezner. Deprisa. A pesar de esta operación Agatha que lo complica todo. A pesar de la ausencia de ayuda oficial, dadas las circunstancias. Si me ayuda eficazmente, puede obtener algunas ventajas. Considerables, tal vez. Ya habrá imaginado que no busco a este hombre por un interés exclusivamente personal. Tengo apoyos. Serios. Poderosos. Podrían hacer algo por usted si se lo pido. De modo que ahórrese esos intentos de amedrentarme y vayamos al grano.

O'Reilly ya no sabía qué pensar. Con los ojos clavados en la punta de sus botas, parecía un escolar regañado por su maestro. Desde el momento en que se habían conocido, el capitán de los fusileros irlandeses había comprendido que este extraño coronel se movía al margen de la legitimidad militar. Aunque no dudaba ni por un instante que Tewp pertenecía efectivamente a la Firma, al S servicio de espionaje de la Corona, encontraba curioso que siempre hubiera rechazado entrar en contacto con alguno de sus colegas destacados en Jerusalén, que eran, por otra parte, numerosos. Que le hubiera escogido a él, un oscuro capitán de infantería, para respaldarle, no era normal. Aun en el supuesto de que su investigación no guardara ninguna relación con la guerra encarnizada que se libraba entre judíos y árabes, era evidente que Tewp tenía muchas cosas que ocultar. Pero ¿cómo podía negarse a hablar con él?

—Saporta —soltó por fin el capitán con evidente reticencia— es uno de los cabecillas de la mafia *kosher* en Palestina. Puede procurarle todo lo que quiera: la panoplia habitual de tráfico de blancas, juego y alcohol... O cualquier cosa que pueda interesarle. Pero no es eso lo que le convierte en intocable.

—¿Y qué es, entonces?

—Este tipo está en contacto directo con Mickey Cohen, el segundo de Bugsy Siegel, jefe de las «familias» judías de California. Y a partir de ahí creo que vamos a dar directamente con los servicios de información americanos... Pero eso es todo lo que sé. Supongo que podría descubrir mucho más por sí mismo si se dirigiera a su MI6.

—Los manejos de este hombre y sus contactos internacionales no son asunto mío. No estoy aquí para desenmascararle. Consígame una cita con Saporta, O'Reilly. Por cualquier medio...

Tewp esperó pacientemente dos días enteros sin salir de su habitación a que el capitán volviera a aparecer. Fuera, la operación de limpieza ejecutada por el ejército británico se endurecía después de las múltiples represalias que el Irgun había lanzado contra los soldados del rey Jorge VI. Cerca del Santo Sepulcro, tiradores emboscados habían atrapado a una patrulla en un fuego cruzado y habían abatido a cuatro *privates*. En la Puerta de Damasco, un cartucho de dinamita lanzado bajo un camión de transmisiones había despedazado a todos sus ocupantes. Y no muy lejos de la ciudad, en la carretera de Tel Aviv, un puesto de control había sufrido un ataque en toda regla con ametralladoras pesadas y granadas. Habían muerto nueve soldados. Un estado de insurrección parecía haberse instalado en todas las ciudades de Palestina, e Inglaterra, sola, incomprendida, criticada en el extranjero por una prensa que no dudaba en comparar el levantamiento de los colonos con la revuelta del gueto de Varsovia, ya no sabía qué hacer. En las Naciones Unidas, recién surgidas de las cenizas de la extinta Sociedad de Naciones de antes de la guerra, los diplomáticos del *Foreign Office* realizaban ímprobos esfuerzos para sumir a la región bajo control internacional; pero, soterradamente, los americanos, interesados en restar influencia a los británicos, retrasaban la toma de una decisión para evacuarles de la zona. Cuanto más tiempo viviera Gran Bretaña rehén de sus contradicciones en el avispero palestino, más rápido terminaría su sueño imperial. Un sueño que muchos, al otro lado del Atlántico, querían, desde hacía tiempo, continuar por su cuenta...

Tewp escuchaba en una gran radio de caoba el boletín de información local de la BBC cuando O'Reilly llamó a la puerta. Con voz nasal, el locutor desgranaba la lista de los ataques que acababan de producirse. Nuevos muertos, tanto británicos como árabes o judíos, venían a sumarse a la ya larga lista de víctimas.

—Después de dos mil años, Balfour ha animado a los hebreos a volver a ocupar su punto de partida —dijo el irlandés en tono fatalista—. Ahora que están aquí, quieren el poder. Lógico. No hay nada sorprendente en esto. No es más que la tendencia natural de la historia.

—No me sorprende, capitán. Aunque dudo que la historia tenga una tendencia natural, como usted dice. Sea como fuere, no es mi problema en este momento —replicó Tewp impaciente.

—Aún no sé si esto puede considerarse una buena noticia, coronel, pero ¡al menos es un golpe de suerte! No me equivoqué cuando le dije que Agatha nos proporcionaría una buena pesca. Esta mañana he visitado la prisión central. Untando algunas manos, he obtenido la lista de prisioneros. Entre ellos se encuentra un granuja de poca monta de los barrios bajos al que han cogido con un Colt 45 en el pantalón. Le conozco. Se llama Nathan Katz. Se ocupa de uno de los garitos clandestinos de Saporta. Un bastonazo, un poco de zanahoria, un nuevo bastonazo, y me apuesto lo que quiera a que le arreglaré una cita con su patrón. ¿Y bien? ¿Qué me dice?

—Digo que me va a conducir usted inmediatamente ante este hombre, capitán. ¡He estado encerrado en esta habitación demasiado tiempo!

Acantonado en el King David desde su llegada, Tewp apenas había visto ni podido conocer nada de la ciudad. Instalado ahora en el asiento trasero del Buick que le conducía hacia el centro penitenciario, el coronel quiso bajar el vidrio para respirar los perfumes de Judea, para saber si se parecían a los olores que había respirado durante tanto tiempo en las Indias. Polvorientas y vacías, las calles sólo le lanzaron a la cara miasmas mareantes que le dificultaron la respiración. Sus ojos se empañaron, la migraña le oprimió el cráneo y las lágrimas corrieron por sus mejillas. O'Reilly, que había echado una ojeada por el retrovisor, se dio cuenta. Quiso decir algo, pero la frase murió en sus labios.

—No se preocupe por mí, capitán —trató de tranquilizarle el coronel—. A veces mi herida me hace la vida difícil, pero sólo es una indisposición pasajera. He cometido una estupidez al bajar el vidrio, eso es todo.

O'Reilly no respondió. Hacía tiempo que su intuición le había hecho adivinar que a Tewp no le gustaba que se compadecieran de él. En su fuero interno, sin embargo, no podía evitar sentir una inmensa piedad por aquel hombre desfigurado, y por primera vez pensó que le hubiera gustado conocerle antes de que sufriera esta atroz mutilación. Trasladando su embarazo y su rabia al embrague del coche, el capitán pisó el pedal del acelerador y aprovechó la ausencia de circulación para rodar a toda velocidad hasta su destino.

O'Reilly, que había permanecido apartado mientras Tewp conferenciaba con la administración, nunca supo qué argumento había utilizado el coronel para obtener una entrevista privada con el detenido Nathan Katz. En cualquier caso, el capitán y el coronel pronto se encontraron en una habitación desnuda de paredes grises con una única ventana enrejada. Una bombilla brillaba débilmente en el techo del locutorio, cuyo mobiliario se reducía a una mesa de madera mal cepillada y tres sillas de enea con el asiento reventado. El oficial irlandés tuvo tiempo de fumar un cigarrillo antes de que dos policías militares hicieran su entrada, sujetando a un hombrecillo vestido con una informe camisa blanca manchada y un pantalón de lana sin cinturón, y calzado con unas sandalias de cuero cuyas correas estaban a punto de romperse. El

tipo llevaba las manos sujetas por unas esposas, que uno de los policías se disponía a abrir cuando Tweep le detuvo diciendo:

—No somos los abogados del señor Katz. Es un prisionero. Y seguirá siéndolo.

—¡A sus órdenes, sir! —espetó el soldado cuadrándose—. Esperaremos al final del interrogatorio en el pasillo. Puede llamarnos en cuanto haya acabado con el reo.

Katz elevó una mirada asustada hacia la máscara de cuero de Tweep mientras los policías militares abandonaban la estancia. La silueta del coronel inglés, situado en un rincón en sombras, alejado de la fuente de luz que caía del techo, se adivinaba más que verse. Inmóvil y muda, aquella figura que hacía que Katz, cuya estatura y complexión se situaban claramente por debajo de la media, pareciera casi un niño, resultaba aún más amenazadora.

—Soy un ciudadano legalmente declarado —empezó a justificarse con voz insegura—. Mi familia y yo llegamos aquí en 1937, de Sofía, Bulgaria. Desde 1937, le digo. Somos bien conocidos aquí... Soy una persona honorable... No sé qué estoy haciendo aquí... ¡Es un error! ¡Un error!

Tweep no se movió, se contentó con hundir sus ojos en los de Katz mientras O'Reilly se acercaba al hombrecillo por detrás y lo cogía de pronto por las axilas para alzarlo del suelo como si fuera un hércules. Agitando las piernas, con las pupilas dilatadas por el miedo, Nathan Katz empezó a gritar pidiendo auxilio en yiddish...

—Nadie vendrá a ayudarte, Katz —dijo O'Reilly con voz dura—. No nos hagas perder el tiempo con juegucitos estúpidos. Sé que me has reconocido. Yo también me muevo por Jerusalén desde hace bastante tiempo, el suficiente para saber quién eres, qué haces y para quién trabajas. ¡De modo que sé buen chico y escucha lo que va a decirte el coronel, o no tendré ningún escrúpulo en reventarte tu cráneo de huevo contra el canto de la mesa! La única molestia que esto me causaría sería que después tendría que lavarme la camisa. ¿Empezamos a entendernos?

El discurso del irlandés calmó súbitamente a Nathan Katz, que al instante dejó de gimotear y de agitarse. Antes de avanzar hacia el pelele que colgaba aún a tres pies del suelo, Tweep no pudo dejar de pensar que en todo hombre, decididamente, existía en estado latente un torturador hábil. Sin que nadie le hubiera ilustrado en su papel, O'Reilly había encontrado instintivamente el tono y las maneras para imponerse a Katz.

—Soy el coronel David Norman Tweep —dijo lentamente el oficial, procurando ahora que sus rasgos quedaran bajo la luz— Supongo que no tendrá demasiadas dificultades para recordarme, ahora que nos hemos conocido. ¿No es cierto, señor Katz?

El asquenazí inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Bien. En primer lugar debe saber que sus pequeños manejos no nos interesan en absoluto y que estamos dispuestos a dejarle que haga su vida como mejor le parezca...

Katz dejó escapar un suspiro de alivio que no trató de disimular.

—Señor Katz —prosiguió tranquilamente Tewp—, le haremos salir de esta prisión. Hoy mismo. Antes de una hora. A condición de que acceda a nuestra petición, naturalmente.

—¿Qué petición, oficial? —interpeló Katz con voz ahogada, mientras sentía que el sudor le corría por las costillas y los riñones.

—Quiero encontrarme con su patrono, Zino Saporta. Y de prisa. En el curso de las próximas veinticuatro horas. En caso contrario, nuestro acuerdo quedará anulado. Con todas las consecuencias que puede imaginar. ¡Además, claro está, de todas las que no imagina! Recuerde que tiene una mujer y un hijo de diecisiete años. Mis informaciones son correctas, ¿no?

La saliente nuez de Adán de Katz subía y bajaba como un muñequito en su ludió. Tragando saliva con dificultad, el hombre empezó a gimotear de nuevo mascullando frases incomprensibles en hebreo, lo que irritó tanto a O'Reilly que el capitán empezó a sacudirlo de derecha a izquierda como el péndulo de un reloj, lanzando las piernas del canijo al aire hasta llevarlas casi a la horizontal. Enseguida, los gritos subieron como una flecha en la escala de los agudos, antes de romperse en la cima de las posibilidades vocales del hombrecillo. El capitán volvió a colocar recto a Katz, tieso como el hilo de una plomada por encima del pavimento, frente a Tewp, que no había movido un párpado ante el espectáculo de la crisis y su remedio.

—Katz, quiero conseguir una simple información de Saporta. No estoy interesado en sus actividades ilegales ni en las relaciones que mantiene con los americanos. Un contacto de Mickey Cohen me dio su nombre. Diga a Zino Saporta que vengo de parte del senador Lewis Monti...

O'Reilly no pudo evitar lanzar un juramento, pero Tewp le fulminó con la mirada y le ordenó que volviera a dejar a Katz sobre el suelo de cemento.

—Si consigue que salga de aquí, puedo transmitir el mensaje —admitió finalmente Nathan Katz después de un breve silencio de intensa reflexión.

Acababa de desencadenarse una tempestad bajo la bóveda del cráneo del gerente de garito. En algún lugar de una región aún indefinida de su córtex, aquel granuja empezaba a captar que los dos ingleses acababan de poner en sus manos una baza interesante para poder progresar en el organigrama extremadamente complejo y hermético de la «familia» Saporta.

—Como veo que ha entrado en razón, le garantizo que en menos de una hora habrá vuelto a su casa, señor Katz —le aseguró Tewp, abriendo de par en par la puerta del locutorio y pidiendo a los guardianes que liberaran al prisionero de sus brazaletes de hierro.

—¿De modo que entre sus relaciones se encuentran Mickey Cohen y un senador americano, coronel? Hubiera podido decírmelo y servirse de estos contactos un poco antes, ¿no cree? —gruñó O'Reilly en cuanto se puso de nuevo al volante del Buick para abandonar la prisión.

—Las cosas no siempre van como uno quiere, capitán O'Reilly. Conozco un poco

al senador Monti, lo admito. Lo de Cohen es distinto. Nunca había oído hablar de él antes de estos últimos días. Supongo que los acontecimientos tienen su propio ritmo. Los seres y las cosas se revelan a su debido tiempo. Sólo a su debido tiempo...

O'Reilly lanzó un gran suspiro y se sacó la gorra para rascarse furiosamente la cabeza. Sus cabellos, cortados al rape, no eran más que un plumón rubio-rojizo que no conseguía velar la piel blanquecina de su cráneo.

—¡Con todos los respetos, coronel, guárdese sus frases rimbombantes! Yo, a partir de ahora, opto por contentarme con las pequeñas alegrías de la vida.

—¿Pequeñas alegrías? ¿Como cuáles?

—Como la de haber acabado la sesión de interrogatorio, por ejemplo. ¡De lejos, Katz parecía un saco de huesos, pero puedo asegurarle que pesaba terriblemente, el condenado! ¡Empezaba a cansarme de balancearlo como un incensario!

Esa noche Tewp y O'Reilly se separaron en el vestíbulo del King David. El capitán se alejó por el pasillo que conducía al ala ocupada por el Estado Mayor y Tewp cogió el ascensor para dirigirse a su habitación del quinto piso. Ya a solas, el coronel se desnudó, tapó cuidadosamente todos los espejos del baño con toallas, y luego se desató la prótesis, la desinfectó con alcohol y la guardó en un estuche lacado. A continuación se preparó un baño muy caliente, y, con todas las luces apagadas y escuchando sólo el silencio acolchado del palacio, finalmente se durmió.

Lord Cunningham, el sucesor de lord Gort, no tenía, al contrario que su predecesor, ningún escrúpulo en emplear la dureza. El alto comisario respondió a los zarpazos del Irgun —que reaccionaba con la energía que da la desesperación a los golpes que le infligía la operación Agatha— con un nuevo envío de tropas y con medidas aún más severas de registros y redadas. Tres barcos de guerra bloquearon el puerto de Haifa, mientras que otros fondeaban a unos cables de distancia de las costas de Tel Aviv para tener a Jerusalén al alcance de los disparos de sus baterías pesadas. Animado por este segundo impulso, el ejército británico consiguió poner fin en unos días a las actividades de los últimos combatientes judíos que aún querían pelear. Poco a poco, la situación se normalizó. Se levantaron las barreras, las patrullas se redujeron y la vida pudo retomar un curso más pacífico. Desde luego, las dos semanas de ley marcial no habían resuelto en absoluto la cuestión del establecimiento del hogar nacional judío en Palestina, pero la llaga purulenta del terrorismo del Irgun parecía haber sido cauterizada. Un poco antes de mitad de julio de 1946, la ciudad sagrada de los judíos, los cristianos y los musulmanes recuperó el ritmo de una metrópoli provincial.

Mientras tanto, el convenio al que habían llegado Nathan Katz y el coronel David Tewp no había caído en el olvido. A través de un intermediario, el pequeño granuja había asegurado al inglés que Saporta se encontraba en Beirut por negocios cuando, la noche del 28 de junio, se había decretado el cierre de las fronteras; pero sabía de buena fuente que el mafioso regresaría a Jerusalén en cuanto se restableciera la libre

circulación de personas. Ya era sólo cuestión de días. Si bien nada impulsaba a Tewp a creer a Katz, sin embargo decidió confiar en él. Y los hechos le dieron la razón. El 15 de julio, el truhán se presentó muy temprano en la recepción del King David y preguntó por el coronel.

—¿Conoce bien Jerusalén, señor? —le preguntó Katz, muy risueño.

—Poco y mal. ¿Por qué me lo pregunta?

—¡Porque quien usted ya sabe me ha encargado que hagamos turismo! Coja unos buenos zapatos, porque hoy caminaremos mucho...

Tewp indicó con un gesto que estaba preparado para acompañar a Katz adonde éste tuviera el placer o la orden de llevarle. Los dos hombres abandonaron a pie las inmediaciones del hotel para adentrarse en el corazón de la ciudad. Katz, con aire despreocupado y las manos metidas en los bolsillos de su gruesa chaqueta, marcaba el paso. Tewp le vigilaba de reajo. El voluminoso bulto de un Colt 45 deformaba ostensiblemente el hueco de los riñones del truhán. Durante unos treinta minutos caminaron en silencio, acercándose al monte del Templo, donde se distinguía, como un faro mate, la bóveda de cobre verdoso de la Cúpula de la Roca. Jerusalén no era una ciudad como las otras, Tewp lo sabía muy bien. Era un lugar único en el mundo, en el que cada piedra era un manual de historia de los tres monoteísmos. Una ciudad que hubiera debido constituir un remanso de paz para todos los hombres que tenían fe en un Dios único, pero que, en el curso de los milenios, no había sido más que un lugar de desgarros y de odios incesantes.

—¿Le gusta esta ciudad, señor inglés? ¿Se corresponde con la imagen que se hacía de ella antes de desembarcar en Palestina? —inquirió de pronto Nathan Katz, mientras desembocaban en una plazoleta sombreada en donde manaba el agua de una fuente.

—No tenía ninguna idea preconcebida, señor Katz. Es una ciudad magnífica... Sin duda. Pero ahí termina mi comentario.

Esta lacónica respuesta provocó una sonrisa maliciosa por parte del guía.

—Es imposible no tener ninguna idea preconcebida sobre Jerusalén si uno es cristiano, aunque sólo sea un poco. Y usted lo es, ¿no es cierto?

Tewp permaneció mudo. No porque se negara a satisfacer la curiosidad de Katz, sino porque no sentía nacer en él ninguna respuesta sincera. Ciertamente que, en otro tiempo, antes de las Indias, había sido cristiano, por convención más que por convicción. Pero ahora prefería apartar de sus pensamientos cualquier referencia a la religión.

—¡Venga! Detengámonos un instante bajo estos almendros, ¿le parece bien? Allá, en ese pequeño café. A esta hora nadie nos molestará...

Nathan Katz pasó ante el oficial, cogió una silla de hierro y se instaló en ella, cruzando los brazos sobre la mesa de marquetería de estilo oriental. Consciente de ser un juguete a merced del hombrecillo, Tewp se sentó también sin dar muestras de malhumor. De una puerta baja abierta en la fachada de la casa salió un hombre

ataviado con un turbante y un saruel, que les preguntó en árabe qué querían beber. Katz le respondió en la misma lengua, que parecía hablar sin esfuerzo.

—Ya sé lo que piensa, coronel. Encuentra extraño que yo, un judío europeo instalado aquí desde hace sólo diez años, un colono, pues, se atreva a pasear tranquilamente por los barrios musulmanes de esta ciudad. Y tampoco comprende que hable su lengua y que sea recibido sin hostilidad.

—Es verdad. Me sorprende. Pensaba que los árabes y los judíos permanecían en sus distritos reservados y desenvainaban sus cuchillos si, por desgracia, se cruzaban.

Por primera vez Nathan Katz torció los labios en una sonrisa casi amistosa. Tewp observó que le faltaba un canino.

—Hemos superado el estadio de las armas blancas, oficial. En el curso de las pasadas semanas, habrá podido constatar por sí mismo que nosotros, los semitas, somos seres modernos: sabemos matarnos entre nosotros con los mejores productos del armamento industrial. Bromas de mal gusto aparte, no nos tome por idiotas, ni a los judíos ni a los árabes de Palestina. Las masacres son obra de una minoría, tanto entre ellos como entre nosotros. De hombres exaltados hasta la exasperación. La mayoría de los colonos y de los autóctonos estarían dispuestos a entenderse, creo, como saben hacerlo las gentes simples no contaminadas por un exceso de política. Yo formo parte de estas gentes simples. Igual que este camarero... Él lo sabe. Mejor dicho: lo siente. Por eso me deja en paz.

—¡Pero usted no es un artesano normal y corriente, Katz! No es profesor o enfermero. ¡Usted es un truhán! Lleva un arma. Las gentes simples de las que habla no acostumbran a hacerlo.

—Se equivoca, coronel. Es usted un hombre lleno de prejuicios, como la mayoría de los europeos. Yo soy un bandido, es cierto. Un granuja que se aprovecha de la situación confusa que vivimos para hacer dinero fácil con un garito lamentable adonde la gente tranquila de mi barrio acude a jugarse la paga. ¡Pero es la vida! Usted no puede hacer nada contra eso. Yo formo parte del universo de las gentes sencillas. Encarno a su sombra necesaria. Es una sombra pequeña, una sombra apenas amenazadora, que se parece a ellos. No una sombra loca ansiosa por trastornar el orden de las cosas. Los truhanes existirán siempre porque son menos peligrosos que los idealistas. No quieren cambiar el mundo. ¡Sólo quieren aprovecharse de él!

Katz revelaba una personalidad que sorprendía a Tewp. Mientras gimoteaba al extremo de los brazos del capitán O'Reilly, el protegido de Saporta le había parecido un ser frágil, sin carácter, e indudablemente sin cultura. Pero sentado a la mesa en esta plaza tranquila, Katz daba prueba de una capacidad de reflexión de la que el inglés, de entrada, le había considerado totalmente incapaz.

—¿Y la gente del Irgun? Dígame, ¿qué opinión tiene de ellos? —se arriesgó a preguntar el hombre del MI6 mientras el camarero les traía, sobre una bandeja de cobre martilleada, dos vasos de té perfumado con semillas de cardamomo.

—¿El Irgun? Estos hombres tienen apoyos formidables. Son puros manipulados

por gente que tira de los hilos en la sombra y que cree que podrá disponer de ellos una vez cumplida la tarea. Sin embargo, serán ellos quienes al final triunfen. Hoy hacen el trabajo sucio, pero dentro de diez años todo esto se habrá olvidado. Su guerra habrá acabado en victoria. Un nuevo Estado nacerá aquí muy pronto, señor. Un Estado judío. Libre. El primero en diecinueve siglos. Los terroristas del Irgun lo habrán alimentado con su sangre. Y se convertirán en actores políticos de primera fila. Tratados hoy como asesinos, serán recibidos mañana como jefes de Estado en sus embajadas. Se lo predigo.

Tewp se llevó el vaso de té a los labios para vaciarlo lentamente, a pequeños tragos. Ante él pasaban siluetas cada vez más numerosas: palestinas que volvían del mercado, hombres con traje occidental de los que no podía adivinarse la nacionalidad ni su auténtica ocupación, niños que se perseguían, e incluso un turista que se paseaba con una cámara fotográfica en bandolera.

—¿Y Saporta? ¿Qué papel desempeña en esta guerra?

—Saporta juega en todos los campos. Desde hace tiempo. Ocurra lo que ocurra, él será, al final, uno de los que más ganarán. Es un hombre muy inteligente, ya verá, mucho más inteligente que yo. ¡Y con esto está todo dicho!

Katz se levantó, dejó caer unas moneditas sobre la mesa e indicó con la mano la dirección que debían seguir. Tewp fue tras él sin decir palabra, con la mirada baja, porque el sol ya empezaba a deslumbrarle.

—Venga —dijo Katz—, le llevo al Muro de las Lamentaciones. Incluso un *goy*^[1] como usted tiene derecho a ver algo así al menos una vez en la vida.

Los dos hombres avanzaron por las estrechas callejuelas hasta el pie del monte del Templo, deslizándose entre los puestos del zoco, apartando a las gallinas que picoteaban la hierba que había germinado entre las juntas del empedrado, con Katz lanzando gritos a los chiquillos árabes que trataban de agarrarse al uniforme de Tewp para mendigar un poco de dinero. Llegaron a la explanada que se extendía ante el Muro de las Lamentaciones. Hombres vestidos con levitas negras, tocados con sombreros y con largos papillotes en el pelo, balanceaban el torso en rápidas sacudidas ante los enormes muros resquebrajados. Soldados británicos en pantalón corto, con calcetines altos y cascos pesados, se esforzaban en patrullar en silencio sin prestarles atención. Las miradas furtivas que estos muchachos venidos del norte no podían evitar lanzar a estas siluetas de otra época estaban cargadas de incompreensión. Katz buscó la sombra de la última casa antes de la explanada y se apoyó en el muro, con un pie levantado bajo el muslo.

—¿Sabe en qué se diferencia la religión de los judíos de cualquier otra, coronel Tewp? ¿En qué sentido es la matriz de todo?

—Bien... diría que porque es el primer monoteísmo a gran escala, sin duda. Yahvé, vuestro Dios, es el primero. Él fue quien creó el Universo por su sola voluntad y sin materia preexistente. Él creó al hombre y le dio por misión dominar la tierra. Yahvé es el Dios de la historia. En esto se distingue radicalmente de las antiguas

divinidades paganas, que no eran más que dioses con funciones específicas, orientadas hacia lo cotidiano y la perpetuación de un equilibrio. Yahvé es el Dios de un programa, de un plan que hay que llevar a cabo.

Katz emitió un silbido de admiración.

—Me impresiona usted mucho, señor militar. Habitualmente los *goys* están lejos de ser tan brillantes. Apostaría a que fue al seminario antes de enrolarse en el ejército. ¿No es eso?

—No. Solamente leí mucho, durante una parte de mi vida.

—Entonces tenemos un punto en común. Yo también he leído mucho. Y he visto mucho, también. Soy un hombre piadoso, casi tanto como estos religiosos que vienen a balancearse todos los días ante los últimos vestigios de nuestro Templo. Oh, sí, ya sé que esto puede llevarle a risa, pero es la verdad. Cuando se ha nacido judío, señor, uno sabe que pertenece a una nación de sacerdotes. Al pueblo elegido que hizo entrar a toda la humanidad en la historia.

—En este momento no estoy interesado en la historia, Katz. Sólo en Saporta. ¿Cuándo le veré?

—Paciencia, amigo mío. Estamos en ello. ¿Por qué cree que le estoy paseando por la ciudad desde esta mañana? ¿No me responde? Le paseo porque Saporta quiere verle, observarle, antes de decidir si vale la pena que le consagre su tiempo. Le he hablado de usted, un oficial británico que tiene el poder de hacer salir a cualquiera de la cárcel en menos de una hora. Un hombre extraño. Un hombre lleno de poderes. Saporta está interesado. Saporta está intrigado... Desconfía de usted, también. Primero quiere apreciarle de lejos.

—¿De lejos? ¿Quiere decir que en este mismo momento nos está observando?

—Desde detrás de una ventana, tal vez. No lo sé. Tal vez esté sentado en un coche parado. Tal vez nos crucemos con él más tarde, cuando sigamos caminando. Tal vez estaba esperando en la trastienda del café de la plaza de los almendros... Lo ignoro. Yo tengo un itinerario que seguir y un horario que respetar; no soy más que un ejecutante.

Katz echó una ojeada a su reloj.

—¡Por cierto, veo que nos hemos retrasado un poco! Sígame, abandonemos el Templo.

Evitando siempre las calles modernas, las que los ingleses habían asfaltado, despejado y renovado con gran despliegue de excavadoras, Katz condujo a Tewp al antiguo barrio de los jaboneros, cerca de la muralla meridional. La confección de jabón, otrora una de las grandes especialidades de la ciudad bajo la administración otomana, había quedado ahora en manos de unos pocos artesanos aislados. Alepo, su rival Siria, se había mecanizado más deprisa arruinando de ese modo en una generación a las grandes fábricas, de las que ya sólo quedaban edificios vacíos y balsas secas. Estaban atravesando un descampado que se abría entre dos construcciones abandonadas, cuando Katz se detuvo de pronto.

—Hay algo interesante aquí —dijo apuntando con el dedo a un parapeto de ladrillos amarillos que se alzaba en medio del terreno baldío.

Los dos hombres se acercaron. Sus pasos levantaban en torno a ellos un polvo ceniciento. Katz apartó las hierbas quebradizas que crecían, hirsutas, ante el murete.

—Mire, Tewp. ¿Ve estas marcas pardas en la piedra? ¿Sabe qué es? El coronel negó con la cabeza.

—Es la sangre de Abel, traicionado por su hermano. Aquí, hace un poco más de cuatro años, en febrero de 1942, miembros del grupo Stern y de los Bne ha Biryonim, partidarios de la lucha a muerte contra los ingleses, fueron ejecutados por la Haganah, un ejército paramilitar judío que colabora con los ocupantes, tolerado por los británicos desde el inicio de su mandato. Los patriotas murieron blandiendo el Libro de los Sicarios, un manual de terrorismo escrito por uno de los suyos, Abba Hahimer, y dedicado a Charlotte Corday, la asesina de Marat, y a esa Fanny Kaplan que disparó contra Lenin en 1918...

—¿Por qué me cuenta esto, Katz? —preguntó Tewp.

—Para que comprenda que nuestro Dios, el Dios de la historia, es un Dios complejo, cruel. Ama las paradojas, los cambios de situación, los secretos... También le gusta, a veces, que sus hijos predilectos se desgarran entre ellos. Pero ¿cómo podríamos guardarle rencor? ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlo?

Tewp había seguido dócilmente a Katz hasta que, a media tarde, el truhán le había llevado de vuelta al porche del King David.

—Bien, le dejo, coronel. Usted no ha notado nada, pero sé que Saporta le ha visto. Mañana habrá tomado su decisión. Si consiente en encontrarse con usted, le informaré de los detalles de la entrevista. Sobre todo, no abandone el hotel antes de que vuelva a buscarle.

Una vez más, a Tewp sólo le quedaba resignarse. Dejó que su contacto se fuera sin tratar de seguirle ni amenazarle. Sabía que ahora debía dar tiempo al tiempo y que el hilo que el senador Lewis Monti le había tendido desde el otro lado del Atlántico era delgado y frágil. Cualquier signo de impaciencia podía romperlo. Y Tewp no quería correr ese riesgo. Extenuado por la caminata, con la lengua hinchada por el calor del verano palestino, empujó la puerta del bar y se instaló en un profundo sillón. A esa hora, la sala estaba poco frecuentada. Un camarero secaba perezosamente los vasos detrás de la barra mientras escuchaba el boletín informativo oficial que difundía una gran radio colocada sobre un estante detrás de él. Desde el lugar en que se encontraba, Tewp no oía bien el murmullo difuso del locutor, pero, de todos modos, percibía el tono exageradamente dramático, casi trastornado, que empleaba. Vio que el barman dejaba de trabajar de pronto para pegar el oído al altavoz del aparato. Cuando el boletín acabó y empezó a sonar una melodía, el hombre fue a preguntarle qué quería.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tewp—. ¿Malas noticias?

—Esta mañana el Irgun ha secuestrado a dos sargentos británicos, señor. Los terroristas amenazan con matarles si no liberan inmediatamente a los prisioneros detenidos en el curso de la operación Agatha. Es terrible, ¿no le parece?

Tewp asintió con un gesto resignado, apuró su copa, y luego, sin entretenerse, cogió el ascensor hasta el quinto piso. Cuando giró la llave en la cerradura, apenas se sorprendió al notar que el paletón no encajaba correctamente en el mecanismo. La puerta de su habitación, descerrajada, se abrió casi por sí misma con un chirrido siniestro. Tewp se adelantó, preparándose para el espectáculo con que se iba a encontrar. Ni siquiera tomó la precaución de desenfundar el viejo Webley que colgaba de su cintura, el pesado revólver reglamentario que había recibido diez años antes de manos de un sargento armero del MI6. Era inútil; de momento nadie quería aún amenazar su vida. En su ausencia, sus pertenencias habían sido sometidas a un registro en toda regla. La cuestión no era cómo habían conseguido introducirse en su apartamento. Forzar la puerta de una habitación de hotel —bien lo sabía él— estaba al alcance de cualquier novato. Él mismo lo había hecho a su llegada a las Indias, cuando tenía por misión vigilar a la agente especial del SD Ostara Keller. El verdadero problema no era «cómo», sino «quién». El que tiraba de los hilos tras los ejecutores. Zino Saporta se imponía, evidentemente, como el primer sospechoso. El mañoso sabía que Tewp estaría fuera durante una buena parte de la jornada. Prudente por profesión tanto como por naturaleza, sin duda no tenía ningún escrúpulo en ordenar un sondeo en profundidad del alojamiento del hombre de la nariz de cuero. Tewp no perdió el tiempo en verificar si habían encontrado y robado la gran suma de dinero en metálico —libras esterlinas, dólares americanos y francos franceses— que transportaba en el doble fondo de una bolsa de cuero. Ni en comprobar si determinados expedientes habían desaparecido. No. Lo que le importaba antes que nada era el contenido de una cajita rectangular, de madera dura, que se había preocupado de ocultar desprendiendo un azulejo del cuarto de baño y excavando con el cuchillo un hueco en el ladrillo. Febrilmente, con el ritmo cardíaco acelerado por la angustia, el inglés saltó por encima de los montones de ropa tirados por el suelo y entró en el aseo. Las botellas de productos de afeitado rotas sobre el embaldosado despedían un olor lechoso, repugnante, y hacían el suelo resbaladizo. Tewp se acercó a la pared y rascó la falsa junta que había fabricado con pasta dentífrica. El azulejo se despegó. Detrás, la cajita seguía en su sitio. Con un suspiro de alivio, pero con mano temblorosa, Tewp la sacó y la abrió. En el interior, prudentemente encajados en su nido de sarga negra, reposaban cinco frasquitos de vidrio y una larga jeringuilla. Mientras volvía a cerrar cuidadosamente su escondite, el teléfono de la habitación sonó. Vibrando en el auricular, reconoció la voz de Nathan Katz.

—Las cosas se han acelerado más de lo previsto, coronel. Y en su provecho. El señor Saporta le hace saber que le espera en el café ad-Dihwân. A medianoche. Sea puntual, porque no tendrá una segunda oportunidad.

CAFÉ AD-DIHWÂN, MEDIANOCHE

El capitán O'Reilly se obstinaba en negarse a acompañar a David Tewp hasta las inmediaciones del café ad-Dihwân.

—¡Con el debido respeto, coronel, empiezo a estar hasta la coronilla de sus historias! No puedo negar que de vez en cuando me gusta navegar en aguas turbulentas, pero esto ya es un poco demasiado para mí. ¿Quería que le encontrara a Hezner? Pues hice que me abrieran, como quien no quiere la cosa, los ficheros de la Oficina de Inmigración. ¿Quería que le facilitara una entrevista con Saporta? Le sacudí a Katz para que le ayudara. ¿Y qué me ha proporcionado todo esto hasta el momento? ¡Nada! Nada, a pesar de sus bonitas promesas. ¿Y ahora quiere que sacrifique una noche libre para servirle de niñera en un tugurio de mala muerte? ¡Pues no pienso hacerlo! ¡No, no y no!

Golpeando con el puño sobre la mesa para apoyar sus palabras, O'Reilly dio a entender que tenía intención de poner término desde esa misma noche al paréntesis David Norman Tewp.

—¡Y además, ahora no estoy para estas cosas! —prosiguió— ¿Ha oído las noticias? ¿Está al corriente de que los sargentos Paice y Martin están retenidos como rehenes? Yo les conozco, ¿sabe? No es gente anónima para mí, no son nombres sin un rostro como en su caso. A veces salíamos juntos por ahí, a gastarnos la paga con chicas o a beber un poco de *arak* en los bares. Son buena gente. ¡Y acabarán degollados por esos cerdos asesinos! Tal vez mañana me llegue a mí el turno. ¡O a usted! ¡Sobre todo si comete la estupidez de meterse en la boca del lobo!

Considerando el estado de nervios en que se encontraba el irlandés, Tewp juzgó conveniente no insistir. Con una sonrisita comprensiva, le palmeó la espalda y a continuación le tendió un sobre que acababa de sacar del bolsillo interior de su chaqueta.

—En compensación por su tiempo y sus esfuerzos, capitán. Le doy las gracias de todo corazón por su ayuda. Sin usted, me hubiera quedado al borde del camino.

O'Reilly no había contado con aquello. El capitán se guardó el sobre en la camisa sin decir nada, pero sus mejillas enrojecieron y empezó a balancearse de un pie a otro como un niño azarado.

—Actúa de un modo irrazonable, coronel. Saporta tiene muy mala reputación. ¡Si se le ocurre decir algo que no le guste, puede contar con que perderá algo mucho más precioso que su nariz! ¡Oh, diablos!

El capitán se llevó la mano a la boca, consciente de haber soltado una barbaridad. Pero Tewp no se mostró ofendido. Al contrario. Sabía perfectamente qué sentimientos generaba su deformidad entre la gente: curiosidad, repugnancia, burla, fascinación morbosa... Ya había leído todo eso centenares de veces en las miradas

cruzadas al azar en las calles de todas las ciudades que había atravesado desde su mutilación. Proferido sin maldad, el comentario de O'Reilly no significaba nada.

—No se muerda los labios, capitán. Sé qué ha querido decir. No se sienta obligado a echarse atrás en su decisión por eso. Iré a ver a Saporta solo. Ocurra lo que ocurra, será lo mejor.

Así pues, hacia las once de la noche Tewp abandonó solo el King David y cogió un taxi que le dejó a un centenar de yardas del café ad-Dihwân. El chófer, un árabe de unos cuarenta años, le explicó en un inglés pésimo que ni siquiera con una generosa propina iba a detenerse más cerca del establecimiento. Sobre un papel amarillento, trazó vagamente con un lápiz el plano del barrio y dibujó unas flechas para que Tewp no se perdiera. Luego dejó que el inglés bajara del vehículo y salió marcha atrás a toda velocidad, tocando la bocina continuamente para espantar a los transeúntes que caminaban por la calzada. Cuando el coche hubo desaparecido de su campo de visión, el agente del MI6 se encontró como el único occidental en medio de una multitud de colonos noctámbulos. En el frescor de la noche, algunos ancianos sentados en el umbral de sus casas conversaban animadamente con sus vecinos de enfrente, gritando para hacerse oír de una acera a otra. Deslizándose entre las piernas de sus mayores, unos chiquillos se perseguían blandiendo fusiles de madera, mientras sus madres, mujeres austeras vestidas con blusas negras, les vigilaban con el rabillo del ojo mientras hacían labores o pelaban verduras. La ausencia de hombres maduros fue lo primero que sorprendió a Tewp. Lo segundo fue que todos los habitantes del barrio, sin excepción, no le miraban. Se hubiera dicho que era transparente a sus ojos, y aquello, cuando adquirió la convicción de que realmente nadie se interesaba por él, le llenó de una alegría simple y auténtica, una dicha que le había sido arrebatada el día en que los médicos del hospital militar le habían confesado su impotencia para reconstruir su rostro. La impresión fue tan intensa que la sangre le subió a la cabeza y sintió vértigo. El hecho de que estas personas, estos civiles, le desdeñaran y le ignoraran deliberadamente con el pretexto de que llevaba un uniforme inglés, no le sorprendía. Pero que este desdén, en lugar de mortificarle, le aportara un soplo de libertad y bienestar era algo totalmente inesperado.

Se detuvo un instante y permaneció inmóvil hasta recuperar el equilibrio, y luego, como un juego, pero sobre todo por placer, adoptó una marcha lenta, aprovechando plenamente cada uno de sus pasos, disfrutando de la benéfica sensación de anonimato que milagrosamente le devolvían los dramas políticos que desgarraban Palestina. Después de asegurarse de que estaba en el buen camino con ayuda del plano apresuradamente esbozado por el chófer del taxi, David Tewp llegó a las inmediaciones del café ad-Dihwân nueve minutos antes de la medianoche. Un tubo de neón amarillo crepitaba sobre la entrada de lo que parecía ser una especie de taberna de barrio. Dos jóvenes judíos de cabellos ensortijados pero de piel muy clara fumaban en la acera. En cuanto percibieron la silueta del coronel que se acercaba, los tipos aplastaron sus cigarrillos y se volvieron hacia él.

Tewp se adelantó con la tranquilidad de quien se sabe esperado. Los sicarios ni siquiera se tomaron el trabajo de verificar su identidad. El mayor dio un golpe seco contra el portal, en el centro del cual se abrió una mirilla. Un par de frases intercambiadas en hebreo bastaron para que el antro se abriera y desvelara, entre sus paredes tapizadas de terciopelo color rojo sangre, una escalera recta que se hundía en el suelo. Tewp bajó sin volverse, pasando, sin verlo, junto al personaje que le había abierto la puerta. Sujetos formando guirnalda, unas lamparillas toscamente embadurnadas de barniz carmín difundían una luz turbia, apenas suficiente para adivinar los escalones. A medida que descendía, se iban acentuando los sonidos entremezclados de conversaciones, risas y música de instrumentos de cuerda. Tewp apartó una gruesa cortina negra y entró en una sala abovedada, con la atmósfera cargada de olor a tabaco, perfumes pesados y agrios relentes de sudor. Evolucionando en la penumbra, unas formas humanas se movían lentamente muy cerca de él, pero sus ojos, aún poco habituados a la falta de luz, apenas conseguían distinguir sus rasgos. Se adelantó. La bodega estaba profundamente enterrada bajo el suelo, una decena de yardas tal vez, y su techo bajo estaba sostenido por finas columnas de piedra adornadas en su base con baldosas de cerámica antigua. Temblando en la atmósfera espesa de la sala, las llamas anaranjadas de unas pocas velas dispuestas sobre las mesas constituían toda la iluminación. El lugar era una curiosa mezcla de café oriental tradicional y club de metrópoli occidental: del sur, los veladores octogonales, las alcobas sobrecargadas de cojines, los narguiles y los aguamaniles de cobre alineados sobre los estantes de madera, los sonidos agudos de un rebaba tocado por un músico invisible; de occidente, los hombres y las mujeres con ropas modernas y bien cortadas, la gran barra apoyada en el fondo de la habitación. Tewp descubrió un banco vacío y tomó asiento. Un hombre bien vestido, más bien joven, con los cabellos cuidadosamente ondulados, se acercó a él.

—Se ha adelantado unos minutos —murmuró el desconocido en un inglés desprovisto de acento—. No es buena cosa. Al señor Saporta le gusta la puntualidad. Soy uno de sus secretarios. Me llamo Dov Chevat.

Chevat tendió la mano a Tewp, que dudó antes de estrecharla. El saludo fue poco caluroso. Chevat tenía unos ojos negros orlados de largas y gruesas pestañas. En sus muñecas brillaban unos gemelos chabacanos y llevaba una gran perla blanca clavada en el nudo de la corbata. Tewp le calculó unos treinta años como mucho. El joven sacó una pitillera del bolsillo y la brindó a Tewp, que rechazó el ofrecimiento con un gesto. Mientras frotaba con el pulgar la ruedecilla de su encendedor, el secretario se levantó, y después de indicar al coronel que esperara unos segundos, se dirigió hacia el bar, de donde volvió con dos vasos de alcohol.

—Beba —dijo—. El señor Saporta llegará pronto. No le gustaría ver que no le he ofrecido nada...

Tewp bebía muy poco. Nunca le había gustado el alcohol. Tanto por esta razón como por desconfianza, el coronel no tocó su *whisky*. Chevat, por su parte, se bebió el

suyo de un trago mientras una sombra maciza se acercaba a ellos. El secretario dejó su vaso, se levantó y fue a buscar un sillón para ofrecérselo a su patrón.

—El señor Zino Saporta —creyó conveniente precisar al ver que Tewp se disponía a levantarse para saludar al amo del lugar.

—Encantado de conocerle, coronel —empezó Saporta—. Ya conoce la fórmula: los amigos de mis amigos son mis amigos.

Tewp estiró los labios para esbozar una vaga sonrisa y cruzó los brazos sobre el pecho. Instintivamente no le gustaba encontrarse sentado en este café ad-Dihwân con aires de cripta. Instintivamente despreciaba a Dov Chevat, y también instintivamente ya detestaba a Saporta, ese hombre hinchado, calzado con mocasines amarillos, embutido en un traje de un azul demasiado claro, que fumaba un enorme cigarro que difundía en torno a él vapores de caucho quemado.

—Bien, señor oficial del ejército británico, explíqueme un poco qué deseo suyo puedo satisfacer.

—Estoy buscando a un hombre —explicó Tewp—. Un hombre del que sé que se encuentra en Jerusalén. Es un clandestino. En fin, a ojos de la administración británica, naturalmente. Su nombre es Ruben Hezner. Si me ayuda a encontrarlo, creo que el senador Monti expresará su satisfacción a Mickey Cohen, que, por su parte, le estará infinitamente agradecido. Es una cadena de intereses que puede beneficiarnos a todos.

—¿Monti? ¿Luigi Lewis Monti? ¿Es de él de quien me habla?

Tewp asintió.

—¿De modo que conoce usted a ese viejo granuja? Vaya carrera que ha hecho este hombre, ¿no le parece? ¡De Hell's Kitchen al Senado! ¡Pasando por una celda de Alcatraz, para colmo! No todo el mundo puede presumir de haber iniciado su carrera en el peor barrio de Nueva York y acabar de politicastro influyente en los salones de la alta sociedad en Washington. ¡Sobre todo cuando uno no es más que un pequeño piojoso católico siciliano! ¿Así que trabaja para él?

—Trabajo con el senador Monti. No para él. Digamos que compartimos un objetivo común.

—Un objetivo común que pasa por Ruben Hezner, ¿no es eso? —En efecto.

—Interesante. ¡De hecho empieza usted a apasionarme literalmente, corone]! Sabe, enseguida he comprendido que no era un *brit* como los otros. ¿No estará aquí para impedir el nacimiento de nuestro futuro Eretz Israel?

—No es ése mi objetivo.

—Es lo que imaginaba —dijo Saporta esgrimiendo una amplia sonrisa y mostrando por primera vez una fea dentadura amarillenta, manchada por el tabaco—. Lleva usted el uniforme de un oficial superior, pero no lo es en realidad. Usted es un independiente. Un marginal. Un mercenario, tal vez. Estoy seguro de que no ha sido el ejército inglés el que le ha enviado a investigar. Un agente oficial del MI6 no actuaría como lo hace usted...

—Encontrar a Hezner, ¿es factible o no?

Saporta soltó una carcajada y se echó hacia atrás, haciendo crujir los barrotes de su sillón.

—¡*An alter bakanter*, Ruben Hezner! ¡Es un viejo conocido! Ya nos hemos encontrado antes. Igual que me he encontrado al menos una vez con todo el mundo aquí, en Jerusalén. ¡No hay colono oficial o inmigrante clandestino al que no haya estrechado la mano un día u otro! En esta ciudad estoy en mi casa, Tewp. Dejo entrar a quien quiero y no se hace nada sin mi permiso. Incluso el Irgun, incluso los veteranos del Stern, comen en mi mano.

¡Y mientras viva, así serán las cosas! ¿*Farshtaist*, Tewp? ¿Comprendes?

En su rincón, Dov Chevat se retorció, acarició un segundo la perla de su corbata con la punta del dedo y se aclaró la garganta para intervenir:

—Podemos establecer contacto con el hombre que busca. Es posible, aunque tal vez nos lleve cierto tiempo. No vigilamos a todo el mundo. Y además, Hezner ocupa una posición muy especial. No siempre obedece las órdenes, es un cabeza dura. Podemos transmitirle su deseo de acordar una cita con él, pero no asegurarle que acepte.

—Chevat es un buen consejero —admitió Saporta—. ¡Hezner no es un *shlub*, un idiota al que se pueda manipular a placer! Y no le he visto últimamente. Es posible dar con él, pero no lo llevaré ante usted por la fuerza. Convencerle tal vez lleve un poco de tiempo. Si me dijera por qué le busca, sin duda esto me motivaría y daría peso a mis argumentos...

—Estoy seguro de que sabrá cómo proceder sin esta motivación —respondió el inglés en un tono en que asomaba la exasperación.

—¡No se habla así al señor Saporta! —replicó Don Chevat, con los ojos dilatados de indignación—. ¡Y aún menos un *goy*!

—¡Déjalo, Dov! Digamos que esta noche esto carece de importancia —contemporizó el mafioso, posando suavemente la mano sobre la de su secretario—. No tome en cuenta la irritación de nuestro amigo, coronel. *Goy* no es exactamente una palabra grosera.

Durante unos segundos reinó un pesado silencio entre los tres hombres, antes de que Saporta decidiera volver a adoptar un semblante risueño.

—Pero dígame, coronel —continuó—, ¿ha apreciado la pequeña excursión por la ciudad que esa rata apestosa de Nathan Katz le ha hecho hacer? Creo que no conocía usted Jerusalén. ¿Le ha contado, al menos, su historia?

—Hemos comentado algo, desde luego. Pero nada preciso.

—Es una lástima —señaló Saporta, mientras Dov se arreglaba la ropa y se disponía a pedir nuevas bebidas—. Me gusta la historia, coronel. ¿No fue el viejo Nietzsche el que escribió que el porvenir pertenecía a los hombres de larga memoria? Es una frase muy acertada. Muy lúcida. ¡Supongo que tendría esta revelación antes de volverse tan loco como para abrazar a los caballos en las calles de Turín! Dígame

entonces, coronel, ¿qué conoce de la historia del pueblo judío? ¿Percibe quiénes somos realmente? Debe saber que no siempre hemos sido un pueblo errante. Nosotros, desde luego, no lo hemos olvidado. Y por eso volvemos hoy a la tierra de nuestros profetas y nuestros reyes.

—No estoy aquí para asistir a un curso, Saporta. Lo lamento...

—Es una lástima, Tewp, está perdiendo una buena ocasión de cultivarse. Yo soy un experto. Colecciono objetos de arte. Como Alejandro Magno, soy un apasionado de las antigüedades. Soy un verdadero *archaiologos*, como dice Filóstrato al hablar de su señor. Tal vez un día le enseñe mi colección. Tengo piezas únicas. ¡Únicas!

—¿Qué hay sobre Hezner? —se impacientó David Tewp, que no sentía excesiva pasión por los vestigios del pasado.

—Esperará usted mi aviso. El King David es un lugar confortable donde el tiempo puede pasar muy deprisa si uno sabe rodearse de la compañía adecuada. A propósito, he previsto un regalo para usted. ¡Dov!

Chevat dejó su vaso vacío sobre la mesa y, tratando de atraer la atención de unas siluetas arrodilladas en una alcoba muy próxima, dio unas palmadas a la manera de un príncipe bárbaro.

—¡Venid, palomitas! ¡Venid, no tengáis miedo!

Dos jóvenes vestidas con ajustados trajes chaqueta desplegaron sus piernas y se acercaron sonriendo lascivamente. Una estudiada composición de trenzas y rodetes, que les ceñía la frente como una corona, sujetaba sus espesas cabelleras negras.

—¡Mire, Tewp! *Shain vi dizibben velten!* ¡Bellas como los siete mundos! La primera se llama Bristen, «senos», en yiddish. Ya comprenderá por qué.

Sin levantarse, Saporta tendió la mano para soltar dos botones del corpiño de la muchacha y abrirle ligeramente el escote, revelando el inicio de unos senos magníficos sujetos por un corsé de encaje blanco.

—La otra es Gembeh, «boca grande». ¡También es fácil adivinar a qué debe su nombre!

Dócilmente, Gembeh se esforzó en dibujar una mueca sensual para poner de relieve la pulpa de sus gruesos labios.

—¡Son tuyas! ¡Regalo de la casa Saporta!

Tewp sintió que sus mejillas se teñían de rubor. Las dos prostitutas eran muy hermosas y parecían sanas, pero él no tenía la menor intención de comprometerse con ellas.

—Concedo a estas señoritas la libertad en compensación por el tiempo que hubieran debido perder conmigo. Se equivoca con respecto a mí, Saporta.

—¡Oh, no, coronel Tewp! Las chicas le gustan, puedo sentirlo. A todos los hombres les gustan las mujeres hermosas, es natural. Y sobre todo a usted, que ya no debe de tener tantas ocasiones de tocarlas sin tener que pagar por ello, ¿no es cierto? Estas son caras. Mucho más caras de lo que puede permitirse la paga habitual de un oficial inglés. Se las ofrezco. Aprovéchelo.

—¡Le he dicho que no, Saporta!

—Vamos, vamos, no se haga el gallito conmigo. ¡Ya verá, las dos son perfectamente *kosher*! ¡Condicionadas para darle lo que quiera! Viejas recetas de rabino. ¡Muy eficaces! ¿Y bien? ¿Sigue negándose? ¡Qué lástima! Entonces tendré que ser yo quien vea cómo ese bruto de Dov lo disfruta...

Tewp abandonó el café ad-Dihwân menos de media hora después de haber intercambiado la primera palabra con Zino Saporta. En las calles hacía sólo un momento que los viejos habían retirado sus sillas de las aceras y los chiquillos habían deslizado sus fusiles de madera bajo la cama. Como todas las ciudades orientales, Jerusalén se acostaba tarde. De pie bajo el rótulo de neón del tugurio, Tewp llenó sus pulmones de una bocanada de aire fresco. El ambiente cerrado mezclado con la nicotina y los perfumes mareantes que llevaban las mujeres le había provocado una náusea que llenaba su boca de una saliva amarga. Escupió al suelo y tuvo un vahído que le obligó a apoyarse un instante contra la pared. Luego, mientras se pasaba la mano por la cara para enjugarse el sudor que perlaba su piel, trató de encontrar la dirección del King David.

Caminando por las calles tranquilas y oscuras, llegó, por azar, a una avenida bordeada de altos muros por encima de los cuales unos árboles frondosos extendían sus ramas. El ramaje susurraba bajo la ligera brisa nocturna. Una pareja de ruisseños cantaba. Macizos de rosales perfumaban el aire. La callejuela daba a una plaza delimitada por casas antiguas de dos o tres pisos. No se veía ninguna luz, todos los habitantes dormían. Tewp se detuvo bajo un arco y miró un instante el cielo tachonado de estrellas. Le dolían las sienes. Respiraba con dificultad. La nariz de cuero le molestaba. Sin que su voluntad pudiera resistirse, sus manos deshicieron el nudo que mantenía la prótesis fija. El coronel aspiró profundamente el aire de la noche, cerrando los ojos para dejar que su espíritu se llenara de la quietud y la felicidad del instante.

Apoyó la espalda contra la columnata y se concentró en distender metódicamente sus músculos uno tras otro. Con el cuerpo súbitamente relajado, su mente se abrió a antiguos recuerdos. A sonidos e imágenes que el coronel habitualmente relegaba al rincón más profundo de su memoria. Volvió a verse de vuelta en Londres, a finales de 1945, por primera vez desde hacía diez años. La capital había cambiado mucho. Algunas mujeres se paseaban en pantalones, conducían los autobuses, regulaban la circulación en los cruces, eran chóferes de taxi o mecánicos. Apenas a unos centenares de yardas de Piccadilly, edificios derruidos daban todavía testimonio de los *raids* de las bombas volantes alemanas del verano de 1944. Londres se había convertido en una ciudad extraña para Tewp, y no trató de ponerse en contacto con los pocos camaradas cuya compañía había apreciado mientras estudiaba Derecho. Aunque hubiera querido, no hubiera sabido dónde encontrarlos. Por otra parte, tal vez

hubieran muerto, abatidos por un obús en Dunkerque, una bala en Sumatra, una granada en Normandía..., ¿cómo saberlo? Tewp había caminado a lo largo del Támesis, y luego, casi por azar, había ido a parar ante el inmueble Victoriano donde Leslie Colrow tenía su residencia. Leslie Colrow, el profesor que se había encariñado con él en la universidad.

¿O era más exacto decir que se había compadecido? Tewp nunca lo había sabido muy bien. En esa época, él no era más que un joven estudiante de provincias sin blanca, sin relaciones, llegado a los bancos de la Facultad de Derecho de Londres sólo por el tesón de su trabajo y su inteligencia. Colrow le había apoyado y aconsejado. Gracias a él, Tewp había obtenido unas calificaciones más que correctas de unos estudios difíciles en los que incluso los hijos de lord fracasaban con frecuencia. Pero a David Norman Tewp, nativo de Brighton, incluso laureado, nadie lo conocía. No podía utilizar ninguna influencia, ni valerse de ningún contacto importante. Fue entonces cuando Colrow le había abierto las puertas del MI6...

«Sé que no es la carrera con la que había soñado, David —le había dicho el viejo abogado—, pero los servicios de información militares no son la vía muerta que piensa. Suponen, al contrario, una extraordinaria oportunidad para usted. Tengo a muchos amigos allí. Velarán por usted. En apenas unos años habrá adquirido una experiencia formidable, y entonces todos los grandes despachos de Londres se disputarán sus servicios. Construya su camino, David. Tenga confianza.»

En la práctica, en lugar de amigos benevolentes que favorecieran sus intereses, Tewp sólo había encontrado en el MI6 a unos superiores grises o soberbios a quienes no les interesaba en absoluto el porvenir de un joven civil al que habían equipado con un uniforme y un rango de conveniencia. Después de unas semanas de trabajo rutinario, el recién nombrado teniente Tewp había recibido la orden de coger un barco con destino a Bengala, un país lejano que no conocía y que sobre todo no quería conocer. Tewp nunca supo si Colrow había sido informado del extraño giro que había dado su existencia. Varias veces había pensado en escribirle para rogarle que usara sus influencias para volver a la metrópoli, pero los acontecimientos se habían precipitado y su vida se había transformado de forma irreversible.

Esa tarde, en Londres, Tewp se había sentado en un banco, en el parque que se extendía junto a la casa de Colrow. Desde donde se encontraba, había visto cómo la puerta del anciano se abría y el abogado sacaba a pasear a su perro por los caminos de la plazoleta ajardinada, bajo los tilos. Tewp había observado en silencio a este caballero de piel rosada, vestido con pulcritud, que caminaba a pasitos cortos con sus zapatos lacados y se llevaba cortésmente la mano al sombrero cada vez que se cruzaba con una mujer. Había querido levantarse para saludarle, pero sus piernas no le habían obedecido. Sus puños, al contrario, se habían crispado extrañamente, con tanta fuerza que sus uñas habían perforado incluso la piel de las palmas hasta hacerlas sangrar. Luego se había levantado apresuradamente, con el corazón palpitante y los ojos empañados de lágrimas. Caminando a grandes zancadas, había abandonado la

plazoleta de los tilos sin mirar atrás, huyendo. Sus pensamientos le avergonzaban.

Tewp abrió los ojos. En su palma, tan crispada como cuando había visto a Colrow, su espantosa nariz de cuero crujía bajo la presión. Tewp no pudo reprimir un sollozo. Junto a los trinos del ruiñeñor, ése fue el único ruido que rompió el silencio en la plazuela de Jerusalén hasta el alba.

LOS FRUTOS DEL ÁRBOL SECO

El cofrecillo que Tewp había ocultado detrás del azulejo del cuarto de baño contenía cinco frasquitos de morfina y el material de inyección. Después de su encuentro con Saporta, el inglés se había encerrado en su habitación del King David y no había salido de ella en treinta y seis horas. Se había negado a abrir al personal del hotel que pretendía cambiar las sábanas y no había pedido nada de comer ni de beber. Atormentado por unos dolores de cabeza insoportables, había encontrado refugio en lo que, muy a su pesar, se había convertido en su último recurso contra los dolores cada vez más violentos que padecía. La herida de su rostro, con los nervios y los músculos en carne viva, seccionados por el cuchillo de Ostara Keller, en lugar de aplacarse, le hacía sufrir cada día más. Los antálgicos prescritos por los médicos del hospital militar eran ineficaces, y había tenido que decidirse a recurrir a los opiáceos, los únicos medicamentos bastante potentes para superar las crisis que padecía cada vez con más frecuencia. Ni siquiera los grandes especialistas norteamericanos, generosamente retribuidos por lord y lady Bentham, que le habían examinado durante una larga estancia en su residencia neoyorquina, habían podido dar una explicación plausible a por qué una cicatriz como la suya, sin vínculo con cualquier centro nervioso importante, le provocaba unos dolores tan violentos.

Impotente, la ciencia no era de ninguna ayuda para David Tewp, que había tenido que encontrar en lo más profundo de sí mismo los recursos necesarios para afrontar su destino de paria a quien siempre le sería negada la dulzura de vivir y la despreocupación de una existencia corriente. Durante un corto período de tiempo, Tewp había creído posible superar esa amargura. Superarla o más bien transmutarla, tal como se dice que los alquimistas transmutan en oro la materia más vil. Había querido creer que, de la propia negrura de su destino, extraería la fuerza de una nueva ansia de vivir. La caza de los Galjero le ayudaría a asumir este nuevo papel. Sin embargo, pese a la importancia de su tarea, pese a todos los que confiaban en su éxito, las dudas de Tewp cada vez eran mayores. No pasaba día en que, mirando la pistolera que llevaba a la cintura, no pensara en desenfundar su Webley y posar el frío cañón del arma sobre su sien.

Después de treinta y seis horas de soledad en el ambiente cargado y húmedo de su desordenada habitación, esta idea le dominó por entero. Con gesto cansado se levantó, deslizó el revólver fuera de su funda y miró el arma largo rato, sin decir nada, sin atreverse siquiera a formular un pensamiento. Durante un minuto, David Tewp imaginó su muerte. Pero aquello no le asustó. Y fue precisamente esa ausencia de miedo la que le sacó de su estupor, porque entonces se dio cuenta con horror de que, al no sentir ya ninguna repulsión ante la idea de su fin, acababa realmente de perder cualquier rastro de humanidad. Aquello le hizo reír. Se sintió poderoso, y loco,

y sabio a la vez. David Tewp ordenó la habitación, se duchó, se vistió y abandonó el King David casi feliz.

«Los sargentos Martin y Paice siguen desaparecidos. Los registros efectuados en Jerusalén y en los pueblos de los alrededores no han dado ningún resultado. El ultimátum de los secuestradores expira dentro de doce horas, es decir, a las 7 horas de mañana. Lord Cunningham ha anunciado, al final de la tarde, que no cedería al chantaje y que, en consecuencia, todos los prisioneros capturados en el curso de la operación Agatha permanecerían en prisión en espera de ser juzgados por un tribunal militar británico. El alto comisario en Palestina declaró igualmente que estaba persuadido de que los dos suboficiales sabrían comportarse como valerosos representantes del orden imperial si, por desgracia, los terroristas de la banda Stern ejecutaran su amenaza. Seguirán informaciones más amplias...»

Resonando en el silencio que se había hecho en el comedor de oficiales del cuartel general inglés, la voz del locutor recorría, como la de un actor, todos los tonos del drama.

—Éste tipo debe de ser un comediante frustrado —no pudo evitar comentar en un susurro el subteniente Gordon a su vecino de mesa, el capitán O'Reilly.

—¡Cierra la boca, chaval! ¡No se bromea con estas cosas! —replicó enseguida el irlandés con el rostro enrojecido, haciendo el gesto de lanzar su pesado puño contra el rostro del mequetrefe.

—Yo no... —farfulló el otro.

—¡Que te calles, he dicho! Seguramente Paice y Martin están viviendo ahora sus últimas horas. ¡Piensa en la suerte que tienes de tener el culo bien seguro en el King David!

—Sí, mi capitán. Tiene razón, mi capitán —balbuceó torpemente el oficial antes de volver a hundir la nariz en su *porridge*.

O'Reilly apartó con brusquedad el plato que tenía ante sí con el revés de la mano. Casi no había tocado la comida y no había bebido ni un sorbo de su cerveza Kilkenny. Irritado, empujó su silla hacia atrás, se encasquetó la gorra en el cráneo y salió a grandes zancadas del refectorio, que se llenaba de nuevo con el murmullo de las conversaciones. O'Reilly había circulado durante toda la jornada por la ciudad con su sección de fusileros reales, con la esperanza de encontrar un indicio que permitiera localizar a los dos sargentos retenidos como rehenes. De nada le habían servido los numerosos contactos que había sabido crearse entre el pueblo llano en el curso de su estancia en Palestina. Por más que el capitán hubiera distribuido generosamente parte de su botín de guerra —material del ejército que escamoteaba aquí y allá y que le servía de moneda de cambio para sus pequeños manejos—, ninguno de sus confidentes habituales, ni judíos ni palestinos, había podido proporcionarle la menor indicación útil. Ardiendo de impaciencia, O'Reilly había

vuelto a las oficinas de su compañía, y ya pensaba en reunir a sus muchachos para imponerles una última patrulla por la ciudad, cuando el sargento de guardia le interpeló en el pasillo.

—Un chaval pregunta por usted. Dice que es importante.

—¿Un chaval? ¿Qué chaval?

—¡Este, mi capitán! ¡Sal, chico!

Levantando el tablero del mostrador que delimitaba el despacho del sargento, un árabe de unos diez años apareció con una amplia sonrisa. La chilaba blanca que llevaba le caía sobre los pies.

—¿Qué quieres, chico? ¿Hablas inglés al menos?

—No hay problema, jefe. ¡Hablo todo lo que tú entiendes!

A pesar de su irritación, O'Reilly no pudo evitar soltar una carcajada.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por ti, muchacho? ¡De entrada te juro que no conozco a tu madre y que no encuentro ningún parecido entre nosotros! —bromeó el capitán, al que la simple visión del niño había hecho recuperar su natural campechanía.

—Tengo un mensaje que transmitir al coronel Devi Tup. Un mensaje urgente. Sé que tiene una habitación en el King David, pero los porteros no me han dejado entrar.

O'Reilly apoyó las nalgas en los talones para colocarse a la altura del rostro del niño.

—¿Qué historia es ésa, chico? ¿Quién te envía?

—¡Un hombre me ha dado la mitad de una libra esterlina y me ha dicho que fuera a verle a usted, el gran *captain* Oreli, si no podía hablar con el coronel Tup! ¡Tengo esto para él!

La mano del chiquillo se abrió y dejó ver un pequeño objeto brillante que el oficial reconoció al instante. Era una placa de identificación militar que colgaba al extremo de una cadena. O'Reilly la cogió entre los dedos y le dio la vuelta para descifrar el nombre grabado en relieve.

—Sargento Calvin Paice —leyó, incrédulo—. ¡Por todos los demonios!

Sentado en el borde de su cama, Tewp daba vueltas entre los dedos a la placa del sargento Paice.

—No hay duda, es la suya, coronel. No es una falsificación fabricada a toda prisa para sacar dinero al ejército británico. Y además, ya me perdonará, pero si ése fuera el caso, no creo que esos estafadores le hubieran elegido a usted para negociar. ¡Nadie le conoce aquí!

Tewp sonrió pensativamente. Una frase cínica asomó a sus labios, pero al final se lo pensó mejor y prefirió interesarse por el chiquillo árabe.

—¿Cómo te llamas?

—Latif, Davi Tup.

El crío tenía un rostro simpático y franco. A pesar de su aspecto desastrado, no

parecía desnutrido. Sus mejillas eran redondas, y llevaba el pelo y las manos muy limpios. No era un golfillo de la calle.

—Y bien, señor Latif —continuó Tewp—, ¿conoces al hombre que te ha encargado que vinieras a verme?

—No. Nunca le había visto antes. Me dio media libra enseguida y me prometió la otra mitad cuando hubiera hecho lo que tenía que hacer.

Del fondo de su chilaba, Latif sacó orgullosamente una especie de cupón arrugado. Era la mitad de un billete del banco de Inglaterra.

—Bien. Ahora dinos exactamente lo que tienes que hacer...

—Debo llevar al coronel Davi Tup, solo, a un sitio...

O'Reilly golpeó el suelo con el talón. Incluso amortiguada por la gruesa alfombra, la suela de su borceguí claveteado hizo resonar el pavimento con un ruido sordo.

—¡Demonios, muchacho! ¿No podrías ser más preciso?

—No. Tengo que dar las informaciones unas después de otras y por orden. Primero hay que esperar hasta las cinco de la mañana. Y luego llevo al coronel a un sitio. No tengo derecho a decir dónde.

Al capitán se le llevaban los demonios. Apretó la mandíbula y se puso a dar vueltas por la habitación retorciendo su gorra entre las manos. Tewp, más tranquilo, creyó por un instante que había encontrado el punto flaco del chiquillo.

—Si es por miedo a no recibir el dinero que te han prometido, has de saber que puedo pagarte mucho más si nos dices enseguida adonde se supone que debes conducirme. Mira.

Tewp se sacó una llave del bolsillo, se acercó al escritorio, abrió el cajón central y volvió junto al niño con un fajo de billetes de diez libras.

—Tengo cien libras esterlinas en la mano, Latif. Cien veces lo que este hombre te ha prometido. Y yo, al contrario que él, no parto mis billetes en dos. Te los doy enseguida, a condición de que hables.

El chiquillo se agitó, inquieto, un momento, y apretó los labios en señal de intensa reflexión.

—¡No puedo! —concluyó finalmente.

—¿Y eso por qué? —preguntó Tewp, sin preocuparse del capitán, que parecía a punto de estallar.

—Si cojo sus billetes, el otro nunca me dará la mitad de mi libra...

—Bien razonado. Sin embargo, si eliges callar, no perderás una simple libra, sino cien. Piénsalo bien...

—¡Ya está todo pensado! Y además, hay otra cosa...

—¿Qué demonios ocurre ahora? —exclamó O'Reilly irritado.

—¡Lo he prometido, jefe!

—¡Pequeño imbécil honesto! —explotó el capitán, que ya se acercaba con la mano en alto para abofetear al niño.

—¡Detesto que peguen a los niños, capitán! ¡Conténgase! —se interpuso Tewp, sujetando del brazo al irlandés.

—¡Pero con qué me sale ahora, por Dios! ¡Ya verá cómo con una buena zurra o una ducha fría este pequeño sinvergüenza lo escupe todo!

Y liberándose de Tewp, O'Reilly aulló ante la cara del chiquillo:

—¿Sabes que hay vidas en juego, pequeña víbora? ¿Sabes que unos hombres pueden morir por tu culpa y por tus sucias promesas? ¿Te das cuenta, al menos, piojoso?

—¡Déjeme solucionar este asunto, capitán! De nada sirve enfurecerse con él.

Impresionado por la enorme cólera de O'Reilly, Latif se había puesto a temblar de arriba abajo. Un charco de orina se extendió sobre la alfombra.

—Salga, capitán —ordenó Tewp—. Creo que será lo mejor. Repararé los daños y le tendré al corriente de mis progresos.

Fuera de sí, el fusilero dirigió una mirada venenosa a Latif:

—Este asunto le supera, coronel. Lo lamento, pero no puedo permitir que juegue esta carta solo. La vida de dos tipos excelentes está en juego. Tengo que informar a mis superiores.

O'Reilly salió de la habitación dando un portazo antes de que Tewp tuviera tiempo de reaccionar. Considerando el estado de febril excitación en que había sumergido al capitán la esperanza de encontrar con vida a los dos sargentos, Tewp no dudaba ni por un instante que ejecutaría inmediatamente su amenaza. Dentro de unos minutos, la habitación hormiguaría de oficiales y policías militares que querrían saberlo todo sobre las razones de su presencia en Jerusalén y los apoyos con que contaba para haber podido moverse, durante tanto tiempo, al margen de cualquier control administrativo. Si se quedaba aquí, Tewp se vería obligado a embarcar por la mañana en el primer barco con destino a Londres, y nunca podría volver a Palestina. Durante un segundo le invadió una desesperación absoluta. ¡La pista de Ruben Hezner se interrumpía aquí mismo! En el charco de orina del pequeño Latif... Pero luego la vieja mecánica volvió a ponerse en marcha de golpe. El instinto de supervivencia. La voluntad de actuar. Tewp se enfundó en su chaqueta, cogió su Webley, deslizó en sus bolsillos tanto dinero como pudo y sujetó por el brazo al niño árabe, que seguía sollozando, para abandonar con él a paso de carrera el King David por una puerta de servicio.

Latif era un chiquillo extremadamente escrupuloso. A pesar de encontrarse visiblemente agotado por la marcha acelerada que Tewp le forzaba a seguir por las callejuelas desiertas de la Ciudad Vieja, se negó a revelar por anticipado el mensaje que había prometido comunicar al coronel. Sólo cuando vio que el alba teñía de rosa los tejados en terraza, preguntó la hora.

—Dentro de tres minutos darán las cinco, chico. Creo que ha llegado el momento.

Nos merecemos un descanso para charlar un poco, ¿no te parece?

Tewp estaba tan reventado como el chiquillo. Errar en plena noche por una ciudad que no conocía bien, donde a cada instante se exponía a que patrullas con su descripción le arrestaran, era una actividad que exigía tanta sangre fría como reflejos. Por si fuera poco, tener que arrastrar a un crío rezongón resultaba aún más agotador. Tewp distinguió un banco, donde instaló al niño, que se derrumbó como un saco.

—Son las cinco, Latif. ¡Habla, ahora!

Latif se incorporó lo justo para poder mirar al inglés a los ojos, inclinó gravemente la cabeza y por fin aceptó recitar su lección.

—Más allá de las murallas de la ciudad, cerca de las antiguas canteras de Salomón, hay un árbol muerto. Una acacia. Los dos soldados secuestrados esperan a que Davi Tup vaya a liberarlos. Si Davi Tup no está allí antes de la séptima hora, ¡los dos ingleses morirán!

Con el mentón, Tewp animó al chiquillo a continuar, pero el niño no tenía nada más que decir.

—Tengo que llevarle, ahora. Es lo que el señor dijo. Sí, tengo que ir con usted... Yo sé dónde es. ¡Venga!

Como movido por un resorte, Latif se puso en pie y salió al trote. Tewp se levantó a su vez y tuvo que ponerse a correr para alcanzarlo. El adulto siguió al niño a través de un inextricable laberinto de calles en pendiente que conducían a los antiguos límites de la ciudad, a las viejas canteras de Salomón. Durante veinte minutos avanzaron así, juntos, sin mediar palabra, concentrados en su respiración y atentos a mantener el ritmo el mayor tiempo posible. Tewp era consciente de que en cualquier instante podían tropezarse con los guardias ingleses, pero la sensación de urgencia eliminaba en él todo rastro de prudencia. El coronel y su guía alcanzaron las canteras de Salomón cuando el sol ya era una gran bola roja en el cielo y a lo lejos el muecín entonaba su primer canto de llamada a la oración. No había viviendas en aquel lugar. Ni fábricas ni almacenes. Sólo, aquí y allá, algunos edificios de adobe y planchas donde los jardineros y los peones camineros guardaban sus herramientas.

—La acacia... ¿dónde está? No la veo, Latif.

—Hay que bajar un poco. Está en una hondonada.

El chiquillo dio unos pasos más y David Tewp le siguió. Al echar un vistazo a los alrededores, no pudo distinguir el menor indicio de actividad humana. De todos modos, prudentemente desenfundó su Webley...

—¡Aquí, Davi Tup! ¡Aquí!

La voz de Latif se alzó triunfalmente, rebotando en las paredes de roca desnuda que se elevaban por todas partes en torno a ellos. Al acercarse, el coronel distinguió, a unas treinta yardas por debajo, un árbol enorme, de tronco gris y ramas desnudas. En el suelo había dos formas apretujadas, inmóviles. Latif se lanzó hacia delante y empezó a descender por la pendiente polvorienta en dirección al árbol. Tewp tendió la mano para retenerle, pero el chiquillo, llevado por su impulso y a favor del fuerte

desnivel, ya era sólo un proyectil blanco lanzado a toda velocidad...

—¡Detente, Latif, detente! —le gritó Tewp.

Pero el niño sentía demasiada curiosidad para obedecerle. Desde el lugar en donde se encontraba, Tewp había comprendido que las formas caídas sobre las raíces descubiertas de la acacia eran dos siluetas humanas. Incluso había reconocido el pantalón corto y la camisa reglamentarios del ejército británico. Sin duda alguna, los dos individuos que yacían tendidos allí eran los suboficiales Paice y Martin. Pero ¿estaban vivos o muertos? ¿Drogados, inconscientes o ejecutados? Nada permitía juzgarlo todavía.

—¡Latif! —volvió a aullar— ¡Espérame, muchacho! ¡Quédate donde estás, por lo que más quieras!

La advertencia no tuvo ningún efecto. El chiquillo ya estaba muy cerca de los dos soldados inmóviles. Tewp vio claramente cómo se inclinaba sobre uno de ellos para observar el rostro del militar por encima de su hombro rígido. Y en el momento en que el niño trató de girar el cuerpo del *tommy* para tenderlo sobre la espalda, la granada sin pasador que habían encajado bajo el cadáver del sargento explotó. El efecto de la onda expansiva fue terrible. Latif, proyectado por los aires, no comprendió que moría. Todo sucedió demasiado deprisa. Con el cuerpo acribillado por fragmentos de hierro y la piel quemada por la cordita, el niño cayó exánime a cinco yardas de la acacia, en medio de una lluvia de guijarros, sangre y pedazos de carne desgarrada. Perplejo, anonadado y sin embargo lúcido, Tewp se detuvo un instante ante los restos del chiquillo. Quiso cerrarle los ojos, pero en el lugar de la cara sólo tenía un agujero supurante de pulpa roja. David Tewp vio entonces una hoja de papel clavada en el tronco del árbol. Se acercó y arrancó la nota. Bajo unas líneas trazadas en hebreo, leyó en inglés:

Los dos espías británicos Martin y Paice, arrestados por el ejército clandestino, han sido sometidos a juicio bajo la acusación de crímenes contra el pueblo judío. Los hechos que se les imputan son los siguientes:

1. Entrada ilegal en el territorio de Eretz Israel.
2. Pertenencia a una organización terrorista conocida con el nombre de «ejército británico», responsable de crímenes y detenciones ilegales de ciudadanos judíos.
3. Espionaje y conspiración contra el ejército judío clandestino de liberación.

La corte ha juzgado a estos hombres culpables de todos los hechos que se les imputan. En consecuencia, han sido condenados a ser colgados hasta morir. La petición de clemencia de los condenados ha sido rechazada.

Había una firma garrapateada apresuradamente añadida al texto dactilografiado. Tewp descifró con esfuerzo: «Corte de justicia del Irgun en Eretz Israel»... Arrugó el papel y lo lanzó lejos. Impotente, el coronel del MI6 no sabía qué hacer. De nuevo

yacía a sus pies el cadáver de un niño. De nuevo se burlaban de él. Pero no tuvo tiempo de preguntarse por la identidad de los que le habían tendido aquella trampa. En lo alto de la hondonada se oían voces que se interpelaban. Los hombres no hablaban inglés, sino yiddish. No podía verles, pero calculó en tres o cuatro el número de los que se acercaban. Tewp se aplastó contra el suelo para ponerse a cubierto detrás del cadáver intacto del sargento Martin y esperó a que los desconocidos aparecieran.

Pronto surgieron tres siluetas al borde del agujero, tres siluetas negras que se movían a contraluz. Una de ellas inició un descenso rápido. El individuo en cuestión apretaba entre sus manos un largo tubo de metal en el que Tewp reconoció la forma característica de una Sten. La palma de su mano se posó instintivamente sobre la culata del Webley. Sabía que una buena emboscada siempre está compuesta por al menos dos líneas de choque. La primera está destinada a herir; la segunda, a acabar el trabajo. Los hombres que ahora tenía ante él constituían el equipo de asesinos encargados de liquidar a los que habían caído en la trampa. Superiores en número y armamento y situados en una posición más elevada, sus enemigos tenían ventaja. El tambor de su arma sólo contenía seis cartuchos y no podía ser utilizado con eficacia a más de veinte yardas. La suerte tendría que sonreírle si quería salir vivo de las canteras de Salomón. Lentamente, Tewp deslizó la mirada sobre el cadáver de Martin, sin una esperanza precisa pero intuyendo que ahí encontraría una preciosa baza para defenderse. Redonda, entallada, terriblemente peligrosa, otra granada había sido colocada, dispuesta para estallar, bajo la axila del infortunado soldado. Con mucho cuidado, procurando no comprimir la cuchara de metal que desencadenaba la detonación, Tewp liberó la bomba y la apretó en su puño.

Un segundo hombre inició el descenso siguiendo los pasos del explorador. Tewp esperaba que los dos tipos cometieran el error de reagruparse para registrar el agujero donde se acumulaban los cadáveres. Sin duda tranquilizados a medias por la presencia de su amigo, que les cubría desde lo alto, los asesinos avanzaron lentamente, uno junto a otro, hacia la acacia, con la culata de su arma apoyada contra la cadera. A Tewp le divirtió esta torpeza, ya que sabía que las Sten no son armas que destaquen por su precisión. Llevadas así al nivel de la ingle, tienen pocas probabilidades de alcanzar el blanco incluso a menos de diez yardas de distancia. Animado por la evidente inexperiencia de sus adversarios, Tewp saltó de pronto como un resorte y lanzó la granada contra los dos hombres. La explosión hizo aún más ruido que la que había matado a Latif. El primer asesino se derrumbó sin un gemido; pero el otro, que sólo estaba herido, tuvo tiempo de disparar una larga ráfaga hacia Tewp antes de que el coronel alineara la mira del Webley con su corazón y abriera fuego. El tipo se desplomó como un saco en el polvo.

Desde lo alto, el tercer hombre lanzó sus primeras ráfagas al azar, rociando de balas tanto la zona de la acacia como los cuerpos de sus camaradas caídos. Parapetado tras una roca, estaba totalmente fuera del alcance del inglés. Twep,

consciente de que no podría mantener su posición mucho tiempo sin acabar acribillado, decidió jugarse el todo por el todo. Simuló que quería recuperar una de las Sten caídas en la arena y saltó hacia el centro del descampado, inclinándose apenas, para ofrecer al tirador un blanco fácil. Dos series de tres cartuchos partieron de las alturas y Tewp sintió que un puñal de hielo se hundía en su espalda. Se derrumbó en el suelo, con el cuerpo taladrado por un dolor espantoso, a punto de perder el conocimiento. Un velo negro descendió ante sus ojos, pero sabía que, si se abandonaba a la inconsciencia, nunca podría volver al mundo de los vivos. Apostándolo todo a una carta, acumuló la voluntad suficiente para esperar a que el tirador se decidiera a descender a su vez. Tensando los músculos, se forzó a imitar la perfecta inmovilidad de un cadáver. El último hombre, que tenía prisa por terminar el trabajo, mordió el anzuelo. Tewp pudo oír cómo abandonaba el promontorio y se adentraba en la garganta. Cuando calculó que el Webley podía hacer diana con seguridad, se levantó de golpe, a pesar de su sufrimiento, y apretó el gatillo cuatro veces. Cuando se acercó al tercer asesino que yacía en el suelo, no le sorprendió demasiado reconocer el rostro del tipo corpulento que, unos días antes, había anunciado su llegada en la puerta del café ad-Dihwân.

Volver a la ciudad sin hacerse notar no fue tarea fácil para David Tewp. Aunque una bala de Sten le había atravesado la parte baja de la espalda, por suerte no había afectado ningún órgano vital; pero la sangre no dejaba de brotar de la herida, que hubiera habido que cauterizar sin pérdida de tiempo y que Tewp tuvo que contentarse con vendar con jirones de ropa arrancados de las camisas de los hombres contratados para matarle. Vacío de energías, y trastornado también por la muerte del pequeño Latif, el coronel había buscado refugio en una de las cabañas de obreros que proliferaban en las inmediaciones de las canteras. En una vieja alforja había encontrado unos quesitos envueltos en hojas de parra y una hogaza de pan negro que había devorado con ansia. Luego, durmiendo a ratos, había esperado a que anoheciera para arriesgarse a salir y tratar de volver al interior de las murallas. Con su uniforme militar oculto bajo una vieja gabardina arrancada a un espantapájaros con los hombros manchados de excrementos de pájaros, Tewp había aprovechado la longitud de la prenda para ocultar contra su muslo una Sten que había recogido del suelo enrojecido de la hondonada donde había estado a punto de morir, y se había colgado a la cintura tres cargadores llenos. Su idea era encontrar a Saporta, el único, en su opinión, que podía haber montado la emboscada del alba. Había necesitado tiempo para llegar a las inmediaciones del café ad-Dihwân, ya que no sólo estaba condenado a avanzar buscando los rincones en sombra y los callejones oscuros, sino que el ritmo de su marcha se reducía considerablemente a causa de los dolores que le infligía su herida.

Tewp no estaba seguro de poder encontrar a Zino Saporta en el lugar de su

primera cita con el truhán. Sin embargo, aquél era el único sitio donde tendría una pequeña oportunidad de dar con su hombre. Pacientemente, acurrucado entre unos bidones de chapa abandonados entre dos casas próximas al café, esperó a que pasaran las últimas horas antes del alba y luego, cuando juzgó que el tugurio había debido de vaciarse de la mayor parte de sus parroquianos, apretó con fuerza la Sten, hizo subir una bala al cañón y abandonó su escondite para avanzar hasta el rótulo de neón amarillo. Adormilado sobre un taburete, un tipo vestido con un traje arrugado simulaba montar guardia. Acercarse a él fue un juego de niños. Al sentir el cañón de la Sten, que se hundía dolorosamente en su laringe, el guardián se sobresaltó y agitó los brazos para no caerse de su asiento. Con signos y órdenes breves apenas murmuradas, Tewp le conminó a levantarse lentamente y a volverse de cara a la pared; luego lo registró cuidadosamente, dejó caer al suelo su 38 y el cuchillo de muelle que llevaba sujeto en torno al tobillo con una goma, y a continuación hizo desaparecer las dos armas en los grandes bolsillos de su trinchera.

—¡Ahora lléveme adentro!

El sicario lanzó un profundo suspiro; pero, con la pistola ametralladora del coronel inglés apretada contra sus riñones, se vio forzado a ir a golpear a la entrada del local. Como en la ocasión precedente, la mirilla se abrió y se intercambiaron unas frases en hebreo. Tewp no comprendía esta lengua y no podía estar seguro de que su prisionero no estuviera traicionándole, pero su silueta espectral y la fría determinación de sus amenazas habían sofocado en el cautivo toda veleidad de rebelión. La puerta de hierro del café ad-Dihwân se abrió sin que sucediera nada anormal. Con un violento culatazo, Tewp dejó inconsciente al guardián, que cayó desplomado a través de la entrada. El portero lanzó un grito de estupefacción, pero no tuvo tiempo de sorprenderse más porque un instante después la pesada barra de hierro se abatía sin piedad contra su cráneo, reduciéndolo al silencio. Tewp arrastró y apiló los cuerpos en el rellano, y luego cerró la puerta tras él. Palpó los bolsillos del segundo individuo y lo despojó de su arma, ató a los dos hombres con sus propios cinturones y corbatas, y bajó por la escalera hasta la cortina de terciopelo negro que delimitaba la entrada de la sala.

Una música suave se superponía al sonido de algunas conversaciones dispersas. Un vaso tintineó. Una mujer rió brevemente. El inglés calculó que aún habría una media docena de personas en el bar. Sin saber si su gesto obtendría el efecto deseado, apartó la cortina y entró con paso resuelto en el sótano saturado de humo de cigarrillos. A la vista de ese hombre sin nariz, cubierto de polvo y de sangre, que irrumpía blandiendo salvajemente un arma, un grito estridente resonó en la sala. Todas las miradas se volvieron hacia él. El barman se inclinaba ya para coger el fusil de caza de cañones recortados que guardaba al alcance de la mano, cuando Tewp levantó instintivamente su arma y apuntó a su adversario, que alzó las manos sin necesidad de que se lo pidieran para señalar su rendición incondicional. El coronel se desplazó hasta el centro de la habitación y lanzó una mirada circular. Reconoció a la

prostituta Bristen, sentada en un rincón con un cliente calvo que le miraba con los ojos muy abiertos; distinguió a una segunda chica en compañía de un hombre joven que no conocía, y había también una tercera adolescente, sola frente a dos vasos... ¿Dónde estaba su cliente? ¿Oculto detrás de una columna de yeso? ¿Escondido en una alcoba? El corazón de Tewp se aceleró. Aunque parecía controlar la situación, había un elemento que se le escapaba: un solitario que podía surgir a su espalda en cualquier momento y abatirle tan fácilmente como si apuntara a una diana en un campo de tiro.

—¿Dónde se esconde el que la acompaña? —preguntó Tewp a la chica, excesivamente maquillada.

La muchacha abrió la boca para responder, pero de pronto, surgiendo de la nada cual sombra salida del *Sheol*^[2], Dov Chevat abrió fuego. La bala, disparada con absoluta precisión, impactó en la Sten, y la potencia del balazo la hizo saltar de las manos de Tewp. Sorprendido, el coronel no había tenido tiempo aún de desenfundar su Webley cuando Chevat salió de detrás de un pilar, apuntando su arma contra él, y le ordenó que se arrodillara con las manos cruzadas sobre la nuca. Resignado, y exasperado por haberse dejado atrapar de un modo tan burdo, el inglés se agachó y levantó dócilmente los brazos, mientras las chicas y los clientes recogían a toda prisa sus cosas y se precipitaban hacia la escalera del sótano.

—¡El mutilado ha venido por sí mismo a meterse en la boca del lobo! —exclamó Chevat, mientras el barman apoyaba el doble cañón de su fusil contra la sien de Tewp — Muy amable por su parte, coronel. ¡Esto nos evita tener que ensuciarnos levantando todas las piedras de Jerusalén para capturarlo!

El dolor es una cosa extraña. Aunque la mayoría de los hombres no lo soportan, otros, los menos, impulsados por una voluntad más fuerte, tal vez también por una ironía innata, saben negarlo hasta el extremo de que parecen poseer un organismo privado de nervios y de sangre. ¿Era ése el caso de David Tewp? Sin duda no, porque el prisionero sentía en cada una de las fibras de su ser las sevicias que Dov Chevat se divertía en infligirle desde hacía horas. Sin embargo, a pesar de que su cuerpo torturado ya no era más que una llaga, su mente seguía negándose a responder a las preguntas que le formulaban. Donde la conciencia de un hombre corriente hubiera cedido hacía tiempo, la de Tewp luchaba. Tal vez fuera porque, desde el combate que le había enfrentado a Ostara Keller, la tortura del dolor se había convertido en su fiel compañera. La única que había tenido.

—Es usted resistente para ser un *goy* —señaló Zino Saporta—. ¡Es curioso, estoy casi impresionado! En fin... De todos modos Dov acabará por quebrar su resistencia.

Chevat era un maestro en el arte de encontrar los puntos más sensibles del cuerpo humano y cómo éste se contrae bajo el dolor, se dobla y se arruga de pronto como una hoja muerta que alguien se divierte en quemar. Su especialidad era el ácido.

Siempre llevaba un frasco consigo, dispuesto a lanzar su contenido al rostro de una chica desobediente o a la cara de un tipo que creía que le miraba mal. Sin embargo, con Tewp, Chevat no lo había utilizado. Presentía que no bastaría para doblegar la resistencia del inglés, que evidentemente no iba a asustarse ya por una amenaza de mutilación facial. Era preciso que el veneno químico actuara de otro modo, como un verdadero suplicio. Se necesitaban, pues, más de las cuatro gotas que utilizaba habitualmente. Durante una hora o dos, Dov Chevat se había ausentado, dejando al coronel sólidamente atado en la sala del café ad-Dihwân, bajo la vigilancia del barman, que no había relajado ni un segundo su índice, crispado sobre el gatillo de su viejo fusil de caza. Luego el joven pisaverde de los cabellos ondulados había vuelto. Saporta le acompañaba. Y el interrogatorio había comenzado. Enseguida violento. Enseguida espantosamente doloroso. Chevat no se había contentado con proyectar al azar el disolvente sobre el cuerpo desnudo de David Tewp. Aplicaba otro método más perverso, y que causaba más daños. Dov inyectaba la lava líquida bajo la piel del inglés mediante una larga aguja de acero.

—Las inyecciones no suponen nada nuevo para usted, ¿verdad, Tewp? —dijo Saporta mientras el verdugo preparaba la primera jeringa— Muy ingenioso su escondite en el cuarto de baño... ¡Pero lo hemos encontrado! Mis chicos me informaron de lo que ocultaba en él. Y tuvieron la cortesía de no privarle de sus golosinas, coronel. Convendrá en que fue un detalle por su parte. Dov le hará probar algo mucho más fuerte que su opio. ¿No es cierto, muchacho?

—Un producto de la familia de los ácidos. Algo que le corroerá, pero que, a pequeñas dosis, no le matará...

Tras plantar su aguja en lo alto del brazo del prisionero, Chevat empujó lentamente el pistón con una sonrisa de éxtasis. Tewp sintió primero un frío glacial que inundaba la superficie de su hombro; y luego, enseguida, una quemadura intensa ascendió atrozmente en sus nervios y le hizo gritar. Bajo el efecto del producto, su piel se hinchó, se llenó de ampollas y estalló en cráteres de donde el líquido escapaba en lágrimas viscosas y sanguinolentas, que desollaron todo su miembro cubriéndolo de atroces arañazos purulentos.

—Ya ve lo que sabe hacer nuestro amigo, coronel —dijo Saporta mientras los efectos de la primera inyección llegaban al paroxismo—. Pero por el momento sólo se ha interesado por una zona periférica de su anatomía. Imagine los destrozos que su producto podría causarle si se lo inyectara en la cara... O en otro sitio... ¡De modo que escuche bien mi pregunta y trate de responder deprisa! He comprendido por qué busca a Ruben Hezner. He hecho mi pequeña investigación. Hezner permaneció en Berlín durante toda la guerra, ¿no es cierto? Era incluso el protegido de gente muy bien situada. ¡Un judío entre los nazis! Es algo contra natura, evidentemente. De modo que me dije que debía de haber existido una buena razón para este acuerdo. Una muy buena razón, incluso. ¿Y cuál es la mejor razón del mundo para que un tipo arriesgue la vida frecuentando a los peores enemigos de su raza durante diez años?

¿No contesta, Tewp? Humm... Yo sólo conozco una: ¡el dinero! Montañas de dinero. Un tesoro. ¡El oro de Hitler! ¡Oro y obras de arte, claro está! Todas las que fueron robadas a nuestros hermanos en los países ocupados. ¡Rubens, Delacroix, Grecos, Boscos, Vermeers, Canalettos y otros a millares! Es eso, ¿verdad? No sé cómo, pero Hezner sabe dónde se escondieron todas estas maravillas. Por eso el MI6 le envió a buscarle a Jerusalén. *Lang leben zolt ir, Tewp!* ¡Puede vivir mucho tiempo, si confiesa!

Pero Tewp no tenía nada que responder a Saporta. Aunque se los hubiera revelado, ¿hubiera podido comprender el truhán los verdaderos motivos que le impelían a buscar a Ruben Hezner? No. Era imposible. Ante el mutismo de su prisionero, Saporta autorizó a Dov a hundir de nuevo la aguja en la carne del *fremder* —del extranjero, como decía con desprecio—. Tewp soportó otra dosis de ácido en el brazo. Luego otra, más masiva, le fue inyectada en la ingle, y los efectos fueron tan terribles que su piel se carbonizó por completo, desprendiendo un olor tan infecto que el propio Saporta se vio obligado a beber un largo trago de scotch directamente de la botella para expulsar de su boca y su nariz el olor a matadero que se había instalado en ellas.

—¡Dime lo que sabes del tesoro, Sin-nariz! ¡Dímelo y te dejaré vivir!

A pesar de sus sufrimientos, Tewp aún encontró fuerzas para escupir en la cara a su torturador.

—*Bist meshigeh?* ¿Estás loco? ¿Crees que sobrevivirás si dejo que Dov se ocupe de verdad de ti? ¡He encontrado la foto de Hezner en tu cartera! No puedes negar que trabajaba con los nazis. ¿De dónde sacaste esta fotografía? ¿Quién te la dio? ¿Quién?

Las amenazas de Saporta fueron vanas. Obstinadamente, Tewp había decidido mantener la boca cerrada. Hacía tiempo que se había jurado que nunca hablaría del extraño hombre que años antes, en Berlín, había tomado la foto que Saporta agitaba ahora en su mano rolliza. El mismo hombre que le había salvado la vida en las nieves de Ucrania. El mismo que, en la vasta propiedad neoyorquina de lord y lady Bentham, le había confiado un día todos los detalles de su increíble historia...

PRIMER LIBRO DE THÖRUN GÄRENSEN

EL VINO DE OSLO

Me llamo Thörun Gärensen y nací el 8 de agosto de 1908, en la habitación más grande de la mejor clínica de Oslo. El Sol se encontraba entonces en el signo del León, Marte se alzaba en Aries, y Venus, instalado en Libra, me prometía el favor de las mujeres...

Mi familia es noruega. Sólo tengo recuerdos felices de mi infancia. Mi madre me explicaba a menudo que, cuando era un bebé, la persona hacia la que volvía con más frecuencia la mirada era Nils Gärensen, mi abuelo paterno.

Es verdad que, por lejos que me remonte en mi memoria, el anciano siempre estuvo presente a mi lado, preocupándose por mi salud, aguzando mi curiosidad, tratando siempre de despertarme a la belleza del mundo. Debo mi nombre a su pasión por la mitología de nuestros antepasados vikingos: Thörun, el signo del dios Thor, maestro de coraje y de vida, fuente de energía inagotable para sus fieles. Mi propio abuelo tenía, de hecho, la constitución de un *thyrso*, esos gigantes de hielo tan fuertes que podían hendir una montaña con un golpe de su espada.

Mi abuelo Nils, surgido de un linaje de comerciantes de maderas, había inventado en su juventud un sistema para mejorar la eficacia de las sierras mecánicas. Con el dinero que le había reportado esta primera patente había conseguido reunir rápidamente una de las mayores fortunas industriales del reino, de modo que, con apenas cuarenta años, poseía miles de hectáreas de bosques y cuatro fábricas y dibujaba personalmente los planos de magníficos edificios de viviendas cuya construcción promovía en el centro de la capital. Como su instinto le había llevado a percibir que el mundo estaba a punto de bascular hacia una nueva era tecnológica y científica, había reinvertido una gran parte de sus beneficios personales en promover investigaciones que más tarde conseguirían revolucionar campos tan diversos como la metalurgia o la química farmacéutica. Mi abuelo era un caballero de la industria en el sentido noble del término. Amaba el progreso, amaba la acción, pero cultivaba también una ética escrupulosa y profesaba un inmenso respeto a todos los que trabajaban para él. Su preocupación por la suerte de sus obreros le llevó a ser de los primeros en Europa en hacerles beneficiarios de ventajas que en otros lugares no se generalizarían hasta mucho más tarde, y al precio de luchas a menudo agotadoras.

Ocupado en consolidar sus negocios, mi abuelo no pudo, sin embargo, estar junto a Peter, su único hijo, tanto como hubiera deseado. Como por desgracia su madre no había sobrevivido a los problemas derivados de un parto con dificultades, el niño fue inscrito en el pensionado del Colegio Real, y luego enviado a Inglaterra, a Eton, donde pronto se pusieron de manifiesto sus cualidades de muchacho recto y trabajador. Con ocasión de un baile de fin de año, Peter fue presentado a Sigrid, una bella señorita a la vez tímida, delicada y rica, hija única del embajador de Noruega en

Londres. Los dos jóvenes mantuvieron una correspondencia continuada, y un amor sincero nació entre ellos. Cuando mi padre volvió a su país, ya estaban prometidos. Estuvo un año preparándose para suceder un día a su padre en los negocios y, en marzo de 1903, cuando el puerto acababa de liberarse de los hielos, llegó un clíper para dejar a Sigrid en sus brazos para siempre. La boda fue una fiesta maravillosa que deslumbró a toda la buena sociedad de Oslo, y un primer hijo, Johann, mi hermano mayor, vino al mundo veinte meses más tarde, colmando de felicidad a mis padres.

Tan eficaz como mi abuelo en la dirección de nuestras industrias, Peter mostró excelentes cualidades de gestor. Los negocios prosperaban. Mis padres se amaban. Dos hijas, Karla e Ilona, aumentaron nuestra familia después de mi nacimiento... Johann, destinado a ser el heredero de la dinastía y poseedor de una inclinación natural hacia las matemáticas y las ciencias, pronto quiso saberlo todo sobre los engranajes de nuestras empresas. Mi padre le llevó a visitar las fábricas, los laboratorios, las tierras que nos pertenecían. A partir de su decimocuarto aniversario, mi hermano asistía incluso con asiduidad a todos los consejos de administración. Con una libreta sobre las rodillas, tomaba notas mientras lanzaba ya miradas sombrías a los directores que no le gustaban. Yo, tal vez un poco más soñador, y menos optimista en cuanto a la posibilidad de mejorar el mundo gracias únicamente al progreso técnico, manifestaba disposición para las lenguas, la filosofía, las artes y la literatura. Pintura, escultura, música: quise probarlo todo. A fin de satisfacer el entusiasmo que desplegaba, se transformó ex profeso para mí una parte del desván de nuestra gran casa de la capital. Allí pasaba incontables horas embadurnando de pintura una tela, tallando bloques de piedra con el martillo y el cincel, o tratando de arrancar sonidos armoniosos a un desafortunado violín que ya no podía más. Estudiaba con pasión el latín y el griego antiguo mientras Johann se sumergía en sus cursos de economía; devoraba la *Divina Comedia* y las novelas de la Tabla Redonda mientras mi hermano se esforzaba en resolver problemas de álgebra con varias incógnitas. Sin embargo, él, el científico, y yo, el literato, nos entendíamos bien. Creo que muy pronto tuvimos buenas relaciones precisamente porque habíamos valorado en su justa medida el alcance de nuestras diferencias. Mi hermano mayor deseaba ardientemente instalarse a la derecha de mi padre y asumir, tras él, la responsabilidad de nuestros negocios. Yo, por mi parte, me sentía tan alejado de las cuestiones financieras y la industria que me sentía feliz de poder descargar sobre Johann el peso de esta herencia. Yo no era una amenaza para él. Él no era un obstáculo para mí. Y como yo era un alumno brillante en el campo que había elegido —las humanidades clásicas y las lenguas—, me dejaban estudiar a mi modo. Con excepción de algunas crisis templadas que atravesamos durante nuestra infancia, nuestras relaciones fueron siempre excelentes.

Tal vez a mi padre le hubiera gustado que yo también me pareciera a él, pero nunca trató de oponerse a mis preferencias y creo que incluso estaba orgulloso de mí cuando mis profesores de universidad aceptaban publicar alguno de mis artículos en una revista académica. Mi abuelo Nils, por su parte, se sentía particularmente feliz de

que la familia pudiera enorgullecerse de tener un literato entre sus filas. Él mismo había experimentado siempre una viva pasión por la lectura de los grandes textos, y desde el día en que había hecho el traspaso definitivo de las riendas de nuestras fábricas a mi padre, consagraba una buena parte de su tiempo a ayudar a autores escandinavos a darse a conocer en Europa. Incluso pagó de su bolsillo las traducciones de varias novelas noruegas y se convirtió en uno de los amigos más queridos del gran novelista Knut Hamsun. Éste solía venir a vernos cuando yo era un niño. Si en aquel momento yo estaba ocupado en algún ejercicio con mis preceptores, Nils venía a interrumpir la lección y, cogiéndome de la mano, me hacía entrar en su despacho, donde nos esperaba el maestro para leernos con su cálida voz páginas escogidas de *El despertar de la gleba* o de *Ultimo capítulo*, que entonces estaba escribiendo. Recuerdo perfectamente las largas veladas que pasé entonces escuchando a los dos hombres evocar las antiguas sagas y los mitos de nuestros ancestros. Los dos sentían un profundo respeto por el pasado, y tenían la convicción de que nada nuevo puede construirse si se deja de lado o se desprecia la experiencia de las generaciones de otros tiempos.

—Los hombres siempre han pensado igualmente bien, Thörun —me decía Hamsun—. No creas que nosotros somos superiores a ellos sólo porque hemos visto la luz después.

De niño yo no captaba lo que el anciano trataba de hacerme comprender; pero no creo que esto tuviera, en realidad, ninguna importancia, porque yo estaba encantado, hechizado, por el tono de la voz, la frescura de la mirada y la vitalidad de los gestos del escritor. Deseaba con todo mi corazón parecerme a este hombre, y mi admiración traspasó todos los límites cuando, tenía yo doce años, me enteré de que acababa de recibir el premio Nobel de Literatura. Colmado de honores, celebrado en el mundo entero, Hamsun no dejó por ello de visitarnos regularmente ni interrumpió sus charlas con mi abuelo. Una noche, los dos hombres obtuvieron de mi madre el permiso para que no fuera a acostarme como de costumbre sino que me uniera a ellos en el misterioso viaje nocturno que preparaban. Impresionado, intrigado, excitado como nunca por la inesperada sorpresa, subí con ellos al más bello y potente de los automóviles que albergaban nuestros garajes.

Durante toda la noche circulamos hacia el norte y hacia el mar. Mi abuelo conducía. Knut Hamsun se había instalado en el asiento trasero a mi lado. Entre nosotros, sobre la tapicería de oloroso cuero, había colocado un tarrito de *Sild* al curry con manzanas que había cocinado María, su esposa. Con la punta de su cuchillo, el escritor me preparaba rebanadas de pan de nueces sobre las que extendía el pescado adobado, con un intenso sabor a especias y fruta. Con la boca llena y los ojos muy abiertos tratando de penetrar en las tinieblas que envolvían el coche lanzado cual carroza de cuento de hadas por los caminos de un reino encantado, tenía la sensación de que ingresaba poco a poco en la gran y misteriosa cofradía de los hombres. Se me ocurrió que mis dos mentores debían de haber maquinado desde

hacía tiempo esta excursión y que ésta estaba destinada a iniciarme en algún secreto esencial, a abrir una puerta hasta entonces desconocida en la materia íntima del mundo. ¡Era, lo sentía, una noche de metamorfosis! Tres o cuatro horas antes del alba, vi cómo el cielo se cubría de pronto de una luz eléctrica que tiñó las nubes de un verde, un violeta, un púrpura de una intensidad inaudita... Pegué mi rostro al vidrio y miré afuera con una mezcla de admiración y miedo. Mi corazón se puso a palpitar con más fuerza. Con las manos planas contra la portezuela, veía abrirse en torno a nosotros un paisaje irreal de landa seca con un suelo de polvo blanco. La luz era la de un apocalipsis, de un fin del mundo. Sentí que un terrible espanto me dominaba, hasta el punto de que tuve que morderme los labios para no gritar. Hamsun pasó su brazo en torno a mi cintura. El calor y la presión de su palma me fortificaron. Recostándome en el asiento, esperé en silencio y sin impaciencia a que mi abuelo detuviera por fin nuestra carrera.

Bajé. Habíamos abandonado la carretera. Ante nosotros se levantaban dunas y el cielo estaba constelado de ondas irisadas que no habían dejado de amplificarse desde que las había percibido por primera vez. Nils me levantó, me colocó sobre sus hombros y se puso a escalar a grandes zancadas la duna de arena. Hamsun nos seguía con un gran saco de marinero en la mano. En lo alto de la loma descubrí el mar silencioso, casi tan inmóvil como un lago. Ninguna ola rompía contra la costa, ningún rollo de espuma reventaba en la orilla. No era de noche ni de día, y todo, en torno a mí, me parecía como un gigantesco decorado de teatro. Mi abuelo señaló al horizonte.

—Vamos allí —dijo, mientras Hamsun nos adelantaba para dirigirse hacia un esquiife ligero que nos esperaba en la playa.

Me instalaron en el *faering*, una fina barca de madera cuya roda afilada recuerda a la de un *drakkar*. Los dos hombres empujaron el velero al agua sin esfuerzo. Hamsun izó la vela, y Nils se ocupó del timón. Había poco viento, pero un soplo regular procedente de tierra nos impulsó rápidamente mar adentro. El dosel inmenso y movedizo de la aurora boreal ocultaba las estrellas. Cuando la costa se perdió de vista, ninguna referencia nos ató ya a la geografía del mundo. Sin embargo, yo no sentía ningún miedo. ¿Qué podía ocurrirme en compañía de estos dos colosos que no dudaban en penetrar en los territorios oscuros sin dirigir una sola mirada atrás? Me deslizaba por la Estigia con dos navegantes expertos, y nada, estaba seguro, ni siquiera la más terrible de las tempestades, podría quebrantar a estos ancianos con los músculos tensos como cuerdas, de iris claros que parecían ver más allá de la superficie de las cosas. Durante mucho tiempo, y sin decir nada, bogamos recto adelante. Mi cuerpo no sentía nada. Ni hambre, ni sed, ni frío. Mi mente, en cambio, hervía como un geiser. ¿Adonde me llevaban? ¿Qué querían que viera? Porque esta navegación tenía un objetivo. Un secreto...

Lentamente el día amaneció, borrando poco a poco las ondulaciones verdes y malvas que habían estriado el cielo nocturno. Todo, por encima de nosotros, se tiñó

de un resplandeciente blanco de perla. Y en ese instante las vi. Una primera columna de agua se elevó apenas a cien metros de nosotros. Luego una segunda, ¡y una tercera!

—¡Las ballenas! —me murmuró mi abuelo al oído mientras mis manos se crispaban de emoción sobre la borda del *faering*.

Hamsun recogió parte del velamen para aminorar la marcha. Nils manejó el timón con habilidad para acercarnos a los cetáceos. El agua estaba clara y el mar seguía plano. Se veían tan bien las profundidades como si estuviéramos navegando en una laguna de Oceanía. Nos arriesgamos a pasar justo por encima de un primer animal. Mi abuelo dejó que me inclinara por encima de la borda. Vi al inmenso leviatán marino abrir su boca para filtrar el krill que proliferaba en estas aguas. Yo no tenía miedo. Sabía que la ballena no nos atacaría. Permanecimos el mayor tiempo posible en la vertical del cetáceo. Con el cuerpo medio volcado por encima de la proa de la barca y el monstruo tan cerca de mí que parecía que podía tocarlo, tenía la impresión de estar cabalgando un dragón. Creo que en mi vida he sentido una impresión tan poderosa, tan formidablemente embriagadora. Para el niño que era, aquél fue un instante de embeleso absoluto que nada igualó luego. La ballena cerró de pronto su boca e inclinó su cola para volver a tomar oxígeno en la superficie. Hamsun, al acecho, dio la voz de alarma. Con un golpe de muñeca, mi abuelo maniobró para que nuestra embarcación se deslizara sobre el costado, evitando por poco que fuéramos levantados por el enorme cuerpo, que partió las olas con un ruido de tempestad. Abriendo su válvula, el animal purgó sus pulmones haciendo caer sobre nosotros un chaparrón cálido, impregnado de un olor tan fuerte de sangre y carne grasa que, decenios más tarde, todavía creo respirarlo cuando recuerdo este instante. Acompañamos a las ballenas durante mucho rato. En silencio, simplemente felices de su presencia. Felices también de estar juntos, los tres, los dos hombres de cabellos blancos y el niño que yo era...

Finalmente, hacia el mediodía, atracamos en un islote desierto en medio de la nada. Knut sacó algunas vituallas del saco de tela que había traído, mientras mi abuelo hacía saltar las planchas de una cajita con la gruesa hoja de su cuchillo de marino. Protegidas por aromáticos zarcillos de virutas de madera, me mostró tres botellas tendidas en posiciones invertidas.

—¡El vino de Oslo! —dijo mi abuelo cogiendo una y blandiendo—. La frente al sol pálido que iluminaba esta isla desconocida, en el extremo norte del mundo.

Knut nos tendió tres cuernos altos, unos bellos y pesados objetos de materia animal adornados con misteriosos entrelazados de bronce, y luego mi abuelo vertió el alcohol amarillo en las antiguas copas, llenando la mía tanto como las otras dos.

—¡El hidromiel, Thörun! La sangre de Kvasir: ¡la bebida de la inmortalidad de los nobles divinos! —murmuró Nils mientras sus ojos revelaban una emoción tan profunda, tan sincera, que me conmocionó hasta lo más hondo de mi ser.

—¡Por las Potencias! —exclamó Knut levantando su cuerno hacia los cielos

blancos.

—¡Y por nuestros padres! —añadió Nils.

Virilmente, con toda la solemnidad de un rito sagrado, bebimos por nuestros antepasados y nuestros dioses, frente al océano, con los pies desnudos hundidos en la arena gris y nuestros grandes jerséis de lana rígidos por la sal de un mar de donde se elevaban tempestades.

CONSCISCAMUS DICREPANTES

Llegué a Alemania a finales de agosto de 1931, sólo unos días antes del inicio del año académico. Entraba entonces en mi vigésimo tercer año de vida y mis primeros trabajos sobre las lenguas y las civilizaciones medievales germano-escandinavas habían suscitado la atención del rector de la Facultad de Letras de Munich. Invitado por éste a dar cursos en Baviera, decidí aprovechar esta oportunidad en un momento de mi vida en que sentía que me asfixiaba en Noruega. Necesitaba instalarme en un nuevo decorado, recorrer otras calles, sonreír a otros rostros. Acepté. ¡En el instante en que bajé del tren con mi maleta en la mano, debo confesarlo, me sentía orgulloso de mí mismo! En primer lugar, porque consideraba que había dado prueba de una gran fuerza de carácter al persistir en elegir una carrera sin ningún punto en común con la que, por tradición familiar, hubiera debido escoger. Orgulloso también porque había sabido conquistar mi independencia sin por ello entrar en conflicto con los míos: Sigrid, mi madre, estaba, creo, bastante feliz de verme progresar en el dominio literario; en cuanto a mi padre, tal vez hubiera preferido que trabajara a su lado, como tan bien había hecho mi hermano Johann, pero ante los buenos resultados de mis exámenes y el apoyo espontáneo de mis profesores, había preferido dejar que mi mente siguiera el curso que le dictaba su inclinación natural. Y orgulloso, finalmente, porque había resuelto conquistar con mis propias armas un país donde el nombre de Gäremsen era casi totalmente desconocido.

A finales de 1930, yo hablaba muy bien el alemán, que había estudiado con asiduidad desde los once o doce años. Un ligero acento señalaba innegablemente mi origen escandinavo, pero yo contaba con aprovechar esta particularidad para atraer la atención de las chicas. Como mi abuelo, soy un hombre de estatura elevada. Los rasgos de mi rostro son regulares y poseo un físico atlético, reforzado por incontables horas de entrenamiento. Mi inclinación por las letras nunca impidió que fuera un muchacho ávido de ejercicio, a veces incluso atraído por los deportes de riesgo. Muy joven, ascendí cimas, piloté motocicletas potentes, pasé días enteros esquiendo en invierno, nadando y montando a caballo en verano. También en esto soy opuesto a mi hermano, al que sólo le gustan el golf o el tenis, deportes mundanos que se practican completamente vestido y donde se transpira poco. Orgulloso de mi cuerpo y de mi mente, de natural alegre y despreocupado, con veintitrés años hacía tiempo que había disfrutado de las delicias que nos procuran las mujeres. Sabía que yo les gustaba, y en contrapartida, yo las amaba con locura. Demasiado, por otra parte, para contentarme con frecuentar a una sola. En Oslo pronto me había cimentado una reputación de seductor, de hombre encantador, pero muy pronto se agotaron para mí las posibilidades limitadas que ofrecía la cabaña femenina de la buena sociedad noruega. En apenas unos años, conocía todas las caras. No tenía mucho porvenir en este

campo, porque o bien las chicas ya se me habían entregado, o bien las colocaban rápidamente fuera de mi alcance cuando se conocía mi asistencia a una velada, un concierto o una representación teatral. Se comprenderá, pues, que la perspectiva de explorar el extraordinario vivero bávaro sin ser penalizado por mis antecedentes generara en mí deliciosos estremecimientos.

Tal vez más que cualquier otra provincia de Alemania en esa época, Baviera era el centro de un activismo político permanente. Era patente para todos, incluso para un extranjero, que la República de Weimar no podría controlar por mucho tiempo una situación que la ocupación de la cuenca del Ruhr por Francia, en 1923, había deteriorado profundamente, y sobre todo las repercusiones en el Viejo Continente de la crisis bursátil norteamericana. Siete días después de la de Nueva York, la bolsa alemana se había desplomado, al estar constituida la piedra angular de las finanzas germánicas por los empréstitos al extranjero, y a Estados Unidos principalmente. Cuando el flujo de los préstamos se secó y llegó el momento en que hubo que reembolsar los primeros empréstitos, las finanzas alemanas fueron incapaces de resistir esta tensión. Al frenarse el comercio mundial a consecuencia del marasmo general, Alemania ya no consiguió exportar lo suficiente para pagar sus importaciones —indispensables— de materias primas y víveres. Sin exportaciones, la industria alemana no podía hacer funcionar sus fábricas. La producción se redujo a la mitad. El número de parados creció en proporciones terribles. Después de haber mantenido, casi sola contra el mundo, un conflicto que había aniquilado a lo mejor de su juventud, Alemania había tenido que afrontar, durante largos meses, una verdadera guerra civil que había enfrentado a bolcheviques y conservadores provocando atroces matanzas. El país aún conservaba los estigmas de esos años. Seis millones de parados eran incapaces de alimentar correctamente a sus familias. El carbón no escaseaba, pero era caro. En invierno, los menesterosos morían de tuberculosis en tugurios infestados de parásitos...

Desde Oslo, mi viaje en tren me había impuesto una parada de un día en Berlín. En el andén de la estación pude percibir *in situ* esta miseria. El desastre era tan palpable que estuve a punto de volver por donde había venido. En esa época, la ciudad aún no era la metrópoli grandiosa en que se convirtió en el curso del período hitleriano. La futura capital del Reich sólo contaba con dos millones de habitantes, entre los cuales había muchos campesinos silesios recientemente instalados y judíos. En el vestíbulo de la estación se había organizado una sopa popular que nunca he olvidado. Allí vi por primera vez en mi vida el brazal rojo con la cruz gamada, que llevaba un hombre con camisa parda. Junto con algunos camaradas, distribuía pan negro y caldo a los menesterosos, que temblaban de tan flacos como estaban bajo sus chaquetas de mal paño. Pasé una noche poco agradable en un hotel mediocre antes de reemprender viaje hacia el sur y llegar finalmente a Munich.

Allí, la atmósfera me pareció enseguida menos aterradora. Baviera era todavía una provincia rural, en donde a la gente le gustaba reír. Una gran profusión de vituallas desbordaba de los mostradores de los comerciantes y, a pesar de la crisis, no vi a nadie tan flaco como en las provincias orientales del país. La arquitectura me pareció menos austera que en Prusia, y las mujeres, bonitas, sabían cuidarse mejor que las berlinesas, y utilizaban también el maquillaje con más gracia. En la calle que conducía a mi residencia —un tranquilo apartamento de dos habitaciones, en el número 41 de la Thierschstrasse, que la administración de la facultad se había encargado de alquilar para mí— me crucé con una sección de unos cincuenta hombres con botas y correaes que desfilaban marcialmente al son de los tambores y los pífanos. Como los que había visto distribuyendo comida en la estación, lucían un brazal rojo con una cruz quebrada negra sobre fondo blanco. Algunos, comprendiendo tal vez, al ver mi maleta, que era extranjero, me lanzaron una mirada de sospecha que reflejaba a la vez desconfianza y provocación.

—Los cigarrillos más populares son los Juno, señor. Se compran por unidades y cuestan un *pfennig*. Por si aún no lo sabe, se necesitan cien *pfennigs* para completar un marquito de nada.

—Lo sé, señora Chanz, lo sé. Deme diez cigarrillos hoy, por favor.

Frau Nadia Chanz regentaba un quiosco de artículos diversos en la esquina de mi calle. En su cabaña de madera verde, donde reinaba detrás de su ventanilla como una pitia dispuesta a conceder audiencia, había un poco de todo. Tal vez porque había hecho mis primeras compras en su tiendecita —una aguja e hilo para coser un botón—, la mujer se había fijado en mí y me había tomado simpatía.

—No creo equivocarme si afirmo que es usted un extranjero recién llegado, señor. ¿Tengo razón?

—Tiene razón, señora.

—Entonces sepa que si tiene el menor problema, siempre puede venir a hablar conmigo. Nosotros, los bávaros, somos conocidos por nuestro sentido de la hospitalidad. No quiero desmentir la justicia de esta fama. ¿Estamos de acuerdo, muchacho?

Las maneras un pelín cómicas y los grandes ojos en blanco con que esta gentil dama metida en carnes había pronunciado su discurso de bienvenida me habían hecho sonreír. Inmediatamente simpatiqué con esa mujer, a la que pronto me habitué a llamar afectuosamente «mamá Chanz», y casi siempre iba a saludarla después de mi jornada de trabajo en la facultad.

Munich es una ciudad de larga tradición universitaria y la calidad de la enseñanza que allí se dispensa siempre ha gozado de una excelente reputación. Los edificios académicos son austeros y sombríos, pero en sus pasillos resuena durante todo el día el rumor del ir y venir de los estudiantes. El martilleo rítmico de los tacones

femeninos es un sonido que siempre me ha gustado. Me tranquiliza, me conmueve. Así, entre dos clases con mis alumnos, me concedía una pausa para fumar un cigarrillo mientras recorría los pasillos para mirar a las chicas que se dirigían a sus aulas. Amaba el batir de sus piernas bajo sus faldas largas y rectas. Amaba su manera de cruzar los brazos sobre el pecho para apretar un cuaderno o un montón de hojas cubiertas de tinta fresca. Amaba sus ojos bajos que las hacían parecer castas monjas de camino al oficio. Amaba, sobre todo, las coqueterías y las maneras torpes de estas señoritas apenas salidas de la adolescencia que ensayaban sus poses de mujer. Observarlas me hacía soñar. Perdido en mis pensamientos, más de una vez dejé que el cigarrillo me quemara los dedos.

En la universidad, trabajaba bajo la tutela de un viejo profesor danés que ocupaba la cátedra de lenguas nórdicas desde el final de la guerra. El profesor no era un hombre desagradable, y nuestras relaciones pronto superaron el nivel de la simple cortesía. Mis primeros días de curso transcurrieron en medio de una relativa tranquilidad. Pocos estudiantes elegían aprender el noruego, el danés o el sueco, y la mayoría de ellos tenían orígenes nórdicos. Creo recordar que, al principio de mis clases, no tenía más que cinco o seis alemanes por una quincena de jóvenes cuyos padres eran nativos de Escandinavia. La tendencia, sin embargo, se invirtió al cabo de unas semanas. El rumor de la llegada de un nuevo profesor de seminario noruego de físico atractivo se había extendido entre la población estudiantil femenina. Mis clases pasaron a gozar así de un cierto éxito, que no dejó de acarrear un poco de anarquía. Finalmente la administración tuvo que intervenir y poner término a este caos, e hizo colgar un escrito que prohibía rigurosamente a los no inscritos asistir a mis lecciones.

Por la noche, antes de volver a casa y de trabajar en la redacción de mi tesis doctoral, iba a pasear por las calles de la ciudad vieja. Hacía bastante calor ese otoño, y aún se podía aprovechar el aire tibio de la noche en las terrazas a pesar de que octubre estaba a la vuelta de la esquina. Así adquirí la costumbre de acudir al Luitpold, una inmensa cervecería rococó sobrecargada de mármoles y de dorados, donde los intelectuales bávaros se encontraban para hablar de literatura, ciencia o filosofía y discutir sobre el devenir del mundo. Allí, escuchando estas conversaciones animadas en medio de los olores mezclados del café y la cerveza, hice saltar definitivamente el barniz escolar de mi alemán para darle los acentos de la lengua cotidiana. En Munich me sentía en mi casa. Me gustaba Baviera. Consideraba que allí la gente era alegre, a pesar de las desgracias que asolaban a su país, y sus maneras simples de católicos me los hacían mucho más simpáticos que sus compatriotas protestantes del norte y el este.

En 1931, Alemania ya no era un régimen parlamentario. Las improbables coaliciones de los años precedentes no habían podido frenar la crisis económica. En septiembre de 1930, el resultado de las elecciones legislativas había sido tan fragmentado que el canciller Brüning ni siquiera había intentado formar gobierno. Prefiriendo recurrir al artículo cuadragésimo octavo de la Constitución, que le

permitía ampliar sus poderes bajo la autoridad única del presidente Hindenburg, había resuelto convertirse en una especie de tirano blando que practicaba sin convicción una política de deflación que le valía la oposición de todo los sectores del país. Sus días estaban contados. Él lo sabía. Cada alemán lo sabía.

Sacha Hornung, un joven asistente que tenía más o menos mi edad y enseñaba geografía, fue mi primer amigo de verdad. Una noche me había esperado a la salida de mi clase para solicitar mi ayuda para preparar una lección que debía dar sobre el valor estratégico de Escandinavia. Su rostro agraciado se adornaba con un fino bigote que lustraba cuidadosamente y cortaba con precisión milimétrica, y sus cabellos castaños, siempre echados hacia atrás por un velo de brillantina, sus ojos claros y su estatura mediana le daban cierto parecido con el actor Adolphe Menjou, entonces ídolo de todas las jóvenes de Alemania. Nacido en el seno de una familia que le proporcionaba una generosa dotación —su padre era un reputado cirujano en Munich—, Sacha tenía debilidad por los trajes cruzados a la última moda y las chaquetas de brocado. Él no fumaba los vulgares Juno, sino los aristocráticos y onerosos Abdullah. Muniqués de origen, conocía todos los rincones de la ciudad, que no tenía secretos para él.

—Te he visto varias veces en el Luitpold —me dijo en una de nuestras primeras conversaciones—. Está bien, pero no es allí donde se encuentran las ninfas más hermosas.

Aficionado a las chicas guapas, Sacha se sentía, como yo, mortificado al tener que tratar cotidianamente con bellezas tan apetecibles sin poder beneficiarse de ello.

—Ándate con ojo, Thörun —me recordaba a menudo—. ¡Si nos descubren utilizando nuestra autoridad de enseñantes para acostarnos con las estudiantes, nos pondrán de patitas en la calle en un visto y no visto! ¡Y si esto ocurre, ya podemos olvidarnos de encontrar un trabajo aceptable en Alemania!

A falta de poder flirtear con las chicas de la universidad, Sacha y yo íbamos a menudo a hacer la ronda de los burdeles. Allí encontrábamos todo lo que necesitábamos para satisfacer nuestros apetitos sin tener que jugar al fastidioso juego del cortejo ni soportar las escenas, siempre penosas, de la ruptura.

—Para un hombre, la vida es sencilla: ¡sólo hay que ir al burdel y vivir contento! Te aseguro que no sé qué impulsa a la gente a casarse. Es algo contra natura, ¿no te parece, Thörun?

—¡Sí! ¡Definitivamente sí! —confirmaba yo mientras, satisfechos después de una noche en blanco pasada en los brazos de dos o tres prostitutas, deambulábamos al alba por las frías calles.

Con el perfume de las chicas aún en la punta de los dedos, caminábamos por el húmedo empedrado, cruzándonos, a la luz del alba, con los primeros obreros que esperaban el tranvía soplándose las manos y golpeando con el pie contra el andén

para calentarse. Con la cabeza aún un poco ida por las caricias que habíamos dado, más aún, tal vez, que por las que habíamos recibido, solíamos hacer un alto en una panadería donde Sacha había establecido una costumbre. A cambio de algunos *pfennigs*, permitían que nos instaláramos ante una mesa cubierta con una tela encerada, cerca de los inmensos hornos donde cocían el pan. Allí, antes de abrir el cierre metálico para los clientes habituales, la panadera nos hacía café y nos servía cruasanes calientes, recién hechos, que sus empleados acababan de sacar de las placas. Con el borde de los labios aún lleno de migas, proseguíamos luego nuestra ruta, y no nos separábamos hasta llegar cerca del lugar donde la leyenda dice que puede distinguirse la huella del pie del diablo, en la explanada frente a esa inmensa catedral, la Frauenkirche, construida con un millón de ladrillos color sangre.

—Thörun, es absolutamente imprescindible que vengas conmigo esta noche a escuchar a mi profesor —me dijo Sacha en tono exaltado una de esas mañanas.

En ese instante pasábamos bajo las torres del gran santuario y nuestra conversación no tenía ninguna relación con la universidad. Por eso me sorprendió este brusco cambio de tema.

—¡Nunca te he hablado de esto, pero Haushofer es un hombre realmente extraordinario! —exclamó Sacha con los ojos súbitamente iluminados por un brillo eléctrico—. Diría que es incluso un visionario... ¡Está inventando una ciencia, aquí, en Munich! Su anfiteatro está a rebosar, pero tú estarás en primera fila si me acompañas.

Era la primera vez que oía el nombre de Karl Haushofer. Hasta entonces no le había preguntado a Sacha qué motivos le habían impulsado a elegir como campo de estudio una ciencia tan austera como la geografía; aunque sabía, ciertamente, que había viajado mucho y que, gracias a la generosidad de sus padres, había pasado más de un año recorriendo África, las Américas y el Japón. Yo ya había sido recibido en su casa, y la vasta habitación que ocupaba en la residencia familiar estaba repleta de recuerdos traídos de su periplo: máscaras bantúes y tocados de jefes indios colgados de las paredes, azagayas masai, *stetsons* tejanos, quimonos nipones, astrolabios de cobre y portulanos árabes se amontonaban en desorden en las estanterías de su biblioteca, cuyas planchas se doblaban ya bajo el peso de innumerables libros. Acepté la invitación sin saber lo que me esperaba.

A la hora convenida, me encontré, pues, con Sacha en los pasillos de la Facultad de Geografía y juntos fuimos a instalarnos en el anfiteatro para escuchar a ese famoso Haushofer. Estaba previsto que la conferencia empezara dentro de media hora larga, pero las gradas ya estaban hasta los topes. Mi primera sorpresa fue constatar que la mayoría de los oyentes no eran jóvenes estudiantes, sino hombres y mujeres de edad madura, cuyo aspecto y actitud atestiguaban que hacía tiempo que estaban instalados en la vida.

—¿Quién es toda esta gente? —pregunté a Sacha mientras pasábamos sobre los bancos para llegar más fácilmente a nuestros asientos.

—¡Créeme si te digo que, sin saberlo, te encuentras rodeado de la flor y nata de la sociedad! Un poco más arriba, a la izquierda, está el embajador del Japón y sus consejeros. Se han desplazado desde Berlín. En la misma fila que ellos, el tipo alto y flaco con gafas y las orejas un poco despegadas es Cari Schmitt, un prestigioso profesor de Derecho de la Universidad de Bonn. Dos filas más abajo, esa chica guapa que no se decide a sacarse el sombrero es una inglesa. Unity... Unity algo... ya no recuerdo su nombre, pero es de una gran familia prima de los Royals. El hombre de frente despejada que está en nuestra fila a la derecha es Hans Gunther, un etnólogo de primera línea. Y luego, sobre todo, este que llega ahí, el moreno con traje azul oscuro, es un antiguo estudiante de Haushofer. Se llama Rudolf Hess. Ahora ocupa una posición de gran responsabilidad en un partido político... Seguramente se convertirá en ministro dentro de poco.

—¿De qué partido hablas? ¿De los comunistas?

La enorme carcajada de Sacha resonó en el anfiteatro, atrayendo brevemente las miradas de la gente.

—¡Thörun, tal vez estés muy dotado para las lenguas, pero no entiendes nada de política alemana! Los comunistas son numerosos, es cierto, pero la verdadera fuerza ascendente en este país es el NSDAP, el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes. En un día próximo, será el partido que llegará al poder. Y creo que será una buena cosa.

—¿El NSDAP? Son estos tipos de camisa parda que desfilan por las calles disfrazados de soldados, ¿no? Tienen un aspecto bastante grotesco —dije, entristecido al ver que mi amigo otorgaba su confianza a semejante chusma.

—Estos que has visto desfilan son del *Sturm-Abteilung*, las secciones de asalto. No te preocupes por ellos. Es sólo folclore. Los necesitamos para oponernos a los bolcheviques. Y además, es un modo de hacer ganar un poco de dinero a los parados sin subsidio que se apuntan: en las asociaciones de las SA, la gente sin recursos recibe al menos un marco al día, y también les dan un poco de comida y aglomerado de carbón. El gobierno del viejo Hindenburg y de ese cerdo de Brüning es incapaz de hacer nada de eso. Pero hay que ver más allá del uniforme de opereta de las SA y de sus redobles de tambor. Hubo enfrentamientos sangrientos en Munich, hace poco más de diez años. Aquí estuvo a punto de producirse una revolución como la que ha destrozado a Rusia. Y aún sería posible si no se toman precauciones. Desde que los nuestros dominan las calles, la gente se siente tranquila. Sobre todo hay que comprender lo que pronto va a ocurrir aquí, Thörun, aquí y en toda Europa. Éste es el motivo de que te haya traído a escuchar a Haushofer esta noche...

¡De modo que era eso! ¡La excitación de Sacha y la agitación febril de toda esta gente apretujada en un hemiciclo de facultad se explicaba, no por el interés que despertaban en ellos las explicaciones eruditas de un venerable profesor, sino por la ávida espera de una sesión de propaganda política! De repente me sentí incómodo e incluso pensé seriamente en marcharme. Pero cuando me volví hacia Sacha para

balbucear algún pretexto, él no me oyó, porque de pronto se había levantado para estrechar la mano de uno de sus conocidos que se instalaba en el banco justo debajo del nuestro. Crucé los brazos y traté de luchar contra la extraña opresión que crecía en mi pecho. La sala, que ya estaba repleta, se llenaba aún más si cabe, en medio de una algarabía indescriptible. Los últimos en llegar se veían obligados a sentarse en los escalones. Juzgué imposible remontar la corriente de la multitud para desaparecer de allí, así que, resignado, me arrellané en mi asiento y hundí las manos en los bolsillos suspirando. Tenía la muy desagradable impresión de haberme dejado coger en una trampa, y estaba indignado con Sacha. No sólo la política no me había interesado nunca en mi propio país, sino que, como extranjero, no me sentía en absoluto autorizado a mezclarme en los debates que agitaban la escena alemana. Un asistente apareció por fin sobre el estrado y agitó una campanilla para reclamar silencio. El ruido de conversaciones decayó enseguida, y el profesor Haushofer hizo su entrada en una atmósfera de recogimiento propia de una iglesia.

Un poco más tarde me enteré de que Karl Haushofer había nacido en 1869 y que había empezado su carrera como oficial de artillería. Interesado por la estrategia, había sido enviado a Japón en 1908 para organizar el ejército imperial. Después de convertirse en un gran especialista del mundo nipón, había vuelto a Alemania, donde había realizado su doctorado en Geografía y había sido nombrado profesor en la Universidad de Munich, su ciudad de origen. Era un hombre de estatura media, de sonrisa dulce y expresión jovial. Con su pantalón a rayas, su frac gris y sus bigotes blancos, el profesor Haushofer parecía el más inofensivo de los hombres.

—Señoras y señores —empezó con voz fuerte y segura—, les agradezco su asistencia a esta conferencia, que tendrá por tema los problemas actuales de geopolítica mundial.

Se elevaron aplausos en la sala. El propio Sacha aplaudía como si estuviera en el teatro. Yo mantuve los brazos obstinadamente cruzados, prometiéndome que me largaría al burdel en cuanto ese tostón hubiera acabado. Se hizo el silencio y Haushofer pudo iniciar su exposición. Muy pronto constaté que aquel hombre mayor tenía un auténtico talento de orador. Utilizaba un lenguaje simple pero preciso. Sus conceptos siempre sugerían imágenes y hablaban al espíritu. Y por encima de todo, tenía la temible facultad de tratar problemas antiguos bajo ángulos en los que yo nunca había pensado. Lo que para mí había empezado como un castigo se convirtió rápidamente en una especie de revelación.

—Tanto si se tiene la inteligencia de admitirlo como la debilidad de rechazarlo —decía Haushofer—, la historia de los hombres ha sido siempre la historia de sus confrontaciones. Durante un tiempo es posible, como los franceses se han acostumbrado a hacerlo desde su Revolución, tratar de construir toda la política de un país sobre elecciones filosóficas y sobre un derecho que supuestamente se desprendería de ellas. Pero esto no puede durar. En cualquier caso, la última palabra corresponderá siempre a la combinación de estos dos datos fundamentales que son la

geografía y la antropología. Los ingleses lo han comprendido desde hace tiempo. Ahora nos corresponde a nosotros experimentarlo y sacar provecho de esta evidencia. El espacio centroeuropeo, que es la cuna de los pueblos alemanes, es la suma de las cuencas del Rin y del Danubio. Y este espacio debe unificarse. No podemos tolerar que el Tratado de Versalles imponga, contra nosotros, un cordón sanitario hecho de Estados artificiales que parcelan nuestro territorio en exclusivo provecho de la Gran Bretaña. Por encima de todo, es preciso hacer saltar los cerrojos que se nos han impuesto, y hacerlos saltar es adquirir autonomía en términos de suficiencia alimentaria y energética. Hacer saltar estos cerrojos es contrarrestar las maquinaciones inglesas que sólo apuntan a desorganizar el corazón del continente para evitar que se erija en rival y desarrolle por fin todo su potencial. ¡Hacer saltar estos cerrojos es oponer la *Lex reranda*, la ley del devenir, que expresa el dinamismo natural de los pueblos, a la *Lex lata*, la ley de los tratados, que no es más que la petrificación de las fronteras dictadas por unos vencedores arrogantes y manipuladores!

Durante una hora, Haushofer expuso sus puntos de vista ante un público ganado para sus tesis. Con algunas frases bien trabadas, trazó un panorama de la historia del mundo, explicando cómo las talasocracias —como Cartago, Inglaterra, y actualmente Estados Unidos— siempre se habían opuesto a las potencias continentales —Roma, Francia, y ahora Europa entera— para impedir su unión. Debo confesar que esa noche una puerta se abrió para mí. Una puerta que daba a perspectivas que yo nunca había vislumbrado hasta entonces. El modo como Haushofer había tratado problemas políticos era enormemente seductor. Aquél era, con toda evidencia, un discurso fundado en una vasta cultura y estructurado conforme a un pensamiento auténticamente riguroso; pero, dominando este sólido armazón, las proposiciones se encadenaban con una evidencia y una naturalidad que se dirigían al corazón más que a la mente. Haushofer poseía ese don extremadamente raro que distingue a los auténticos pedagogos: tenía la capacidad de hacer creer a sus oyentes que escuchándolo les hacía no sólo más cultivados, sino también más perspicaces, es decir, más inteligentes. Su erudición halagaba siempre el entendimiento de su público. Por eso sus clases se habían hecho tan populares, a pesar del carácter ingrato de la materia que enseñaba. Al final de su exposición, no pude evitar sumarme a los aplausos de la multitud. Se escucharon gritos de admiración, hubo incluso silbidos estridentes para expresar la aprobación a las propuestas que se habían planteado. En mi vida había visto un ambiente como aquél en una facultad. ¡Uno hubiera creído encontrarse en un *cabaret* después del número de una bailarina ligera de ropa!

—Ven, te presentaré a Haushofer —dijo Sacha tirándome del brazo y abriéndose camino para acceder a la zona del estrado—. ¡El profesor estará encantado de conocer a un ciudadano noruego tan representativo como tú!

Antes de que pudiera reaccionar, fui arrastrado hasta la parte baja de las gradas, donde un grupo de unas veinte personas rodeaba ya al orador. Éste estrechó algunas

manos, respondió modestamente a algunos cumplidos y acabó por volverse hacia nosotros.

—Señor Hornung —exclamó Haushofer en tono jovial—, me alegra verle aquí. ¿Qué le ha parecido mi intervención?

—¡Apasionante y luminosa! Pero esto no es ninguna sorpresa, profesor. Permítame que le presente a mi amigo, Thörun Gärensen. Es uno de nuestros colegas. Es asistente, aquí, en Munich, en el departamento de estudios escandinavos...

Haushofer me observó de arriba abajo y me dedicó una amplia sonrisa. Su apretón de manos era vigoroso para un hombre de su edad.

—¿Thörun? No es un nombre corriente, ¿verdad? ¿De dónde demonios lo ha sacado?

—De una pasión de mi abuelo, señor. Es un hombre que aún se entretiene en venerar a las antiguas divinidades nórdicas. Thörun significa «la runa de Thor», el dios del combate. Es un nombre un poco ridículo, que me valió un cierto número de bromas de mal gusto cuando era niño, en Noruega.

—Bien al contrario, considero que es un nombre absolutamente magnífico del que debería sentirse orgulloso, muchacho. ¿Ha oído eso, Hans? En nuestros días todavía se otorgan nombres de nuestras antiguas potencias paganas a los niños de Noruega. ¿No es maravilloso?

—¡Sorprendente y muy alentador! —exclamó detrás de mí la voz sorda de Hans Gunther, el etnólogo que Sacha me había señalado antes de que empezara la conferencia.

—Y bien, señor Gärensen, ¿le apetecería acompañarnos a la cervecería Sterneckerbräu, con el señor Hornung y algunos amigos? Allí estaríamos más cómodos para hablar.

Quise oponer una resistencia feroz a esta invitación, que comprometía el resto de mi velada; pero Sacha apoyó con todo su peso su pie sobre el mío, e introduciéndose en la brecha creada por mi sorpresa y mi dolor, aceptó por nosotros dos con una sonrisa tan amplia que le hizo parecer un perfecto idiota.

—¡No pongas mala cara! —me susurró al oído mientras nuestro pequeño grupo abandonaba la facultad— No sabes la suerte que tienes de haber sido invitado. Y además, ¡fíjate en quién nos acompaña!

Al echar una mirada atrás, vi dos siluetas a unos pasos de distancia. Era un hombre vestido con un traje azul, que ofrecía el brazo a una joven delgada, muy elegante, vestida con traje sastre y sombrero.

—Rudolf Hess y esta inglesa... ¡Unity Mitford! —recordó Sacha— ¡No te has fijado hace un momento, pero esta chica no te sacaba el ojo de encima, muchacho! Si te espabilas un poco, creo que esta noche no tendrás necesidad de pagar para pasar un buen rato.

Me encogí de hombros con un aire falsamente indiferente y me levanté el cuello de la chaqueta para protegerme de la fina lluvia que empezaba a caer. Bajo sus

paraguas, Haushofer, Gunther y dos o tres señores a los que no conocía abrían la marcha. A la vuelta de una calle comercial, entramos en la cervecería Sterneckerbräu y nos instalamos en un salón trasero con un mobiliario tosco, compuesto esencialmente por mesas que aún estaban salpicadas de marcas dejadas por las jarras desbordantes de cerveza. La decoración, con sus trofeos de caza colgados de la pared y sus aparadores macizos donde alternaban platos, bandejas y figuritas de cerámica al estilo de Bustelli, era típicamente bávara. Cerca de las cocinas, la sala olía a cerveza, col y tabaco. En un rincón oscuro, a la luz de un candelabro de estaño, dos hombres corpulentos jugaban a cartas y fumaban en pipa.

—Ya veo que esto le choca, señor Gäremsen —observó Haushofer mientras yo miraba, sorprendido, a mi alrededor—. Este lugar tan sencillo no es el marco ideal que debía de haber imaginado para una conversación entre gente de mundo, ¿no es así?

—No, no... —balbuceé yo torpemente.

—Dice no, pero piensa sí. Tranquilícese, existe una buena razón para que hayamos venido aquí. Más de una, incluso. Para empezar, éste es un lugar donde podemos hablar con toda tranquilidad, sin miedo a que nuestras palabras provoquen reacciones desagradables entre el auditorio, que está compuesto exclusivamente por *Stahlhelms*, excombatientes de esos cuerpos francos que lucharon contra los revolucionarios comunistas justo después del fin de las hostilidades con los aliados. Y además, este lugar tiene una historia, ¿no es verdad, Rudolf?

Haushofer se volvió hacia Hess, que estaba colgando su abrigo en una percha.

—Y una hermosa historia, profesor —replicó este último sentándose a la mesa—. Aquí le llevé por primera vez a escuchar a Adolf Hitler, el líder del NSDAP. Ya hace tiempo de eso. Al final de la primavera de 1921, creo...

—Exacto. En 1921. ¡Casi me arrastró por la fuerza! Pero aquello cambió mi vida.

—Herr Hitler ha cambiado la vida de todos nosotros, profesor. Cambió la mía mucho antes de que le sirviera de secretario cuando escribía *Mein Kampf*, igual que cambiará en un futuro muy próximo la de todos los alemanes —afirmó Hess.

—Tengo bastante curiosidad por saber lo que piensa de la situación de nuestro país, señor Gäremsen. ¿Se habla mucho de Alemania, en Oslo?

Sacha no pudo contener una risita.

—Thörun me ha confiado que no se interesa por la política, profesor. De hecho, ésta es la razón por la que quise que asistiera a su conferencia de esta velada.

—Interesarse por la política es un deber para todos nosotros, señor Gäremsen —dijo Unity Mitford en un alemán perfecto—. La guerra y la revolución roja han devastado nuestro continente. Pero la partida no ha acabado. Pronto se reanudará. Debe ser consciente de ello.

—Noruega permaneció neutral en el conflicto. Y lo seguirá siendo en el futuro —aseguré yo, sosteniendo la mirada helada que la chica me lanzaba con una marcada insolencia.

—Se equivoca, joven —exclamó Haushofer—. En el futuro nos espera la guerra total. Ningún pueblo, ningún territorio quedará al margen. Europa está en crisis. Soporta influencias exteriores que no podrá tolerar durante mucho más tiempo. Los tratados impuestos en exclusivo beneficio de los anglosajones esterilizan sus energías. Los pueblos evolucionan, señor Gärensen. Con cada generación, vibran con necesidades nuevas. Los angloamericanos no pueden atar eternamente a los continentales. Somos un Gulliver encadenado al que tratan de persuadir de su debilidad. Y los nacionalistas alemanes despertaremos a este gigante, señor Gärensen. ¡Y repartiremos de nuevo las cartas en Europa!

—¿Ése es el programa de su partido nazi, señor profesor? ¿Volver a hacer la guerra a los aliados? ¿A Inglaterra y a Francia? ¡Pero eso sería un suicidio, por Dios!

Unity Mitford esbozó una mueca de desprecio.

—Inglaterra es peligrosa, cierto, y yo estoy bien situada para saberlo. Pero no se preocupe por lo que respecta a los franceses. ¡Son idiotas que no han desistido de contribuir a su propia pérdida sin dejar de estar convencidos de que sostenían firmemente las riendas!

Una risa unánime sacudió al grupo. Yo fui el único en permanecer imperturbable. Exasperada por verse obligada a poner los puntos sobre las íes, Unity Mitford me concedió, de todos modos, la gracia de iluminarme sobre el tema.

—¿Cuál fue el acontecimiento puntual que desencadenó la guerra en 1914, señor Gärensen?

—El asesinato del heredero de la corona austrohúngara por activistas serbios —respondí.

—Exacto. Pero ésta sólo fue la chispa que encendió la mecha. ¿Cuál era la gran cuestión que se ocultaba tras este asesinato?

No me vino a la cabeza ninguna respuesta. Me quedé mudo, sintiéndome tan idiota como un niño que no se sabe la lección. Todas las miradas estaban vueltas hacia mí, y sentí que mis mejillas se teñían de rojo. Unity tuvo piedad de mí.

—¡Oriente, señor Gärensen! ¡Sólo esta cuestión de Oriente que agitaba toda la política europea desde mediados del siglo XIX!

—La señorita Mitford tiene toda la razón —empalmó Haushofer, que ardía en deseos de tomar de nuevo la palabra—. Toda la política inglesa desde la reina Isabel consiste en evitar que el continente se federe. ¿Y cómo puede un continente como el nuestro lograr su unificación, señor Gärensen?

¡Otra pregunta que no sabía responder! Traté de concentrarme un segundo, y de pronto tuve una idea luminosa.

—¿Mediante sus vías de comunicación? —me arriesgué a decir.

—¡Exacto! Mediante sus vías de comunicación: naturales, como los ríos, o artificiales, como las carreteras, los canales y las vías férreas. La cuestión de Oriente es la espina dorsal de la política extranjera inglesa. Esto implica a toda la Europa central, a los Balcanes, pero también a Oriente Medio y Mesopotamia. Hasta a la

India, incluso. Todo está ligado a lo que los anglosajones llaman, parafraseando a Kipling, el «Gran Juego».

—El Gran Juego de los anglosajones, Thörun —continuó Sacha— consiste en trocear las unidades étnicas naturales en Europa y sobre todo en desconectarlas de su segundo plano estratégico, que es Oriente Medio. Hay que evitar a cualquier precio que un país de Europa continental, o una alianza de países continentales, abra ventanas al océano Índico y Mesopotamia. Aunque sea a costa de favorecer guerras civiles europeas.

—El emperador Guillermo II tenía un proyecto, un gran proyecto —prosiguió Haushofer—. Quería construir una línea ferroviaria que uniera Berlín y Bagdad. Esto hubiera tendido un puente extraordinario entre dos regiones del mundo vecinas y profundamente complementarias. Los ingleses se sintieron amenazados, y a través de los franceses, manipulados, encendieron la mecha de las bombas de relojería que habían colocado desde hacía tiempo en los Balcanes.

—Lo tragicómico —intervino de pronto Rudolf Hess— es que nosotros, los alemanes, habíamos invitado, en esa época, a los franceses a realizar y compartir con nosotros los beneficios de este proyecto. Pero el recuerdo de su derrota de 1870 era demasiado intenso: se aferraron estúpidamente a la ilusión de que los territorios de Alsacia y Lorena les pertenecían, cuando la población mayoritaria es germana.

—Los franceses sirvieron de carne de cañón a las bolsas de Londres y Nueva York. Partieron al frente con una flor en el fusil, pero no hicieron más que actuar contra sus intereses, sacrificando a todo el sustrato dinámico de su población —remachó con nerviosismo Haushofer—. ¡Y todo eso para nada! O mejor dicho, sí. Para sufrir otra humillación al final de la guerra, cuando los ingleses, que habían descubierto ricos yacimientos de petróleo en la región de Mosul, consiguieron convencer a París de que abandonara esta zona de protectorado que, sin embargo, le había sido atribuida a la caída del Imperio otomano.

—Aunque Francia no tenga conciencia de ello, es la gran perdedora de la guerra. El tratado firmado en Washington en 1922 la obligó a reducir de forma considerable el tonelaje de su flota de guerra, y el mantenimiento de sus colonias le cuesta ahora más de lo que le aportan. Las baladronadas patrióticas de los franceses sólo sirven para enmascarar estas derrotas. La clase política lo sabe, pero prefiere ocultar la realidad al pueblo, que podría muy bien pedir responsabilidades rápidamente. Francia bebe champán. Francia va al *cabaret*. Francia se aturde escuchando a los *chansonniers*... Francia ya está fuera del juego político internacional —concluyó Mitford, que tenía el don de exasperarme con sus aires de infalibilidad y su tono desdeñoso.

Fue inútil que le replicara que los franceses aún poseían el mayor ejército del mundo, porque esto no debilitó sus posiciones.

—Lo que cuenta en una guerra no es tanto el número de divisiones como la voluntad de utilizarlas. Y además, Francia no es más que un gigantesco

pandemónium. Desde que se reapropió de Alsacia-Lorena, sólo piensa en disfrutar de una paz que cree garantizada por la Sociedad de Naciones. Piensa que la historia ha acabado, y sus pretendidos aliados se esfuerzan en confirmarla en esta idea ridícula. Nadie en Francia tiene ya deseos de combatir.

Con sus hermosos ojos verdes asomando bajo unas largas pestañas rubias, Unity Mitford me recordaba a una colegiala sabihonda. Confieso que sus aires pretenciosos, sus labios húmedos y muy rojos, me inspiraban pensamientos que no tenían mucho de razonable. Allí, frente a ella, sentí de repente el roce de su zapato en la parte baja de mi pierna. Si bien eso no impidió que me contemplara con una descarada hostilidad, el gesto galvanizó mi imaginación. Mientras Haushofer recogía la antorcha de la conversación, yo sólo pensaba en acariciar los muslos de la señorita Mitford. Me veía, como en un sueño, de pronto a solas con ella, aquí, en esta desagradable cervecería, tumbándola súbitamente sobre la mesa, arremangando sus faldas floreadas, arrancando sin miramientos su sedosa ropa interior y hundiéndome en sus hermosas nalgas hasta hacerla aullar de placer.

Cuando abandonamos la cervecería Sterneckerbräu, hacía un buen rato que había anochecido. Acompañados de tres desconocidos de los que no había conseguido retener el nombre, Hess, Gunther y Haushofer se marcharon juntos. Unity Mitford se quedó en la acera con Sacha y conmigo, como si esperara una proposición de nuestra parte.

—*Consciscamus discrepantes* —dijo mirándonos.

La fórmula era enigmática, pero yo tenía bien fresco mi latín, y no me costó traducirla.

—¿«Unidos a pesar de nuestras diferencias», dice? ¿A qué se refiere con eso?

Unity levantó los ojos al cielo con aire afligido, y Sacha contuvo una carcajada.

—*Consciscamus discrepantes!* ¡Por favor, Thörun! ¿Dónde tienes la cabeza? ¡Es el lema que Haushofer no ha cesado de repetir! ¡El que debería ser el emblema de la futura Europa!

—Tal vez el señor Gärensen piense en otro significado. Algo sin duda más prosaico. ¿No es verdad, señor noruego?

Simulé no haber comprendido el doble sentido de su comentario y me puse a andar sin esperarles. Pisando los charcos que salpicaban la calzada, Sacha y Unity corrieron tras de mí riendo, y me cogieron uno por cada brazo.

—Vamos a mi casa —propuso mi cantarada—. Tengo un excelente *schnaps*, cigarros, y además mis padres se han ausentado. Podremos escuchar música tan fuerte como queramos. Sólo molestaremos a los sirvientes.

Refunfuñando, me dejé llevar hasta la mansión de la familia Hornung. Protegida por un jardín, la residencia del cirujano era un hermoso inmueble de estilo *art nouveau* situado frente a un gran parque tranquilo. La reja de entrada daba a un jardín

a la inglesa. Sacha nos invitó a entrar en ese bello edificio enteramente amueblado en estilo Bauhaus y pidió a la cocinera que nos sirvieran una bandeja de carne fría. Subimos al piso donde Sacha tenía su habitación. Con actitud teatral, Unity tiró su abrigo sobre la cama, lanzó, con un movimiento de muñeca, su sombrero sobre una pila de *Völkischer Beobachter*, el diario oficial del partido nazi, y después, con un gesto fluido que sin duda había practicado muchas veces, dejó caer su falda y se sentó en un sillón de cuero colocado ante la ventana. Levantando provocadoramente las piernas por encima de los anchos apoyabrazos, adoptó una pose de mujer entregada. Sus medias negras se sostenían con unas simples ligas de seda trenzada. Nada velaba las carnes ya mórbidas de su fina vulva rubia.

—Nos había prometido *schnaps* y cigarros, bello Sacha —dijo mientras se desabrochaba el corsé.

Sacha sacó una caja de habanos de un cajón de su escritorio y ofreció uno a la inglesa, ya desnuda. Excitado por la visión del cuerpo delgado de la chica, por sus pequeños senos puntiagudos de pezones rosados, me acerqué, le pasé la mano por el rostro y el cuello, dejé que mis dedos jugaran un instante sobre las perlas de su collar, mientras ella se dedicaba a desatarme el cinturón con aire goloso. Sacha reavivó el fuego en la estufa esmaltada y nos sirvió tres vasos de licor antes de poner en marcha un gramófono *Electrola*. Los dos hicimos el amor a la inglesa al son de los últimos discos de Cab Calloway, Jack Hylton o Duke Ellington, que Hornung había traído de su estancia en Nueva York. Hacia las dos de la madrugada, cuando la habitación se había convertido en un verdadero horno y habíamos abierto la ventana para refrescar nuestros cuerpos empapados de sudor, Unity quiso salir.

—¿Conoce algún sitio donde podamos encontrar otros cantaradas de juego, Sacha?

Hornung sonrió mientras encendía un Abdullah.

—Hombres y mujeres, querida. Todo lo que quiera para colmar sus suntuosos orificios... ¡Venga!

Yo no estaba borracho, pero todo mi ser estaba absolutamente relajado. Con la mente impregnada de alcohol, humo y placeres, me había olvidado ya por completo de los tristes temas de conversación con los que se había iniciado nuestra velada en compañía de Haushofer y los otros. Lo único que me importaba era seguir divirtiéndome con Sacha y la inglesa, disfrutar tanto tiempo como fuera posible del cuerpo ligero de esta chica que parecía insaciable. ¡Y qué se le iba a hacer si para eso tenía que compartirla con otros...! Rápidamente nos vestimos y, después de bajar la escalera bajo la mirada consternada de un criado rezagado, nos lanzamos a las calles oscuras, chillando y saltando como chiquillos malcriados. En una plaza muy cercana, un coloso vestido con un traje cruzado a la americana vigilaba la entrada de una sala de baile. Entramos después de pagar dos marcos cada uno.

—¡Es el lugar de peor fama de Munich, pero es ideal para encontrar compañeros de juego preparados para el abordaje!

Sacha tenía que aullar para hacerse oír, porque una orquesta de metales y tambores llenaba la sala de una música infernal, una espantosa parodia de *ragtime* mezclada con sonoridades bávaras. En la pista, bailarines de todas las edades y condiciones se agitaban sin preocuparse por las conveniencias.

—Aprovéchate, Thörun —me dijo Sacha—. ¡Es el único aspecto agradable de esta perra de república de Weimar! ¡Cuando Hitler llegue al poder, prohibiremos todo esto!

Quise preguntar a mi amigo por estas paradojas que él y Unity parecían cultivar sin ningún tipo de remordimiento; me hubiera gustado que me explicaran cómo podían compaginar este frenesí por vivir al límite que les dominaba y les empujaba a todas las decadencias con su fe en el NSDAP, un partido que abogaba por el orden y el desprecio hacia toda cultura extranjera. Pero mis palabras se ahogaron en el escándalo que reinaba en el ambiente. Mis compañeros se habían perdido entre la multitud, buscando socios para continuar con sus excesos. Sentí vértigo. La música, el tufo que desprendían los cuerpos en movimiento en este espacio reducido, todo me impulsaba a batirme en retirada en lugar de lanzarme yo también a bailar. Tambaleándome casi, fui a sentarme en un banco de un pasillo. No la vi enseguida, pero una chica había tomado asiento en él para empolvase la cara y retocarse los labios. Fue su perfume el que me hizo girar la cabeza hacia ella: un aroma penetrante, lo suficientemente poderoso para imponerse a los relentes de tabaco y sudor que saturaban la sala de baile, y al mismo tiempo, una fragancia fresca. Un olor de niño, casi. La chica era más bien pequeña, pero las formas llenas que se adivinaban bajo su corpiño rayado de negro y los hermosos cabellos castaños que le caían sobre los hombros le conferían un encanto que me turbó enseguida. No pude contener el gesto, y mi mano se posó sobre su muñeca, cubierta por un guante largo.

—¿Está sola, señorita? Me haría muy feliz si quisiera concederme un baile...

Mirándome con unos ojos muy dulces, la joven separó los labios para dibujar una sonrisa zalamera que me prometía ya toda clase de felicidades.

—Prefiero que me acompañe afuera, señor. No quiero quedarme aquí. Me gustaría caminar un poco.

Desde luego, las maneras de la chica no eran en absoluto ariscas. Yo me había empleado con ardor para satisfacer a Unity durante una parte de la noche, pero mi cuerpo aún no estaba ahíto de placeres. La perspectiva de sentir contra mi piel desnuda el cuerpo divinamente modelado de esta muchacha eliminó de golpe mi malestar. Ligero como una pluma, me levanté y ofrecí el brazo a mi dama.

—Me llamo Ángela —anunció ella en tono serio—. Ángela Raubal. Pero puede llamarme Geli...

TÁCITO, DE GERMANIA

La noche en que conocí a Geli Raubal fue una de las más memorables de mi vida. Apenas habíamos recorrido un centenar de metros después de salir de la sala de baile, donde habíamos dejado a Sacha Hornung y Unity Mitford muy ocupados en prolongar la juerga, sentí una presión insistente sobre mi brazo. Aprovechando el primer hueco entre dos casas, Geli me atrajo hacia sí y se apretó contra mi cuerpo. Su calor, su dulzura, la caricia suave de sus cabellos en mi mejilla, hicieron arder en mí un fuego devorador. En un instante desabroché los botones de su chaqueta, le arranqué los del corsé y liberé sus senos blancos, mientras ella, jadeante, se apoyaba contra la pared de ladrillo y se levantaba la falda para abrir los muslos. La tomé violentamente, haciendo restallar mi carne contra la suya, perforando con un placer salvaje su tierno sexo. Sentí que se aferraba a mí y se mordía los labios para no gritar. Sus ojos se pusieron en blanco al mismo tiempo que los míos, y con una misma arremetida extrajimos nuestro placer el uno del otro. Jadeante, feliz, yo aún no tenía bastante, y volvimos a empezar con la misma furia una segunda vez, y una tercera. Mi verga aún seguía rígida. Nunca en mi vida había conocido una excitación semejante. Creo que aún hubiera podido penetrar una vez más a la joven belleza con mi lanza si mi presa al final no hubiera pedido gracia.

—Es suficiente por esta noche, señor —dijo subiéndose las finas medias y sujetándose las a las ligas, ahora lustrosas a causa de mis manejos—. Pero habrá otras ocasiones. Le diré dónde puede volver a verme. A menudo voy a tomar un té al Venezia, por la mañana temprano. Encontrémonos allí, si le parece bien.

Naturalmente me pareció bien. No sé cómo lo había hecho, pero esta chica había inflamado mis sentidos. Aunque estaba ocupado la mayoría de las mañanas de la semana, conseguí inventar pretextos bastante plausibles para tener ocasión de ir, a primera hora, al Venezia. Y a menudo encontraba allí a Geli, adorable muñeca morena con tez de almendra pelada.

—Esta noche no puedo verte, Thörun. De verdad que no. No insistas.

—Entonces, ¿cuándo, Geli? ¿Mañana?

—No lo sé. No soy dueña de mi tiempo, ¿comprendes?

No. Yo no lo comprendía. Había encontrado a esta chica en mitad de la noche en la sala de baile más sórdida de la ciudad. La joven parecía libre de cualquier compromiso y en condiciones de dirigir su existencia a su antojo. Además, se había entregado a mí con la más completa libertad. ¿Qué ocurría, pues? ¿Por qué no podía volver a verme cuando le conviniera?

—Es un tema del que no quiero hablar. Te quiero mucho, Thörun, y me das placer. Pero soy yo quien decide cuándo y dónde nos vemos. Lo tomas o lo dejas.

Su belleza un tanto basta —vulgar, podría decirse— me atraía irresistiblemente.

En unos días, Geli había conseguido ocupar todos mis pensamientos. Aunque hubiera podido conseguir fácilmente a cualquier chica más bonita o más inteligente que ella, sólo pensaba en su piel, en sus labios abiertos sobre mi sexo, en el adorable pozo rosa escondido en el hueco de sus nalgas redondas. Desamparado como nunca lo había estado antes ante una mujer, cedía sin discutir a todos sus caprichos, y me conformé con verla sólo cuando ella me lo autorizara. A veces pasábamos tardes enteras, con los postigos cerrados, haciendo el amor en mi habitación. Geli acababa de cumplir veintiún años, pero parecía que tuviera diecisiete. Nunca había encontrado semejante perversidad natural en una joven, ni siquiera en una prostituta avezada a los más retorcidos juegos carnales. Geli lo quería todo. A Geli le gustaba todo. Geli lo daba todo. Durante aproximadamente dos semanas fui su juguete. Cada mañana me dirigía al café Venezia y me desesperaba confiando en que apareciera. Pasaba el tiempo como podía, leyendo o escribiendo, siempre instalado en el mismo banco de cuero rojo con el enorme respaldo en forma de concha. Si a las diez no había llegado, volvía a la facultad, donde daba mis clases, apesadumbrado y abatido, y luego pasaba el resto del día fumando un cigarrillo tras otro, tendido en mi cama, apretando un corsé de encaje negro que había dejado en mi casa y que aún conservaba el aroma de su perfume. Si, al contrario, había tenido la suerte de hablar con ella y habíamos fijado una cita, me sentía revivir. Mis horas de trabajo pasaban volando hasta el instante de nuestros reencuentros, que eran para mí el momento más hermoso del mundo. Sí, por primera vez en mi vida creía sinceramente que estaba enamorado.

—No eres el mismo desde que sales con esta chica —me dijo Sacha un día en que pasaba la velada en su casa sin Geli—. No sé si es bueno para ti haberte convertido de pronto en un monógamo. ¿No quieres que vayamos a dar una vuelta por el Blauer Hase? Parece que tienen nuevas pensionistas llegadas de Francia.

—Creía que despreciabas a los franceses, Sacha —respondí evasivamente, mientras mojaba los labios en el verde intenso y venenoso de un vasito de absenta.

—¡Desprecio a los franceses, pero no a sus mujeres! ¡A ellas no las desprecio, a ellas las uso! ¡E incluso más de lo conveniente! ¡De modo que por fuerza tengo que soportar a los franceses, ya que son el mal necesario para la fabricación de las francesas!

Cerré los ojos sonriendo y eché la cabeza hacia atrás para apreciar mejor el extraño sabor del licor.

—¿No me respondes, Thörun? ¿Crees de verdad que esta mozuela se mostrará agradecida por tu fidelidad? ¿Cómo la llamas, por cierto? ¿Geli? ¿Geli Raubal? Eso es vienes, ¿no?

—No lo sé. Habla con un deje especial que no he podido identificar, pero me importa un pimiento saber de dónde procede. Tengo el sabor de esta chica perpetuamente en la lengua, Sacha. Es posible que algún día se me pase, pero por el momento sólo tengo la sensación de estar vivo cuando ella está tendida, desnuda, contra mí. Estoy vivo cuando toco su piel y me hundo en ella.

—Dramático enunciado, mi querido Thörun. ¡Vamos! ¡Será mejor que hojees esto! ¡Te recordará que existen otros culitos hermosos, aparte del de tu moza!

Sacha lanzó sobre mis rodillas un ejemplar abierto de *Das Magazin*, una revista donde posaban chicas ligeras de ropa. Mis ojos se deslizaron sobre el cuerpo de una soberbia hembra con tacones altos, peinada a lo Louise Brooks, que llevaba por único atuendo un chal de seda rayado que le ocultaba apenas el pecho y el vientre.

—Buena planta. ¡Pero nada comparado con Geli!

—¡Thörun, muchacho, te estás convirtiendo en un auténtico latazo!

Creo que en esa época no era consciente de ello, pero lo que me atraía en Ángela Raubal no se reducía a su físico ni a su voracidad amorosa. Ángela Raubal me tenía atrapado por otro detalle: por el misterio de que se rodeaba. Porque aquella chica tenía algo de esfinge. Como el monstruo de la Antigüedad, tenía un secreto, y era ese secreto, por encima de todo, lo que la hacía tan atractiva para mí, tan terriblemente deseable.

Una noche en que estábamos tendidos el uno contra el otro, cometí el error de preguntarle por su vida. Yo tenía todo lo que podía ofrecerme su cuerpo; pero no sabía nada de su existencia cotidiana. Y necesitaba saber. Mis preguntas provocaron en ella una crisis nerviosa que pronto se resolvió en llanto y luego en un completo mutismo. Aún puedo verla, acurrucada en un sillón, temblando casi, desnuda con excepción de sus botines altos, que le gustaba conservar en cualquier situación. Cuando traté de cogerla en mis brazos para tranquilizarla, de nuevo se deshizo en lágrimas, pronunciando frases entrecortadas en las que me pareció que se refería a su confesor, el padre Bernard Stempfle, con el que por lo visto había mantenido una larga entrevista la víspera. Pero aquella noche no pude sacar nada concreto de ella, y sólo adquirí la certidumbre de que un enigma dominaba su existencia. Me abandonó, con las mejillas pálidas, con gestos nerviosos que revelaban su disgusto por mi curiosidad crudamente expresada. Desde mi ventana la vi salir a la calle y desaparecer, con pasos rápidos, hacia un destino desconocido para mí.

Me devoraban los celos. Un deseo malsano de sacar a la luz sus secretos se apoderó de mí. A toda prisa me puse la chaqueta y el pantalón, saqué un impermeable de mi armario y cogí el sombrero. En unos segundos me encontraba también en la calle, pasando a grandes zancadas ante el quiosco verde de mamá Chanz sin siquiera saludarla. Encontrar a Geli, forzarla a confesarme lo que ocultaba desde hacía ya demasiado tiempo: eso era lo único que me preocupaba en aquel momento. Creo que hubiera soportado que tuviera otras aventuras, y hacía mucho que me había preparado para encajarlo. Ése era, evidentemente, mi temor; pero de todos modos prefería la perspectiva de esta revelación al insoportable silencio con que Geli respondía a mis preguntas. Desesperado, lo imaginaba todo... incluso lo peor.

Con las manos hundidas en los bolsillos de mi abrigo y la cabeza metida entre los

hombros para protegerme de la lluvia de otoño que había empezado a caer, no tardé en distinguir la silueta de mi presa. Soy alto y mi vista es excelente, de modo que no tuve necesidad de acercarme a mi amante y correr el riesgo de que me descubriera. Por otra parte, ella no desconfiaba, y caminaba sin volverse, indiferente a la lluvia que amedrentaba a los transeúntes y les hacía volver corriendo a sus casas. Geli no llevaba paraguas ni abrigo. Su única protección era un sombrerito redondo adornado con un velito que le caía sobre el rostro, un escudo irrisorio contra aquel chaparrón. Sus botines martilleaban el pavimento cubierto de charcos, salpicando sus piernas de un fango frío. Quise acelerar el paso, alcanzarla, cogerla en mis brazos y envolverla en mi abrigo, quise abrazarla y acariciarla... Pero eso hubiera supuesto arruinar mis esfuerzos y condenarme a acumular el valor suficiente para volver a iniciar al cabo de unos días la indigna persecución que impulsivamente me había atrevido a emprender esta noche. No cedí, y meforcé a proseguir la caza a la que me había lanzado.

Geli cruzó una buena parte de la ciudad. En ningún momento trató de parar un taxi o subir a un tranvía. Pasamos cerca de la catedral, no muy lejos de la universidad. Después de una media hora de marcha a un ritmo sostenido, Geli se introdujo en una calle residencial y tranquila, bordeada de grandes viviendas burguesas de piedra tallada y de jardines privados. La placa esmaltada indicaba: Prinzregentenplatz. La lluvia ya no caía con tanta intensidad. Geli redujo el paso. Se agitó como un perro para sacudirse el agua que impregnaba sus ropas. Debía de estar helada, pero lo disimulaba, y se mantenía tan erguida y orgullosa como un soldadito. Al llegar al número 16, se secó rápidamente los botines con un pañuelo, sacó un manojito de llaves de su bolso y abrió la pesada verja negra que daba acceso a la casa, que tenía todas las ventanas iluminadas.

Con el corazón en un puño, esperé un instante antes de acercarme al portal para tratar de leer un nombre, de encontrar una placa. Pero nada indicaba quién residía en ese imponente edificio, cuyo primer piso estaba dotado de un gigantesco balcón. Me invadió una tristeza infinita. No había que ser muy listo para sacar la conclusión que se imponía: Geli Raubal tenía un protector. Yo sólo era un amante como esos que se ven en el teatro, el chico guapo que recoge las migajas que deja caer el propietario legítimo de una mantenida, una cortesana, una *Dirndl*, como se dice vulgarmente en alemán. En el curso de unos minutos, las ideas más locas cruzaron por mi mente. Después de todo, si Geli tenía necesidad de que la mantuvieran, yo también podía garantizar su tren de vida, y tal vez mejor aún que su actual mecenas. Mi familia era una de las más ricas de Escandinavia, y una parte de esta fortuna me correspondía por derecho. Si ella quería, yo podía rescatarla... Incluso por diez veces su precio. Luego, al entusiasmo surgido ante esta perspectiva le sucedieron de pronto visiones repugnantes. Sin que consiguiera expulsar esas ideas de mi mente, me vi asaltado por la visión de Geli desnuda, tendida en la cama, gimiendo bajo otro hombre. Como si estuviera asistiendo a la escena, contemplaba sus retozos, la oía, veía cómo se dejaba poseer por su amo, al que mi imaginación desbocada me mostraba enorme, adiposo,

con el cuerpo cubierto de un vello negro y grasiento. Geli, mi Geli, sufría y gozaba al mismo tiempo bajo el rostro de este monstruo, cuyas arremetidas hacían temblar sus pesados senos, de un hermoso color de luna, que se balanceaban en todos los sentidos.

Dominado por una rabia indescriptible, impulsado por una fiebre originada sólo por mis divagaciones, me dispuse a atravesar la calle, firmemente decidido a arrancar desde esa misma noche a Geli de su funesto destino. Pero en el preciso instante en que me disponía a descargar mi puño contra la puerta de hierro, un grito estridente desgarró de pronto el silencio de la Prinzregentenplatz. Con el corazón palpitante, me detuve. ¿De dónde procedía ese alarido de mujer? ¿De la casa donde había entrado Geli? Sí, sin duda. ¿Era ella la que gritaba? No tuve tiempo de hacerme más preguntas, porque un estampido sordo resonó ante mí, a la altura de las ventanas del segundo piso. ¡Estaba seguro, acababa de oír un disparo! Trastornado por el repentino giro de la situación, con los nervios en tensión, me apoyé en los montantes de la reja y, a pesar de las puntas erizadas que la coronaban, la escalé y la superé de un salto. Aterricé ágilmente, sin sufrir ningún daño, en el interior del recinto. Dentro de la casa resonaban gritos de espanto. Corrí por la grava hasta la puerta de entrada, que sacudí frenéticamente hasta conseguir abrirla. Empapado en sudor, convencido de que había sucedido lo peor, entré en tromba en la vivienda y subí por la escalera sin preocuparme por nadie.

El pánico en la casa era indescriptible. Una mujer aullaba sin parar, pero no era Geli. Criados con chalecos amarillos corrían en todas direcciones sin saber qué hacer. Al verme subir los escalones de cuatro en cuatro, una doncella dejó caer una bandeja con tazas y una gran tetera, que se aplastó contra el suelo con un ruido siniestro. Un mayordomo tuvo la presencia de ánimo suficiente para tratar de interceptarme, pero yo le empujé con violencia escalera abajo sin preocuparme del daño que pudiera causarle. Finalmente, no sé muy bien cómo, llegué ante la puerta de una antecámara. Allí, en el suelo, Geli yacía en medio de un charco de sangre. Una doncella, petrificada, se mordía el puño para ahogar sus gemidos de horror. A la vista de la muerta, un sudor frío cubrió mi cuerpo; una bocanada de bilis amarga me subió a la garganta, y tuve que escupirla sobre la alfombra. Me fallaron las piernas y me derrumbé al lado de mi amante. En su mano crispada humeaba todavía una pistola automática y un agujero rojo se abría en su sien. Me incliné sobre su corazón. Había dejado de latir. Hiciera lo que hiciese, nada podría devolver a Geli a la vida.

Sentí que una mano se posaba en mi hombro. La doncella, con rostro severo, trataba de echarme atrás, de apartarme del cuerpo sin vida de mi amante. La mujer me hablaba, pero en el estado de confusión en que me encontraba, era incapaz de comprender aquel chorro de palabras. Me levanté, mientras todos los criados se agolpaban en la puerta. Las criadas, con falda negra y delantal blanco, observaban la escena, incrédulas, con los ojos muy abiertos y se ponían de puntillas para ver mejor. Nadie se atrevía a moverse. Sentí que poco a poco todas las miradas se volvían hacia

mí. Mi actitud de loco y mi rostro desencajado debían de hacer pensar a más de uno que yo era el asesino. Mi corazón se aceleró. Quise justificarme, pero ningún sonido salió de mi boca. Luego oí ruidos en la habitación vecina. ¡Sin ningún reparo, estaban moviendo muebles, registrando cajones! El instinto barrió de golpe toda la tensión del momento. En dos zancadas llegué a la puerta, que no estaba cerrada. Entré. Dos hombres estaban en la habitación. Los intrusos, altos, corpulentos, llevaban impermeables oscuros con el cuello levantado y sombreros de fieltro que les ocultaban el rostro. Mi súbita irrupción no les llevó a interrumpir la búsqueda. Aquellos hombres estaban poniendo patas arriba lo que debía ser el dormitorio de Geli. En una fracción de segundo, mi cerebro registró todos los detalles de la estancia: una cama cubierta con una colcha de seda, un peinador de marquetería coronado por un espejo oval, un colgador abierto donde se alineaban innumerables vestidos, un par de medias arrojadas sobre una butaca, que formaban pliegues delicados sobre el almohadillado rosa. En un rincón, cerca de la alta ventana, un pájaro enjaulado revoloteaba, aterrorizado, golpeándose sin cesar contra los barrotes esmaltados. Quise sujetar al desconocido que se encontraba más cerca de mí, pero en cuanto sintió el contacto de mi mano, el hombre se volvió y me lanzó un puñetazo al mentón tan violento que inmediatamente perdí el conocimiento. Durante un tiempo que no sabría precisar, para mí no hubo más que el silencio y las tinieblas de la más absoluta inconsciencia.

Nadie vino a sacarme de mi embotamiento. Nadie me dio una bofetada para reanimarme. Ni me mojaron las sienes con agua fría para despertarme. Salí por mí mismo de la noche profunda en la que me había precipitado el puño del desconocido.

Mi primera visión fue la de un círculo de rostros, los de los criados del 16 de Prinzregentenplatz. Formaban un muro silencioso en torno a mí y no se atrevían a acercarse. Los intrusos que registraban la casa parecían haber desaparecido. Luego sentí un peso en mi mano derecha y mis dedos se crisparon sobre un objeto duro, frío. ¡Al abrir los ojos constaté que habían colocado en la palma de mi mano la pistola que había matado a Geli! Lanzando un grito de espanto, me incorporé de un salto, rehaciéndome de golpe de mi estupor. Me dolía la cabeza. Sin embargo, esto no impedía que mis pensamientos se encadenaran con absoluta claridad. La policía estaría al caer, lo sabía. ¿Qué podría decir a los investigadores, ahora que mis huellas se encontraban sobre la culata de la automática? ¿Me creerían, a mí, a un extranjero? La gente de la casa parecía aterrorizada. ¿Les habrían amenazado? ¿Qué partido tomarían?

Un tipo alto y flaco con chaqueta negra respondió por mí a las preguntas que me atormentaban. El hombre cogió de una mesa un pesado cenicero de cristal y me dio un golpe seco en la muñeca para que soltara el arma. La Luger cayó con un ruido mate a mis pies. Quise recogerla, y en el momento en que me inclinaba, sentí que me

agarraban para retenerme. Azorado, me debatí con una energía frenética. Mis movimientos desordenados desequilibraron a mi adversario, que basculó por encima de mi hombro; pero otro hombre se disponía ya a hacerme frente. Con un gesto rápido, recuperé la automática y la blandí, amenazando a todo aquel que pretendiera impedirme abandonar la casa. Las miradas hostiles que me lanzaron me asustaron. Mi índice se crispó sobre el gatillo, y una bala fue a empotrarse en la pared. Aquel disparo inesperado hizo que los criados se dispersaran al instante. Con la huida como único pensamiento, bajé la cabeza y me lancé hacia delante aullando, para atravesar a todo correr el camarín donde yacía la desventurada Ángela Raubal.

Sin mirar atrás, bajé los escalones de cuatro en cuatro, abrí de un empujón la puerta de entrada y me lancé al exterior. Mientras aún dudaba sobre la dirección que debía tomar, oí ruidos de motor en la calle. Contorneé la casa. Con las sienes palpitantes, el corazón martilleando en mi pecho y la pistola metida en el bolsillo, corrí y corrí sin detenerme, atravesando parques desconocidos, escalando rejas, franqueando cercas de hierro y saltando parapetos de mampostería. Los perros ladraban a mi paso, y algunas ventanas se iluminaron mientras mis zapatos aplastaban la gravilla de unos caminos demasiado bien rastrillados. Nada de eso me preocupaba. Sobrecogido de espanto, y sobre todo trastornado por la muerte de Geli, huía sin pensar en hacer una pausa para recuperar el aliento y valorar con calma la situación.

La noche me proporcionaba una ventaja importante. Era joven, y mi cuerpo funcionaba bien. Estaba seguro de poder poner rápidamente una gran distancia entre la Prinzregentenplatz y yo. En este barrio nadie me conocía ni sabía mi nombre. Las siluetas que había visto moverse en el número 16 me eran desconocidas, igual que yo debía de serlo para ellas, y nadie estaba al corriente de mi relación con Geli. Si todo iba bien, nunca podrían establecer un vínculo entre el apacible asistente noruego de la Facultad de Munich Thörün Gärensen y el sórdido crimen cometido esta noche en el 16 de Prinzregentenplatz. Porque Geli —estaba persuadido de ello— no había atentado contra su vida. Geli había sido asesinada. Primero habían querido simular un suicidio, pero mi llegada les había proporcionado una oportunidad inesperada. Los asesinos habían cambiado de opinión y habían tratado de hacerme pasar por culpable. Sólo Dios sabe de qué amenazas se habían valido para convencer al personal de la casa de que confirmara esta versión ante la policía. Estos criminales debían de actuar por cuenta de un personaje muy poderoso. Un rival del protector de Geli, tal vez... Pero ¿quién era ese hombre? ¿Y dónde se encontraba ahora? ¿Estaba en la casa cuando se había producido el ataque? ¿Había sido eliminado, él también, sin que yo lo supiera? Por el momento de nada servía hacerse preguntas. Lo que necesitaba era volver a mi casa sin que nadie lo advirtiera, sin dejarme atrapar. Luego me desharía del arma, rasgaría y después quemaría mi impermeable en la estufa y nunca más volvería al café Venezia, donde los camareros habían visto tantas veces a esa pareja que se abrazaba en el banco de cuero rojo.

Esperé una hora, o más, en un rincón oscuro. La lluvia empezó a caer de nuevo.

Tenía frío y ahora sentía mucha más tristeza que miedo. Calculaba que debía de encontrarme a poco más de quinientos metros de la casa de Geli. En el silencio de la noche oía circular coches no muy lejos de donde me hallaba, pero sabía que mi escondite era bueno y que no podían verme. Se escucharon llamadas apremiantes y luego resonaron ruidos de pasos sobre el asfalto. En algún lugar, un policía tocó el silbato para llamar a otro, pero no sucedió nada que supusiera un peligro para mí. El alba empezó a teñir el cielo de rosa, precedida por un nuevo aguacero que hizo surgir aromas de tierra húmeda de los jardines cercanos. Sabía que sería peligroso volver a mi vivienda en pleno día, a la vista de todos. Era ahora o nunca, no podía esperar más, debía abandonar este barrio residencial y volver a la ciudad lo más rápido posible. Lanzando miradas cautelosas alrededor, abandoné las callejuelas mojadas por donde me había internado y caminé con paso rápido. Un largo ronroneo resonó a mi espalda, aumentando lentamente de intensidad. No le presté atención, porque parecía el sonido de un tren en la lejanía.

Con todas las luces apagadas, un coche negro surgió de pronto a mi lado y se detuvo en seco a mi altura. Las puertas se abrieron con un chasquido y dos hombres se plantaron ante mí. Sin que pudiera oponer resistencia, el primero me sujetó por la cintura, y vi con horror cómo el segundo, un gigante de cara cuadrada, enarbolaba una cachiporra y la descargaba contra mi cráneo. Aturdido, pero aún del todo consciente, sentí que me empujaban violentamente al interior del automóvil. Mi cabeza golpeó contra el suelo del vehículo, y de nuevo el mundo no fue para mí más que una noche oscura, un pozo sin fondo.

Tenía los ojos muy abiertos, y sin embargo no veía. Una venda me cegaba. Mis muñecas y mis tobillos estaban atados con cuerdas. Estaba helado. Me di cuenta de que me habían desnudado del todo. Me encontraba acurrucado sobre un suelo de tierra batida y una pared áspera me desollaba la espalda. Quise incorporarme, pero me habían pasado en torno al cuello un collar de cuero que estaba atado a la pared con una cadena corta. Con los miembros trabados y el cuerpo amarrado, me veía reducido a la triste condición de un animal destinado al matadero. Quise gritar, pero mi garganta, hinchada, no pudo emitir el menor sonido. ¿Dónde estaba? ¿Quién me había secuestrado? ¿Por qué me trataban así, y sobre todo, qué suerte me reservaban? Jadeando, con los pulmones comprimidos, tragué aire desesperadamente por la boca. Sin duda, un hombre a punto de ahogarse no hubiera experimentado una sensación de asfixia mayor que la que yo sentía en ese instante. Mi cuerpo, mis muñecas y mis piernas hinchadas, me dolían. Mi cráneo me hacía sufrir atrocemente, lo que amplificaba el vértigo nauseoso que sentía. Pero nada era comparable al miedo que me dominaba. Lágrimas de sufrimiento y angustia rodaron por mis mejillas, y las bebí para tratar de calmar la sed que me atormentaba. Así pasaron horas, en medio del silencio, el frío y la oscuridad...

No sé cuánto tiempo después de que recuperara el conocimiento, oí por fin ruidos de pasos en un pasillo. Una llave giró en la cerradura y una puerta chirrió. Alguien

entró en la habitación adonde me habían arrojado. Asustado, grité pidiendo que me liberaran, pero sólo obtuve un largo silencio por respuesta. De pronto, me echaron encima un cubo de agua helada. La sorpresa, más que el dolor, me hizo gritar. Luego mi verdugo volvió a salir. La ganga de hielo que me torturaba se hizo hasta tal punto insoportable que me hundí de nuevo en la inconsciencia.

Cuando recuperé el conocimiento, constaté que mis piernas estaban libres de trabas. Ya no llevaba el collar de cuero, pero mis manos seguían atadas, y mis ojos, cegados. Aún estaba desnudo, pero posiblemente me habían secado groseramente porque ya no me sentía tan helado como antes. Me envolvía el silencio. Me levanté temblando. Lentamente, quise dar la vuelta a mi celda. Bajo mis pies sentía la tierra batida, polvorienta y seca. Ante mí, conté siete pasos de una pared a la otra; de lado a lado, cuatro solamente. Traté de derribar la puerta de madera que había sentido al rozar el muro de mampostería golpeándola violentamente con el hombro; pero era demasiado gruesa, y el cerrojo, demasiado sólido para que pudiera confiar en reventarlo. Desesperado, me dejé caer al suelo y quise acurrucarme, con las rodillas pegadas al pecho, para calentarme un poco. Al encogerme como una bola, rodé de lado, y mi espalda tropezó con un objeto macizo, de una consistencia extraña. A fuerza de contorsiones, conseguí pasar mis manos atadas sobre su superficie. Mis dedos encontraron primero una tela, no una grosera tela de yute o de saco, sino más bien una especie de paño cuya finura y suavidad me sorprendieron. ¡Mis manos se abrieron y aferraron luego con las palmas las formas de un cuerpo humano! Estremeciéndome de sorpresa y de horror, palpé una piel tiesa, rígida, bajo la que no vibraba ningún signo de vida. ¡Un cadáver! ¡Me hacían compartir la celda de un cadáver, y hubiera apostado incluso que me habían desatado del muro para que pudiera hacer este horrible descubrimiento! Movido por una repugnancia instintiva, me arrastré tan lejos como pude de la vecindad del muerto.

Entonces, mientras aún permanecía encogido en un rincón totalmente abatido, mis pensamientos enloquecieron. Era evidente que no podía estar retenido aquí como un prisionero, humillado y torturado, por la policía oficial. Unos truhanes me habían secuestrado, gente que no respetaba las reglas más elementales de humanidad y que no dudaba en matar. En cualquier momento podían liquidarme y enterrarme aquí mismo, en este calabozo donde nadie me encontraría jamás. Tenía que escapar. ¡Ningún escrúpulo debía detenerme, ni siquiera la perspectiva de desnudar a un muerto! A costa de un esfuerzo moral y físico considerable, me acerqué al cadáver para palparlo meticulosamente. El corazón me saltó en el pecho cuando sentí que había tocado unas gafas. Frenéticamente, como un náufrago en alta mar que se aferra a una plancha providencial, las cogí y las rompí contra el suelo; luego, con ayuda del mayor de los pedazos de vidrio, me dediqué pacientemente a desgastar mis ataduras. Fue una labor larga y fatigosa. Los calambres me trituraban los músculos y me daban náuseas, y mis dedos estaban ensangrentados. Pero poco a poco, las fibras de la cuerda que me ataba las muñecas fueron cediendo. ¡Por fin me vi libre! Conteniendo

un grito triunfal, me arranqué la venda de los ojos y tuve que esperar dos o tres minutos a que mis pupilas se adaptaran a la oscuridad que reinaba en la habitación. Entonces descubrí mi prisión. Era un lugar sin ventanas y, como ya había adivinado, un sótano. Sólo una estrecha claraboya proporcionaba un poco de luz, e incluso ésta estaba filtrada por unos trapos con los que habían rellenado groseramente la abertura. La puerta estaba hecha de anchas planchas reforzadas con barras de metal, y las paredes, húmedas, estaban cubiertas en algunos lugares de regueros de salitre de un amarillo siniestro. Durante unos instantes froté enérgicamente mi cuerpo entumecido y helado antes de decidirme a examinar más de cerca el cadáver. El hombre no iba vestido con un traje civil ordinario, sino con un amplio manto negro. Era una sotana, sobre la que brillaba un crucifijo de plata colgado del cuello con una cadenita. Ese pobre sacerdote debía de llevar muerto dos o tres días, a juzgar por el velo de barba sucia que había crecido sobre sus mejillas después de que le hubieran matado. Superando mi repugnancia, decidí desnudarlo para coger sus ropas y librarme de aquella sensación de frío que no me abandonaba. Desabroché los borceguíes del eclesiástico, le desabotoné la sotana y le despojé de ella, no sin dificultades, porque el cuerpo estaba pesado y rígido. Pude constatar que le habían abatido de dos disparos en el corazón. Dos orificios rojizos perforaban también la sotana en este lugar. A pesar de la repulsión que aquello me inspiraba, me enfundé en el gran manto negro y me calcé los zapatos del difunto. El tejido desprendía un repugnante olor a rancio y a podredumbre, pero al menos mi cuerpo estaba cubierto. Volví a coger las gafas rotas del suelo, y arranqué y torcí las patillas para formar una especie de gancho con el que forzar la cerradura. Con mano temblorosa lo introduje en el agujero y conseguí hacer presa en el mecanismo. Insistí. Después de dos o tres intentos, conseguí hacer girar el pestillo. Lentamente, procurando que no chirriaran las charnelas, que sabía sensibles, hice girar la puerta sobre sus goznes y me deslicé al exterior de mi celda.

Ante mí se prolongaba un estrecho pasillo iluminado por una bombilla desnuda de bajo voltaje. En el lugar reinaba un silencio de mausoleo. Sin armas, sin saber qué nuevos peligros tendría que afrontar, avancé. Una reja bloqueaba el pasillo, pero no estaba cerrada. La empujé para subir por una vieja escalera de piedra. En el rellano, ante una nueva puerta, me detuve un buen rato para identificar cualquier posible ruido. Lejos por encima de mí, procedente, sin duda, de los últimos pisos, me llegaba el sonido de una melodía interpretada con un instrumento de cuerda. Creí reconocer la partitura para primer violín del cuarteto *El emperador* de Haydn. Recordé la última vez que la había escuchado, bajo un quiosco, mientras me paseaba con mi hermano y mis hermanas pequeñas por los jardines en flor del castillo de Akershus, en Oslo. Con ayuda de mi gancho improvisado, manipulé en la cerradura con tanto tesón que al final se reprodujo el milagro.

La puerta del sótano se abría sobre lo que parecía la planta baja de una vasta casa burguesa sin estilo. Las paredes estaban cubiertas de un espantoso papel pintado verde oscuro, y habían cerrado los postigos de todas las ventanas de modo que era

imposible echar un vistazo al exterior. Durante unos instantes seguí por una sucesión de pasillos oscuros que no ofrecían ninguna escapatoria hacia el exterior. Al azar, giré el pomo de cobre de una puerta y entré en una habitación en la que todos los muebles estaban tapados con sábanas. Pasé por en medio de estos fantasmas inmóviles como una sombra negra, como un diablo entre espectros, buscando desesperadamente una salida al aire libre. La ventana había sido tapiada con ladrillos pero, a pesar de todo, se filtraba luz por las juntas agrietadas. Febrilmente, rasqué esas uniones quebradizas para aflojar los ladrillos. Tan silenciosamente como pude, saqué uno, luego un segundo, y un tercero... Ya podía ver una avenida pavimentada que daba a un alto muro sobre el que sobresalían las copas de los árboles. El aire fresco me acarició el rostro, reanimándome y renovando mi ardor. Volví a ponerme al trabajo, sacando los ladrillos uno a uno para abrir un agujero bastante grande por el que pudiera deslizarme. Pero de pronto, cuando ya casi estaba llegando al final de mi extenuante labor, sentí que apretaban brutalmente contra mi boca un tampón embebido en cloroformo. Por más que luché, por más que me agité, todo fue inútil. ¡A un minuto de culminar mi fuga, acababan de capturarme de nuevo!

—Sé que es usted un hombre ilustrado, señor Gärensen. ¿No estará, por casualidad, familiarizado con las obras de Tácito?

La voz que se dirigía a mí no era hermosa. Era una voz masculina, pero extrañamente aguda, como desajustada en los tonos altos. Una voz que asustaba. No podía distinguir a su propietario, porque de nuevo una venda me cubría los ojos. Atadas a la espalda con dos cordones finos, mis muñecas hinchadas me dolían atrozmente. Me habían sentado y atado sobre una silla dura. Sentía que ya no me encontraba en el sótano con el cadáver. Desde el lugar donde me habían instalado no podía obtener ninguna información, ni de olores ni de sonidos domésticos. No sabía qué hora era. No sabía quién me hablaba. De los vapores químicos que me habían nublado el cerebro, conservaba una impresión lancinante de vaga y penosa somnolencia. Sin embargo, en lugar de rebelarme contra mi suerte, de lanzar inútiles gritos de auxilio o de implorar clemencia a mis verdugos, reuní la sangre fría suficiente para decidir entrar en el juego perverso que me proponían. Realizando un terrible esfuerzo de concentración, saqué fuerzas de flaqueza y balbuceé con voz pastosa:

—Tácito, sí... Publius Cornelius Tacitus, conocido como Tácito. Historiador romano nacido hacia el año 55 de nuestra era, creo. Muerto en torno al 120... Se dice de él que es el Tucídides de los romanos. Han llegado hasta nosotros su *Vida de Agrícola*, los *Anales*, el *Diálogo de oradores*... Y sobre todo, *De Germania*, su obra más famosa, que es una especie de tratado de etnología sobre los pueblos de la antigua Alemania.

—Me impresiona, señor Gärensen. De verdad... Por su erudición, ¡pero sobre

todo por su flema! Y por su capacidad de concentración pese a las condiciones penosas en que se encuentra. Todo esto casi me impulsaría a admirarle... ¡Pero volvamos a Tácito! Yo soy, como usted, un conocedor de su obra. En *De Germania*, el autor describe los tatuajes de guerra con que se adornan los combatientes bárbaros antes de enfrentarse a las legiones. Estas marcas son tan espectaculares, tan espantosas de ver sobre sus cuerpos, que los soldados romanos se sienten aterrorizados incluso antes de haber empezado a luchar. ¿Recuerda la frase con que concluye este pasaje fascinante, señor Gäremsen?

Quise indicarle que no pero de lo más oscuro de mi memoria surgió entonces milagrosamente el recuerdo claro y luminoso de este texto. Sin saber cómo era posible, y con tanta seguridad como si la página estuviera abierta ante mí, respondí:

—Tácito termina su descripción con la fórmula: «¡En los combates, los ojos son los primeros vencidos!».

—¡Extraordinario, señor Gäremsen! —exclamó el desconocido—. ¡Decididamente creo que se merece todas las molestias que voy a tomarme por usted!

EL DECIMOQUINTO ARCANO

El primer objeto sobre el que se posaron mis ojos cuando me desanudaron la venda fue una maleta de cuero pardo que reconocí enseguida como mía. Con las manos todavía atadas, por más que me volví en todos los sentidos para ver quién se encontraba detrás de mí, no conseguí ver nada. El misterioso conocedor de la literatura latina quería privarme de la contemplación de su rostro. Me resigné, pues, a esperar que tuviera a bien revelarme qué suerte me reservaba. La habitación en la que me encontraba era oscura pero bastante confortable. No era un calabozo. Ni tampoco un locutorio de prisión. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías de libros, y otra estaba adornada con cuadros que representaban barcos antiguos. Una alfombra con hermosos entrelazados orientales cubría el suelo y dos lámparas de pie proporcionaban una iluminación tamizada. Eso era todo. Oí el sonido de una taza posándose sobre el platillo. Mientras trataba de distinguirlo, el hombre me observaba bebiendo un café fuerte, cuyo aroma llegaba ahora flotando hasta mí.

—Constato por sus zarandeos, señor Gärensen, que ha reconocido su maleta — dijo por fin el desconocido— Si he querido mostrarle que se encontraba en nuestra posesión es, ya lo habrá comprendido, a modo de símbolo, de atajo mental, si lo prefiere... Símbolo de una partida. La suya, evidentemente. Porque a partir de ahora, y pienso que lo ha comprendido hace tiempo, ha abandonado usted para siempre el andén de la vida ordinaria. Ha penetrado en otro mundo. En fin, para ser más preciso, puede elegir entre dos otros mundos. El primero, el más complejo, el más duro, es el que le conduce directamente a mí, pero que le deja con vida. El segundo, el más fácil, el más tentador, es, al contrario, el de la muerte, el de la eliminación pura y simple. ¿He sido bastante claro?

Yo no comprendía lo que este hombre quería de mí ni penetraba el secreto de sus enigmas. Agotado por mi cautividad, exasperado por el fracaso de mi tentativa de evasión, enloquecido, lancé un largo grito de rabia e impotencia. Mi carcelero se acercó. Cerré los ojos y bajé la cabeza para no ver nada. Ahora se encontraba ante mí, lo sentía, pero no me sujetó por los cabellos para levantarme la cara y forzarme a que le observara. Permaneció allí, en silencio, esperando a que perdiera la paciencia y abriera los párpados para distinguir sus rasgos. Finalmente cedí...

Ante mí tenía a un hombre muy joven. De apenas treinta años, tal vez menos. Era alto. Tanto como yo. Y muy rubio, también. Llevaba corbata y un traje civil de buen corte. Su rostro era largo y estrecho. No es que fuera bello según los cánones clásicos, pero expresaba una fuerza animal que impresionaba y turbaba. Tenía algo de serpiente. Y de lobo también. Tal vez hubiera podido ser mi hermano. De hecho, el porte de su cabeza, el modo como se mantenía erguido, me hacían pensar en Johann, mi hermano mayor que había permanecido en Noruega.

—Mi nombre es Reinhard Heydrich, señor Gärensen, y tengo por misión reclutar a hombres excepcionales para efectuar tareas excepcionales. ¡Usted es excepcional! Sus conocimientos, el valor y la imaginación de que ha dado fe desde su secuestro, no han hecho más que confirmar lo que ya sabía. Porque llevo tiempo observándole. Desde el día en que entró en la vida de la pequeña Ángela Raubal no ha dejado de apasionarme. ¡Tanto que entreveo grandes perspectivas para usted, tal vez incluso un gran destino! ¿Quiere trabajar para mí, señor Gärensen?

—Y usted, ¿para quién trabaja? ¿Para la policía? —solté sin creer ni por un segundo en la pertinencia de la pregunta.

Los labios abultados de Heydrich esbozaron una sonrisa burlesca.

—Un día no muy lejano le revelaré la identidad de aquel a quien me he consagrado en cuerpo y alma. Se sorprenderá. Pero de momento, necesito su respuesta. ¿Acepta usted mi oferta?

—¡Todo esto es grotesco! —protesté—. ¡Tengo un trabajo, aquí, en Munich! ¡Soy un residente extranjero legalmente registrado en el consulado! ¡Me conocen! ¡Deben saber que he desaparecido! ¡Sin duda me estarán buscando!

Heydrich cogió un pañuelo del bolsillo, se envolvió la mano con él y se la llevó a la espalda. Luego se sacó un arma de fuego de la cintura. Me sobresalté innecesariamente, porque no la apuntó hacia mí, sino que me la presentó, sobre la palma de su mano, a la altura de mis ojos.

—Esta Luger le es familiar, ¿no es cierto? Es la que ha matado a Ángela Raubal. Yo mismo la he sacado de su bolsillo, naturalmente sin borrar las huellas que tontamente ha dejado impresas en ella.

Sabía que Heydrich podía mentir, pero yo sentí que decía la verdad y que el objeto que me mostraba era en efecto el arma que había blandido para escapar del 16 de la Prinzregentenplatz.

—Seguramente aún no ha tenido ocasión de prestarle atención, Gärensen, pero esta pistola está marcada con el sello de su propietario. Un simple monograma y una imagen que deberían iluminarle sobre la naturaleza exacta de la situación en que se encuentra. Mire ahí, justo a la izquierda del percutor...

La luz era pobre, y tuve que hacer un esfuerzo para verlo. Cincelados en la culata, se distinguían unos finos motivos. Bajo una cruz gamada brillaban siniestramente dos iniciales: A. H. De lo que Heydrich me explicó entonces sólo conservo el vago recuerdo de algunos fragmentos inconexos de conversación. Desgarrada por la fatiga, los remordimientos, la tristeza y el miedo, mi mente ya no conseguía integrar lo que le presentaban.

—Conozco sus costumbres, Gärensen. Conozco sus vicios. Me he informado sobre su familia. Sé quiénes son sus padres. Dónde viven. Sólo tendría que chasquear los dedos para que unos asesinos experimentados liquidaran a su padre, su madre y su hermano. En cuanto a sus hermanas, puedo ordenar que las secuestren en cualquier lugar y en cualquier momento. Karla tiene veinte años e Ilona sólo diecisiete, ¿no es

así? Una magnífica edad para divertir a los soldados en un burdel de algún cuartel de Pomerania, ¿no le parece?

Aquellas palabras me enfurecieron. Tensé los músculos para romper mis ligaduras, pero sólo conseguí apretar aún más los nudos que me inmovilizaban.

—En mi mano se encuentra la prueba de que asesinó, hace dos noches, a Ángela Raubal, sobrina de Adolf Hitler, jefe del Partido Nacional-socialista y futuro canciller alemán. No le quepa duda de que ninguno de los criados con los que se cruzó se atreverá a sostener su inocencia. Ni siquiera Frau Winter, que, sin embargo, sabe quién mató a la chica. Porque lo que usted aún desconoce es que esa Ángela Raubal de la que se encaprichó tan estúpidamente, señor profesor, esa pequeña viciosa de grandes senos, era algo más que una pariente próxima de Herr Hitler. ¡Era también, y sobre todo, la mujer que había convertido en su amante!

Aquella revelación me produjo el efecto de un puñetazo en la mandíbula. Se me revolvió el estómago y no pude evitar vomitarme encima una bocanada de bilis. Heydrich se acercó. Sus ojos brillaban como los de un gladiador en el instante del triunfo. Cogiéndome por el mentón sin mostrar ninguna repugnancia, se puso a hablarme con voz suave, en tono confidencial:

—Le tengo en mis manos, Gärensen. Una palabra mía y el juez le condenará a ser decapitado con el hacha por el asesinato de la mujer que compartía con Hitler. Y no sólo morirá, sino que su nombre quedará deshonrado para siempre. Sin embargo, yo soy más poderoso que los jueces. ¡Yo puedo salvarle la vida! ¡Y salvar su reputación! Ponga sus capacidades a mi servicio y se hará rico. Poderoso. Muy pronto y mucho más de lo que se imagina. ¡Si no, es la muerte para usted y la infamia para los suyos!

Agotado por las horas de tortura a las que había sido sometido, trastornado por las verdades que acababa de conocer y aterrorizado por las amenazas de Heydrich contra mi familia, comprendí que era sólo un juguete en manos del diablo.

—Está bien —dije, pensando sobre todo en mis hermanas—. Acepto su propuesta, Heydrich. Haga lo que quiera conmigo... Me ha robado el alma. No sé qué espera de mí, pero no le traicionaré.

Vi cómo Reinhard Heydrich esbozaba una amplia sonrisa. Mi carcelero me palmoteo la mejilla en señal de satisfacción, como se recompensa a un niño obediente, y luego, con un cuchillo que cogió de encima de un mueble, cortó mis ligaduras. Me derrumbé en el suelo...

Heydrich dejó sobre la mesa una bandeja con vituallas y me aconsejó que comiera.

—Soy un hombre muy ocupado, señor Gärensen, y tengo necesidad de usted rápidamente. Créame, he apreciado en su justo valor la alusión al diablo que ha considerado conveniente emplear espontáneamente hace un momento. Tiene toda la razón: yo soy el diablo, y su alma se encuentra ahora en mi poder. No lo olvide nunca. Aunque un día crea que nos hemos convertido en amigos, piense que no

duaré en ejecutar mis amenazas si tiene la debilidad de faltar a su palabra. Nosotros, los alemanes, poseemos una famosa tradición literaria concerniente a los pactos con el demonio. Puede pensar en Goethe, naturalmente, pero también están todos los otros románticos: Von Kleist, Von Arnim... Yo domino bien esta herencia.

—«Soy aquel cuya mirada mata la esperanza, el que nadie ama, el azote de mis esclavos terrestres, el rey del conocimiento y la libertad, el enemigo de los cielos, el mal de la naturaleza...» —recité monótonamente, según me venía a la memoria, un fragmento de poema sobre Satán.

Una sonrisa feroz deformó el rostro de Heydrich:

—Al menos, con usted, sé que puedo utilizar buenas referencias. Esto aclara aún más las cosas, las hace más fáciles también, ¿no es cierto? ¡Decididamente sólo un amante de las letras puede comprender a otro! ¡Pero coma! ¡Coma, le digo!

Me levanté del canapé donde me habían tendido y dirigí una mirada circunspecta a los alimentos que me ofrecían. Servidas en platos de cerámica, había pechugas de pollo, jamón, patatas hervidas, queso y nueces... Aunque mi mente estaba trastornada, mi cuerpo estaba hambriento. Ávidamente piqué al azar mientras Heydrich iba a echar una ojeada a no sé qué papeles que tenía sobre un escritorio. En armonía con las condiciones de oscuridad que parecían reinar en esta casa, los postigos de la habitación estaban cerrados, y las cortinas, corridas. Heydrich volvió hacia mí y me ofreció un vaso de vino, que vacié de un trago. Después de instalarse en un sillón, cruzó las piernas y se desabrochó algunos botones de la chaqueta para ponerse más cómodo.

—Como veo que tiene plena conciencia de su posición —continuó—, no perderé el tiempo con circunloquios. Una tarea inmensa nos espera, a usted y a mí. En adelante seré su único auténtico empleador, y convendrá conmigo en que es normal que le retribuya. Para empezar, fijaré sus emolumentos en mil marcos al mes, aparte del reembolso de sus gastos.

Ante la mención de esta suma, dejé de masticar. ¡Mil marcos era el equivalente al salario de diez obreros! ¿Qué trabajo podía merecer semejante retribución?

—Además, le ofrezco alojamiento. Este aspecto de la intendencia aún no está totalmente resuelto. De momento se instalará aquí mismo, pero en el plazo de una o dos semanas le habremos encontrado un gran apartamento en el centro de la ciudad con todas las comodidades. En cuanto a sus clases, ya hemos tomado disposiciones para que las suspenda durante los quince próximos días. Luego las reiniciará como si nada hubiera pasado. Pronto se lo explicaré todo en detalle...

Heydrich sacó de una cartera de cuero que había dejado en el suelo junto a su asiento una hoja de papel dactilografiada y me la tendió. Leí un breve texto dirigido al director de la facultad que precisaba que, por razones familiares repentinas, lamentaba tener que abandonar temporalmente mis funciones en la universidad para volver con la máxima celeridad a Noruega. De todos modos, prometía volver a ocupar mi puesto en cuanto fuera posible. ¡Yo estaba estupefacto! ¿Qué iba a

ocurrirme en el curso de estas dos semanas en que se suponía que estaría de vuelta en mi país? Heydrich no pareció percibir mis miradas azoradas mientras leía y releía la carta. Imperturbable, prosiguió:

—Como ha podido ver, hemos pasado por su casa para recoger sus efectos personales. La señora Reichert, su portera, ha sido prevenida de su partida. Le hemos pagado dos meses de alquiler suplementarios como compensación por la ruptura precipitada del arriendo. Le echará en falta...

Aquello supuso un nuevo golpe para mí. ¿La banda de Heydrich era tan poderosa, tan organizada, que había podido modificar en unos instantes todo lo que constituía mi vida habitual?

—Pero en fin, ¿qué sentido tiene todo esto, Heydrich? ¿Cuál es su objetivo? Creo que merezco una explicación...

Heydrich inspiró profundamente. Parecía preocupado, pero yo me daba cuenta de que, al mismo tiempo, disfrutaba plenamente del instante, porque estaba a punto de revelarme sus grandiosos planes y aquello le llenaba de orgullo.

—Pertenezco al Partido Nacional-socialista —dijo por fin— Soy miembro desde el mes de julio pasado, es decir, desde hace apenas tres meses; lo que no es mucho tiempo, hay que reconocerlo. Y sin embargo, me he convertido en uno de los cuadros más influyentes. En julio no era más que un militante como los otros. Hoy debo crear para el partido, desde la base, todo un servicio...

—¿Qué clase de servicio?

—El más interesante que pueda imaginarse: un servicio... ¡secreto!

—¿Un servicio secreto? ¿Quiere convertirme en espía por cuenta de un partido alemán? ¡Esto es un desatino, Heydrich!

—Al contrario, soy perfectamente racional. Escúcheme atentamente, Gärensen. Los nacionalsocialistas están en marcha hacia la conquista del poder. Es cuestión de dos o tres años, a lo sumo. Los nazis no tienen nada en común con una agrupación política corriente. Cuando alcancen puestos de responsabilidad, la República caerá. Ya no habrá más democracia en Alemania, ya no habrá oposición. Esta gente tomará la dirección de todo, transformará el país, pisoteará los tratados internacionales. ¡Nunca devolverá este poder que tanto tiempo ha tardado en conquistar!

—¿Quiere decir que preparan un golpe de Estado?

—Lo paradójico es que darán su golpe de Estado después de su llegada al poder. Hitler quiere vencer en las urnas. Tiene necesidad de una legitimidad inicial. Ésta será su unción. Por esto tira de la correa de su perro de batalla, Ernst Rohm, el jefe de las SA, que es un salvaje, un impaciente que querría marchar ahora mismo sobre Berlín, como Mussolini tomó Roma en el 22.

—Pero ¿y usted? ¿Qué quiere usted? Habla de los nazis como si les combatiera...

—Yo desprecio a las SA. Igual que desprecio a Hitler y a la mayoría de los que le rodean. Me adherí a su partido porque es el único medio para mí de procurarme una posición de excepción. Soy de los suyos por oportunismo y ambición personal. Pero

son marionetas a mis ojos. ¡Ya ve, Gäreksen, que he decidido no ocultarle nada! Una persona próxima a Hitler me confió, hace unas semanas, la tarea de organizar lo que se supone que será el servicio de información interno del partido. Esta persona es inteligente. Si bien ya es poderosa en la actualidad, será temible cuando Hitler se convierta en canciller. Sin embargo, ha cometido un inmenso error al encargarme esta misión. ¡Porque yo desviaré en mi propio beneficio los recursos de una parte de la red de espionaje de la que soy responsable! Se ha iniciado una terrible y fascinante partida de ajedrez. ¡Una partida en la que no se enfrentan dos jugadores, sino una infinidad! Los golpes pueden venir de todas partes. Estoy haciendo de usted la primera pieza de mi ejército. A partir de ahora, Gäreksen, se convertirá usted en mi primer caballo. ¡Y elijo el negro como color de nuestra bandera!

Heydrich me había descubierto muchas cosas en el curso de esta primera conversación; sin embargo, cuando me abandonó, aún no me había dicho qué esperaba de mí. Me dejó al cuidado del secuaz que me había dejado inconsciente con su cachiporra, y que seguramente me había rociado con agua helada y luego me había anestesiado con el tampón de cloroformo.

—Me llamo Thyssen Matschl —declaró el tipo tendiéndome la mano—. Lamento haber tenido que maltratarle, señor, pero cumplía órdenes. Espero que no me guarde rencor. Trabajaremos juntos con frecuencia, sabe...

Contemplé a Thyssen con mirada sombría, antes de decidirme a estrecharle la mano con una sonrisa forzada. Mi buena voluntad pareció alegrarle. No sabía por qué, pero sentía que le había caído bien a aquel tipo. Para mí fue un alivio. Porque, aunque yo era alto y corpulento, Matschl me sacaba una cabeza, sin duda superaba los dos metros y pesaba sus buenos ciento veinte kilos de músculo sin una pulgada de grasa. Llevando mi pesada maleta como si fuera una cartera de escolar, mi guía me precedió hasta el segundo piso. Al extremo de un pasillo, abrió una puerta cerrada con llave, entró en la habitación y accionó el interruptor eléctrico.

—Hasta que no se traslade, dentro de unos días, éste será su alojamiento. Encontrará un gran cuarto de baño justo detrás de esta puerta...

Como un propietario orgulloso que enseña un apartamento a su futuro inquilino, Thyssen insistió en que fuera a examinar el baño. Y allí me hizo observar que todas las ventanas estaban herméticamente selladas.

—No es que el *Sturmführer* Heydrich desconfíe de usted, señor, pero de momento tengo orden de prohibirle salir. Más tarde tendrá libertad de movimientos. Es sólo el tiempo para que se habitúe a la idea de su nueva vida... ¿Comprende lo que quiero decir?

¡Lo único que comprendía, a pesar del lenguaje diplomático que Thyssen utilizaba, es que estaba prisionero!

—Le dejaré dormir. Si le duele la cabeza, hay aspirinas en el cajón de la mesita de

noche. Y si se siente realmente mal, puede bajar al gran salón de la planta baja. Allí estaremos los cuatro que hacemos guardia. Llamaremos a un médico...

Agradecí a Thyssen sus bondades y le aseguré que todo marcharía bien.

—Una última cosa, señor —precisó cuando ya iba a cerrar la puerta.

—¿Sí, Thyssen?

—Si trata de huir, tenemos orden de abatirle sin previo aviso.

—Comprendo, Thyssen, comprendo...

¿Huir? Evidentemente era lo único que tenía en la cabeza, mi único objetivo. Pero ¿cómo iba a escapar de esos locos peligrosos que tenían mi vida en sus manos? Romper una ventana, saltar al jardín y correr por la calle cuando no sabía siquiera adonde me habían llevado, era demasiado aventurado. Sobre todo teniendo en cuenta que cuatro gorilas armados hasta los dientes se lanzarían en mi persecución. No. Si quería escapar de las garras del demente de Reinhard Heydrich, debía esperar al menos unos días. Esperar a tener «libertad de movimientos», tal como me había prometido. A partir de ese momento, no tendría más que huir hacia la frontera más próxima. Austria se encontraba sólo a una cincuentena de kilómetros al sur de Munich. ¡Desde allí me sería fácil llegar a Noruega para proteger a los míos! Ante la perspectiva de esta próxima evasión, mis músculos se relajaron, y me dejé caer como un saco sobre la cama con montantes de cobre. Demasiado agotado para sacarme mi nauseabunda sotana, cerré los ojos y me dormí al instante. Mi sueño, pesado, estuvo poblado, sin embargo, de espantosas pesadillas. La silueta de la pequeña Geli se me aparecía sin cesar. Volví a verla empolvándose las mejillas la noche en que la había encontrado en la sala de baile; volví a verla sentada sobre el banco del Venezia, mojando sus labios rojos en su taza de té; volví a verla mientras la estrechaba entre mis brazos... Volví a verla, sobre todo, como una flor blanca cortada sobre el suelo, con el rostro manchado de sangre... La vi luego languideciente, abierta, gimiendo bajo un cuerpo de hombre... Un cuerpo que llevaba un nombre terrible, el de un ser encaminado a un destino de tirano...

Cuando por fin me desperté, no tenía conciencia de la hora ni del día en que nos encontrábamos. ¿Me había adormilado una hora, o había pasado un día entero sumergido en la inconsciencia? Lo ignoraba. ¿Dónde hubiera debido encontrarme ahora, si mi vida no hubiera dado de pronto ese giro radical? ¿En la biblioteca de la facultad, preparando una clase? ¿En mi aula? ¿Recorriendo los burdeles con mi amigo Sacha Hornung? ¿Cómo saberlo? ¿Y qué importaba? Durante algún tiempo no tendría más remedio que seguir el movimiento que el marionetista Heydrich tuviera la crueldad de imponerme. Unos días... Sólo unos días...

—Todo está a punto, Gärensen. ¡Todo! ¿Sabe en cuánto tiempo he montado una organización tan compleja? ¡Trate de adivinar!

La primera jornada de trabajo había empezado temprano y Heydrich estaba

excitado como un chiquillo. Con una taza de café en la mano, señalaba con el dedo un mar de hojas grapadas entre sí. Colocadas ante nosotros sobre el escritorio, sobre las mesas bajas, e incluso en el suelo, estas largas banderolas ondulantes eran organigramas que describían, en algunos casos, ciertos servicios ya existentes, y en otros, servicios por crear.

—Parece un trabajo enorme... Diría que cuatro meses, como poco... No. Mucho más, de hecho. Seis... o incluso ocho meses...

Heydrich estalló en una carcajada.

—¡Veinte minutos! ¡Tener la intuición de toda esta organización me tomó exactamente veinte minutos! Fue todo lo que me concedió Himmler... Cuando me recibió por primera vez, sólo podía consagrarme media hora: ¡su mujer le esperaba para ir a vender sus pollos al mercado! Increíble, ¿no? ¡Esto no durará, pero Herr Himmler aún tiene que dedicarse a la cría de aves de corral para completar su sueldo! ¿Quiere que le explique cómo ocurrió todo cuando ese granjero me mandó llamar a su casa de campo de Waltrudering para que le sometiera un proyecto de organización de los servicios secretos nacionalsocialistas?

—Desde luego —murmuré para no contrariarlo.

—Es una historia extraña. Si hoy estoy aquí, se lo debo a mi esposa. Lina es una nazi de los inicios del movimiento, justo lo contrario que yo, que soy un antiguo teniente de navío, un oficial de carrera. Desde siempre sólo he sentido desprecio por el caporal Hitler... Fue Lina la que me impulsó a entrar en el partido nazi. ¡Pero no como cualquier militante, no, sino como SS!

Aquella fue la primera vez que lo noté, pero pronto iba a constatar que los ojos de Heydrich brillaban siempre de un modo especial cuando hablaba de las SS. Bajo el efecto de la exaltación, sus pupilas se empequeñecían, proporcionando un fulgor extraño y maléfico a sus iris extraordinariamente azules.

—¿SS? ¿Qué es exactamente? —pregunté en un tono poco convencido.

En 1931, las SS constituían un grupúsculo nazi marginal, comparadas con la verdadera fuerza de combate del partido representadas por las SA de Ernst Rohm. Rohm y Hitler... Hitler y Rohm... Yo aún no lo sabía, pero las afinidades que unían a estos dos hombres eran tan grandes como sus diferencias. Hitler y Rohm eran tan complementarios como diametralmente opuestos. Uno, Hitler, gozaba de un extraordinario carisma político. Era un orador nato, casi un profeta. Más que la venida de los nuevos tiempos, Adolf Hitler anunciaba la aparición de un hombre nuevo, de una raza purificada y regenerada. Inteligente, jugaba con las bazas del maquiavelismo político, el engaño, la paciencia. El otro, Rohm, era el guerrero, el plebeyo feroz, siempre con el cuchillo entre los dientes para espantar al burgués. Era el tipo peligroso del que la gente se aparta, el bruto al que se respeta, también. Detrás de él se alineaba una masa de cien mil hombres, las SA. Esta hueste privada, con unos efectivos tan elevados en número como los del ejército regular, acogía con los brazos abiertos tanto a los granujas como a los obreros corrientes empobrecidos por

la crisis económica; tanto a los intelectuales descontentos como a los hijos descarriados de los burgueses de Weimar. Las SA constituían una fuerza disciplinada, entrenada, organizada, concebida para forzar al poder democrático a ceder. Una jauría de perros rabiosos, de mercenarios y saqueadores potenciales a los que habría que abatir una vez culminado el proyecto político.

—¡Ésta será la tarea de las SS! —me explicó Heydrich—. En el futuro, los SS se convertirán en los amos. Nosotros limpiaremos la escoria de las SA y formaremos un Estado dentro del Estado. Seremos los sacerdotes de este Estado... Sus guardianes. Sus protectores. ¡Incluso contra sus jefes designados, si es preciso! ¿Me comprende, Gärensen?

—¿Las SS como... una especie de Iglesia?

—Sí, ése es el término exacto. ¡Una Iglesia! Lo que creo hoy ante sus ojos, los servicios cuya estructura está viendo en estos papeles, está destinado a convertirse en el equivalente de lo que fue la Santa Inquisición para el catolicismo. Mi vocación, nuestra vocación, es erigirnos en inquisidores del Partido Nacionalsocialista. Para que éste prospere en un terreno siempre sano. Para dar a nuestros dirigentes todas las armas con que abatir a sus enemigos. ¡Y para asegurarnos de que estos mismos dirigentes sean siempre dignos de su misión!

El papa negro de un régimen en ciernes: así se veía Reinhard Heydrich durante ese otoño de 1931. Ese día, durante largas horas, en ese despacho sombrío con los postigos cerrados, me contó cómo, enrolado como un simple recluta en el cuerpo aún embrionario de las SS, había intrigado para conocer al jefe de esta milicia, un hombrecillo casi calvo, de vientre redondo, llamado Heinrich Himmler, allegado a Hitler y enemigo declarado de Ernst Rohm.

«Nosotros somos el *Schutzstaffel*, Herr Heydrich, la escuadrilla de protección —le había dicho Himmler el día en que había recibido por primera vez al joven intrigante en su casa de los alrededores de Munich—. El propio Hitler ha promovido este grupo para asegurar su protección próxima. ¡Somos sus soldados de élite, sus pretorianos! Pero aún somos poco numerosos, apenas trescientos, que forman la base de una futura legión de acero. ¡Eso es lo que quiero! ¡Yo forjo armas con este objetivo, y usted me proporcionará la primera de entre ellas! Quiero un SD, un *Sicherheitsdienst*, un servicio de seguridad e información propio, liberado de toda influencia. Le doy veinte minutos para que me presente un proyecto de organización de este departamento... ¡Si su proyecto me convence, le confiaré inmediatamente la responsabilidad de llevarlo a la práctica!»

Heydrich hinchaba el pecho al evocar este recuerdo. Se hubiera dicho que narraba un importante hecho de armas, un combate heroico en el curso del cual, solo y desarmado, hubiera derribado a un dragón cien veces más poderoso que él con la única ayuda de su inteligencia.

—Por descontado, acepté el desafío. ¡He sido oficial en un barco de guerra! Sé cómo se manda, cómo se organiza. Tengo un instinto para esto y me gusta actuar en

situaciones de urgencia. Con Himmler me tiré un farol, trazando sobre el papel el dibujo de una telaraña. ¡Una telaraña que él creará dirigir, pero que en realidad me pertenecerá sólo a mí! ¡Porque lo que no revelé a Himmler y ahora le desvelo a usted, Gäreksen, es que quiero someter a vigilancia al propio jefe de las SS! Quiero saberlo todo de *Herr* Himmler y de su entorno, de su familia, de sus colaboradores... Más aún: ¡quiero *dossiers* sobre todos los cuadros importantes de las SS, de las SA, del NSDAP en general e incluso sobre Hitler!

A imagen del personaje, la tarea que Heydrich se había asignado era un proyecto loco, grotesco en su desmesura. El NSDAP contaba entonces con doscientos cincuenta mil afiliados: ¡un cuarto de millón de hombres!, y no dejaba de crecer día tras día. ¿Cómo meter en un fichero a todos los responsables de semejante océano de individuos?

—¿Quiere poder chantajear a sus camaradas nazis? ¿Incluso a su jefe supremo? ¡Es una locura, Heydrich!

—¡Desde luego! —estalló Heydrich con aire triunfal—. Y por eso justamente tendremos éxito. ¡Los nazis conquistarán el poder, y nosotros conquistaremos a los nazis! Le he prometido riqueza y poder, Gäreksen. Es usted joven, inteligente, cultivado, y tiene la constitución de un luchador de los juegos del circo. A mi lado, no lo dude, obtendrá todo lo que quiera, porque le reservo una tarea específica. ¿Adivina cuál es?

Negándome a perder el tiempo con adivinanzas, me encogí de hombros en señal de ignorancia.

—¡Mi querido amigo, voy a convertirle en mi espía directo junto a Heinrich Himmler!

Integrarme en el círculo próximo del hombre que estaba destinado a convertirse en el personaje más temido del Tercer Reich, ¡ése era el plan de Reinhard Heydrich! Debo confesar que, de entre todos los individuos extraordinarios que he tratado —y quede claro que aquí empleo el adjetivo «extraordinario» en el sentido estricto del término, es decir, despojándolo de toda noción de grandeza o excelencia—, entre todos estos caracteres fuera de lo común, Heydrich era indudablemente el más visionario. Este hombre tenía a veces intuiciones que superaban los límites del entendimiento. Temible psicólogo, hubiera podido hacer fortuna abriendo un gabinete de psicoanalista. ¡Y si desvelaba con tanta facilidad las bajezas de los individuos con los que se cruzaba, era, creo, justamente, porque él mismo las poseía todas!

—No se fíe de las apariencias, Gäreksen. Himmler es un hombre de una notable inteligencia. Es ambicioso, calculador. Maneja muy bien la mentira y el doble lenguaje. Es un tipo que posee un agudo instinto de supervivencia. Esto le salvará en las tormentas que se avecinan. Y por encima de todo, sabe cómo hacerse apreciar por Hitler y goza de su total confianza. No son tantos los que pueden alardear de ello... Rudolf Hess, a quien ya sé que ha conocido, es uno de éstos. La armadura de caballero de Himmler es hermosa, pero tiene un punto débil, y en esta brecha deslizaremos la

punta de nuestra lanza. Himmler es un romántico. Le gustan las leyendas, las historias hermosas, los mitos y los misterios... Cultiva una inclinación secreta por todo lo que, de cerca o de lejos, tiene que ver con la magia y lo oculto... ¡Sóplele al oído las palabras «magia» o «secreto de iniciados» y se volverá tan crédulo como un niño! En este terreno lanzaremos el anzuelo y le surtiremos de maravillas, Gärensen. De maravillas como hoy ya no se encuentran.

—Pero ¿qué maravillas? ¿Y cómo?

Heydrich reflexionó un instante. Parecía dudar. Se levantó, caminó de un lado a otro por la habitación y cogió una baraja de un estante. Maquinalmente, sin mirarla, barajó las cartas y sacó una al azar. Al posar sus ojos sobre la figura, su rostro se iluminó y me tendió la carta, que representaba a un monstruo andrógino que llevaba a dos esclavos atados de una correa.

—Tarot, arcano xv, Gärensen. ¡El Diablo! El destino es una cosa extraña, ¿no le parece? En una sola noche, su vida ha dado un vuelco. No me estoy refiriendo a la noche en que murió la Raubal, sino a aquella en que acompañó a Sacha Hornung a la conferencia de Haushofer. Sin saberlo, su amigo le condujo a mí. Desempeñó el papel de un psicopompo, un pasador de almas, como se dice en las leyendas. ¡Haushofer! Le hago vigilar desde el mismo inicio de mi nominación a la cabeza del SD. Uno de mis hombres se encontraba en el anfiteatro durante su conferencia y siguió a su grupo cuando se dirigió a la cervecería Sterneckerbräu. Más tarde, decidió seguirle a usted, a Hornung y a Mitford, antes que a Hess y al profesor. Por la ventana abierta, oyó sus ronroneos de gatos en celo, y luego les espió hasta que llegaron a la sala de baile... ¡Y allá, oh sorpresa, encontró a Thyssen, al que yo había lanzado tras la pista de Ángela Raubal! Dos hilos tendidos por mí acaban de cruzarse de pronto. Raubal y usted salieron juntos, y con los antecedentes de ambos no podía dejar de pasar. En cuanto el «tío Wolf» se ausentaba, la chiquilla se las arreglaba para escabullirse y soltarse el pelo... Ha tenido un montón de líos antes de usted, y no eran forzosamente trigo limpio. Tenía una marcada predilección por los obreros y los apaches, sabe. Parece que Hitler atraviesa una crisis de melancolía terrible desde que Hess le anunció la muerte de la pollita.

Heydrich evocaba a Ángela con ironía, con desprecio incluso. En cuanto a mí, una pregunta me quemaba en los labios:

—Usted sabe quién mató a Geli, ¿verdad?

—¡Desde luego! Y revelárselo nos conduce de forma directa a nuestro punto de partida. ¡El hombre que encargó el asesinato es Haushofer!

EL REY DE LAS RATAS Y EL FLAUTISTA

Alemania a principios de los años treinta... Una gigantesca caja de Pandora, abierta de par en par, de donde surgían las energías más contradictorias que puedan imaginarse. Heydrich se había referido a un juego de ajedrez con múltiples jugadores. Por lo que empezaba a comprender, yo distinguía al menos tres colores dominantes. Los blancos representaban a los socialdemócratas. Tal vez demasiado corrompidos, y también excesivamente seguros de poder arreglarlo todo con dinero, desde hacía tiempo se habían alejado del pueblo. Los rojos eran los comunistas, que, desde principios de 1918, habían jugado sus cartas con vigor y convicción, persuadidos de que el país iba a caer en sus manos tan fácilmente como Rusia, unas semanas antes, había caído en las de los bolcheviques Lenin y Trotski. Pero el asunto no había funcionado. Aunque en Prusia oriental, en Sajonia, en Baviera, habían estallado revueltas y algunas ciudades habían sido tomadas por los rojos, aquello no había durado demasiado. Ejércitos de voluntarios se habían organizado espontáneamente para combatir a los soviets alemanes. Estos soldados, que pronto serían conocidos como «los réprobos», por el título de una obra que les consagró más tarde Ernst von Salomón, uno de los suyos, habían aplastado a los rojos en el curso de una guerra terrible y sórdida, en la que los combatientes se mataban entre sí con mayor ferocidad aún porque se sabían hermanos. Finalmente estaban los negros, en el campo de los cuales yo me encontraba muy a pesar mío. Estos negros eran los reaccionarios, los fascistas... Una miríada de hombres y mujeres animados por sueños que yo no comprendía bien, fascinados, encantados, hechizados por un cortejo de magos locos que actuaban en la sombra desde hacía tiempo y que les murmuraban extrañas palabras.

—Bajo su apariencia bonachona, tanto Karl Haushofer como Rudolf Hess pertenecen a una sociedad secreta llamada Thule.

Así se inició mi segunda mañana a solas con Heydrich.

—Thule es un grupo muy antiguo. No le explicaré su historia, que ahora no nos interesa especialmente. Todo lo que debe saber, Gärensen, es que el nombre de esta sociedad hace referencia a un lugar fuera del tiempo y del espacio, donde la inmortalidad es la norma. Es una de las grandes versiones paganas del Paraíso, si lo prefiere.

—Conozco el mito de Thule —repliqué—. El primero en mencionarlo fue un viajero griego, Piteas, creo, que partió de Marsella y afirmó que había navegado hasta el extremo norte del mundo, hasta esta isla de Thule...

—¡Un mito!, desde luego, pero un mito que se mantiene vivo entre ciertos intelectuales europeos, incómodos con las religiones monoteístas semíticas que son el catolicismo y el protestantismo. Thule es para ellos la imagen de una pureza que hay

que recuperar después de milenios de degradación. Creen que este espacio existe, que se puede alcanzar gracias a un determinado condicionamiento mental y que es posible regenerarse en él. Es una locura. Pero las locuras dirigen el mundo; usted lo sabe bien, Gärensen.

—Haushofer y Hess son miembros de esta sociedad. ¿Qué relación tiene esto con Geli Raubal?

—Hitler. Hitler es la relación. Fue la gente de la Sociedad Thule la que tomó bajo su tutela a Hitler cuando Hess le oyó vociferar en la sala trasera de esa cervecería Sterneckerbräu. Lo formaron, le hicieron leer textos, le explicaron leyendas... La de un caballero indomable que un día enarbolaría el estandarte de la venganza de los pueblos germánicos después de siglos de humillaciones. El «tío Wolf» se entusiasmó con el juego, y el discípulo superó al maestro. Hitler vuela ahora con sus propias alas. Ya no tiene necesidad de estas personas que invariablemente son sólo intelectuales depravados que sueñan con la acción pero no se atreven a hacer nada por sí mismos.

—Sin embargo, no me parece que Hess tenga el temple de estos intelectuales blandos... —me atreví a decir.

—Rudolf es la excepción. Es mucho más joven que Haushofer. Asegura la conexión entre los sacerdotes de Thule y los guerreros del NSDAP. Aún no sé si estaba al corriente del asesinato de Raubal.

—Pero ¿por qué iba a ordenar Haushofer el asesinato de Ángela?

—Para dar una advertencia a Hitler y devolverle al recto camino del sacerdocio. Esta chica no era sana. Le arrebatava toda su energía. Ya verá como un día de éstos se las arreglan para meter en su cama a una muchacha que habrán elegido y preparado como es debido. A la espera de que Hitler vuelva a subir a la superficie, tenemos que aprovechar la ocasión para situarle junto a Himmler. Él aún no pertenece a Thule, pero si este grupo descubre su futura importancia, como yo mismo he hecho, no tardarán en tratar de echarle la zarpa, si me permite la expresión. Es imperativo que le coloquemos en su entorno próximo antes de que esto suceda...

—¿Cómo lo haremos?

—Trabajando los mitos, Gärensen. Tenemos que encontrar una canción a la que nuestro hombrecillo negro sea sensible... ¡Y será usted quien la escriba, será usted quien se la cante!

Esa noche, solo en mi habitación, tuve que examinar en primer lugar, uno tras otro, los organigramas del SD dibujados por Heydrich. Yo aún no me daba cuenta, pero tenía bajo los ojos una serie de documentos que detallaban lo que pronto serían los servicios secretos nazis. Unos años más tarde, hombres del MI6 británico, del Oss americano y del 5º Bureau francés morirían tratando de apoderarse de ellos. Por el momento apenas eran un montón de hojas dobladas, rayadas y arrugadas. Nada que pudiera inspirar terror. Y sin embargo, sobre estas páginas aparecía trazada la

estructura completa de la Orden negra que llevaría la muerte a toda Europa y ejecutaría la más abominable campaña de «crimen organizado» que la historia haya conocido nunca.

El SD estaba estructurado conforme a una voluntad, que se resumía en una frase manuscrita que presidía, en un cartucho, el vasto cuadro organizativo del servicio. Surgida directamente del pensamiento de Heydrich, esta frase decía: «El SD deberá localizar al adversario ya antes de que haya concebido la idea de levantarse contra la autoridad del Estado nazi». Todo el programa estaba ahí. Como unas SS dentro de las SS, el SD manifestaba claramente su ambición de funcionar como un sistema inquisitorial. Se subdividía en dos grandes ramas: el SD Inland debía ocuparse del espionaje en el interior de las fronteras alemanas, mientras que el SD Ausland se encargaría de formar y enviar agentes al extranjero para recoger informaciones sobre los dirigentes políticos de los rivales americanos, ingleses, soviéticos...

—¿A qué servicio va a adscribirme? —le había preguntado a Heydrich tras haberme expuesto las diferencias entre las dos oficinas.

—A ninguno, por supuesto, ya que usted pertenece a mi gabinete personal. ¡Querido amigo, usted se sitúa por encima del Ausland y el Inland!

Y en efecto yo estaba por encima de estas divisiones. De hecho, estaba a la vez por encima y por debajo, ya que, destinado a ejercer el papel incierto de un agente doble, no se me había otorgado de momento ningún rango oficial en las SS. Según el plan de trabajo que Heydrich había trazado para mí, debía ser presentado en fechas próximas a Himmler y subyugarle con mi discurso hasta el punto de conseguir que me suplicara que entrara a su servicio con objeto de cumplir no sé qué vaga misión, un cometido que yo aún desconocía y del que el propio Heydrich, por más que se defendiera de esta imputación, tampoco tenía la menor idea. ¡Todo aquello hubiera alcanzado los límites de lo grotesco si el jefe del SD no hubiera probado ya que era capaz de lo peor!

Durante dos días consecutivos, Heydrich no apareció. Aparte de las horas en que me esforzaba en el cumplimiento de la tarea que me había encomendado, yo pasaba el tiempo fumando o jugando a cartas con Thyssen, Bruno, Erick y Karel. En realidad no sabía muy bien si debía considerar a los cuatro matones como mis carceleros o como mis compañeros de fatigas. Supongo que eran un poco ambas cosas, ya que si bien Thyssen se daba palmaditas en la axila, donde colgaba su automática, cada vez que yo hacía un intento de acercarme a la puerta o de lanzar una ojeada por la ventana, no puedo decir que nuestras relaciones fueran poco cordiales. En el trato cotidiano, estos individuos no me parecían malos tipos, aunque nunca cometí la imprudencia de intentar ponerlos de mi lado.

—Por cierto, Thyssen —solté una noche en el tono más despreocupado posible—, nunca me ha dicho quién era ese pobre cura que me hizo compañía en el sótano durante mi detención.

El gigante se encogió de hombros.

—Era el padre Bernard Stempfle —respondió—, pero no fuimos nosotros los que le matamos. Nos limitamos a recogerlo en su sacristía y traerlo aquí para que la policía no lo encontrara.

El padre Bernard Stempfle. Yo ya había oído este nombre antes en boca de Geli. ¡Era su confesor, el hombre al que había ido a ver la víspera de su muerte!

—¿Quién lo mató? ¿Los esbirros de Thule?

—Es posible. ¡No se preocupe por eso ahora! De todos modos, este tipo sabía demasiado sobre la relación de Herr Hitler con su sobrina. Debía contar con que no llegaría a viejo. ¡En su lugar, yo hubiera hecho las maletas hace tiempo, en lugar de insistir en escuchar a esa chica en confesión!

—Una guerra oculta se desarrolla bajo los ojos de la gente corriente, y nadie, o casi nadie, ve nada, señor Gärensen. ¿Ya ha trabajado bien sus mitos?

La voz fina de Heydrich, resonando súbitamente a mi espalda, me puso la carne de gallina.

—Los mitos nórdicos, las runas y las sagas, sí... Creo haber encontrado numerosas pistas interesantes para seducir a su Himmler. De hecho, el único problema es escoger entre tanto material...

—Entonces pasemos a mi despacho y explíquemelo todo. ¡Estoy tan impaciente por escucharle como usted debe de estarlo por salir por fin de esta casa!

¡Los mitos nórdicos! Todo un programa... Un campo de estudio ignorado, despreciado incluso, y sin embargo tan vasto como la mitología grecolatina, tan poderosamente cargado de simbolismo como la religión de los antiguos egipcios, tan hechizador como los cultos de la India. ¿Por qué me había interesado en ellos hasta el punto de consagrarles mi vida de investigador universitario? A causa de un periplo de infancia, de uno de estos raros viajes de los que nunca se vuelve realmente del todo. A causa de un día y una noche pasados en la isla del Oso en compañía de Nils, mi abuelo, y de Knut, el viejo escritor con rostro de águila, con las arrugas curtidas por la nieve y la sal. Allí, en aquella roca batida por las olas de una tempestad que se había levantado súbitamente, había sido conducido hasta un círculo de piedras erguidas, grabadas con signos angulosos que yo no conocía.

—Mira, muchacho, los trazos que corren sobre estas rocas antiguas son las runas sagradas —me había dicho Hamsun, mientras pasaba la mano por las muescas— Estas marcas son las letras de los antiguos. Veinticuatro signos para contar los hechos de los hombres, pero también, y sobre todo, llaves para abrir los otros mundos. Con ellas se puede hacer todo. Modificar el tiempo y el espacio. Llevar el amor ahí donde sólo hay odio, secar un campo de trigo justo antes de la cosecha... Bajo las runas, surgen los manantiales y los muertos hablan. El animal salvaje se convierte en un guía en el laberinto del bosque y el cielo se abre para el *Runenmeister*, el maestro de los signos... Odín, el rey de los dioses, fue a buscarlas al fondo de *Hell*, el lugar sin

colores ni formas. Tuvo que consentir en morir para eso. ¡Escucha el canto sagrado del Hamaval!

Con un ritmo extraño, medio cantado, medio recitado, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el torso, Hamsun empezó a salmodiar un canto vibrante:

Sé que colgué en el árbol batido por los vientos,
nueve noches llenas, atravesado por una lanza y entregado a Odín,
yo mismo a mí mismo devuelto,
a este árbol del que todos ignoran de dónde proceden sus raíces...

—Entonces, mientras erraba en el seno de su propia muerte, Odín vio las runas como fuegos de hielo brillando en la oscuridad —prosiguió mi abuelo—. Las cogió y las llevó al mundo de los vivos, donde él mismo pudo recobrar forma gracias a la magia que contenían. Las marcó en unas tablillas de fresno, que deslizó en una bolsa de cuero a su lado. Desde entonces, cada vez que Odín recorre la tierra donde viven los hombres, las utiliza para curar, castigar o penetrar los otros secretos del mundo...

Bailando suavemente, balanceándose de un pie a otro, Hamsun cantó otro poema:

¡Cuando, en lo alto de un árbol,
veo vacilar el cadáver encordado,
grabo y pinto las runas,
de modo que el hombre baja
para conversar conmigo!

—¡Observa qué grande es el poder de estos signos, muchacho! ¡Por eso pedí a tu padre que te nombrara con la tercera letra del alfabeto rúnico, Thurisaz, a la vez runa de Tor, el protector de Asgard, el dominio donde reinan los dioses, y la de los enemigos de estos últimos, los *thyrsos*!

¡Un solo signo para designar al amigo y al enemigo! Tal vez fuera ésa la razón profunda de mi amor por las sagas y la mitología nórdica. Creo que nunca una cultura humana ha cultivado hasta este punto la paradoja y las mezclas imposibles.

—Donde las contradicciones son más numerosas, la energía es también más viva, Thörun. ¡Recuerda siempre esta verdad!

—Sí, abuelo...

Como a mí, a Heydrich le gustaba trabajar de noche. A esas horas la concentración es más fácil y la mente está mejor dispuesta para las intuiciones. El día en que me pidió que le expusiera en detalle lo que había pensado para abordar y seducir a Himmler, estuvimos discutiendo hasta el alba sin sentir fatiga. Prisionero

desde hacía días en esta vivienda con los postigos cerrados, yo había llegado a un punto de excitación nerviosa extrema que favorecía mi elocuencia y multiplicaba mi poder de convicción.

—Por lo que me ha informado, los miembros de la Sociedad Thule captaron a Hitler gracias al mito del guerrero redentor, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Heydrich.

—Procederemos del mismo modo con Herr Himmler. Le sugeriremos que se identifique con un arquetipo que le halagará, y nos las compondremos para que se apropie de sus símbolos y su herencia, a la vez histórica y metafísica.

—Excelente vía de manipulación, Gäreksen. Es justo lo que esperaba de usted. Pero todo esto es sólo teoría. ¿Qué supone en la práctica?

Preparé mi efecto caminando un instante de un lado a otro de la habitación ante el impaciente *Sturmführer*; luego, me planté ante él y, con gestos teatrales, le ofrecí el fruto de mis reflexiones.

—Dado que es usted un hombre de amplia perspectiva, Heydrich, es necesario que procedamos de un modo sencillo. Nos abriremos camino hasta el espíritu de Himmler agitando ante él el fantasma del padre del primer emperador germánico: ¡Enrique de Sajonia el Pajarero!

—¿Por qué este personaje, y no otro?

—Por dos razones. En primer lugar, porque con él se interrumpe el linaje carolingio en Alemania y nace el Sacro Imperio Romano Germánico. Y luego, porque su sobrenombre no es fortuito. En las leyendas, un pajarero no es un simple aficionado a las aves. Es sobre todo un ser que conoce el lenguaje de los pájaros, metáfora que apunta al dominio de las energías invisibles del mundo. Recuerde que Odín es también un pajarero porque posee a Huginn y Muninn, Pensamiento y Memoria, dos cuervos que envía cada mañana a lo lejos para que descubran los rumores de los reinos. El Pajarero es mejor que el arquetipo del guerrero. Es la figura del chamán, del brujo en conexión directa con la naturaleza íntima de las cosas y los seres.

—¡Interesante! —aplaudí Heydrich— Realmente interesante... Pero ¿cómo piensa arreglárselas exactamente para subyugar a Himmler con estas fábulas?

—Deje que me reincorpore a mis lecciones en la universidad. Organizaré una conferencia a la que usted llevará a Himmler...

Con aire preocupado, Heydrich se levantó y echó hacia atrás sus rubios cabellos. Giró en torno a mí un instante sin decir nada, cogió su violín, que había dejado sobre el escritorio, y pinzó las cuerdas distraídamente mientras seguía reflexionando. Su indecisión, su silencio, me resultaban insoportables. Todo lo que quería era que apoyara mi idea para poder, por fin, salir de mi prisión y tener así la ocasión de escapar a todo correr hacia la frontera.

—No procederemos de este modo —dijo finalmente el SS—. No. Esto no será del agrado de Lina, que les detesta, pero invitaré a la pareja Himmler a cenar a casa. Con

algunas personas cuidadosamente elegidas. Entre ellas usted, naturalmente. ¡Entonces podrá tocar su tonada ante el rey de las ratas!

Desesperado, me derrumbé sobre el canapé con la cabeza entre las manos, no sabiendo ya qué imaginar para conseguir que se me abrieran las puertas de esta morada infernal.

—No se muestre tan abatido, Gärensen. Mi plan implica, igual que el suyo, que usted vuelva a recuperar su vida habitual. En apariencia...

Volver a la luz no se reveló tan fácil ni tan agradable como había imaginado. Dos días después de que hubiera hablado con Heydrich de la figura de Enrique el Pajarero, con la que pretendía suscitar el interés de Himmler, Thyssen y Karel me condujeron por fin a mi nueva residencia, un apartamento espacioso, muy claro y tranquilo, situado en el centro de Munich.

—Lo lamento —me dijo Thyssen—, pero aún huele un poco a pintura aquí... Los obreros se marcharon ayer mismo. ¡En fin, así al menos estará seguro de que entra en algo nuevo!

En algo nuevo y limpio, ciertamente, ¡Thyssen tenía motivos para decirlo! Incluso los muebles eran nuevos a estrenar y desprendían un irritante olor a barniz y cola fresca, de modo que durante dos o tres días tuve que vivir con las ventanas abiertas de par en par, a pesar de que noviembre ya estaba a las puertas. Heydrich lo había previsto todo para facilitarme la vida. Me habían asignado una sirvienta que se ocupaba de mi intendencia. Yo sospechaba que la mujer también estaba encargada de vigilarme, aunque nunca tuve la prueba formal de que así fuera. En cualquier caso, Karel, Bruno y Erick se revelaban para patrullar constantemente en la vecindad y prevenir toda tentativa de evasión. Aquello me enfureció, y luego, al constatar que era objeto de una estricta vigilancia, decidí adoptar el comportamiento más rutinario posible para mitigar su desconfianza. Después de haber reflexionado largamente, incluso creí prudente esperar a que hubiera pasado ese famoso encuentro con Himmler, convencido de que Heydrich volvería a llamar a sus perros en cuanto yo hubiera llevado mi misión a buen término.

Mi vuelta a la universidad se desarrolló sin problemas, ya que el rector era un hombre de naturaleza eminentemente conciliadora; una actitud reforzada por no sé qué tipo de discreta presión de parte de Heydrich. Así, de la noche a la mañana fui autorizado a reemprender mis clases como si nada hubiera ocurrido. En cambio, experimenté más dificultades para reanudar mi relación con Sacha Hornung. La víspera de mi vuelta a la universidad, me decidí a hacerle una visita en casa de sus padres. Me dispensó un recibimiento bastante frío, y sus primeras preguntas apuntaron directamente a Geli Raubal...

—Evidentemente ya debes saber que tu amiguita ha muerto, ¿no es así, Thörun? —me dijo ofreciéndome uno de sus sempiternos Abdullahs.

—Me enteré al llegar a Oslo —mentí—. ¡Es una tragedia!

—Una tragedia, sí... Murió la misma noche en que cogiste el tren.

—Nos habíamos peleado —improvisé— Justamente a causa de mi partida. No entendía que tuviera que volver a casa con tanta urgencia. Recibí un cable. Mi padre estaba enfermo y temían por su vida...

—¿Y qué harás ahora? —me preguntó Sacha con sincera aflicción.

—¿Sobre qué? —pregunté sin comprender a qué se refería.

—Bien... Decías que estabas loco por Ángela como no lo habías estado por ninguna otra mujer. Sin embargo, no parece que estés de luto... ¿No te habrás curado ya?

—Fue sólo una aventura tonta. Estoy profundamente desolado por lo que le ha ocurrido a esta chica, pero evidentemente hubiéramos terminado por romper. Nuestra relación no tenía ningún futuro...

Hornung sonrió maliciosamente, dejando escapar en mi dirección una espesa bocanada de humo azul.

—Desde luego —aprobó—. Por otra parte, ya conoces los rumores, ¿no?

Yo sabía perfectamente a qué terreno quería conducirme Sacha, y por eso juzgué más prudente callar.

—Los rumores dicen que Geli Raubal era la amante de Hitler, mi querido Thörun. ¡Resulta que, sin saberlo, vertías tu licor en el mismo vaso que el gran hombre! Divertido, ¿no?

—La verdad es que no lo encuentro precisamente divertido... Todo esto me asquea —acabé por reconocer.

Y mientras daba vueltas por la habitación de Sacha sin saber cómo poner término a esta conversación que me crispaba los nervios, vi de pronto por la puerta del armario, que había quedado entreabierta, la manga de una camisa parda.

—¡Ah, contemplas mi nueva panoplia! —exclamó Hornung al ver que tenía los ojos fijos en el colgador—. ¡Espera y verás!

Se levantó del sillón donde unas semanas antes Unity Mitford se había abierto de piernas con tanta maestría y sacó del mueble un uniforme de las SA.

—También tengo las botas. Y el quepis. ¡Y el brazal, naturalmente!

Sacha Hornung señaló con orgullo la cinta de tela roja sobre la que destacaba la cruz gamada, negra sobre un círculo blanco.

—¿Te has alistado en las SA? Pero ¿por qué? —pregunté horrorizado ante la idea de que mi amigo pudiera tener tratos con las fieras de Ernst Rohm.

—¡Para estar en primera fila cuando el poder cambie de manos, evidentemente! Y también porque estoy seguro que debemos desembarazarnos, de una vez por todas, de estos judíos que tanto daño hacen a este país desde hace demasiado tiempo.

¡Los judíos en Europa! Era una larga historia de la que yo sólo conocía algunos fragmentos dispersos, procedentes de mis lecturas clásicas. Todo había empezado un siglo y medio antes de nuestra era. La caída de Cartago dejaba un solo enemigo de

envergadura frente a los romanos: el Imperio oriental de los seléucidas, que mantenían aherrojados a los pueblos de Palestina. Roma había apoyado entonces diversas revueltas locales para fragmentar el poder de sus rivales. En Judea y en Samaria, los hebreos se levantaron y recuperaron su independencia, pero sin poder decidir si su nuevo reino sería una monarquía o una teocracia. Para resolver la crisis, Alejandro Janeo asumió entonces las dos funciones de rey y gran sacerdote. Al hacerlo, levantó contra él a todos los religiosos, que veían esta fusión de los dos papeles como una usurpación y un sacrilegio. Janeo, que emprendió, por otra parte, una política de expansión extremadamente violenta, se convirtió en un tirano sanguinario y hundió al país en la guerra civil.

A su muerte se formaron dos partidos en torno a sus hijos, Hircán y Aristóbulo, que guerrearon hasta que una facción neutral reclamó la ayuda de los romanos para imponer de nuevo el orden. ¡Aquello fue como permitir al lobo que entrara en el redil! Durante un poco más de un siglo, el ejército romano permaneció estacionado en Palestina hasta que estalló la rebelión de los zelotes, sesenta y seis años después aproximadamente del nacimiento de Cristo. Si Tito había mandado sólo tres legiones para acabar con el agonizante Imperio seléucida, ahora necesitó seis para tomar Jerusalén. Después de haber arrasado la ciudad, y cuando los romanos se preguntaban sobre la suerte que debían reservar al Templo, lugar sagrado entre todos para los judíos, los galos de la 10ª legión se lanzaron contra el edificio y lo derribaron, piedra a piedra, antes de —sacrilegio supremo— plantar sobre las ruinas su estandarte con el signo del jabalí, ¡el símbolo por excelencia de la impureza más diabólica para los hebreos! Condenados a abandonar su patria, los judíos supervivientes se dispersaron por toda la cuenca mediterránea, remontando luego hasta Europa central y las orillas del mar del Norte, donde sobrevivieron durante siglos al margen de las sociedades de Occidente.

—¡No al margen, te equivocas, Thörun! —se indignó Hornung, mientras evocábamos esta extensa historia—. ¡Los judíos jamás permanecieron al margen! Al contrario, se infiltraron en lo más profundo de nuestras instituciones, excavando lentamente desde siempre su camino, como topos, con el objetivo de cambiar las mentalidades de nuestros pueblos, de explotarnos y de hacernos pagar por centuplicado la humillación de su derrota. Ahora los judíos están por todas partes. En los bancos, en las industrias, en el teatro y el cine... ¡Nos dicen cómo reír, cómo pensar, cómo trabajar! ¡Nos envilecen, y nosotros les dejamos hacer! Los ingleses llegan incluso al extremo de ennoblecerlos: lord Rothschild, lord Disraeli Beaconsfield, lord Marcus Samuel... ¡Qué caricatura! ¡Qué vergüenza!

Personalmente yo nunca había sentido nada especial contra los judíos. Conocía algunos detalles de su historia, poseía algunas nociones sobre su religión... Eso era todo. Su suerte nunca me había interesado particularmente. Creo, por otra parte, que en esa época no conocía a ninguno. Me esforcé en atemperar los ardores de Sacha.

—¿No crees que si los judíos conspiraran para arruinar el mundo blanco desde

hace dos mil años, darían prueba de una sorprendente incompetencia? ¡Me parece que seguimos aquí!

Mi ocurrencia no divirtió en absoluto a Hornung, que aplastó con irritación su cigarrillo en un gran cenicero de ónice.

—¡No bromees con esto! El programa del NSDAP es muy claro: desembarazaremos a Alemania de sus judíos. Existen medios simples para hacerlo.

—¿Como cuáles? ¿Es que vais a matarles? —le provoqué.

—¡No seas estúpido, Thörun! No se trata de eso. Pero podemos hacerles volver a Palestina... Hay que trabajar en esta solución diplomática.

—¿Y crees que los ingleses aprobarán este plan?

—¡Cuando les hayamos vencido, no les dejaremos elección!

Esta conversación constituyó la materia del primer informe que dirigí a Reinhard Heydrich en el marco de mis actividades clandestinas en el SD. Durante una o dos horas, inclinado sobre el escritorio de roble de mi nuevo apartamento, redacté a máquina una nota que resumía las posiciones defendidas por el SA Hornung.

—¿Considera que este hombre es interesante para nosotros? —me preguntó el *Sturmführer* después de haber estudiado mi memoria.

—Hornung es un intelectual. Es un hombre cultivado. Conoce bien a Haushofer y a Hess. Sí, es interesante vigilarlo...

—¿Cree que pertenece a Thule?

—No, no lo creo. Sacha es un puro mental. No un místico. Su compromiso con las SA no me parece compatible con la pertenencia a un grupo como la Sociedad Thule. Y además, la naturaleza histérica de sus opiniones sobre los judíos revela, en mi opinión, a una personalidad exaltada que Haushofer, sin duda, no querría contar entre sus iniciados.

—¿Opiniones histéricas sobre los judíos, dice? Por lo que me ha informado, yo calificaría, bien al contrario, las declaraciones de Hornung de absolutamente pertinentes. Resulta que las comparto. ¡Es una lástima que este hombre se haya unido a las SA!

Heydrich había proferido esta frase en un tono duro, y de pronto sentí que se me encogía el corazón. No porque fuera sensible a ese reproche; eso no importaba. Lo que me había afectado era algo distinto, algo que, al revelármelo, me trastornó hasta tal punto que tuve que sentarme precipitadamente.

—¿Le sucede algo, Gärensen? Se ha puesto muy pálido.

Debía de estar pálido, sí, porque acababa de golpear mi conciencia la súbita, fulgurante revelación de que unos celos sordos me atenazaban. ¡Unos celos que habían aparecido en el mismo instante en que había creído percibir en Heydrich un indicio de interés hacia Hornung! Por una fracción de segundo, había temido con todo mi ser que el oficial de las SS me pidiera que estableciera contacto con Sacha

para hacerle entrar a él también en el SD. Y es que yo —en ese instante acaba de descubrirlo— no soportaba la idea de compartir la posición que me había sido asignada junto al *Sturmführer*. Lacerante, profunda, irreductible a toda lógica, una voz ascendía sordamente en mí. Era una llamada, o mejor dicho, una tentación: la de someterme deliberada y totalmente a las exigencias de Heydrich. Pero ¿por qué exactamente? ¿Para satisfacer unas sórdidas ansias de poder? Sin duda, no. Soy, por naturaleza, insensible a las vanidades mezquinas de las pequeñas ambiciones sociales ordinarias... Entonces, ¿por qué? Aunque presentía la respuesta, aún no me atrevía a formularla, hasta tal punto me desagradaba... En la persona de Heydrich, yo acababa de encontrar una especie de doble maléfico, un reflejo negro de mí mismo que mi destino me impelía a seguir, porque en él, y sólo en él, residía el misterio de mi propia existencia.

¿Comprendió Heydrich el sentido de mi turbación? Tal vez, porque le vi sonreír con el mismo rictus que había mostrado cuando, atado en la silla, quebrantado por el frío, el hambre y la tortura, yo había simulado que me sometía a su voluntad. Abatido, aquella noche bebí mucho. Con el alcohol trataba de borrar la atroz complacencia con el juego de mi verdugo que había visto eclosionar en mi alma.

Al alba, después de haber pasado unas horas angustiosas agitándome en mi cama, me arrastré a la cocina para despertarme con un café negro y bien caliente. Al pasar ante la biblioteca, mi mano cogió un libro al azar. Era la *Edda* poética, los mitos sagrados de los antiguos germanos. La obra se abrió espontáneamente por la *Thrymskvida*, una especie de cantar de gesta que narra la historia del día funesto en que Thor, al despertar, se da cuenta de que su arma, un martillo de guerra encantado por las runas mágicas, le ha sido robado. El ladrón es un gigante llamado Thrym, que promete devolverle el objeto si a cambio le entregan a la rubia Freya. Heimdal, un dios amigo de Thor, tiene la idea de disfrazarle con las ropas de la diosa para engañar a Thrym. Después de un peligroso viaje, Thor se acerca al ladrón, lo mata con sus propias manos y recupera su arma sagrada... Yo había leído esta leyenda decenas de veces, y me gustaba comentarla para mis estudiantes. ¡Nunca, entonces, hubiera podido imaginar que un día se adaptaría tan bien a mi situación! Yo era ahora el dios Thor, el guardián de Asgard, la ciudad de los dioses, y al mismo tiempo protector de los humildes, campesinos y artesanos sin defensa ante las fuerzas malignas. Una entidad maléfica, un *thyrso* —¡Heydrich!—, se había apoderado de mi conciencia, el martillo con el que yo forjaba antes libremente mi vida, y no me quedaba otra solución que practicar el engaño para recuperar lo que me pertenecía de pleno derecho. ¡Sí, tenía que caminar junto a mi enemigo! ¡Tenía que entrar plenamente en su juego para adormecerle y engañarle! ¡Para lanzar mi estocada en el momento oportuno y deshacerme del dominio de esta serpiente! Y hasta que no hubiera actuado de este modo, yo no sería más que lo que las sagas de mi país llaman un *örlöglausa*: ¡un alma errante, privada de destino!

La pareja formada por Lina y Reinhard Heydrich residía en una muy agradable vivienda situada en un barrio residencial de Munich. La esposa del *Sturmführer*, nacida Von Osten, era una joven de notable belleza. Alta, de formas opulentas, rubia y con unos ojos de un magnífico azul glaciario, desprendía una sensualidad animal que me magnetizó desde la primera mirada.

—Sea bienvenido, señor Gärensen —dijo al recibirme con su esposo en el umbral—. Reinhard no ahorra alabanzas sobre usted.

Respondí al cumplido con una banalidad cortés, prefiriendo concentrar mi atención en las voluptuosas formas de Lina Matilde von Osten. La señora de la casa llevaba un audaz traje-pantalón de color crema que moldeaba a la perfección sus hermosas nalgas, y no parecía tener ningún inconveniente en que la observaran.

—¡Estoy tan contenta de poder recibir a tantos amigos de mi marido! ¡También vendrán los Himmler, ¿sabe?! —me dijo cogiéndome del brazo, con una sonrisa hipócrita que desveló unos soberbios dientes blancos.

Heydrich ya me lo había confiado. Su esposa detestaba a los Himmler, a los que despreciaba por su falta de clase. Hija de aristócratas, Lina había plantado cara a su padre al decidir que no rompería su compromiso con Heydrich el día en que se dio a conocer la noticia de que había dejado embarazada a la hija de uno de los directores de las industrias IG Farben. Sobreponiéndose al escándalo mundano, había hecho frente con el mismo aplomo al despido de su marido de la marina de guerra por «indignidad» a consecuencia de este asunto. Contra viento y marea, llevó a buen término el proyecto de boda, antes de persuadir a su nuevo esposo de que entrara en las SS. Gracias a la red de relaciones que poseía, su marido fue presentado al responsable directo de la *Schutzstaffel*, a Herr Himmler en persona. Sin Lina, seguramente en esa época Heydrich no hubiera sido más que un miserable parado más. Con ella a su lado, en cambio, las ambiciones desmesuradas del joven arribista tendrían en adelante todas las posibilidades de hacerse realidad en el mundo extraño que nacía entonces.

—Creo que vamos a tener un problema, Gärensen —me dijo Heydrich tras arrancarme de la compañía de su mujer y llevarme aparte a un saloncito.

—¿Cuál?

—Contrariamente a lo que esperaba, Himmler no viene solo. Le acompañan dos hombres. Un tal Karl María Willigut y Frederik Hielscher. ¿Conoce usted a estas personas?

—A Hielscher, no. Pero a Willigut... creo que ya he oído citar este nombre. Es un loco, me parece, un auténtico iluminado. Durante mucho tiempo se esforzó en hacer publicar sus folletos de pretendida filología por institutos y facultades serios. Sus teorías son un amasijo de absurdidades. ¡Evidentemente no funcionó!

—Pues esta noche nos concederá el honor de su presencia. ¡Cuando le dije a Himmler que había encontrado a un profesor noruego especialista en mitos germano-escandinavos, saltó de alegría y me respondió que se trataba de un conjunto de

circunstancias extraordinarias, ya que él mismo había sido presentado recientemente a un eminente runólogo!

—No se preocupe, Heydrich —dije palmeándole casi amistosamente la espalda—. ¡Usted ocúpese de Hielscher, que yo me encargaré de domar al loco!

Volvimos a la vasta *Herrenzimmer*, la habitación que servía a la vez de fumadero, biblioteca y salón de conversación. Lina nos esperaba sentada, con las piernas cruzadas, sobre el reposabrazos de un sillón, con un largo cigarrillo en los labios. Su perfume, su pose desenvuelta y lo que podía adivinar de las formas generosas que tensaban su corsé, causaron en mí un efecto inmediato. Yo no había tocado a una mujer desde la terrible noche de la Prinzregentenplatz y empezaba a echarlo terriblemente de menos. La presencia de esta hermosa mujer tan cerca de mí me ponía nervioso, casi me hacía sentir incómodo.

Me ofrecieron una copa de champán con la que me balanceé estúpidamente de un pie al otro, mientras miraba en mi reloj cómo se acercaba la hora convenida para la llegada de la pareja Himmler. Los Heydrich también ardían de impaciencia. Yo no sabía si Lina era consciente de que su marido intentaba jugar sus propias cartas en el seno de las SS, pero aquellos dos parecían tan cómplices que me hubiera sorprendido que no fuera así. Finalmente, la campanilla de entrada resonó y los Himmler aparecieron. Hasta aquel instante yo sólo había visto, en uno de los *Völkischer Beobachter* que hojeaba en casa de Sacha, un retrato de poca calidad del personaje que pronto iba a convertirse en el hombre más detestado de Alemania, el futuro jefe de la Orden negra y de la policía política, la Gestapo. En ese momento, sin embargo, con su traje civil a cuadros, no era sino un hombrecillo de cabello ralo, con el vientre redondo y una papada pronunciada, una silueta absolutamente desprovista de encanto y de prestancia que parecía una víctima ideal para recibir las pedradas de los chiquillos en la calle. A su lado, rígida como un bloque de mármol, vi a una valquiria de aire arisco y cabellos de un rubio apagado, que de entrada me hizo pensar que era, no su esposa, sino su madre.

—¡Frau Himmler, Herr Himmler, es un gran placer recibirles!

—Creo que nos hemos perdido un poco por estas calles —dijo Himmler con aire contrito—. Curiosamente nunca había venido a este barrio... ¡Espero que no nos hayamos hecho esperar demasiado, mi querido Heydrich!

El *Sturmführer*, de ordinario dominante, parecía fundirse y dulcificarse en presencia de su jefe.

—¡Al contrario, ha llegado usted a la hora justa! Pero permítame que le presente al profesor Gärensen, que actualmente es tutor de curso en la Universidad de Munich y encanta, con su sabiduría, a sus estudiantes...

—¿Señor Gärensen? Es un placer conocerle. Los hombres que aportan su grano de arena a la causa de la germanidad son preciosos para nosotros, los miembros del NSDAP.

Esperaba que el apretón de manos del personaje fuera blando y húmedo, pero lo

encontré, al contrario, firme y franco.

—¡Esta cena en su casa, mis queridos amigos Heydrich, promete ser absolutamente apasionante! —se entusiasmó Himmler—. ¡He traído conmigo a estas personas, tan eruditas como el profesor Gärensen!

Silenciosos detrás de la pareja Himmler, dos hombres esperaban a ser presentados. El primero era Karl María Willigut, un caballero corpulento, que debía de sobrepasar los sesenta años, tocado con un sombrero y vestido con un traje de tres piezas de buena factura. Siguiendo la moda de antes de la guerra, unas polainas blancas cubrían sus zapatos encerados. El otro, Frederick Hielscher, más joven, tenía un físico banal de funcionario. Su rostro flaco, casi demacrado, quedaba empequeñecido por unas enormes gafas de concha de vidrios gruesos.

—Bien, tras las presentaciones de rigor, creo que podemos pasar al salón para tomar el aperitivo —sugirió Lina.

—Comparto enteramente su opinión, profesor Gärensen: un día el espíritu nórdico despertará tras su largo sueño con todo el frescor de la mañana. ¡Entonces matará a los dragones, aniquilará a los pérfidos enanos y despertará a Brunilda! Es la tarea históricamente asignada a nuestra generación. A menudo se lo he dicho a Hitler, ¿no es verdad, Willigut?

—Exacto, *Herr* Himmler. Lo que ahora necesita Europa es una ruptura total con el mundo mediterráneo. Así como rechazamos las escorias semitas, debemos renegar también de la cultura greco-latina. ¡Ni Jerusalén, ni Atenas, ni Roma! Es la única vía para que renazca el sueño de la Hiperbórea.

Heydrich no había tenido que forzar mucho tiempo la conversación para que las pasiones se inflamaran. Como había presentido, Himmler estaba literalmente fascinado por el misticismo, el esoterismo, lo legendario. ¡Al oírnos hablar, a Willigut, a Hielscher y a mí, este hombre de apariencia austera y neutra se erguía, se dilataba incluso, como si su mente, inundada de pronto por visiones grandiosas, le hiciera ocupar más espacio en la habitación!

Estratégicamente, la distribución de la mesa me había colocado frente a él. Nada se interponía entre nuestras miradas. Al ver cómo se animaba al recitar yo algún pasaje exaltante de una saga al inicio de la comida, comprendí rápidamente que Heydrich había dado en el clavo. Si la coraza de este hombre presentaba algún defecto, éste era el de su excesiva sensibilidad al imaginario de la tormenta, las tempestades y las pasiones salvajes. Muy pronto tuve la certeza de que introducir sutilmente la referencia a Enrique el Pajarero sería en efecto una excelente manera de ponerme a bien con este hombre que sólo pedía ser confirmado en sus sueños. Durante mucho rato esperé a que se perfilara una ocasión propicia, pero la conversación giraba invariablemente en torno a las runas, una materia en la que Willigut afirmaba ser un gran especialista.

—¿Sabe que a cada runa le corresponde un símbolo? Es curioso que el grupo del que es usted responsable, *Herr Himmler*, su *Schutzstaffel*, se caracterice por la doble presencia de la letra S, y haga referencia, por tanto, a la runa Sowilo, que es la letra consagrada al sol.

—¡El sol! —repitió extáticamente Himmler.

—*Herr Willigut* tiene razón, pero este simbolismo va mucho más allá de esta primera referencia, *Herr Himmler* —añadí yo mientras el viejo Karl Maria me fulminaba con la mirada—. La runa Sowilo repetida es, evidentemente, un sol redoblado. Y si el primero es, naturalmente, el astro diurno, la imagen del guía de la plena conciencia, el segundo es el gran sol negro, el sol nocturno, que se puede asimilar a las estrellas de la constelación de las Pléyades, bien conocidas por los navegantes. Ellas son un faro también, pero el faro del inconsciente, el faro de los hombres que emprenden un viaje en su propia noche para encontrar allí el secreto de la comunión con los dioses. ¡La doble S de los *Schutzstaffel* es el emblema de este periplo, de esta búsqueda de la luz en la sombra y de la sombra en la luz que sólo puede realizar una élite!

¡Arrastrado por mi impulso lírico, yo mismo fui el primer sorprendido por la súbita elocuencia de mi discurso! Seguro de mí mismo y con la pretensión de adquirir un ascendiente definitivo sobre el viejo Willigut, seguí hablando, sosteniendo la mirada de Himmler como si me dirigiera sólo a él. Sin haberlo premeditado, sentía que acababa de empezar a interpretar mi gran canción...

—Esta runa Sowilo es la decimosexta del alfabeto rúnico. La que la precede es Elhaz, que representa al ángel femenino, protector del guerrero.

—La Valkiria —precisó Hielscher, que tomaba la palabra por primera vez.

—¡Exactamente! —aprobé— La aparición de la Valkiria precede a la entrada del guerrero en la vía solar de su propia metamorfosis. Metamorfosis que le conduce hacia la decimoséptima runa, Tiwaz, que designa al Irminsul o el Fresno-Mundo en el que se colgó el dios Odín para obtener el conocimiento de los secretos... Como puede constatar, *Herr Himmler*, todo es coherente en el sistema rúnico. ¡Todo remite al significado y el simbolismo más profundo! Denominar a su compañía los *Schutzstaffel* es ya consagrar, sin saberlo, a los hombres que pertenecerán a ella a una aventura única. ¡Una aventura espiritual!

—¡Fascinante! ¡Realmente fascinante! —exclamó Himmler, golpeando la mesa con la palma de la mano sin preocuparse por el vino que desbordaba del vaso—. ¿Qué piensa usted de este sorprendente joven profesor, Willigut?

A desgana, Karl Maria gruñó algo parecido a un cumplido.

—Hemos comprendido que tiene el simbolismo en alta estima, señor Gäreisen —intervino entonces Hielscher— ¿Pero todo esto es, para usted, sólo un juego de la mente, o bien otorga fe al contenido mágico de los signos y los augurios?

La pregunta era peligrosa, lo sentía. Tal vez era el punto focal en torno al cual giraba todo, el elemento crucial que decidiría el resultado de la velada. Vi cómo

Heydrich y Lina se ponían rígidos. Comprendían que habíamos llegado a la línea de separación de las aguas e, igual que yo, no sabían qué responder para seducir a Himmler. Cogiendo mi vaso, me concedí un tiempo de reflexión. Todos guardaban silencio esperando mi respuesta. Heinrich Himmler se ajustó sus gafas redondas sobre la nariz y, con una inclinación seca del mentón, me animó a hablar.

—Señor Hielscher, yo soy un universitario, y por tanto, un científico... —empecé mientras Willigut reaccionaba a estas palabras con una sonrisa complaciente—. Y precisamente en cuanto tal, me niego a creer que el mundo en torno a nosotros esté muerto y se resuma en la suma de sus partes físicas. ¿Me pregunta si creo en la realidad de la magia? Pues bien, yo le respondo: ¡sí! Sin dudarlo. ¡Y las runas se cuentan entre los signos privilegiados de las potencias ocultas!

Fue como si una nube negra desapareciera de pronto del cielo sin que la tormenta hubiera llegado a descargar. Himmler me obsequió con una sonrisa de satisfacción, Hielscher me aprobó inclinando gravemente la cabeza y los Heydrich, aliviados, se permitieron volver a respirar con normalidad. Willigut, por su parte, se enfurruñó. Completamente al margen de la conversación, con la nariz hundida en su plato, *Frau Himmler* permanecía imperturbable.

—Qué lástima que no sea alemán, señor Gärensen. Estoy seguro de que un hombre como usted hubiera podido encontrar fácilmente su lugar en nuestro partido —señaló Hielscher.

—¡Cierto! Pero dado que soy yo, y sólo yo, quien dicta las normas de admisión en las SS —se excitó de pronto Himmler—, tal vez podamos hacer una excepción con usted, señor Gärensen. Usted es un amigo de Heydrich. Debe compartir, pues, lo esencial de nuestras ideas... Su concurso nos sería precioso... ¿no es cierto, Willigut?

—¡Muy precioso, en efecto! —se vio forzado a admitir el viejo.

Nos acercábamos al objetivo. Sentí que había llegado el momento de lanzar el golpe definitivo.

—Soy un gran admirador de Alemania, *Herr Himmler*, y me siento feliz de que hoy reencuentre, con usted, la energía para mostrar su verdadero rostro, el que nunca hubiera debido dejar de tener desde el reinado de Enrique el Pajarero... ¡Un guerrero impregnado de saber mágico como no hubo otro!

—¿Enrique el Pajarero, dice? Ah sí... ¡Fascinante! Tendrá que hablarme con más calma de esto en el curso de una próxima cena. Pero ¿estamos hablando en serio, *Herr Gärensen*? ¿Realmente acepta usted unirse a nuestras filas?

Sin mirarme, Heydrich apretó con tanta fuerza los puños sobre los cubiertos que los nudillos se le pusieron blancos. Lina, por su parte, sonreía con todos sus dientes de loba.

—Contarme entre los suyos lo consideraré un honor para mí, *Herr Himmler*. ¡Acepto su proposición!

SEGUNDA TUMBA DE LAS QUIMERAS

LOS OJOS INOCENTES

Jerusalén, 15 de julio de 1946, en la hora del *Dhor*, oración musulmana de la mitad del día.

Suspendido de sus cadenas, con el cuerpo cubierto de ampollas, el coronel David Tewp no percibía nada de la plegaria modulada por el muecín. El sótano donde le tenían prisionero estaba a demasiada profundidad para que los ruidos de la calle, los ruidos de la vida, llegaran hasta él. Desnudo frente a Saporta y Dov Chevat, que le torturaban desde hacía horas, había permanecido en silencio a pesar del dolor y de las espantosas quemaduras que le provocaban las inyecciones de ácido bajo la piel. Se había desmayado muchas veces, pero en cada ocasión le habían reanimado con vapores de amoníaco. Tewp había comprendido hacía tiempo que los dos hombres no mostrarían ninguna piedad: seguirían atormentándole hasta que muriera, y se había resignado a su destino. También por esto se obstinaba en callar, prefiriendo excitar la rabia de sus verdugos. Morir se le había hecho indiferente; tal vez él mismo habría puesto fin a sus días desde hacía tiempo si no se hubiera dado a sí mismo una elevada misión, una misión que colocaba por encima de todo. Por encima de su propio deseo de muerte.

—*Gornisht! Gornisht! Gornisht!* ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Este *goy* no nos dirá nada! —explotó Saporta tirando con rabia su cigarrillo al suelo, mientras Chevat, tranquila y metódicamente, rellenaba la jeringa.

Cuando el hombre ya se dirigía otra vez hacia Tewp preguntándose dónde iba a clavar ahora su aguja, su patrón le sujetó del brazo y lo arrastró a un lado para susurrarle unas palabras al oído.

Chevat pareció primero sorprendido, y luego, dirigiendo la mirada al cuerpo jadeante del inglés, con un siniestro brillo de placer asomando en el fondo de sus ojos, lanzó una risotada.

—¡Vamos, vete ya, *yingatsh*, chico malo! —dijo Saporta—. Deja que el señor oficial y yo charlemos un poco tranquilamente.

Chevat dejó su material sobre el mostrador que le servía de banco de herramientas, se arregló la ropa, se apretó el nudo de la corbata y abandonó la sala del café ad-Dihwân con las manos en los bolsillos, silbando un vals. Saporta esperó a que hubiera salido, se sirvió un vaso de scotch, y luego buscó una jeringa limpia en el material de Dov.

—Yo también le daré una inyección, Tewp. Pero ésta le hará bien... ¿Reconoce esto, verdad?

Zino se sacó del bolsillo un frasco de morfina.

—Esto le aliviará. Tenemos que hablar un poco, usted y yo, antes de que Dov vuelva —murmuró mientras inyectaba el analgésico en las venas del torturado.

—Hezner... No es lo que usted piensa, Saporta. No busco a este hombre para encontrar un hipotético tesoro. Es otra cosa... ¡Algo que usted no puede comprender!

—No le creo, Tewp. Estoy seguro de tener razón. Tan seguro como de que se hundirá cuando Dov le traiga mi pequeña sorpresa... Pero dejemos esto por el momento. Me alegra mucho que haya venido aquí por sí mismo, coronel. Estaba muy preocupado por usted, ¿sabe?

—¡Usted quiso matarme en las canteras de Salomón! —balbuceó Tewp, cuya conciencia, progresivamente liberada del sufrimiento gracias al antálgico, empezaba a funcionar de nuevo a pleno rendimiento.

—¡No, no! ¡Está usted equivocado! Las cosas se torcieron, es cierto, pero nada de esto estaba previsto. Pedí a Nathan Katz que le atrajera, solo, a un lugar donde pudiera capturarlo sin demasiado escándalo. Pero ese idiota lo estropeó todo. Al querer hacerlo demasiado bien, mezcló en esta historia a sus amigos del Irgun, que no pudieron resistirse a la idea de liquidar a un oficial del MI6. No comprendieron que yo estaba dispuesto a que también ellos se aprovecharan del tesoro nazi en cuanto le pusiera la mano encima. Hretz Israel lo necesita. Tiene derecho a él más que ninguna otra nación. ¡Pero se excedieron, y no sabe cómo lo lamento! Yo le necesito vivo. ¿Y bien? ¿Se decide a hablar de una vez? Explíqueme lo que sabe de Hezner y de su relación con el oro de los boches.

Tewp no se tomó el trabajo de responder. Cerró los ojos para aprovechar la pausa que se le concedía hasta la vuelta de Chevat. Ante el mutismo del inglés, Saporta no insistió. Confiaba ciegamente en la estratagema que había concebido, así que se sentó y fumó en silencio. Pronto se oyeron unos pasos rápidos en la escalera, y la gruesa cortina negra se abrió para dar paso a Dov. El esbirro llevaba a una muchacha, con los cabellos trenzados y muy maquillada, cogida del brazo. Era Bristen, la prostituta.

—¡No tengas miedo! Acércate, *krassavitseh*, ven conmigo, hermosa... —dijo suavemente Saporta a la chica, que había palidecido al descubrir a Tewp encadenado, desnudo, con el cuerpo veteado de purulencias y coágulos de sangre.

Un violento empujón de Chevat precipitó a la temblorosa y cabizbaja Bristen contra el torso rollizo de Saporta.

—¿Recuerdas al coronel Tewp, preciosa? Ya sabes, el *brit* que no quería acostarse contigo...

Aterrorizada, sin comprender lo que querían de ella, la muchacha asintió con una tímida y patética inclinación de cabeza.

—¿Nunca te has preguntado qué aspecto podía tener su nariz de carnaval, pequeña? Estoy seguro de que te divertiría verlo. ¡Dov! Retira la máscara a nuestro invitado, ¿quieres?

Chevat abrió su cuchillo y, con un golpe seco, cortó la ligadura que mantenía la prótesis de Tewp en su sitio. El cono de cuero chocó contra el suelo con un ruido hueco. A la vista del rostro deformado del inglés, Bristen apartó los ojos, pero Saporta sostuvo con frialdad la mirada de odio que Tewp le lanzaba mientras Dov

estallaba en una risa burlona.

—Nunca has tenido un cliente tan feo, ¿verdad, preciosa? —dijo Zino, sujetando con su mano rechoncha el mentón empolvado de la chica y obligándola a mirar al coronel.

—¿Y tú, oficial? ¿Qué piensas de esta *kurveh*, de esta putita? Es guapa, ¿no? ¡Estoy seguro de que la encuentras de tu gusto! Cabellos sedosos, piel suave y perfumada, nalgas aterciopeladas, un precioso pequeño albaricoque...

La chica, estrujada y palpada fogosamente por Saporta, empezó a gemir y a debatirse para deshacerse de aquel abrazo que le cortaba la respiración. Y entonces, mientras el mafioso le llevaba los brazos a la espalda, Dov se acercó, se sacó un cordoncito del bolsillo y rápidamente le ató las muñecas. Sorprendida, aterrorizada, Bristen gritó y trató de huir, pero Dov la abofeteó con tal violencia que cayó a los pies de un Saporta regocijado ante el espectáculo de la muchacha humillada.

—Tú, coronel, resistes el dolor y te burlas de que te deformen la cara, porque ya hace tiempo que está destrozada. De hecho, no tienes nada que perder porque ya no tienes nada. Pero ¿y ella? ¡Piensa un poco en lo que Dov podría hacer con esta preciosa zorrita si no te decides a hablar! ¿Te imaginas a esta belleza de *Las mil y una noches* transformada por tu culpa en un monstruo de feria? ¡Piensa bien en esto mientras la preparan!

Los ojos de Bristen se abrieron desmesuradamente cuando comprendió con qué la amenazaba Saporta. La muchacha aulló, se desgañitó implorando piedad a Zino, pero todo fue inútil. Dov la levantó del suelo, le rasgó brutalmente la ropa con la hoja de su cuchillo, y luego la hizo sentar, desnuda, en una silla, donde acabó de atarla. Bristen, llorando y temblando como una azogada, dejó caer un espeso hilo de saliva que se aplastó sobre las redondeces de su pecho. Saporta cogió la flema con la punta de los dedos y se divirtió embadurnando los pesados senos de la chica, cuyo cuerpo se tensó bajo la inmunda caricia.

—Lo ves, inglés —dijo Zino—, estoy dispuesto a sacrificar una de las más hermosas joyas de mi cabaña. Si eres insensible a la suerte de ésta, traeré a otras... Más jóvenes aún... Niñas, incluso... ¡Pero te haré hablar! ¡Juro que te haré hablar!

Dov Chevat se alejó del mostrador donde acababa de preparar una nueva jeringa. Su pie tropezó por descuido con la nariz artificial de Tewp. Obedeciendo a una inspiración súbita, el verdugo dejó caer unas gotas de ácido sobre la prótesis, que enseguida entró en efervescencia, se fundió chisporroteando y desapareció en unos segundos en medio de un velo de humo acre. Bristen aulló con más fuerza aún mientras Dov se acercaba a ella, mirando fijamente, sobre su pecho tenso, el lugar que había elegido para empezar la tortura. Y entonces, las bombillas que iluminaban débilmente la habitación empezaron a crepitar, a parpadear, y luego se apagaron de golpe, sumergiendo la sala en una oscuridad sólo perforada por dos cabos de vela que habían olvidado apagar sobre las mesas. Instintivamente, Dov Chevat plantó la aguja de la jeringa en la blandura del brazo de un sillón y se llevó la mano a la axila para

coger su revólver Smith amp; Wesson 38, que siempre llevaba encima.

Sin embargo, no fue tan rápido como la bala que el capitán O'Reilly disparó en su dirección. Alcanzado en el pulmón izquierdo, a unos centímetros del corazón, el truhán se derrumbó de espaldas sin comprender por qué de pronto el mundo basculaba bajo sus pies. Aquel vértigo le recordó las sensaciones que experimentaba en las barquillas de las norias de su infancia, en Praga, cuando afanaba calderilla de cobre del portamonedas de su madre para escaparse a la feria en lugar de ir a la escuela... Una mancha cálida se extendió sobre su pecho, se deslizó sobre su vientre e inundó sus flancos, mientras advertía que su mano se negaba a apretar la culata del arma. Fuera de combate, vio surgir a su lado una silueta corpulenta que no conocía. Era un hombre vestido con un uniforme británico, de mirada feroz, con los rasgos contraídos... El soldado se inclinó hacia él, apartó el 38 de sus dedos flácidos y no se privó del placer de escupirle a la cara antes de salir de su campo de visión.

Con el selector de su Sten colocado en posición de tiro disparo a disparo, O'Reilly se agachó junto a un pilar y lanzó una mirada prudente hacia el bar, donde sabía que se encontraba apostado un hombre, estirando sus vértebras cervicales tanto como pudo. Su frente y sus ojos aparecieron detrás de la columna. Tuvo el tiempo justo de echarse hacia atrás al ver a una sombra negra que se levantaba detrás del mostrador y soltaba en su dirección una descarga de perdigones que resonó con un ruido infernal en la sala abovedada. El barman, situado a unos treinta pies de la posición donde el capitán se encontraba parapetado, estaba a una distancia de tiro óptima para su arma, un fusil de caza ideal para el combate a corta distancia, con unos plomos pequeños pero numerosos que se proyectaban en forma de embudo y poseían un poder destructor inigualable. Resistiéndose a hacer lo que sabía, sin embargo, que debía hacer, el oficial de los fusileros irlandeses se palpó la camisa y sacó un huevo de acero del bolsillo del pecho. Después de quitarle el pasador, lanzó la granada, con un gesto grácil y preciso, al otro lado del mostrador y se tapó los oídos. La explosión convirtió el cuerpo del rufián en un amasijo de carne ensangrentada. O'Reilly esperó a que se depositara la enorme nube de polvo y cascotes que había levantado la detonación, se levantó a medias y buscó un interruptor. Sabía perfectamente que un tercer hombre, Zino Saporta, se encontraba aún en la sala principal del ad-Dihwân, pero había clasificado al hombre gordo en el último lugar entre los peligros inmediatos. El oficial inglés palpó a tientas hasta que encontró un pulsador eléctrico y lo apretó. Las cinco o seis bombillas que no se habían roto con la deflagración se encendieron de nuevo. Aunque el corazón le pedía que se ocupara inmediatamente de Tewp, cuyo estado parecía bastante lamentable, su razón le ordenaba que continuara buscando a Saporta. Lentamente, con prudencia pero de forma metódica, el capitán registró la habitación sin encontrar rastro de Zino. ¡El hampón, más ágil que un mono y más silencioso que un reptil, se las había arreglado para esfumarse después del primer disparo!

Liberado de sus cadenas, David Tewp se agachó para recoger entre los escombros del café un pedazo de tejido negro arrancado de una cortina. Anudándose el retal en torno al rostro para ocultar su deformidad, volvió hacia el capitán O'Reilly, que se enjuagaba la boca con generosas raciones de un excelente *bourbon* de treinta años.

—¡Esos cerdos saben apreciar lo bueno! —señaló sobriamente el irlandés antes de soltar un sonoro eructo en dirección a Dov Chevat, que gemía débilmente— ¿Y bien, coronel? ¿Qué hacemos ahora que le he salvado la vida? Lo más razonable sería llevarle *ipso facto* a un doctor, ¿no le parece?

Aún bajo el efecto calmante de la morfina que Saporta le había administrado una hora antes, el oficial del MI6 apenas sentía dolor. Con el cuerpo devastado por el ácido, parecía gozar, sin embargo, de todas sus facultades.

—¡Se hace el gallito porque ese saco de grasa le ha dormido con su droga, pero ya verá lo que es bueno cuando se disipe el efecto! ¡Realmente, coronel, deberíamos largarnos de aquí! Además, los esbirros de Saporta pueden volver en cualquier momento.

—Tiene razón, capitán —asintió Tewp con voz inexpresiva—. Nos iremos. Pero antes desate a esta joven, por favor...

Mientras Tewp encontraba su uniforme y se vestía tan rápido como podía, O'Reilly cortó las ataduras de Bristen.

—Venga, esfúmate, preciosa —ordenó el irlandés, sin poder evitar lanzar una ojeada a los encantos que la muchacha dejaba a la vista—. Y procura abandonar la ciudad lo más pronto posible. ¡Aquí el aire se ha hecho irrespirable para ti!

La prostituta, pálida como un cadáver, recogió a toda prisa sus ropas hechas jirones, se cubrió como pudo con ellas y desapareció sin decir nada.

—¡Una gachí como se ven pocas! —opinó el oficial con aire experto, frotándose inconscientemente la entrepierna—. ¡Estropearla hubiera sido un pecado imperdonable!

Tewp subió lentamente por la escalera que conducía a la salida. El irlandés se detuvo un instante junto a Dov Chevat. Una espuma sanguinolenta manchaba la comisura de sus labios, pero seguía consciente, lo que arrancó una sonrisa maligna al capitán.

—¡Realmente no tienes suerte, pequeño! ¡No sólo vas a morir hoy, sino que te apuesto lo que quieras a que antes te dolerá de verdad!

Con mano firme, O'Reilly cogió la jeringa de ácido que seguía clavada en el brazo del sillón, perforó la mejilla de Chevat y, con un placer del que no se avergonzaba en absoluto, proyectó un largo chorro de líquido corrosivo en el interior de la boca del moribundo, cuyos ojos se dilataron desmesuradamente bajo el efecto del terror. Al constatar que Dov, con la lengua y la laringe corroídas, ni siquiera podía ya gritar, O'Reilly se encasquetó la gorra, cogió su Sten, echó una última ojeada al cuerpo desarticulado que se retorció en silencio a sus pies y abandonó tranquilamente el lugar no sin antes apagar la luz.

—Tengo el coche aparcado a dos calles de aquí. ¿Podrá caminar hasta ahí, coronel? —preguntó el fusilero al ver que Tewp se tambaleaba sobre la acera.

—Me las arreglaré... Pero no me lleve enseguida a ver a un médico. Primero tenemos que encontrar a Nathan Katz. Hay que hacerle hablar antes de que Saporta le prevenga o ponga pies en polvorosa...

O'Reilly levantó los ojos al cielo.

—Supongo que es inútil que trate de hacerle cambiar de opinión —gruñó el irlandés.

A pesar del dolor que empezaba a taladrar su cuerpo, Tewp consiguió sonreír.

Los dos oficiales habían previsto correctamente la reacción de Nathan Katz al ver que Tewp se presentaba, solo, a la puerta de su domicilio. Azorado por la irrupción del hombre sin nariz, el crápula empuñó velozmente su 45 y trató de escapar a todo correr por la callejuela que pasaba por detrás de su casa. O'Reilly lo atrapó sin problemas cuando no había recorrido ni tres yardas. Sujetándolo por el cuello, el oficial lo devolvió al interior del edificio y lo soltó sobre un asiento de madera, donde cayó con un desagradable ruido de coxis aplastado.

—¿Qué quieren de mí? ¡Yo no sé nada! —gritó Katz frotándose las nalgas.

—¿No sabes nada? —gruñó el capitán apretando su puño de gorila contra la glotis prominente de Nathan Katz—. ¿Cómo que no sabes nada? ¡Habla o te tumbo ahora mismo!

Tewp carraspeó y palmeó amigablemente la espalda del militar.

—Creo que aún no hemos tenido tiempo de plantear ni una sola pregunta al señor Katz. Empezaremos por ahí antes de pensar en cualquier medida coercitiva... ¿Qué opina, capitán?

—¡Perdone, coronel, pero no puedo reprimirme! ¡En cuanto veo a este tirillas, me entran ganas de golpear!

O'Reilly soltó a su presa y retrocedió para permitir a su superior que se enfrentara al truhán. Al ver la banda negra que rodeaba el rostro del británico, Katz esbozó una mueca de asco.

—Señor Katz —empezó Tewp sin dar muestras de haber percibido el gesto—, ¿fue usted quien me envió al pequeño Latif? ¿Le han informado de lo que le ha ocurrido a ese niño?

—¡No! ¡Se lo juro! ¡No sé nada! ¡No he oído hablar de usted desde que el señor Saporta me dijo que accedía a verle! ¡Se lo juro!

—¿Dónde está su cartera, señor Katz? En su chaqueta, supongo. Démela, por favor —dijo Tewp en tono tranquilo.

Como su interlocutor simulaba no entender lo que querían de él, la mano del coronel reemplazó a la de O'Reilly en torno a su garganta. Asfixiándose, debatiéndose, Katz se sacó del bolsillo un delgado sobre de cuero sucio donde

guardaba sus papeles y su dinero. En su interior, Tewp encontró enseguida lo que buscaba. Blandiendo ante las narices del prisionero la mitad desgarrada de un billete de una libra esterlina, exclamó indignado:

—¡Con esto sedujo al chiquillo! Y por este motivo murió. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—No fui yo quien le mató —balbuceó Katz, mientras el puño del inglés comprimía cada vez más su tráquea—. ¡No es culpa mía! ¡Se lo diré todo!

—Está bien, coronel. Déjele respirar un poco. ¡Parece un pez de colores que ha caído de la pecera! —intervino O'Reilly.

—¿Y bien? ¡Desembuche, Katz! Ya sabe qué es lo que me interesa. ¿Dónde está Ruben Hezner?

Katz leyó en los ojos de Tewp que ya no había escapatoria posible. Si intentaba irse por las ramas una vez más, el oficial no dudaría en partirle la nuca.

—Por las últimas noticias que tengo, Hezner se encuentra aún en Jerusalén. No sé qué trama exactamente, pero debe de ser bastante raro para que se haya enterrado en un sitio...

—¿Dónde? —le apremió Tewp, exasperado por la comedia de aquel granuja.

—En el barrio de las Cien Puertas... ¡Con los *neturei karta*!

—¡Válgame Dios! —silbó O'Reilly entre dientes.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el hombre sin nariz.

—Los *neturei karta* —explicó O'Reilly—, Katz lo sabe sin duda mejor que yo, forman una especie de comunidad religiosa judía ultraortodoxa que ha permanecido bloqueada en el nivel tecnológico de la Edad Media. Vive atrincherada en el barrio de las Cien Puertas y mantiene diferencias con todas las ramas restantes de la familia israelita. ¿No es cierto, Katz?

Nathan asintió con la cabeza antes de lanzarse a efectuar algunas precisiones:

—*Neturei karta* significa «guardianes de la ciudad»... Son muy piadosos y viven en Mea Shearim, aquí, en Jerusalén, pero consideran que Palestina ya no es una tierra judía desde hace veinte siglos. No quieren oír hablar de un Estado judío. Nosotros, los sionistas, los tenemos por locos, ¡e incluso por enemigos!

Tewp lanzó a O'Reilly una mirada perdida que éste no comprendió.

—¡Mea Shearim! ¡El barrio de las Cien Puertas! La verdad es que nunca he sabido por qué llamaban al distrito de este modo —continuó distraídamente el capitán.

—Remite a las pretendidas cien vías para comprender la Torah —aclaró Katz con una voz teñida de fatalismo—. ¡Cien maneras de comprender un texto sagrado! ¡Y luego la gente se extraña de que los judíos nunca lleguen a ponerse de acuerdo entre ellos! ¡Pobres de nosotros! ¡Somos realmente los miserables entre los miserables, los humillados entre los humillados!

—¡Cállate, Katz! —tronó O'Reilly poniendo los ojos en blanco—. Deja de gemir y hazte olvidar, ¿quieres?

El dueño de garito se acurrucó en su asiento como un cangrejo ermitaño en su concha.

—¿Qué hacemos, coronel? No tiene buen aspecto; ¡realmente deberíamos ir a ver a un médico!

En apenas unos minutos, Tewp había palidecido. En todo su cuerpo resurgían los dolores provocados por el ácido. Sus piernas aún seguían firmes, pero fuertes temblores recorrían sus brazos y sus dientes se habían puesto a castañetear violentamente. El sudor caía en gruesas gotas sobre su frente.

—Primero tenemos que decidir qué suerte reservamos a Katz. Es cómplice de asesinato y debe ser castigado.

El irlandés dirigió una mirada afligida a Nathan.

—¿Qué prefiere hacer con este alfeñique? ¿Entregarlo a la policía, o matarlo usted mismo?

Katz dio un respingo.

—¿Matarme? —dijo, espantado—. Pero ¿por qué? ¿Para que pague la muerte del chaval? ¡No veo qué importancia puede tener eso para vosotros!

El tono que había empleado y las palabras insultantes del granuja hirieron a Tewp tan cruelmente como las inyecciones de Dov Chevat. Dominado por un furor avivado por los dolores que le torturaban, el coronel descargó un tremendo puñetazo contra el rostro demacrado de Katz. El impacto fue de tal potencia que el hombrecillo salió proyectado de su asiento. Su cráneo se abrió contra el canto de una mesa baja produciendo el ruido de una cáscara de huevo al partirse y su cuerpo cayó desmadejado sobre el suelo, dejando a Tewp y a O'Reilly mudos de estupor.

—¡Ha sido un accidente, coronel! ¡Sólo un accidente! ¡Sé que no quería matarlo! —balbuceó O'Reilly al ver que Tewp se mordía los labios hasta hacerlos sangrar, tratando de contener la rabia devastadora que crecía en su interior.

El irlandés comprendió que su oficial había llegado al límite de su capacidad de resistencia. Ahora era su turno de pasar a la acción. Precipitadamente, abandonó la casa, metió su coche en el patio trasero, introdujo el cadáver de Nathan Katz en el maletero, instaló al coronel lo mejor que pudo sobre el asiento del acompañante y arrancó haciendo chirriar los neumáticos para dirigirse a toda velocidad al King David. Con los miembros extrañamente torcidos y el rostro macilento bajo la banda de tela, Tewp tenía la expresión de un hombre destrozado. O'Reilly, con los brazos crispados sobre el volante, le lanzaba ojeadas ansiosas. En el curso de un largo intercambio de miradas, los dos hombres convinieron en mantener para siempre en el olvido su trágica visita al truhán judío.

En cambio Tobie, el hijo mayor de Nathan Katz, que, oculto detrás de una plancha mal encajada del delgado pavimento, había presenciado todos los detalles de la muerte de su padre, se prometió que nunca olvidaría a los dos hombres.

EL BARRIO DE LAS CIEN PUERTAS

Con pasos lentos, casi sin ruido, Laüme Galjero entró en la fresca habitación del hotel King David donde el coronel Tewp, con sus heridas ya vendadas, dormía. Los anillos cargados de carbunclos, ágatas y perlas negras con que había adornado sus largos dedos brillaron un instante con su fuego mineral cuando la patricia desató su funda de seda para dejarla caer negligentemente a sus pies, como una medusa embarrancada. Desnuda, nimbada sólo de un suave perfume, Laüme rozó con un beso los descoloridos labios del inglés. Con suspiros de empuja y miradas de mantis, levantó las sábanas de lino bajo las que reposaba el hombre y tendió hacia él su hermoso vientre liso. Entre fiebres, dolor y éxtasis, acarició amorosamente el rostro sin nariz del oficial, lamió largamente su cuerpo estragado por las quemaduras del ácido, ofreció su lengua a la lengua del hombre, sus senos a sus manos, su sexo a su sexo... Lenta, perversa y dulce, Laüme se inundó del placer que su calor y su belleza habían hecho surgir en David Tewp. Sus carnes se unieron durante un largo tiempo. Finalmente, mientras el inglés volvía a cerrar los ojos para dejarse deslizar en el embotamiento que sigue a la liberación, la mujer hizo que la verga tierna, aún palpitante, se deslizará fuera de su cuerpo, cogió el fino vestido entre sus manos húmedas y, apretando con la palma el tejido arrugado contra su pecho, abandonó como un soplo de bruma la *suite* del coronel desvanecido.

Sometiéndose escrupulosamente al consejo que le habían dado, el oficial superior David Tewp se dirigió a pie a las inmediaciones del distrito de Mea Shearim, vasta red de callejuelas leprosas situada justo al otro lado de la muralla noroeste de la antigua Jerusalén. Al acabar la tarde, después de una jornada de tiempo bueno y seco, el cielo luminiscente se emplomó de pronto, cubriéndose de espesas columnas de nubes oscuras venidas de las montañas. Las ráfagas de viento hicieron temblar el alto ramaje de las palmeras y batieron el fino polvo de las calles arremolinándolo en volutas que penetraban en las ropas y se infiltraban en las viviendas. Con la mano abierta a modo de máscara protectora sobre su cara plana, el inglés avanzó contra el viento por el barrio de las Cien Puertas. A esa hora, la luz del sol apenas rozaba ya los últimos pisos de los estrechos edificios con paredes de yeso desconchadas y fachadas agujereadas por minúsculos tragaluces. Expulsados por la tempestad, los habitantes se habían refugiado en sus viviendas, protegiéndose del mejor modo posible, tapando con trapos los intersticios entre el suelo y la parte baja de las puertas y calafateando con papel arrugado las fisuras que corrían por las paredes podridas por los años.

Tewp ignoraba adonde le conducían sus pasos. Nada, ni su palma ante el rostro ni la banda negra que camuflaba su herida, impedía que la tierra polvorienta entrara en

su garganta e invadiera el hueco de su nariz. Su instinto, sin embargo, le decía que debía proseguir sin buscar refugio, sin inquietarse por su destino. El único sonido que percibía era el del viento, que ocasionalmente hacía chasquear las lonas o restallar la ropa olvidada en un hilo tendido a través de un pasaje. Un perro flaco, con las orejas caídas, le adelantó corriendo para colarse en un agujero. Cien yardas más lejos, un chiquillo vestido de negro, con el cabello ensortijado ondeando sobre las sienes, surgió bruscamente de un callejón entre dos casas, se detuvo un momento ante él, y luego su silueta se perdió, ahogada en esas toneladas de arena en suspensión que velaban el mundo con un gigantesco sudario de ocre rojo.

Tewp estaba llegando a una explanada que se abría de pronto tras una larga serie de estrechos conductos, cuando el viento cedió de golpe. En unos segundos, el cielo se abrió sobre los últimos fuegos dorados de un crepúsculo inflamado. El polvo se depositó de nuevo, liberando el aire, que se perfumó enseguida con aromas de flores y especias. Tewp se frotó sus ojos resecos, tragó golosamente una larga bocanada de oxígeno y entró en la plaza. Una puerta se abrió a su izquierda, otra a su derecha, y una tercera aún detrás de él. Unas mujeres salieron de las casas; iban vestidas con las mismas ropas negras, sobre las que llevaban una blusa de trabajo descolorida. Un pañuelo de algodón de tono oscuro ocultaba sus cabellos. Cargadas con cestas y canastos, ejecutaban las últimas tareas domésticas de la jornada sin conceder una sola mirada al extranjero que hollaba su barrio. Unos postigos se abrieron a lo largo de una casa baja, y Tewp distinguió a una quincena de hombres reunidos en una sala iluminada por una lámpara de petróleo. Inclclinados sobre mesas de escolar, salmodiaban el mismo texto en voz alta, acompañando la lectura con un constante balanceo del busto. Barbudos, vestidos con una gruesa chaqueta negra a pesar del calor, parecían hermanos de una misma familia. Ofrecían un espectáculo extraño, pero Tewp no se entretuvo en observarles; sabía que, en esa ciudad tan particular que era Jerusalén, Mea Shearim era por sí mismo un barrio aparte, aislado del corazón de la ciudad, viviendo fuera del espacio y del tiempo. Porque aquí todo era diferente. Los que residían en este lugar habían elegido existir sólo para su fe, y hasta la menor parcela de su vida se regía por los preceptos de la Tora. Para ellos sólo contaba la adoración del Nombre inefable. El mundo secular les era extraño. Las alegrías de los otros hombres no eran sus alegrías. Las guerras libradas por las naciones no eran sus guerras. Las esperanzas de los otros pueblos no eran sus esperanzas. Eran hombres piadosos, sí, a menudo hasta el absurdo a ojos de aquellos que no pertenecían a su comunidad. Al margen de todo y de todos, se bastaban a sí mismos, sin querer recibir nada de un mundo exterior cuyo ritmo y valores se negaban a abrazar.

Tewp no sabía todo eso de un modo formal pero, a cada paso que daba, lo comprendía un poco mejor, sin necesidad siquiera de hablar con la gente de la calle. Luego sintió que una mirada se posaba sobre sus hombros. Al volverse vio, a veinte yardas de donde estaba, a un hombre grueso con barba de nácar, apoyado en un bastón, que se acercaba cojeando en su dirección. El hombre levantó su bastón hacia

Tewp y lo agitó enérgicamente por encima de su cabeza, tocada con un gran sombrero tradicional *yarmel-keh*, para interpellarle. El inglés, compasivo, se apresuró a acercarse al desconocido.

—Vengan de donde vengan, Mea Shearim sabe hacerse acogedor para las almas atormentadas, amigo —dijo el hombre cuando Tewp llegó junto a él—. Sin embargo, la presencia de ciertos objetos no es bienvenida aquí...

Suavemente, sin agresividad alguna, la mirada azul del anciano se posó en el *holster* que Tewp llevaba en la cadera.

—Soy el rabino Isaac Chaddai. Mi vivienda es esa en la que brillan dos lámparas en el piso alto —dijo el religioso apuntando con el dedo hacia una casa cercana—. Si su deseo es quedarse entre nosotros, tal vez acepte confiarme esta cosa que lleva a la cintura. No le será de ninguna utilidad aquí y sé que los miembros de nuestra comunidad le estarían infinitamente agradecidos por este gesto.

A Tewp le gustaron los ojos maliciosos y las arrugas de sabiduría que marcaban el rostro de Isaac Chaddai. Con una sonrisa le tendió el arma, que el otro hizo desaparecer en los profundos bolsillos de su levita negra.

—Acompáñeme. Quiero entregarle la llave del mueble en el que encerraré su bien. Luego hablaremos un poco. Si usted quiere... —propuso el patriarca.

Su voz, cálida y bella, hacía rodar las sílabas inglesas como un torrente hace entrechocar los guijarros de su lecho en la crecida.

Como si le conociera desde hacía muchos años, Tewp siguió al rabino sin hacer preguntas. En la oscuridad que se instalaba, caminaron uno junto a otro, en silencio, hasta el domicilio de Chaddai. Al extremo de un largo pasillo tapizado por impresionantes hileras de libros, entraron en una habitación de trabajo retirada, sobrecargada de estanterías polvorientas donde se alineaban innumerables volúmenes. Un delicado olor de benjuí impregnaba el aire. El rabino cogió un cofrecillo de madera colocado sobre un atril sin ornamentos, depositó el revólver en él, cerró la caja con un candado y confió la llave a Tewp.

—Mi casa está siempre abierta y su presencia nunca será una molestia para mí. Aunque esté ausente, cuando quiera abandonar el barrio de las Cien Puertas, podrá volver a coger su arma en cualquier momento... ¿Qué me dice?

—De acuerdo —respondió simplemente el coronel.

—Bien. ¡Hablemos, pues, ahora!

Apretados en el único asiento de la habitación, un pequeño banco de madera sin cojines ni tapicería, Tewp y Chaddai permanecieron juntos mucho tiempo esa velada, mientras a su alrededor Mea Shearim se adormecía. Si el rabino no ofreció nada a su huésped —ni bebida ni comida de bienvenida— no fue por falta de recursos ni por descortesía. Chaddai no era un indigente y conocía los usos sociales. Frente a David Tewp, sin embargo, había considerado importante que nada, ni siquiera un simple

vaso de agua compartido, viniera a distraer la atención que quería concederle.

El inglés, por su parte, no estaba sorprendido por las maneras del rabino. Más allá de su aparente rareza, las atribuyó, al contrario, sin reservas a un cierto «orden de las cosas» que le superaba pero del que su mente presentía oscuramente la evidencia y la necesidad. Desde el preciso instante en que su mirada se había cruzado con la del cojo, Tewp había comprendido que su encuentro con Chaddai era algo más que un encuentro casual. Entre las paredes agrietadas de este cuarto de estudio polvoriento se estaba gestando un acontecimiento relevante...

—Como a todos los *hassidim*, me gusta la alegría y la risa —empezó curiosamente el rabino—. Para nosotros, cada partícula de tiempo que pasa es una fiesta. Me gustaría que compartiera esta fiesta que siente mi corazón. Pero sólo usted puede decirme cómo puedo conseguirlo. ¿Es éste un saber que desee ofrecerme?

Silencioso, intimidado casi, Tewp se contentó con mirar las hermosas manos de Isaac Chaddai, donde las venas azules dibujaban sinuosos relieves. Lentamente, el rabino se acarició la barba. Su boca delgada sonrió. A pesar de la benevolencia que emanaba de la figura del anciano, Tewp no se atrevió a confiarle las angustias que le atormentaban desde hacía ya demasiado tiempo. Incapaz de pronunciar el nombre de Hezner, tampoco encontró fuerzas para evocar las pesadillas que, cada vez con más frecuencia, contaminaban sus noches.

—*Dybbuk!* —exclamó entonces Chaddai, mientras el coronel bajaba la vista para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos—. ¡No hable! Creo que su alma se ha convertido en la esposa de un espectro. Hace tres noches, vi su ala extendida sobre usted. Y supe que iba a venir...

—¿Cómo? —preguntó simplemente Tewp.

Una risita agitó el cuerpo de Isaac. Luego, como si se conocieran desde la infancia, el rabino le dio una palmadita amistosa en el hombro.

—¡Clarividencia! ¡Adivinación! Practico este arte con asiduidad desde que tenía cuarenta años. Hoy tengo poco más de ochenta. Pero ¿es realmente necesario que perdamos nuestro tiempo con este tipo de justificaciones, David Tewp?

El coronel no respondió. Desde que había abandonado Londres, diez años antes, había sido testigo de demasiados fenómenos extraños para conservar la ingenuidad de rechazar lo inexplicable. Sin que tuviera que pronunciar la menor palabra, Chaddai había penetrado el misterio de sus tormentos. Era un hecho, y poco importaba cómo hubiera conseguido hacerlo exactamente el anciano.

—Sabía que iba a venir a Mea Shearim —continuó el rabino—. Le vi caminar en el polvo de sus calles. Y también vi al *Dybbuk* que le sigue. Comparado con las torturas secretas que le inflige, la herida de su rostro y las que adivino sobre su cuerpo le parecen ligeras, ¿no es cierto?

David Tewp apretó los puños y crispó las mandíbulas en silencio. El rabino adelantó suavemente las manos hacia él. Sin que el inglés opusiera la menor resistencia, desanudó la banda negra que cruzaba el rostro mutilado del oficial.

—*Dybbuk*, el fantasma vagabundo que se aferra al hombre justamente para encontrar refugio contra los demonios que le asaltan, sabe traspasar todos los velos con que usted se cubre. Y yo debo, a mi vez, conocer la verdad de su carne...

Tewp levantó la cabeza y vio que el rabino escrutaba su llaga con mayor atención de la que nunca habían empleado los médicos que le habían examinado.

—Tal vez pueda hacer algo por usted, amigo mío —dijo por fin Chaddai—. No recomponer del todo sus rasgos a la perfección, desde luego, pero quién sabe. ¡Modelar la materia siempre será más fácil que hacer resbaladiza la roca de su alma para la cosa extraña que se apega a ella!

Durante varios minutos, Tewp se dejó observar sin sentir ninguna vergüenza. Luego el rabino expresó otra demanda.

—¡Desnúdese! Ahora es todo su cuerpo el que desea hablarme.

Obediente, Tewp se desató los zapatos, se despojó de sus ropas, dobló cuidadosamente las prendas una a una y las dejó sobre el banco. Desnudo, se colocó frente al rabino.

—La piel es un mapa, ¿sabe? —señaló Chaddai, al tiempo que hacía girar al inglés ante sí.

—¿Un mapa?

—¡Un mapa, sí! Nada en ella se ha dejado al azar. Cada lunar, cada arruga, cada cicatriz, es un signo que se puede leer tan claramente como el capítulo de un libro... Y lo que leo en usted, amigo mío..., ¡lo que leo en usted es un texto más terrible aún de lo que imaginaba!

—¿Qué lee? —preguntó Tewp con la voz alterada por la emoción.

—La cosa que ha rozado su carne con sus garras es un ser poderoso. Mucho más que un simple *Dybbuk* que rechaza el *Sheol*. Es otra cosa... una cosa que me llevará tiempo comprender. Y más tiempo aún combatir... Pero justamente, usted no dispone de mucho tiempo, ¿no es así, amigo mío?

—Busco a un hombre...

—Todos buscamos a un hombre, oficial —le interrumpió sentenciosamente Chaddai—. Todos buscamos al hombre real que somos y que se oculta en lo más profundo de nosotros...

—Ruben Hezner... Por el momento ése es el hombre al que busco, rabino —respondió Tewp tendiendo la mano hacia la pila de ropa.

—Ruben Hezner... ¡Sí! Tal vez sea el nombre de aquel por el que pasa el camino hacia sí mismo...

—Me han dicho que se ocultaba aquí, en Mea Shearim. ¿Podría ayudarme a encontrarlo?

—No conozco a este hombre. El barrio es vasto y los habitantes se rigen por el culto del silencio. Con los contactos adecuados, uno puede ocultarse aquí durante semanas, durante meses incluso... Puedo tratar de practicar el arte de la adivinación. Pero soy un anciano, y esto significa que tendrá que hacer una elección, porque ya

sólo tengo la fuerza necesaria para concentrar mi mente en una única demanda... Entre la criatura que le corroe y su Hezner, tendrá que definir sus prioridades.

—¿De modo que sólo tengo derecho a un deseo? —preguntó Tewp divertido—. ¿Como en los cuentos?

—¡Exactamente, como en los cuentos, oficial! ¿Y bien? ¿Qué elige?

—Usted lo sabe ya...

Isaac Chaddai introdujo al coronel Tewp en una habitación contigua a su gabinete de trabajo. Era un lugar desnudo, limpio, sin ventanas, con las paredes encaladas y baldosas brillantes en el suelo. Un haz de leña seca esperaba en la chimenea apagada. Iod, He, Vav, He, las cuatro letras del Santo Nombre, habían sido trazadas con tinta de granada en la pared oriental. Sobre un alto candelabro de bronce ardía una vela de cera virgen. El lugar olía a olíbano.

—La religión judía no se reduce ni a la liturgia tradicional de la sinagoga ni a las sublimes meditaciones de la Cabala —advirtió el rabino— Conoce también atajos, vías mágicas..., ¡notablemente eficaces para resolver, por ejemplo, los problemas prosaicos que engendra la vida de pareja! —expuso Chaddai con una risa cargada de sobreentendidos.

Luego pidió a Tewp que se instalara en un rincón de la habitación y permaneciera allí tranquilamente sin hablar, sin moverse ni apoyarse en la pared. Encendió el fuego en el hogar con la vela, se descalzó y, con los pies desnudos, se volvió hacia el tetragrama para murmurar tres veces la misma invocación:

—*Anohi Adonai Eloheha! Anohi Adonai Eloheha! Anohi Adonai Eloheha!*

Chaddai se volvió a continuación hacia el fuego chisporroteante. En voz baja recitó un largo texto, del que Tewp sólo captó algunos fragmentos incomprensibles...

—*Menachur... Lenafshinudi... Leyisherei... Mapahal...*

Chaddai hizo una pausa, miró intensamente las llamas, y luego volvió a empezar. Una, dos, tres veces. Y una cuarta aún...

Tewp no se atrevía a decir nada, pero sentía que el anciano empezaba a sufrir; sus rasgos tensos y las gotas de sudor que bañaban su rostro así lo indicaban. Al término del quinto recitado, se tambaleó, y se hubiera derrumbado en el suelo si el coronel no se hubiera apresurado para evitar su caída. Apoyando al pesado rabino contra su hombro, lo volvió a llevar hacia el pequeño despacho, lo tendió sobre el banco y se arrodilló en el suelo a su lado. Isaac bufaba como un buey. Su rostro congestionado estaba púrpura. Le costaba hablar.

—Descanse —le dijo Tewp—. Ha hecho un esfuerzo de concentración demasiado grande...

—No, no es eso —consiguió responder Chaddai—. ¡Oficial, le he traicionado! ¡No he atendido a su elección! Sabía que quería informaciones sobre Hezner, pero juzgué que, cualesquiera que fueran sus razones, eso carecía de importancia frente a

la monstruosidad que se ha apegado a su alma. Es a ella a quien he querido ver. ¡Y la he visto, sí, la he visto!

El rostro de Tewp se ensombreció. Oscuramente, le desagradaba la idea de que Chaddai hubiera podido ser obsequiado con la visión íntima de Laüme Galjero.

El rabino percibió enseguida su aire sombrío y cogió sus manos en las suyas.

—Una *Lilim*... Uno de los grandes demonios de la noche... Es ella la que se aferra a usted, ¿no es verdad? ¿Cómo es posible?

Entonces, de rodillas en el suelo, como si hiciera penitencia, Tewp habló. Evocó su llegada a las Indias y la persecución de Ostara Keller por las calles de Calcuta; narró cómo ésta había lanzado contra él un hechizo de muerte; cómo un extraño brahmán le había salvado... Relató también cómo unos renegados habían decretado la muerte del rey Eduardo VIII para ofrecer un pretexto que sirviera para emprender una nueva guerra con Alemania, y cómo, desde el día en que había salvado a ese rey mediocre, él, Tewp, no había dejado de reprocharse que con su acto había concedido a los nazis tres años suplementarios para reforzar su armamento y perseguir a centenares de miles de inocentes... Explicó finalmente cómo había encontrado a la pareja Galjero y cómo éstos habían asesinado a decenas de niños en el curso de unos ritos bárbaros y misteriosos.

—Me siento obligado a ser franco con usted, amigo mío —dijo por fin Chaddai cuando Tewp hubo acabado su relato—. Si fuera un simple *Dybbuk*, podría exorcizarlo. Pero no tengo talla suficiente para luchar cara a cara con la *Lilim*. Me trituraría con mayor facilidad que a una nuez. Si alguien debe combatirla, ¡es usted! De todos modos, creo que puedo proporcionarle armas... Una sola, tal vez, pero importante. ¡Venga conmigo!

Chaddai se levantó y cogió su bastón. Volvió un instante a la habitación de oración para calzarse y, tras encender una vieja linterna en el fuego que se extinguía en la chimenea, indicó con un gesto a Tewp que le acompañara afuera, a la noche oscura. El viejo rabino, que avanzaba cojeando tan deprisa como podía, parecía haber extraído del fondo de sí mismo una nueva reserva de energía. Con la mano sobre el sombrero para compensar las ráfagas del viento que volvía a soplar, condujo a Tewp a una calle vecina, se detuvo ante una casa ladeada y golpeó la puerta con rudeza con el puño de su bastón. Una luz brilló en el primer piso y un postigo minúsculo se entreabrió. El rostro flaco de un hombre joven apareció en el hueco de la ventana.

—¡Zimeón! —gritó Isaac—. ¡Soy yo, el rabino Chaddai! ¡Baja! Baja, ¿quieres?

El susodicho Zimeón cerró el tragaluz antes de obedecer. Tewp oyó el maullido de un gato y una minúscula bola de pelo rojizo se deslizó entre sus piernas en cuanto la puerta se abrió.

—*A broch tsi dir!* ¡Maldito seas! —rugió Zimeón en yiddish, mientras empujaba a Tewp y a Chaddai para atrapar al animal aplastándolo contra el polvo del callejón—. ¡Mis hijitas andan locas con este gatito! Pero él, evidentemente, sólo piensa en huir. Si le dejo escapar, no me lo perdonarían nunca.

Zimeón era un hombre alto, vestido con un camión gris del que sobresalían unas piernas tan esqueléticas como peludas. Tewp se preguntó si dormiría con la kipá encajada en la punta del cráneo o habría tenido tiempo de colocársela a toda prisa antes de presentarse.

—Zimeón, querría que hicieras algo importante para mí —explicó Chaddai—. ¿Podemos entrar?

El hombre indicó con un gesto que su casa estaba abierta. Tewp y Isaac entraron en la vivienda mientras, acurrucado en la mano de Zimeón, el gatito hundía voluptuosamente sus agudos dientes en su palma.

—Vamos a mi taller —dijo el anfitrión—. Allí podremos hablar sin que el ruido de nuestras voces moleste a mi mujer y a mis hijos.

Los tres hombres avanzaron a través de la casa silenciosa hasta una habitación que debía de servir a la vez de fábrica y tienda de orfebrería. Un largo banco de trabajo ocupaba el centro, mientras que en las paredes se alineaban objetos finamente cincelados, de los más útiles a los más decorativos...

—Zimeón Sternberg es el mejor artesano de toda Palestina —explicó Isaac—. Puede fabricar cualquier cosa mejor y más deprisa que cualquiera desde El Cairo hasta Mosul. ¿No es cierto?

El artesano colocó al gato sobre un estante y simuló no haber oído el cumplido.

—¿Qué puedo hacer por usted, rabino? —preguntó.

—El hombre que me acompaña —dijo Isaac señalando a Tewp— ejecuta una gran tarea. Una tarea noble. Pero como puedes ver, esto, por desgracia, ya ha tenido un alto coste para su alma y su carne... Yo puedo ocuparme de su alma. Pero querría que tú hicieras algo por su carne. ¿Te sientes capaz?

Zimeón sonrió. Él y Chaddai se conocían desde mucho antes del nacimiento del primero de sus ocho hijos. Gracias, precisamente, a los buenos oficios del rabino, Zimeón había podido engendrar y la fecundidad había bendecido su unión después de largos años de una mortificante esterilidad. Sternberg no había olvidado la deuda contraída con Isaac. El artesano pidió, a su vez, examinar la herida de Tewp.

—Reconstruir lo que ha sido destruido... Puedo hacerlo. Sí... creo que puedo. Recomponer sus rasgos... Utilizando coral y marfil... La ilusión podría ser casi perfecta... Es un enorme desafío, pero estoy seguro de conseguirlo. Por eso ha venido a verme, ¿no es así?

—Sí, Zimeón, por eso he venido —repitió Isaac Chaddai haciendo resonar solemnemente la punta metálica de su bastón contra el suelo.

—¡Pues bien, no le decepcionaré!

Bajo la mirada asombrada de Tewp, mientras el rabino instalaba su grueso cuerpo sobre una silla de enea, Zimeón encendió todas las lámparas de gas del taller, se enfundó en una blusa de trabajo, cogió un lápiz de madera del banco y empezó a trazar un esquema en el dorso de un papel de embalaje.

—La dificultad no estará en recomponer el tono de la piel, sino más bien en

definir un sistema de fijación que sea invisible. Estoy pensando en unos pequeños pasadores de oro que introduciría directamente bajo la piel. Luego, naturalmente, la prótesis propiamente dicha deberá consagrarse...

—Naturalmente —asintió Chaddai—. Si no, seguiría siendo sólo materia inerte. Debe reemplazar a un tejido vivo, y por tanto, hay que darle vida. Es de pura lógica. Esto es asunto mío. Tú fabrica, Zimeón, que yo sabré transmitir el aliento divino a este objeto.

En el silencio de la noche, el orfebre se puso al trabajo. Desde ese instante hasta el momento en que acabó su obra, al alba del segundo día, Tewp y Chaddai permanecieron a su lado. Dvora, la señora de la casa, los alimentó con caldo *kreplech* y con *latkes*, unas galletas crujientes azucaradas a base de patata. Tewp conoció a los guapos hijos de la pareja y jugó mucho rato con ellos, maravillándose de que no parecieran asustados por su apariencia. Finalmente, un ojeroso Zimeón les mostró un objeto extraordinariamente esculpido.

—Es la marquetería, que me ha tomado tiempo —dijo a modo de excusa—. Sin embargo, creo que he tenido la buena intuición: entre marfil y coral, el color es casi el de la carne... ¡Probémoslo sobre usted, señor Tewp!

El coronel sintió que su corazón latía desbocado mientras Zimeón colocaba con delicadeza la nueva prótesis. Pero la sonrisa que iluminó el rostro del artesano le tranquilizó enseguida.

—La ilusión es notable. ¡Realmente notable! —resopló Chaddai, admirado—. ¿Tiene un espejo, Zimeón?

Su reflejo devolvió entonces al oficial inglés una imagen que no había contemplado desde hacía muchos meses. Su rostro, casi perfectamente reconstituido, había vuelto a convertirse en el que era antes de su combate con Ostara Keller. La lлага de su nariz había sido llenada por la prótesis, que no sólo cumplía su función de enmascarar el orificio sino que recomponía de una forma idéntica la morfología original del inglés. El maridaje sutil entre los resplandores del coral y del marfil proporcionaba además la ilusión del color de la carne, incluso a corta distancia.

—¡Con este trabajo has realizado tu obra maestra, Zimeón! —exclamó Chaddai—. Ahora habrá que fijar esta nariz y, sobre todo, darle los medios para resistir al tiempo. ¿Puedes grabar estos signos sobre la pared interna? —preguntó el rabino tendiendo un pedazo de papel al orfebre.

Zimeón miró un instante el dibujo de Isaac y asintió con la cabeza. Tras recuperar su creación, volvió a inclinarse enseguida sobre su banco de trabajo.

—Físicamente, el objeto está listo —explicó Chaddai—. Ahora hay que prepararlo para que se convierta en parte integrante de su carne. ¿Conoce la hora y el día de su nacimiento, amigo mío?

Tewp proporcionó los datos que le pedían, y luego tuvo que asumir que el anciano

le dejara.

—Debo consagrarme a algunos preparativos. Es inútil que me acompañe. Será mejor que se quede aquí. Zimeón acabará su grabado en un instante. Yo volveré mañana.

Dvora condujo a Tewp a una habitación fresca donde pudo tenderse y descansar hasta la noche. Después la mujer le trajo toallas, un gran barreño de agua caliente, un jabón nuevo y una cuchilla de afeitar. Limpio y descansado, el inglés cenó con los Sternberg y luego jugó un rato con los niños, que querían disfrutar de su presencia antes de irse a dormir, los ocho, a la misma habitación.

Era una hermosa familia la de Zimeón y Dvora. Los esposos se amaban tiernamente y no parecía que nada pudiera turbar la serenidad que emanaba de esta pareja, que, a pesar de las dificultades, sabía criar a sus hijos e hijas en la alegría, la confianza y la ternura. Tras agradecerles su acogida y el maravilloso trabajo que Zimeón había realizado, Tewp volvió a dormir unas horas. Su sueño tranquilo apenas se vio turbado por el gatito de pelo rojo, que fue a enrollarse formando una bola contra él.

Le despertó la mano de Isaac Chaddai que le sacudía por el hombro.

—Venga, amigo mío. ¡Creo que ahora podemos terminar lo que hemos empezado!

LOS SICARIOS

Untadas con un bálsamo aromático, las finas incisiones que el rabino Chaddai había practicado en el rostro de David Tewp habían tardado poco tiempo en cicatrizar, encerrando entre sus labios los minúsculos pasadores de oro destinados a mantener en su sitio la máscara nasal del inglés.

—El oro es imputrescible —había precisado el anciano—, pero he reforzado aún más su poder con oraciones y purificaciones. No es tan espectacular como el trabajo de nuestro amigo orfebre, pero es un complemento indispensable, créame. Ahora podemos considerar que la obra está acabada. Ya sólo resta que se coloque la prótesis.

Bajo las miradas de Dvora, Zimeón e Isaac, el coronel cogió con mano temblorosa la nariz marqueteada de marfil y coral y encajó en las muescas las espigas del metal precioso. ¡La ilusión era completa! ¡Tewp acababa de reencontrar su rostro! Dvora reprimió un grito de estupor llevándose la mano a la boca, mientras Zimeón, fascinado por su propia creación, se estremecía de emoción. Isaac Chaddai, con la palma apoyada sobre su viejo bastón, sonreía como si asistiera al nacimiento de un niño. Tewp, por su parte, inspiraba ávidamente largas bocanadas de aire. Más allá de la alegría de recuperar unos rasgos humanos, sentía que un vigor nuevo circulaba por sus venas. Sí, aquélla no era una sensación ilusoria: ¡el aire llegaba mejor que antes a sus pulmones! Y con el oxígeno que afluía a su cuerpo atormentado, también empezaba a desgarrarse el velo sombrío que, desde hacía meses, oprimía su mente. Tewp se incorporó, pasó la mano por el relieve de su rostro y se adelantó hacia el espejo que Zimeón le tendía.

—Ésta es el arma con la que combatiré a la *Lilim*, amigo mío. El arma que le doy es su integridad física casi recuperada... —le murmuró Chaddai al oído—. ¡La piedra angular de su confianza en sí mismo!

Tewp quiso estrechar, uno a uno, contra su pecho al viejo rabino y a los Sternberg, pero un ruido violento que resonó en el exterior interrumpió su gesto. Alguien golpeaba a la puerta del artesano con el puño. Zimeón corrió a abrir, y un vecino vestido con manto y sombrero negros, con las mechas temporales y la barba oscuras, irrumpió, azarado, en la tienda.

—¡Los ingleses, Zimeón! ¡Han entrado en Mea Shearim! Lo están registrando todo y preguntan por un oficial británico que supuestamente se encuentra en tu casa. ¡Pronto estarán aquí! Es preciso que...

La voz del hombre se quebró cuando su mirada se posó en la silueta uniformada de David Tewp.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sternberg al oficial—. ¿Por qué los suyos le buscan de este modo? ¿Es usted una especie de renegado?

—No, Zimeón. No sé qué quieren de mí, pero no tiene nada que temer de los

ingleses. Aunque se hayan decidido a registrar todo el distrito, no le harán ningún daño... Si están aquí por mí, es más prudente que vaya enseguida a su encuentro.

Twep cortó en seco las virulentas protestas del rabino Chaddai, abandonó la casa y se dirigió con paso rápido hacia la entrada del barrio de las Cien Puertas.

En el momento en que desembocaba en una larga calle, distinguió dos o tres siluetas de *tommies* a treinta yardas. Los hombres iban pertrechados con equipo de campaña, mochila, casco pesado, talabarte y bayoneta en el cañón de sus fusiles Enfield. El coronel aminoró el paso y se acercó con calma mientras, detrás de los soldados, el petardeo de un motor mal conservado aumentaba de intensidad. Un tambaleante vehículo oruga militar apareció a veinte yardas de distancia y se abrió paso entre los *privates*, que protestaron irritados. Twep reconoció con sorpresa un Carden-Loyd, un pequeño vehículo arcaico que había tenido su momento de gloria en el período de entreguerras pero que, por lo que sabía, había sido eliminado hacía tiempo del parque móvil del ejército. Con su vieja automática Vickers de refrigeración por agua sobresaliendo de su nariz de lona insuficientemente blindada, la rústica autoametralladora patinaba sobre la arena roja de la callejuela, expulsando tras de sí una cortina de polvo opaco. Sorprendido, Twep levantó los brazos para hacerse ver. Pero en lugar de detener su mecánica, el conductor dio un codazo a su compañero, que inmediatamente accionó la palanca de armado de su ametralladora y disparó sin previo aviso una larga ráfaga en dirección al oficial. La salva restalló a lo largo del muro a la derecha del coronel, proyectando contra él pedazos de ladrillo y de mortero. Twep se agachó instintivamente. Antes de que le lanzaran una nueva granizada de balas, recogió un puñado de arena y, mientras un torpe acelerón hacía bambolearse al Carden, se precipitó hacia delante y lo arrojó con todas sus fuerzas a la cara del conductor. Estupefacto y momentáneamente cegado, este último soltó el volante para llevarse las manos a los ojos. Abandonado a la deriva, el mando del vehículo oruga giró, provocando que el ingenio diera un bandazo y haciéndolo capotar con un ruido de canilla triturada. Los dos hombres atrapados bajo las placas de metal, sintiendo ya correr sobre sus cuerpos la gasolina del depósito reventado, gritaron pidiendo auxilio. Pero no vociferaban en inglés, ¡sino en yiddish! Twep se llevó la mano a la cadera para desenfundar su Webley y ahogó un juramento cuando su palma encontró el *holster* vacío. ¡Su arma estaba encerrada en casa del viejo Isaac! A través de la nube de polvo, vio llegar al destacamento de infantería que acudía en ayuda de los heridos. Uno de los soldados apuntó su arma contra él e hizo fuego. El proyectil silbó junto a su oído. Desarmado y solo contra el trío de infantes, Twep estaba en situación de inferioridad. ¡Tenía que encontrar una salida cuanto antes! Ante él, el Carden vomitaba una humareda negra y ahora salían llamas del motor, lo que le proporcionaba unos segundos de respiro para dar con una escapatoria.

Cargando con el hombro contra la puerta de la casa más próxima, consiguió reventarla al segundo intento y entró en una cocina impregnada de un intenso olor a pescado que lo envolvía todo.

Una anciana aterrorizada estaba plantada cerca de un hornillo deteriorado por los años sobre el que hervía el contenido de una gran olla. Como todos los habitantes de Mea Shearim, la viejecita iba vestida con numerosas capas de lana basta superpuestas, y una pañoleta anudada en la nuca ocultaba su cráneo rapado. Tewp se lanzó hacia ella, la asió del brazo y, a pesar de sus alaridos, la obligó a encerrarse en una habitación contigua. Luego, tras deslizar en su cinturón un gran cuchillo de cocina que había cogido al vuelo de la mesa, se enrolló dos trapos gruesos en torno a las manos, retiró del fuego la cacerola humeante y se colocó al acecho detrás de la puerta entreabierta. Fuera, dos de los tres soldados trataban torpemente de sofocar el incendio del vehículo oruga echando arena sobre las llamas. Los hombres de la dotación, que seguían atrapados en el armazón incandescente, lanzaban en su agonía desgarradores gritos de auxilio. Ahora Tewp estaba seguro: ¡la lengua en que hablaban no tenía nada en común con el inglés! Mientras un atroz olor a carne chamuscada impregnaba el aire, el coronel vio cómo una sombra se recortaba en el umbral y un cañón de fusil se deslizaba por la rendija de la puerta. Tewp contrajo los músculos en espera de que el tipo se arriesgara a avanzar un poco más. Al ver aparecer la punta de un borceguí, el coronel saltó y lanzó el líquido hirviente al rostro del soldado, que aulló de dolor y soltó su arma. Con un gesto ágil, Tewp recogió el Enfield y golpeó al desventurado con la culata, tanto para dejarlo fuera de combate como para privarle de la conciencia del dolor. Tendido en el suelo en el charco de agua caliente y viscosos pedazos de pescado, el cuerpo del pobre tipo, con la cara hinchada de ampollas violeta, seguía sacudido por espasmos nerviosos cuando el coronel se inclinó sobre él para retirarle el casco. Tal como esperaba, bajo el cuenco de acero aparecieron unos largos cabellos negros y rizados aplastados con gomina. Al lanzar una ojeada a su uniforme, Tewp se dio cuenta de que estaba hecho de elementos dispares: la camisa lucía los galones del cuerpo no combatiente de transmisiones, los borceguíes llevaban lacitos blancos como los que se utilizan sólo para los desfiles y en torno al cuello no brillaba la placa de identificación reglamentaria, sino la Estrella de David.

«¡El Irgun!», pensó Tewp, mientras oía nuevas llamadas procedentes de la calle.

En el exterior, los dos infantes habían dejado de lidiar con el incendio del Carden-Loyd, convertido ya en un esqueleto negro y humeante. Ya no surgía ningún grito de su estructura deformada. A quince yardas a la derecha de los restos del vehículo un rayo de sol jugueteó sobre una superficie metálica, atrayendo la mirada de Tewp, que tuvo tiempo de observar la colocación en batería de la Vickers, milagrosamente extirpada del fuego por los hombres de refuerzo. El inglés volvió a ocultar inmediatamente la cabeza y, enrollándose como una bola detrás del muro poroso, escapó por poco a la granizada de acero que llovió sobre la fachada de la casa donde se había refugiado. Construida con materiales quebradizos, la pared no resistió mucho tiempo. Fragmentos de adobe y guijarros revolotearon como mariposas locas por toda la habitación, hasta salir disparados en torno a Tewp, que volcó la mesa de la cocina

para utilizarla como escudo. Protegido por la madera, se deslizó hasta la habitación de la parte posterior y, abriendo al azar una nueva puerta, escapó por el patio trasero...

El inglés sólo pensaba en volver a casa de los Sternberg para ponerlos a resguardo. Tewp escaló un murete y cayó pesadamente al otro lado, en una callejuela aún desierta. Los disparos de ametralladora habían cesado y oía llamadas justo detrás de él. Cuatro o cinco voces diferentes se lanzaban ahora órdenes e indicaciones. Tenía que actuar y rápido.

¿Cuántos combatientes podía haber lanzado el Irgun en esta operación? ¿Veinte? ¿Treinta? Ese es el número que se envía habitualmente cuando se quiere estar seguro de no errar el blanco. Tewp temía, sobre todo, por Chaddai y la familia Sternberg. Tenía la certeza de que, sabiendo que le habían acogido, los hombres del Irgun no dudarían en golpearles para que hablaran.

Con el índice apoyado en el gatillo del fusil Enfield, el oficial partió en dirección contraria hacia la casucha de Zimeón y Dvora. Con el sonido de los primeros disparos, las calles se habían vaciado súbitamente. Detrás de las puertas y los postigos cerrados, los *neturei karta* esperaban, encerrados, a que la tormenta amainara, sin ser conscientes ni por un segundo de la verdadera naturaleza de los acontecimientos. Sudoroso, con el corazón palpitante, Tewp corrió hasta la casa del orfebre, donde tuvo que darse a conocer para que le abrieran. En el interior, la familia se había reunido en el taller, la habitación más grande, y todos, apretados unos contra otros, con los mayores abrazando a los más pequeños, miraban aterrados a Tewp.

—¡Debéis partir de inmediato! ¿Conocéis algún lugar donde refugiaros?

—Antes dijo que no teníamos nada que temer de los ingleses —objetó Zimeón.

—La situación no es como imaginaba —explicó Tewp—. No son los ingleses los que me buscan, sino la gente del Irgun. Saben que me he alojado en su domicilio. He detenido a un primer grupo, pero sin duda llegarán otros. ¡Hay que abandonar esta casa ahora mismo!

—¡Imposible! —exclamó Dvora retorciéndose las manos.

—¡Hay que actuar! ¡Rápido, ahora! —ordenó Tewp, sujetando a Zimeón por los hombros y zarandeándole para que comprendiera la urgencia de la situación—. ¡Estarán aquí de un momento a otro!

Mientras pronunciaba estas palabras, los vidrios de la habitación empezaron a vibrar, como si los cascos de mil caballos lanzados al galope golpearan el suelo de la calle.

—¡Un sótano! La casa debe de tener un sótano, ¿no? —aulló David Tewp.

Dvora tiró a su marido de la manga, y mientras juntos empujaban un pesado aparador que ocultaba una trampilla abierta en el pavimento, Tewp trepó a los pisos altos con la esperanza de atrincherarse en el techo y atraer sobre sí la atención de la patrulla. En la terraza cubierta de hilos de tender en los que se secaba la última colada, el oficial se tumbó contra el parapeto que daba a la calle. Un ruido

ensordecedor ascendía de la callejuela, por donde había conseguido deslizarse un viejo carro ligero Crusader —como el Carden-Loyd, un modelo superado hacía tiempo— El blindado, que vibraba en toda su estructura, expulsaba una humareda negra y nauseabunda. La unidad compuesta de una docena de hombres tomó posiciones en torno a la casa del orfebre. Sin duda, los activistas, bien informados, buscaban a Tewp. Tras considerar lo que el truhán Saporta le había revelado sobre sus lazos con el Irgun, el coronel no dudaba ni por un momento de que el mafioso era el verdadero instigador y el responsable de la operación. El inglés verificó su arma. Habitualmente, el fusil Enfield poseía una reserva de diez cartuchos, pero el modelo del que se había apoderado sólo estaba cargado hasta la mitad de su capacidad. ¡Cinco balas! ¡Tewp sólo tenía cinco balas para enfrentarse a media sección y un carro de asalto!

Mientras intentaba localizar al que daba las órdenes, sintió unos golpecitos raposos sobre los dedos. Atraído por el fuerte olor a pescado que impregnaba al oficial desde que había luchado con el portador de la Estrella de David, el gatito rojo de las hijas de Sternberg lamía ávidamente sus manos crispadas sobre el fusil. Tewp acarició la cabeza del felino, lo cogió y salió de estampida hacia el sótano donde se habían instalado los diez miembros de la familia del orfebre para ponerlo a resguardo. Después de haber tendido la bola de pelo maulladora a los niños, aliviados por haber encontrado indemne a la minúscula criatura, Tewp agarró una lámpara de petróleo y un paquete de detergente colocados sobre un estante. En la cocina, cogió una botella de vidrio, un trapo y una caja de cerillas, y luego, en la habitación que había ocupado, recuperó el jabón que le había dado Dvora. Instalado de nuevo en el tejado, vertió un puñado de polvo en la botella, trasvasó apresuradamente el contenido del depósito de la lámpara, añadió el detergente y el jabón, que había reducido a virutas gracias al cuchillo que había deslizado en su cinturón en la casa de la anciana, desgarró el trapo para hacer una mecha y hundió el retal en el cuello de la botella.

En la calle, el Crusader acababa de apuntar su cañón hacia la fachada de los Sternberg mientras, bajo la cobertura de sus camaradas, un puñado de infantes se disponía a derribar la puerta de entrada. Tewp calculó aproximadamente el peso y el equilibrio de la botella incendiaria haciéndola saltar en su mano, frotó una cerilla para encender la mecha y se arriesgó a incorporarse en toda su altura. Acto seguido, se sostuvo con firmeza sobre sus piernas y lanzó el cóctel Molotov contra el carro, por detrás de la torreta, hacia el punto en que las rejillas de ventilación se abrían justo por encima del motor. El proyectil se estrelló contra la chapa y la gasolina se inflamó. El combustible, viscoso por el jabón, no se dispersó. Concentrado en el punto de impacto, corrió en gotas incandescentes sobre el motor desprotegido, que inmediatamente se bloqueó y empezó a desprender una densa humareda negra.

Los hombres del comando levantaron los ojos y descubrieron a Tewp, quien, en actitud imprudente, observaba aún la escena. Un primer hombre disparó al azar en su dirección, mientras del blindado en llamas huía tosiendo un primer miembro de la

dotación. Pero el incendio que inflamaba al Crusader alcanzó el depósito de combustible antes de que los otros tipos hubieran conseguido liberarse. Bajo la presión de la explosión, el tanque estalló en pedazos y expulsó sus restos hasta una treintena de yardas de altura. Tewp, ensordecido por la deflagración, tuvo el reflejo de lanzarse al suelo, con las manos sobre la cabeza; luego, cogió su Enfield y se colocó en cuclillas, en posición de tiro, con el cuerpo encajado entre dos morrillos en forma de almena. En la calle, la destrucción de la vieja máquina había causado daños considerables, matando de golpe a seis o siete hombres, cuyos cuerpos desarticulados yacían patéticamente entre los restos inflamados. Otros combatientes habían sido heridos. Uno de ellos, con un pie arrancado, lanzaba gritos que desgarraban el alma. Otro, con las ropas ardiendo, rodaba por el suelo para apagar las llamas que le devoraban. Un tercero, aturdido por la onda expansiva, con las rodillas y las manos en el suelo, se vaciaba en vómitos y deyecciones... Tewp apuntó al primer hombre aún entero que entró en su campo de visión y apretó el gatillo. Alcanzado en el pecho, el blanco cayó pesadamente de espaldas, con los brazos en cruz. El coronel barrió la calle con la mirada hasta dar con un segundo objetivo, al que alcanzó en el vientre. Le quedaban tres cartuchos en el cargador, pero aún había cuatro hombres en disposición de combatir. Tewp disparó uno sobre una silueta que corría a refugiarse en un entrante, abatiéndola con un disparo a la altura de los riñones.

Atrincherados ahora detrás de los obstáculos que les protegían, los supervivientes habían recuperado el aplomo. Sometieron a Tewp a un fuego nutrido y le forzaron a batirse en retirada, al reducir a polvo los morrillos tras los que el inglés había tomado posición. Tewp descendió a toda prisa por la escalera, entró en una habitación del segundo piso y echó una ojeada al exterior. Su nuevo emplazamiento ofrecía un ángulo de tiro excepcional. A riesgo de falsear la trayectoria de la bala, hizo fuego a través del vidrio para no perder el efecto sorpresa. Alcanzado en la carótida, el hombre murió casi en el acto. Con la última bala ya montada en la cámara de percusión, Tewp pasó entonces al primer piso para repetir la maniobra, pero los dos tipos que quedaban no estaban en su campo de visión.

Gruñendo de despecho, Tewp bajó por la escalera hasta la planta baja y registró apresuradamente el banco de trabajo de Zimeón. Apiladas en un rincón, vio unas hojas de cobre de un pie cuadrado aproximadamente esperando a ser trabajadas. Cogió tres, se abrió la camisa y superpuso lo mejor que pudo las placas sobre su torso para improvisar un chaleco antibalas. Tras apretarse el cinturón al máximo sobre las costillas, volvió a coger su Enfield y, con alambre, fijó tan firmemente como pudo el cuchillo de cocina al extremo del largo cañón. Con el corazón palpitante, pero dominado por una excitación guerrera que le galvanizaba y aguzaba sus facultades, abrió de par en par la puerta de entrada y se precipitó al exterior. Las escamas de cobre a la altura de su esternón desviaron la primera bala; el impacto, no mucho más violento que un fuerte puñetazo, apenas frenó su impulso. A todo correr, Tewp saltó sobre el tirador, que se había descubierto, y lo clavó al suelo con una poderosa

estocada de su bayoneta improvisada. El moribundo, con burbujas de sangre asomando a sus labios, se debatió tratando de arrancarse el cuchillo del pecho, pero el inglés le dio el golpe de gracia apretando el gatillo de su Enfield. Tras recuperar el arma de su adversario, Tewp se apoderó también de un cargador lleno que el tipo tenía en el bolsillo y se dirigió reptando a un entrante entre dos casas. Ante él, crepitando, bramando y crujiendo por todas partes, el carro ya no era más que una hoguera que despedía un calor infernal a treinta yardas a la redonda, asando como vulgares pedazos de carne a los cadáveres que yacían en torno a él.

Quedaba un adversario por eliminar. ¿Dónde estaba? Tewp no tenía ni idea, pero era imperativo descubrirlo lo antes posible, porque en unos segundos los refuerzos enemigos podían invadir la calle. Tras deshacerse de las placas de cobre que entorpecían sus movimientos, el agente del MI6 se decidió a jugarse el todo por el todo volviendo a la vivienda de los Sternberg. Corriendo en línea recta, atravesó el terreno hendiendo la cortina de humo que desprendía el Crusader. Tres balas partieron de detrás de un viejo tonel de zinc que recogía el agua de lluvia bajo el canalón de un saledizo de madera sostenido por dos postes carcomidos. Tewp se aplastó contra el suelo y rodó detrás del armazón del blindado. Otra bala se perdió muy por encima de él. El calor era insoportable, y el inglés se vio obligado a retroceder, aun a riesgo de exponerse a los disparos del soldado emboscado. Encorvado y zigzagueando entre los cuerpos, saltó para protegerse detrás de un ancho pedazo de plancha triangular humeante, encajó su cargador y crispó nueve veces su índice sobre el gatillo, apuntando al más delgado de los postes de madera que soportaban el porche tambaleante. Astillado por sus tiros agrupados, el soporte se partió, pero la cabaña de madera no se hundió sobre la cabeza del tirador como Tewp había esperado. Apretando las mandíbulas, se disponía ya a atacar el segundo soporte cuando el soldado del Irgun sobrestimó el peligro que le amenazaba: tratando de abandonar su posición, se levantó, y fue alcanzado en el pecho por la décima bala del coronel.

Tewp se precipitó hacia la casa de los Sternberg y les ordenó que desalojaran el sótano y se ocultaran en la vivienda de un vecino.

—Y usted, ¿qué hará? —preguntó Zimeón, mientras Dvora y los niños corrían a refugiarse en el domicilio de un pariente próximo.

—¡Lo primero es poner a resguardo a Chaddai! Luego advertir al auténtico ejército británico... Y después... ¡no lo sé!

En la cocina desierta, Tewp se sacó la chaqueta, se vertió sobre el cráneo un jarro de agua para refrescarse después del furioso combate que acababa de mantener, y salió, tan rápido como pudo, en dirección a la casa del rabino.

Tewp tardó unos minutos en llegar a la casucha de Chaddai. La puerta de entrada estaba reventada y a lo lejos se oían voces. Aunque bramaba en yiddish, Tewp reconoció el timbre profundo y ronco del religioso. Ajustándose el Enfield a la cadera, avanzó por el pasillo de libros que conducía al despacho. Dos hombres

vestidos como oficiales ingleses pateaban al anciano, tendido en el suelo. Tewp hizo fuego a bocajarro sobre el primero, que, con el cráneo dislocado, se derrumbó contra una estantería desencadenando una avalancha de volúmenes. El coronel apoyó de nuevo el dedo sobre el gatillo, pero la bala se había enganchado en el cerrojo y el arma se encasquilló. Twep apuntó con su fusil como si fuera una lanza y lo propulsó contra la glotis del segundo tipo antes de que tuviera tiempo de alcanzar su propio *holster*. El hombre se tambaleó un instante como un pelele, y perdió el equilibrio al tropezar contra Isaac, que vomitaba abominables imprecaciones.

—*Traifener bain!* ¡Infieles! —rugió en dirección a sus agresores cuando el coronel le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Tiene idea de quién es esta gente, rabino? —preguntó Tewp después de haber verificado que las heridas de la frente del anciano no eran graves.

—¿Que quién es esta gente? ¡No tengo ni idea! ¡Pero conozco un medio de hacer hablar rápidamente al que usted ha dejado fuera de combate! ¡Ayúdeme a transportarlo a la sala de al lado!

Tewp desarmó al hombre desvanecido, le ató las manos a la espalda con su cinturón, lo arrastró por las axilas al oratorio y lo instaló ante la chimenea con los leños apagados. Isaac, con los pies desnudos, le siguió cojeando. Como había hecho cuando había querido ser gratificado con una visión, el rabino recitó una triple oración frente al tetragrama y luego se inclinó hacia el combatiente inconsciente.

—Tenemos que reanimarlo. ¡Rápido! Vaya a buscar agua, Tewp. Mientras tanto yo le prepararé.

Mientras el coronel salía en busca de un recipiente, Isaac empezó a balbucear otras palabras incomprensibles y trazó signos en el aire con los dedos de su mano izquierda levantados como una punta de lanza. Tewp volvió corriendo al oratorio con una jarra en las manos.

—¡Despiérteme a este inútil! —ordenó Isaac.

Se necesitaron algunas sonoras bofetadas, además de la ducha fría, para sacar al mercenario de su inconsciencia. Tras comprender su nuevo estatus de prisionero de sus enemigos, el hombre se puso a gemir y a llorar como un crío.

—¡Deja de gimotear! —le dijo malignamente el rabino amenazándolo con golpearle con su bastón—. Ahora me escucharás y responderás a todas mis preguntas. ¿Comprendido?

El tipo balanceó la cabeza, babeó un poco y murmuró un vago asentimiento en yiddish.

—A partir de ahora hablarás en inglés —le advirtió primero Isaac—. ¿Cuál es tu nombre?

—Samuel... Soy Samuel, hijo de Schlomo y de Hanna —balbuceó el cautivo poniendo los ojos en blanco.

—Bien, Samuel. Ahora sé un buen chico y dinos para quién trabajas. ¿Pertenece a esta banda del Irgun?

Samuel asintió con la cabeza.

—Quiero oír palabras, Samuel —gruñó Chaddai—. ¿Eres miembro del Irgun, sí o no?

—Sí...

—¿Por qué unos judíos se revisten con el uniforme británico para tratar de matar a un oficial inglés? ¿Qué monstruosidad es ésa?

—Mis jefes quieren levantar a todo Jerusalén contra los ingleses. Nosotros, los sicarios del Irgun, nos infiltramos en Mea Shearim con el uniforme británico. Asustamos a la gente... mucho ruido... ¡Tiros al aire! ¡Y aprovechamos para encontrar a un coronel inglés!

—¿Zino Saporta! —intervino Tewp—. ¿Está Zino Saporta implicado en esta operación?

—¡Dinero! Él da dinero... da armas... y dice que hay que matar a un coronel inglés que duerme en casa de un rabino o con la familia de un orfebre... No es difícil de encontrar. Es horroroso, este *brit*... ¡Monstruoso, incluso! ¡Sin nariz! ¡Sin nariz! ¡No tiene nariz! —aulló Samuel, que, bajo el efecto del hechizo lanzado por Isaac, cada vez controlaba menos sus palabras—. ¡Matar a todos los *brits*! ¡Expulsarlos de Palestina! ¡Eso es lo que ocurrirá! ¡En cuanto la bomba haya explotado!

Chaddai y Tewp intercambiaron una mirada de estupefacción.

—¿La bomba? ¿De qué bomba hablas, Samuel? ¡Dínoslo! ¡Vamos!

—¡Hotel King David! ¡Cuartel general de los ingleses! ¡Lo haremos saltar todo! ¡Todo!

Con los ojos en blanco y el cuerpo sacudido por espasmos, Samuel se echó a reír como un demente, incapaz de dominarse.

—¡Basta, ahora! —gritó Chaddai, descargando sobre el sicario un bastonazo tan violento que el hombre se derrumbó en el suelo, donde se quedó inmóvil.

Tewp no sabía qué hacer. Le hubiera gustado seguir interrogando a Samuel, porque no conseguía dilucidar si la bomba mencionada era un puro delirio de un hombre hechizado o si remitía a una realidad de la mayor importancia.

—¿Qué ha hecho, rabino? —preguntó al anciano, que se enjugaba las gotas de sangre que perlaban sus arcos superciliares reventados—. ¿Cómo podemos saber si lo que dice este tipo es cierto?

Isaac se puso tenso y adoptó un aire ofendido.

—¡Naturalmente que es cierto! ¡La pequeña ceremonia a que le he sometido goza de una excelente reputación! ¡Por lo que sé, ninguno de los rabinos que la han empleado a través de los tiempos se ha quejado jamás del resultado!

Tewp suspiró. Al parecer, si había que creer al activista del Irgun, se había planificado un ataque contra el King David como complemento de la *razia* ejecutada en Mea Shearim. Había que encontrar con la máxima urgencia un medio de conectar con el cuartel general de las fuerzas británicas. Pero ¿cómo hacerlo en un barrio en plena ebullición y desprovisto de teléfono?

—¿Sabe dónde podría encontrar un vehículo de motor, rabino? —le apremió Tewp.

—Ni idea —respondió Chaddai, apenado—. En cambio...

—¿Sí?

—¡Puedo decirle dónde hay caballos!

David Tewp no se había acercado en su vida a un caballo.

—¡Fácil de dirigir! —le aseguró el muchacho árabe que se encargaba del establo del barrio, donde, excitados por la inhabitual agitación, seis flacos cuadrúpedos piafaban y resoplaban en sus *boxes*.

¡Fácil de dirigir! Tirar de las riendas a la derecha para ir hacia la derecha. Tirar de las riendas a la izquierda para ir hacia la izquierda. Apretar las rodillas para no caerse. ¡Hundir los talones en el vientre para ir más deprisa!

—¿Y para detenerse? —preguntó Tewp una vez instalado sobre el lomo de un semental gris de mirada vivaz.

—*Inch Allah!*

Sometiéndose, pues, a la providencia divina, el coronel se inclinó sobre el cuello de la bestia y la taloneó. El animal se lanzó inmediatamente hacia delante a todo galope. El inglés se sujetó lo mejor que pudo, medio a las riendas medio a las crines del animal, y apretó los muslos con todas sus fuerzas contra sus flancos. Sin prestar atención al paisaje que desfilaba ni a las siluetas que aparecían ante su vista, de las que no hubiera sabido decir si eran de sicarios que seguían entregándose al pillaje o de habitantes en fuga, espoleó su montura sin descanso hasta salir de Mea Shearim por la única vía que conocía: la gran abertura principal. Un disparo silbó junto a él sin discernir si el tiro le estaba destinado o era una bala perdida. Los cascos del caballo golpeaban duramente el suelo, levantando una nube de polvo. Una vez hubo franqueado la puerta del distrito, el coronel galopó directamente hacia el sur, recto hacia la Ciudad Vieja, donde el hotel King David, sólido y tranquilo sobre su promontorio, adornaba su fachada con una inmensa Union Jack que chasqueaba orgullosa al viento cálido de Palestina.

SEGUNDO LIBRO DE THÖRUN GÄRENSEN

LOS EINHERJARS

El azar es una fábula. Para quien sabe ver, la existencia no tiene nada de caos, sino que se teje, al contrario, con un constante *ballet* de signos, de llamadas, de indicios y correspondencias a los que basta con prestar atención para extraer de ellos fulgurantes revelaciones. Así he pensado siempre. Y así sigo pensando. Del primero de noviembre de 1931 puedo decir, pues, que marcó el instante preciso en que dejé por completo de vivir. En ese día de los muertos, en ese Samain de los paganos, en el que, según cuentan las leyendas, se abren los pasos entre el mundo de los espectros y el de los vivos, Reinhard Heydrich en persona me acompañó hasta un viejo edificio siniestro donde debía sellarse mi destino.

Mucho antes del alba nos habíamos puesto en camino y habíamos abandonado Munich para adentrarnos velozmente en lo más profundo de una campiña bávara totalmente barnizada por el hielo de un otoño particularmente frío y húmedo. Thyssen Matschl conducía en silencio, concentrado. En la parte trasera del coche, arrebujados en nuestros abrigos, Heydrich y yo nos habíamos cubierto las piernas con un *plaid* de lana. Sobre nuestro destino exacto, yo no sabía nada, o casi nada...

—Es una antigua granja acondicionada que las SS utilizan para entrenarse y someter a los postulantes a pruebas físicas —me había informado Reinhard—. Se encuentra cerca de Bad Tölz. Lo lamento, pero no he insistido para que le dispensaran de este paso obligado. Es evidente que su integración se desarrollará mejor si se somete a las etapas habituales de nuestra formación. Así nadie podrá reprocharle que recibe un trato de favor. El propio Himmler estará en mejor disposición hacia usted sabiendo que ha merecido con su sudor y su sangre la plaza que le destina.

¡Sudor y sangre! Eso era, pues, lo que iba a constituir mi vida cotidiana durante las seis semanas que duraría mi entrenamiento.

—No me siento en absoluto preocupado por usted, Thörun —continuó—. ¡Posee las cualidades físicas requeridas para brillar en todas las disciplinas deportivas del programa. ¡Ah, lo olvidaba! Una última cosa... Entre los reclutas que harán el aprendizaje con usted, hay uno que se encuentra totalmente a mi sueldo. Tiene por consigna...

—Abatirme en caso de que realice algún intento de evasión, supongo...

—Veo que seguimos comprendiéndonos, señor Gärensen —sonrió Heydrich, antes de echarse al coleteo un largo trago de *schnaps* de un frasco que acababa de sacarse del abrigo—. Perdóneme, pero prefiero que no beba. Los novicios tienen prohibido el alcohol...

Mi rostro se ensombreció. Hundí mis manos enguantadas en los bolsillos y opté por callar durante el resto del trayecto. Por carreteras en mal estado, recorrimos un

centenar de kilómetros desde Munich. Después de haber atravesado un pueblo de casas tristes y bajas, donde no parecía que viviera nadie, el coche se adentró por un camino de fango, salpicado de baches, que conducía a una vieja granja fortificada.

—Los cimientos de este edificio datan del siglo XVI. Afirman que Thomas Müntzer^[3] y sus campesinos rebeldes lo convirtieron en una de sus plazas fuertes... Tal vez se trate de una leyenda, pero esto proporciona cierto caché al lugar, ¿no le parece, Gärensen?

Gruñí un vago asentimiento. En realidad, las anécdotas históricas que Heydrich tenía a bien infligirme no me interesaban demasiado. Salí penosamente del coche, con los miembros entumecidos por el frío y el largo trayecto sin cambiar de posición, demasiado deprimido por el desolador espectáculo que se me ofrecía para escuchar lo que el jefe del SD persistía en explicarme. Todo lo que veía me llevaba a pensar en una prisión. Nuestro vehículo se había detenido en un patio rodeado por gruesos muros lisos, en lo alto de los cuales corría un camino de ronda. Ante mí se levantaba un austero edificio cuadrado que parecía una torre de defensa y sin ninguna ventana en su fachada. Una gran puerta de roble oscura constituía la única entrada. Como en los cementerios, el aire estaba impregnado de un olor a hojas muertas, a tierra negra y húmeda, a vahos dé materia en putrefacción. Si no hubiera sido por la brisa fría que me azotaba el rostro, creo que hubiera vomitado. La perspectiva de pasar un mes y medio aislado en este siniestro decorado me oprimió el corazón.

—Alegre esa cara, Gärensen —me dijo Heydrich en tono divertido—. Cuando haya acabado, ya verá cómo conserva un excelente recuerdo de su paso por nuestra pequeña *Junkerschule*...

—¡A condición de que este recluta se muestre a la altura, *Sturmführer*! ¡Sólo con esta condición! —exclamó una voz a mi espalda.

No había oído llegar al hombre. No sé si fue a causa del timbre metálico de su voz o de la extrema furtividad con que se había acercado, pero su repentina intervención me sobresaltó. Me volví para clavar mis ojos en los suyos. Un tipo corpulento de rostro alargado, duro, surcado de arrugas tan profundas que conseguían borrar toda noción de edad, se encontraba plantado a unos centímetros de mí, tocándome casi con su torso abombado.

—Soy el *Hauptmann* Ghert Wussau-Pranghofer —declaró el lansquenete haciendo restallar la frase como un látigo de domador de circo—. Este centro de instrucción se encuentra bajo mi responsabilidad. A partir de ahora, obedecerá sin discutir. Coja su equipaje y preséntese al suboficial de guardia en el vestíbulo de la torre... ¡Adelante, Gärensen!

Golpeando un cigarrillo contra su estuche de plata, Heydrich me dedicó una sonrisa de soslayo que no supe interpretar si era de compasión o de cínica diversión. Reprimí un suspiro mientras cogía la maleta que Matschl me tendía y, sin mirar atrás, subí el tramo de escalones de la entrada. Cuatro hombres vestidos de civil esperaban allí, sentados en bancos de madera en el vestíbulo. Sus maletas estaban apiladas unas

sobre otras. Un tipo con uniforme negro instalado detrás de un escritorio me llamó.

—¡Eh, usted! Es Gärensen, ¿no? Coloque sus cosas sobre las de sus camaradas y siéntese. Otros cinco reclutas deben presentarse antes de que empecemos las formalidades de incorporación.

Obedecí sin discutir y esperé pacientemente junto a los otros reclutas, tan silenciosos como yo. De vez en cuando nos dirigíamos miradas interrogadoras, pero nadie se atrevió a tomar la iniciativa de iniciar la conversación. Finalmente, después de una hora, o casi, de espera en este vestíbulo mal caldeado, oímos un camión que se detenía en el patio. El grupo tan esperado se unió a nosotros, marchando bajo la batuta de un suboficial de las SS que nos tomó a todos bajo su mando.

—¡Sargento Dietrich Lauterbach! ¡Recuerden este nombre porque es el mío! —aulló el soldado—. Mírenme atentamente. Durante seis semanas seré su instructor. ¡Me pegaré a ustedes día y noche! ¡Seré peor que un tábano sobre una vaca! ¡Peor que un piojo en la barba del gran rabino de Munich! ¡Peor que una garrapata en el pelo de un chucho! ¡Sargento Dietrich Lauterbach! ¡Ese soy yo! ¡Y tendrán que lamentarlo, se lo aseguro!

Aquel energúmeno vomitaba sus frases con tanta fuerza que todo el vestíbulo vibraba, como un teatro sacudido por el do de pecho de una cantante. El sargento instructor Lauterbach, sin embargo, no tenía un aspecto precisamente imponente. No era más corpulento que un chiquillo aún en fase de crecimiento, y apenas debía de haber cumplido los dieciocho años. Sus cabellos, de un rubio tan saturado que parecían blancos, estaban cortados a cepillo sobre un curioso cráneo en forma de pan de azúcar. De estatura más bien mediana para ser un SS, francamente flacucho y con unos ojos globulosos de un azul de ropa de bebé, Lauterbach era perfectamente consciente de que su físico no impresionaba demasiado, un déficit que el sargento compensaba con una agresividad constante y una energía sin falla; así, se aplicó inmediatamente a ejecutar la brillante representación que había elegido para darse a conocer. Desagradable, huraño e hiperexcitado, siempre gritando y acosándonos, Lauterbach nos hizo efectivamente la vida difícil... Primero pasamos por las humillaciones habituales de quienes integran un cuerpo de ejército o una milicia: el corte de pelo al rape, el despojamiento de cualquier efecto personal y las piezas de uniforme mal cortadas a propósito, desperejas y mal cosidas para ridiculizarnos y hacernos sentir que éramos unos novatos, unos debutantes de los que se puede abusar sin problemas, hundidos en lo más bajo del escalafón, cargados con todos los deberes pero sin disfrutar, en cambio, de ningún derecho. Así pasamos las primeras horas de nuestra incorporación, recibiendo una impedimenta sumaria e instalándonos en un dormitorio inmenso y glacial en el último piso de la torre.

—La sección de instrucción que formáis sólo tiene derecho a agua fría, incluso para la ducha. Os despertarán cada mañana a las cuatro y media y os encargaráis de asegurar la intendencia para las otras secciones antes de empezar vuestra propia jornada de trabajo: entrenamiento físico, manejo de armas, técnicas de combate

cuerpo a cuerpo, ejercicios de obediencia... Dentro de cuarenta y dos días, aquellos de entre vosotros que se hayan derrumbado o hayan obtenido malos resultados serán despachados y no podrán optar nunca más a ingresar en las SS. Los otros serán admitidos definitivamente en las *Schutzstaffel*. Recibirán el uniforme y prestarán juramento. A continuación se les tatuará su grupo sanguíneo bajo el brazo derecho. Dietrich Lauterbach estará orgulloso de ellos y ellos podrán estarlo de sí mismos. ¡Pero de aquí a entonces os haré echar los bofes!

Para quien nunca se ha visto confrontado con la verdadera experiencia de la promiscuidad, la vida de cuartel es una cruel entrada en materia. Allí todo se vive en común. No se te concede ni una hora, ni un minuto de soledad. Si los gestos más íntimos están condenados a soportar una publicidad siempre enojosa, lo más difícil de soportar es, sobre todo, el eterno cotorreo de los otros. Nuestra sección de instrucción se componía de diez hombres. Por modesto que pueda parecer, este número —diez— es de todos modos ampliamente suficiente para crear una auténtica sensación de opresión cuando, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, tienes los mismos rostros sempiternos como único horizonte y estás condenado a oír siempre las mismas voces.

Entre los nueve compañeros que compartían mi suerte, inmediatamente me pregunté por la identidad del espía de Heydrich. ¿Quién era? ¿El alto y rubio Theodor, con sus aires de mono? ¿El apolíneo Max? ¿Tal vez Emil, el taciturno? ¿O sería Jan, que no había dejado de sonreírme y había tratado de confraternizar conmigo cuando esperábamos turno para hacernos esquilar? ¡Una pregunta idiota! También podía ser cualquiera de los otros cinco: Paul, el pequeño fanfarrón; Albrecht, el intelectual; o alguno de los amorfos Werner, Bernardt y Hans... ¡Por otra parte, tal vez estuvieran todos a sueldo de Heydrich! Aquello no me hubiera extrañado, viniendo del *Sturmführer*.

Los primeros días de entrenamiento se redujeron a la ejecución de algunas tareas bastante sencillas para mí. Mucho antes del alba, nos levantábamos para efectuar laboriosas sesiones de fregado, y luego, después de desayunar una bazofia repugnante, empezábamos nuestros ejercicios bajo las órdenes estridentes de Lauterbach. Medio desnudos y calzados con pesados borceguíes que nos desollaban la piel de los talones y nos aplastaban las uñas, corríamos aproximadamente una hora por el bosque húmedo que rodeaba el dominio. Yo había practicado mucho deporte en mi juventud, y mi cuerpo se rehabilitó rápidamente al esfuerzo, a pesar de que la rudeza del entrenamiento que nos imponían no tenía nada en común con mis sesiones en los sofisticados y confortables gimnasios de Oslo. ¡En la torre no había sauna después del esfuerzo ni cócteles de fruta tomados relajadamente al borde de la piscina en compañía de chicas bonitas, sino una ducha helada, un vaso de agua y una repugnante galleta tragada a todo correr en el mejor de los casos! Después de toda la

jornada corriendo, reptando, pisoteando el fango frío bajo los incesantes «*Schnell! Los, los, los!*» rítmicamente entonados por Lauterbach, volvíamos a la granja bien entrada la noche, para dirigirnos a toda prisa a un aula donde nos machacaban con la teoría militar básica.

—¡En el combate, dad siempre la preferencia a las heridas por encima de los golpes mortales! ¡Los heridos chillan, imploran que vayan a buscarlos, y esto frena el avance de los otros y, sobre todo, desmoraliza a los que todavía están en condiciones de actuar! Los heridos son mierda que echáis a las botas de vuestros adversarios. ¡Meteos esto en la mollera!

—¡Sí, sargento!

En el curso de la segunda semana, empezamos los ejercicios con armas de fuego. Habían acondicionado un campo de tiro en la parte baja de un pequeño valle, detrás de la granja, con dianas colocadas a treinta y a cien metros. Yo no había manejado un fusil en mi vida, y la única bala que había disparado se había perdido una noche de octubre en las molduras de cierta vivienda situada en el número 16 de Prinzregentenplatz, en Munich. Nos pusieron en las manos unos viejos armatostes difíciles de manejar y resbaladizos por la grasa. De pie, agachados, tendidos, tuvimos que tirar hasta agotar cinco cajas de municiones. El retroceso era impresionante y nos magullaba la espalda con cada disparo. Repetida doscientas veces, la operación me produjo un enorme hematoma.

—¡De los errores se aprende, Gärensen! ¿Qué se creía? —aulló Lauterbach cuando tuve la desgracia de hacer una mueca de dolor.

Luego los ejercicios se intensificaron y su dificultad aumentó. Primero hubo que hacerlo todo en un tercio de tiempo menos de lo habitual. Limpiar más deprisa, recorrer más rápidamente la misma distancia en el bosque, saltar obstáculos más altos, franquear fosos más profundos... Empezaron los despertares intempestivos en mitad de la noche para efectuar estúpidos ejercicios de obediencia: subir y bajar quince veces seguidas la escalera de la torre, cargar las mochilas de piedras y mantenernos inmóviles, en posición de firmes, durante horas, en medio del frío, en la oscuridad, bajo la lluvia helada de noviembre, tumbarnos en el fango y levantarnos veinte, cincuenta, cien veces...

—Hasta este momento sólo habéis hecho pequeños estiramientos, ejercicios de calentamiento antes de realizar las verdaderas pruebas —nos advirtió, sin embargo, Lauterbach cuando iniciábamos nuestra tercera semana en la *Junkerschule*—. ¡A partir de ahora, empezaremos vuestra formación de SS!

El alba gris se alzaba apenas cuando nos ordenaron que nos agrupáramos, una mañana, detrás de la plaza de armas. En quince días, todos habíamos cambiado mucho. Físicamente habíamos adelgazado pero habíamos ganado nervio. Nuestros ojos brillaban bajo el efecto de una alimentación demasiado frugal. Bajo la vigilancia del *Hauptmann* Wussau-Pranghofer en persona, nos hicieron subir a un camión y nos transportaron a unos cuarenta minutos del campo, por caminos llenos de baches que

atravesaban campos y bosques con el suelo saturado de agua. Sobre una eminencia que dominaba un paisaje lúgubre, tuvimos que bajar y alinearnos a lo largo del vehículo. Esperamos así, temblando bajo nuestras delgadas chaquetas, hasta que un ruido de motores creció detrás de una cortina de árboles. Dos camiones aparecieron y se detuvieron frente a nosotros. Una sección de SS en uniforme de invierno surgió del primero y desató a toda prisa el toldo del segundo, que ocultaba unas jaulas. Con los ojos dilatados, vimos unos enormes perros negros encerrados en ellas.

—*Tierkampf!* ¡Combate con las manos desnudas contra bestias salvajes! —nos explicó sumariamente Wussau-Pranghofer—. Dos perros por hombre. ¡Empezaremos por usted, Gärensen!

Las miradas de mis camaradas se volvieron hacia mí, petrificado ante la idea de lo que me esperaba.

—¡Ya ha oído al *Hauptmann!* ¡Adelántese, maldita sea! —gritó Dietrich Lauterbach al tiempo que me golpeaba con fuerza en el torso con su fusta.

Como un autómatas, di un paso adelante. El sargento me tiró del brazo mientras lanzaban dos jaulas al suelo.

—¡No hay reglas! Le soltarán a los perros, que están entrenados para el combate y no le regalarán nada. ¡Arrégleselas como pueda!

En medio de un silencio mortal, los novatos y los SS formaron un círculo en torno a mí y las dos fieras fueron liberadas. Los animales, dos grandes machos adultos que debían de pesar sus buenos cuarenta kilos cada uno, salieron lentamente de su jaula sin ladrar, con absoluta frialdad, concentrados, seguros de su poder, gruñendo apenas. No tenía nada para protegerme de ellos, ni un bastón ni una piedra, ¡sólo mi fuerza bruta y mi determinación de salvar la piel! Rápidamente me saqué la guerrera y la enrollé en torno a mi antebrazo para que me sirviera de protección. Y sobre todo, desabotoné mi camisa tan deprisa como pude y la enrollé como una morcilla para anudármela luego en torno al cuello. Con el torso desnudo y las piernas firmemente plantadas en el suelo, doblé las rodillas para bajar mi centro de gravedad y mejorar mi equilibrio. Los perros me habían observado gruñendo y mostrando los colmillos, pero sin acercarse a mí. Creo que mi preparación les había intrigado y que trataban de adivinar si iba a ser una presa fácil o si deberían luchar para desangrarme. ¿Sentirían esos animales, en mí, el miedo o la rabia? La rabia más bien, porque en lugar de ponerme a temblar amedrentado, me dominó, en ese momento, una gran excitación que reconocí como un auténtico deseo de combatir, ¡e incluso, lo confieso, como un profundo deseo de matar!

En lugar de esperar la carga de los perros, me precipité sobre ellos. No sé cómo ocurrió, pero el hecho es que caí con todo mi peso sobre el primer animal, demasiado sorprendido por este ataque repentino para retroceder. Mis noventa kilos propulsados a toda velocidad le partieron la columna vertebral, que se quebró con un espantoso crujido de rama muerta. Enfurecido por el giro de los acontecimientos, el segundo animal saltó sobre mí mientras aún estaba en el suelo —de rodillas sobre el cuerpo de

la bestia con los riñones destrozados, que gemía de dolor— y cerró sus enormes mandíbulas sobre mi brazo protegido. El grosor del tejido impidió que sus caninos lo horadaran hasta alcanzar mi piel, pero el impacto me derribó y me hizo caer en el fango. Las zarpas del perro desgarraban mi vientre desnudo, y me debatí para tratar de incorporarme; pero la boca del animal, que se había cerrado sobre mí con la fuerza de un torno, me mantenía tendido en el suelo. En cualquier instante, lo sabía, el perro podía comprender que no mordía mi carne y optar por soltar su presa para atacarme en la cara. Si ocurría esto, estaba perdido. El olor nauseabundo a pelo mojado saturaba mi nariz y, al ver que no encontraba ninguna salida a este combate, sentí deseos de vomitar; pero de pronto la fiera, apoyando sus patas traseras sobre mi abdomen, colocó por sí misma sus genitales al alcance de mi mano libre. Sin reflexionar, le sujeté los testículos y tiré con todas mis fuerzas. La piel se desgarró, lanzando sobre mi puño un chorro de sangre caliente y grasa, de un picante olor metálico. Los ojos del perro se desorbitaron y sus mandíbulas aflojaron inmediatamente la presión. La pobre bestia se soltó para lanzarse a una carrera loca, errática, profiriendo gañidos desesperados que inspiraban piedad. Detrás del velo de sudor que me cubría el rostro, vi cómo Wussau-Pranghofer sacaba su arma y daba el tiro de gracia a los dos perros mutilados. Cubierto de fango, de sangre y de saliva de animal, me incorporé y me sequé con mi guerrera.

—Ha vencido, Gärensen, pero de una manera más traicionera que valerosa —me espetó el lansquenete mirándome con mala cara—. No crea que se ha ganado mi estima con este lamentable combate... ¡El siguiente!

El comentario del *Hauptmann* me enfureció, pero me contuve y me reincorporé tranquilamente a las filas para presenciar los restantes enfrentamientos. Werner, el segundo de la lista, no tuvo mi suerte. Blanco como el papel cuando pronunciaron su nombre, el primer perro le destrozó el hombro, y el segundo, el muslo. Lo evacuaron y lo recosieron toscamente antes de excluirlo de la *Junkerschule*. Lo que le ocurrió a Jan fue aún más terrible: los animales le reventaron un ojo y le machacaron de tal modo con sus colmillos los tendones de su muñeca derecha que tuvieron que amputársela con urgencia. Esa mañana perdimos también a Emil, que se negó obstinadamente a enfrentarse a los animales y firmó así su expulsión inmediata del grupo de postulantes al uniforme negro. A la vuelta éramos, pues, siete, más o menos ensangrentados, más o menos magullados, pero todos aptos para continuar el entrenamiento.

Los días siguientes aprendimos a pelear con el cuchillo. Wussau-Pranghofer nos dio también lecciones de esgrima con el sable de caballería, un arma temible, larga y pesada, afilada como una navaja de afeitar, que se divertía en hacernos manejar con la punta desnuda. Ya no sé si fue Max o Albrecht quien, en uno de estos juegos, recibió una fea herida que le abrió la cara de la sien a la mejilla.

—Es un honor ser herido en el rostro en un combate con arma blanca —pontificó el *Hauptmann*—. Si su rostro no lleva al menos una cicatriz, es que no vale gran cosa.

¡Mientras el *Mensur*, el duelo a primera sangre, se practique en todas las buenas sociedades de estudiantes de Alemania, el país renacerá de sus cenizas!

¡El país y su honor! Ése era el único tema de conversación que conseguía animar el dormitorio cuando por fin nos dejaban algún minuto libre. En cuanto había acabado sus tareas y podía tenderse en su litera, Albrecht sacaba el *Mein Kampf* de su baúl y empezaba a leerlo en voz alta, como un comisario político soviético hubiera hecho con *El capital*, o un mormón con la Biblia. Creo que esto irritaba profundamente al rubio Theodor, que, sin embargo, no se atrevía a decir nada. Ya desde esa época, la más pequeña crítica emitida sobre Hitler o su obra equivalía a un suicidio público en las SS. Entrenados para ser la guardia pretoriana del jefe del NSDAP, le debíamos una fidelidad y una fe absolutas, tan inquebrantables como exclusivas. Grandes retratos fotográficos adornaban casi todas las paredes de la torre, el refectorio, los pasillos, los despachos de los oficiales y, desde luego, nuestro propio dormitorio. Tener constantemente bajo los ojos la imagen de Hitler me volvía a la vez taciturno y agresivo. Ese rostro mediocre, con su ridículo bigote, su mirada venenosa y esa mecha grasienta caída sobre una frente estrecha, me recordaba sin cesar mi aventura con Geli. ¡Ah, si no hubiera cometido la estupidez de enamoriscarme de esa chica!

—¿Perdido en sus pensamientos, Gärensen?

—No tengo pensamientos, sargento.

—¡Eso es justamente lo que quería oírle decir! ¡De modo que deje de comportarse como si soñara despierto o le ordeno que haga el recorrido del combatiente diez veces sin ropa!

—¡A sus órdenes, sargento!

Los últimos días en la torre fueron los más duros que nunca he vivido. Una mañana nos distribuyeron píldoras de Pervitina, un excitante que habitualmente se da a los combatientes en período de ofensiva para eliminar cualquier síntoma de sueño.

—¡Hasta que salgan de aquí no van a dormir! —aulló Wussau-Pranghofer mientras estábamos reunidos en el campo de maniobras— ¡No sólo no dormirán, sino que tampoco comerán! Los empujaremos a los límites de su resistencia física y mental. Entonces veremos quiénes de entre ustedes serán los *Einherjars*, los guerreros de élite que merecen primero su graduación.

A mi cuerpo, ya consumido por las semanas de esfuerzo y privaciones, le costó mucho resistir el ritmo infernal que tuvimos que soportar a partir de ese instante. Mis pies estaban desollados hasta el punto de que tenía la sensación de que caminaba sobre el hueso, y ni siquiera me atrevía a sacarme las botas por miedo a ser incapaz de calzármelas de nuevo, tan hinchada y magullada tenía la carne. La Pervitina nos permitió resistir seis días sin sentir la necesidad de dormir. En contrapartida, el producto decuplicó nuestra agresividad al cabo de cuarenta y ocho horas. Max, un guapo chico, hijo de un maestro impresor en la vida civil, fue el primero en estallar, explotando de ira contra el sargento Lauterbach cuando éste le amenazó con hacerle

pasar por una nueva *Tierkampf* si no accedía a avanzar más rápido durante una marcha nocturna en un pantano apestoso y glacial. Max cogió la fusta que el sargento blandía bajo sus narices, la partió y se lanzó al cuello del joven instructor. Tuvimos que intervenir y dominar a nuestro camarada después de que derribara a Lauterbach y le hundiera sin piedad la cabeza en el inmundo cenagal. Huelga decir que Max fue despachado de inmediato. Aún puedo verle llorando a lágrima viva como un crío, vestido de civil, con su maleta en la mano, lanzando una última mirada a la inmensa bandera roja con la cruz gamada que ondeaba por encima de los edificios de *Junkerschule*. Paul tampoco resistió a la prueba de la falta de sueño. Lo encontraron sentado, postrado en un rincón del dormitorio, balbuceando palabras inconexas y temblando con una fiebre nerviosa que le privaba de toda capacidad de raciocinio.

Al término de la última semana no quedábamos, pues, más que cinco de los diez reclutas que iniciamos la instrucción. Demacrados, fatigados, irritables, pero con los reflejos terriblemente aguzados y dotados de una fuerza muscular decuplicada, ya no éramos más que bestias salvajes, demasiado agotados para recordar nuestra vida de antes de la torre. Fuera del recinto, el mundo exterior parecía haberse borrado. Yo mismo sólo pensaba en la mejor manera de matar a un enemigo con las manos desnudas o con cualquier objeto que pudiera desviar de su uso cotidiano para convertirlo en un arma temible. Bajo sus toscas maneras, Dietrich Lauterbach, Ghert Wussau-Pranghofer y los otros instructores se habían revelado como unos enseñantes de una incomparable eficacia. En apenas unas semanas nos habían convertido en unas máquinas de matar capaces de afrontar y de vencer a cualquier enemigo.

—Cuando formemos un verdadero cuerpo de ejército, podremos entrenar a nuestros muchachos. De momento nos contentamos con el mínimo exigible..., ¡pero eso ya es mejor que nada! —nos dijo el *Hauptman* cuando nos reunió para anunciarnos el fin del entrenamiento—. La creación de un cuerpo de ejército SS: ¡éste es el objetivo hacia el que debéis orientar en adelante todas vuestras energías! ¡Un ejército de soldados de élite que no temerán mirar a la muerte a la cara, porque en ella verán no una maldición, sino una vía para transformarse, para convertirse en algo más, algo mejor que el muñeco de carne que la mayoría de los hombres se contentan con ser! ¡Por Alemania! ¡Por la victoria!

Vestidos por vez primera con el uniforme negro, con el brazo en alto, hicimos el saludo ritual y juramos fidelidad a Hitler sobre la hoja de una espada con la que los oficiales nos armaron caballeros, como en la Edad Media. Unas horas antes de la ceremonia nos habían tatuado nuestro grupo sanguíneo bajo el brazo derecho para facilitar las transfusiones en las feroces batallas que estábamos destinados a librar por la gloria de la patria y la supervivencia de la raza aria.

Finalmente, el 16 de diciembre de 1931, justo al mediodía, bajo una nieve fina, subí al largo Mercedes que Heydrich había enviado para que me recogieran. Thyssen conducía.

—¡Se ha fundido a la mitad! —me dijo observándome por el retrovisor.

—Lo sé, Thyssen, lo sé... —conseguí gruñir antes de envolverme en una manta y dormirme como una masa inerte sobre el mullido asiento trasero.

—Bien, Gärensen, veo que ha superado usted las pruebas sin gran trabajo. El informe de ese viejo cernícalo de Wussau-Pranhofer es excelente. ¡Lea usted mismo!

Heydrich me pasó una nota de evaluación que informaba sobre mi comportamiento en la torre. Con unos trazos caóticos que revelaban una escasa familiaridad con los gestos de la escritura, el *Hauptmann* instructor había anotado estos juicios sobre mí:

El recluta Gärensen goza de una excelente vitalidad física, cuyo rendimiento podría mejorarse aún ampliamente. Ha sabido dar prueba de iniciativa, valor y obediencia en ejercicios difíciles. Apto para ocupar un grado elevado en una compañía de combate.

—Lapidario —me limité a comentar.

—¿Qué esperaba, viniendo de un veterano como él? ¿Goethe? No sea idiota, Gärensen. Prangofer es el mejor instructor que tenemos por el momento. Le conozco bien, y normalmente escatima los cumplidos. Recibir tantos elogios de su parte es patrimonio de algunos rarísimos brutos... Me alegro de que usted se cuente entre ellos. Esto no puede sino favorecer la marcha de nuestros asuntos. A este respecto quería decirle...

—¿Sí?

—Heinrich Himmler le espera mañana mismo. A las diez en su despacho. No se retrase y no huela a nicotina. ¡Tiene el olfato delicado y detesta el olor de los cigarrillos!

Ese día, después de haber visto a Heydrich, y por primera vez desde hacía más de cuarenta días, disfruté de nuevo de cierta libertad de movimientos. Thyssen me condujo de vuelta al amplio apartamento del centro, donde tomé un largo baño antes de abalanzarme sobre la comida que había cocinado la sirvienta. Luego, con una botella de *schnaps* en la mano y el cuerpo envuelto en una larga bata de seda, deshice el equipaje mientras la nieve se espesaba sobre las calles de Munich. En mi maleta había traído de la torre de Bad Tölz el uniforme de soldado SS de primera clase. Lo colgué en una percha, de cara a mí, y lo miré un buen rato, recordando con embarazo el uniforme guardado en el ropero de Sacha Hornung. ¿Qué me diferenciaba ahora a mí, con mi chaqueta negra, de Hornung, con su guerrera color tabaco, los dos con la cruz gamada sobre el brazo? Poca cosa, de hecho... casi nada...

A la mañana siguiente, a las diez en punto, fui introducido en el despacho de Heinrich Himmler. En uniforme, el hombrecillo que había conocido en casa de los Heydrich no parecía mucho más impresionante que cuando se enfundaba en un banal traje civil. Con treinta y un años, con su bocio y su panza de funcionario, semejaba un viejo prematuro. Himmler se mostró particularmente cortés conmigo.

—Me han informado de que no ha quedado en mal lugar en su pequeña estancia en la *Junkerschule*. Me alegra saberlo. Al verle, mi olfato enseguida me dijo que me encontraba ante un ser notable, señor Gärensen. Ahora que es auténticamente uno de los nuestros, ha llegado el momento de recompensarle. Digamos, para empezar, que le elevo al grado de *Hauptmann*. Evidentemente esto es sólo un inicio para un hombre como usted. Además, quiero pedirle que abandone su puesto en la universidad. Tengo una acuciante necesidad de sus servicios, sabe, y dudo que pueda usted simultanear dos carreras... ¡Pero no tema! En cuanto lleguemos al poder, podrá reintegrarse a la enseñanza si le apetece. Tengo en perspectiva un puesto de rector para usted. Haremos que adopte la nacionalidad alemana, naturalmente; pero eso será sólo una mera formalidad. Mientras tanto, trabajará en mi gabinete personal junto a Willigut y Hielscher. Ya les conoce, ¿recuerda?... Al contrario que en su caso, aún no he podido convencer a Hielscher de que se una a nuestras filas. Es un excelente colaborador, pero sigue siendo un civil. ¡Poco importa! Estoy seguro de que los tres harán un trabajo excelente. Willigut le dirá exactamente qué espero de usted... ¡Y ahora, Gärensen, póngase al trabajo!

Entrechocando los talones, como había aprendido a hacer en la torre de Bad Tölz, me despedí de Himmler. A la salida me esperaba un hombre, un oficial de administración encargado de entregarme mi nueva graduación y cumplimentar conmigo algunas formalidades.

—Aquí tiene también un bono para el sastre. Necesita un uniforme de oficial a su medida. Así como unas botas... dos pares del modelo estándar. No tiene que desembolsar nada. Todo va a cargo del partido... Vaya lo más rápido posible y haga que le lleven a su nuevo despacho...

¡Mi nuevo despacho! Qué apelativo rimbombante para lo que no era sino un gabinete húmedo y sombrío, una habitación con el techo bajo y con el papel pintado despegado, situada en la planta baja de un edificio sórdido que cualquier mente sensata hubiera calificado de tugurio, con sus parqués abombados, sus puertas que no cerraban y sus estufas de carbón que tiraban tan mal que era más prudente no encenderlas. La casa, sin embargo, había conocido tiempos mejores, antes de la guerra, cuando era todavía el Vier Jahreszeiten Hotel, un establecimiento que gozaba de buena reputación entre los pasantes de notario ingleses. ¡Ahí comenzaba, pues, mi brillante carrera entre los nazis!

—Pronto tendremos palacios y templos donde venerar a nuestros dioses, mi

querido Gäreisen... Mientras tanto, hay que pasar por la fase del trabajo en la sombra: ¡la privación absoluta de los bienes de este mundo!

Aparte de su clara tendencia a descuidar el uso del jabón, Hielscher no era un mal tipo. Trataba sobre todo con él, porque Willigut me evitaba ostensiblemente. La primera tarea que nos había confiado Himmler era proporcionar cuanto antes posible un marco simbólico fuerte a las SS. Había que establecer una mística lo suficientemente plástica para exaltar los espíritus y bastante anclada en la realidad histórica para resistir las críticas de nuestros adversarios y convertir en caduca su acusación de artificialidad. Desde el fin del siglo XIX, por suerte, Alemania había conocido períodos de exaltación de su cultura popular tradicional. Aquél no era un hecho nuevo que apuntara inopinadamente en el horizonte. Por todo el país, antes de la guerra, muchos alemanes habían pertenecido a movimientos *völkisch*, organizaciones juveniles comparables a los *scouts* anglosajones pero mucho más implicadas en el retorno a una forma de vida rural, pionera y pagana. Preparada desde hacía decenios, el alma alemana sólo pedía abrirse nuevamente a los cantos de los antiguos dioses.

Con toda honestidad, debo reconocer que este trabajo me apasionó infinitamente más de lo que lo habían hecho mis investigaciones y mis cursos en la universidad. Si Willigut era un charlatán que confundía alegremente los panteones sajón y escandinavo, descuidando las diferencias —que eran, de hecho, enormes— entre las diversas épocas del alfabeto rúnico, Hielscher era un verdadero pozo de ciencia, a la vez antropólogo, filólogo, historiador y visionario. Nos entendimos muy bien. En unas semanas establecimos entre los dos las líneas directrices del simbolismo de la Orden, empezando por justificar las imágenes que habían sido elegidas, a fin de cuentas, de forma empírica e intuitiva.

—¿Por qué la calavera en nuestros emblemas? —pregunté.

—Porque desde siempre es el símbolo de los que están suficientemente despegados del mundo sensible para no situar ya la satisfacción de sus necesidades materiales en el epicentro de su vida. Piense en la meditación impuesta a los francmasones en su gabinete de curiosidades con la única compañía de un cráneo humano y de un puñado de sal en una copela. Piense también en la fraternidad *Skull and Bones* de los estudiantes de Yale. O piense en las vanidades de los pintores barrocos, con sus santos meditando frente a un esqueleto...

—¿Y el color negro?

—El mismo significado. Es el color sacerdotal y alquímico de los que tienen el coraje de llegar hasta el extremo de sí mismos y de un veneno hacen un bálsamo...

—*Pharmakôn!* —dije pensando en esa vieja figura empleada por Platón para designar una sustancia mortal para unos y curativa para otros...

—Exactamente, Gäreisen. Pero evitando que haya demasiadas referencias filosóficas huecas, ¿le parece?... *Facere docet philosophia. Non dicere.*

—«La filosofía enseña a actuar. No a hablar.» Séneca. *¡Vigésima carta a Lucilio!*

PERINDE AC CADAVER

Conservo un recuerdo particularmente confuso de los últimos días de 1931. Tal vez la fatiga nerviosa y física acumulada durante mi estancia en la torre explique esta confusión de los hechos y las palabras, de los encuentros y los pensamientos que tejieron entonces mi vida cotidiana. Tal vez también —y creo que esto es más probable— haya evitado voluntariamente que accediera a mi conciencia este período donde, dividido entre la feroz exaltación causada por mi trabajo junto a Hielscher y la asfixiante impresión de ser una marioneta en manos de Heydrich, ya no conseguía saber si había acabado por elegir libremente mi destino o no era más que un esclavo dócil, resignado por debilidad a servir a intereses superiores. Creo que nunca viví más claramente esta escisión íntima de mi ser que el día en que Heydrich me autorizó a volver por unos días a Oslo.

—No quiero que cambie de costumbres, Gäreisen —me había dicho el *Sturmführer*—. Dentro de unos días tendrán lugar el solsticio de invierno y las fiestas de Navidad. El propio Himmler se retira al campo. Todos los servicios SS estarán cerrados. Aproveche para ir a ver a los suyos. Beneficiarse ahora de un poco de tiempo libre le ayudará a mantenerse concentrado durante los meses que seguirán. Y además, si por desgracia tuviera la mala idea de olvidar el camino de vuelta, yo lo sabría muy pronto. No dude de que le haría volver arrastrándole del cuello, y tal vez esto no le gustara...

Yo había mascullado un vago agradecimiento antes de volver a mi casa para vestirme con ropa civil, cerrar mi maleta y salir para tomar el primer tren.

Ya no sé dónde sucedió, tal vez dos o tres horas después de haber dejado Munich. Estaba solo en el compartimento y miraba cómo la nieve revoloteaba sobre un paisaje boscoso. Las nubes, sin embargo, permitían el paso de esos finos rayos amarillo pálido que el sol de invierno lanza a veces. Comprendí que partir era una trampa. Si tenía la desgracia de franquear la frontera y volver a Oslo, sabía que nunca tendría la fuerza de ánimo necesaria para volver a Alemania. Condenado a acechar la aparición de los asesinos que Heydrich no dudaría en enviarme, me vería obligado a convertirme en un eterno fugitivo, a pasar el resto de mis días en el exilio, a vivir instalado en el miedo. ¡Aquello estaba por encima de mis fuerzas! Bajé en la primera parada, una pequeña ciudad gris de la que sólo recuerdo el abominable olor de carne muerta que flotaba en torno a los mataderos industriales que se encontraban frente a la estación. Allí, mientras sentado en la cantina esperaba tristemente el próximo tren para Munich, vi venir hacia mí al bonachón de Thyssen.

—¿Vuelve? Creo que hace bien. Nuestro *Sturmführer* estará encantado de saberlo.

—He tenido piedad de usted, Thyssen. ¡Diez días en Oslo vigilándome se le hubieran hecho muy largos! —dije simulando una sonrisa pero sin conseguir velar la

tristeza de mi voz.

Thyssen Matschl me palmeó paternalmente la espalda y fue a telefonar. Un poco más tarde, llegó un Horch largo y confortable para llevarnos a Munich. Esa noche, al volver, apesadumbrado y solo, a mi apartamento, decidí emborracharme con vino.

El año 1932 fue difícil para las SS. Ni Himmler ni Heydrich conseguían avanzar sus peones como deseaban. Aunque el futuro *Reichsführer* había obtenido en enero la dirección de la Casa Parda —la central del partido en Munich, donde también yo instalé mis cuarteles—, se imponía la sensación de que nos encontrábamos atascados en esa larga línea recta que conducía a la dominación política de Alemania. Cierto que a principios de marzo hubo un oscuro asunto de complot interno que apuntaba a desestabilizar Rohm mediante la revelación pública de la inversión de sus costumbres; pero el asunto, mal llevado, no desembocó en resultados inmediatamente tangibles. A Heydrich, que detestaba al jefe de las SA y de quien yo sospechaba que se encontraba en el origen del ataque, le fue difícil asumir su fracaso. Con todo, un día en que acudí a entregarle mi informe semanal sobre mi trabajo junto a Himmler, me predijo la próxima caída de la casa Rohm.

—Es una lucha a muerte entre las SA y las SS. Si no tomamos la delantera, ese viejo cerdo podría muy bien exigir nuestra eliminación pura y simple... ¡Y esto no debe, no puede producirse!

La evocación de las SA me llevó a pensar en Sacha Hornung. ¿Qué habría sido de él desde la última vez que le había visto, sólo unos días antes de mi partida a Bad Tölz? ¿Seguiría dando clases de Geografía en la universidad? ¿Vestía aún el uniforme pardo? Después de haber pasado varias semanas evitando salir por miedo a encontrarle, sentí deseos de hablar con él. Aparte de que ya no soportaba el aislamiento en el que voluntariamente me había encerrado, mi conciencia me dictaba que le advirtiera del enfrentamiento que se preparaba entre nuestras dos milicias. Una noche, vestido de civil, fui a llamar al domicilio de su familia, pero un sirviente me explicó que había abandonado Munich unas semanas antes para pasar una larga temporada en el extranjero. Esta partida inesperada me tranquilizó. Era mejor que Hornung se encontrara lejos de Alemania cuando las hostilidades tomaran realmente cuerpo.

En cuanto a mí, recuperé mis costumbres en el Blauer Hase, donde gastaba estúpidamente mi dinero haciendo costosos regalos a mis chicas preferidas. Mi sueldo oficial era de cuatrocientos marcos, pero había que contar los mil suplementarios que me concedía Heydrich por desempeñar el papel de agente doble junto a Himmler. Viví, así, en la opulencia durante todo el año, multiplicando los gastos tal vez para olvidar hasta qué punto, en lo más profundo de mi ser, estaba avergonzado por la situación en que me había visto involucrado. Sin verdaderos amigos, en este país extraño sometido a convulsiones que apenas comprendía,

rodeado de personalidades intelectualmente brillantes pero crueles y devoradas por la ambición, encontraba refugio cada vez con más frecuencia en el alcohol y los manjares terrenales. En unos meses, mi silueta cambió. Gané peso, y mis rasgos se empastaron. Mirarme cada mañana en el espejo para afeitarme se convirtió en una prueba cada vez más penosa. Me hundía en una suerte de negligencia que no iba con mi carácter y que no hacía sino aumentar mi malestar. Mientras junto a mi puerta familias enteras no habían comido carne ni fruta desde hacía meses, yo experimentaba un placer maligno destruyendo mi cuerpo con toda clase de excesos. Además de las chicas, hice numerosos gastos frívolos. En el mes de mayo de 1932 adquirí un Mercedes rojo extremadamente vulgar, a la vez rápido y pesado, en el que los domingos llevaba a dos o tres pensionistas del Blauer Hase a arremangarse las faldas en el campo. A menudo demasiado borracho para devolverlas a casa después de nuestras juergas, me hacía llevar de vuelta por estas jóvenes que —como podía oír a través de la bruma de mi embotamiento étílico— no se privaban de burlarse de la ruina en que me había convertido.

Y luego, un día, todo esto acabó como si hubiera sido un mal sueño. Eché a las dos chicas que había encontrado en mi cama al despertar, me tomé la ducha fría más larga de mi existencia, vacié todas las botellas de alcohol en el desagüe, vendí el coche de nuevo rico que había tenido la estúpida idea de comprar y pedí permiso a Heydrich para adiestrarme en el arte de la esgrima con él tres veces por semana.

—Necesito movimiento —expliqué al *Sturmführer*—. Wussau-Pranghofer me mostró algunos pases interesantes que me gustaría entrenar. Manejar la espada me haría mucho bien.

—Reacciona justo a tiempo, Gärensen. Estaba a punto de imponerle una segunda estancia en la torre. Ha cogido grasa, recientemente. Y eso no me gusta... ¡En mi opinión es imposible pensar correctamente con un vientre redondo! De acuerdo, pues; le llevaré a la sala de armas. También haremos equitación. ¡El caballo y la espada! Un caballero digno de este nombre debería practicarlas a lo largo de toda su vida...

Desde el inicio de 1932, acompañé regularmente a Heydrich en las sesiones de ejercicio físico que se imponía. El *Sturmführer*, temible espadachín, poseía también una afinidad natural con los caballos, a los que respetaba y admiraba sinceramente. En unas semanas perdí el exceso de peso y recuperé la vitalidad perdida. Mi cuerpo ganó musculatura, y mi mente recuperó todas sus facultades. La crisis había pasado. Sin embargo, yo ya no era el mismo Thörun. Algo había cambiado en mí. Acababa de aceptar plenamente mi destino y encontraba en esta aceptación un equilibrio, e incluso, podría decirse, un poco de esa paz interior a la que hasta ese momento siempre había aspirado en secreto pero que obstinadamente se me había escapado. Reconciliado conmigo mismo, tuve el coraje de escribir una larga carta de explicación a mis padres. Mis palabras eran sinceras y, aún hoy, no reniego de ellas... *Perinde ac cadáver*, «a semejanza de un cadáver», es el lema de san Ignacio de Loyola para representar la obediencia absoluta que los miembros de la Orden de los

jesuitas deben a sus superiores. Así me resigné yo a vivir entonces, ignorando la restricción con la que el sabio español se había preocupado de atemperar su exhortación: *Perinde ac cadáver sed in omnibus Abi peccatum non cerneretur*, «a semejanza de un cadáver pero en todas las cosas donde no se ve pecado...».

—Hitler se obstina en reclamar la victoria por las urnas —tronó un día Karl María Willigut al volver de una cena bien regada en compañía de no sé qué subalternos del partido—. ¡La victoria por las urnas! ¡Cuando sería tan simple para nosotros darle la victoria por las urnas! ¡Las urnas! ¡Más fuertes que las urnas! ¿Comprenden? ¡Urnas y urnas! ¡Es cómico! ¡Cómico!

Hielscher y yo intercambiamos una mirada consternada antes de tender al viejo a la fuerza en un sofá. Le quitamos las polainas y los zapatos y le dejamos dormir tranquilamente la mona. Mientras le oíamos canturrear viejas canciones picantes en la habitación vecina, Hielscher adoptó un aire grave para hablarme:

—Lamento decirlo, Gärensen, pero el NSDAP agrupa decididamente a demasiada gente mediocre para que todo esto no acabe mal. En cuanto empiecen a asumir responsabilidades, estos mequetrefes se desgarrarán entre sí por unas migajas de poder, y esto no se hará sin traiciones y sobresaltos. Me pregunto si no abandonaré el barco antes de que sea demasiado tarde. Sinceramente, nunca he comprendido su compromiso. Alguien tan brillante como usted no debería comprometerse en política. La política es siempre un juego de engaños. Yo, por mi parte, ya no lo soporto...

Suspiré. Yo era muy consciente de lo que Hielscher me decía; pero al contrario que él, no tenía libertad de movimientos. Al cabo de un tiempo, efectivamente, Hielscher desapareció sin dar ninguna explicación. Himmler se puso ciego de ira por este motivo, y naturalmente Willigut aprovechó esta defección para aproximarse más al jefe de las SS.

—Esté atento y no permita que le distancien, Gärensen —me advirtió Heydrich mientras poníamos al paso a nuestros caballos después de un galope matinal en el parque de Nympherburg—. Sobre todo no se deje avasallar por Willigut. Sitúese en buena posición junto a Himmler. Es ahora o nunca. La tensión está subiendo aquí. Todo el mundo dispone sus piezas antes de la llegada al poder... Ya es sólo cuestión de semanas. ¡Pronto empezarán las cosas serias!

Con la evidencia de una banquisa que se cuarteaba y de pronto se parte, los acontecimientos, efectivamente, se precipitaron. En enero de 1933, el NSDAP llegó al poder. Hitler accedió a la función suprema por las urnas, exactamente como había deseado. ¡Después de una aventura de más de diez años, el partido nazi iba, por fin, a dirigir el país! Sin embargo, la decepción en la Casa Parda fue cruel. Entre todos los colaboradores de Hitler, los oficiales superiores de las SS eran los peor colocados en las instancias políticas que se constituían. ¡A pesar de haber intrigado apasionadamente, Himmler no obtenía nada, ni la más pequeña cartera! No me

mantuvieron informado de las intrigas que se tejieron entonces ni de las alianzas que se sellaron más o menos abiertamente entre los diferentes barones del partido. Sólo oí rumores. Como Hielscher había previsto, hubo cambios de posición, traiciones... Los bávaros desconfiaban de los prusianos tanto como las SA de las SS, mientras que los partidarios de la «revolución nacional» de tinte socialista menospreciaban las obsesiones de los doctrinarios del racismo de Estado. Visto desde el exterior, el NSDAP era un monolito, una estructura totalmente lisa y perfectamente soldada. En realidad, sin embargo, era un auténtico desbarajuste, un conglomerado de sultanatos diversos y miserables donde las prebendas y los favoritismos eran moneda corriente. Como una jauría de perros lanzándose sobre un hueso largo tiempo codiciado, los nazis malgastaban sus fuerzas en inacabables querellas internas. En el propio seno de las SS, la posición de Himmler ya no era incontestable. Protegido por Hermann Göring, un tal Kurt Dalüge había sido nombrado teniente general de Prusia. Hinchido de orgullo y soñando con ganarle la partida a Himmler a la cabeza de la Orden negra, Dalüge había entrado abiertamente en rebeldía con su superior. Heydrich fue enviado a Berlín para evitar lo peor y llamarle al orden, pero se vio obligado a abandonar la partida ante las amenazas físicas muy concretas que los esbirros de Dalüge y Göring habían hecho planear sobre él.

—Dalüge es un falso problema generado por las circunstancias —se había consolado Heydrich— Razonemos como estrategas, y no como tácticos influenciados por los epifenómenos. Dejémosles que se desgarran por el momento —había aconsejado a Himmler tras su retorno a Munich—. No haber sido llamados a Berlín cabe interpretarlo como una suerte, porque así nos mantenemos puros. En cuanto el canciller Hitler haya tomado conciencia de la nocividad de su entorno, nos llamará para que limpiemos los establos de Augias... ¿No es cierto, Gärensen?

—Sin duda —había asentido yo—. ¡A condición de que aún se acuerde de nuestra existencia!

—Hay formas de recordársela, supongo —había sugerido entonces socarronamente Himmler—. Trabaje, pues, en esto, Gärensen. Será un cambio interesante con respecto a su trabajo de experto en antiguallas. ¡Estoy intrigado por conocer su valor en el terreno de la verdadera política!

Heydrich se había acabado su coñac brindando discretamente por mi éxito. La ocasión de brillar ante Himmler era demasiado buena... Aunque, en realidad, lo que él llamaba «verdadera política» hubiera sido calificado por la mayoría de la gente como «manipulación», o mejor aún, «maquiavelismo»...

En el nuevo juego que me proponían, pronto demostré estar mucho más capacitado de lo que yo mismo sospechaba. Los detalles del plan —lo recuerdo muy bien— fueron elaborados en el curso de una hora de esgrima con Heydrich, que ahora había ascendido de grado y se había convertido en *Standartenführer*. En esa época, con el pretexto del entrenamiento, nos veíamos casi cotidianamente. Un día cabalgábamos al alba antes de nuestra jornada de trabajo y al día siguiente nos

citábamos para una velada en la sala de esgrima, que el maestro de armas, un simpatizante SS de los primeros tiempos, dejaba abierta para nosotros. Allí, en aquel decorado de artesonados y espejos que reflejaban nuestros movimientos hasta el infinito, elaboré lo que se convertiría en la primera operación sobre el terreno en la que participé. Desde luego, no puede decirse que el asunto fuera muy glorioso, ya que se trataba de crear en todos sus detalles una pretendida amenaza de atentado contra el canciller.

—¡Desconfíe, Gäreisen! —me advirtió Heydrich lanzando hacia mi máscara un golpe de punta tremendamente preciso que evité al precio de una dolorosa torsión de la pelvis—. Lo que usted propone es un gran clásico de la manipulación. En consecuencia, no soporta la mediocridad. Tiene mi apoyo en esta operación, porque puede hacer cosechar a las SS beneficios considerables. ¡Pero empléese a fondo en esta historia! Thyssen le respaldará.

En unas cuantas noches, Thyssen y yo preparamos un *dossier* completo que exponía punto por punto las etapas de la puesta en escena. Heydrich consagró una jornada entera a examinar nuestras notas, luego nos acribilló a preguntas, nos pidió que corrigiéramos algunos detalles y finalmente dio el visto bueno a nuestro trabajo.

—Vaya a presentar esto a Himmler, Gäreisen. Creo que estará encantado con esta pequeña representación—Todo el asunto se llevó a la perfección. En el día previsto, los servicios competentes de Himmler —debidamente manipulados, huelga decirlo— descubrieron, en Berlín, un proyecto de atentado con granada contra la persona del *Führer*. Tres agentes soviéticos que desde hacía tiempo nos habían llamado la atención por su total incompetencia fueron sacrificados en el altar de la causa. Gracias a las pruebas que habíamos elaborado, esos pobres tipos fueron acusados de haber concebido un complot para asesinar a Hitler. Después de una breve estancia en los calabozos berlineses, se les despachó debidamente a Moscú con los saludos del SD. Himmler hizo un maravilloso trabajo para dar a conocer a todo el mundo este éxito y mostrar la extraordinaria competencia de sus propios agentes. Hitler en persona se lo agradeció calurosamente. Con su paranoia natural reforzada además por este acontecimiento, el *Führer* pidió a las SS que en adelante se encargaran de asumir su guardia personal. Himmler estaba exultante. Heydrich sonrió.

—Le daremos a Sepp Dietrich. Es un tipo bragado y totalmente fiel a nuestra causa —propuso el *Standartenführer*.

Sin saberlo, Heydrich acababa de efectuar una elección cargada de consecuencias, porque Sepp Dietrich y los ciento veinte hombres de su grupo se harían apreciar hasta tal punto por el canciller que este último los organizaría, a partir de septiembre de 1933, en la Leibstandarte SS Adolf Hitler, germen de la futura Waffen SS, rival exaltado del ejército regular. Este primer «hecho de armas» me hizo escalar vertiginosamente en la jerarquía SS. De simple *Hauptmann* pasé, así, a *Obersturmführer*, y conseguí, sobre todo, que mejorara aún más si cabe la opinión que Himmler tenía de mí.

—Realmente tenemos que encontrarle una ocupación digna de usted, muchacho —me dijo un día paternalmente—. Siento que las cosas van a evolucionar en la buena dirección. En cuanto la situación se estabilice, nos ocuparemos de su carrera. Reflexione sobre sus preferencias y presénteme una sugerencia.

¿La evolución de la situación? Por descontado, con estas palabras pretendía referirse a la eliminación de Rohm y de las SA. Estábamos a finales de 1933 y, ahora más que nunca, una guerra intestina enfrentaba a los cuadros del NSDAP unos contra otros.

—¿De modo que Himmler cree en la victoria final de las SS? —se entusiasmó Heydrich—. ¡Tiene razón! Yo mismo tuve esa intuición cuando todas las apariencias estaban en nuestra contra. ¡Ahora estoy firmemente persuadido de que nos impondremos a todos nuestros enemigos! Si le pide que piense en el puesto que quiere ocupar cuando estemos en la cima, tendré una propuesta divertida que hacerle...

Antes de que los sueños de triunfo de Himmler y Heydrich tomaran cuerpo, el ejército de quinientos mil hombres de las SA constituía aún un serio obstáculo para ellos. En el mayor de los secretos, los dos hombres establecieron contacto con el estado mayor de la Reichswehr para decidir sobre la suerte de Rohm. Abril y mayo de 1934 se consagraron a reunir tantas pruebas como fuera posible para convencer a los indecisos de la nocividad de la milicia parda. Elementos desafectos de las SA nos proporcionaron algunos documentos relativos a depósitos de armas clandestinos o informaron de vulgares charlas de café de carácter vagamente sedicioso. La pobreza de la cosecha obtenida no preocupó a Heydrich. Con el apoyo de los generales regulares, consiguió incluso convencer al poderoso Göring de que había llegado el momento de dar un gran golpe para salvar al partido, desgarrado por las disputas internas. Atraídos por el olor de la sangre, los grandes industriales, con Gustav Krupp a la cabeza, decidieron unirse al baile:

—¡Las SA preconizan una especie de bolchevismo incluso en nuestras fábricas! ¡Excitan a los obreros contra nosotros! ¡Es intolerable!

—Tranquilícense —les respondió Himmler—. Pronto solucionaremos este problema definitivamente...

Durante semanas enteras, el mundo conspiró, pues, para llevar a los milicianos a la perdición, sin que la gente de Rohm llegara nunca a oler lo que se tramaba contra ella. En el transcurso de los días, las listas de hombres a abatir se fueron ampliando, superando el marco estricto de las SA. Hitler, por su parte, jugaba la carta de la inocencia. Sin aprobar la operación ni condenarla, dejaba hacer, y sólo se mostró contrariado cuando, con ocasión de una conferencia diplomática en Venecia, ¡Mussolini le aconsejó que pusiera orden en su propio partido antes de querer dar lecciones a los demás! Por fin todo estuvo a punto. Lanzado por Himmler en persona,

el rumor de un *putsch* pretendidamente programado por las SA fue la chispa que hizo explotar el polvorín. Finalmente convencido por las pruebas tendenciosas que le tendía el jefe de las SS, Hitler decidió acabar con el asunto. Al alba, pistola en mano, fue a detener a Rohm a la posada bávara donde dormía con sus amantes. Este arresto dio la señal de partida para la gran purga. Organizado con mano maestra por Heydrich, se produjo un baño de sangre en todas las provincias alemanas...

En la Casa Parda, donde Hitler se había instalado momentáneamente, todo el mundo se disputaba el privilegio de asesinar a Rohm, encerrado en el calabozo 474 de la prisión muniquesa de Stadelheim. ¡El propio Rudolf Hess, a quien yo había conocido en otro tiempo tan plácido y tan docto en compañía de Haushofer, sólo vomitaba ahora palabras de odio y de muerte y reclamaba el derecho a darle personalmente el tiro de gracia! De los más cultivados a los más zafios, de los más refinados a los más brutales, todos estaban dominados por una locura asesina que apenas se atemperó con el anuncio de la muerte de Rohm, sórdidamente ejecutado en su calabozo por tres SS. Entonces, en todos los cuarteles de la Reichswehr se elevó un «¡hurra!» sonoro y alegre. Los oficiales del Estado Mayor se felicitaron pensando que se habían desembarazado de un enemigo mortal. Los burgueses de Berlín y de Hamburgo, los banqueros de Hannover y de Potsdam, se aflojaron un instante las corbatas para suspirar y disfrutar —creían ellos— de un aire que de pronto se había hecho más puro al no ser respirado ya por los brutales camisas pardas. Himmler y Heydrich, por su parte, no celebraron el acontecimiento con champán. Sus rasgos estaban contraídos y ni un amago de sonrisa asomaba a sus labios. Aunque ningún hombre en Alemania podía sentirse en ese día tan victorioso como ellos, sus sueños ya les impelían hacia otras cimas más altas, a empresas más grandiosas, a horizontes más locos. Salvajes y visionarios a la vez, ya nada podía detenerles ahora...

LA NAVE DE LOS LOCOS

—Veo que han sido planteados hasta los menores detalles —dijo Heydrich—. Ya sólo queda encontrar un nombre apropiado...

—Ya he pensado en ello —respondí yo satisfecho—. ¿Qué me dice de Ahnenerbe Forschungs und Lehrgemeinschaft?

—¿Sociedad de Estudio de la Herencia de los Ancestros? ¡Excelente, Gäreisen! Es a la vez totalmente anodino para quien no esté al corriente del asunto y muy explícito para quien deba estarlo. ¡Adelante con el Ahnenerbe! Fije una cita con Himmler.

Berlín, enero de 1935. La situación había cambiado mucho desde la «Noche de los cuchillos largos» y la aniquilación de las SA. Himmler había conseguido por fin lo que quería. Nombrado *Reichsführer*, había sido llamado a la capital junto al canciller. Ahora jefe incontestado de las SS, sabía que su poder aumentaba cada día. Todos sus colaboradores más próximos habían sido recompensados por su fidelidad. Y tampoco había olvidado su promesa de ocuparse personalmente de mi carrera.

—¿Ha pensado seriamente en el puesto que quiere ocupar entre nosotros, Gäreisen? —me preguntó una mañana mientras yo entraba por primera vez en su nuevo despacho.

—Sí, *Reichsführer*. Tengo un proyecto que someterle.

De una cartera de cuero marcada con la doble runa Sowilo, saqué un grueso expediente que tendí respetuosamente a mi superior.

Himmler se ajustó sus gafas redondas sobre su corta nariz y leyó la página de introducción del estudio. Evidentemente, ignoraba que el verdadero instigador del documento era Reinhard Heydrich en persona...

—Un instituto consagrado a la herencia de los antepasados... Interesante... Detálleme su proyecto en pocas palabras.

—Si acepta usted el principio, el Ahnenerbe se consagrará a la investigación científica en el sentido más amplio del término. He catalogado medio centenar de campos de estudio que presentan, en todos los casos, un interés especial para el fortalecimiento cultural, político, económico y militar del régimen. Una gran parte de las investigaciones se consagrará a la profundización en el simbolismo nórdico, una tarea que iniciamos ya con Willigut. Creo que hay que sistematizar estos trabajos e incluso convertirlos en una asignatura específica en la escuela de cuadros. Es fundamental para la moral de los hombres y su eficacia sobre el terreno que estén persuadidos de la grandeza y la antigüedad de la civilización alemana. De su primacía, incluso. Hay que combatir dos mil años de mentiras que nos han hecho creer que la cultura era exclusivamente de esencia mediterránea. Ha llegado el momento de restablecer una visión más justa de las cosas. Esto no puede sino motivar

a nuestras tropas en sus tareas y proporcionarles las armas intelectuales que necesitan para combatir la subversión.

—Le apruebo totalmente.

—¡Pero no debemos detenernos ahí! En mi opinión, es imperativo que extendamos nuestras competencias a dominios aún mal conocidos o injustamente menospreciados, pero que, si fueran correctamente estudiados, podrían tal vez procurarnos una ventaja decisiva sobre nuestros rivales.

—¿En qué está pensando concretamente?

—En materias tan diversas como las capacidades «sobrenaturales» del cuerpo humano, o también en campañas de excavaciones arqueológicas en enclaves de gran valor para las civilizaciones. Pienso en México, por ejemplo, donde sería extremadamente provechoso, tanto desde el punto de vista cultural como político, ganarles la partida a los americanos... También podríamos considerar Oriente Medio, así como la India, para rivalizar con los ingleses, e incluso el Tíbet, para tomar posiciones frente a los chinos. Pienso en equipos compuestos a partes iguales por auténticos arqueólogos y espías del SD Ausland... Resumiendo: ¡el Ahnenerbe debe especializarse en todas las ramas del saber habitualmente desatendidas por el pensamiento clásico! ¡Si tomamos estos caminos secundarios podremos descubrir atajos hacia un poder renovado contra el que nuestros adversarios se encontrarán impotentes!

—¡Apasionante! ¡Realmente apasionante! —se entusiasmó Himmler—. ¡Pero deme un ejemplo preciso!

—Habría oído hablar del fenómeno de transmisión del pensamiento, por ejemplo. Está muy en boga en este momento en los *cabarets* de Berlín...

—¿Me está hablando del mago Hanussen?

—Exactamente, *Reichsführer*. Fui a verle personalmente hace unos días. Su número es impresionante. Pues bien, imagine que en lugar de ser sólo un entretenimiento, este talento fuera real. En ese caso podría utilizarse como método de transmisión secreta ideal y totalmente inviolable entre... digamos... ¡un submarino y su base!

—¿De modo que cada submarino embarcaría a un vidente?

—¿Por qué no? Si conseguimos estudiar el fenómeno y dominarlo, ningún agente enemigo será capaz de interceptar este tipo de informaciones. ¡Ahí tiene un ejemplo de una aplicación extremadamente concreta de los trabajos que podría ejecutar el Ahnenerbe!

—Ya veo, sí... Admito que su idea es excelente y abre perspectivas inesperadas. Le doy mi aprobación para la creación de este instituto. Estoy impaciente por conocer sus primeros resultados.

Salí de esta entrevista con las palmas húmedas y las sienes ardiendo, más extenuado que después de las marchas forzadas por los pantanos en Bad Tölz soportando los gritos de Dietrich Lauterbach. Después de la cena en casa de los

Heydrich, en 1931, y la planificación del falso atentado contra el canciller en 1933, era la tercera vez que conseguía seducir a Himmler.

—Estoy extremadamente satisfecho con usted, Gärensen —me comentó Heydrich cuando le informé de mi conversación con el *Reichsführer*—. Me ha llevado tiempo, pero por fin le he colocado donde quería que estuviera. ¡Sí! ¡Exactamente como lo había previsto al principio! ¡En la casilla estratégica que nos permite tener un ascendente total sobre Himmler! Húndalo en sus delirios.

Contrate a magos, a iluminados, a desechos intelectuales de ideas fijas. No dude en convertir este instituto en algo tan ridículo como sea posible. De resultas de esto, la imagen del pequeño criador de pollos de Waltrudering quedará dañada y su posición en el seno del partido se debilitará permanentemente. Así perderá la confianza de Hitler... Pero atención, evite ponerse demasiado en primer plano. Sea la eminencia gris del Ahnenerbe, no el maestro de obras expuesto a las miradas y a las críticas. Elija fusibles que puedan saltar en su lugar cuando esta partida esté acabada. Lamentaría tener que sacrificarle antes de iniciar otra...

Constituir mi equipo no me exigió un gran esfuerzo. Desde que trabajaba para Heydrich, había consagrado gran parte de mi tiempo a redactar fichas informativas sobre un considerable número de exaltados con los que me había cruzado por los pasillos de la Casa Parda. Gracias a la información complementaria proporcionada por otros equipos del SD, mi base de datos sobre los individuos más extravagantes de la época estaba, creo, bastante completa. De la selección que efectué sobresalieron finalmente dos o tres alucinados incurables. El SS Wolfram Sievers era el primero. Flaco, de mirada febril, siempre nervioso, Sievers era el típico patoso crónico que se golpeaba invariablemente contra las puertas y destrozaba los objetos que encontraba a su paso. Le había conocido a través de Hielscher en la época en que ambos trabajábamos en Munich. Pero en contra de lo que pudiera parecer bajo esa apariencia de payaso triste, Sievers no era un completo idiota. Sus monomanías, su obsesión por los complots, sus teorías abracadabrantes sobre una gran civilización nórdica primitiva cuyos vestigios habían sido tragados por los hielos del Polo, todas esas excentricidades surgían a ramalazos entre un análisis fino y sensible del *Perceval* de Eschenbach o un comentario notablemente elocuente sobre el alcance político del movimiento romántico del siglo XIX. Sievers estaba, por otra parte, ligado a numerosos círculos literarios y mundanos de la capital, íntimo, en particular, del novelista y ensayista Ernst Jünger, era de esas personas capaces de conducir con toda buena fe y en muy poco tiempo a la borrosa Ahnenerbe a los peores ridículos.

—¿Sievers? Sí, excelente elección —aprobó Heydrich—. ¿Qué papel ha pensado para él?

—Un «gran» papel: ¡el primero! Da el tipo para eso. Será el director oficial del instituto.

—¡Ya puedo verle haciéndose el gallito, sí! Pero pronto se partirá los dientes con las tareas administrativas. Es absolutamente incompetente para eso. Muy bien. ¿Y luego?

—Algunos más, evidentemente. Los principales son: el profesor Hermann Wirth como garantía científica...

Heydrich estalló en una carcajada.

—¿El holandés? ¿Ese que cree que la raza alemana desciende de los atlantes? ¡Excelente! ¿Y quién más?

—El lingüista Walter Wüst sería un excelente curador. No sé si aceptará enseguida... Tal vez no antes de un año o dos. Ya veremos. Es el decano de la Universidad de Munich, amén de un personaje importante y un simpatizante. Su participación sería ventajosa en todos los aspectos para el instituto.

—Querrá decir, más bien, desventajoso en todos los aspectos —corrigió Heydrich, cruzando los brazos sobre la nuca—. ¡Bien! Esto parece prometedor. Estoy impaciente por leer los primeros anales que esta galería de alineados publicará. Y ya que estamos en eso, ¿le ha hablado Himmler de la financiación?

—No explícitamente. Evidentemente he pensado en ello... Tengo una solución, pero no sé si será de su agrado.

—¿Y bien?

—Los primeros fondos podrían provenir de un ministerio cuya dirección está a cargo de un hombre sensible a todos los temas *völkisch*. Es un vegetariano, un admirador de las teorías de Rudolf Steiner. Ya sabe: el cultivo sin abonos de las hortalizas, la siembra y las cosechas efectuadas según las fases lunares, ese tipo de cosas...

—¿Walther Darré? ¿El ministro de Agricultura? Curioso, ciertamente, pero no es ninguna estupidez... ¿Cree que aceptará?

—Mantiene excelentes relaciones con Himmler. Los dos hombres se tienen un mutuo respeto. Por otro lado, dispone de un presupuesto muy generoso, y sé que aún hay una parte pendiente de afectación. Si conseguimos que entrevea la posibilidad de que puede tener alguna influencia en el instituto, se lanzará con los ojos cerrados.

—Si no me equivoco, ha sido responsable del servicio de Raza y Reasentamiento...

—Sí. Es un SS. Ingeniero agrónomo de formación. Ingresó en el NSDAP en 1929 —precisé después de encontrar la nota que había consagrado a este hombre—. De fuertes convicciones eugenistas y anticristiano...

—¡Excelente! Tiene usted razón, pagará... ¿A cuánto estima que ascenderá el presupuesto del Ahnenerbe?

—Objetivamente, necesitamos un millón de marcos al año. En consecuencia, naturalmente, reclamaré tres...

—¿Y los locales? ¿Dispone de locales?

—He elegido un edificio muy hermoso en Berlín-Dahlem, en el 16 de la

Pücklerstrasse. La institución financiera, por su parte, debería emplazarse en el número 28 de la Wilhelmstrasse. Muy señorial. ¡Muy chic!

Heydrich sonrió ante esta palabra francesa que nos gustaba emplear.

—Mi esposa, Lina, me habla a menudo de usted. Le satisfaría mucho que viniera a cenar, Thörun. ¿Está libre, esta noche?

Durante los meses que consagré a la puesta en marcha del Ahnenerbe, el ritmo de mi vida se aceleró como nunca. Mis jornadas de trabajo eran interminables, pero dinámicas y creativas. Sievers aceptó con gratitud el puesto que le proponía, y Walther Darré prometió también pagar a tocateja todos los gastos que asumíamos para convertir el instituto en un instrumento de trabajo tan loco como productivo. Continuamente había que reclutar colaboradores, lanzar nuevas investigaciones, negociar con las universidades o los laboratorios privados, editar folletos, organizar ciclos de conferencias, negociar con gobiernos extranjeros la autorización para llevar a cabo campañas de excavación en su territorio... Una tarea tan agotadora como excitante; tan excitante, a decir verdad, que fácilmente hubiera podido perder de vista el carácter grotesco de la empresa y su finalidad de trampa tendida a Himmler, si Heydrich no me hubiera recordado constantemente el objetivo último de la operación.

—No se deje atrapar en el juego, Gäremsen. ¡Atención! Con tanto frecuentar a los locos, procure no terminar sustituyendo sus puntos de referencia por los de ellos! Salga un poco. Airéese. Limpie su espíritu. Berlín es una ciudad fascinante. ¡Explórela!

Al principio me encogí de hombros, pero finalmente acabé por seguir este consejo. Yo apenas conocía nada de la capital, exceptuando el trayecto que me llevaba cada día de mi nuevo domicilio —un bonito apartamento en la Innsbruckerstrasse que triplicaba mis necesidades de espacio— a mi despacho de la Pücklerstrasse.

—¿Dónde puede uno divertirse aquí? —pregunté un día a Wolfram Sievers.

—Todo depende de lo que busque, evidentemente... Si tiene debilidad por la música clásica, adquiera un abono para la Academia de Prusia. Los conciertos son de gran calidad. Si, en cambio, prefiere el estilo ligero, debería ir a la Nelson Revue, en la Kurfürstendamm. Allá podrá ver espectáculos de *music-hall* parisino que están de gira. Josephine Baker ofrece su repertorio por estas fechas, creo...

—Humm... —gruñí, no muy seguro del interés que podía tener ir a escuchar a un pájaro cantor de las islas que había ido a embarrancar a orillas del Spree—. ¿No se le ocurre alguna otra cosa?

—Los *cabarets* Eldorado o Die Weisse Mauss, El Ratón Blanco, organizan combates de gladiadoras desnudas en el barro... ¡Tiene un gran éxito!

—¿Desnudas en el barro, dice? ¡Muy bien! ¿Y dónde cae eso?

Goldfaisan —faisán dorado— era la plástica expresión con que los berlineses describían a los cuadros de mando nazis que se aprovechaban de su posición para llevar una vida mundana desenfrenada. ¡*Goldfaisan!* En eso me convertí yo también a partir de la primavera de 1935, en esa inmensa y agitada ciudad de Berlín, orgullosa capital de una Alemania que había cambiado de arriba abajo desde la época en que yo había cruzado las fronteras por primera vez. En únicamente dos años en el poder, los nazis habían conseguido controlar la inflación y reducir el paro en proporciones considerables. Ya no había mendigos en las calles, ni jornaleros esperando cada mañana un hipotético empleo a lo largo de los muros de unas fábricas que funcionaban al ralentí. Las calles, limpias y todas muy bien iluminadas desde la caída de la noche, eran ahora seguras, libres de toda la chusma que, bajo la blanda república de Weimar, impedía a la gente circular en paz. ¡Berlín, en 1935, era una ciudad extremadamente agradable para los *Goldfaisan!* Yo iba casi todas las noches a sentarme una horita en la sala del elegante café Mampe's, en la Kurfürstendamm, la gran avenida de estilo guillermino con reminiscencias a los Champs-Élysées y los Grands Boulevards, donde se encontraban cines, teatros y grandes restaurantes abiertos a todas horas, de día o de noche. También solía frecuentar el Hardtke's, un local de más categoría pero también más esnob. Allí leía tranquilamente el *Berliner Illustrirte*, con las páginas llenas de fotografías en colores, o bien *Der Angriff*, el periódico nazi, cuya libertad de tono me sorprendía con frecuencia. Los días de trabajo intenso, cuando salía de mi despacho hacia la medianoche, a menudo me apetecía empujar la puerta giratoria del sulfuroso Romanische Café. El establecimiento, otrora refugio de los intelectuales bohemios de la república de Weimar, había sido adoptado finalmente por los SA, que lo habían convertido en uno de sus *cabarets* favoritos. En el curso de la «Noche de los cuchillos largos», este local se había convertido en escenario de una verdadera batalla campal entre camisas pardas y SS, y aunque había sido convenientemente reenyesado y repintado, aún podían verse las huellas de balas que salpicaban las paredes y los rasguños de armas blancas que surcaban el terciopelo negro de las banquetas. Este lugar ajado, curiosamente nostálgico y «decadente», no sólo me gustaba a mí. Numerosos artistas lo frecuentaban aún, a pesar de que su lustre de antaño se había apagado considerablemente. Gram, un enano que vestía un uniforme de fantasía, era el portero titular desde hacía más de veinte años.

—¿Hay chicas guapas esta noche, Gram? —le preguntaba yo siempre, mientras deslizaba con negligencia un billete en la cinta de su gorra roja.

—¡Oh, sí! ¡Esta noche están las Tiller Girls! No tienen función y han decidido venir a divertirse aquí. ¡Creo que están todas!

¡Las Tiller Girls! Una troupe muy conocida de bailarinas ligeras que hacían enloquecer a los probos burgueses de provincias que venían, a escondidas de sus esposas, a correrse una juerga en los *music halls* berlineses pretextando que tenían algún negocio que cerrar en la capital. Invité a tres a mi mesa, pero sólo llevé a una a

mi cama. Mona era tierna y hermosa, con un punto de falsa ingenuidad también. Creo que yo le gustaba, pero me abandonó al cabo de unos días por un rico abogado del partido.

—Te dejo, Thörun, pero estoy preocupada por ti. ¡Trabajas demasiado! ¡Es imprescindible que tengas compañía! Esta noche te presentaré a una amiga a la que le gustarás. Será mi regalo de despedida, si quieres.

Me encogí de hombros y acepté, más divertido que ofendido. Mona era una gran chica, pero aunque me gustaban mucho su franqueza y su carácter despreocupado, yo no estaba en absoluto enamorado de ella. La noche de nuestra «ruptura» me presentó, pues, a una de sus antiguas amantes —en este sentido, Mona no hacía diferencias—. Los rasgos de esa mujer no me eran desconocidos, pero al principio no supe poner un nombre a ese largo rostro triangular con cabellos negros peinados cortos y cortados muy altos sobre la nuca.

—Margo, te presento a un camarada muy querido. ¡Conociendo vuestros gustos respectivos, creo que vais a fraternizar!

Sin levantarse de su silla, la susodicha Margo me tendió aristocráticamente una mano que yo rocé con los labios en un saludo de *Herrschaft*, de gentilhomme, igualmente afectado. Sólo cuando la desnudé, en la habitación de su inmenso apartamento situado en el barrio de Schöneberg, mi mente se aclaró por fin. Esta silueta había sido fotografiada en numerosas ocasiones en las páginas de cine del *Berliner Illustrirte*. ¡La mujer que tenía ahora en mis brazos era Margo Lion, la gran rival de Marlene Dietrich! Por lo demás, Mona había acertado. Margo y yo nos entendimos muy bien y fuimos amantes hasta las primeras semanas del verano de 1935. Ella hablaba poco para ser una mujer, un rasgo de carácter que yo apreciaba en su justa medida, y además nunca me abrumaba con reproches cuando le enviaba un ramo de lises para rogarle que me excusara por no haber podido liberarme de una tarea demasiado absorbente. Como muchas alemanas, era también una admirable nadadora, de cuerpo ágil y flexible. Dos o tres domingos la acompañé incluso a la muy elegante estación balnearia de Ahlbeck —cuyas pasarelas estaban tan profusamente engalanadas con banderas con la cruz gamada como las avenidas próximas a la cancillería— o al Wannsee, el lago berlinés donde habían creado una playa artificial con arena traída de las costas del Báltico. Aquel lugar me gustaba particularmente, íbamos allí en el coche de Margo, un Essex Super Six, nos desnudábamos y nadábamos un centenar de metros hasta la isla artificial amarrada en el centro de la superficie de agua. Allí había un bar bajo un techo de paja. Era el Juvena, creo, así llamado por una marca de trajes de baño. Nos instalábamos en las tumbonas alineadas al sol y Margo se embadurnaba con olorosa crema Nivea. Incluso en pleno julio, su maillot de lana fina tardaba horas en secarse, y aquello irritaba la punta de sus senos y los hacía resaltar de una forma extraordinariamente sugestiva. En torno a nosotros, las parejas remaban tranquilamente en barcas cubiertas con toldos rayados de suaves colores pastel.

Y luego Margo empezó un rodaje en el extranjero. Al modo de la pequeña Mona, insistió entonces en introducirme entre algunos de sus conocidos. Gracias a la extrema complacencia de la «dama León», como me gustaba llamarla, aún pude disfrutar de algunas aventuras fugitivas con bonitas *starlets* de los estudios Tobis Film Company o de la UFA. Resultó que una de ellas, Barbel, era la hija única de Kurt Wagner, el más importante librero berlinés de la época. Al ver los arriesgados apilamientos de libros que invadían mi apartamento, Barbel extrajo la luminosa conclusión de que yo era un bibliómano experto. Prendada de mí hasta el punto de madurar excéntricos proyectos matrimoniales, la chica insistió en presentarme a su padre, en el convencimiento de que nuestro interés común por la cosa libresca facilitaría nuestras relaciones. Más para satisfacer la curiosidad que sentía por conocer al docto librero que para complacer a esa bonita pavitonta, acepté cortésmente la invitación.

—¡Vigila, no hay nada que a papá le guste menos que la política! —me había prevenido Barbel.

¡Una advertencia superflua, sin duda, ya que lo primero que hizo el padre al ver mi uniforme negro fue casi huir corriendo! Sólo gracias a los sabios y suplicantes arrumacos de su unigénita, el buen hombre consintió en estrecharme la mano y en despegar por fin los labios.

—He podido hojear su último catálogo —creí conveniente decir para romper el hielo—. Realmente notable. He constatado que concede usted un gran interés a las ciencias religiosas e incluso... ¿al esoterismo?

El efecto que produjo este último término sobre el librero no fue menos espectacular que si hubiera conseguido reanimar a un muerto. Sus ojos se iluminaron como los faros de un automóvil en la noche. Mientras se sacaba las gafas con un gesto vivo para limpiarlas con un pañuelo arrugado, esbozó una sonrisa boba y sacudió cómicamente los hombros como si se hubiera electrocutado. A la vista de estos signos, comprendí que la vida se había abierto camino de nuevo en la médula espinal del tendero.

—¡El esoterismo! ¡Sí! Tengo un catálogo completo. Soy uno de los mayores vendedores de Europa de manuscritos sobre el tema, ¿sabe? Conservo maravillas aquí, obras que valen una fortuna. Tengo clientes en Londres, París, Nueva York, Australia... ¿Tiene usted un interés particular por esta materia? ¿Es un experto en este campo, tal vez?

—Un aficionado, por desgracia sólo un aficionado. Pero siento una viva curiosidad por una obra que usted describe magníficamente en la página 27 de su folleto... —dije sacando del bolsillo el catálogo del librero, un opúsculo cuidadosamente impreso sobre un grueso papel azul.

Leí:

—«Jean Wier, *Historias, disputas y discursos sobre las ilusiones y las imposturas de los diablos, magos, infames, brujos y envenenadores...*, París, 1563. Un volumen

in octavo de 402 páginas, hermoso grabado en portada y catorce grabados sobre madera en el texto...»

—¡Una pésima edición! Le aconsejaría más bien la versión del año 1579, infinitamente más completa, en dos volúmenes de 634 y 711 páginas, si mal no recuerdo...

La voz alta y clara, de extrañas modulaciones, que acababa de expresarse a mi espalda no era la de Kurt Wagner. Intrigado por ver quién osaba intervenir con tanta grosería en una conversación privada, me volví, con aire altanero.

—Les ruego que me perdonen, señores, soy consciente de que debo de parecer maleducado, pero como ya saben, todos los franceses sufren de esta tara. ¡Matthieu-Marie Dandeville de Vigon-Pérignac, para servirles!

¿Cómo describir a Vigon-Pérignac? En un plano físico, el ejercicio es bastante simple: una silueta alta, casi tan fina como la de una muchacha, pero bien modelada y llena de vigor; una espesa cabellera de un castaño siempre brillante y unos iris muy claros del color del corcho en un rostro de pómulos salientes y mentón afilado. En lo moral, la pintura es más delicada, porque este joven de veintisiete o veintiocho años era un compendio de paradojas. En mi vida me he cruzado con un personaje más odioso y más encantador a la vez, sorprendentemente espiritual e íntimamente desesperado. Muy pronto intimamos más de lo que nunca lo había hecho con Sacha Hornung. Matthieu-Marie, nacido en Blois en el año 1907, procedía de una de esas viejas familias francesas, a la vez provincianas y auténticamente aristocráticas, que han sabido conservar intacta a través de los tiempos una desconfianza instintiva hacia el centralismo, sea real o jacobino. Por otra parte, ya fuera monárquica o republicana, ninguna forma de gobierno era satisfactoria a sus ojos...

—¡Francia, Thörun! ¡Qué desastre de país, maravilloso y terrible a la vez! —solía decirme mientras, instalados sobre el techo en terraza que coronaba el apartamento que ocupaba, bebíamos vino del Loira y observábamos en el cielo las largas naves dirigibles que unían Alemania con América.

—No lo conozco —confesaba yo con cierta vergüenza—. Por otra parte, creo que nunca me he interesado especialmente por él.

—¡Tanto mejor para ti, amigo mío! Con mayor razón aún porque Francia, la verdadera, es diferente de lo que habitualmente se cree. ¡Más aún, Francia no es, en realidad, nada (sí, he dicho NADA) de lo que ella misma cree ser!

Sus largos discursos sobre la política y la historia de su patria me divertían mucho. Y aunque en un primer momento cometí el error de tomarlos por provocaciones de una mente bien dotada pero demasiado viva para ser consecuente, pronto advertí que las palabras del francés, lejos de ser sofismas, no carecían de fundamento ni de pertinencia.

—Mi familia lleva la partícula, es cierto, pero en Francia no hay ningún motivo

para alegrarse de ser noble. ¿Sabes por qué?

Yo enarqué las cejas mientras vaciaba mi vaso, y a continuación tendí la mano hacia otra botella.

—¡Pues bien, te lo diré, ya que tanta es tu ignorancia! La nobleza no es motivo de orgullo en Francia como puede serlo eventualmente en otros lugares porque la aristocracia ha cometido la estupidez de hacerse emascular por tres veces en la historia. La primera fue bajo el calamitoso Luis XIV el *Räuberkönig*, el rey de los bandidos, como tan certeramente dicen los alemanes. Con sus dorados y su bisutería en Versalles, ese bribón atrajo a la nobleza de provincias a una trampa. En lugar de quedarse en sus tierras ocupándose de su gente, esos idiotas hidalgüelos de Perche, de Normandía, de Gascuña y de otros lugares acudieron a la corte y se arruinaron para aparentar. ¡Tac! ¡Primer tijeretazo! El segundo, la revolución jacobina, evidentemente. Todos los que escapan a la furia de los cortadores de cabezas huyen. Son, pues, unos cobardes que se desacreditan para siempre. ¡Que la vergüenza caiga sobre ellos! Tercer y último tijeretazo: el reinado de los comerciantes, que fuerza a los últimos verdaderos gentilhombres a casar a sus hijas con esos tenderos atocinados, gordos y sudorosos. Apoteosis suprema, la reciente guerra con Alemania, que elimina los últimos brotes anémicos de una raza otrora auténticamente gloriosa. *Sic transit gloria mundi...*

—«Así pasa la gloria del mundo.» Lo sé, Matthieu...

—¡Matthieu-Marie, por favor! Sin duda, es un nombre harto ridículo, pero es el mío y sólo tengo éste. Respétalo, ¿quieres?

¿Qué hacía, pues, Dandeville de Vigon-Pérignac en Berlín? Según propia confesión: ¡nada! O casi. Matthieu-Marie era un ocioso profesional que se pasaba los días paseando, leyendo y pensando en las musarañas, mientras dilapidaba los últimos restos de la fortuna familiar con una despreocupación y una aplicación perfectas. Su dominio del alemán era ejemplar y creo que hablaba también bastante bien el ruso y, como yo, el griego antiguo y el latín. El francés había instalado sus cuarteles en la capital unos meses antes con el objetivo de redactar un libro, pero eso sólo había sido un vago pretexto para abandonar su patria, a la que decididamente no amaba. En los primeros días de nuestra relación sospeché que pertenecía al 5º Bureau, el servicio de información francés, pero no tardé en llegar a la conclusión de que no había nada de eso. Ferozmente hostil a la política que su país se obstinaba en seguir desde Francisco I, tenía a la República y la democracia por la mayor de las abominaciones.

—¿Abominaciones? No. La palabra aún no es demasiado fuerte —me dijo un día—. Imbecilidades, más bien. ¿Qué espíritu sensato querría ser gobernado por la masa ignorante? ¡Es ridículo!

A pesar de su evidente rechazo de la cultura francesa, Dandeville pasaba una gran parte de su tiempo releendo y citando a los autores que amaba.

—En París no se ha publicado nada encomiable desde Anatole France. ¡Y decir que ese hombre pensaba que era comunista! Escribía demasiado bien para ser

seriamente marxista. ¿Y Nodier? ¿Ya has leído a Nodier? Hubiera podido ser otro Nerval, sabes...

—No, Matthieu-Marie, no sé.

—¡En fin! ¡De hecho, eres tú quien tiene razón! ¡Vayamos al burdel!

Como Hornung, Matthieu-Marie era un gran aficionado a las chicas guapas. Y conocía las buenas direcciones del Berlín canalla aún mejor que yo...

—La mejor «casa» de la capital es la Pensión Dorian. Un lugar muy civilizado... ¡Te llevaré allí!

La famosa Pensión Dorian, en la Kurfürstendamm, frecuentada por los *Goldfaisan*, era en efectivo el lugar de todos los excesos y todos los lujos. Yo había oído hablar de ella a menudo, pero aún no había encontrado el momento de visitarla. Ocupaba dos pisos de una gran villa burguesa un poco retirada y se componía de un doble apartamento atravesado por interminables pasillos a los que daban las habitaciones. Un salón del tamaño de una sala de baile habilitaba las funciones de bar y fumadero. Allí, si se deseaba, se podía escoger a alguna de las chicas, todas muy hermosas, elegantes, y asimismo discretas. Al contrario que en otros lugares de este género que había visitado, el ambiente era tranquilo y sosegado. Las conversaciones se mantenían a media voz, sin risas groseras ni cacareos vulgares. Incluso flotaba en el aire un perfume de incienso.

—Si no tienes ganas de acostarte con nadie, no te forzarán. Esto tiene categoría, ¿sabes? Uno puede contentarse con tomar una copa y disfrutar del paisaje...

Para ilustrar sus palabras, Matthieu-Marie se dejó caer en un profundo sillón inglés colocado en un entrante. Fijado a uno de los reposabrazos sobre una ancha correa de piel de búfalo, un cenicero de cobre rutilante reflejaba las luces tamizadas que nos rodeaban.

—Tú no eres realmente alemán, ¿verdad? —me preguntó mientras encendía un habano del tamaño de un cañón de revólver.

La pregunta me causó cierta incomodidad, e hice todo lo que pude para eludir la respuesta. Mis poco convincentes esfuerzos divirtieron mucho al francés.

—¡Déjalo, Thörun! ¡Te enfangas en tus mentiras! Conserva tus pequeños secretos para ti. Todos tenemos los nuestros y no quiero que te sientas violento. Dime sólo qué manejos te traías en casa del librero Kurt Wagner el otro día. ¿Te interesan las ediciones raras?

—Sólo si están relacionadas con ciertos temas, sí...

—¿La magia?

—Por ejemplo...

—¿Interés personal... o un encargo del NSDAP?

—Desde siempre me han gustado los mitos, las leyendas. Me interesan las cosas que ordinariamente se dejan de lado... Digamos que el partido ha sabido emplear correctamente esta tendencia natural mía.

—¿Eres de esos que cazan francmasones?

Sonreí. Como todas las sociedades ideológicas que no eran abiertamente pronazis, desde la ascensión de Hitler al poder la masonería ya no era tolerada en Alemania. Los rosacruces, los martinistas, los teósofos, los antropósofos y muchos otros grupos discretos, si no secretos, habían sido declarados enemigos del Estado.

—No. No me ocupo de los masones ni tampoco de los judíos. Otros servicios se encargan de estos expedientes.

—Entonces, ¿de qué se trata? No irás a decirme que eres un SS corriente, ¿no?

—Concédeme un tiempo para saber quién eres, y me sentiré libre para responderte, mi querido amigo francés.

—¡Como gustes! No temo nada de lo que puedas descubrir. ¡Mientras esperamos los resultados de tu investigación, te abandono para consagrarme a esta pequeña y apetitosa Gretchen a la que ya hace demasiado tiempo que no veo menearse ante mí! Humm... *Schwüll, Schwüll, Schwüll!* —repetió empleando una palabra de argot berlinés que significa a la vez «excitación», «encallanamiento» o también «*sex-appeal*», como dicen crudamente los anglosajones.

Y tras levantarse ágilmente de un salto para llevarse a la chica que le gustaba, se volvió para soltarme con un gesto teatral.

—Thörun, si me preguntaras: «Matthieu-Marie, ¿cuál es tu gran defecto?», yo te respondería: «¡La falta de inquietudes! ¡Decididamente!».

El verano de 1935 se reveló excepcionalmente cálido. Dos o tres veces por semana, cuando apenas se había levantado el día, salía a cabalgar con Heydrich. Los cascos de nuestras monturas ya no hollaban las avenidas arenosas del Nympherburg, sino las mucho más anchas y largas del Tiergarten, el gigantesco zoo del centro de la ciudad.

Una mañana, al llegar a las cuadras, encontré a Reinhard cerca de un box, acariciando el cuello de un magnífico semental color de ébano. Cuando vio que me acercaba, el rostro del jefe del SD se iluminó con una sonrisa de niño feliz.

—¡Venga aquí, mi querido Thörun! Dígame, ¿qué piensa usted de este animal?

—¡Una bestia espléndida! Magníficamente musculada. Con una hermosa mirada viva, llena de carácter... ¡Una verdadera belleza!

—Enseguida pensé en usted cuando lo vi. Es un regalo. Se lo ofrezco.

A la vez pasmado y complacido por el detalle, me deshice en agradecimientos hacia mi superior.

—Se llama *Sleipnir*. ¿Increíble, verdad? ¡Así comprendí que este animal le estaba destinado!

¡*Sleipnir*! El nombre del caballo de Odín en la mitología nórdica... ¡Una criatura extraordinaria, caracterizada por sus ocho patas!

—La verdad es que nunca he llegado a comprender por qué ocho —me confesó Heydrich tendiéndome la brida.

—Representa la capacidad de la montura para desplazarse tanto en el plano

material como en el sutil. Piense igualmente en el sello de los templarios. Ya sabe, los dos caballeros sobre un mismo caballo: dos cuerpos, y por tanto, el dominio de dos planos de realidad. Es tan simple como eso, creo —expliqué ingenuamente mientras montaba.

—¡Decididamente tiene usted respuesta para todo, mi querido camarada!

Dos o tres días después de haberme hecho don del fogoso *Sleipnir*, Heydrich invitó al almirante Canaris a compartir una de nuestras cabalgadas matutinas. Instintivamente, el recién llegado no me gustó. No solamente no era un SS, sino que era un rival declarado que dirigía la Abwehr, el poderoso servicio de información del ejército regular. Este hombre, pequeño y un poco fofo, que continuamente estaba bostezando, gozaba, sin embargo, de la absoluta confianza del *Führer*. Heydrich, por su parte, no sabía muy bien qué pensar de este personaje. Cuando solicitó mi opinión, no pude ocultar mis precauciones.

—El almirante no me inspira confianza. Sin embargo, no sabría decir exactamente por qué. Es una cuestión de instinto.

—Comparto su opinión. Entre nosotros, trato de tenerlo bajo control, pero este tipo es resbaladizo como una anguila. ¡La costumbre de la vida en el mar, sin duda! Mantengamos un ojo abierto...

—No lo olvidaré.

—Pásame los prismáticos, ¿quieres? ¡Creo que he descubierto algo realmente digno de interés!

Tendí a Matthieu-Marie los binoculares que reclamaba, me despecé como un gato y moví los músculos de mis brazos bajo la camisa arremangada. Desde media tarde, el francés y yo estábamos instalados en nuestro puesto de observación habitual, en la terraza de su edificio. Después de más de dos horas al sol, yo me sentía tan lánguido y relajado como si hubiera abusado del vino.

—¡Oh, sí! ¡Adorable! ¡Realmente adorable! ¡Llena de deliciosos estremecimientos! ¿Te apetece ver?

—¡Desde luego! ¿Cuál es?

—A la izquierda de todo. Al lado de la rubia alta...

A través de las lentes de aumento observé durante unos instantes los movimientos gráciles y el rostro agraciado de una chica de diecisiete o dieciocho años que jugaba a balonvolea con sus compañeras en el patio de un pensionado de jovencitas muy cercano.

—Es la ventaja de vivir aquí —comentó Matthieu-Marie—. «¡Me lo quedo!», le dije al propietario en cuanto descubrí la proximidad de este establecimiento para señoritas de buena familia. Es una delicia ver llegar cada mañana a las *Fräulein* con sus faldas plisadas y sus blusas ceñidas. Esto me da una buena razón para levantarme.

—¿Y si yo te diera otra? —pregunté inocentemente.

—¿Más motivadora que contemplar a estas colegialas?

—Una razón, digamos... menos estúpidamente pasiva... Me gustaría que trabajaras conmigo.

El francés estuvo a punto de atragantarse por la sorpresa; luego sonrió.

—¿Ya has acabado tu investigación sobre mí? ¿Los resultados son positivos? —
¡Positivos!

—¿Me veré obligado a cortarme el pelo tan corto como tú y a embutirme en el mismo uniforme de encargado de pompas fúnebres?

—Tal vez... Sí... ¡Sería más divertido!

—¡Si hay diversión en perspectiva, estamos de acuerdo!

¿Era maquiavélico por mi parte querer convertir a Matthieu-Marie Dandeville de Vigon-Pérignac en uno de mis colaboradores más próximos? ¡Sí y no al mismo tiempo! Sí, porque yo sabía muy bien que arrastrar a este muchacho a las SS le marcaría para el resto de sus días. No, porque tenía sinceramente necesidad de ayuda en mi trabajo en el Ahnenerbe y hasta ese momento no había encontrado a nadie que pudiera secundarme mejor que el francés.

—No te comprometas tan de prisa —objeté de todos modos para calmar su entusiasmo—. Primero debes comprender bien de qué se trata. Quiero que sepas que no será un viaje de placer. Deberás atravesar un duro período de formación y luego, en caso de conflicto con Francia, asumir la difícil posición de traidor a tu patria. Es algo grave...

—Este argumento basta para convencerme —señaló en tono negligente antes de recuperar los prismáticos para observar a la bonita jugadora.

Como era de esperar, Vigon-Pérignac superó sin problemas las pruebas de selección de las *Schutzstaffel*. Cuatro años después de que yo mismo me hubiera sometido a ellas, el francés conoció, pues, las alegrías de una de las *Junkerschulen* que se habían instalado en Alemania. Bad Tölz sólo había sido el primer campo. Ahora existían otros tres en funcionamiento, y varios más en construcción. Envié a Vigon-Pérignac al de Bernau, donde formaban sobre todo a futuros cuadros del SD.

—¡Estuve a punto de dejar la piel en el *Tierkampf*. —me explicó a su vuelta—. ¡Madre mía, qué combate! Pero al final salí adelante. ¿Y bien? ¿Crees que me merezco la Cruz de hierro?

—Aún no, amigo mío... ¡Pero acabas de ganarte tus galones de oficial asesor del Ahnenerbe!

La inversión Dandeville —y utilizo con conocimiento de causa este espantoso término, porque su nacionalidad me había obligado a falsificar varios documentos administrativos y a insistir en que se abreviara su formación militar para integrarle más fácilmente y sobre todo más de prisa entre nosotros— se reveló inmediatamente provechosa. El francés, tan concienzudo en su trabajo como desenvuelto en su vida

privada, poseía la rara facultad de mantenerse razonable y metódico apasionándose al mismo tiempo por todas las formas de aventura de la mente. Su cultura clásica y su conocimiento del hebreo me fueron de considerable ayuda.

—Si he comprendido bien, quieres que redacte fichas sobre los grandes temas del esoterismo, ¿no es eso?

—De hecho, es un poco más complejo. Lo que necesito es encontrar temas que puedan servir de soporte para maniobras de intoxicación. Los ingleses tienen un término excelente para describirlo: *hoax*. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí... En resumen, quieres material vinculado a rumores y leyendas, ¿no?

—Exactamente.

—Confía en mí.

Apenas una semana después de que le hubiera encomendado este trabajo, una impresionante pila de notas me esperaba sobre mi escritorio. El resultado de estas primeras investigaciones superaba con creces mis esperanzas...

—Traje una provisión de Pervitina de Bernau —me explicó—. No he dormido desde hace cinco días. ¡Confío en que aprecies la lectura!

Notas sobre: De determinados orígenes ocultos de la Revolución francesa.

Más allá de la lectura histórica clásica, la Revolución francesa de 1789 puede explicarse por la lucha multiseular de dos corrientes filosóficas que aparecen insinuadas en toda la historia de Francia y, más allá de ella, en toda la historia de Europa. La primera corriente, solar y popular, proviene de la sección estoica de Mitra conservada sucesivamente por el patriarcado de Jerusalén, los templarios, la orden de Cristo y los iluminados de la orden de Killwinning. Sus partidarios son los engastrólatras, como los designa Rabelais. Se reconocen por los colores blanco, azul y negro. Su grito de guerra es «Baucéan». Se trata del partido de la plebe, que reaparece en la historia francesa con Juana de Arco, los Armagnac, Luis XI, la Liga, Luis XIV, el Terror... El otro partido, lunar, es de origen jónico y aristocrático. Su lengua litúrgica es el griego. Sus fieles son los engastromíticos del Tercer y Cuarto Libros. Sus colores son el violeta y el rojo, y su grito: «Montjoie Saint Denis». Tienen por campeones a Enrique III, Luis XV y Luis XVI. La oposición entre los dos grupos se traduce no sólo en la política, sino también en el arte y la literatura. Las representaciones del partido del pueblo son la mujer desnuda y descarnada que sostiene dos serpientes; la Madona sedente; la reina de picas del juego de naipes; la garza... Las figuras del partido aristocrático son: la mujer vestida que lleva guantes; la Madona erguida; la reina de tréboles; el halcón...

Notas sobre: Un poema inacabado de Goethe

Geheimnisse es un fragmento inacabado de la obra de Goethe cuyo tema principal

se resume en una doble cuestión: ¿quién está cualificado para transmitir los misterios y quién lo está para oírlos? Se trata, en él, de una orden de caballería espiritual dirigida por un tal Humanus, cuya misión consiste en superar todas las creencias establecidas para enseñar una religión única a todos los hombres. Se diría que este texto está inspirado en el «Alegato en defensa de la autenticidad de los rosacruces», aparecido en Leipzig en 1782 bajo la firma de Robert de Fluctibus. La orden caballeresca evocada por Goethe no puede sino recordar a la de los templarios, los rosacruces, los francmasones y a la del Santo Grial. Guardianas de los valores supremos de la humanidad, bebe de diversas fuentes: de los Evangelios, pero también de Bacon, Spinoza, Comenius, Johan Valentín Andrae... La fraternidad soñada por Goethe en *Geheimnisse* está compuesta por doce miembros bajo la tutela de Humanus, quien, vestido con un hábito multicolor al modo de un arlequín, reconcilia todas las virtudes ordinariamente enemigas de la tradición y del progreso e invita a cada uno de sus discípulos a desarrollar el sentimiento religioso sin referencia a una religión determinada.

Notas sobre: La francmasonería especulativa

Apoyándose especialmente en los temas de la Cabala hebraica y del hermetismo alquímico, se han constituido en el Occidente moderno numerosísimos grupos con pretensiones iniciáticas. La francmasonería se cuenta entre los más prolíficos; aunque hay que distinguir la masonería política y mundana de la masonería especulativa con objetivo iniciático. Si la primera no ofrece ningún interés aparte del material, la segunda presenta el mérito de descansar sobre datos metafísicos surgidos de tradiciones muy antiguas. La Palabra perdida es el término masónico privilegiado para designar los más altos secretos iniciáticos. Esta Palabra perdida es entendida como una vibración creadora equivalente al Verbo primero de las religiones monoteístas. El término masonería remite al arte de los constructores, que, en el mundo antiguo y medieval, siempre se vio asociado al sacerdocio. La construcción de las ciudades y los templos nunca se efectuaba, en efecto, según simples y exclusivas necesidades tangibles, sino que debía satisfacer en primer lugar reglas precisas concernientes a la orientación y las justas proporciones, a fin de que las influencias divinas fueran correctamente canalizadas. Los maestros constructores debían poseer, en consecuencia, conocimientos extremadamente vastos, que superaban con mucho la simple habilidad manual. Esta imbricación entre los conocimientos sutiles y la práctica obrera superior estaba simbolizada en Roma por Jano, a la vez divinidad del secreto iniciático y patrono de los artesanos. Así, cuando no es una sociedad de ayuda mutua o un organismo político subversivo, la masonería es uno de los raros lugares donde sobreviven algunos fragmentos de religiones muy antiguas.

—Es un trabajo documentado y potencialmente explotable. ¡Te felicito! Duerme un poco, pero continúa trabajando en este sentido. Tomaré todo lo que puedas

darme...

Encantado por mis palabras de ánimo, el francés me sonrió y luego desapareció para dar paso a Sievers, que entró, con aire febril, en mi despacho para ponerme por las nubes a un tal Otto Rahn, un escritor muerto de hambre que estaba persuadido de haber encontrado la pista del Grial en un castillo del sur de Francia.

—Está bien, este muchacho. Le aseguro que está muy bien. ¡Es imprescindible que lea usted sus obras! ¡Es algo notable!

—Le prometo que estudiaré sus antecedentes, Wolfram. Si es digno de interés, puede tener la certeza de que nos pondremos en contacto con este joven...

Con su torpeza habitual, Sievers abandonó la habitación golpeándose contra la puerta. No pude evitar lanzar una carcajada; ese tipo era realmente impagable. Él, naturalmente, lo ignoraba, pero yo poseía una copia de la llave de su despacho e iba regularmente a examinar sus papeles. El pobre diablo se alimentaba de mala literatura ocultista y de novelas infantiles. Hacía poco había descubierto, torpemente escondidos detrás de una fila de expedientes, ejemplares ilustrados de *Emilio y los detectives* y de *Puntito y Antón*. ¡Decididamente —conforme a los deseos de Heydrich—, el Ahnenerbe no había tardado mucho en convertirse en una verdadera nave de los locos, un arca de Noé para humanistas excéntricos!

Recuerdo que aquella noche trabajé hasta tarde, ocupado en el estudio del material que me había entregado Dandeville. ¿Qué podía hacer con esa masa de erudición? ¿Qué operación podía concebir? ¿Y para engañar a quién? ¿A los servicios aliados, o a los servicios alemanes rivales? ¿Al MI6 británico, al NKVD soviético o a la Abwehr del almirante Canaris? Sin haber llegado a concretar nada, me dispuse a abandonar la casa de la Pücklerstrasse. Creo que no faltaba mucho para la medianoche, y tenía ganas de refrescarme las ideas en el Romanische Café, donde me había citado con una de las numerosas chicas que tenía anotadas en mi agenda. Al apagar las luces, un guardia vino a avisarme de que un hombre, un civil que se negaba a dar su nombre y que no tenía documentos de identificación, insistía en hablar conmigo. Cansado, pero demasiado intrigado para marcharme sin saber quién tenía la audacia de presentarse a esa hora intempestiva, autoricé la visita del desconocido. Entonces se dibujó en el marco de la puerta la pulcra silueta de un hombrecillo flaco, de barba y cabellos negros impecablemente cortados. Un perfume dulzón con efluvios de violeta flotaba en torno a él.

—¿Herr Gärensen? Me llamo Hezner. Ruben Hezner...

Carismático, sosegado, articulando un alemán delicado desprovisto de acento, Ruben Hezner tenía un no sé qué que captaba la atención y predisponía favorablemente hacia su persona. Aunque sus rasgos eran regulares y agradables, su encanto no residía tanto en sus cualidades físicas como en una nobleza natural que se imponía desde el primer momento. Y había más. Una particularidad que tardé un tiempo en

definir, pero que, una vez revelada, me impresionó: ¡este hombre no tenía edad! Era imposible, en efecto, saber si Hezner tenía treinta o cincuenta años, veinte o sesenta. Aunque sin duda ya no era un chiquillo —de hecho, estaba incluso muy lejos de serlo—, en su rostro no se marcaba ninguna arruga, ninguna grieta, nada que pudiera revelar ninguna clase de deterioro. Sin embargo, por más que su piel fuera la de un adolescente, en sus ojos, de un brillante negro de mica, se revelaba toda la experiencia de un patriarca. Su cuerpo se movía con energía y vitalidad, pero pese a todo se mantenía constantemente encorvado, encogido...

—El antisemitismo se ha convertido en una religión de Estado, hoy, en Alemania. Soy perfectamente consciente de ello, *Herr Gärensen*... —empezó en cuanto dejamos atrás las banalidades habituales— De todos modos, sé también que las apariencias engañan. Igual que no todos los alemanes nos aborrecen, algunos SS poseen bastante sentido crítico e inteligencia para no atenerse forzosamente a las imprecaciones cargadas de odio que se difunden en las columnas del *Der Stürmer*.

Der Stürmer era la más caricaturesca y grotesca de las publicaciones de la prensa popular nazi, y por desgracia, cualquiera podía leerla, ya que estaba expuesta sobre paneles de madera levantados a este efecto en los cruces y las plazas.

—Imagínese que he llegado a Berlín hace poco y, por decirlo gráficamente, ¡lo he hecho literalmente «en la valija de uno de los suyos»! Me refiero al barón Leopold Itz von Mildenstein, el responsable de la Oficina de Asuntos Judíos de sus SS.

Enarqué las cejas en señal de sorpresa. Un día había tenido ante mis ojos una ficha de información procedente del SD Inland concerniente a Mildenstein, pero nunca había conocido en persona a este importante oficial.

—Dentro de unas semanas hará dos años que el barón y su esposa efectuaron una estancia de estudio de seis meses en Palestina. Publicaron varios artículos relatando su periplo, en *Der Angriff*, del doctor Goebbels. Haifa, Jerusalén, Hebrón... Yo mismo me encontraba en la ciudad santa en esa época. Simpatizamos. Simpatizamos mucho... Di al barón lecciones de hebreo y de historia de mi pueblo. Es un excelente conocedor de la cultura israelita ahora. A título personal, incluso se ha convertido en un amigo...

—¿Es él quien le envía?

—No, quien me envía a usted es YHWH, mi Dios.

La solemnidad del tono hizo que me entraran ganas de reír, pero oculté mi mofa bajo un carraspeo sonoro.

—Muy impresionante, maestro Hezner. ¿Y qué dice su Dios con respecto a mí?

—¡Me envía para que le secunde en su labor!

LOS INVITADOS DE KARIN HALL

Soy consciente de que hoy día es difícil de creer, pero hasta el año 1938 y el gigantesco pogromo que fue la «Noche de los cristales rotos», la situación de los judíos en el curso de los primeros años del reinado hitleriano estuvo entretejida de un buen número de ambigüedades. En los parques había bancos pintados de amarillo que estaban reservados a los judíos, es cierto. Los matrimonios mixtos eran administrativamente invalidados y carteles pegados en las fachadas de los cines, las piscinas, los restaurantes y los cafés impedían el acceso al lugar a los perros y a los no arios. También esto es cierto. Igual que es cierto que las leyes de Nuremberg que proscribían la posesión y la administración directa por parte de los judíos de fábricas y talleres fueron aplicadas escrupulosamente.

«¡Hitler va demasiado lejos! Esto no durará», creyó sinceramente la mayoría de la comunidad, negándose a captar en su justa medida la gravedad de la situación.

«¡Todo está escrito en el *Mein Kampf*! ¡No tenéis más que leerlo!», prevenían — sin ningún resultado— unas pocas voces aisladas, ignoradas. Poca gente se había tomado la molestia de abrir la obra-programa del nuevo canciller. Para todos los judíos que habían combatido en los ejércitos del káiser Guillermo, en Verdún o en el Somme, y que incluso llevaban prendida en el pecho la Cruz de Hierro, era más sencillo optar por capear el temporal y fingir que sólo había que esperar a que la tormenta remitiera, antes que confesarse que la sociedad en cuyo seno habían vivido desde hacía tantos años les rechazaba ahora cada día un poco más. A menudo más alemanes que los propios alemanes, estos judíos eran los más frágiles, ya que eran los más fieles a la idea de una Alemania tolerante, plenamente goethiana, amante de las más elevadas obras de la Razón. Otros, en cambio, no estaban tan expuestos. Al conceder menos importancia a su cualidad de alemanes que a sus raíces hebraicas, no habían olvidado ningún detalle de la historia de su pueblo y nunca habían borrado de su memoria el recuerdo de la antigua Tierra prometida. Para éstos, la llegada al poder de los nazis era una señal...

—Algunos de entre los nuestros, aquí en Berlín, en Munich, en Bremen, en Hamburgo... trabajan en un proyecto de emigración masiva hacia Palestina —me dijo Hezner—. Estamos convencidos, igual que Hitler y el barón Von Mildenstein, de que ha llegado el momento para los judíos de abandonar Europa y volver hacia Sión.

—¿Cómo es posible esto? No creo que los británicos se lo permitan sin más...

—En efecto. Los británicos son ahora nuestros enemigos estratégicos, ya que, a pesar de sus promesas, se niegan a constituir un hogar nacional judío en las orillas del Jordán.

—¿Y bien? ¿Qué puede hacer el Ahnenerbe por usted, maestro Hezner? Nosotros somos un centro de investigaciones científicas. No una oficina de guerra o

diplomática —repliqué, verdaderamente intrigado por saber adonde me conduciría esta extraña conversación nocturna.

Hezner se pasó la mano por la barba y acercó su silla a mi escritorio.

—Su instituto se ha especializado en el estudio de los mitos y la historia de las religiones. Aquí se practica la antropología, la filología, la hermenéutica, el comparatismo y la experimentación bajo todas sus formas. Este espíritu multidisciplinario es absolutamente notable. Único en Europa. Único en el mundo, incluso...

—Eso creo, sí.

—Entonces, mi demanda es la siguiente...

En unas pocas frases, Hezner me expuso su idea: ¡integrarse al Ahnenerbe como observador a fin de preparar el equivalente del servicio en el futuro Estado israelita, que, según afirmaba, estaba a punto de eclosionar en Palestina!

—En contrapartida, yo puedo aportarle mucho por su ayuda, Herr Gärensen. Estoy muy versado en el estudio de la Tora y el Midrach. Domino el arameo y conozco bien todas las técnicas ancestrales de magia judía, especulativa u operativa. Me enorgullezco de ser más que un simple teórico en la materia.

—¿Quiere decir que practica la magia?

—Conozco los mecanismos de funcionamiento de algunas de sus ramas, sí. Y poseo buenas nociones sobre la historia de su desarrollo. ¿Quiere ponerme a prueba?

¿Poner a prueba a Hezner? Yo creía dominar correctamente el tema del esoterismo, pero consideré que sería más prudente solicitar el concurso de Dandeville para juzgar sobre el valor de la propuesta de Hezner.

—Dentro de dos días... Vuelva dentro de dos días, señor Hezner. Le presentaré a alguien. La justa será apasionante, estoy seguro...

Como es lógico, aproveché este tiempo de reflexión para recolectar tanta información como pude sobre ese misterioso Hezner a quien le parecía tan natural colaborar con los altos cargos de las SS. Los servicios del SD me proporcionaron todo lo que sabían de ese hombre, no gran cosa de hecho. Ruben Adam Hezner, me informaba su ficha, nacido en diciembre de 1886 en Odessa, en el antiguo Imperio ruso, actual Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Doctorado en química en Londres en 1909. Doctorado en filosofía en Chicago en 1914. Fecha de llegada a Palestina: 19 de octubre de 1922. Docente en Jerusalén. Guía-intérprete del barón Von Mildenstein durante la estancia de éste en Oriente Medio, de septiembre de 1933 a febrero de 1934. Pasaporte británico... A continuación seguían algunas precisiones de menor importancia, como, por ejemplo, la dirección de residencia del sujeto —una simple habitación en los locales de una asociación de ayuda mutua judía—, y otras nimiedades de este orden. Nada que pudiera aclarar realmente el motivo de la presencia de Hezner en Berlín.

—¡Un judío! ¡Y con un pasaporte británico, para más seña! ¡Tú has perdido el juicio, Thörun!

Matthieu-Marie Dandeville de Vigon-Pérignac había perdido de golpe toda su indolencia. Antisemita hasta la médula, el francés ni siquiera comprendía cómo podía yo imaginar que Hezner fuera algo más que un vulgar espía a sueldo de Londres.

—¡Una víbora venida de Londres, de Moscú o a sueldo del *B'nai B'rith*, lo que sería aún mucho peor! Por lo que más quieras, Thörun, pon a este tipejo de patitas en la calle... ¡Y envía a Mildenstein al diablo si ese idiota de barón te acusa de haberle dado una patada en el culo a su protegido!

El sentido común me impulsaba a seguir el consejo de Dandeville, pero mi curiosidad me venció. A pesar del mal humor que la propuesta desencadenó en el francés, insistí en hacer realidad mi idea de un encuentro entre ambos. La escena fue intensa, y la hostilidad entre los dos hombres inmediata. En lo que a Dandeville respectaba, todo eran músculos contraídos, labios apretados, ojos que lanzaban chispas... En cuanto a Hezner, no manifestaba tantos signos de rechazo, pero detrás de su sonrisa y de la amabilidad de sus modales se podía leer el desprecio instintivo que le inspiraba mi adjunto. Su conversación se prolongó durante un buen rato y se desarrolló en varios frentes. Confieso humildemente que, a pesar de los conocimientos que yo mismo poseía sobre el tema, los dos hombres manejaban referencias que con frecuencia se me escapaban.

—No, señor Dandeville, comete usted un grave error al pensar que es posible traducir palabra por palabra una lengua semítica como el hebreo a una lengua indoeuropea como el latín, el griego, el alemán o su francés. La razón es simple: el hebreo no establece diferencias entre pasado, presente y futuro. No se conjuga más que en cumplido y no cumplido. Estas dos formas no traducen una temporalidad lineal, sino una simultaneidad de acción. Los acontecimientos así relatados se desarrollan según una triple declinación: ¡han tenido lugar, tienen lugar y tendrán lugar todo junto! Pasados, presentes y futuros son eternos porque están situados fuera del tiempo ordinario del nacimiento, la madurez y la muerte. Por eso sus dioses nacen, viven, perecen, o eventualmente renacen, mientras que YHWH es inmutable. Él solo mezcla toda temporalidad.

—Si sigo correctamente su razonamiento, todas las traducciones del Antiguo Testamento son, por tanto, vanas...

—Vanas y peligrosas. Igual que las traducciones de los Evangelios.

—¡Pero si el Nuevo Testamento se redactó en griego! ¡Todo el mundo coincide en eso! Los Evangelios más antiguos que conocemos están escritos en esta lengua...

—Los que nosotros conocemos, se lo concedo. Pero ¿quién le dice que éstos son los manuscritos originales? Los que están de acuerdo sobre la versión de una redacción original de los Evangelios en griego lo ignoran todo sobre las infinitas sutilezas de la lengua hebrea. Crean que Jesús es un personaje histórico cuya vida fue relatada por testigos oculares. ¡Es falso! ¡Pueril! Jesús es un personaje midrásico,

y el Nuevo Testamento una tentativa hebraica de comentario cabalístico de la Tora...

—¡Esta hipótesis es una locura! ¿Se supone que usted solo tendrá razón contra dos milenios de sabiduría de los Padres de la Iglesia? ¿Contra san Agustín, san Benito, santo Tomás de Aquino y todos los otros?

—Los que piensan que lo que Occidente llama Nuevo Testamento no es más que una tentativa hebraica de dar cumplimiento a las Escrituras del Pentateuco ¡son los guardianes de la verdad! ¡Solos contra todos los demás, aunque sean los Padres de la Iglesia!

—Yo mismo no siento un gran afecto por el cristianismo, lo confieso; pero usted va demasiado lejos, Hezner. ¡En mi opinión, está usted loco!

—¡Y en mi opinión, señor Dandeville, está usted cegado por su pereza intelectual! ¡Reaccione!

Bajo la puya, Vigon-Pérignac apretó los puños. El francés, rojo de ira, parecía dispuesto a usar la fuerza contra el hombrecillo. Con un gesto autoritario puse fin a esta discusión que, por erudita que fuera, no representaba, de hecho, más que un pretexto para la rivalidad personal.

—Creo que lo dejaremos aquí —dije en un tono de maestro de escuela—. Señor Hezner, nos ha proporcionado materia para la reflexión y me hubiera gustado tenerle entre nuestros colaboradores, pero es evidente que muchos de éstos no verían con buenos ojos su inclusión en el seno del Ahnenerbe. Por eso, y lamentándolo mucho, me veo en la disposición de rechazar la demanda que expresó en nuestra primera entrevista.

Hezner suspiró, se ajustó el nudo de la corbata y luego, mientras yo me levantaba para acompañarle afuera, hundió la mano en el bolsillo y me tendió una carta sellada.

—Hubiera preferido mostrarme lo suficientemente brillante para no verme obligado a utilizar esta arma, Herr Gärensen; pero dado que las circunstancias están en mi contra...

Nerviosamente, abrí el sobre y saqué una hoja de papel estampado cubierta de una escritura fina. En unas líneas corteses pero muy explícitas, me intimaban a incorporar a Ruben Hezner al Ahnenerbe. Una rúbrica complicada refrendaba la demanda. ¡Era la de Heinrich Himmler!

—Olvídelo, Gärensen —me dijo la tarde siguiente Heydrich, mientras poníamos al paso a nuestros caballos—. ¿Un judío en el Ahnenerbe? ¿Y qué? Himmler está tratando de ganarse a la organización judía mundial. ¡Y tiene razón! Los judíos constituirán un verdadero problema para nosotros mientras persistamos en tratarlos como un bloque único. Es preciso, al contrario, diferenciarlos. Por un lado, los que niegan la evidencia y persisten en creer que pertenecen al pueblo alemán. En su caso, no hay que tener ningún escrúpulo: humillaciones, vejaciones, privación de derechos... Por otro, los que han abierto los ojos, asumen su judaísmo y profesan una

concepción de él estrictamente racial. Por lo que a éstos respecta, es vital ayudarles a volver a Palestina. De hecho, ya nos empleamos en conseguirlo con una participación cada vez más activa de su propia comunidad. —¿Y cómo lo hacen?

—Es muy simple: favorecemos algunos de sus movimientos juveniles más comprometidos, la National Jugend Herzlia de Willi Cegla, por ejemplo... Tienen un espíritu pionero. Triunfarán. Tuve a ese tipo a cenar, hace poco... Interesante. Un excelente aliado potencial contra los británicos... Y además, es una fuente de comercio. Palestina posee una enorme reserva de tierras fértiles aún inexplotadas. Cuando se cree allí un Estado sionista, podremos vender bombas de agua, tractores, abonos, aviones, barcos... En contrapartida, tendremos frutas, legumbres, vino y productos textiles en abundancia, y tal vez petróleo si los sondeos se revelan fructíferos...

Las palabras de Heydrich me dejaron dubitativo. No porque sus argumentos me sorprendieran, sino porque esta conversación hizo que rememorara un discurso similar que había pronunciado mi antiguo camarada Sacha Hornung años antes. Sosteniendo blandamente la brida de *Sleipnir* en la mano, permanecí en silencio un buen rato, perdido en la evocación de este lejano recuerdo.

—¡Gärensens! ¡Gärensens!

Heydrich golpeó mi bota con la palma de la mano. Sobresaltado, vi que mi *Obersturmführer* había puesto pie a tierra y me miraba con cierto reproche. Cerca de él, una joven y tres niños se habían detenido para admirar nuestros caballos. Era una *Kinderfräulein*, una niñera, que acompañaba a los pequeños que tenía a su cargo a dar un paseo por el parque.

—¡Creo que a los niños les gustaría montar unos minutos! —dijo Heydrich—. ¿Quiere subir al mayor sobre la silla de *Sleipnir*?

Mientras el segundo jefe de las SS instalaba a dos chiquillos sobre su silla, yo cedí de mala gana mi puesto a un crío de expresión extática, de seis o siete años, que, con su corte de pelo a la taza, su traje de terciopelo y su camisa almidonada de cuello Schiller, me hacía pensar en el pequeño lord Fauntleroy. Lentamente, llevando a nuestros caballos de la brida, paseamos a los niños durante unos centenares de metros a lo largo de las avenidas trazadas a cordel entre las vastas extensiones de césped. La hermosa sonrisa y las ojeadas que me lanzaba la gentil *Kinderfräulein* me ayudaron a pasar ese mal trago...

—¿De modo que no le gustan los niños, Gärensens? —me preguntó Heydrich mientras volvíamos a la cuadra.

—Nunca me he interesado por ellos. Creo que sería un mal padre. ¡Amo demasiado mi libertad!

—El matrimonio es importante. Particularmente para un SS. A Himmler no le gusta ver hombres solteros después de los veintiocho años. Y me parece que acaba usted de franquear la línea roja. Ha llegado el momento de establecerse y procrear. ¡Ya que tiene usted todas las cualidades de un semental, Gärensens, permítame que le

encuentre una yegua bien fecunda!

Aún hoy no sé si tuvo alguna relación con el último comentario de Heydrich, pero tres días después de esta conversación recibí en el despacho una invitación para una recepción que daban cerca del pueblo de Rominten, en la nueva residencia de Hermann Göring, uno de los personajes más influyentes pero también uno de los más extravagantes y peligrosos del régimen. Aquello me sorprendió sobremanera, porque hasta ese momento el propio Heydrich me había exhortado a mantener la discreción y a permanecer tan alejado como fuera posible del complejo juego de las relaciones mundanas nazis. Cierto que yo era un *Goldfaisan*, pero la partitura que debía tocar exigía sobriedad y sigilo. En el partido, prácticamente nadie me conocía. Himmler y Heydrich eran los únicos dirigentes con los que mantenía relaciones regulares. En este contexto, como es natural, nunca me habían llevado a conocer a Göring o a Hitler.

—Si ha recibido una invitación, vaya, Gärensen —me animó el *Obersturmführer*—. Sería torpe por su parte rechazarla. Yo mismo acudiré con Lina. ¿Quién sabe? Tal vez esté destinado a tener algún encuentro interesante...

La autorización de Heydrich era demasiado explícita para no parecer una orden. Aunque me desagradara, decidí, pues, acudir a esa velada, que los rumores que ya circulaban por todo Berlín anunciaban memorable. ¡Y efectivamente fue memorable, sí, y en más de un sentido! En primer lugar porque el anfitrión, que acababa de brindarse, a unos kilómetros al norte de la capital, una especie de palacio sobredimensionado, un Versalles de hormigón y vidrio llamado Karin Hall en homenaje a su primera mujer —una condesa sueca de la que había estado locamente enamorado y que había muerto unos años antes—, era un personaje ogresco, de un tamaño descomunal y un orgullo y una desmesura que causaban espanto. Hermann Göring, presidente del Reichstag, ministro del Aire, ministro-presidente de Prusia y general de cuerpo de ejército, gozaba de una popularidad incontestable entre el pueblo llano alemán, que veía en él a un gigante bonachón y cómico en el que se reconocía infinitamente mejor que en los rostros de buitres ascéticos de un Goebbels o un Himmler. Göring era, es cierto, un personaje brillante y tenía en su favor su pasado de héroe de guerra. As de la aviación, veintidós veces victorioso, había reemplazado a Manfred von Richthofen a la cabeza de su escuadrilla cuando el «Barón rojo» había sido abatido. Gravemente herido en la abortada tentativa de golpe de Estado nacionalsocialista de 1923, había huido de Alemania y pasado cuatro años en el exilio, en el curso de los cuales se había vuelto adicto a la morfina, que utilizaba para atenuar los dolores que le atormentaban permanentemente. Redondo, ahora, como un tonel de cerveza, se consolaba de la pérdida de su querida esposa acumulando una inmensa fortuna industrial que lo había convertido en uno de los hombres más ricos de Europa.

A bordo del largo coche protocolario de Heydrich franqueé esa tarde la alta cerca de la propiedad de Rominten. En la frontera de octubre, el cielo era todavía tan claro y el sol tan ardiente como en julio. Los insectos, aún activos, se resistían a fenecer. Mariposas, abejas y pájaros cantores proseguían su vida estival como si el tiempo permaneciera en suspenso.

—*Lugnasad!* —murmuré para mí mientras cruzábamos la doble hilera de rejas forjadas que protegían el dominio.

—¿Qué dice, Thörun? —me preguntó la bella Lina posando sus grandes ojos claros en mí.

—*Lugnasad!* Es el nombre de una de las ocho grandes fiestas paganas que ritmaban el curso del año. Hoy es la fiesta del inicio del otoño. El tiempo de la naturaleza ha alcanzado su apogeo justo antes de la entrada en la estación tenebrosa.

—¡Lina! ¡Thörun! Disfrutad del espectáculo en lugar de aturdirnos con palabras. ¡Mirad!

Por los vidrios de las ventanas del coche, que ahora rodaba lentamente por las avenidas de Karin Hall, vimos un espectáculo extraño y fascinante. La propiedad ya hervía de invitados que deambulaban por el césped, mientras aquí y allá orquestas de cámara instaladas bajo doseles de tela desgranaban piezas de Schubert, Schumann, Debussy... Levantados aproximadamente cada cincuenta pasos, los bufetes se hundían bajo el peso de las vituallas y las botellas de vino de *Champagne*. Como estatuas vivientes, cien muchachas inmóviles, con el sable desenvainado y vestidas al modo de los antiguos Húsares de la Muerte de Hessen, formaban un pasillo de honor al pie de la entrada. Por encima de ellas, sujetas a mástiles coronados por un pomo de oro, pendían inmensas banderas rojas con la cruz gamada.

—¡Bienvenidos! Bienvenidos a Karin Hall, amigos míos —bramó el grueso Göring mientras bajaba los escalones para recibirnos.

Abriendo generosamente los brazos, el presidente de Prusia estrechó un instante a Heydrich contra su pecho antes de inclinarse respetuosamente ante Lina von Osten.

—¡Querida mía! ¡Resplandeciente! ¡Realmente, está usted cada vez más resplandeciente! Qué magnífica pareja hacen los dos...

Göring me estrechó la mano de forma distraída, casi sin mirarme. Sólo tenía ojos para Lina, que, en verdad, estaba turbadoramente bella con su vestido de noche de color ópalo.

—La verdadera fiesta se desarrolla en la parte trasera de la casa, en el gran parque. Los invitados que ven aquí divirtiéndose pertenecen sólo al segundo círculo. ¡Acompañenme!

Arrastrando despreocupadamente de la mano a la esposa de Heydrich, el expiloto de caza nos hizo atravesar su palacio de un lado a otro. Al salir de una larga galería de columnas de mármol y paneles de ámbar, descubrimos un espectáculo que no podré olvidar en la vida. Colocadas sobre el césped, gigantescas jaulas albergaban a los animales más peligrosos que uno pueda imaginar: tigres blancos de Siberia,

leones de las llanuras del Kilimanjaro, pumas de las Rocosas, osos Kodiak de los bosques del Canadá o jaguares de la Amazonía.

—Más lejos hay un foso para los cocodrilos y un vivero para las serpientes —siguió explicando Göring—. Pero como ya imaginarán, estas fieras no son nada en comparación con los humanos que cenan aquí...

Instaladas cerca de las jaulas, dos o tres decenas de mesas reunían a todo el elenco de las autoridades más relevantes con que contaba el partido. En una ojeada rápida barrí con la mirada al grupo de comensales, reconocí a Rudolf Hess conversando con Martin Bormann, a Alfred Rosenberg riendo con Walther Darré, el ministro que subvencionaba al Ahnenerbe... Y a muchas otras personalidades...

—Todos los grandes mandamases están aquí. Los banqueros también, claro está, y los industriales. ¡Imaginen los daños que causaría una bomba en este lugar! —dijo Göring divertido—. Todos los que destacan en el partido, en el gobierno y en las instituciones quedarían reducidos a puré... En fin... ¡no todos! Goebbels aún no ha llegado, y Himmler tampoco. Vendrán más tarde. ¡O no! ¡Como prefieran! ¡Peor para ellos si me desprecian!

—¿Y nuestro *Führer*? —preguntó inocentemente Lina.

Göring señaló con el dedo hacia los pisos altos de la vivienda.

—Interpreta al «gran Gatsby», ahí, detrás de las ventanas. Nos mira desde lejos. Observa sin mezclarse entre la multitud... Pero ya conseguiré hacerle bajar cuando haya caído la noche. ¡Y ahora, diviértanse! He previsto algunas sorpresas. ¡Vamos! ¡Vamos! —dijo el señor del lugar.

Acepté la copa que me ofrecían y abandoné a los Heydrich para avanzar lentamente entre los invitados y las jaulas donde los animales, excitados por el ruido y los movimientos de la multitud, rugían, bufaban, mostraban agresivamente los colmillos y las garras. Caminando solo bajo los olmos y los pinos, llegué hasta un claro cubierto de césped en el centro del cual crecía un fresno gigantesco, de inmensa copa, con fuertes ramas radiantes y hojas que murmuraban suavemente en la dulce brisa del atardecer. «¡Ygdrasil! —pensé—. ¡Ygdrasil, el árbol de nuestras creencias antiguas!» Unas luces sordas parecían brillar en su fronda. Al acercarme, vi que una escalera ascendía en espiral en torno al grueso tronco. Puse el pie sobre el primer escalón, me sujeté al pasamanos e inicié la ascensión. Inexplicablemente, sentía un nudo en la garganta y mi corazón palpitaba más deprisa. Mi intuición me decía que el camino que se abría en el corazón de este árbol imponente y sabio me conducía al umbral de un fabuloso y terrible misterio. Bajo la canopea se había instalado una plataforma amplia y confortable, donde charlaban un pequeño y tranquilo grupo formado por seis o siete personas, sentadas en sillones en torno a una mesa baja cargada de delicadas viandas presentadas en bandejas de plata. Se produjo un silencio y todas las miradas se volvieron hacia mí. Al principio creí que era mi uniforme el que les incomodaba, porque todos los hombres allí presentes eran civiles vestidos con elegantes fracs a la última moda. Incómodo, confuso por haber interrumpido una

reunión íntima, balbuceé unas torpes palabras de excusa y esboqué un movimiento de retirada; pero un hombre alto de aspecto refinado que se encontraba frente a mí se levantó y se adelantó hacia mí con una sonrisa resplandeciente en los labios.

—Si los dioses le han conducido hasta aquí, expulsarle sería traicionar su confianza. ¡Quédese, se lo ruego! ¡Sé que nuestras compañeras se lo imploran en silencio!

El *dandy*, haciéndose a un lado con la gracia de un torero ejecutando una finta, se apartó para que mi mirada se cruzara con la de las damas. Inflamando un rostro de mantis, dos fulgores verdes me atravesaron con la fuerza de una lanzada. En el centro del círculo de amigos, una criatura enfundada en un ceñido vestido negro eclipsaba cualquier otra presencia femenina.

—Soy Dalibor Galjero —continuó el hombre—. Permítame presentarle a Laüme...

Petrificado, a riesgo de parecer envarado, besé la mano de esa belleza antes de que Galjero me presentara al círculo de invitados. Recuerdo al conde Ciano, entonces ministro de Asuntos Exteriores italiano, a Merry Groves, una periodista del *Chicago Tribune*, así como a otra americana con cara de urraca maliciosa, una tal Wallis Simpson... La inglesa Unity Mitford me obsequió con una sonrisa tan radiante como sorprendida y se atrevió a dirigirme un guiño poco discreto para indicarme que recordaba nuestra noche de amor en Munich. Quise preguntarle por Sacha Hornung, pero en el curso de las horas que pasé en compañía de esta gente no se me presentó la ocasión de hacerlo. Ingeniosos y mundanos, desenvueltos y burlones, la mayoría parecían extrañamente críticos con respecto al régimen hitleriano, aunque se aprovecharan sin reparos de las oportunidades y los beneficios que éste les proporcionaba. No recuerdo con precisión qué temas se tocaron en la conversación. A fuer de ser sincero, lo cierto es que aquello no me interesaba demasiado. Mi mente se encontraba en otra parte, hechizada por el instante, por el lugar, por la circunstancia. Entre el ramaje de este árbol gigantesco me sentía como protegido del tiempo, *in illo tēmpore*, como dicen los antiguos, es decir, extraído del encadenamiento de las causas y los efectos, del antes y el después que tejen la trama ordinaria del mundo. De niño había vivido esta misma rara calidad del instante cuando mi abuelo y Knut Hamsun me habían llevado en barca a la isla de las runas. E igual que allí me había visto sumergido en la sensación íntima de vivir una revelación, me sentía aquí embargado por la certidumbre de vivir un momento excepcional. Ya no se trataba ahora de la iniciación a antiguos ensueños, sino tal vez de un misterio más intenso, más profundo todavía... Una procesión de cien jóvenes húsares negros, como fantasmas de sombra de aire marcial bajo la luz cremosa de la luna llena, desfiló bajo nuestro refugio. En la distancia vimos luego a algunas parejas adúlteras próximas a la embriaguez que caminaban con paso vacilante buscando algún matorral tranquilo donde dar rienda

suelta a su pasión... Y después, el alba empezó a iluminar el cielo con largas tiras opalinas mientras un rocío frío se condensaba en las hojas de Ygdrasil. Vi cómo los brazos desnudos de Merry Groves se estremecían y Unity Mitford se apretó su estola en torno a los hombros. Laüme quiso bajar...

Mientras todos volvíamos hacia Karin Hall, exhaustos después de esta noche en blanco —con los hombres mojándose los zapatos lustrados en el césped alto y las mujeres con los tobillos salpicados de briznas de hierba—, el sol, que ascendía detrás de los macizos bajos, calentó levemente nuestros cuerpos entumecidos. Caminaba solo ante los otros, cuando una hermosísima mano se enrolló en torno a mi antebrazo. Laüme acababa de colocarse a mi altura. Caminando al mismo ritmo, pero sin mirarnos ni hablarnos, nos acercamos a las jaulas de las fieras. Entonces Laüme se desprendió de mí de una forma tan repentina como enérgica, saltó a la plataforma de la jaula de los tigres y pasó su delgado cuerpo por entre los barrotes. Estupefacto, apenas me di cuenta de la hazaña de contorsionista que esta mujer —liana, anguila, medusa de las profundidades— acababa de realizar ante mis ojos sin esfuerzo aparente. Pero no fue ése el motivo de que mi corazón dejara por un segundo de latir en mi pecho. ¡En la jaula, Laüme se había puesto al alcance de dos fieras enormes que mostraban los colmillos y ya tensaban sus músculos para saltar sobre ella y despedazarla! Y en ese momento, mientras sentía cómo la excitación de los felinos crecía hasta el paroxismo, se produjo el milagro. Tranquilamente inclinada hacia ellos y sonriéndoles, Laüme apaciguó de golpe su ardor. En una fracción de segundo los tigres se tumbaron a los pies de la rumana lanzando gruñidos de placer y tendieron sus grandes cabezas hacia las manos femeninas que se adelantaban para prodigarles caricias y arrumacos. En una lengua desconocida para mí, la Galjero ronroneó unas palabras dulces al oído de las bestias. Ahora estas últimas ya no recordaban a los monstruos feroces que habían sido hacía sólo un instante. Domadas por el encanto circense de Laüme, acababan de reconocer a ésta como ama. Otros habían sido también testigos de la escena. El italiano Ciano y Unity Mitford estaban al mismo tiempo aterrorizados y admirados. Dalibor Galjero esbozaba una sonrisa, no sé si de satisfacción o de desprecio. Los invitados, que seguían sentados en torno a las mesas a nuestro alrededor, dejaban ahora sus sillas o sillones para contemplar el cuadro. Pronto, de sus gargantas estranguladas se elevó un coro de exclamaciones que revelaban al mismo tiempo incredulidad y reprobación, miedo y admiración.

Una voz femenina y ronca susurró detrás de mí:

—Procure establecer buenas relaciones con estos hechiceros, mi joven amigo. Hablo por experiencia: si entabla amistad con ellos, los Galjero pueden hacer mucho por usted...

Mientras me volvía a medias para ver quién me hablaba, Wallis Simpson pasó sobre mi brazo su mano huesuda cargada de anillos. Me encogí de hombros para indicar a ese viejo pellejo del otro lado del Atlántico que me estaba dando un consejo que bien podía pasar por alto. En respuesta, la mujer abrió la boca para esbozar una

sonrisa de patrona de casa de citas que me revolvió las tripas. Entre la multitud que se agolpaba para ver el milagro de la mujer de los tigres se elevó entonces un rumor. Una voz potente, militar, intimó con rudeza a los espectadores a que se apartaran, y Adolf Hitler en persona apareció. Escoltado por sus ayudantes de campo y seguido de un barrigudo Göring cargado de medallas, venía a asistir a la increíble escena de Laüme imponiéndose a los tigres. En la jaula, tan tranquilos como esa mujer que pasaba suavemente sus largas manos por su pelaje, los felinos de Siberia ronroneaban como gatos grandes...

Más lentamente aún que si yo mismo hubiera tenido a una fiera a mi lado, deslicé la mirada hacia el *Führer*. En el curso de todos estos años en Alemania, era la segunda ocasión en que tenía la oportunidad de encontrarme en su presencia. La primera vez, en la Casa Parda, le había visto decidir sin inmutarse la muerte de los jefes de las SA. De esta «Noche de los cuchillos largos» había conservado el recuerdo de pesadilla de un teatro ensangrentado dominado por la silueta febril de este pequeño caporal de Bohemia que de pronto se había convertido en un Carlos IX aprobando el San Bartolomé... Pero aquí, en Karin Hall, el personaje que se encontraba junto a mí con las manos tímidamente cruzadas a la espalda y el labio colgando en una mímica de auténtica estupefacción no era en absoluto el ogro de Munich, el verdugo de Rohm y de tantos otros. Porque al contemplar a Laüme jugando con los grandes carnívoros, el hombre más temido y más amado de Alemania se había convertido de nuevo en un niño pasmado, fascinado por el inmemorial espectáculo de la bella y la bestia. Durante uno o dos minutos tal vez, no se oyó más que un profundo silencio en torno a nosotros. La multitud había callado, y la propia naturaleza no vibraba con ningún sonido. Laüme ya no miraba a los tigres y se había concentrado por completo en la tarea de dominar a otra presa, al propio Hitler, del que no apartaba los ojos. Con las pupilas clavadas en las de su oponente, el hombre y la mujer se calibraban en silencio, tratando de imponerse el uno al otro en un combate de orgullo y altivez; pero uno era capaz de sentir que Hitler, aun con todo su poder, no podía sino ceder ante la voluntad superior de Laüme... Y cedió. De pronto le vi bajar los ojos y dar la vuelta para batirse en retirada y refugiarse en el interior de Karin Hall. Después de la desaparición del *Führer*, la atmósfera se relajó y un suspiro de alivio surgió de todos los pechos. La propia Laüme se levantó para abandonar la jaula. Pasó en sentido inverso a través de los barrotes con la gracia de una bailarina y Dalibor la recibió en sus brazos y la hizo girar entre risas. La pareja se estaba besando fogosamente bajo las miradas de envidia de los presentes cuando un ayudante de campo les rogó que le acompañaran. El *Führer* reclamaba su presencia.

—Esa pájara de Laüme ha vuelto a salirse con la suya —cacareó Simpson, apoyando cada vez con más fuerza su mano sobre mi brazo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté desasiéndome con cierta brusquedad.

Pero por toda respuesta sólo obtuve una sonrisa en la que podían leerse demasiados sentimientos entremezclados. Con los Galjero desaparecidos en el

sanctasanctórum de Karin Hall, tenía la sensación de que la fiesta había perdido a sus reyes. Bajo los tibios rayos del sol, el rocío se elevaba en vahos sobre el césped. Los hombres, bostezando, con cercos oscuros bajo los ojos y las mejillas oscurecidas por una sombra de barba, se dispersaban caminando con pasos rígidos por las avenidas. Con los hombros desnudos, temblando bajo los finos tirantes de sus trajes de noche, las mujeres trataban de entrar en calor. Vagué durante un instante, solo y ocioso, en esta atmósfera de fin de saturnales. En sus jaulas, los tigres se habían dormido, igual que los leones y los osos. Sólo los lobos, los únicos poseídos aún por la fiebre de la libertad, no se cansaban de dar vueltas en redondo y de gruñir. Por un instante tuve la tentación de abrirles la puerta, pero esto sólo hubiera sido una locura gratuita que hubiera acabado en drama. Una idea romántica que hubiera desembocado para ellos en el dolor y la sangre.

—Creo que adivino en qué está pensando, Thörun, pero estos animales ya están muertos, sabe...

Heydrich y Lina me habían encontrado. Nos quedamos los tres un instante contemplando, con un halo de tristeza, a las bestias cautivas. Reinhard cubrió con su chaqueta la espalda desnuda de su esposa, y ya nos disponíamos a partir cuando el mismo ordenanza enviado para reclamar a los Galjero nos rogó que le siguiéramos.

—¡Voluntad expresa del *Führer*! —explicó el hombre sobriamente cuando Heydrich se extrañó de tal orden.

Intrigados por saber qué podía querer de nosotros el canciller, caminamos tras él sin decir palabra hasta una habitación situada en el primer piso de Karin Hall. Allí, en una especie de larga sala de juego donde Göring había hecho instalar una red de trenes en miniatura, nos hicieron esperar hasta que el conde Ciano, Wallis Simpson y Unity Mitford se unieron a nosotros. El ministro italiano estrechó la mano de Heydrich. Incómodos, los dos hombres parecían igualmente sorprendidos de verse obligados a esperar pacientemente en esa guardería...

—¿Ven con qué se entretiene nuestro amigo Göring cuando no pilota sus aviones o colecciona sus obras de arte? ¡Juega a los trenecitos! ¡Increíble! ¡Ah, cuando se lo explique al Duce...! —dijo Ciano, echándose a reír.

A pesar de sus palabras burlonas, el italiano, que había cogido una maqueta de vagón, tenía los ojos brillantes de ilusión y parecía realmente ansioso por divertirse con los juguetitos del *tycoon* prusiano. Unity Mitford le lanzó una mirada despectiva antes de encajar un Abdullah al extremo de su boquilla de concha. El perfume tan particular de este tabaco me impulsó a decidirme a preguntar a la inglesa si había mantenido algún contacto con Sacha Hornung cuando la puerta se abrió y nos rogaron que pasáramos a la habitación adyacente. De todos era sabida la aversión de Hitler a la nicotina, así que Mitford aplastó negligentemente su colilla en la chimenea de una locomotora a escala reducida y soltó una grosería en no sé qué dialecto de las islas Británicas. Tras ajustarnos el nudo de la corbata y verificar con una rápida ojeada la limpieza de nuestros respectivos uniformes negros, Heydrich y yo pasamos

los primeros a la sala donde nos esperaba el *Führer*. La cámara a la que accedimos, aunque espaciosa, no era tan grande como la precedente. Despojada de todo ornamento, la habitación era de una sobriedad tal que uno hubiera podido creer que se encontraba en una celda monástica. Más tarde supe que Göring la había hecho decorar siguiendo la disposición exacta de la celda de san Jerónimo representada en un grabado de Durero. Sobre una gran mesa, un reloj de arena y un cráneo conferían al lugar la solemnidad de un gabinete de reflexión masónica. Göring estaba allí, con los brazos cruzados y el rostro tan blanco como la chaqueta de su uniforme de opereta. Sentado en una alta silla de madera, Hitler no apartaba los ojos de Laüme Galjero, sin que pudiera decirse si esa mirada rezumaba odio, amor o temor. Dalibor, por su parte, sonreía suavemente, con aire satisfecho y una actitud muy desenvuelta, y vi que el cuello de su camisa estaba abierto, como después de una noche de juerga. Yo no tenía ni idea de lo que acababa de suceder entre estos cuatro personajes, y no podía intuir siquiera la razón que podía haber impulsado a Hitler a reclamar la presencia de seis nuevos testigos en su conciliábulo.

—Ya que el *Reichsführer* Himmler no ha juzgado oportuno atender a la invitación de nuestro amigo Göring, me veo obligado a pedirle a usted, Heydrich, así como a las personas que le acompañan, un servicio de la mayor importancia —empezó Hitler con voz vibrante en cuanto la puerta se hubo cerrado.

—¡A sus órdenes! —respondió el jefe del SD irguiéndose en toda su estatura.

—Bien. En ese caso, ordene al oficial que le acompaña que coja el arma que le tenderá Hermann Göring, mezcle los cartuchos en presencia de todas las personas aquí reunidas y luego haga fuego sobre el cráneo y el reloj de arena que ve ahí.

El oficial al que Hitler se refería, claro está, era yo. Perplejo, pero obedeciendo sin discutir a la inclinación de cabeza que acababa de dirigirme Heydrich, cogí la Luger que el mariscal Göring me ofrecía sobre la palma de su mano. Después de verificar que no había ninguna bala en el cañón, deslicé el cargador fuera de su alojamiento, empujé con el pulgar todas las municiones dejándolas caer sobre la mesa, las agité a conciencia y luego las volví a colocar al azar en la columna de carga.

—¡Ahora abra fuego, oficial! —me ordenó Hitler con una voz tensa por la emoción.

Sin plantearme el porqué de todo aquello, armé la Luger y apreté el gatillo apuntando primero al cráneo. La detonación repercutió bajo las bóvedas en dos o tres ecos y resonó sobresaltando a Mitford y a Lina. Simpson fue la única mujer que no se inmutó —en ruta hacia un destino tan ominoso como extraordinario, su espíritu no podía espantarse por un simple disparo...—. El aire se llenó de un desagradable olor a pólvora que me picó en la nariz e hizo estornudar al conde Ciano. Evidentemente había dado de lleno en la diana, haciendo volar fragmentos de hueso por todas partes. Sin saber qué quería demostrar Hitler con el ejercicio, apunté luego al reloj de arena. También éste explotó proyectando restos cortantes alrededor; pero presintiendo el

peligro, todos se habían vuelto para dar la espalda a las esquirlas de vidrio. Cuando el ruido se hubo disipado, Hitler se irguió, me miró directamente a los ojos y me dijo:

—Oficial, es usted un soldado de alta graduación de las SS. Me ha jurado obediencia absoluta en toda circunstancia. Le daré ocasión de honrar su juramento: ¡mate a esta mujer! ¡Mate a Laüme Galjero!

En mi mano, no lo dudaba ni por un momento, sostenía un arma mortal. La comedia de la mezcla de los cartuchos y el tiro sobre las dianas sólo había tenido un fin: probar a la asistencia que la Luger estaba cargada con balas reales. Ahora ya nadie podía atreverse a sospechar lo contrario. Si obedecía a Adolf Hitler, era evidente que iba a cometer un asesinato a sangre fría. Tenía clara conciencia de la gravedad de esta decisión. Sin embargo, la tomé sin sombra de duda ni remordimiento. Como un autómatas, levanté el brazo y apunté a Laüme, firmemente decidido a apretar el gatillo. En ese instante preciso sentí con toda claridad que no sólo estaba obedeciendo una orden criminal dictada por el depositario de la autoridad suprema de un país al que había jurado fidelidad. ¡No! había algo más. En mí se había impuesto la certidumbre de que este mandato iba a darme ocasión de realizar un gesto que, misteriosamente, debía ser ejecutado. Inexplicablemente, esta orden inepta era la máscara tras la que se ocultaba una Justicia insondable y necesaria: Laüme debía ser asesinada, aunque yo ignorara exactamente por qué... Mi dedo se crispó y oí cómo a mi espalda se elevaban exclamaciones de sorpresa y horror. Sin hacer ningún caso de los gritos indignados de Simpson y Ciano, presioné con todas mis fuerzas el gatillo, con el cañón apuntando al corazón de la Galjero, mientras ésta, erguida y estoica, esperaba el disparo con el rostro angelical de las vírgenes cristianas que sufren el martirio mientras bendicen a sus verdugos. Sorprendido por la súbita resistencia de un arma cuya extrema sensibilidad acababa de comprobar por dos veces, superpuse mi dedo corazón al índice para imprimir más fuerza a mi gesto. Fue inútil. El gatillo se negaba a percutir contra la anilla del casquillo. Con todos los músculos contraídos, sentí que el sudor se deslizaba sobre mi frente, mis sienes y todo mi cuerpo. Entonces decidí cambiar de mano. Pero aun convertido en zurdo, tropezaba con la misma imposibilidad de disparar. Sin embargo, me dominaba el deseo de cometer este asesinato. ¡Sí, para mi gran vergüenza, la perspectiva de matar a esa mujer me exaltaba, me llenaba de una alegría salvaje, e incluso de un auténtico orgullo! Enrojecido, sudando, gruñendo, me esforcé en vano durante un minuto interminable en hacer fuego sobre esta diana consentidora.

—Trate de apuntar a cualquier punto imaginario sobre la pared, Thörun — intervino Dalibor Galjero.

Respirando con extrema dificultad, con los pulmones atrapados como en una ganga de acero, levanté el arma muy por encima de la silueta de Laüme. ¡Y de pronto el milagro se produjo! Cediendo a la presión que le imponía, el gatillo se movió y la Luger escupió su bala de plomo, que se aplastó silbando en el yeso de una moldura.

—Bien —comentó Dalibor—. Ahora apúnteme a mí y haga fuego, ¿quiere?

Herido en lo más hondo por el tono condescendiente del rumano, le apunté rápidamente al rostro con la automática. Pero una especie de abatimiento me dominó para casi al instante invadirme una oleada de tristeza sin que supiera por qué. Débil como un niño enfermo, no pude soportar amenazar a este hombre con el que había pasado la noche conversando agradablemente en la plataforma del árbol gigante. Mis músculos se entumecieron y se pusieron rígidos. Mi brazo se puso a temblar con tanta intensidad que pronto me fue imposible mantenerlo en posición y me cayó pesadamente a lo largo del cuerpo. Traté de aflojar los dedos sobre la culata para pasarme el arma a la otra mano. Inútilmente. La Luger permanecía pegada a mis falanges y mi palma.

—¿La experiencia es concluyente ahora? —preguntó Galjero al *Führer*—. ¿Quién hubiera podido tener éxito ahí donde un oficial de la SS acaba de fracasar? ¿Qué agente enemigo, qué provocador, qué anarquista?

—Pero ¿y las bombas? ¿Y el veneno? —replicó Hitler en tono acuciante.

—Si una bomba debe explotar, su mecanismo se detendrá. Si un veneno debe actuar, su fórmula se corromperá. Si un cuchillo debe cortar, la hoja caerá del mango o su portador entrará en estado catatónico, como le acaba de ocurrir a nuestro amigo hace un instante...

—¿Están seguros?

—¡No le quepa duda, canciller! Tan segura estoy de eso como de que entré en la jaula de los tigres sin que me hicieran el menor daño —aseguró Laüme—. Las fieras ocultaron sus garras y sólo abrieron la boca para pasar su lengua acariciadora sobre mi mano. Y lo mismo harán sus enemigos con usted, se lo prometo.

Heydrich, Lina y yo abandonamos Karin Hall a media mañana, tres o cuatro horas después de la escena de la Luger en la sala de meditación. En el Horch adornado con las armas del segundo de las SS, al principio apenas intercambiamos palabra; cada uno se reservaba para sí las reflexiones que le habían inspirado los acontecimientos del alba. Luego Lina, que sentía que la pregunta pesaba sobre los tres sin que nos atreviéramos a formularla, rompió el hielo:

—¿Quién crees que es esa gente, Reinhard? ¿Quiénes son esos Galjero?

—¿Qué sé yo? —se irritó el *Obersturmführer*—. Charlatanes, bribones, aventureros avezados a utilizar todos los trucos de la sugestión y la mistificación, supongo. Es fácil de ver en las calles de Berlín en nuestros días... Mis servicios registran nuevos casos cada semana. Éstos, sencillamente, aún no habrán sido catalogados —dijo clavándome en mi asiento con una mirada sombría.

—Y usted, Thörun, ¿qué piensa de esta gente? —insistió Lina a pesar de la irritación de su esposo.

¿Que qué pensaba yo? Realmente me hubiera sido muy difícil responder a Von Osten. Esa gente me atraía, evidentemente. Pero bajo esa máscara lisa de personajes

mundanos y de estetas, yo había adivinado —en la mujer sobre todo— una naturaleza ominosa y auténticamente dañina que no llegaba a explicarme. Esbocé una mueca de despecho para expresar mi dificultad para formular una respuesta precisa.

—¡Son brujos! —decidió entonces Lina hundiéndose en el cuero de la banqueta.

—¡Esto es un desatino! —dijo Reinhard, sonrojándose—. ¡Nadie es un brujo! Eso no existe. A Gärensen se le paga justamente para saberlo. ¿No es cierto, Gärensen?

—Ningún brujo auténtico ha franqueado nunca las puertas del Ahnenerbe, *Frau* Heydrich —aseguré yo—. Tenemos locos a porrillo, iluminados a montones, una plaga de mitómanos con los que ya no sabemos qué hacer... Pero ningún brujo.

—Pues prepárese a que las cosas cambien, *Herr* Gärensen —replicó Lina frunciendo sus bonitos labios—. ¡Sí, ya puede prepararse!

ANTICA SAPIENZA

¿Había tenido Lina Heydrich von Osten un presentimiento? Es posible, porque de hecho todo cambió después de la noche en el Karin Hall. Primero fue un incidente, una nimiedad que, en caso de haberla tomado en serio, hubiera podido ayudarme a comprender más rápidamente la naturaleza exacta de lo que se tramaba. ¡Oh, no había sido gran cosa! Sólo una tarjeta de visita que había encontrado en el bolsillo de mi chaqueta al desnudarme a mi regreso de la villa de Göring, una tarjeta de visita grabada con el nombre de la señora Wallis Simpson, en el dorso de la cual la americana había escrito apresuradamente el número de teléfono de una *suite* del hotel Kempiski. Molesto por la presunción de que daba prueba esa mujer demasiado mayor para mi gusto, arrugué con negligencia la invitación y la tiré al cesto de los papeles para no volver a pensar más en ella. Sin embargo, en el curso de las dos jornadas que siguieron, el recuerdo, ¡e incluso un deseo imperioso hacia esta matrona!, se impusieron en mí de un modo irresistible e inexplicable. Durante dos noches, esta imagen turbó mi sueño hasta el punto de que, sin poder soportarlo más y sin que yo mismo comprendiera mis actos, recuperé la tarjeta y marqué febrilmente el número del Kempiski...

—Venga, pequeño mío. Le esperaba... —respondió la voz cascada de Simpson.

Debían de ser las ocho de la mañana cuando, febril y ya priápico, atravesé el vestíbulo casi desierto del palacio. Los momentos que viví luego en brazos de esa criatura no son nada fáciles de explicar. Por más que no sintiera ninguna atracción física por ella, no podía evitar tocarla, besarla, tomarla... No era una buena amante, ni mucho menos. Su sexo era áspero, reluctante a la lengua y a la mano, y nada le gustaba tanto como arañar y golpearme las nalgas con la suela de sus escarpines, que usaba como una paleta. Yo no tengo el temperamento de un sumiso, y me disgusta dejarme dominar físicamente por una mujer. Por otro lado, esto nunca se había producido antes. ¡Sin embargo, esa mañana cedí dócilmente al menor capricho de Simpson, como si toda voluntad personal me hubiera abandonado! Durante tres o cuatro horas fui su juguete, su *toy boy*, como dicen los ingleses, un pelele que se plegaba sin oposición a los caprichos más escabrosos de la americana. ¡Fue una larga sesión! ¡Y fue, sobre todo, una sesión humillante! Finalmente acabó, y ella me echó sin agradecimiento ni dulzura. Había obtenido de mí lo que quería y luego se había cansado. No había nada más que comprender. Al enfundarme a toda prisa en mi uniforme en los pasillos tapizados de damasco amarillo del Kempiski, me sentí como una prostituta a la que el cliente paga y despacha después de haber quedado satisfecho. Fue mi primera y mi única experiencia de este género. Y permanece grabada en mí más profundamente que todos los envilecimientos a los que tuve que someterme en la torre de Bad Tölz bajo las órdenes estridentes del suboficial Dietrich

Lauterbach. Pero por amargo e ininteligible que me pareciera en su momento, el incidente Simpson pasó al olvido con bastante rapidez, porque pronto otros acontecimientos cargados de consecuencias lo relegaron al compartimento de accesorios.

—He tratado de obtener informaciones más amplias sobre los Galjero —me dijo Heydrich a la mañana siguiente—. La pesca no ha sido buena... Algunos rastros en la estela de Codreanu, lo que habla más bien en su favor, por cierto, y luego, algunas frases arrancadas, como quien no quiere la cosa, a André François-Poncet, el embajador de Francia en Berlín, que les conoce. Pero nada que me satisfaga. La pareja es, ahora, oficialmente recibida en la Cancillería. ¡Quiero saber qué maquinan! Usted parecía entenderse bien con ellos, ¿no? El tipo le llamaba por su nombre de pila, creo recordar...

El comentario de Heydrich sonaba casi como un reproche.

—Nos habíamos conocido sólo unos instantes antes, en Karin Hall —me defendí—. Nada más que eso.

—¿Ah, sí...? Bien, trate de reanudar la relación y procure intimar con ellos. Los quiero bajo control. ¡Igual que a todos los otros!

¿Introducirme en el círculo íntimo de los Galjero? A fin de cuentas, aquello no resultó ser tan complicado. Yo sabía que la pareja se alojaba en Berlín, en el gran hotel Edén, cerca del zoo, pero no cometí el error de pretender atraerme los favores de los dos rumanos a la vez. Sentía que tenía que atacarlos de flanco, uno tras otro, ¡e incluso más al uno que al otro! De los dos, Dalibor parecía el más fácil de abordar. En casa de Göring habíamos charlado un rato de caballos y sabía que a él le gustaba montar. Me apresuré, pues, a enviarle una invitación para que me acompañara una tarde al Tiergarten. Así nos encontramos durante varios días seguidos, cabalgando bota con bota sin entablar grandes conversaciones, pero disfrutando con cierto placer de estos paseos. Confieso que, por mi parte, yo me sentía muy feliz con la compañía ilustrada y alegre de Galjero. Hablábamos poco, cierto, pero entre nosotros nació una complicidad natural que no necesitaba palabras. En el curso de una semana me contenté, así, con estas carreras sin tratar de enfocar la conversación hacia ningún tema en particular. Yo era bastante astuto para saber que las grandes fieras están a veces tan impacientes como los cazadores por iniciar el juego del acoso. Hice bien en dejar que viniera a mí, porque fue Galjero quien acabó por preguntarme detalles sobre la naturaleza de mis funciones en el Ahnenerbe. Mis inicialmente vagas descripciones del instituto despertaron en él un interés inmediato. Fue tanta su insistencia que me decidí a conducirlo hasta la Pücklerstrasse. Y allí, confortablemente sentado en el canapé de mi despacho, el rumano decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Y bien, Thörun, ¿qué piensa usted de mí?

Al ver que yo simulaba no haber captado el sentido de la pregunta, barrió mis vacilaciones con un gesto.

—Dejémonos de juegos, ¿le parece? A veces acepto perder un poco de tiempo, pero no siempre es necesario prolongar los preliminares... Siento claramente que los dos tenemos mucho que aportarnos. ¿Por qué no confesarlo, pues?

Esta franqueza me cogió desprevenido. ¡El ataque frontal no entraba en mis previsiones! Y además, esta entrada en materia expresaba también una ambigüedad que me incomodaba. A caballo entre la coquetería y la elegancia, Galjero me miraba con una sonrisa demasiado risueña para ser totalmente honesta. El rumano debió de adivinar mis pensamientos, porque de pronto se echó a reír y dijo:

—¡Tranquilícese, Gärensen! ¡En mi vida he cultivado ninguna clase de afición por los muchachos! ¡No estoy proponiéndole una relación de invertidos!

—Perdone —balbuceé yo, sintiendo que me sonrojaba—. No sé por qué...

—No hablemos más de eso, por favor. ¿Y bien? ¿Qué piensa usted de mí y de mi esposa, Gärensen? ¿Qué piensa de los Galjero?

El énfasis del tono y el modo como había pronunciado la frase, insistiendo en su apellido como si se tratara de una dinastía de la antigua nobleza, me arrancaron, a pesar mío, una sonrisa.

—Una persona próxima a ustedes me ha asegurado que eran unos brujos — conseguí responder de todos modos—. ¡Otra, una amiga, considera que podría ser exacto! Y por lo que he visto de ustedes, estoy tentado de creerlas.

—La señora Simpson tiene razón. Igual que su misteriosa amiga. ¡Somos brujos! ¿Hubiera podido la americana hacerle acudir si no fuera así?

—¿Cómo lo sabe? —exclamé yo trastornado, contrayendo instintivamente todos los músculos, como si acabaran de golpearme.

—Trabajamos desde hace algún tiempo para Wallis... Oh, por diversión más que por dinero, evidentemente, porque aún no es rica, nuestra aventurera... Pero pronto lo será. ¿Sabe que hemos conseguido meterla entre las sábanas del príncipe de Gales?

Le respondí que ni las comidillas mundanas ni los asuntos de cama de los anglosajones me merecían el menor interés.

—¿De verdad? Poco importa. En fin, resumiendo, hemos fabricado algunos pequeños grigrís eficaces para la señora Simpson. Ahora puede tener todos los hombres que quiera. Usted mismo ha podido comprobarlo. Pero todo esto son sólo nimiedades. Las cosas serias tienen que ver con su *Führer*. ¡En su caso, tenemos grandes ambiciones! ¡Evidentemente, nada que ver con un simple arribismo burgués o con la organización de bacanales!

Dalibor se disponía a entrar en el meollo del asunto cuando llamaron a la puerta.

Dandeville apareció, con un expediente en la mano.

—Lamento molestarles —dijo el francés—, pero acabamos de recibir unos papeles urgentes de las oficinas del SD. Heydrich ha ordenado que les eches un vistazo sin tardanza.

Frustrado por no haber oído unas explicaciones que hubieran podido satisfacer mi curiosidad, abrí el portadocumentos refunfunando. En el interior había una decena de formularios marcados con el sello del *Sicherheitsdienst* apilados bajo una nota manuscrita del propio Heydrich. En unas líneas, el *Obersturmführer* me pedía que iniciara en unos días a un nuevo agente de su SD Ausland en las especificidades del Ahnenerbe.

—Espera en el pasillo —precisó Dandeville, mientras yo descubría, con evidente sorpresa, la fotografía de una mujer muy joven grapada a una ficha de identidad.

—¿Keller? ¿Ostara Keller? —dije descifrando por primera vez su nombre caligrafiado en escritura gótica.

—Su trabajo le reclama, de modo que ya es hora de que le deje —anunció Dalibor— ¿Qué le parece si nos vemos esta noche, hacia las once, en el *cabaret Tanzfest*? Estaré solo.

Nos estrechamos la mano, y luego Galjero abandonó rápidamente la habitación y Dandeville introdujo a Ostara Keller. Apenas percibí un breve intercambio de miradas entre el rumano y la joven, mientras se cruzaban entre los dobles batientes forrados de cuero de la pesada puerta que cerraba mi despacho.

La Keller no me causó una buena impresión. Si bien es cierto que su hoja de servicios era impresionante y el informe de su paso por la nueva *Junkerschule* de Friedensthal más que halagador, me desagradaba que secciones completas de su expediente hubieran sido pura y simplemente censuradas. Cuando traté de interrogar a esta mujer jovencísima de rasgos regulares, ella sólo consintió en comunicarme algunos escuetos fragmentos de su pasado:

—Mis padres son alemanes. Por desgracia, yo no tuve la suerte de ver la luz en nuestra patria —me explicó—. Crecí en el extranjero. En Estados Unidos. Volví a Alemania por mi propia voluntad en cuanto pude hacerlo. Soy miembro del NSDAP y estoy preparada para poner mi vida al servicio del nacionalsocialismo.

¡Una fanática! ¡Bajo esos aires de jovencita frágil y orgullosa, Ostara Keller no era más que una fanática! Hubo que enseñárselo todo, explicárselo todo del Ahnenerbe. Como una alumna estudiosa, la muchacha tomaba notas en un grueso cuadernillo negro mientras fruncía adorablemente su frente de corderilla obstinada. ¡Su grave semblante de primera de la clase acabaron por provocar en mí una oleada de visiones eróticas de lo más inmoral! Pero Fräulein Keller no era el tipo de chica que oculta un temperamento ardiente bajo unos aires de virgen asustada. Ella era un auténtico cubito de hielo; se veía como una amazona del Reich, una terrible valquiria al servicio de una causa tan bella, tan grande, tan noble, que merecía que se le sacrificara todo, hasta la energía más íntima que alienta de ordinario a un ser humano normalmente constituido.

—¿Cuáles son exactamente los resultados a los que han llegado? —preguntó

Keller después de que acabara de ofrecerle una exposición general de nuestros trabajos.

—Bien... Aún somos sólo un instituto de reciente creación, desde luego. Acabamos de lanzar nuestras primeras campañas de excavaciones sobre el terreno. Pero en Prusia oriental, en territorios en disputa con los polacos, hemos descubierto recientemente vestigios de fortificaciones germánicas que datan del siglo III a. C. Si bien esto, a primera vista, puede parecer anecdótico, de hecho posee un interés político y diplomático inmediato, ya que nos permite legitimar históricamente a los ojos del mundo nuestras demandas de expansión territorial hacia el este. En otro terreno, preparamos una expedición a las montañas del Tíbet. Algunos de nuestros investigadores sostienen firmemente que allí podrán descubrir los vestigios de civilizaciones prearias desaparecidas. También tenemos depositadas muchas esperanzas en la colaboración con un eminente especialista de la religión judía, cuya teoría es que la figura de Cristo no tiene fundamento histórico sino que debe remitirse únicamente a una manipulación de orden cabalístico. En este caso, esto también puede revelarse primordial para borrar, en Occidente, dos milenios de influencia de una religión que no es la nuestra. Finalmente, estudiamos la posibilidad de integrar en nuestras filas a un investigador especializado en el Grial que cree haber localizado la copa sagrada en el sur de Francia, en un territorio antiguamente visigodo, y por tanto, germánico. Así mismo, está prevista una expedición a Islandia en los meses próximos, así como diversas investigaciones sobre el simbolismo romano, la captación de energías naturales no visibles, la transmisión de pensamiento, etc. Todo esto no ha hecho más que arrancar.

—¿Y los fenómenos de hechizamiento? —inquirió Keller—. ¿Hay alguien que se interese en eso aquí?

La pregunta me hizo reír, pero mi buen humor no fue del agrado de la austera joven, que enseguida frunció sus rubias y finas cejas con aire sombrío.

—¿Hechizos, dice? Bien... Justamente estábamos tocando el tema con la persona con la que se ha cruzado al entrar. Es un campo de investigación que aún no hemos inscrito en nuestro programa, ¡pero es un error al que tal vez ponga remedio sin demora!

—¡Cuanto más nos alejamos de una guerra, más nos acercamos a la siguiente! —señaló Dalibor Galjero antes de rogar a la camarera del Tanzfest que nos trajera coñac—. Evidentemente las cosas pronto se moverán en Europa... Y si se mueven en Europa, se moverán en el resto del mundo por un puro efecto mecánico. Sabe, Thörun, cuando uno se encuentra al borde del precipicio, la verdadera, la única cuestión que debe plantearse es la de saber quién se es realmente.

—¡Interrogación metafísica por excelencia! Y perfecto lugar para plantearla, ¿no le parece? —dije señalando con el mentón el escenario del *cabaret*, donde, vestidos

con mallas negras pintarrajeadas con líneas blancas que representaban los huesos de un esqueleto, los artistas se esforzaban en imitar una danza macabra.

—¡Muy acertado, sí! Así pues, dígame, Thörun, ¿quién es usted?

¿Quién era yo realmente? La verdad, no tenía la menor idea y hacía mucho tiempo que ya ni siquiera trataba de responder a esta pregunta.

—Tal vez no me he acercado aún suficientemente al borde del abismo para plantearme seriamente la cuestión, Herr Galjero —confesé con tristeza, mientras una bola de nostalgia y angustia me subía de pronto a la garganta.

—Pronto el mundo entero se inflamará, Thörun. Y su situación será incómoda. Usted no es alemán. Si la aventura acaba bien para los hitlerianos, éstos no le atribuirán ningún mérito. Incluso Heydrich, su protector, acabará por abandonarle cuando haya alcanzado sus fines. Si, al contrario, la guerra acaba en catástrofe para el Reich, tenga por seguro que los aliados no tendrán piedad de un hombre como usted. Lamento mucho tener que dibujar un panorama tan cruel, Gärensen, ¡pero se encuentra con toda seguridad en el campo de los perdedores!

¿Qué podía responder a eso? Yo sabía que Galjero se limitaba a enunciar una evidencia. Desde que había caído en manos de Heydrich, yo no había hecho sino encadenar una cobardía con otra hasta el punto de comprometerme con un régimen político por el que no sentía ninguna simpatía, hasta el punto, incluso, de jurar fidelidad a un hombre que me inspiraba más repugnancia que respeto.

—Está cercado por los lobos, Thörun, la jauría se acerca, le acecha... Pero existe una solución para que pueda deshacerse de ella.

—¿Cuál? —pregunté ansiosamente a Galjero.

—¡Otórgueme su confianza!

Confiar en Galjero... Era difícil rechazar esta petición de parte de un hombre que parecía leer en mí como en un libro abierto.

—No conozco su historia, Thörun, pero creo que puedo adivinarla bastante bien. Es inútil, pues, que me hable de ella.

—¿Y la suya? —pregunté a mi vez, después de que hubiéramos abandonado la ruidosa serie de cuevas alineadas tapizadas de azul del Tanzfest para dar un paseo nocturno.

—¿La mía? —rió Dalibor— La mía es demasiado complicada para que se la ofrezca esta noche. Una noche, por otra parte, no bastaría... Digamos solamente que yo también tengo que efectuar una búsqueda y que trato de encontrar aliados. Todos queremos nuestra libertad, Thörun. Es nuestra propiedad más valiosa. Y si por azar, y por desgracia, hemos tenido un día, un día maldito, la flaqueza de perderla, no pasa una hora sin que tratemos de reconquistarla.

¿De qué quería hablar el rumano? Aunque yo aún no lo sabía formalmente, presentía ya que Dalibor había caído también bajo la férula de un diablo que le tenía atrapado.

—Arcano XV —exclamé en voz alta y, sin embargo, como para mí mismo.

—Arcano XV, el Diablo... ¡Sí! Pero existen criaturas más temibles aún — comentó misteriosamente Galjero—. Aunque no aparezcan en las tablillas del tarot.

Caminamos en silencio hasta llegar a las inmediaciones de la Alexanderplatz, corazón de ese extraño Berlín de 1935, a la vez tan decadente y tan policíaco, donde las últimas grandes figuras de la vida nocturna de la capital se codeaban con los hombres de impermeable negro y sombrero blando, inspectores de la Gestapo, mis medio hermanos por el rango y la función. En la Tauentzienstrasse, ante las suntuosas vitrinas iluminadas de los grandes almacenes KaDeWe, entramos en el coto de caza de Erna *la Roja*, una célebre prostituta vestida enteramente de cuero escarlata. La vi llegar hacia nosotros, con una correa de látigo pasada por la muñeca.

—¿Queréis placer, mis bellos ángeles negros? —nos preguntó.

Pero ni Dalibor ni yo teníamos ganas de mujeres esa noche.

—En otra ocasión, Erna, tal vez... —respondí pasando de largo sin siquiera reducir el paso.

—Tengo una propuesta que hacerle, Thörun —empalmó en tono grave Dalibor mientras yo oía cómo la voluptuosa abordaba a un grueso burgués en busca de diversión.

—¿Una propuesta? Le escucho...

—¿Le gusta Italia?

Dalibor y yo abandonamos Berlín para viajar a Venecia a mediados de octubre de 1935. Para entonces nos conocíamos desde hacía casi un mes y creo estar en disposición de decir que nos habíamos convertido en íntimos.

En el curso de estas semanas calurosas de principios de otoño, en cambio, apenas había visto a Laüme. Un domingo habíamos ido los tres a hacer una excursión a Heringsdorf, la gran estación balnearia rival de Ahlbeck, que yo había frecuentado cuando era el amante de Margo Lion, pero esto puede calificarse de anecdótico. Laüme y yo sólo habíamos bailado un único foxtrot en el té de las cinco, justo después de que el matrimonio Galjero se hubiera divertido ganando el concurso de elegancia de las tardes de la temporada alta.

—Mi mujer es hermosa —había dicho luego Dalibor, mientras la mirábamos flirtear con otros hombres para distraerse— Excepcionalmente hermosa, incluso...

—Sin embargo, usted ya no la ama... —había señalado yo aun a riesgo de violentar a mi amigo.

—Es verdad. Ya no la amo... —me respondió—. ¡Desde hace mucho tiempo! Pero mis sentimientos no cuentan... ¿Y usted, Thörun? ¿Le atrae Laüme?

¿Qué sentido tenía esta frase? ¿Dalibor quería lanzarme a los brazos de su esposa para separarse con mayor facilidad de ella? No lo creía así. A pesar de la aparente perversidad de la pregunta, tenía la sensación de que incluía un sentido oculto infinitamente más sutil.

—Su esposa me atrae y me fascina, sí, sería estúpido por mi parte negarlo. Pero me cautiva menos de lo que me repele, e incluso, y perdóneme que le haga esta confidencia, ¡me gusta menos de lo que me repugna! A pesar de su belleza. A pesar de su misterio. Hay algo en ella que hiela cualquier impulso que pudiera sentir...

Mi respuesta había hecho sonreír a Dalibor. Creo que el juicio que acababa de emitir sobre Laüme, por poco halagador que fuera, me hizo conquistar definitivamente su simpatía. Así pues, tomamos juntos el camino de Italia septentrional en el tren de lujo Berlín-Venecia. ¿Qué íbamos a hacer allí? Dalibor pretendía querer consultar no sé qué archivo en un viejo palacio de Canareggio. Yo, por mi parte, había convencido a Heydrich de que en el curso de este desplazamiento me veía capaz de desvelar el enigma que seguía planeando sobre la pareja Galjero.

—Ahora la mujer es invitada regularmente a Berchtesgaden, la residencia privada de Hitler en Baviera. Allí se codea con la flor y nata del régimen... ¡Y sigo sin saber qué le ha hecho merecer tantos honores! ¡Arrégleselas como quiera, Gärensen, pero tráigame una respuesta de su maldito viaje con el cornudo!

¡Cornudo! La revelación que creía hacerme Heydrich no me impresionó. Desde hacía tiempo —el propio Dalibor me lo había confesado— yo sabía que el rumano era un marido engañado. «Laüme tiene necesidades —me había explicado un día con la frialdad de quien está describiendo los síntomas de una enfermedad—. Sufre de una especie de ninfomanía que la impulsa a consumir muchos amantes. Hombres y mujeres. Es así... Yo no me ofendo por eso, porque nos hemos amado mucho y ella también me deja ahora actuar a mi gusto. Es un buen convenio para una vieja pareja. El mejor que pueda imaginarse...»

—En efecto, los lazos que unen al matrimonio parecen distendidos —había replicado yo a la observación de Heydrich, con un aire negligente que le había puesto furioso.

—¿Distendidos? ¿Distendidos, dice, Gärensen? Ése es un eufemismo muy suave. ¡Eche una ojeada a esto!

Entonces, mi superior había sacado de un cajón de su clasificador de cortina un juego de fotografías que había esparcido sobre su escritorio. Allí vi, entrelazados en todas las posturas imaginables, los cuerpos de un hombre rechoncho y de dos mujeres muy finas. No pude evitar inclinarme para examinar con más detalle las escenas de la orgía. No me costó reconocer a Laüme. En cuanto a la silueta del semental, por mucho que lo intenté, no le conocía. Sin embargo, no fue eso lo que provocó mi asombro. Cuando distinguí los rasgos del rostro de la segunda mujer, no pude contener una exclamación de sorpresa.

—Sí, sí, es ella —confirmó Heydrich—, ¡la pequeña Keller! Una alumna muy dotada, y muy ansiosa por hacerlo bien. Ha acabado su etapa con usted y la he enviado a frotarse con la hembra Galjero. Lo ha hecho perfectamente. Evidentemente fue ella quien colocó la cámara fotográfica en la *suite* del hotel Edén. Y el tipo, ¿sabe quién es?

Negué con la cabeza.

—Es un muchacho del servicio de habitaciones. Un chico de los recados al que llamó la loca cuando tuvo ganas de... En fin, ya me comprende...

Incluso tratándose de unas fotografías, me resultaba penoso asistir a los retozos de Laüme. Empujé de nuevo las fotos hacia Heydrich, que repasó febrilmente la pila en busca de una postura particular que insistió en que examinara.

—Mire esta toma, Gärensen. Ahí es donde se aprecia mejor. Me gustaría que me diera su opinión...

Suspirando para expresar mi repugnancia, cogí de todos modos la foto que me tendía mi superior. Al principio no me chocó nada en particular. Se veía a Laüme desnuda, de cara, levantando sus cabellos para formar un moño mientras cabalgaba al criado, tan rechoncho y velludo como un cerdo.

—Una simple escena de cama —hice notar.

—Su vientre, Gärensen. Mire mejor su vientre.

—Tal vez un efecto de la luz o un defecto de la cámara —avancé a modo de explicación al comprender por fin que era la ausencia de ombligo en el vientre de la rumana lo que había sumido a Heydrich en un abismo de perplejidad.

—¡No! ¡Keller lo ha confirmado! ¡Y ella lo vio de cerca! ¡Lo tocó! ¡Laüme Galjero es anónfala! ¿Increíble, no?

—¡Es, sobre todo, absolutamente imposible! —repliqué yo al jefe del SD, permitiéndome por vez primera en una conversación con él un tono de manifiesto desdén.

Dalibor y yo llegamos a Venecia con un día de adelanto sobre nuestro calendario. En contra de todas nuestras previsiones, los ferrocarriles italianos habían mantenido escrupulosamente sus horarios, forzándonos a alojarnos por una noche en una pensión familiar de aspecto poco prometedor donde, bajo la férula de la *signora* Verdiana, la dueña, fuimos obsequiados con una calurosa acogida y una comida copiosa. Desde 1931, era la primera vez que salía de Alemania y me vestía de civil.

—Tendremos que buscarle otra ropa, Thörun. Conozco a algunos sastres excelentes aquí... —me aconsejó Dalibor una vez dimos cuenta de nuestra sopa de garbanzos y tomates al romero.

Y era cierto que el corte de mi traje se adecuaba mejor a los rigores del clima prusiano que a la suavidad del otoño veneciano.

—Tengo intención de presentarle a algunas personas para las que la apariencia está por encima de todo —prosiguió el rumano— ¡Ya conoce a los italianos!

A la mañana siguiente, nos trasladamos con armas y bagajes al Danieli, a dos pasos de la plaza de San Marcos. Como era habitual en él, Galjero lo había dispuesto todo a la perfección. Como disfrutaba sin asomo de culpa de una fortuna que parecía no tener límites, nos había reservado en el mismo piso dos *suites* que daban a la

fachada. Las cinco ventanas de la mía tenían vistas al Adriático y mi cama era tan grande que podía tenderme en ella de través sin que mi cuerpo sobresaliera.

—¿Se encuentra a gusto en su nuevo reino? —me preguntó el rumano mientras lanzaba con displicencia su sombrero de tela y su bastón de fantasía sobre el pesado nanquín de una otomana.

—Tengo miedo de habituarme al lujo —respondí—. Hace demasiado tiempo que no disfruto de un despliegue de bienestar como éste.

—No importa tanto el bienestar como la libertad, amigo mío. ¡Confíese más bien que hace un siglo que no disfruta de una sensación semejante!

¡Y era cierto! Dalibor, una vez más, había dado en el clavo. De pronto, la fragilidad y la fugacidad de esta autonomía se me hicieron presentes, privándome de toda posibilidad de relajarme e impidiéndome disfrutar plenamente del instante. Mis rasgos se ensombrecieron.

—¡No se inquiete! —me consoló el rumano—. Ahora trabajaremos para volver a colocar entre sus manos las riendas de su destino.

Incluso bajo el fascismo, Venecia había sabido preservar su condición de ciudad más hermosa del mundo y la más agradable. En ese principio de otoño, los canales ya no exhalaban sus pestilencias estivales. Viniendo del mar, una brisa fresca lustraba las *piazette* y *stradine*, las *zattere* y los *campi*. Por la mañana, muy temprano, tomábamos el desayuno en el café Florian, bajo las arcadas meridionales de la plaza de San Marcos. Allí, mientras un mozo limpiaba todavía con serrín y abundante agua el suelo coloreado hecho de pequeñas baldosas fragmentadas, degustábamos *espressos* y *brioche*s barnizados con azúcar glaseado viendo pasar a las primeras *ragazze*. Para todas esas atractivas morenas, la moda eran entonces los tacones de cuña, los sombreritos con plumas de pavo real y las chaquetas de telas irisadas exageradamente ceñidas en la cintura. En la luz vibrante de la mañana, el fascinante espectáculo de sus medias negras de costura fina nos sumergía a menudo, a Dalibor y a mí, en largos instantes de pura y devota admiración.

—Espero recibir el beneplácito del hombre al que vengo a visitar —me explicó finalmente Galjero por propia iniciativa, sin que yo hubiera juzgado oportuno manifestar mi sorpresa por los dos o tres días de ociosidad que acabábamos de regalarnos—. Al conde Caetano le complace hacerse desear, pero los textos que conserva en la biblioteca de su palacio son casi únicos en el mundo.

—¿Qué viene a buscar aquí exactamente, Dalibor? —creí conveniente preguntar por fin sin más rodeos.

El rumano me dirigió una media sonrisa.

—Oficialmente, busco elementos de precisión para secundar a Laüme en sus operaciones. Oficiosamente, martilleo las cadenas que han pasado en torno a mí... ¡Sí, lo sé! ¡Todo esto es muy sibilino! Permítame que sea un poco más explícito...

Supongo que recuerda la pequeña escena de tiro que Hitler le impuso en casa de Göring, ¿no es así?

—Desde luego... Pienso en ello a menudo, sin llegar a descubrir dónde estaba el secreto.

—Si supiera que al hacerlo corre el riesgo de quemarse, ¿aún querría ser iniciado en estos misterios, Thörun?

—Ya estoy quemado, me temo —reí yo tontamente—. Si existe un misterio, sí, me gustaría conocerlo.

—¡Sea, pues! —concluyó Dalibor—. En pocas palabras, helo ahí: Laüme conserva los saberes de los antiguos hechizos protectores cuya virtud permite evitar toda forma de muerte violenta al que se beneficia de ellos. Esto en cuanto a la trama del secreto...

—¡Se burla usted de mí! —repliqué en un tono en el que se mezclaban el desprecio y la ofensa.

—¡No, Thörun! ¡No me burlo! Y usted lo sabe positivamente, ya que es sólo su razón la que se rebela ante mis palabras. Su intuición, en cambio, ya está convencida de que no miento.

—¿Se supone que su esposa trabaja en preparar conjuros para proteger a Hitler de un atentado? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Lo ha comprendido. Laüme sólo entró en la jaula de los tigres para atraer la atención del canciller. Luego tuvo que probarle sus afirmaciones con una segunda demostración... que fue la sesión en que usted mismo participó. Recuerde lo que le pasó cuando trató de disparar sobre ella, y luego sobre mí. En el primer intento, un problema mecánico bloqueó el arma, que un instante antes funcionaba perfectamente. Luego, una parálisis de su cuerpo y una desesperación que inexplicablemente le invadió hasta el punto de impedirle actuar. Laüme está protegida por un hechizo, igual que lo estoy yo. Es magia, Thörun, lo admita o no. ¡Es magia pura, simple y verdadera!

Dalibor, con la seriedad propia de un cadáver, sin el menor matiz de burla en la voz, creía en lo que decía, y no hubiera estado más tranquilo, más seguro de sí mismo, si hubiera comentado la dulzura del aire veneciano o la calidad dorada de la luz sobre las piedras de la Salute.

—En el curso de estas últimas semanas, Laüme y yo hemos trabajado en la elaboración de un hechizo de este tipo para Hitler. La operación casi ha acabado. Al término de la próxima lunación, el vector será operativo y empezaremos a fabricar otros para las principales personalidades del Reich. Himmler tendrá el suyo. Rudolf Hess también, así como su amigo Heydrich... Pero es un secreto. Ellos no lo sabrán. Sólo Göring está al corriente; y ahora, usted...

—¿De modo que toda esta gente se volverá... inmortal?

Dalibor estuvo a punto de derramar su café, divertido por la incredulidad y la angustia que se reflejaban en mi pregunta.

—¡No! ¡No confunda invencibilidad e inmortalidad! Que yo sepa, la inmortalidad como tal no existe en la magia. Se puede alargar considerablemente la esperanza de vida, es un hecho, sí... aunque exige una higiene cotidiana extremadamente exigente y períodos de ascesis muy difíciles de soportar para el común de los mortales. Pero no morir del todo es algo que no existe sin romper, pura y llanamente, las barreras de la ontología humana. Y esto ya es otra historia, como diría Kipling...

—¿De manera que lo que busca en Venecia son informaciones sobre el establecimiento de estos hechizos?

—Lo que busco en Venecia concierne a otro proyecto... Algo más vasto aún... Una obra que todavía se escapa a nuestro control, al contrario que las protecciones individuales.

—¿De qué se trata?

—Paciencia, amigo mío. Le prometo que le hablaré de ello cuando llegue el momento. Ahora, ¿quiere hacer algo por mí?

Mientras pensaba qué podría esperar Galjero de mí, vi que sacaba del bolsillo un pañuelo de lino blanco que desplegó sobre la mesa de mármol del Florian. Después de abrir y de tenderme luego por la hoja un cuchillo plegable con mango de cuerno, dijo:

—Deme algunos de sus cabellos o un recorte de uña, según prefiera, y vierta un poco de sangre en esta tela.

Sin preocuparme del *signore* solitario que acababa de instalarse en una banqueta cerca de nosotros, seccioné una punta de una de mis uñas con el cuchillo y luego me hice un pequeño corte en el pulpejo del pulgar. Aplicadamente, dejé que una docena de gotas rojas cayeran sobre el tejido immaculado.

—Muy bien, Thörun... Éste será un secreto entre los dos. Fabricaré para usted uno de estos guardianes de los que pronto disfrutarán Hitler y sus esbirros. Usted vale infinitamente más que ellos, y aunque yo mismo no sea un ángel, me gusta que reine cierto equilibrio en este bajo mundo. ¡Ah! ¡Una última cosa! ¿Cuál es el nombre de pila de su madre?

No sabría decir qué hizo Galjero con los fragmentos que le confié. Al margen del secreto de fabricación del objeto de protección, fui iniciado, sin embargo, en algunos principios de su acción.

—Las leyendas y los cuentos infantiles están llenos de secretos olvidados — empezó el rumano una noche en que me había invitado a fumar en su compañía un cigarro en el balcón de su habitación—. Bajo el vocablo despreciativo de folclore se oculta muy a menudo la vieja sabiduría del pueblo.

—El folk anglosajón es equivalente al *Volk* germano —confirmé yo—. Así como el *Lore* es un antiguo sinónimo de sabiduría.

—Exacto, Thörun. ¡En todos los horizontes y en todos los pueblos! Entre los

dacios, mis antepasados, igual que entre los latinos, los celtas, los germanos y los eslavos... Y también entre los hebreos o los árabes. Conoce la historia de Aladino, supongo...

—¿El genio de la lámpara?

—Sí. Si no la conoce bien, léala en francés, en la versión no expurgada de Galland. Pero dejemos las referencias bibliográficas. ¡Aladino y la lámpara mágica, pues! Bajo lo que todos los lectores toman por una fabulación amena se oculta la ilustración de una muy antigua tradición de brujería. Ésta es la tradición que Laüme y yo utilizamos para forjar escudos para las personas que nos son queridas, o para aquellos cuyos intereses se cruzan transitoriamente con los nuestros.

—¿Ha encontrado un depósito de lámparas maravillosas? —me permití ironizar.

—¡Mejor que eso! ¡Las fabricamos!

Del cajón de un mueblecito, Dalibor sacó entonces un objeto de tamaño mediano envuelto en un pedazo de seda escarlata.

—Bajo este tejido descansa una criatura que aún no está viva, pero que pronto accederá a la conciencia. Dentro de unos días estará lista para servirle, y cada instante que pase la hará más experta en su campo, la fortalecerá. Antes de desvelársela, es indispensable que usted le dé un nombre. ¡Pero cuidado! ¡El nombre de bautismo del familiar responde a un imperativo!

—¿A cuál? —pregunté sintiendo de pronto que mi corazón latía cada vez más rápido.

—Debe alternar consonantes y vocales de manera que pueda leerse a la inversa.

—¿Como un palíndromo?

—Justamente no. ¡De ningún modo! Piense en un vocablo simple que se pueda pronunciar con facilidad en los dos sentidos de lectura pero sin efecto espejo.

Mi mente se quedó en blanco un instante, y luego exclamé:

—¡Amarok! ¿Es adecuado?

Dalibor se echó a reír.

—¡Perfecto, amigo mío! Amarok será, pues, el nombre de vida de su criatura. Si un día tuviera que destruirla, tendrá que pronunciar su contrario, es decir: Korama, en el curso de la ceremonia de asesinato.

—¿Asesinato? ¿Qué asesinato?

—La palabra es chocante, lo admito. Pero no es demasiado fuerte —explicó el rumano—. Ya comprenderá.

Después de desvelar por fin lo que se encontraba oculto bajo el retazo de seda, Dalibor me tendió una figurilla en alto relieve de unos veinte centímetros de alto, cuya forma era la de un monstruo groseramente dibujado con cuerpo de hombre y rostro de león. En sus brazos, exageradamente musculados, llevaba dos grandes escudos rectangulares, a imagen de los que utilizaban los soldados de las legiones romanas. Galjero me mostró la punta del cráneo de la estatuilla, y me llamó la atención sobre una especie de tapón que sellaba la fontanela.

—El objeto está hueco. En su interior alberga esencias aromáticas, partículas de metal, aceites y diversos ingredientes entre los cuales se encuentra el tejido maculado con su sangre y los fragmentos de uña que me confi6. Todo esto compone una especie de condensador de las energías sutiles con que he bañado al guardián en el curso de estos últimos días. Este condensador deberá recargarse de vez en cuando. Un poco de su sangre, un poco de aceite, bastará. Pero yo le indicaré en qué período exacto del año habrá que proceder, porque el genio es extremadamente sensible a las condiciones astrológicas. Cuando le despertemos, sabrá que su trabajo es evitarle cualquier riesgo de muerte violenta. Esto, evidentemente, no comprende las enfermedades corrientes y aún menos la senectud natural. Sin embargo, podrá estar seguro de atravesar un campo de minas sin que le ocurra nada o de caminar con los ojos cerrados por el centro del puente de Brooklyn sin peligro de que le atropelle un automóvil. En contrapartida, cuanto más se exponga a situaciones inútilmente peligrosas, más solicitado estará Amarok y más se reforzará, hasta el punto de desarrollar una especie de conciencia autónoma. Tal vez quiera incluso adquirir su independencia, un poco como un esclavo que se revela contra su amo. Entonces se volverá extremadamente peligroso y será necesario destruirlo según rituales precisos, si no quiere arriesgarse a ver cómo su fuerza se multiplica súbitamente.

—En suma —resumí yo—, ¿me ofrece un regalo que me protegerá antes de tratar de matarme? ¿Es eso?

—¡Velaré personalmente para que esto no se produzca, Thörun!

Siguiendo las directrices que me dio Dalibor, activamos al genio familiar en el curso de las jornadas ulteriores. Tal vez me equivoque, pero creo que jamás, en la historia del Danieli, se habían practicado semejantes operaciones mágicas en el recinto del palacio.

—El lugar desprende buenas energías —sentenció Dalibor—. Los grandes hoteles, tranquilos y discretos, son generalmente lugares muy favorables para la brujería.

Brujería, magia..., yo no distinguía realmente la diferencia entre estos dos términos. Aquello no tenía demasiada importancia. Y por otra parte, ¿creía de verdad en la realidad de los saberes que declaraba dominar Dalibor? Honestamente no lo sé, ya no lo sé...

Yo quería creerlo, y eso bastaba. Cuando el familiar fue definitivamente bautizado y despertado, recibí las primeras recomendaciones con respecto a él.

—En cuanto esté de vuelta en Berlín, consérvelo en un lugar secreto. No importa dónde, a condición de que usted sea el único en manipular la estatuilla: sobre un estante alto, en un hueco abierto detrás de un mueble, ¡o simplemente en la caja fuerte de un banco! A partir de ahora, habrá que pensar también en hacerle trabajar un poco. No mucho al principio, necesita este período de rodaje como prueba de su

eficacia para usted. ¡Lo lamento, Thörun, pero ahora es imperativo que ponga su vida en peligro!

Aunque había sido enunciada en un tono jocosos, la perspectiva no me divertía demasiado. Y además, ¿cómo hacerlo? Venecia es una ciudad sin vehículos de motor, sin tranvías, una ciudad tranquila donde incluso los niños de corta edad pueden jugar libremente sin vigilancia con los gatos en las calles. ¿Tendría que saltar a un canal y arriesgarme a ahogarme, o tal vez ir a provocar a los pandilleros de los barrios populares?

—Hay algo más simple y más rápido —propuso Dalibor, divertido— ¡Desnúdese! ¡Le prepararé un baño!

—¿Abrirme las venas en el agua caliente, como los romanos? ¿Es eso lo que me propone?

—¡Por una vez seamos más modernos! ¡Le electrocutaré!

Hasta el momento en que lo vi empuñar una lámpara encendida, confieso que me había aferrado a la esperanza de que aquello fuera sólo una broma de mal gusto de Dalibor; pero cuando vi que el aparato eléctrico realmente iba a tocar el agua, quise saltar de la bañera donde, muy a mi pesar, me había deslizado. Apenas me había incorporado a medias, cuando la bombilla tocó la superficie del baño de espuma. Hubo un gran restallido en la habitación y todas las luces restantes de la sala se apagaron inmediatamente entre parpadeos chisporroteantes. Oí cómo la lámpara golpeaba contra el fondo de la bañera justo antes de que un desagradable olor ascendiera en torno a mí. Pero era sólo un poco de ozono producto del contacto de lo eléctrico y lo húmedo. ¡Sobre mi cuerpo intacto, no había ninguna herida, ninguna quemadura! ¡De pie, desnudo en una bañera adonde acababan de tirar una lámpara de elevado voltaje, yo seguía vivo y coleando!

—¡Primera tarea cumplida por Amarok! —exclamó Dalibor con evidente satisfacción—. Dele las gracias, Thörun. No es indispensable, pero de todos modos le gustará.

El episodio Amarok mantuvo a Dalibor más o menos ocupado hasta que por fin el misterioso conde Caetano le hizo saber que se encontraba dispuesto a recibirle. El conde sólo abría las puertas de su viejo palacio del Canareggio a sus muy escasos huéspedes cuando ya era noche cerrada. Así pues, en el crepúsculo, como si se tratara de un ritual impuesto, Dalibor se vestía de negro y caminaba hasta el corazón del gueto judío. Como Galjero tenía todas las noches ocupadas y dormía de día, yo me sentía en cierto modo abandonado y no sabía con qué ocupar la jornada.

—Lamento mucho no poder decirle cuándo acabarán mis investigaciones, Thörun —me previno Dalibor—. En el mejor de los casos, se prolongarán dos o tres días. En el peor, dos o tres semanas... Pero Venecia es la ciudad del libertinaje y puedo hacer que pase un tiempo agradable en ella.

—¿Conoce la dirección de una buena casa de citas? —pregunté sintiendo que efectivamente una o dos noches pasadas entre prostitutas sería un buen remedio para animarme un poco.

—Tengo algo mejor. ¿Qué me diría si le ofreciera una compensación por lo que le hizo soportar la señora Simpson?

¡Tampoco en este caso sabría decir qué truco utilizó Dalibor Galjero, pero tengo que admitir que la nueva demostración de los poderes del brujo fue un éxito total! Durante los días que siguieron, en cuanto me cruzaba con una mujer bonita y deseable, se producía algún acontecimiento que hacía caer a la doncella en mis brazos. Como por arte de magia, los obstáculos se desvanecían, los maridos celosos se esfumaban, los padres excesivamente protectores se eclipsaban, los amantes fogosos estaban ocupados con otras... En la terraza del Florian encontré a Biondetta. En la del Quadri, fueron Silvia y Clorinda. Ante el Puente de los Suspiros, aplaqué por tres veces, en plena noche, los ardores de Fiorinda, a la que tuve que satisfacer de nuevo dos horas antes del alba bajo el mismo porche de la basílica, y luego, una vez más, cerca de la casa de ladrillo de Tiziano, sobre el banco de piedra de un jardincillo olvidado que iluminaba como en pleno día el baile de las últimas luciérnagas del otoño. Al día siguiente, mientras paseaba tranquilamente por la playa del Lido, fue la francesa Irene la que me abordó y me abandonó luego arañado y mordido, con placas de arena aún pegadas a mi espalda y mis nalgas. Esa misma noche, apenas me había sentado a cenar cuando las adorables gemelas Rosanna y Lidia vinieron a ronronear a mi mesa y a frotarse contra mí ignorando a los otros clientes del local, que, con los ojos abiertos de par en par, nos lanzaban miradas ofendidas. Hubo otras aún, de las que apenas recuerdo sus nombres, aunque la imagen de sus cuerpos desnudos siga bien viva en mi memoria. En diez días de este régimen perdí, bien es cierto, varios kilos, pero pasé también horas inolvidables gozando y haciendo gozar como nunca. Al final, sin embargo, como las notas de amor no dejaban de acumularse en mi casillero del hotel, supliqué a Dalibor que me liberara durante unos días.

—¿Cómo? ¿Ya se ha cansado de ser el preferido de estas damas? ¿Sabe cuál es el precio que establezco normalmente por este género de diversión?

—Ni siquiera me atrevo a proponer una cifra —dije yo, que, desplomado sobre la silla, era incapaz de encontrar la energía necesaria para sentarme correctamente a la mesa— ¡He explorado demasiados senos, masturbado demasiados clítoris y besado demasiadas vulvas! ¡Me siento casi asqueado de esto!

—Humm..., ¡muy bien! Es usted quien decide... De modo que de acuerdo, le prescribo descanso durante unos días. Aprovechélos para recuperarse, porque dentro de tres noches le llevaré a una gran fiesta... Muy privada. Muy *eccitante*. Las más bellas *ragazze* de Italia estarán presentes. ¡Y las más ricas también!

Gruñí que las mujeres habían dejado de interesarme —lo cual no creía realmente— y que me sentía preparado para enclaustrarme con los trapenses. Pero Dalibor recuperó entonces la seriedad y me anunció que, antes de la famosa recepción

prometida, me esperaba otra cena.

—Mañana —precisó—. ¡Y ésta, entre hombres!

—¡Esto sólo podrá parecer paradójico a los incultos, pero yo sostengo que Occidente está espiritualmente muerto desde el día en que Ibn Arabi abandonó Córdoba por Damasco a la muerte de su maestro Averroes!

Quien pronunciaba esta frase en alemán en un tono tan tajante como desabrido era un hombre muy anciano del que sólo se distinguían los ojos, tan negros y pequeños como los de una comadreja. Oculto detrás de una especie de máscara de tul opaco, su rostro permanecía rigurosamente invisible. Sin embargo, por turbador que fuera, este detalle no era, al fin y al cabo, muy relevante comparado con el atuendo del conde Vittorio Caetano. Con el cuerpo enteramente cubierto por una especie de sayal negro, sólo emergían de su persona dos manos finas de piel tan blanca y delicada que permitían ver claramente a través de ella las venas azuladas, los músculos oblongos y unos tendones de consistencia gelatinosa. Sus dedos, terminados en unas uñas largas, mal cortadas, con zonas resquebrajadas y, sobre todo, grises de roña, hacían pensar en unos horribles órganos de predación. ¡Y qué decir de su olor!, un olor como el que se respira en los asilos de ancianos o entre los locos, los alcohólicos o los vagabundos que no se han lavado desde hace meses. Era peor aún que el olor de la muerte. Un tufo de sudor condensado en una concreción espesa, mezclado a los relentes de deyecciones mal limpiadas, o no limpiadas en absoluto, de las que adivinaba el rastro por los múltiples regueros que manchaban los pliegues del sayal en el interior de los muslos del conde. Todo esto, junto con otros efluvios inmundos, formaba en torno al anciano un bloque de pestilencia que evolucionaba con él y que me daba náuseas. Dalibor me había avisado, pero la realidad superaba con creces todas las prevenciones formales.

«Caetano es un fanático de la magia —había explicado Galjero—. Cada cinco años aproximadamente, practica tres meses de ascesis, meditación y oraciones, con ayuda de las cuales cree poder combatir los efectos de la senectud. Por desgracia, llegamos en plena sesión. Ese es también el motivo de que en este momento sólo reciba de noche. Por otra parte, la operación exige asimismo que no se lave durante todo este tiempo. Comprenderá, pues, que el olfato no va a ser nuestro sentido más halagado esta noche.»

Para mi gran suerte, el orden en la mesa me había situado a tres o cuatro invitados del conde, mientras que Dalibor estaba estoicamente ubicado a la derecha de la momia. De todos modos, tal vez inmunizado a fuerza de hurgar en la biblioteca del aristócrata veneciano, el rumano no parecía demasiado molesto por la pestilencia del asceta.

—En el año 1927 vi la tumba de Ibn Arabi en Damasco —continuó en mi lengua, en un gesto de cortesía hacia mí, un hombre elegante de unos cincuenta años bien

llevados que hasta ese momento apenas había hablado—. ¡Desaparece bajo las zarzas y los cardos! Nadie se ocupa de ella... Nada que ver con los chinos, que honran como es debido las sepulturas de sus grandes hombres.

—Ezra no se contenta con ser el mayor poeta de su tiempo. Es también un celoso defensor de la religión confuciana —precisó Dalibor dirigiéndose a mí.

Ezra era Ezra Pound, un «gringo» tan asqueado de América como Dandeville lo estaba de Francia. Exiliado voluntario, el poeta había elegido huir de la sociedad de mercaderes que florecía al otro lado del Atlántico para instalarse en la Italia del Duce.

—El confucianismo presenta, sobre la filosofía clásica, la ventaja de estar enraizado en un espacio bien delimitado, del que asimila naturalmente los potenciales y corrige armoniosamente las debilidades. Se dirige, además, a un cierto tipo humano, y no apunta a la nebulosa de una pretendida universalidad fantasmal. ¡Recuerden la catastrófica experiencia de Dionisio de Siracusa, que, tras confiar los pueblos de todo un valle a la administración de Sócrates, tuvo que proteger finalmente a éste de la cólera de los campesinos, que este pretendido filósofo gobernaba al margen del buen sentido! Una experiencia como ésta nunca se hubiera producido con los sabios chinos, cuyas preocupaciones y aspiraciones se solapaban auténticamente con las del pueblo.

—¡La desgracia de Occidente es la racionalidad! —exclamó otro invitado—. En esto coincido por completo con nuestro amigo Caetano. Ibn Arabi abandonando Córdoba es la legitimidad del pensamiento visionario que huye por largo tiempo de las riberas de Europa y deja la senda abierta a los mecanicistas, los científicos, los Bacon, los Descartes, los Malebranche, los Voltaire, los Condorcet y los Marcellin Berthelot, que llegan con su fatua pretensión de regirlo todo por la razón.

—Eterno conflicto de los güelfos y los gibelinos traspuesto a la historia de las ideas, ¿no cree? Pero no caigamos en la tentación de creer que el islam podría constituir una religión sustitutoria para nosotros. Por más que se revele más ágil que el cristianismo y su derivado secularizado, el ateísmo racionalista, no es menos cierto que se trata de un monoteísmo nivelador... ¡Y como tal, es una locura que se debe combatir!

Il barone! Así llamaban a menudo al personaje que tenía enfrente y que acababa de añadir una nueva referencia a la conversación. Y en efecto, con su monóculo con cadenita encajado en el ojo, su cara de águila y sus cabellos negros engominados cuidadosamente peinados hacia atrás, el hombre era la perfecta representación del noble que rezuma altanería y suficiencia.

—¡Tiene razón, *barone*, el verdadero enemigo es el monoteísmo! —se sulfuró el poeta americano—. Pero todo esto llegará a su término, y el gran edificio se derrumbará por sí mismo. Ya verán cómo un día impondrán en el Vaticano a un Papa de origen judío para acabar de semitizar a los pobres *goys* estupefactos. ¡Y luego la sucursal católica pronunciará su propio anuncio de quiebra para poder volver a la casa madre de la sinagoga! Un siglo o dos más tarde, el islam seguirá el mismo

camino.

—¿Y los protestantes? —creí conveniente preguntar.

—¡Bah! ¡Incorregibles! —exclamó Pound, irritado, descargando un golpe sobre la mesa—. ¡Más judíos que el más judío de los judíos! ¡Serán los primeros en aplaudir la destrucción de sus fríos templos y en sujetarse la kipá al cabello para imitar a los hebreos!

—Todo esto no ocurrirá —sonrió *il barone*, mirándome y alzando su vaso de vino en un discreto homenaje a mi persona— El Duce y su *Führer* velarán por ello. ¿No es cierto, Herr Gärensen?

Yo balbuceé algunas fórmulas huera para desembarazarme de un tema de conversación que me parecía que sólo podía interesar a los locos furiosos, pero el italiano volvió a la carga:

—*Il signore* Galjero me ha explicado que se ocupa de un instituto en Berlín... Un instituto, digamos... versado en dominios poco corrientes...

Traté de describir en pocas palabras las particularidades del Ahnenerbe, pero el individuo del monóculo no quedó satisfecho con estas generalidades. Muy a mi pesar, tuve que ofrecer numerosos detalles referentes a los campos de acción de las oficinas de la Pücklerstrasse. No bien hube acabado de esbozar el cuadro de nuestras actividades, el conde Caetano exclamó:

—¡Este maravilloso Ahnenerbe de nuestros amigos alemanes le hubiera sido muy útil, *barone*, en los tiempos de *Ur* y *Krur*!

Al ver que yo fruncía las cejas para indicar que no comprendía la alusión, el engominado precisó:

—*Ur* y *Krur*. Son a la vez grupos de investigación y los nombres de las revistas que fundé hace algunos años aquí, en Italia, con una decena de otros apasionados por el tema. Entonces nos interesábamos por la alta magia operativa en la estela de Cornelio Agrippa, Paracelso, Digby, Tycho Brahe... Y debo decir que alcanzamos resultados bastante notables.

—¡Algunos de sus amigos pagaron el precio de esta aventura volviéndose irremediamente locos! —tronó Caetano volcando con torpeza el cubilete de jalea real que le servía de alimento—. ¿Cuántos de sus colegas se encuentran hoy babeando lastimosamente en un asilo de alienados?

—Reconozco sin vergüenza que hubo pérdidas. Pero la alta espiritualidad mágica es un camino sembrado de emboscadas y peligros. Usted sabe que, por sí sola, la meditación pasiva nunca conduce muy lejos. Más aún que «cabalgar al tigre», como dicen los orientales tan caros a nuestro amigo Pound, yo sostengo, por mi parte, que hay que «convertirse en el tigre». Es peligroso, cierto, pero es la única tarea noble a la que un hombre digno de este nombre debería entregarse. ¿No es así, *signore* Galjero?

Interpelado, Dalibor arrancó con un largo discurso, pero debo confesar que mi mente se despegó rápidamente de sus argumentaciones, trufadas de referencias y de sobreentendidos que no alcanzaba a comprender. Mecido por el ritmo de las palabras

del rumano, dejé que mis ojos se deslizaran por el increíble panorama que ofrecía el palacio Caetano. La habitación donde cenábamos no estaba situada en los pisos altos ni tampoco, propiamente, en la planta baja, sino en una especie de entresuelo, un sótano casi, situado justo al nivel del canal, de modo que uno podía sentir aflorar las aguas bajo el pavimento de la gran sala. Manchas de humedad, y hasta pequeños charcos de agua glauca, irisaban parcialmente las losas de tierra cocida que componían el suelo. Bajo nuestros pies se oía el suave rumor de un ligero chapoteo, creando la ilusión de que toda la habitación no era sino una balsa a punto de partir a la deriva. Corroídos por la humedad, los antiguos paneles de madera preciosa fijados a uno de los muros parecían a punto de deshacerse no en polvo, sino en un fango negro y viscoso. Otras paredes estaban cubiertas de cortinajes de damasco en los que dominaba el verde y el negro, y sin duda hubiera bastado con retorcerlos para llenar cubos con el agua escurrida. Y todo esto en medio de un frío de sepulcro que debía de ser del agrado de ese Caetano más muerto que vivo, que atraía sin cesar a tres o cuatro grandes moscas velludas y zumbadoras que no se tomaba la molestia de espantar cuando se posaban sobre sus manos brillantes de roña.

Finalmente, hacia las tres o las cuatro de la madrugada, mi calvario llegó al final. Todos se levantaron de sus asientos y saludaron al anfitrión, que debía salir a rezar según los estrictos horarios que imponía la danza de las estrellas. *Il barone*, Ezra Pound y los otros invitados abandonaron el lugar los primeros. Dalibor, por su parte, se quedó un instante junto al conde y, después de un breve conciliábulo, volvió conmigo al Danieli.

—Dígame, ¿qué ha sacado de esta reunión? —me preguntó entonces, mientras pasábamos a lo largo de las casas judías, altas pero pobres, del gueto.

—¿Qué he sacado de esta reunión? Pues bien, la satisfacción de saber que Berlín no es la única ciudad de Europa donde pululan intelectuales extraviados que blanden el esoterismo como un arma de guerra.

—¡Usted lo ha dicho! ¡Están en todas partes! ¡Y en todas partes estas gentes piensan que son únicas! Si quiere, puedo presentarle a los llamados Polares de Zham Votiva, en París, o bien a los adeptos británicos de ese loco inglés de Aleister Crowley, ¡el que se hace llamar 666 por sus discípulos! ¿Sabe qué jugarreta le hizo recientemente ese pelele al poeta portugués Fernando Pessoa? ¡Lo encontrará divertido! Figúrese que Crowley fue invitado por Pessoa a pasar unos días en la propiedad que el poeta acaba de hacerse construir al borde del mar. 666 llega, multiplica sus tretas, le cubre de halagos, y acaba por pedir al portugués que le preste una pequeña fortuna a cambio de no sé qué promesa maravillosa. Dos días más tarde, se encuentran las ropas del inglés en la playa, en un lugar donde las corrientes tienen fama de ser traidoras. Estupor en Lisboa, donde la muerte del gran Aleister es finalmente anunciada de forma oficial. Pessoa no piensa ni por un instante en lamentarse por el dinero perdido, sino que llora sinceramente al gran mago prematuramente desaparecido...

—Cuando, evidentemente, Crowley ha vuelto a casa a escondidas y se está dando la gran vida a costa de la ingenuidad del portugués —adiviné yo.

—Exactamente. ¡Pessoa aún lo ignora! ¡Para él, Crowley murió ahogado prácticamente bajo sus ventanas!

—Es una anécdota divertida, pero a veces las cosas terminan realmente mal... Pienso en Gurdjieff...

—No le conozco personalmente —respondió Dalibor—, pero sé que muchos le reprochan ferozmente los intentos de suicidio que muchos de sus discípulos han llevado a cabo.

—¿Y esos individuos con los que hemos cenado? ¿Quiénes son en realidad?

—Pound, ya lo habrá comprendido, es un erudito dentro de la más pura tradición. En realidad es un europeo del siglo XVII que ha tenido la desgracia de ver la luz en Idaho a finales del siglo XIX.

Se ha equivocado a la vez de época y de lugar. El hombre recita gentilmente su rosario de pequeñas manías, pero no es un agitador peligroso. Y además, prefiere el confucianismo al esoterismo. *Il barone* es otro cantar. Es un teórico bastante bueno de la historia de las corrientes religiosas heréticas. En política es un conservador, un duro. Intransigente hasta el punto de crearse grandes enemistades en el propio seno del partido fascista, para el que se muestra exageradamente radical. Por otra parte, creo que tampoco gusta a los alemanes.

—¿Y Caetano?

—El más interesante. Heredero de una de las más viejas familias de Venecia. Su campo es la magia roja. Es una tradición muy antigua en las islas de la laguna. Recuerde la escena que abre las *Memorias* de Casanova.

—¿La visita a la bruja?

—Sí. Y la piedra de sangre que ésta utiliza para tratar al pequeño Giacomo... ¡Ah, Venecia y la sangre, Thörun! ¡Venecia y la sangre! —aulló casi Dalibor bajo la luna gibosa.

Su voz resonó, sorda y cálida entre las viejas piedras, mientras yo veía cómo sus labios palpitaban y las aletas de su nariz se estremecían como las de un gran depredador ante la perspectiva de una presa rebosante de voluptuosos jugos hemáticos.

—Dentro de dos días podremos abandonar el Danieli y volver a Berlín para reencontrarnos, yo con Laüme, y usted... con su Reinhard Heydrich. En lo que a mí concierne, he descubierto finalmente lo que había venido a buscar en los archivos de Caetano. Ese viejo reseco posee tesoros de un valor que ni siquiera puede sospechar.

Galjero estaba radiante, vestido con su excéntrico traje de paño fino color amatista excelentemente cortado. Después de sacar brillo a una manzana con la manga, el rumano le hincó el diente y se llevó de un bocado casi la mitad de la gran

fruta.

—¿De modo que Caetano no está tan versado como pretende en los secretos legados por su propia familia?

—¡Bah! ¡Es casi como todos los otros! —consiguió articular Dalibor—. Persuadido de que los misterios últimos se ocultan bajo fórmulas complicadas, en volúmenes abstrusos y redactados con ayuda de alfabetos incomprensibles. Todo esto es pura fachada. A decir verdad, casi nunca se encuentra nada auténticamente interesante en los supuestos grimorios. La mayoría no son más que comentarios de comentarios extraídos de relatos de tercera mano traducidos erráticamente por incultos. Por si fuera poco, casi la mitad de los textos de este género que nos han llegado intactos son en realidad cebos inventados por la Inquisición para desacreditar de una vez por todas la *Antica Sapienza*, los viejos saberes anteriores al cristianismo. La verdadera tradición de la brujería es, en cambio, estrictamente oral y sólo se transmite de maestro a discípulo.

—Sin embargo, sostiene haber encontrado lo que buscaba en casa de Caetano. Era un manuscrito, ¿no?

—Sí. Como ya le dije, existen, de todos modos, algunos rastros escritos. Pero los conocimientos prohibidos a menudo se disimularon bajo una forma benigna, no bajo el aspecto grosero y halagador de un formulario extravagante. Lo que he encontrado en casa de Caetano está velado en una fábula, una simple fábula redactada al modo del *Asinus Aureus* de Apuleyo o de los *Cuentos de Mamá Oca* de Perrault. ¡Invisible para los profanos, es, sin embargo, luminosa para los iniciados!

—¿Y de qué tema trata, pues, en realidad su gran hallazgo?

—Lo sabrá muy pronto, amigo mío... ¡Mientras tanto, espero que no haya olvidado que esta noche le llevo a una fiesta!

La gente acostumbra a imaginarse siempre, tontamente, que las recepciones en Venecia sólo pueden celebrarse con máscaras de plumas, chorreras de encaje, zapatos charolados con lazos, pelucas empolvadas y miriñaques. Nada hay más falso, y a pesar de que el festejo se celebraba en un suntuoso palacio del Gran Canal, los sirvientes eran los únicos ataviados con medias blancas y calzones a la francesa. Galjero me había prometido mujeres hermosas. ¡Y a fe mía que no había mentido! De toda Italia, e incluso de las fronteras vecinas de Croacia y Eslovenia, habían llegado bellezas morenas, rubias o pelirrojas con las que uno se cruzaba constantemente —en grupos de dos, de tres, e incluso de diez— en cualquier pasillo que cogiera, en cualquier sala que cruzara o en cualquier terraza en la que se detuviera. El número de invitados masculinos era escaso en comparación con todas esas damas con la espalda a menudo desnuda, con los redondos hombros generosamente descubiertos y los exuberantes senos asomando de la seda. Una bienvenida circunstancia, porque yo experimentaba de nuevo un ansia devoradora de vestidos caídos, collares rotos, moños desanudados. Dulce y aún cálida, la noche abría los jardines privados a un sinfín de posibilidades.

Me había alejado de Dalibor, concentrado desde hacía rato en una conversación en italiano con algunos sicilianos austeros que parecía conocer bien, y mientras buscaba, con un vaso de vino de Toscana en la mano, y la mirada brillante y paso vivo y elástico, una primera belleza que seducir, una risa clara y burlona resonó casi malignamente detrás de mí. Crispado, me volví malhumorado, pero la visión que tuve de la impertinente me dejó al instante totalmente desarmado. En una fracción de segundo mi boca se llenó de saliva y mi sexo se hinchó, mi corazón se dilató y mis palmas se cubrieron de sudor. ¡Por primera vez en mi vida, supe que estaba enamorado!

LA NOCHE DE LA SÉPTIMA AGUJA

En contra de lo que habíamos previsto inicialmente, no acompañé a Dalibor Galjero a Berlín. Telegrafí sin demora a Heydrich comunicándole mi intención de permanecer varios días en Venecia y me despedí momentáneamente del rumano en el andén de la estación, mientras una lluvia fría y densa azotaba la ciudad y la laguna por primera vez desde mi llegada.

—Le comprendo, Thörun. ¡Pero ponga un límite a sus retozos y no se entretenga demasiado tiempo aquí! En cuanto esté de regreso en Alemania, hágamelo saber, porque aún tenemos mucho que hacer juntos. Y sobre todo ¡no se olvide de hacer trabajar a su familiar!

Como un niño que promete a sus padres todo lo que quieren para que se vayan lo más rápido posible, asentí bobamente con la cabeza a cada una de las recomendaciones del rumano sin prestarles la debida atención.

—Vigile, Thörun. ¡En serio, ándese con cuidado!

—¡Sí, sí! —grité yo mientras el tren desaparecía por fin en una nube de vapor—. ¡Y salude a Laüme de mi parte!

No sé si Dalibor llegó a oír mi última frase, pero inmediatamente lamenté haberla pronunciado. Sin duda no era de muy buen gusto, ya que, en nuestra última conversación en el Florian, Galjero había vuelto a repetirme que cada vez le resultaba más difícil soportar a su esposa... ¡Qué se le iba a hacer! ¡Aquél no era asunto mío! Aunque sintiera una amistad sincera por el rumano, mis pensamientos estaban ocupados por completo por un pequeño rostro encantador, cuya dueña era una joven de ojos negros y sonrisa de madona.

Sin embargo, las cosas no habían sido tan sencillas con ella. En primer lugar, no hablábamos ninguna lengua en común. Ella era italiana, pero no sabía alemán. Yo hablaba bastante bien el inglés, lo que no era de ninguna utilidad para entender el francés que ella había elegido estudiar en detrimento de la lengua de Shakespeare. Mi lengua materna, el noruego, le era totalmente incomprensible. Por fortuna coincidimos en el latín, tabla de salvación inestimable —aunque a menudo poco considerada— para los humanistas europeos sometidos a la desgraciada fragmentación de las lenguas vulgares. Así pues, me serví de la lengua de los emperadores de Roma para hacerle la corte a la adorable Fausta, tallo sublime con largos cabellos negros perfumados que le enmarcaban el rostro al modo de un velo de monja, de boca brillante un poco demasiado gruesa pero de cuerpo ágil y airoso. Lo había sentido desde el momento en que nuestras miradas se habían cruzado: Fausta no tenía nada en común con las mujeres que yo había poseído hasta entonces. Diez veces, cien veces más deseable que cualquiera de esas mozuelas que se habían sucedido en mi cama, era también una joven de una extrema sensibilidad y una

auténtica inteligencia. Aunque a menudo era tan traviesa como una chiquilla, su pudor y su reserva naturales me llevaban a imponerme una gran contención en mi trato con ella. La noche en que nos conocimos, nos limitamos a hablar y reír, sin tocarnos, sin siquiera rozarnos... En un salón apartado primero, luego bajo las estrellas, y refugiados por fin en un camarín de luces desvaídas para esperar el alba, empezamos a conocernos embargados por una rara felicidad, fortalecida aún más si cabe por la magia del lugar y la circunstancia. Como Caetano, Fausta era una veneciana de rancia estirpe, pero, al contrario que el conde, no era una aristócrata. Ella no podía serlo. Sus orígenes se lo impedían. Fausta Pheretti era judía.

Ni siquiera en la etapa en que los lazos que la unían con la Alemania hitleriana eran más estrechos, la Italia fascista había padecido el antisemitismo patológico que gangrenaba todos los engranajes del régimen nazi. Si bien es cierto que se habían producido vejaciones esporádicas y deplorables arreglos de cuentas, nunca se intentó nada a gran escala contra la comunidad israelita de la península. Al contrario que los franceses, Mussolini siempre se negó a entregar a italianos de confesión judía a Hitler.

Hija de un rico joyero veneciano, Fausta Pheretti tenía veintiún años cuando la conocí. Después de que ella me lo hubiera revelado todo sobre sus orígenes, yo no podía sino informarla a mi vez de mi propia posición en Berlín. Pero, en contra de lo que había temido, no profirió comentarios ni reproches, contentándose con acentuar un poco más la sonrisa enigmática que nunca abandonaba sus labios. No nos convertimos en amantes aquel año. Sin embargo, yo la deseaba más que a nada, y estoy seguro de que ella ardía igualmente en deseos de entregarse a mí. Pero Fausta no era de esas muchachas que se dejan dominar por su cuerpo y ceden bajo el impulso de un capricho. Ella quería esperar. Quería sentir un deseo aún más intenso, exacerbado por la consumidora prueba de la paciencia. Cada día durante las dos semanas que siguieron a nuestro encuentro, yo iba a esperarla frente al mar, en riva degli Schiavoni, donde se encontraba la gran casa de sus padres, y luego íbamos a pasear al azar por las calles y los puentes, durante horas, hablando de ella, de mí. Lentamente, a pequeños fragmentos, igual que uno no se despoja sino con suma delicadeza de un vestido quemado para no arrancar la carne al mismo tiempo que los jirones de ropa, acabé por narrarle la historia de mi vida. Sólo cuando hube terminado mi relato, en el atrio de la pequeña iglesia de Santa Madonna del Orto, me cogió por primera vez del brazo y depositó un beso en mi mejilla. Este gesto simple y tierno abrió definitivamente mi conciencia a toda la fuerza de los sentimientos que alimentaba con respecto a Fausta. Todo, mi posición, mis amistades, mi cultura incluso, hubiera debido hacerme renunciar a acercarme a esta mujer. Sin embargo, ningún razonamiento, ninguna lógica, podían apagar el extraño fuego que había alumbrado en mí. Cada segundo que pasaba lejos de ella me parecía vacío. Cada

pensamiento que no la evocaba era como un instante de penitencia. Durante el tiempo que pude alargué, pues, mi estancia en Italia, posponiendo para el día siguiente mi partida a Berlín, y entonces, mientras esperaba a Fausta en una plaza tranquila, un hombre posó su mano sobre mi hombro...

—¡Detesté tener que hacerlo, Gärensen! ¡Y francamente, estoy dolido con usted!

El tono de Reinhard Heydrich no era más elevado de lo habitual, pero yo ya le conocía lo suficiente para saber que su cólera no era simulada.

—¿Se da cuenta? ¡Verme obligado a enviar a Thyssen Matschl a Venecia para que le traiga cogido del cuello! ¡Estaba persuadido de que usted y yo habíamos superado esta etapa hacía tiempo! ¿Qué le ha ocurrido, por Dios?

Heydrich casi nunca se exaltaba. Demasiado frío y sobre todo orgulloso en exceso para emplear la grosería, el jefe del SD se preguntaba sinceramente qué había podido retenerme en Venecia tanto tiempo después de que Dalibor Galjero hubiera vuelto a Berlín. Decirle que me había enamorado de una judía quedaba, evidentemente, fuera de toda lógica. Así que opté por una explicación ruda y simple.

—Es idiota y la verdad es que me avergüenza un poco confesarlo, pero... es sólo una historia de cama. Una chica un poco demasiado bonita... Un poco demasiado perversa... Ya sabe que, después del episodio de Geli Raubal, es mi debilidad.

Heydrich suspiró con un aire a la vez afligido y aliviado.

—¡Gärensen! ¡Usted es un SS! ¡Los SS son gente responsable! Deben casarse. ¿Cuántas veces se lo he dicho? Una mujer que le haga cinco o seis veces padre de familia calmaría sus ardores y, sobre todo, le haría sentar la cabeza. Si no se decide por sí mismo, encontraré a una chica de las Juventudes Hitlerianas con órdenes estrictas de casamiento. ¡Oh, ya puede sonreír tontamente y retorcerse en su asiento, muchacho; sabe que no estoy bromeando! ¡Es eso o el bromuro con cada comida! Como en los cuarteles.

¡Proyecto matrimonial con una fanática del *Führer* o castración química! Ésa era la elección que Heydrich parecía imponerme. Una perspectiva nada halagüeña para un hombre como yo, que durante mucho tiempo había amado por encima de todo la vida desenfadada pero que ahora ya no podía cerrar los párpados sin ver surgir la imagen sublime de Fausta.

—Volvamos a los Galjero, ¿quiere? —me recordó Heydrich—. ¿Y bien? ¿Sabe ya cuál era el cometido de ese hombre a Venecia?

En pocas palabras presenté el informe que ya había redactado sobre la estancia italiana del rumano. Evidentemente, nada de lo verdaderamente importante que habíamos vivido allí estaba incluido en el relato.

—¿Pasarse todo el día en la biblioteca de un viejo apergaminado que no se lava creyendo que eso le hará rejuvenecer? ¡Es lo que me faltaba por oír! Pero ¿qué buscaba exactamente, el rumano?

—No sé cuál era el verdadero objetivo de sus trabajos. Pero él asegura haber descubierto lo que quería... ¡Me prometió hablarme pronto de ello!

—Así pues, ¿aún hay que esperar? —soltó Heydrich en un tono que revelaba a la vez decepción e irritación.

—Sí... ¡Aún hay que esperar!

El domingo que siguió a mi vuelta a Berlín, me anunciaron muy temprano que un tal señor Galjero preguntaba por mí. En mi salón, encontré a Dalibor envuelto en un abrigo orlado de piel que llegaba casi hasta el suelo.

—¡Le doy diez minutos para sus abluciones y tres para vestirse con ropa de abrigo! ¡Vamos a caminar!

Nos dirigimos a pie al gran mercado de viejo de Nollendorfplatz. Allí, entre los vendedores de saldos, algunos auténticos comerciantes de antigüedades ofrecían muebles de hermosa factura. Galjero se hizo con un escritorio de palo de rosa y un voluminoso secreter barroco con cerraduras de hierro y llaves gruesas como salchichas.

—Laüme y yo hemos dejado el hotel Edén para comprar una casa aquí, en Berlín. Nuestra estancia se prolonga —explicó mientras, sentados relajadamente en un quiosco de bebidas, apretábamos entre nuestras manos heladas un vaso de vino caliente.

—¿Así que sus previsiones con el *Führer* marchan viento en popa?

—¡Maravillosamente! Laüme le ha preparado su pequeño Amarok personal. Muy eficaz... ¡El canciller está tan encantado que casi espera con impaciencia un atentado contra su persona!

En el ínterin me pregunté si Hitler también habría sido forzado a afrontar el episodio de la electrocución en la bañera con vistas a entrenar las capacidades de la criatura de los Galjero. Al imaginar la escena, me eché a reír tan abiertamente que tuve que explicar el motivo a Dalibor. Divertido a su vez por el cuadro, me precisó que el genio fabricado por su esposa estaba más perfeccionado que el mío y no necesitaba el mismo rodaje que Amarok.

—Laüme es una especialista infinitamente más experimentada que yo. Ella conoce procedimientos inaccesibles para mí. En la pareja, la maestra es ella... Y ya que hablamos de esto, ¿ha seguido formando a su guardián tal como le aconsejé?

Con la mirada baja, confesé que si bien la estatua con la cabeza de león y los escudos en alto estaba a buen recaudo en un rincón retirado de mi apartamento, había olvidado hacer trabajar a Amarok.

—¡Un descuido enojoso, el suyo! ¡Muy enojoso, sí! —exclamó Dalibor con aire sombrío—. Piense que Amarok es una criatura joven a la que es necesario educar correctamente aprovechando su relativa ductilidad adolescente. ¡Abandonarlo así a su ociosidad es de una inconsecuencia loca! Espéreme un instante aquí, ¿quiere?

Dalibor dejó su bastón de marfil y su sombrero sobre la silla y se abrió paso entre la multitud que nos rodeaba caminando a grandes zancadas. Por un instante seguí con la mirada su silueta, que destacaba entre la masa de los curiosos, y luego lo perdí completamente de vista cuando se adentró por una avenida bordeada de tenderetes de madera. Reapareció unos minutos más tarde llevando en la mano un cornete de papel de diario que contenía un polvo rosa de aspecto desagradable. Vertió en mi vaso una buena ración de este producto maloliente, removiéndolo para mezclarlo y me tendió la mixtura. El caldo, de un color violeta oscuro y consistencia viscosa, no resultaba precisamente apetitoso. El olor era nauseabundo.

—¿Qué demonios es esta poción? —pregunté con aire asqueado—. ¿Un fortificante? ¿Acaso piensa que estoy enfermo?

—¡No se comporte como un crío! No es un medicamento, sino matarratas comprado a un vendedor ambulante. ¡Trágueselo!

Cerrando los ojos y tapándome la nariz, mojé los labios en el líquido simulando que bebía, pero Galjero no se dejó engañar por mi estratagema.

—¡Trague, le digo!

Con un gruñido, vacié el vaso babeando.

—Muy bien —me felicitó Galjero—. Ahora Amarok trabajará para contrarrestar los efectos del veneno. Tenemos para un minuto aproximadamente...

Al principio apenas noté una hinchazón en el estómago, parecida a la que se siente cuando uno bebe demasiada agua. Luego sentí una opresión en la garganta, como si todas las mucosidades se hubieran secado súbitamente. Los ojos me picaban, y empecé a llorar con abundancia sin poder cerrar los párpados, de pronto hinchados. ¡Una puñalada me atravesó el estómago! ¡Otra! ¡Y una tercera! Crispé las manos sobre el borde de la mesa, consciente de que me encontraba en público y no podía dar un espectáculo. Durante unos segundos sufrí violentos temblores, que reprimí al precio de terribles esfuerzos, y solté, para mi gran vergüenza, algunos borborismos y ventosidades. La gente de la mesa vecina se volvió para asesinarme con la mirada. Galjero, por su parte, se había concentrado en la contemplación de su reloj de bolsillo, un enorme chisme dorado sujeto al extremo de una cadena que acababa de sacarse del bolsillo de su chaleco. ¡Durante un instante me dolieron las entrañas de tal modo que sin duda no hubiera sufrido más vomitando agujas! Y luego, en el instante en que pensaba que iba a desmayarme, todo cesó de golpe. Al cabo de unos segundos, pude respirar de nuevo. Todos los síntomas del envenenamiento habían desaparecido —¡nunca mejor dicho!— como por arte de magia. Con el corazón desbocado, tosí violentamente para aclararme la garganta antes de pedir un vaso de *schnaps* al camarero.

—No hubiera tenido que soportar todas estas molestias si hubiera hecho trabajar a su guardián como le había aconsejado, Thörun. En fin, *errare humanum est*. Pero no olvide que *perseverare diabolicum*. Renueve la experiencia dos o tres veces de aquí al mes próximo y el aprendizaje de su pequeño ángel personal estará acabado. Un

consejo: ¡varíe los métodos! La próxima vez cuélguese, o colóquese el cañón de su pistola contra la sien. ¡Eso lo mejorará aún más!

Ante las aterradoras recomendaciones que acababa de oír, levanté los ojos al cielo en busca de consuelo. Desplegándose sobre mí, un cartel de propaganda de grandes dimensiones representaba a un hombre con chaqueta austríaca y brazal con la cruz gamada que sonreía contemplando un cochecito negro: «El Partido Nacionalsocialista te aconseja que economices cinco marcos por semana. ¡Dentro de dos años, podrás regalarte este automóvil Volkswagen!».

La noche siguiente dormí poco y mal. Mientras me acompañaba a casa después de nuestra agitada salida a Nollendorfplatz, Dalibor Galjero me había dirigido una petición que me causó cierto desasosiego y en la que desde entonces no había dejado de pensar.

—Amigo mío —había empezado el rumano—, ¿quiere hacerme un gran servicio y prometerme que todo esto quedará estrictamente entre nosotros?

Este hombre tenía el don de dar la vuelta a las frases para presentar las cosas de modo que uno se sintiera en la imposibilidad de rechazar sus propuestas. De entrada, yo había formulado un asentimiento de principio tan generoso como inconsciente.

—¿Me sería posible acceder al fichero de los colaboradores del Ahnenerbe?

La petición me había hecho frenar el paso.

—Estos ficheros pertenecen a las SS. Es material clasificado que afecta a la seguridad del Estado y es inaccesible a la población civil. Y, permíteme, ¡aún menos a los extranjeros!

Dalibor había sonreído.

—¿No es usted mismo un extranjero, mi querido Thörun?

¡Pues bien, justamente no lo era! Yo había dejado de ser un extranjero en Alemania desde hacía unos meses. Heydrich había utilizado su influencia para hacerme registrar como ciudadano del Reich a todos los efectos. En términos administrativos, yo estaba ahora en posesión, con carácter plenamente oficial, de un pasaporte alemán. Sin embargo, cediendo a la insistencia de Dalibor, prometí que una noche le dejaría el campo libre para que pudiera estudiar estas fichas, con la condición expresa de que lo hiciera en mi presencia.

—¡Tanto mejor! —dijo satisfecho—. Así podré conocer sin demora su opinión sobre determinados miembros del Ahnenerbe.

Cuando volví a pensar en ello, me arrepentí de haber accedido tan precipitadamente, porque, si bien es cierto que los Galjero eran recibidos en la Cancillería y se habían ganado la confianza del propio *Führer*, ¿no podían revelarse finalmente como enemigos, y no amigos, de Alemania? ¿Cómo saberlo? Aquella noche, mientras me revolvía de un lado a otro en mi cama, sufrí una crisis de angustia que me oprimió el corazón y me empapó el cuerpo en sudor hasta el punto de que al

final me levanté para ir a contemplar a Amarok en mi despacho. Había colocado la estatuilla sobre el estante de mi biblioteca donde había alineado mis ediciones raras de autores griegos y latinos: las *Vidas de doce Césares* de Suetonio, *Los persas* de Esquilo, *Los pensamientos* del emperador Marco Aurelio, y sobre todo, mi obra preferida: *La Anábasis* de Jenofonte. Esta vecindad augusta, a la vez marcial y sabia, me parecía particularmente apropiada para lo que Dalibor denominaba clásicamente «genio», pero que yo me había habituado a llamar *therapon*, por el vocablo antiguo que designaba al joven guerrero portador de escudo cuyo cometido es proteger a su señor en el curso de los combates. En la literatura antigua, había encontrado numerosos ejemplos del conocimiento y la utilización de genios protectores como Amarok. Así, en sus *Vidas de hombres ilustres*, Plutarco dice de Sila que siempre llevaba consigo, en sus batallas, una pequeña efigie de Apolo. En el combate contra los telesios, escapó a sus enemigos victoriosos blandiendo el ídolo, que hizo caer de golpe todas las lanzas que apuntaban contra él. Diodoro de Sicilia relata, por su parte, que César nunca se separaba de la estatuilla de una Venus armada. En la mañana de los idus de Marzo, ésta le había sido robada... ¡Y el mismo autor informa también de que Nerón descubrió una conspiración el mismo día en que un desconocido le hizo don de la efigie de una joven destinada a protegerle de las trampas!

Tras servirme una copa de coñac llena hasta el borde, medité largamente ante la figurilla. En numerosas ocasiones me había interrogado sobre su valor real. Yo había visto con mis propios ojos a Laüme entrando en la jaula de los tigres sin que éstos la inquietaran. Y había atravesado por dos veces por la experiencia de una muerte cierta, en la bañera del Danieli y luego en el mercado de Nollendorfplatz... No podía dudar de la veracidad de los poderes ocultos de los Galjero. Y si era así, ¿por qué debería seguir sospechando que esta pareja podía tener conexiones con nuestros enemigos potenciales? Objetivamente, no había ninguna razón. Y aunque persistía una sombra que me advertía de un peligro, esa noche elegí confiar sólo en los hechos. Si Dalibor quería consultar los archivos del Ahnenerbe, yo debía autorizarle el acceso sin restricciones. Dos o tres noches más tarde, introduje, pues, al rumano a escondidas en nuestra gran sala de archivos. En esa época, el instituto remuneraba directa u ocasionalmente a más de quinientas personas.

—¿Busca algún perfil en particular? —le pregunté mientras nos servía unas tazas de café humeante.

—Busco a personas susceptibles de responder a ciertas preguntas que me preocupan desde hace... ¡demasiado tiempo! —se contentó con responder de un modo sibilino.

Era evidente que mi amigo no estaba, esa noche, de un humor favorable a las confidencias; así que dejé que, sentado frente a mí al otro lado de la mesa de archivo, consultara las fichas en paz, mientras yo me contentaba con recogerlas y colocarlas de nuevo en su sitio después de que él las hubiera examinado escrupulosamente. Estos manejos se prolongaron durante tres noches, al término de las cuales Dalibor

me comunicó por fin su veredicto.

—Sólo he retenido un nombre —me anunció mientras yo bostezaba tras una última sesión en vela.

—¿Uno solo? —exclamé, lamentándolo sinceramente por él—;Debe de estar enojado por haber desperdiciado tanto tiempo para conseguir un resultado tan exiguo!

—No lo crea, mi querido Thörun —dijo Dalibor, palmeándome la espalda—. ¡Una sola persona es más de lo que me permitía esperar!

—¿De quién se trata?

—Del doctor Hezner. Ruben Hezner...

No fui testigo del primer encuentro entre Hezner y Galjero. A expensas del rumano, me contenté con rogar al hombrecillo barbudo que acudiera cierta tarde al bar del Edén y esperara allí a que alguien viniera a hablarle.

Curiosamente, Hezner accedió sin hacer preguntas. Desde su integración forzada entre nosotros, yo no había tenido mucho contacto con él. Matthieu-Marie Dandeville de Vigon-Pérignac, en cambio, se las había arreglado para mantenerlo bajo una constante vigilancia.

—¿Qué piensas de este hombre? —le había preguntado yo al francés justo después de enviar a Elezner al Edén.

—Este tipo me incomoda... Trabaja muy bien y posee una gran agudeza mental. Sus trabajos son realmente apasionantes y pueden conducir a una crítica radical de la teología y la patrística clásicas. Creo que está en condiciones de proporcionarnos armas temibles en la línea de una crítica radical del cristianismo...

Matthieu-Marie había dejado su frase inacabada. Como si temiera tener que proseguir.

—¿Pero? —dije para animarle a continuar.

—Bien, el caso es que, lamentablemente, tengo que confesar... ¡que empieza a caerme realmente simpático!

Se dice que todo antisemita tiene a sus «buenos judíos», igual que todo esclavista tiene a sus «buenos negros». Aunque Matthieu-Marie —y era algo que no ocultaba en absoluto— daba prueba de sentir un auténtico aborrecimiento hacia los israelitas, Ruben Hezner parecía escapar misteriosamente a este encono obtuso. ¿Existía tal vez un secreto entre ellos, una especie de pacto que les hubiera unido sin mi conocimiento? No lo creo. Pero entonces, ¿qué era? ¿De dónde procedía la extraña indulgencia que el francés manifestaba hacia este hombre a cuyos semejantes acusaba con frecuencia de estar en el origen de todos los males de Occidente?

—Estoy convencido de que los judíos han traído costumbres deplorables a Europa —continuó Dandeville—. Pero este tipo no es un vulgar usurero de tres al cuarto. Él es un monsieur —precisó utilizando a propósito su lengua materna.

Por naturaleza, siempre he desconfiado de los juicios generales. Por eso adopté

una actitud circunspecta en cuanto al veredicto que Matthieu-Marie había expresado sobre el conjunto de los judíos. En cambio, compartía por completo su opinión sobre Hezner. ¡Incontestablemente era un monsieur! En torno a este hombre flotaba un misterio y una nobleza que no podían dejar insensible a nadie. Incluso Dalibor Galjero parecía haberse dejado atrapar por él. Pasaron varios días sin que tuviera noticias de unos ni de otros. Durante este tiempo todo fueron reuniones con Sievers, preparativos de expediciones arqueológicas a Asia o al África austral, lecturas de informes y reunión en la cumbre de oficiales dirigentes con Himmler, quien nos anunció oficialmente que las SS se implicarían en el más alto grado en la preparación del acontecimiento que Berlín acogería dentro de unos meses: los Juegos Olímpicos de julio de 1936.

—Señores —había dicho el *Reichsführer* en un tono un poco tenso—, al confiar a nuestra querida ciudad de Berlín la muy honorable tarea de organizar los próximos Juegos Olímpicos, el mundo nos ofrece la ocasión de mostrar hasta qué punto nuestro régimen nacionalsocialista es un modelo digno de respeto y admiración. ¡Que cada uno de ustedes aporte todas sus fuerzas a esta empresa, cuya importancia se revela para Alemania tan capital como la de una batalla que puede decidir la suerte de toda una guerra!

Y luego, una mañana, recibí en mi correo dos cartas personales.

Una, breve, no era más que una notita exaltada enviada por Dalibor para agradecerme que hubiera facilitado su encuentro con Hezner. La otra, mucho más extensa, más personal también, llevaba el sello de Venecia. Era la primera carta que me escribía Fausta. ¿Seré un hombre normal? Porque el hecho es que esta misiva me causó más turbación que emociones felices. De esas líneas inflamadas de amor, conservo el vago recuerdo de una especie de ahogo físico que me atacó y me obligó a abrir la ventana para respirar el aire helado de noviembre. Fausta me amaba. Yo no lo dudaba... Y no podía estar más seguro del amor que a mi vez sentía por ella. Sin embargo, algo me impedía entregarme libre y totalmente a este sentimiento amoroso. Sin duda esta mujer era la más sensible, la más deseable y la más tierna que yo hubiera conocido nunca. Pero aquello no carecía de peligros para mí. La cuestión no era que fuera judía. Aquello no me preocupaba. Era otra cosa. Una maldición más íntima que me hacía revelarme contra ese amor profundo que se anunciaba. ¡El viejo caballo libre Thörun Gärensen tenía dificultades para aceptar la perspectiva de ser encerrado en el box, aunque fuera para cubrir allí a la más adorable, la más exquisita de las yeguas! Irritado por sentirme tan enamorado de Fausta Pheretti, sin duda incómodo con esta emoción nueva para mí, decidí reemprender mis salidas nocturnas al Romanische Café y la pensión Dorian. Un día en que precisamente acababa de gozar allí de los favores de dos nuevas bellezas de piel sedosa expertas en el arte de las caricias, me tropecé con Matthieu-Marie, hundido en un canapé de cuero a la inglesa. Al constatar que ninguna de mis bromas parecía divertir al francés, opté por coger un sillón e instalarme cerca de él para poder hablar en confianza.

—¿Qué hermosa te tiene preocupado, Matthieu-Marie?

Con semblante huraño, Dandeville se encogió de hombros y luego se echó a reír.

—¡Una tontería de este estilo, sí! —admitió—. ¡Nada que valga la pena mencionar! ¡Vamos! Bebamos, es el mejor método para librarse de un sortilegio de amor.

¡Y cogiendo una botella de champán de un cubo con hielo, bebimos riéndonos de nuestros respectivos infortunios, pensando en la ironía del destino que, tras hacer que los dos nos enamoráramos en el mismo instante de nuestras vidas, nos había hecho elegir también el mismo remedio!

—El *Reichsführer* lamenta muchísimo verse en la obligación de retrasar unos minutos su cita con usted, pero está reunido con un emisario extranjero.

El ujier de las SS de guardia ante el despacho de Himmler me invitó a esperar a que terminara la reunión cómodamente instalado en uno de los sillones rococó del pasillo. Preocupado por mi bienestar, el hombre me sirvió café y dulces con una profesionalidad a la altura de un auténtico *butler* inglés. Mientras tamborileaba rítmicamente con la punta de mi bota contra el pavimento de punto de Hungría, vi pasar ante mí a un pequeño hindú con gafas redondas que acompañaba al jefe supremo de las SS entre profusas manifestaciones de amistad. Tras desembarazarse por fin del desconocido, Himmler se volvió hacia mí y me indicó con un gesto que le siguiera a su refugio.

—Siento haberle hecho esperar, Gärensen, pero estos extranjeros tardan tanto, tantísimo, en exponer sus problemas... ¿Sabe quién era ése?

—No, *Reichsführer*.

—Se llama Bose, y es el alcalde de Calcuta. Pero sobre todo es el rival de Gandhi en el Congreso. Si le gana la partida, puede sublevar por sí solo a toda la India contra los británicos. ¡Por otra parte, ésa es precisamente su intención! ¿Qué piensa al respecto? ¿Deberíamos ayudarle?

—La India no forma parte de mi campo de competencias, *Reichsführer*, pero apoyar a las fuerzas de oposición contra nuestros enemigos ahí donde se encuentren es, por principio, una buena opción...

—Ya veremos —replicó Himmler mientras se frotaba las manos y echaba una ojeada al voluminoso portadocumentos que había traído conmigo—. Bien, mi querido Gärensen, hábleme un poco de los resultados mensuales de su *Ahnenerbe* y, sobre todo, de sus investigaciones personales en relación con Enrique el Pajarero...

A finales de 1935, yo consideraba que había cumplido con éxito la misión que me había confiado Reinhard Heydrich. Por desgracia, el jefe del SD no compartía mi opinión. Una noche ventosa de diciembre me hizo llamar a su despacho.

—El Ahnenerbe es un instituto que funciona demasiado bien. Incluso empieza a tener autoridad en el dominio científico. Nos han llegado peticiones de colaboración de diferentes universidades. Esto ya no tiene nada que ver con el objetivo que yo le había fijado. Se ha dejado atrapar en el juego, Gärensen. Su naturaleza de humanista se ha impuesto. Hubiera debido sospecharlo y colocarle bajo una tutela política más estricta...

—Yo creo, al contrario, que la credibilidad es una etapa necesaria que no deberíamos soslayar —traté de argumentar, con un nudo en la garganta—. Cuanto más alto pueda ascender el instituto, más deprisa y más bajo caerá. Himmler debe confiar ciegamente en nosotros si queremos inducirle a que se comprometa personalmente en aventuras ridículas y extravagantes. Ya le he convencido de que adquiera el castillo de Wewelsberg para convertirlo en el dominio secreto de la Orden. ¡Es una ruina! ¡Reacondicionarlo según los planos que he encargado costará una fortuna! Es el primer paso hacia la locura de las grandezas...

Heydrich frunció el ceño con semblante severo. De todos modos, aceptó echar una ojeada a los planos de reconstrucción piedra por piedra de una antigua ciudadela medieval que yo había descubierto un poco por azar cuando había llevado a *Sleipnir* a estirar las patas al bosque de Teutberg, al mismo lugar donde, en el año 9 de nuestra era, tres legiones romanas completas —es decir, la décima parte de las fuerzas armadas del Imperio— habían sido destrozadas por las tribus germánicas. Este proyecto wagneriano, que yo había sometido al *Reichsführer*, y que estaría destinado al uso exclusivo de las grandes ceremonias paganas SS, era de una desmesura y una pompa gótica impresionantes. Tras extender los croquis y los mapas sobre la mayor mesa de la habitación, mostré a Heydrich los dibujos de la entrada con doble rastrillo de hierro forjado, las salas de recepción decoradas con runas de mármol, las habitaciones de los dignatarios, tan espaciosas como gimnasios, los sótanos que albergarían las sepulturas de los maestros de la Orden, así como las tablas heráldicas que yo había concebido con Matthieu-Marie y que reproducían la antigua costumbre de los escudos de armas de la nobleza para los personajes relevantes de las SS. Este despilfarro de efectos y ampulosidad teutones tranquilizó un poco a Reinhard; aun así, se resistió a admitir francamente su cambio de postura.

—Humm... Si una monstruosidad como ésa ve la luz, Göring y su tren eléctrico de Karin Hall se verán efectivamente desposeídos de la palma del ridículo y la vulgaridad. Le concedo el beneficio de la duda, Gärensen. Pero procure darme rápidamente otras pruebas de su buena voluntad. ¡Ya sabe que conmigo la indulgencia no dura mucho tiempo!

Tras prometerle que yo mismo le haría visitar pronto las obras del Wewelsberg, abandoné el edificio del SD con un mal sabor de boca y con la desagradable sensación de que no me encontraba en una posición tan segura como imaginaba. De vuelta en la Pückerstrasse, encontré a Dandeville, con los ojos hundidos y el rostro desencajado, caminando de un lado a otro por la antesala de mi despacho.

Estrujándose nerviosamente las manos, mi amigo me anunció que uno de nuestros agentes acababa de encontrar la muerte aquí, en el interior mismo de nuestros locales.

—He cerrado la puerta con llave —me explicó—. Nadie está al corriente.

—¿De quién se trata?

—Karel Kemnitz. Campo de experimentación: mediumnidad y clarividencia.

Yo conocía ligeramente a Kemnitz. No era un SS, sino uno de nuestros colaboradores civiles. Un buen tipo, en la cuarentena, regordete, con cara de luna. De común alegre y de trato agradable, ese hombre poseía un verdadero don de extralucidez. Sus capacidades, tan erráticas y espontáneas como penetrantes, se habían revelado, sin embargo, difíciles de controlar. Rodeado siempre de un equipo de médicos, Kemnitz trataba de sistematizar y afinar su potencial. Su desaparición era para mí un acontecimiento tan triste humanamente como perjudicial desde un punto de vista meramente profesional.

—¿Cómo ha muerto? —pregunté mientras servía un *schnaps* a Dandeville, a todas luces terriblemente trastornado por el fallecimiento del vidente— ¿Una crisis cardíaca?

—Suicidio.

—¿Cómo lo sabes?

Bajando la mirada y de pronto blanco como un papel, Dandeville confesó:

—Lo hizo hace unas horas, casi en mi presencia. ¡En mi propio despacho!

La muerte de Kemnitz ocultaba un misterio, y Dandeville se encontraba en el corazón de este enigma. El francés, sin embargo, se mostró muy reticente a hablar. Sólo cuando nos encontramos en la escena del drama, en presencia de un cadáver literalmente cubierto de sangre, consintió en explicarme las circunstancias que habían conducido a Kemnitz a clavarse un cortapapeles en la garganta.

—Ocurrió bastante tarde, de noche. Habíamos iniciado una conversación hacía ya una hora, tal vez más. Estaba ahí, tranquilo, sentado en este sillón. Salí un minuto para traer más café y, cuando volví, lo encontré así. ¡Agonizando! Por desgracia, no pude hacer nada por él.

Ante el cuerpo rígido del hombre, me vi asaltado por una avalancha de pensamientos que no conseguía ordenar. Era evidente que no podíamos encubrir esta muerte y que estábamos interesados en advertir cuanto antes a las autoridades competentes. Pero más que la investigación oficial que se anunciaba, era Dandeville quien me planteaba un problema. Presentía que el francés me ocultaba algo importante. Sin embargo, hasta que la policía SS no hubo abandonado el edificio llevándose consigo el cadáver del vidente, me fue imposible sonsacarle nada.

—Que hayas mantenido oficialmente tu versión de los hechos es una digna postura —le dije entonces—. Conozco el procedimiento: de aquí a dos o tres días, el asunto será archivado y nadie te inquietará. Por suerte, los SS no están sometidos a los procedimientos judiciales ordinarios, y nada de lo que ocurra entre nosotros se trata en la plaza pública. Ya que sabes que nada te sucederá y que cuentas con mi

apoyo, así que ahora te pido que me expliques qué ha ocurrido realmente con Kemnitz.

Dandeville aún hizo algunos remilgos antes de decidirse a confesar.

—Todo lo que te he dicho es verdad. No ha habido ninguna mentira. Yo estaba conversando con Karel, efectivamente me ausenté y, a mi vuelta, el tipo se había clavado el cuchillo en la carótida... En este sentido no hay nada que añadir. Pero de lo que no te he hablado es de la naturaleza de nuestra conversación.

—¿Y bien?

Dandeville suspiró, empezó a caminar por la habitación como un león enjaulado y luego soltó con aire torvo:

—Le hablaba de una mujer. De mi amante... Le hablaba de Laüme Galjero.

Desde que le había conocido, siempre había depositado una gran confianza en Matthieu-Marie. Más que mi colaborador, el francés era un verdadero amigo, al que quería ayudar sinceramente. Creo que él lo sabía, pero tuve que proclamar dos o tres veces mi fe absoluta en la fortaleza de nuestra amistad para que se calmara y me ofreciera los detalles de su relación con la esposa de Dalibor.

—Todo empezó cuando tú te encontrabas aún en Venecia. Yo me había encaprichado un poco de esa chica que había pasado varios días con nosotros... Ostara Keller... ¿La recuerdas? Conocía su dirección en Berlín y quería probar suerte con ella. Pero resultó que no le gustaban los hombres. En esa época se acostaba con una mujer de mundo, una rumana. Así conocí a Laüme. Muy pronto mi vida se transformó en una pesadilla. Ahora ya sólo pienso en ella. Sólo sueño con ella. Sólo la deseo a ella. Nunca he conocido semejante embriaguez, semejante placer, en los brazos de una mujer.

¡Nunca! Pero para Laüme yo no soy nada... sólo un entretenimiento de unas noches... Sin embargo, lo he hecho todo por ella. Todas las cosas abyectas que ha exigido de mí, las he hecho. Me he envilecido a su contacto. Pero esto no ha servido de nada. Ahora me ignora y me rechaza...

—¿Y qué tiene que ver Kemnitz con todo esto?

—Le confié una sortija que Laüme me dio la última vez que la vi. Karel decía tener necesidad de soportes físicos para sus visiones. Cogió la joya y me pidió que le dejara solo unos minutos para concentrarse. ¡Cuando volví, se había suicidado!

Esa era, pues, la versión oficiosa de Dandeville: empujado por una inexplicable pulsión en el curso de una sesión de videncia, supuestamente Karel Kemnitz se había clavado un puñal en plena garganta con la furia de un demente que se lanza de pronto por una ventana para huir de sus alucinaciones.

—Es grotesco, lo sé —admitió Vigon-Pérignac—. Pero es la única explicación que puedo dar...

—¿Y dónde está la sortija de la que hablas?

El francés hundió la mano en el bolsillo y sacó una gran sortija de oro adornada con una esmeralda. Las facetas estaban curiosamente talladas en innumerables ángulos, y en el interior de la piedra preciosa se percibía un dibujo. Tras observarla con más detalle, creí discernir la silueta de una especie de dios antiguo con torso de hombre, cabeza de gallo, piernas de serpientes... Y entonces, mientras me encontraba absorto en la contemplación de esta extraña figura, una intensa corriente eléctrica recorrió mis dedos. ¡Como si de pronto me quemara en las manos, solté el objeto, que cayó al suelo mientras una imagen muy clara de mi *therapon* Amarok surgía súbitamente en mi mente! ¡Dandeville no se hubiera mostrado más sorprendido si yo hubiera enloquecido de repente!

«Amarok le protegerá de todos los peligros de muerte física», me había prometido Galjero. ¿Era posible que esta piedra ofrecida a Dandeville por Laüme concentrara una amenaza semejante? Quise agacharme para recoger la sortija, pero de nuevo la imagen de Amarok se me impuso, impidiéndome tocarla.

—¿Crees en los maleficios, Matthieu-Marie? —pregunté al francés mientras mi cuerpo se cubría de un sudor helado.

—¡Desde que Laüme Galjero ha entrado en mi vida, sí, creo en ellos! —me respondió mi amigo.

Y en sus ojos leí el mayor desamparo del mundo...

Yo había recogido la sortija de Laüme con la punta de una simple estilográfica y la había colocado en una cajita de hierro que finalmente había depositado en la caja fuerte de mi despacho. En cuanto a Matthieu-Marie, durante un tiempo mi amigo pareció sentir cierto alivio del dominio que ejercía sobre él el recuerdo de la Galjero. Durante los días de fin de año se mostró más animado, pero pasado el primer mes del año 1936 pareció recaer en una melancolía aún más insondable... Como hacía un par de días que se había ausentado sin motivo de la Pücklerstrasse, fui a visitarle. Le encontré encamado, con las mejillas hundidas por el ayuno, la tez pálida y las manos temblorosas, apenas capaz de articular unas palabras, fragmentos de frases en las que se repetía el nombre de Laüme... Hice llamar a un médico de confianza. Después de suministrarle láudano para que durmiera, el doctor me llevó a un rincón de la habitación para anunciarme su diagnóstico.

—¡Crisis nerviosa! Imposible saber qué ha provocado este estado. Un drama íntimo, sin duda... Si no sale del bache por sí solo dentro de unos días, habrá que internarlo para forzarle al menos a alimentarse.

Por desgracia, sabía demasiado bien cuál podía ser la naturaleza exacta de este misterioso «drama íntimo» que evocaba el doctor. Antes de afrontar directamente a Laüme, intenté ver a Dalibor Galjero, pero me fue imposible encontrarlo. Por medio de vías indirectas, pude enterarme de que había partido a algún lugar en las orillas del mar Negro. No se esperaba su regreso a Berlín hasta los primeros días de abril.

Después, tras recordar entonces hasta qué punto el rumano parecía haber confraternizado con Ruben Hezner, ordené que fueran a buscarle para mantener una conversación, que empezó en el crepúsculo y se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche. Sin tratar de ocultarme nada, Hezner admitió haber trabajado mucho tiempo con Dalibor sobre cuestiones como la palingenesia, la magia de las cenizas y los huesos, las virtudes secretas de la sangre y los cadáveres, las piedras mágicas y los pentáculos de protección...

—La magia judía está muy versada en estos dominios. Hemos conservado, sobre las prácticas occidentales del mismo orden, la enorme ventaja de la cultura escrita. En contrapartida, nuestros textos a menudo están llenos de interpolaciones, comentarios inútiles y escorias diversas que hay que saber limpiar.

—¿Qué esperaba aprender Galjero de usted en concreto?

—¡Por desgracia, no puedo responderle a eso! Tocamos demasiados temas para que pueda determinar qué le apasionaba exactamente. De hecho, sospecho que multiplicó voluntariamente las preguntas y las investigaciones con el único objetivo de despistarme.

—¿Y a su esposa? ¿La ha visto alguna vez?

—No, nunca. Galjero la teme tanto como la ama y la odia simultáneamente. No puede evitar hablar a menudo de ella, pero se muerde los labios cada vez que adquiere conciencia de que se ha convertido en el tema de la conversación...

Saqué la sortija de Laüme de mi caja fuerte y se la enseñé al hombrecillo. Al contrario que yo, Hezner fue capaz de sostenerla sin manifestar una repulsión inmediata. Después de examinarla con atención, la volvió a dejar con aire asqueado en su caja de hierro.

—Es un Abraxas excepcional —dijo—. Sin duda el más espectacular que jamás haya visto. Pero está lleno de un fluido nocivo. ¡Puedo sentirlo! La prudencia aconsejaría que se deshiciera de él lo más pronto posible lanzándolo al centro de un gran río... Si quiere, también puedo tratar de exorcizarlo, pero será un proceso más largo.

¡Abraxas! Un nombre recurrente en la literatura consagrada a los gnósticos, esos místicos de los inicios de la era cristiana que habían tratado de asociar la herencia platónica y pitagórica con las doctrinas de la nueva fe.

—¿Es una especie de amuleto, según usted?

—¡Un amuleto! Sí... pero negativo, se diría. A ejemplo de los hebreos, los gnósticos griegos de los siglos II y III después de los seudoesucristos aplicaron correspondencias numéricas a su alfabeto. Abraxas es alfa, beta, ro, alfa, xi, alfa, sigma; es decir: $1+2+100+1+60+1+200 = 365...$

—¿Los días del año?

—Sí. Los gnósticos celebraban a una divinidad específica por ciclo diario. Considerando que su cifra secreta es 365, Abraxas era el principio superior que las reunía a todas. Pero dígame, ¿dónde encontró esta sortija? —preguntó Hezner—. ¿Es

un descubrimiento de una de sus expediciones arqueológicas? ¿En Cortone?

Un equipo del Ahnenerbe acababa de volver, en efecto, de las colinas de la Toscana, del lugar donde una leyenda bien establecida sitúa la tumba de Pitágoras. La piedra, sin embargo, no provenía de allí. En cuatro palabras le expliqué el verdadero origen de la joya. Por su mímica mientras le hablaba, comprendí que a Hezner le desagradaba lo que estaba oyendo.

—¿De modo que esto constituye un regalo de Frau Galjero a Herr Dandeville? ¿Debo concluir acaso que estas dos personas se han conocido por la carne?

Asentí con la cabeza, y luego juzgué importante añadir un último detalle.

—Una cosa más concerniente a Laüme Galjero... Una particularidad corporal que parece marcarla.

—¿Sí?

—En su vientre no hay el menor rastro de ombligo.

Mis palabras tuvieron sobre Hezner el efecto de un golpe físico. Su rostro perdió el color instantáneamente, y balbuceó algunos términos en una lengua ininteligible para mí pero que sonó a mis oídos como ruso. Irritado por la manifiesta histeria que rodeaba a todo este asunto, le apremié a que me hiciera partícipe de sus reflexiones, pero el hombre permaneció mudo como un muerto. Sumergiéndose en el silencio, Hezner se mostró obstinadamente reacio a responder a mis requerimientos. Ni la razón ni la amenaza le decidieron a hablar. Resignado a no sacar nada de él esta noche, le autoricé a abandonar mi despacho. Me quedé allí, solo, largo rato, con las manos apretadas contra las sienes, sin saber qué pensar. El mutismo de Hezner me había cogido desprevenido. ¡Yo había esperado ayuda de su parte, y ahora heredaba un nuevo enigma!

Fuera, una lluvia intensa de invierno golpeaba contra los cristales. Abrí la ventana y bañé mi rostro durante un instante en esta improvisada ducha helada. Me estaba friccionando las mejillas con esa agua pura cuando sonó el teléfono. Al extremo del hilo reconocí la voz de la enfermera que había contratado para que permaneciera a la cabecera de Matthieu-Marie, y tuve el presentimiento de que acababa de ocurrir lo peor.

—¡Su amigo se encuentra muy mal, señor! —articuló la mujer—. ¡Le reclama! Yo ya no sé qué hacer...

Me enfundé en mi pesado abrigo negro e inmediatamente mandé llamar a mi chófer. En el exterior reinaba una profunda oscuridad. La lluvia se había transformado de pronto en una nieve densa. Mientras apremiaba al conductor a que atravesara Berlín lo más rápido posible para llegar al domicilio de Dandeville, la ciudad se tornó tan blanca como una muerta. Largas ráfagas de viento glacial llegadas de las llanuras de Polonia helaban las calles en medio de un silencio sepulcral. Subí de cuatro en cuatro los escalones del edificio burgués en que vivía mi amigo y, consumido por la angustia, empujé por fin la puerta de su habitación. Descubrí a un Vigon-Pérignac macilento, como si hubiera pasado dos meses sin comer. Una barba

de varios días le confería el aire de un fantasma. Aún vivía, sin embargo; pero respiraba con dificultad y se revolvió sin descanso en su cama buscando una posición mejor. Su respiración era sibilante, y sobre su torso se extendían unas infectas manchas rojas de las que supuraban gotitas de sangre. Detrás de mí, con su uniforme gris bien planchado, la enfermera se retorció las manos impotente.

—Dele láudano —ordené con voz tranquila—. ¡Este hombre sufre! ¡Al menos hay que calmar sus dolores!

La chica gimió que ya le había administrado la dosis prescrita por el doctor y que no podía contravenir una prescripción médica, pero rugí de tal modo que el miedo se apoderó de ella y fue a buscar el opiáceo. Inclinado sobre Dandeville, traté de arrancar algunas palabras al francés, que se había hundido en un profundo delirio del que sólo sobrenadaba un nombre repetido hasta la extenuación: «Laüme, Laüme, Laüme...». Entonces me volvieron a la memoria las palabras que pronunciara Lina Heydrich von Osten la mañana de nuestro retorno de Karin Hall: «Estas personas son brujos», había sentenciado, provocando las burlas de su esposo. Luego el término había sido proferido repetidas veces: en boca de Wallis Simpson, ¡e incluso en la de Dalibor Galjero! Brujo, bruja: ¡dos términos que yo había oído sin tomármelos nunca en serio! ¡Sin embargo, había tenido pruebas! De Laüme acariciando los tigres a Dalibor haciéndome don de Amarok; de la imposibilidad de disparar contra los Galjero en Karin Hall a las muchachas de Venecia atraídas por mí como moneditas por un imán... ¿Por qué me había mantenido obstinadamente ciego a las consecuencias de todo esto?

Me sentí dominado por una rabia sorda. Abandoné el apartamento del francés y ordené que me condujeran al domicilio de Laüme. No tenía ninguna idea precisa en la cabeza, me guiaba un instinto salvaje. Sobre lo que diría, sobre lo que haría, aún no sabía nada. Debían de ser más o menos las cuatro de la madrugada cuando llegué ante la inmensa villa *modern style* que los Galjero se habían obsequiado en la nueva capital del Reich. Brillaban luces en las ventanas del segundo piso. Hice subir una bala al cañón de mi Luger y luego, con la determinación de un toro irrumpiendo en la arena, exigí que se me abriera la puerta de la vivienda y que me llevaran inmediatamente a presencia de Frau Galjero. Ésta consintió en verme, y me recibió en un salón contiguo a su habitación. La encontré en ropa de cama, envuelta en una larga bata de seda. Sus cabellos, desechos, le caían sobre los hombros y, por la abertura del vestido, pude ver que llevaba las piernas desnudas. No hubo juegos ni falsos pretextos entre nosotros. Los dos fuimos directos al grano, sin paradas ni fintas.

—¡Conozco los lazos que la unieron momentáneamente a Vigon-Pérignac! — exclamé— Ignoro qué clase de revancha es ésta y desconozco sus motivos, pero en este preciso instante usted disfruta torturándole. Más que uno de mis colaboradores, Dandeville es un amigo. ¡Estoy aquí para que cese de inmediato sus maniobras!

Laüme extendió una pierna, desvelando a propósito la carne blanca de un muslo torneado, y luego, como si estuviéramos tratando un asunto de negocios, anunció sus

condiciones:

—El señor Dandeville tiene suerte de tener a un hermano de armas como usted. ¡Acepto encantada hacerle obsequio de su vida si, sin condiciones, usted me ofrece siete veces la suya!

Hay ocasiones en las que un hombre es empujado, a su pesar, hasta la más profunda de las degradaciones. Para mi gran vergüenza, confieso que fui envilecido, quebrantado, arrastrado hasta lo más bajo por Laüme Galjero. Sin embargo, la vida de Dandeville estaba en juego, y por esta razón no puedo deplorar las sesiones de humillación que me hizo padecer la rumana durante los meses de febrero y marzo de 1936. Si en otro tiempo había experimentado un vivo sentimiento de desagrado al ser víctima de las manipulaciones de la detestable Wallis Simpson, la memorable sesión del palacio Kempinski no fue nada en comparación con la sumisión absoluta, moral y psíquica que este demonio hembra exigió entonces de mí. Pero es cierto también que, al mismo tiempo, Vigon-Pérignac se restablecía a ojos vistas, hasta el punto de que pronto estuvo en condiciones de volver a ocupar su puesto en las oficinas de la Pücklerstrasse. Cada vez que estaba satisfecha con mis servicios, Laüme retiraba una de las agujas que había plantado en una figurita de cera que representaba groseramente la silueta del francés. Siete pequeños pinchos de hierro acribillaban al muñeco. Y siete veces, a un ritmo cada vez más frenético que me conducía hacia abismos insondables, tuve que contentar a la bruja para obtener la retirada de una aguja. Ella era una Circe y yo uno de los cerdos de su piara... Un cerdo, sí, porque la revelación de este fango había abierto en lo más íntimo de mi ser una puerta secreta, y llegué a un punto en el que yo también conocí un placer vertiginoso, negro, infame, en rebajarme ante Laüme. Un día, sin embargo, ocurrió algo que alteró la mecánica bien engrasada de los juegos infames que me imponía la bruja. Con mi servilismo, con mi aplicación en lo abyecto, yo había obtenido hasta ese momento la retirada de seis de los siete dardos de acero con los que la rumana inyectaba su veneno de languidez en el cuerpo y la mente de Dandeville. Ya miraba de reojo el último punzón cuando, al término de una sesión paroxística que a la vez resumía y superaba todo lo que me había hecho soportar, Laüme exigió que me cortara las venas.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! —aulló—. ¡O volveré a tomar la vida de ese Dandeville al que tanto quieres!

Y colocándome un cuchillo en la mano, esperó a que obedeciera. Mi embrutecimiento, mi capitulación frente a esta mujer, eran de una intensidad tal que sin duda hubiera ejecutado la orden si, en el seno de los vahos venéreos que nublaban mi mente, no hubiera surgido de pronto la imagen benévola y firme de Amarok. Súbitamente, en mi palma, el mango del puñal empezó a calentarse, forzándome a soltarlo y haciendo que cayera en vertical para clavarse en la madera preciosa del parqué. ¡La piel de mis dedos había enrojecido de tal modo como si durante unos

segundos hubiera hundido la mano en un geiser! Laüme se crispó y me dirigió una mirada rebotante de violencia y de cólera que hubiera hecho retroceder al dragón *Fafner* al fondo de su antro; pero yo no temblé, y soporté sin asomo de flaqueza el impacto de esos ojos cargados de odio.

—De manera que es eso —siseó la rumana—. Dalibor y tú, en Venecia... Ha concebido un familiar para ti, ¿verdad?

Yo guardé silencio; prefería callar la evidencia antes que confesar nada a esta criatura, cuyo vientre liso como el de una serpiente hembra había acariciado demasiadas veces.

—Sí, es eso —prosiguió ella— Nada más hubiera podido hacerte desobedecer. Te he envuelto demasiado bien, soldadito. Te he apretado demasiado bien en mi tela. Nunca hubieras podido encontrar en ti fuerza suficiente para no concederme lo que te he pedido. No en el punto al que hemos llegado...

Entonces Laüme dejó a un lado sus juegos y sus caprichos y trató de saber más sobre lo que Dalibor me había revelado. Las visitas que habíamos hecho en Venecia, el tema de las conversaciones que habíamos mantenido, incluso la calidad y el significado secreto de los silencios que había habido entre nosotros. Prisionero por no sé qué truco diabólico, yo respondí, aunque no sin reticencias, tratando de despistarla y de velar mis palabras. Pero mis maniobras de distracción no eran sino toscas trampas para Laüme, que las desenmascaraba una tras otra. Traduciendo mis circunloquios, atravesando mis defensas, la mujer acabó por reconstituir un cuadro bastante exacto de las relaciones que yo había mantenido con su marido. Y aquella sesión no se limitó a nuestra excursión veneciana. Después de Italia, hubo que evocar también Alemania. Al final, agotada, desarmada, mi mente terminó por abrirse como una esclusa, y Laüme lo supo todo de mis secretos más íntimos, de mis cobardías más despreciables, de mis bajezas más ocultas. También se filtraron nombres entre mis labios. El de Amarok, desde luego, pero también el de Ruben Hezner, e incluso — ¡oh, gran vergüenza! — el de Fausta...

La noche de la séptima aguja supuso el fin de mi martirio. Laüme Galjero, que de pronto parecía haber perdido todo interés por mí, me despidió. Con un último esfuerzo, le arranqué la promesa de que en adelante dejaría en paz a Dandeville y no trataría de imponerme otras sesiones de calvario. Asqueado de mí mismo, jadeante y sucio, volví a mi casa, donde dormí veinte horas seguidas. Sin embargo, me repuse más pronto de lo que había pensado de estas sesiones con Laüme. A lo largo de estas semanas de abandono yo había tenido, con todo, la fuerza de carácter suficiente para imponerme una higiene de vida muy estricta, porque había comprendido que las fantasías nocturnas de la rumana eran una vía abierta al infierno si tenía la desgracia de olvidar por un solo instante la verdadera vida. ¡Sobre todo no debía encontrarle gusto a los placeres prohibidos en que me iniciaba! Por duro que fuera a veces, me

había esforzado en conservar una vida diurna tan normal como me fuera posible, montando a *Sleipnir* casi todas las mañanas, yendo a la oficina y manteniendo todas las reuniones de trabajo aunque tuviera que quedarme hasta muy tarde, a pesar de mi fatiga, de mis angustias al ver cómo el día llegaba a su fin y se acercaba la hora de la cita con mi verdugo. Este rigor finalmente había merecido la pena. En unos días conseguí reponerme bastante bien del período que acababa de atravesar. Casi alegre, vi llegar la primavera, ignorando que la prueba que acababa de imponerme Laüme Galjero era tan sólo un preludio del inmenso desierto que estaba destinado a atravesar.

EL LEÓN VERDE

De mi largo y repugnante contacto con la Galjero, yo había obtenido al menos la certidumbre de que esta criatura no se movía en el mismo plano que el resto de los mortales. La perversidad y la crueldad de que me había dado prueba no hubieran representado, la mayoría de las veces, más que un profundo trastorno mental, si no fuera por los *poderes sobrenaturales* de que gozaba. Aparte de Dandeville, que, como yo, la había experimentado dolorosamente en su propia carne, también Hezner había intuido la nocividad de Laüme Galjero. Yo había intentado, al principio, impulsar al doctor a tratar de nuevo sobre este tema, pero la prudencia me había aconsejado esperar a que todos los alfileres que acribillaban el muñeco de cera del francés hubieran sido recuperados. Tras la sesión de la séptima aguja, traté, pues, de volver a establecer contacto con Hezner, pero éste siempre se las arreglaba para evitarme. Harto de este juego, decidí convocarle formalmente. A la hora acordada, no se presentó. Dandeville y yo partimos en su busca y recorrimos todos los despachos de la Pücklerstrasse sin conseguir dar con él. Desde hacía veinticuatro horas, nadie en el instituto se había cruzado con el doctor Hezner. Dandeville partió entonces en reconocimiento al domicilio que aparecía mencionado en la ficha del cabalista. El francés volvió de esta visita con una información bien extraña.

—Hezner no vive en el edificio indicado desde hace seis meses. Se trasladó sin precisar dónde se instalaba.

Esta desaparición súbita constituía una nube negra suplementaria. Decidí entonces informar del incidente a dos inspectores de la Gestapo que conocía y que se distinguían por su eficacia y su discreción. Tras casi diez días siguiendo la pista de Hezner, los policías no consiguieron localizarle en Berlín ni en ninguna otra ciudad del Reich. Así pues, tuvimos que rendirnos a la evidencia: el doctor Hezner acababa de desaparecer tan repentinamente como había llegado un día a llamar a la puerta del Ahnenerbe. En su despacho sólo encontramos algunos papeles de escasa importancia: expedientes sobre la cabala, el hasidismo, la tradición mosaica, los mekubalim y otras breves anotaciones sobre la magia popular judía. Nada que nos aclarara los motivos de su huida o las razones de su mutismo sobre Laüme Galjero.

—¿Debemos continuar? —me preguntó el tipo de la Gestapo.

Me hubiera gustado ordenar la prosecución de las investigaciones, pero aquello no era razonable. En un plazo de diez o doce días, era evidente que Hezner había tenido todo el tiempo del mundo para cruzar la frontera y refugiarse Dios sabía dónde. Con un suspiro de desánimo, me resigné a no volver a ver jamás al cabalista y a permanecer en la ignorancia de los secretos que él y Dalibor se habían confiado.

—Sé todo lo que has hecho por mí, Thörun —murmuró Dandeville en una ocasión en que discutíamos de nuevo sobre Hezner y los rumanos—. Imagino lo que

eso debió de costarte. Es una deuda que sin duda nunca podré pagarte...

Yo había cerrado los ojos y me había inclinado hacia atrás en mi sillón para estirar las piernas sobre la superficie de mi escritorio.

—Hemos tropezado con alguien más fuerte que nosotros, Matthieu-Marie. No sé por qué hemos tenido que pasar por esto, tú y yo, pero la prudencia aconseja que dejemos de pensar en los Galjero.

¡Dejar de pensar en los Galjero! ¡Un voto piadoso! ¡Una promesa vana! ¿Cómo iba a conseguir expulsar de mi mente a esos dos seres? A Dalibor, tan pronto fraternal como distante... Y a Laüme, mujer abismo, bruja de saberes inmensos que desafiaban a toda lógica razonable... Durante algunos días, sin embargo, Matthieu-Marie y yo representamos la comedia de la vida normal. Y una noche, justo después de una reunión con Otto Rahn, el exaltado que se obstinaba en buscar el Grial en los castillos cataros de Occitania, encontré una nota que habían deslizado en mi correo del día. Inmediatamente reconocí en el sobre la escritura de Dalibor. Mi primera reacción fue la de lanzar la nota al fuego sin leerla. Sin embargo, la curiosidad se impuso a la razón. Abrí la carta, y vi que llevaba la rúbrica final de los dos Galjero. ¡Oh, el mensaje era breve! Me informaba de la vuelta de Dalibor a Berlín y de la voluntad de los esposos de acordar un encuentro conmigo para un asunto, precisaban, que implicaba nada menos que a la seguridad del Estado alemán. Al ver que yo me mostraba más que reticente a obedecer a lo que, disimulado bajo una frase cortés, se parecía demasiado a una orden terminante, Dandeville me empujó a aceptar la cita.

—Tú y yo sabemos que no nos hemos cruzado con esta gente por casualidad. Hay una razón secreta de su presencia aquí. ¡Y no olvides tampoco a Heydrich! Sigue pretendiendo conocer la razón de la presencia de los rumanos en Berlín. ¡Tal vez sea nuestra única posibilidad de descubrir sus verdaderas intenciones!

Vigon-Pérignac tenía razón. Por difícil que me resultara, yo sabía que mi destino exigía que volviera a ver a los Galjero. El día acordado me encontré, pues, con los rumanos en territorio neutral, en un salón privado lleno de dorados y espejos que había reservado en el hotel Edén. Me había preocupado de acudir antes para dominar el espacio y gozar de un instante de calma antes de su llegada; pero, por desgracia, los Galjero ya estaban instalados allí cuando el botones, impresionado por mi uniforme negro y mi porte severo, me introdujo temblando en el saloncito. Yo no había visto a Dalibor desde el fin de año de 1935, es decir, habían transcurrido más de cuatro meses. Y mi último encuentro con Laüme se remontaba a tres semanas. Con su traje Fortuny plisado a la griega, esa mujer se mostraba aún más arrebatadora que cuando estaba desnuda. La conversación apenas se prolongó durante unos veinte o treinta minutos tal vez. Sonriente y relajada, la pareja parecía perfectamente reconciliada. Si alguna vez esos dos habían atravesado por alguna situación tempestuosa, no lo traslucían en absoluto. Entre ellos encontré, intacta, esa chocante complementariedad que ya me había impresionado cuando los había visto por primera vez en Karin Hall. Un bloque. Dalibor y Laüme habían vuelto a convertirse

en un bloque liso, en cuya superficie no podía detectarse ni una grieta. A pesar de la cortesía de nuestras palabras, tampoco representamos la comedia de la amistad. El tema, por otra parte, no se prestaba a ello.

—Laüme y yo hemos conversado muy francamente a propósito de usted, Thörun —empezó Dalibor—. No nos hemos ocultado nada. Ella lo sabe todo sobre el don que le ofrecí en Venecia, igual que yo he sido informado de la relación que estimó conveniente mantener con usted. Desde ahora mismo quiero dejarle claro que no concedo importancia alguna a este último punto, que no tiene ninguna relación con el objeto de nuestra conversación presente.

A pesar de las consideraciones emolientes del rumano, no pude evitar sonrojarme. Tenía toda la sensación de estar participando en una escena de vodevil, y evidentemente aquello me resultaba incómodo.

—Usted es un hombre ilustrado. Dígame, ¿qué le evoca la palabra *palladium*? —me preguntó entonces Laüme con las más untuosa de las sonrisas.

—Es una especie de talismán —respondí yo con voz insegura—. Una piedra generalmente grabada con diversos símbolos e invocaciones que ciertos pueblos de la Antigüedad consagraban a la defensa de una fortaleza o incluso de una ciudad. Los dos grandes ejemplos conocidos son el *palladium* de Atenas y el de Jerusalén, del que habla Flavio Josefo.

—Sí, Thörun, eso es —dijo Dalibor en tono encendido—. Según la leyenda, el *palladium* es una piedra mágica muy poderosa, capaz de rechazar los ataques de los enemigos. Un escudo sutil que desmoraliza a los ejércitos aunque éstos hayan conseguido llegar ya al pie de las murallas de la ciudad... ¿Atenas y Jerusalén, ha dicho? ¡Así es! Y La Meca tenía igualmente el suyo... En 570, los ejércitos de Abisinia, llegados del cuerno de África, marchan contra la ciudad donde acababa de ver la luz Mahoma. Nada puede detener a los invasores, que ambicionan saquearla y reducir a la esclavitud a sus habitantes. Y de pronto, caída del cielo como un milagro, una lluvia de piedras se abate sobre las columnas de los conquistadores... Los elefantes de guerra se espantan. Presa del miedo, pisotean a los combatientes, que huyen derrotados. ¡La ciudad se ha salvado! ¿Cuál hubiera sido el destino del mundo si el Profeta hubiera sido asesinado o capturado por los ejércitos de África? ¿Cuál hubiera sido el destino del mundo sin el *palladium* de La Meca? ¡Toda la historia de los hombres hubiera cambiado radicalmente!

—¿Por qué me cuenta todo esto, Dalibor?

—Porque Laüme y yo vamos a crear una protección de este tipo para la ciudad de Berlín.

¿Un *palladium* para Berlín? Si esta enormidad hubiera sido pronunciada por cualquier otra persona, no hubiera podido contener la risa; pero en esta situación, al contrario, juzgaba este proyecto loco poco menos que aterrador. Sentí que se me demudaba el rostro.

—Mejor que nadie en Berlín, usted ha experimentado en su carne y en su mente

lo que somos capaces de hacer —continuó Dalibor sin prestar atención a mi palidez—. En Venecia le prometí que le revelaría el objeto de mi búsqueda en la biblioteca de Caetano. El misterio ha quedado revelado ahora. Pero la operación es delicada... Es un ritual complejo y largo que exigirá más trabajo del que sospechábamos... Necesitamos ayuda... Asistentes, podríamos decir... ¿No imagina la continuación?

Por un instante me quedé mudo. Mis presentimientos iniciales acababan por fin de ser claramente formulados: los Galjero reclamaban mi participación en no sé qué rito mágico de cuya naturaleza infecta no podía dudar. A Laüme parecían divertirse mis reticencias.

—Vamos, Gärensen... ¡No se muestre tan tibio! —exclamó—. Lo sé todo sobre usted, no lo olvide. Si en otro tiempo cedió con tanta facilidad al chantaje de Heydrich, si ha puesto tanto celo en trabajar para los nazis, es, sin duda, porque sentía, en el fondo de su ser, que un destino superior así lo exigía.

—¡Ese destino que le conducía directamente hacia nosotros, Thörun! —continuó febrilmente Dalibor, inclinándose hacia mí para coger mis manos en las suyas.

—Con la misma seguridad con que conducía hacia nosotros a otra persona —añadió misteriosamente Laüme, levantándose para abrir una puerta lateral disimulada en el artesonado—. Entra, querida...

Y al tratar de distinguir los rasgos de la mujer a la que habían invitado a pasar, reconocí con desagrado la silueta etérea y el rostro de ángel de Ostara Keller...

Ostara Keller... ¡Bella, joven y fríamente fanática! A esto se reducía el recuerdo que conservaba de esta joven tras su paso relámpago por el Ahnenerbe. Yo no sabía exactamente en qué circunstancias había llegado a integrarse Keller en el SD, ya que Heydrich sólo me había hablado de ella para decirme que la había deslizado entre las sábanas de Laüme. La verdadera cuestión que se planteaba ahora era la de saber si jugaba su propia partida con los Galjero como mentores o si había permanecido fiel a la misión de Reinhard. ¿Qué actitud debía adoptar frente a ella? ¿Era una amiga, o una enemiga? ¿Debía simular que no la conocía o, al contrario, saludarla como a una igual? En este nuevo juego de engaños, presentía que me habían repartido las peores cartas...

—La señorita Keller es la segunda persona que hemos elegido para que nos apoye en nuestra labor —explicó Dalibor mientras yo me levantaba para saludar a la joven con una inclinación de cabeza y un entrechocar de talones muy prusiano—. Aparte de que posee dones excepcionalmente desarrollados para ciertas artes difíciles, la cobertura que acaba de proporcionarle su SD Ausland nos será de una ayuda inestimable.

Traté de conservar el aplomo, pero mis esfuerzos fueron demasiado evidentes para que Galjero los pasara por alto. El rumano debió de adivinar el motivo de mi turbación porque añadió:

—Laüme y yo sabemos que la señorita Keller es un agente de su Reinhard Heydrich. Pero esta minucia dejó de representar un obstáculo desde el momento en que descubrimos sus talentos naturales.

Asunto concluido, pues. Pero ¿a qué talentos exactamente aludía Dalibor? Esta tarde no pude saber nada más al respecto, porque la conversación se interrumpió poco después de la introducción de Ostara Keller. Tuve la preclara sensación de que los Galjero sólo pretendían ofrecermme, en esta entrevista, una primera impresión de lo que me esperaba. ¡Ya tenía una visión de conjunto, los detalles vendrían luego! Abandoné solo, pues, el hotel Edén, dejando que Keller y los rumanos se marcharan por su lado, y volví cuanto antes a la Pückerstrasse para iniciar enseguida una larga noche de trabajo. Por la mañana, hice llamar a Dandeville. Mientras me rasuraba la barba con el machete en el minúsculo cuarto de aseo contiguo a mi despacho, expuse al francés el resultado de mis investigaciones. Tras explicarle los pormenores de mi entrevista con los Galjero y hacerle partícipe de las reflexiones que había extraído de ella, Dandeville se esforzó en poner en orden sus ideas.

—Si te sigo bien, los rumanos preparan una especie de elixir de larga vida no para un ser vivo sino para una ciudad, ¿no es eso?

—En efecto, ésa es la idea.

—La primera reflexión que me viene a la cabeza es que esta gente tiene razón. Para la capital de un imperio que se presupone que va a durar mil años, todas las precauciones son útiles y cualquier contribución es bienvenida.

—Cierto —admití con un gruñido—, pero hay algo que me inquieta...

—¿La forma de preparación de esta piedra?

Matthieu-Marie había acertado. Había estado toda la noche revisando nuestra documentación sobre los talismanes, los pentáculos... En sólo unos meses, la biblioteca que el Ahnenerbe había constituido bajo mi impulso contenía tesoros. Entre ellos, había consultado la *Compilatio de Astrorum Scientia* de Leopold de Freising, un escrito de inicios del siglo XII consagrado a los amuletos; *el Mysterium sigillorum, herbarum et lapidum* de Israel Hiebner, que databa de 1651; *Der bose Blick und Verwandtes* de Seligmann, y sobre todo, una obra insólita del bibliotecario de Richelieu, Jacob Gaffarelli: *Curiosités inouies sur la sculpture talismanique*.

—Recuerdo haber echado una ojeada a esta obra. El autor describe al Moloc de Cartago, ¿verdad?

Dandeville tenía razón. En el Gaffarelli justamente, había descubierto la más impresionante pintura de lo que podía calificarse de un *palladium*...

—Gaffarelli cita a Lyranus como testigo original de la escena —precisé—. Imagina una inmensa estatua de hierro en forma de torso de hombre con rostro de toro. El interior del ídolo está hueco y en él se mantiene permanentemente encendida una hoguera. En el curso de las ceremonias, los sacerdotes arrojan a niños a los brazos incandescentes del dios. Unos comparsas golpean unos timbales deformados para producir los sonidos más horribles posibles. Este estrépito se mezcla con los

aullidos de dolor de las víctimas y los lamentos de los padres que deben asistir al suplicio. La furia, el dolor, la histeria, son los alimentos sutiles que condensa el *palladium*. Metamorfosados por el ídolo, los fluidos groseros, violentos, irradiarán su energía en torno a la ciudad y la protegerán de los ataques. ¡El día en que los sacrificios cesan, Roma toma la ciudad!

—Cartago cae —concluyó Dandeville—. Como Atenas. Como Jerusalén...

—Estas dos ciudades poseían *palladia* muy diferentes del de Cartago. El de Jerusalén, por ejemplo, era una simple placa de piedra sobre la que estaba grabado el nombre secreto de la ciudad.

—Y tu temor íntimo es que los Galjero lleguen al extremo de activar su estatua con sacrificios en lugar de con simples plegarias... ¿Es eso?

—¡Pero es que los sacrificios son plegarias, amigo mío!

¿Era una locura que se me había metido en la cabeza? ¿Una fijación gratuita elaborada de resultas de algunas antiguas lecturas? Tal vez... Pero por más que intentara razonarlo, no podía desasirme de un presentimiento que no me abandonaba fuera adonde fuese e hiciera lo que hiciese. Los Galjero, hubiera puesto la mano en el fuego, estaban a punto de poner en marcha una mecánica colosal, una locura. Criminal, tal vez...

—Los Galjero están ahora fuera de nuestro alcance. ¡Lo lamento, Gärensen, pero realmente actúa usted demasiado tarde! —me respondió secamente Heydrich la mañana en que por fin me decidí a comunicarle mis impresiones sobre los rumanos.

—¿Fuera de nuestro alcance? ¿Qué quiere decir?

—El *Führer* les concede todos sus deseos. Son sus protegidos oficiales; incluso tendrán una plaza reservada a su lado en los estadios olímpicos. Esta gente son parásitos de corte. Nada más... ¡Si quieren intrigar, que intriguen! Creo que sólo son unos timadores de poca monta. Si quieren tomarle el pelo a Hitler vendiéndole los polvos de la bruja, qué importancia tiene... La gran política no pasa por los Galjero, Gärensen. La gran política es el futuro conflicto con los anglosajones, son mis espías entre los soviéticos, o bien nuestros opositores internos de la *Schwarze Kapelle*. La gran política son los judíos que nos envenenan y de los que por fuerza tendremos que desembarazarnos de un modo u otro...

—¿Y Ostara Keller? —pregunté—. ¿Qué le ordenará?

Reinhard me miró perplejo, como si mi pregunta no guardara ninguna relación con los rumanos.

—¿Keller? La he colocado en *Der Angriff* como periodista reportera. Es una excelente cobertura para futuras acciones en el extranjero. ¿Por qué demonios me habla de ella?

Matthieu-Marie volcó en desorden sobre el suelo de mi despacho el cargamento de libros y expedientes que apretaba entre sus brazos. Nunca antes le había visto

mostrarse tan poco respetuoso con los documentos.

—¡He realizado un trabajo de titanes, pero al fin lo he encontrado! —resopló con cara de satisfacción.

—¿Encontrar qué? —pregunté sin mucho entusiasmo.

—¡Rumania, muchacho! Cantidad de informaciones sobre Rumania. Y algunas hipótesis personales de una audacia loca pero que tal vez aclaren la personalidad oculta de los Galjero.

Desde que habíamos sido atrapados juntos en las redes de Laüme la bruja, el francés y yo sólo pensábamos en los rumanos. Yo actuaba en primera línea, esperando febrilmente a que la pareja se decidiera a revelarme el papel que pretendían que representara en el asunto del *palladium* de Berlín; mientras que Vigon-Pérignac se pasaba los días y las noches efectuando investigaciones en todas direcciones sobre esa gente, con la esperanza de descubrir su identidad y encontrar un fallo que nos permitiera exigir su expulsión de Alemania. Después de extender un mapa de Estado Mayor de los Balcanes sobre la alfombra, Dandeville se agachó para mostrarme diferentes zonas en torno al curso del Danubio.

—El nombre antiguo de Rumania es Dacia. Es la más tardía de las conquistas de Roma, ya que fue tomada en el 106 de nuestra era por el emperador Trajano. Para numerosos autores, esta región es la mítica Hiperbórea...

Interrumpí a mi amigo:

—¡De ningún modo! ¡La Hiperbórea designa clásicamente a las regiones nórdicas, no a los territorios de los Balcanes!

Dandeville sonrió como si hubiera estado esperando este comentario. Con la punta de su bota acercó una libreta que había empujado lejos.

—Razonas como un materialista. La Hiperbórea designa un centro metafísico de sabiduría y de iniciación. En cuanto tal, este centro puede estar situado en cualquier lugar. Como es costumbre en el pensamiento mítico, hay que reflexionar en términos de funciones, y no de realidades tangibles como personajes o lugares estrictamente geográficos. ¡Escucha! He tomado notas. Píndaro, el poeta más erudito de la Grecia antigua, habla de Apolo en el octavo capítulo de sus *Olímpicas*. Después de haber construido los muros de Troya, el dios vuelve a «su patria del Hister, con los hiperbóreos». Ahora bien, el Hister es la región que designa el curso inferior del Danubio. Más aún: en su *Geografía*, Estrabón escribe: «Los primeros que han descrito las diversas partes del mundo dicen que los hiperbóreos viven por encima del Ponte Euxino y del Hister».

—¿Por encima del mar Negro y del Danubio?

—Exacto. O dicho de otro modo, la Rumania actual. Y aún hay más: en su comentario al *Sueño de Escipión*, Macrobio precisa:

«*Regiones quas praeterfluunt Tanais et Ister, omniaque super Scythiam loca, quorum incolae vetustas Hyperboreos vocavit*».

—«Las regiones regadas por el Don y el bajo Danubio se denominaban

Hiperbórea en los tiempos antiguos» —traduje yo aproximadamente— Interesante. Pero ¿adonde quieres ir a parar?

—Aún queda lo mejor, y te hago gracia de mis fuentes, que son tan serias como las precedentes: en la Antigüedad, a los Cárpatos se les denominaba «Montes Rhiphaei», la misma denominación que se utiliza para el Cáucaso. ¿Adivinas lo que sigue?

Dandeville irradiaba, literalmente, excitación. Yo, por mi parte, seguía en la más completa oscuridad. ¿Por qué el Cáucaso era tan importante para nuestro asunto?

—¿Te rindes? Pues bien, yo te daré la respuesta, mal alumno: el Cáucaso es la montaña donde fue encadenado Prometeo.

—¿El que robó el fuego del conocimiento a los dioses para entregarlo a los hombres? Y eso ¿qué importa?

El francés suspiró, como si toda mi educación estuviera, decididamente, por rehacer.

—El mito de Prometeo presenta numerosos puntos en común con el de... ¡Lucifer!

Lancé un resoplido, sentía que una migraña apuntaba bajo mi bóveda craneal. Después de rascarme sucesivamente la nuca, la frente y otra vez la nuca, quise formular una frase, pero sólo conseguí balbucear un encadenamiento de palabras inconexas que hizo que Matthieu-Marie estallara en carcajadas.

—Lucifer. Etimología latina: *Lux fere*, el portador de luz. El ángel rebelde que, precipitado de los cielos por haberse opuesto al poder divino, habría caído...

—¿En el Cáucaso?

—Sí. Pero no solo. Rodeado de toda su corte... En fin, esto es lo que se recoge en ciertos textos hebreos, como el *Libro de los Vigilantes*, por ejemplo...

Desde el estricto punto de vista de la filología y la mitología comparada, la teoría de Matthieu-Marie era de lo más interesante, pero ¿por qué se obstinaba en hacer de ella la piedra angular de sus investigaciones sobre los Galjero?

—Porque he vivido en mi carne la crueldad de Laüme. Creo que estos individuos son los herederos de una secta de adoradores del Demonio.

Esta vez fui yo quien se echó a reír.

—Cambia las palabras de mi vocabulario si su crudeza te desagrade —continuó Dandeville sin preocuparse por mis burlas—, pero toma en consideración una última cosa.

—¿Cuál?

—Las notas que ves ahí no son todas de mi cosecha. ¡Los pasajes relativos a la caída de los ángeles rebeldes en el Cáucaso carpático han sido redactados por el doctor Ruben Hezner!

¡Hezner! No es que el hombre hubiera elegido de pronto volver a trabajar con

nosotros en el Ahnenerbe después de una pausa de varias semanas, no. El cabalista había elegido otra vía para manifestarse, una vía muy simple, tan fácil como discreta.

—Anteayer por la mañana, encontré un gran sobre encima de mi escritorio. Sellado en Suiza. Inmediatamente reconocí la escritura de Hezner. En el interior sólo encontré un montón de hojas emborronadas a toda prisa... Todas estaban datadas. Lo verifiqué, y su redacción se inicia tres o cuatro días después de que Dalibor hubiera solicitado encontrarse con Ruben.

Al hojear una a una las páginas que me tendía Dandeville, vi una acumulación aparentemente desordenada de citas griegas, latinas, hebraicas. Planos toscos del curso del Danubio desde las Puertas de Hierro hasta el delta del mar Negro. Dibujos extraños que no me remitían a nada que conociera. Y luego, en el *summun* de la incongruencia, pegada en el margen de un apartado, ¡descubrí una entrada de cine!

—*Nosferatu*, de Murnau. Una pequeña sala de la Kurfürstendamm aún la proyecta.

Aunque no la había visto, había oído hablar de esta película en la época en que Margo Lion me llevaba a frecuentar a la gente de los estudios UFA. Esa misma noche, Matthieu-Marie y yo fuimos al Kudamm, como llamaban familiarmente al gran bulevar, para descubrir por qué Hezner había creído conveniente subrayar la importancia de esta cinta que tenía catorce años.

—La historia se basa en el *Drácula* de Bram Stoker —me murmuró Dandeville mientras esperábamos, en la oscuridad, el inicio de la sesión—. La viuda del irlandés prefirió vender los derechos a los americanos de la Warner antes que a los europeos. Murnau cambió el nombre de los personajes, pero la trama es idéntica.

Durante una hora vi agitarse ante mí la sombra inquietante de Max Schreck, que prestaba su físico demacrado a *Nosferatu*, el alma errante que atormenta a los vivos alimentándose de su sangre. En la película, *Drácula* se había convertido en el conde Orlock, Jonathan Harker llevaba ahora el nombre de Hutter, pero nada, en efecto, podía realmente diferenciar a este relato de la novela que yo recordaba haber leído en Oslo, un día de verano, a los diecisiete o dieciocho años. En vano, Matthieu-Marie y yo tratamos de desvelar qué había podido atraer la atención de Hezner en esta película.

—¿Las imágenes o la historia?

—La historia, sin duda...

—¿Los acontecimientos o las metáforas?

—Las metáforas —decidí—. Si tuviéramos que atenernos a la pura narración, tendríamos que admitir que Hezner compara a los Galjero con vampiros. ¡Pero esta gente se mueve a plena luz del día y ni uno ni otro están provistos de caninos desmesuradamente largos!

—Entonces, ¿de qué puede tratarse?

—¡Francamente, no tengo ni idea!

El francés siguió investigando unos días por su cuenta, dado que yo tenía que

asumir mis obligaciones en el Ahnenerbe, que me ocupaban toda la jornada. La reedificación del Wewelsberg, sobre todo, me robaba mucho tiempo. Yo sabía que Himmler estaba impaciente por inaugurar la fortaleza y consagraba todas mis energías a acelerar la renovación.

Una mañana en que visitaba la obra, el suboficial que me servía de chófer me anunció la llegada de Herr Galjero, que solicitaba verme de inmediato. Aquello me sorprendió, con mayor razón aún porque el enclave de Paderborn era un secreto bien guardado que sólo unos pocos altos oficiales de las SS podían presumir de conocer. ¡Por bien situados que estuvieran junto al *Führer*, los Galjero nunca hubieran debido oír hablar de él! Con un humor de perros, me dirigí a la entrada de la obra, empapada por las lluvias primaverales. Dalibor me esperaba, tranquilo y sonriente, cerca de su soberbio automóvil.

—¡Magnífica ciudadela, la que se hacen construir aquí! —exclamó señalando las murallas negras del castillo—. Cuando su *Reichsführer* me mostró los planos, comprendí enseguida que era justamente lo que necesitábamos para iniciar la preparación del *palladium*. ¿Por qué no me lo enseña?

La altivez de que daba muestra Dalibor acabó de exasperarme. Quise oponerle el peso de mi cargo y de mi autoridad para prohibirle formalmente la entrada en el Wewelsberg, pero mis esfuerzos fueron barridos cuando me mostró una orden manuscrita del propio Himmler.

—¡Pues sí! —se jactó el rumano—. Ahora las puertas del *Reichsführer* están abiertas para nosotros. Nuestro pequeño proyecto le fascina, literalmente. Como puede leer, ordena que ponga todos sus recursos a nuestra disposición... ¡Sin discutir!

—De hecho, constato que no tengo elección. Sígame...

Si Dalibor Galjero había dado alguna muestra en otro tiempo de querer mantener su independencia frente a Laüme, ahora parecía evidente que ésta había vuelto a recuperar totalmente el dominio sobre él. Todas las horas de amistad que habíamos pasado juntos en Venecia parecían pertenecer a una época superada. La visita fue larga y fastidiosa. Dalibor exigió examinar hasta los menores rincones de la fortaleza, lo que nos llevó tres o cuatro horas, en el curso de las cuales no intercambiamos ni una palabra amable. Mientras volvíamos a descender de los andamios que nos habían conducido hasta los caminos de ronda, Galjero me anunció que ordenaría depositar la piedra del *palladium* en las criptas del castillo.

—Ahí practicaremos nuestras devociones... Laüme, Keller, usted y yo.

—¿Y cuándo empezará esto?

—Dentro de diez días a lo sumo. La noche del 30 de abril al 1 de mayo, para ser precisos. La noche de Walpurgis...

¡Walpurgis! En las antiguas leyendas germánicas, este nombre resonaba con mil ecos de horror. Seis meses exactamente después de la Samain-Halloween, Walpurgis es la

segunda puerta que se abre entre el mundo de los vivos y el de los espectros. La noche en que los reyes son despojados de su corona y los vagabundos comparten el lecho de las reinas; la noche en que los ogros capturan a los niños para colgarlos en su salador como jamones; la noche en que los fantasmas rompen la losa de su tumba y los hombres lobo aúllan trágicamente a la luna...

—¡En diez días se puede realizar un trabajo enorme!

Decididamente, Matthieu-Marie daba prueba estos últimos días de una moral infinitamente más combativa que la mía.

—¡Y también se puede viajar lejos! —continuó.

—¿Has encontrado algo nuevo?

—Nuevo no es la palabra justa. Digamos que es una intuición que vale la pena verificar. Al contrario que tú, yo he tratado de averiguar más datos sobre ese tipo al que Galjero fue a visitar a Venecia, el conde Caetano.

La simple evocación del conde hizo que un estremecimiento de asco recorriera mi espalda.

—¡Oh, ya puedes hacerte el remilgado, muchacho! —se burló Dandeville—. Pero este tipo es todo un as en ocultismo y magia. Mira, echa un vistazo al listado de sus obras.

Según los documentos que me presentaba Vigon-Pérignac, el conde Caetano era autor de una treintena de artículos publicados en diversas revistas especializadas italianas o francesas: *La Torre*, *Ur*, *Krur*, los *Estudios tradicionales*...

—Sospecho que ha publicado también bajo seudónimos. Es una práctica corriente en estos medios. Pero no he tenido tiempo de profundizar en las investigaciones. Deberemos contentarnos con esto... Lo que tampoco está tan mal, por cierto, porque todos los temas están relacionados con la magia de la sangre, de las cenizas, de los huesos, de las materias orgánicas, y con la utilización de éstas en la composición de talismanes...

Por la luz que brillaba en sus ojos, comprendí qué le rondaba por la cabeza.

—¿Crees realmente que es posible?

—¿Un viaje de ida y vuelta de incógnito Berlín-Venecia en diez días? ¡Es coser y cantar!

Sopesar los pros y los contras de esta expedición sólo hubiera conseguido retrasarnos. Sin pensarlo más, tomamos, pues, el primer tren con dirección al Adriático. Yo había dejado a mis subordinados más próximos consignas estrictas para que cubrieran lo mejor posible mi ausencia con Heydrich, al que sabía muy ocupado preparando una vasta operación de desinformación destinada a que Stalin dudara de la lealtad de su Estado Mayor. Y como nuestras cabalgadas por el Tiergarten eran cada vez menos frecuentes, el riesgo de que advirtiera mi partida no era, al fin y al cabo, excesivo. Dandeville y yo llegamos a la estación de Santa Lucia apenas treinta horas después de haber abandonado la capital del Reich. El cielo estaba gris, y según nos dijeron, hacía ya cinco días que una densa lluvia caía sobre la ciudad. La plaza de

San Marcos estaba inundada y sólo se podía atravesar caminando sobre unas planchas colocadas en equilibrio sobre unos altos tarugos de madera. Yo no quería instalar mis cuarteles en un gran hotel: había pasado demasiado tiempo en el Danieli, donde me arriesgaba a ser reconocido, y sabía, además, que todos los palacios venecianos estaban atestados de confidentes fascistas que estarían encantados de transmitir nuestras identidades a sus jefes del SD Ausland. Después de algunas vacilaciones, encontré finalmente el camino de la pensión de la *signora* Verdiana, donde Dalibor y yo habíamos pasado nuestra primera noche veneciana. Articulando un italiano pasable, Dandeville se ocupó de los tratos y nos consiguió alojamiento y comida para el tiempo que durara nuestra estancia.

—Queda la cuestión de nuestra visita al conde Caetano —me dijo mientras cenábamos un modesto plato de pasta a las hierbas.

¡Y era muy cierto! Saber si el conde Caetano accedería a abrirnos su puerta era el primer problema al que tendríamos que enfrentarnos. Pero en lo más hondo de mi corazón, yo debía hacer frente, por mi parte, a un drama íntimo mucho más desgarrador. Venecia era la ciudad donde vivía la única mujer a la que realmente había amado. ¡Venecia era la ciudad de Fausta! En cuanto me aseguré de que Dandeville dormía, abandoné sigilosamente la pensión Verdiana para deambular por las inmediaciones de la casa de los Pheretti. Debían de ser las dos de la madrugada y la lluvia caía con ardor renovado, calándome hasta los huesos a pesar de la gabardina civil que me había echado sobre los hombros. Yo no sabía con certeza qué me empujaba a volver a riva degli Schiavoni. Hacía meses que no le enviaba nuevas a Fausta, e incluso había quemado las cartas que ella me había escrito. Durante una hora, dos tal vez, en la negra noche perforada tan sólo por el borroso espejeo de los faroles de gas sobre el agua, reencontré las plazas y las callejuelas por donde nos gustaba pasear, los cafés y los puentes donde a menudo nos deteníamos a hablar. Preocupados por que nadie pudiera captar ni una palabra de nuestras conversaciones, hablábamos siempre en latín. Volver a ver estos lugares, respirar este aire tan particular de la laguna, me sumergió en una tristeza infinita. Nunca había echado tanto en falta a nadie como a Fausta en ese momento.

Caetano no objetó demasiados inconvenientes y accedió a recibirnos. Al contrario que yo —ya que él iba enmascarado la única vez que había tenido ocasión de verle—, no tuvo ninguna dificultad en poner un nombre a mis rasgos. Yo le recordaba como una silueta de momia apestosa y repugnante llena de mugre, con las uñas largas y sucias y rodeada de un enjambre de moscas. Sin embargo, despojado de su panoplia de mago en busca de la longevidad, Caetano era la encarnación misma del gentilhomme italiano: un hombrecillo de piel rosada, fresco, de unos cincuenta años, que llevaba un traje gris elegantemente cortado, de un clasicismo austero que resaltaba atrevidamente un chaleco de seda amarillo sol.

Me resultaba difícil asociar al personaje que ahora tenía ante mí con la imagen del hombre con quien había cenado en el sótano del *palazzo*. La voz, en cambio, ronca y sorda, era indudablemente la misma, igual que los ojos, negros y vivos.

Dejé que la conversación diera algunos rodeos antes de decidirme a abordar el objeto de mi visita. Y aun entonces, a pesar de que Matthieu-Marie me impelía a hacerlo, no juzgué prudente poner todas las cartas sobre la mesa ante un hombre del que apenas sabía nada. Finalmente, después de que Caetano se hubiera permitido algunos comentarios vagos acerca de los Galjero, el hombre me soltó:

—Infiero que ha hecho todo este camino desde Berlín para que le hable de Dalibor y de su hembra, ¿no es cierto?

Juzgué que mi media sonrisa era ya suficientemente elocuente, así que ni siquiera me tomé el trabajo de responder.

—¡En ese caso voy a decepcionarle! —continuó el conde—. Porque no sé nada concreto sobre estas personas. Vi con mis propios ojos al hombre, Dalibor, matar a un golfillo que había tratado de vaciarle los bolsillos. Ni sombra de sentimiento humano. Ni sombra de arrepentimiento. ¿Sabe cómo lo hizo? Cogió al granujilla por el cuello y le aplicó sobre la frente una pequeña espiga de ámbar que hizo aparecer en su mano como otros se hubieran sacado un cuchillo de la manga. El chico empezó a debatirse y a humear como una salchicha en el asador. ¡Murió en un minuto! Dalibor le dejó caer sobre el pavimento y quiso continuar su paseo con mi padre y conmigo como si nada hubiera sucedido. Pero mi padre no lo consideró así, y ordenó traer el cadáver del chiquillo aquí, al *palazzo*, para que lo examinara un médico. ¡El doctor no podía creer lo que estaba viendo! ¡En el interior de las venas del muchacho, la sangre había entrado en ebullición antes de coagularse para formar una pasta! ¡Como una morcilla! ¡Exactamente igual que una morcilla!

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté yo, impresionado por la viva emoción que este recuerdo parecía haber suscitado en el conde.

—En el curso de mi decimoséptimo año de vida. En agosto de 1881.

—¡En 1881! —exclamé soltando una carcajada— Pero si Galjero no había nacido en esa época... Supongo que se referirá a su padre...

Caetano sonrió.

—¡No, amigo mío! Le hablo de Dalibor Galjero. Una criatura incierta y, sin embargo, bien real en la que no he podido descubrir ni el menor signo de envejecimiento en los sesenta años en que se obstina en visitarme.

Dandeville, que hasta ese momento no había chistado, se atrevió a plantear su primera pregunta.

—Si en 1881 usted tenía dieciséis años, señor conde, esto significa que...

—Nací en 1867. Y ahora tengo casi setenta y dos años. ¡Oh, ya sé lo que me dirá!: que no aparento la edad que tengo. Pero ¿acaso no le ha explicado Herr Gärensen las muy particulares circunstancias en que nos conocimos?

—Me hizo una descripción muy impresionante de la escena, lo confieso —dijo

Dandeville.

—Es uno de los pequeños secretos que se transmiten en ciertas viejas familias de la laguna, ¿sabe? Una ascesis estricta, más que una auténtica magia, pero que permite alcanzar una edad avanzada sin padecer en exceso los estragos del tiempo.

—¿Es la vía que sigue Galjero?

Inconscientemente, creo, el italiano apretó los puños.

—¡No! El método que siguen los miembros masculinos de mi familia es bueno. Eficaz, cierto, pero no hasta ese punto. Galjero ha emprendido otra camino... Un camino más difícil que el mío. Y más violento, también. ¡Pero no le diré su nombre!

—¿Vampirismo? —no pudo evitar soltar Dandeville, a pesar de la sombría mirada de desaprobación que le lancé enseguida.

—¡No! —rugió Caetano, y esbozó un gesto de desprecio con la mano, como si quisiera que nos olvidáramos rápidamente de esta pista— Su búsqueda es errónea. Su cerebro está velado por tonterías.

El conde pensaba, tal vez, que éramos dos locos en busca de alguna clase de secreto de la eterna juventud. Recordaba perfectamente que yo pertenecía al Ahnenerbe y desde hacía tiempo se había informado por su cuenta sobre el instituto de la Pücklerstrasse.

—Ustedes, los alemanes, están llevando a cabo algo grande en el terreno de la política. Pero existen ciertos secretos que preferiría perder antes que verlos caer en manos de simples neófitos. ¡Aunque estuvieran animados de buenas intenciones!

En unas pocas frases, eligiendo muy bien las palabras, traté de tranquilizarle sobre nuestras intenciones e incluso le comuniqué la razón exacta de nuestra venida. Después de haberme escuchado con atención, el conde se calmó y volvió a mostrar una mejor disposición hacia nosotros.

—¿Un *palladium*? ¿Dice que en mis sótanos puede haber un manuscrito consagrado a la preparación de un objeto semejante?

—Es lo que Galjero aseguraba. ¿Tiene idea de qué texto puede tratarse?

El rostro de Caetano se ensombreció.

—Estoy perfectamente al corriente de los textos cuya lectura solicitó y nunca le dejé solo en la biblioteca. Consultó mucho el *Virga áurea* del hermano escocés Jacob Bonaventure Hepburn. Son tablas que sirven de referencia en materia de estudio de talismanes. Pero el manuscrito que examinó más tiempo y que copió casi íntegramente fue el *Pretiosa Margarita Novella* de Petrus Bonus. Se encuentra en la compilación del monje calabrés Janus Lacinius, salida de las prensas aldinas, aquí, en Venecia, en 1546, con el privilegio del Senado y del papa Pablo III. Petrus Bonus redactó esta obra a mediados del siglo XIV, pero Lacinius la ilustró con una veintena de grabados... A primera vista es una obra de alquimia, no de talismanes.

Pedí ver esos dibujos, a lo que Caetano no opuso ningún inconveniente. Creo que la operación del *palladium* empezaba a intrigarle a él también. En un volumen encuadernado en cuero grueso, unas pesadas hojas de vitela mostraban una serie de

grabados rudimentarios, sin color ni gusto por la composición artística. Vi a un rey en un trono, a niños arrodillados junto a él. Un hombre se acercaba y, después de matarlos, los despedazaba y colocaba sus huesos mezclados en un sarcófago de piedra.

—¿Qué significa esto exactamente? —pregunté a Caetano.

—Son ilustraciones bastante espectaculares de las tres grandes etapas de la alquimia. Obra en negro: la muerte. Obra en blanco: la transformación. Obra en rojo: la resurrección. La alquimia es la ciencia de las transformaciones, el secreto de las metamorfosis. Comúnmente se cree que consiste en hacer pasar el plomo al estado de metal precioso, pero es un error. Este saber encierra también el secreto de cambiar lo muerto en vivo, o de utilizar la energía de los muertos como inagotable reserva de fuerza... ¡Porque la materia humana, sépalo, amigo mío, nunca se apaga del todo!

Dandeville insistía en volver lo antes posible a Berlín.

—Ya no tenemos nada que hacer en Venecia. El viejo Caetano nos ha contado todo lo que sabía. ¡Hay que regresar antes de que surjan problemas con Heydrich!

Pero los argumentos razonables del francés no surtían efecto. Devorado por el ansia de volver a ver a Fausta, yo buscaba todos los pretextos imaginables para prolongar nuestra estancia en Italia.

—Si estamos aquí es para exprimir a Caetano al máximo —contraatacaba—. ¡No haré el viaje dos veces! Aún me quedaré unos días. Vete, si quieres...

No sin proferir antes algunos juramentos muy convincentes, Matthieu-Marie se resignó a ceder a un capricho incomprensible para él. Yo nunca le había hablado de Fausta, y no tenía ninguna intención de hacerlo. Presentía que Vigon-Pérignac, antisemita hasta la médula, había agotado en su aprecio por Ruben Hezner todo el capital de simpatía que podía experimentar hacia los judíos. La lluvia incesante no contribuía a mejorar el humor del francés, que mataba el tiempo leyendo en su cama, en la pensión Verdiana, o tratando de poner en claro sus ideas en una libreta de la que nunca se separaba. Yo, por mi parte, aprovechaba cualquier pretexto para salir a caminar solo, dándole vueltas a mi sentimiento de impotencia y mi melancolía. Y de pronto, un día en que las nubes se desgarraban por encima de la plaza San Marcos, mi mirada se cruzó con la de una mujer que caminaba, sola también, sobre las planchas dispuestas bajo las arcadas. Fausta... No hubo explicaciones entre nosotros. Ninguna escena. Apenas palabras. Demasiado felices para hablar, nos abrazamos largamente en una mancha de sol que caía justo sobre nosotros. Mientras acariciaba sus cabellos y besaba su frente, como un buceador que sale de las negras aguas para emerger a la superficie y llena sus pulmones de aire, tuve la sensación de volver a la vida. Ella no exigió de mí ningún remordimiento. En un muelle estrecho, bajamos por unos escalones resbaladizos para detener a un batelero al que Fausta alargó una moneda. Silenciosamente, el hombre nos dejó en la discreta puerta de agua de la casa Pheretti.

Cogidos de la mano, subimos hasta su habitación por la escalera de servicio. Cuando, a la mañana siguiente, la abandoné, sabía que nunca en el futuro mis pensamientos y mi deseo se dirigirían a otra mujer.

—Es judía, ¿no es cierto?

La voz de Dandeville restalló como un latigazo.

—¿Nos has visto?

—¡Pues claro que os he visto! Hace tiempo que sentía que incubabas algo. ¡Pero una judía! ¿Te das cuenta de quién es esa gente?

Dandeville creía poseer un don para reconocer los físicos semitas. El francés presumía de poder acertar el origen de cualquier israelita, sefardita o askenazi, con el que se cruzara por la calle.

—Sé qué les reprochas, Matthieu-Marie. Y yo no experimento tu resentimiento. ¡No toleraré que esta mujer sea un tema de conversación entre nosotros!

Al ver que no bromeaba, Matthieu-Marie optó por apretar las mandíbulas en silencio. Yo, un SS, enamorado de una judía: aquello iba contra todos sus principios, y hasta la menor fibra de su ser se revelaba ante semejante oprobio. Por mi parte, yo me sentía tan feliz de haber encontrado de nuevo a Fausta que no me detuve a preocuparme por la reacción de Dandeville. Sólo pensaba en el medio de huir de una Europa que sabía a las puertas de la guerra. Tendido en mi habitación de la pensión Verdiana, fumando cigarrillo tras cigarrillo, llegué a pensar en eliminar a Reinhard Heydrich para recuperar mi libertad. ¡Huir! ¡Huir con Fausta lejos de Europa! En eso ocupaba mi mente. Dos o tres horas después de nuestro enfado, Dandeville golpeó a mi puerta. Contrito, con aire de perro apaleado, venía a presentarme unas tibias excusas...

—No me inmiscuiré en tu vida privada, Thörun. Me arrancaste de las garras de Laüme Galjero y te estaré eternamente reconocido por ello. En cuanto a esta judía a la que dices amar... haz lo que quieras, yo no me interpondré en tu camino...

Nos estrechamos la mano e incluso, por primera vez, nos dimos un sentido abrazo.

—¿Qué piensas hacer con respecto a Caetano? —me preguntó el francés.

Caetano me recordó a los Galjero. ¿Cómo huir de Alemania con esos locos furiosos tras mi pista? Heydrich y los rumanos: ¡dos enormes problemas que resolver antes de alcanzar mi libertad!

—¿Qué me aconsejas? —repliqué.

—No te queda otra solución que llegar hasta el final, creo. ¡Ya que aún estamos en Venecia, tratemos de exprimir de nuevo al viejo limón!

Los días de lluvia habían pasado; el exceso de agua que se había acumulado en las plazas, en las calles, en los sótanos, se vertía poco a poco en la laguna. Aunque aún tuvimos que caminar sobre planchas hasta Canareggio, ante el palacio del conde

los obreros del municipio ya desmontaban las pasarelas, que habían perdido su razón de ser. Vittorio Caetano contaba con que volveríamos, y no se mostró sorprendido ni contrito.

—He pensado mucho en nuestra anterior conversación —empezó—. ¡Los *palladia*! Como siempre en magia, hay, sin duda, varias formas de operar. La vía corta y la vía larga. La vía seca y la vía húmeda. ¡La que requiere incluso años de lenta preparación y la que se concreta sólo en unas noches al precio de una gran violencia!

—Ese es el significado de las investigaciones de Galjero sobre la *Pretiosa Margarita Novella*, ¿no es cierto? Así pues, ¿los asesinatos descritos se producirán?

—Por desgracia, es más que probable... Pero no creo que ustedes puedan oponerse a eso. Los Galjero han franqueado, en gran parte, las barreras que encierran y definen a la vez a la humanidad ordinaria. Él es un mago excepcional. Y ella es incluso mucho más que eso...

—¿Un demonio? —sugirió Dandeville—. Esto explicaría su ausencia de ombligo.

—¿Demonio, dice? En el sentido contemporáneo del término, la definición no es del todo exacta. Laüme Galjero no es una criatura del Infierno tal como lo imaginan los cristianos.

—Entonces, ¿qué es?

El viejo Caetano selló obstinadamente sus labios y se contentó con tenderme una bolsita de tela cerrada con un simple hilo negro.

—Polvo de arsénico —anunció cerrando mi mano sobre el paquete—. ¡Es posible que lo que va a venir al mundo en la piedra de los Galjero no lo soporte!

Los dos lo agobiamos a preguntas, pero Caetano se encerró en sí mismo sin dignarse a responder. En italiano, el veneciano soltó, sin embargo, un término que yo no comprendí pero que Matthieu-Marie me tradujo no bien abandonamos el viejo edificio.

—Un verbo antiguo que significa algo así como «pasar cuentas».

Dandeville y yo convinimos que él volvería a Berlín dos días antes que yo. En funciones de explorador en el Ahnenerbe, se encargaría de avisarme si Heydrich se había apercebido de mi ausencia y había lanzado a sus perros tras mi pista. Yo me quedaría el mayor tiempo posible en Venecia con Fausta. Nunca como en esos días me había sentido tan atraído por ella. Atento a todos sus gestos, a todas sus miradas, la mantenía, desnuda y cálida, contra mí durante las hermosas horas de la noche. Sin impaciencia, sin reticencias, Fausta se abandonaba a mis ebriedades con la certidumbre y la fuerza de un astro pesado que lentamente absorbe la elipse de un objeto celeste. Luego, al alba, desmesuradamente engrandecida por el amor, vivificada mi carne por un placer tan intenso como el sufrimiento de la hoguera, aprisionaba su cuerpo bajo las sábanas y disfrutaba bebiendo largamente sus formas

atrapadas bajo el molde ligero que escarchaba la luz blanca de la mañana. Cinco o seis días permanecimos así los dos, sin dormir, alimentándonos de café fuerte para mantenernos despiertos y disfrutar el uno del otro hasta el último instante. La última noche, sin embargo, tuve que hablar con ella y revelarle los motivos por los que debía abandonarla y volver a Alemania.

Prometí solemnemente que vendría a buscarla lo más pronto posible, en cuanto me hubiera desprendido de las hipotecas que Heydrich y los Galjero hacían pesar sobre mí. En prenda, Fausta cortó un bucle de sus largos cabellos negros y me lo confió en uno de sus pañuelos bordados con su monograma. Con el corazón desgarrado y un nudo en la garganta, le supliqué que no me acompañara al tren que debía devolverme a Prusia. Mis ruegos fueron inútiles. Abandoné la fina silueta de Fausta en el andén de la estación en la despedida más dolorosa que nunca haya soportado.

Un día más tarde, en la Pücklerstrasse, encontré a Dandeville, que enseguida me tranquilizó con respecto a Heydrich:

—Aparentemente no ha tratado de verte. Nadie importante ha preguntado por ti estos últimos tiempos. ¡Al parecer hemos conseguido pasar desapercibidos!

—Bien. Aparte de esto, ¿tienes novedades?

—Yo no. ¡Pero el calendario indica que hoy es 29 de abril!

Aún un día de espera antes de que venciera el plazo fijado por los Galjero. ¿Qué se podía hacer con estas veinticuatro horas sin tener la menor idea de lo que se preparaba?

—¿Seguimos sin novedades del doctor Hezner? —pregunté a Dandeville.

—Sí.

—¿Y sobre el arsénico? ¿Has investigado sobre eso?

—El arsénico es un veneno, como todo el mundo sabe. Aparte de esto, se menciona en los textos alquímicos bajo las denominaciones de «Mercurio de los filósofos» o «León Verde». Es un agente de disolución de las impurezas físicas y sutiles. Al llevarlo a baja temperatura, se volatiliza, difundiendo un olor a ajo muy intenso. Sin duda, ése es, por otra parte, el origen de la superstición relacionada con esta planta.

Todas estas teorías estaban muy bien, pero no nos hacían avanzar demasiado. No sabiendo ya qué decir ni qué hacer, molestos ambos por nuestra impotencia para prever acontecimientos, Dandeville y yo nos separamos para tratar de encontrar cierto consuelo en el aislamiento. Yo aproveché la tranquilidad de la velada para redactar una larga carta dirigida a Fausta. Las primeras, y últimas, verdaderas palabras de amor que le escribiría.

LOS CUERVOS DE WEWELSBERG

—Estos últimos días he pasado dos veces por su apartamento y no estaba. ¿Dónde diablos se había metido?

—Asuntos del servicio... Eso no le concierne, Dalibor.

Galjero se había presentado en mi despacho hacia las once de la mañana. El rumano parecía relajado, pero sus pupilas estaban dilatadas, como bajo los efectos de una droga.

—Anule todas sus citas para hoy y mañana —me ordenó con tanta autoridad como si fuera mi superior jerárquico—. Y pida a su chófer que le conduzca al Wewelsberg. Laüme ya nos espera allí...

Sin una palabra de más, recorrimos en mi Horch los kilómetros que separan Berlín de Paderborn. Galjero durmió durante la mitad del trayecto, mientras yo trataba de contener mi nerviosismo y me palpaba de vez en cuando el bolsillo, en el que había deslizado la bolsita de arsénico que me había confiado Caetano. Luego, cuando parecía que se encontraba sumergido aún en un profundo sueño, Galjero murmuró:

—Huele a sal, Thörun. Es sutil, evidentemente, pero ¿no habrá estado en una región marítima en fecha reciente? Mediterránea, diría yo... ¡E incluso adriática! Reconozco el olor en usted.

Me sobresalté. Aunque mantuviera los ojos cuidadosamente cerrados, el falso durmiente tendía sus trampas.

—¿No me responde, Thörun? Poco importa. Guárdese sus pequeños secretos, si le son tan queridos. Por mi parte, apuesto a que ha vuelto a ver a su amorcito de Venecia... ¿Me equivoco?

Me hubiera arrancado la lengua antes de iniciar una conversación sobre este tema. Cerré los ojos yo también, y simulé que dormitaba. Debían de ser las tres de la tarde cuando nos adentramos por la carretera forestal que ascendía hasta el Wewelsberg en una sucesión de curvas cerradas. Cuando la silueta maciza de la ciudadela se perfiló en el flanco de la colina, Galjero volvió a abrir los párpados.

—La piedra que servirá de soporte al *palladium* ya está instalada en la cripta. También he encargado que se efectuaran ciertos arreglos... ¡Le gustará, estoy seguro! ¡Esto halagará sus tendencias nibelungas!

El Horch cruzó la entrada del castillo, que estaba desierta. Para la ocasión, Dalibor había pedido que se retiraran los equipos de terraplenadores y obreros.

—No debe haber ningún testigo de los hechos que van a desarrollarse aquí —me explicó—. Cada vez que vayamos a practicar nuestras ceremonias, haremos evacuar la obra.

—¿Cómo se supone que se va a desarrollar todo esto? —pregunté por fin.

Dalibor estiró los labios en una sonrisa feroz.

—Con lo que sabe de su pequeño Amarak, ya está iniciado en los principios generales de la puesta en funcionamiento del *palladium*. Las bases son las mismas: un soporte físico que recibe elementos que, por su parte, sirven de condensadores de las energías en las que está bañado el conjunto.

—¿Y cuál es la naturaleza de estas energías?

—El deseo y el miedo. El sufrimiento y el placer. ¡Invariablemente las mismas desde que el mundo es mundo, amigo mío!

El coche se bamboleó a causa de las piedras y los baches del último tramo del camino y luego pasó bajo la inmensa bóveda de piedra que perforaba el primer muro del recinto. En el patio, el chófer aparcó junto a un rutilante *coupé* deportivo de una plaza y una potente motocicleta negra. Apenas había abierto la puerta para poner pie a tierra cuando vi a Laüme y a Ostara Keller acercarse hacia nosotros. Vestidas con sus monos de cuero, parecían dos feroces Amazonas que hubieran salido a cazar montadas en sus corceles de acero. En un silencio casi absoluto, descendimos hasta las criptas iluminándonos con unas linternas. Rodeadas de líneas erráticas trazadas con tiza, distinguí tres estatuillas de una fealdad repulsiva colocadas cerca de los primeros escalones.

—Los guardianes del umbral —me susurró Dalibor mientras apoyaba la mano en mi espalda para obligarme a que me apresurara.

Tras llegar al pie de la escalera, recorrimos un amplio corredor que conducía a las antiguas prisiones. Allí tuvimos que agacharnos para acceder a un corredor más estrecho, de bóveda muy baja, que daba a una serie de gruesas rejas de hierro corroídas por el tiempo: las celdas. Laüme se detuvo ante una puerta nueva, una gruesa placa de acero instalada hacía poco. En su centro, vi una especie de gruesa rueda selectora como las de las cajas fuertes. La Galjero efectuó cinco o seis giros tintineantes de ida y vuelta con la rueda y a continuación hizo bascular una palanca que nos abrió el paso. La puerta, bien engrasada, giró sin ruido sobre sus goznes. Las mujeres fueron las primeras en entrar, y luego Dalibor se hizo a un lado para permitirme que las siguiera. Penetré, pues, a mi vez en uno de los viejos calabozos del Wewelsberg. Naturalmente, aquel lugar no me era desconocido. Había bajado allí dos o tres veces cuando había hecho visitar la fortaleza a Himmler y mientras trabajaba con los arquitectos para fijar los planes de renovación. Con todo, debo confesar que, en el momento de penetrar en el reducto, no tenía la menor idea de lo que me esperaba allí, ya que mi único recuerdo de estas celdas se limitaba a unos cuchitriles tan estrechos y tan bajos que era imposible permanecer en ellos de pie. Pero pronto me di cuenta de que los Galjero no tenían ninguna intención de detenerse allí. ¡Lo que les interesaba se encontraba más allá del muro de la prisión! ¡Perforado en la obra de la pared, un orificio desembocaba en una vasta sala cuya existencia no se mencionaba en ningún plano del castillo por antiguo que fuera!

—¿Cómo diablos ha descubierto este lugar? —susurré a Dalibor, mientras mis

ojos trataban de abrazar la inmensidad del espacio.

—¡Las ondas de formas que desprenden los muros! —respondió misteriosamente el rumano—. Laüme las percibe tan claramente como usted ve los colores. Pero nos llevó tiempo descubrir esta cripta. Habitualmente, este tipo de salas se sitúan bajo la capilla del castillo.

Esta respuesta no me satisfizo demasiado. Me disponía ya a formular otra pregunta cuando Dalibor se alejó de mí casi ignorándome. Al enfocar entonces el rayo de luz de mi linterna al asalto de las tinieblas, me di cuenta de que la habitación era más vasta que la nave de una iglesia, casi tan imponente como la de una catedral. Por lo que podía descubrir de ella, era una sala casi desnuda, sin mobiliario y sin ninguna ventana... A mi derecha, el rayo luminoso captó por un instante el inicio de una escalera derrumbada y se deslizó hacia tres grandes orificios, circulares y brillantes, situados a ras de suelo. Me acerqué, me agaché y hundí el haz de luz en lo que parecían bocas de tobogán.

—Los tres conductos hacia las mazmorras, amigo. No le aconsejo que se deje caer por estos tubos. ¡Nadie podría hacer ya nada por usted!

Inclinado por encima de mi hombro, Dalibor había vuelto hacia mí.

—Este lugar... ¿qué era exactamente? —le pregunté en un murmullo.

—Una cámara de seguridad, en cierto modo. Aquí se refugiaban los no combatientes en caso de ataque. También aquí el señor hacía desaparecer para siempre a aquellos a los que les destinaba una muerte lenta. Las crónicas locales informan de que en el curso de la guerra de los Treinta Años, un pequeño ejército de brutales guerreros se apoderó del castillo. Bajo tortura, los últimos defensores revelaron la existencia de esta sala. Después de su partida, se encontraron aquí más de cien cadáveres de mujeres y niños.

Dalibor me ponía al corriente de este horror con la misma ligereza que si se hubiera tratado de un recuerdo agradable. Asimismo tenía esa mímica cruel que yo ya había observado en él una noche, en Venecia, cuando había aludido con medias palabras a los poderes secretos de la sangre.

—Este lugar está saturado de angustia, de sufrimiento y de muerte —dijo exultante—. Los muros conservan su rastro. Es excelente para nuestros propósitos. ¡Acompañeme!

El dacio volvió a alejarse hacia el fondo de la sala para unirse a Keller y Laüme. Ostara estaba sentada, balanceando las piernas, sobre el brocal de un pozo muy antiguo. La Galjero, por su parte, daba vueltas, con aires de gata, en torno a una especie de altar colocado sobre un corto pilar de piedra.

—Ésta es la matriz del *palladium*, Thörun —me explicó Dalibor, acercándose a su vez al altar—. ¡Venga a contemplarla!

Con pasos vacilantes me dirigí hacia el pedazo de mármol oscuro que brillaba bajo los rayos cruzados de nuestras linternas eléctricas. La superficie estaba totalmente virgen y lisa. Era una página negra que esperaba que una tinta

suficientemente fuerte trazara sobre ella palabras de poder y eternidad.

—Destinada a proteger a los hombres, esta piedra debe conocer a los hombres — exclamó Dalibor con una voz más sorda de lo habitual—. ¡Debe conocer sus miedos y sus deseos! ¿Qué teme usted, Thörun? ¿Qué desea?

Dalibor me sujetó por el mentón, forzándome a mirarle de frente. Sus pupilas no se habían contraído desde que se había presentado en mi despacho de la Pücklerstrasse, bien al contrario: ahora ya me resultaba imposible ver el color de sus iris. Negros como el abismo, inmensos como una noche sin estrellas, sus ojos eran los de un animal, más que los de un hombre. Traté en vano de luchar contra la sensación de parálisis que me dominaba. Mi cuerpo empezó a temblar y mis músculos se pusieron rígidos hasta hacerme parecer una estatua. Toda vida en mí se había detenido, pero mi espíritu sufría al mismo tiempo un violento ataque de pánico, como si caminara entre bamboleos por el puente de un barco maltratado por las olas. Sentí náuseas, y mis párpados se cerraron sobre la fugitiva visión de Ostara Keller, que se desabrochaba su mono de cuero y lo dejaba caer para acercarse a mí desnuda, ondulante, como un hada de los abismos...

De lo que ocurrió luego sólo he conservado impresiones terribles y contradictorias. ¿Realmente viví las escenas de orgía infame que flotan dispersas en mi memoria, o mi mente eligió soñar todo eso para protegerme de visiones aún más infectas? Tengo el vago recuerdo de insondables estallidos de angustia, de océanos de miedo que tuve que atravesar, solo y mudo, helado de espanto, sin ninguna luz que me guiara. Sentí que me arrancaban los miembros uno a uno para lanzarlos a un agujero de sombra donde no podía encontrarlos. Luego también mis órganos me fueron arrebatados, y me arrancaron lentamente las vísceras. Rasparon el interior de mi cuerpo hasta la menor fibra, drenaron mis venas, absorbieron mis sustancias, descarnaron mi esqueleto. ¡Ya no me quedaba nada! Yo ya no era nada; y sin embargo, aún vivía, respiraba y pensaba. Pero mi mente ya no era más que un vacío de miedo primordial, tan puro, tan incorruptible, como un mineral de oro.

Entonces, mientras vientos de escarcha y de fuego me transportaban de un extremo a otro del mundo, vi la sombra negra de una plañidera que iba en busca de mis huesos y de mis carnes dispersas. Lentamente, como si esta labor le exigiera años, siglos, milenios, la anciana me recompuso, recosiendo con un grueso hilo de cobre las partes reventadas de mi cuerpo. Pero era sólo una demente que colocaba mi rostro en la parte baja de mi vientre, me prendía los ojos en la nuca y ataba mis manos al extremo de mis piernas... ¡Y yo gritaba! ¡Aullaba hasta que me sangraba la garganta!

Una flema sanguinolenta se filtró entre mis dientes y brotó de mis labios. Vi cómo la mucosidad roja se depositaba sobre el suelo del coche y temblaba un instante al ritmo de los baches de la carretera.

—Vaya, parece que se despierta.

La mano de Dalibor Galjero me sujetó por el cuello y me obligó a volver a adoptar una posición sedente más o menos aceptable. Fuera, apenas podía ver que atravesábamos un bosque oscuro.

—Estaremos de vuelta en Berlín dentro de una hora —dijo el rumano tendiéndome un frasco de *schnaps*—. Recóbrese, muchacho. ¡Ya casi ha hecho lo más duro! La próxima vez será el turno de la señorita Keller...

—¿El turno de qué? —conseguí articular a pesar del frío intenso que me oprimía como una tenaza.

—Cuervo —como dicen los alquimistas—. Obra en negro. Putrefacción. Muerte simbólica, si lo prefiere. Nada que ver con el mullido gabinete de reflexión de los hermanos masones, ¿no es cierto?

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunté mientras me masajaba en la nuca, que tenía tan rígida como un tronco.

—Fácil. Cualquier chamán siberiano desdentado puede hacerle dar este gran salto en dos tiempos y tres movimientos.

—Usted no es siberiano, que yo sepa —dije bromeando tontamente.

—Siberiano, no. Chamán, tal vez un poquito...

El espejo de tinieblas que me habían tendido los Galjero me había extraído demasiada energía para que estuviera en condiciones de continuar la conversación. ¡Los dioses saben que soy un hombre curioso, pero de nada me sirvió! Mis párpados se cerraron y me dormí, agotado y vacío. No recuperé la conciencia hasta al día siguiente por la tarde, en mi apartamento. Dalibor me había llevado hasta mi cama, donde me había dejado dormir en uniforme, con mis botas... Una vez duchado y afeitado, pasé, al caer la noche, por el Ahnenerbe, donde sabía que Dandeville me esperaba ansiosamente. Allí le hice una descripción tan completa como pude de lo que había ocurrido en el castillo, y acto seguido especulamos un par de horas sobre el desarrollo posterior de los acontecimientos.

Para mi gran sorpresa, los Galjero no dieron señales de vida durante un decena de días, y luego, una mañana, recibí una llamada de uno de los maestros de obra del Wewelsberg, al que había retribuido generosamente para que me avisara si los rumanos ordenaban realizar trabajos en el castillo. El tipo me advirtió de que se había perdido una nueva jornada de trabajo debido a una orden de evacuación dada por Dalibor. ¡Así pues, se había celebrado una nueva ceremonia de preparación del *palladium* sin contar conmigo! Desconfiaba de su reacción, así que, prefiriendo la discreción a la acción, me guardé de pedir cuentas a los rumanos. La misma escena se repitió en tres o cuatro ocasiones hasta finales de julio, sin que los Galjero se manifestaran. Y luego, bruscamente, todo se aceleró... Berlín —podía verlo día a día — se metamorfoseaba. En las avenidas se cortaban con vigor renovado los árboles enclenques o demasiado viejos. En los parques, los bancos pintados con el amarillo que indicaba que estaban reservados a los judíos recuperaban su color habitual para

que no sorprendiera a las cohortes de periodistas llegados de todo el mundo para cubrir los Juegos. Todos los hoteles estaban llenos a reventar. A los rezagados o los menos acaudalados se les instalaba en los institutos de enseñanza, donde pernoctaban en los dormitorios y comían en los comedores escolares por un marco. Durante tres semanas, los carteles de «prohibido a los judíos» desaparecieron de las fachadas de los restaurantes, los cines y los teatros. Sólo permanecieron en su lugar los carteles destinados a los perros...

Reinhard Heydrich estaba entusiasmado con la cercanía de los Juegos Olímpicos. A mi superior le gustaba mucho el deporte, hasta el punto de que respetaba más a los atletas que a aquellos de entre los intelectuales a los que juzgaba incapaces de actuar.

—¡Un bruto activo tiene más valor a mis ojos que un hombre ilustrado reblandecido! ¡Una nación no se hace sólo con el cerebro, Gäreisen! El cerebro no puede nada contra los bárbaros... De modo que uno tiene que ser un poco bárbaro para sobrevivir. ¿Acaso no tengo razón?

¿Sobrevivir? ¡Ésa era, en realidad, la única palabra de su perorata que le importaba! Sobrevivir para recuperar mi libertad. Sobrevivir, sobre todo, para volver con Fausta y huir con ella lejos, muy lejos, de los lobos que habían excavado su madriguera en Berlín. Al abandonar Venecia, había tenido la firme intención de eliminar a Heydrich. E incluso un día en que nos habíamos encontrado para cabalgar por el Tiergarten en las brumas del alba, llegué a desenfundar mi Luger para apuntar a su nuca. Heydrich galopaba a menos de cinco metros de mí... Recuerdo perfectamente haber oído subir la bala en la culata y haber bajado el percutor del arma con el pulgar. Pero mi índice no se había crispado sobre el gatillo. No había podido... Aunque la sensación no había sido tan fuerte, había experimentado la misma parálisis que el día en que Dalibor me pidió que le apuntara en Karin Hall. ¿No me había confesado el rumano que Laüme y él habían fabricado un *therapon* para los más altos dignatarios nazis? Heydrich figuraba en su lista, igual que Göring, que Himmler... ¿Cómo podría, pues, eliminar al hombre que se interponía en mi camino hacia la libertad? La única solución era encontrar y destruir al genio protector del jefe del SD. ¿Consentirían los Galjero en revelarme un secreto como aquél? Era iluso por mi parte esperararlo. Una vez más tropezaba con demasiados obstáculos para no hundirme en un profundo desánimo.

La mañana del 1 de agosto, mientras daba vueltas como un alma en pena por mi despacho, Dalibor se hizo anunciar por un ordenanza. Como de costumbre, su entrada tuvo visos de teatralidad.

—Mi querido Thörun —dijo abriendo los brazos para abrazarme—, he venido a buscarle. Es impensable que se abstenga de asistir al acontecimiento del año.

Al principio no comprendí a qué hacía alusión.

—¡La ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, claro! Tengo un asiento para usted. Al lado de Laüme y de mí. ¡En el propio palco del *Führer*!

Encontrarme allí, a pleno sol, a unos centímetros de Hitler, no me procuró ninguna sensación en especial. Quedaba lejos el tiempo en que él y yo éramos los amantes de la muy fuliginosa Geli Raubal, la noche en que esa pobre chica había sido asesinada por sicarios de la Sociedad Thule con objeto de poner fin a la relación escandalosa que mantenía con el jefe del NSDAP, que le llevaba casi treinta años. Todo aquello apenas había dejado impronta en mí. Mis pensamientos habían adoptado ahora otro curso, no orientado hacia el pasado, sino tendido hacia el porvenir, el porvenir con Fausta... Pensaba en ella mientras se eternizaba la pesada ceremonia de apertura de los Juegos, cuya hinchada pompa debía proclamar ante el mundo la superioridad incontestada del hombre nazi. Ya en mi infancia en Oslo yo había sentido que, en su forma colectiva, el deporte no era más que un método refinado de embrutecimiento y de control de las masas. En mi juventud me habían gustado todos los deportes individuales, y los había practicado con pasión, pero sin consagrarme nunca a la competición. Instintivamente detestaba los enfrentamientos colectivos y, sobre todo, las rivalidades gratuitas de los marcadores y los puntos. Me gustaba el deporte por el deporte, nunca por el récord que batir o por el adversario al que dominar. Los estadios me asustaban, como si fueran calderas donde se inflamaban puerilmente las pasiones más bajas.

Y en el corazón de este Coliseo berlinés, espantosa verruga de cemento y acero cuya edificación se había tragado setenta y siete millones de marcos, experimenté con más fuerza que nunca la repugnancia innata que siento ante cualquier expresión de gregarismo. Si hubo en el curso de mi vida un lugar y un momento en que sentí casi físicamente la emanación extática de una multitud delirante, fue aquel en que Hitler, de pie en su palco, levantado sobre las puntas de sus botas como un gallo sobre sus espolones, recibió durante dos horas el homenaje y las muestras de respeto de las delegaciones deportivas venidas del mundo entero. Con un calor de plomo, al son de los pífanos y los tambores, bajo las aclamaciones del público y el parloteo incesante del comentarista que vociferaba burradas en su micro con una verborrea de portera, el estadio me pareció un crisol infernal donde vibraban en ondas apretadas todas las miasmas que lleva en su seno una multitud desenfundada. Como una bestia enorme, esta masa humana se veía agitada por temblores, estremecimientos, contracciones... En ella nacía un germen que casi podía sentir, palpar... Se lanzaron «¡hurra!» atronadores cuando los franceses desfilaron ante el palco del *Führer* y algunos de ellos tendieron el brazo hacia nosotros. La escena se repitió con algunos ingleses, y claro está, con todos los italianos. Estos aullidos, estos balidos, estos desfiles inacabables, me provocaron náuseas. Todo aquello, las águilas de hormigón de alas rígidas, las banderas rojas, blancas y negras que chasqueaban al viento, los regueros de tipos en atuendo de deporte desfilando al paso bajo los *flashes* de fósforo que crepitaban en salvas, me provocó una fuerte migraña. Un sudor helado se deslizó por mi espalda. Sentado a mi lado, Dalibor percibió mi malestar, pero se limitó a reírse de

él. Al contrario que a mí, el fervor de la plebe parecía satisfacerle enormemente.

—Lo siente, ¿no? ¡Es como una ola gigante que te arrastra! ¡Una montaña que te traga! Es la magia inconsciente de la multitud. La fuerza del *egregore*. ¡Asciende! ¡Vibra! ¡Vive!... ¡Y es nuestra!

Ante mis ojos revoloteaban mariposas blancas y mi cráneo estaba como comprimido en un torno. Aún oía a Galjero, pero sin captar el sentido de sus palabras.

—¡El *egregore*, Thörun! ¡Los deseos y las pasiones sutiles de la multitud que se expresan en este estadio! El *palladium* las está condensando en sus entrañas. El *palladium* se alimenta de ellas, aquí. En este mismo momento.

Golpeando rápidamente el suelo por tres veces con el talón, Dalibor señaló el piso bajo la tribuna.

—¡Sí, ahí está!, justo bajo nuestros asientos. Impregnado de su placer y su miedo. Impregnado de los de Keller también... Y luego grabado y excavado... Relleno de óleos santos y metales preciosos. Ellos captarán los relentes históricos de esta masa humana, Thörun. Durante las dieciséis jornadas de los Juegos, el *palladium* se cebará con la furia de los berlineses.

Con las cejas fruncidas y sus amarillentos ojos abiertos desmesuradamente, el grueso Göring se volvió hacia nosotros para indicarnos con un gesto que calláramos. El momento más solemne de la tarde había llegado. Un silencio religioso se hizo en el estadio. Durante dos minutos, tres tal vez, no ocurrió nada. Yo veía a los atletas alineados en filas apretadas en la zona de césped central. Las orquestas habían callado. El propio locutor había soltado el micrófono. ¡Todo el mundo se mantenía en actitud expectante! Y entonces me pareció ver un puntito negro moviéndose bajo el gran arco de entrada del Coliseo moderno... Un corredor que blandía la antorcha encendida en Olimpia apareció en el estadio. Por primera vez en la historia de los Juegos, y a partir de una idea de los nazis, la llama procedente de Grecia era llevada en relevos hasta el estadio olímpico. En una carrera lenta, el atleta se dirigió hacia las monumentales escaleras que daban acceso a la pila donde, durante dos semanas, ardería la llama olímpica. En medio del más absoluto silencio, el corredor subió los escalones y lanzó su antorcha al inmenso pebetero, que se inflamó de súbito con un bufido tan sonoro que pudimos percibirlo desde nuestro palco. Irguiéndose en toda su estatura, el *Führer* proclamó entonces abiertos los XI Juegos de la era moderna, mientras se soltaban miles de palomas que se elevaron hacia un cielo sin nubes. Aplaudiendo, chillando, gritando, la multitud llegó al colmo del paroxismo.

—¿Dónde está Keller? —pregunté a Galjero—. ¿Junto al *palladium*, supongo?

—Miss Keller está sobre el terreno. Sigue al equipo de Leni Riefensthal, la cineasta que rueda la película de los juegos.

¡Leni Riefenstahl! La *Reichsgletscherspalte* —¡la vagina de los glaciares del Reich!—, como la llamaban lascivamente los alemanes, que pensaban, sin razón, que era una de las amantes de su *Führer*. Un auténtico genio cinematográfico que había iniciado su carrera como bailarina, para posteriormente convertirse en actriz y

exploradora. Esa Casanova femenina siempre en la brecha, que pilotaba aviones, barcos, coches deportivos, escalaba montañas y descendía glaciares, era, ciertamente, el ejemplo cumplido de la mujer moderna. ¡Se decía incluso que sus piernas eran más bellas que las de Marlene Dietrich! Tras sacarse del bolsillo un catalejo telescópico, Dalibor desplegó el aparato y me lo tendió.

—Mire un poco a su derecha, junto al cuadrado de los competidores alemanes...

Allí vi a un grupo de cinco o seis personas que se agitaban en torno a una cámara de cine montada sobre un carrito de madera arrastrado por un ayudante. Una mujer hermosa de aire enérgico, con pantalón blanco y blusa clara, Leni, daba indicaciones sobre las tomas. Cerca de ella, con dos cámaras fotográficas pasadas en torno al cuello, reconocí a Ostara Keller, que buscaba el mejor ángulo para plasmar el esplendor marmóreo de los deportistas teutones.

—Se conocieron gracias a mí —murmuró a mi oído Dalibor— ¡Se adoran! Fascinantes las dos... en varios sentidos. A propósito, la pequeña Keller resistió mucho mejor que usted su paso por la obra en negro...

Me disponía a balbucear una respuesta cuando Göring se volvió de nuevo hacia nosotros y golpeó el suelo con el pie para exigir silencio. El *Führer* estaba a punto de hacer sonar una campana, el símbolo de los Juegos Olímpicos de Berlín, para señalar el fin de la ceremonia. Cuatro muchachos de las Juventudes Hitlerianas llevaron el objeto ante el canciller, que hizo resonar tres veces el badajo... Sobre el flanco de metal habían grabado el lema de las celebraciones: «*Ich rufe die Jugend der Welt*», «Llamo a la juventud del mundo»...

Durante dos semanas Berlín fue, sin discusión, la capital del globo. Tres mil trenes especiales habían transportado a la ciudad a centenares de miles de espectadores que, en caso de no encontrar asiento en los estadios, podían asistir gratuitamente a todas las competiciones gracias a un procedimiento revolucionario llamado «televisión». En las plazas más grandes, a lo largo de los amplios bulevares, se habían instalado pantallas gigantescas en las que la multitud podía admirar, con una vaso de cerveza en la mano, al equipo alemán conquistando una a una las más prestigiosas preseas. Llevados por la curiosidad, Dandeville y yo fuimos una tarde a pasear por la ciudad para vivir esta atmósfera de euforia. Yo había informado a Matthieu-Marie de la nueva localización del *palladium*, justo bajo el estrado oficial ocupado por Hitler. Aquello no le había sorprendido en absoluto. Creo que, intuitivamente, mi amigo percibía mejor que yo las intenciones y los actos de los Galjero.

—Hay un psicoanalista en Suiza... un tal doctor Cari Gustav Jung. Este hombre habla del «inconsciente colectivo», el egregore. Y eso es exactamente lo que quieren captar los Galjero. ¡El alma de la multitud de Berlín! Será ella la que cobre vida en el *palladium*, y por eso la piedra debe bañarse en sus efluvios durante el mayor plazo de tiempo y de la forma más violenta posible. ¡Los Juegos son una ocasión única para

esto!

—Pero ¿y luego, Matthieu-Marie? ¿Qué ocurrirá después de la celebración?

—No lo sé —confesó Vigon-Pérignac—. Mis temores después de la visita a Caetano no se han concretado. La piedra ha sido bautizada sobre tu miedo y tus emociones, no sobre tu sangre ni sobre la de otras víctimas. Tal vez nos equivocáramos. Tal vez los grabados de la *Pretiosa Margarita Novella* son jeroglíficos que hemos cometido el error de leer sin disponer de suficientes referencias. Tal vez todo se desarrolle sin drama...

Mientras pasábamos por la Kudamm, una mesa quedó libre en la terraza de un café. Nos sentamos a ella para observar a la multitud: jovencitas con sandalias de cuero, jóvenes engominados a la última moda con pantalones de golf, mujeres con faldas plisadas, con el brazo en ángulo recto y un paraguas colgado de él por si caía un chaparrón. Nosotros dos, vestidos con el uniforme negro de las SS, éramos casi las únicas siluetas militares en el seno de este mundo apacible del que podía creerse que sólo pertenecía a los civiles. Tendí la mano para coger de una mesa un ejemplar olvidado del *Olympia Zeitung*, la gaceta de los Juegos editada en tres lenguas donde se informaba del resultado de las pruebas. Una fotografía ocupaba toda la primera página. Era la del americano Jesse Owens, un negro que, para desgracia de los nazis, acababa de conseguir su cuarta medalla de oro en atletismo.

—Vamos a limpiarnos la mente a la pensión Dorian —propuso el francés, asqueado con las victorias de Owen.

Pero yo decliné la oferta. Ya sólo deseaba a Fausta, y la idea de gozar con otra me dejaba frío. Abandoné, pues, a Dandeville en el umbral de la casa de placer y volví a mi apartamento, triste, envidiando a cada una de las parejas de enamorados con las que me cruzaba.

El 17 de agosto, Berlín se vació de golpe. La víspera aún, las calles de la capital hormigueaban de vida, de llamadas, músicas y gritos. Todo se había extinguido después de una última noche de fiesta y libaciones, que había clausurado el período carnavalesco de los Juegos. Con los extranjeros fuera del país, Alemania era devuelta a sí misma. En ausencia de testigos para denunciarlo ante el rostro del mundo, se volvieron a atornillar los carteles de prohibición para los judíos, y los bancos públicos de los parques volvieron a pintarse de amarillo. La amistad que había nacido entre el negro Jesse Owens y su competidor ario Luz Long no había sido más que un paréntesis rápidamente borrado.

Yo no había tenido noticias de los Galjero después de la ceremonia en el estadio olímpico. En cuanto al *palladium*, no tenía la menor idea de la suerte que le estaba reservada ahora que la multitud berlinesa se había disipado y la fiebre popular había decaído.

Galjero, sin embargo, reapareció muy pronto en el Ahnenerbe. El 20 de agosto

por la mañana, el rumano me hizo saber que esa misma noche se celebraría la última ceremonia de activación de la piedra, en la cripta disimulada en las prisiones del Wewelsberg, y que se requería mi presencia.

Partimos juntos en su propio vehículo con chófer, apenas una hora antes de que anoheciera. Atravesamos a toda velocidad los bosques y el campo cubierto por las sombras del crepúsculo... Relámpagos que anunciaban una tormenta de verano rayaban el cielo, de un violeta cada vez más profundo. Recordé el viaje que había hecho de niño, guiado por Knut Hamsun y Nils Gäremsen, mi abuelo, hasta las orillas blancas de la isla de las runas. Hoy también me guiaban hacia una piedra sagrada. ¿Estaría destinado a repetir este periplo hacia lo desconocido? ¿Habría otros antes del último peregrinaje, el último paso que conducía más allá de las fronteras de la muerte? A través del vidrio del coche, vi a dos cuervos que volaron largo rato a nuestra altura. Su plumaje, negro y brillante, relucía como plata bajo la luz de la luna llena que se elevaba, majestuosa, por encima de los árboles. ¡En el fulgor de un relámpago, vi de pronto que los pájaros cambiaban de color, y del negro más denso pasaban en una fracción de segundo al blanco más cegador! Por un breve instante me pareció que volaban tan cerca de mí que podía ver mi reflejo en sus ojos, los únicos fragmentos de carne que habían permanecido oscuros en sus cuerpos fosforescentes. Luego otro relámpago los ahuyentó, y se perdieron en la sombra densa de un encinar junto al que pasábamos.

La silueta del Wewelsberg en la colina me hizo pensar en el castillo del conde vampiro filmado por Murnau. Estúpidamente, sentí un escalofrío. En ese instante un cristiano convencido hubiera abrazado con la mano su crucifijo; yo, en cambio, froté con la palma el bulto que formaba en mi bolsillo la bolsita de polvo de arsénico que me había confiado Caetano el veneciano. Aquí, en el seno de este decorado terrorífico, gótico, acabé por convencerme de que me había equivocado sobre la naturaleza exacta del presente. Tal vez, después de todo, no era un medio de conjurar alguna maldición, sino un veneno destinado a poner fin a mis tormentos si por azar mis compromisos con los Galjero experimentaban un giro trágico. Pero Caetano no sabía nada de Amarok, ese *therapon* que me protegía tanto de una muerte accidental como de cualquier intento de asesinato. Ocurriera lo que ocurriese ahora, estaba condenado a vivir plenamente y con perfecta conciencia los acontecimientos de las horas que seguirían.

Por fin llegamos al sendero de acceso a la fortaleza y el chófer detuvo el motor en el patio de honor. En tres meses, las obras de renovación de la ciudadela habían avanzado mucho. Con sus alrededores ahora pavimentados, sus muros principales realzados y su techo íntegramente rehecho, los trabajos de obra mayor en el Wewelsberg casi habían terminado.

—¡Bajemos a la cripta! —ordenó Dalibor plantándome una linterna en la mano.

De nuevo pasamos por los calabozos para alcanzar la puerta blindada que conducía a la sala secreta. Las tres estatuas de los guardianes del umbral seguían allí,

un poco más polvorientas y veladas de telarañas que la primera vez.

—¿Estamos solos? —pregunté a Galjero al constatar que la única luz que brillaba en los sótanos era la de nuestras linternas.

—No. Laüme ya ha llegado...

Tras cruzar el pesado portal de acero templado, entramos por fin en la nave oscura donde nos esperaba la Galjero. El fuego que crepitaba en los pebeteros iluminaba tenuemente la sala. Caminando a grandes zancadas, Dalibor se acercó a su esposa. A pesar del frío que reinaba en el sótano, la mujer estaba desnuda, acurrucada sobre la piedra del *palladium*. Me hizo pensar en una madre animal encubando a un embrión. Tenía los ojos cerrados y respiraba tan suavemente como una durmiente en pleno sueño. Dalibor le pasó la mano por la frente, y aquello la arrancó inmediatamente de su somnolencia. Se levantó de la piedra sin dirigirme siquiera una mirada, y luego, en silencio, se ocupó de algunos preparativos misteriosos mientras Dalibor se deshacía a su vez de sus ropas. Yo me había inclinado sobre el mármol negro para observar las incisiones que habían grabado en él. La piedra estaba ahora cubierta de runas que formaban palabras desconocidas. Aunque podía descifrar las marcas letra por letra, las frases no tenían ningún sentido para mí. Una cruz gamada dominaba el conjunto de la composición. A veces era bastante difícil distinguir las inscripciones en la piedra, porque una costra de una materia desconocida se había formado desigualmente en los surcos de las runas. Variando el ángulo de inclinación de mi linterna, vi que esta sustancia oscura, un poco granulosa, se resquebrajaba y saltaba con bastante facilidad bajo la presión de la uña formando un polvo de un rojo profundo. ¡Sangre! Mi razón me gritó que me alejara cuanto antes de esta piedra maléfica, pero mi instinto me forzó a examinar con más detalle este talismán que irradiaba un misterio siniestro, terrible, infame... Mis dedos corrieron por el canto de la placa y descubrieron un orificio excavado en la masa. Recordé que Dalibor había hablado de metales, aceites y otras varias sustancias que servían para condensar las energías sutiles en el interior del *palladium*. Si consideraba como modelo mi propio *therapon*, esta abertura debía de constituir el conducto a través del cual todos estos componentes eran introducidos en el cuerpo mismo de la piedra. De pronto, unos gorjeos infantiles resonaron bajo las bóvedas. Al incorporarme, distinguí a Ostara Keller, que conducía hasta nosotros a tres niños que iban cogidos de la mano.

—¡Ah, aquí están nuestros pequeños protegidos! —dijo, satisfecho, Dalibor, mientras acababa de anudarse una amplia toga negra parecida a la que Laüme, ahora más decente, se había echado encima.

¿Qué edad podían tener aquellos niños? Ocho o diez años, a lo sumo. Era evidente que no eran alemanes; a juzgar por sus rasgos y su tez oscura, consideré que podían ser hindúes. Los tres iban vestidos con una especie de uniforme de colegial compuesto de una chaqueta azul marino, un pantalón claro muy elegante, una camisa blanca y una corbata, como verdaderos hombrecitos.

—¿Qué vienen a hacer aquí estos chiquillos, Galjero? —exclamé en tono

agresivo.

Por toda respuesta, Dalibor me propinó un puñetazo a la mandíbula. Aquel golpe, que sin duda hubiera matado instantáneamente a un hombre más frágil que yo, me dejó inconsciente, de modo que ni siquiera sentí que me derrumbaba en el suelo.

Cuando recuperé el sentido, estaba apoyado contra una pared. Dalibor y Laüme increpaban a Keller, que aparentemente insistía en quedarse en la cripta, mientras que los rumanos le pedían que volviera a la superficie cuanto antes. Quise mover los músculos de mis brazos, pero tenía las muñecas trabadas. En mi cadera, sin embargo, colgaba la Luger, que ni siquiera se habían molestado en quitarme. Y seguía notando el paquete de arsénico en el bolsillo. Si alguna vez este veneno debía tener alguna utilidad, ahora lo comprendía, sería como «León Verde», como disolvente de las materias sutiles en germen en el *palladium*. En cuanto a los niños, no había duda: su destino era el sacrificio, tal como mostraban los grabados que Lacinius había dibujado para la *Pretiosa Margarita Novella*... ¡Y yo debía ser el adulto destinado a perecer con ellos!

Keller cedió por fin a las exhortaciones de los rumanos y abandonó la sala secreta del Wewelsberg. Dalibor sujetó entonces a uno de los chicos. El niño, atado y amordazado, no podía gritar ni debatirse. El rumano lo tendió y lo mantuvo sobre la piedra, donde empezó retorcerse como un gusano al extremo de un anzuelo. Laüme se acercó al niño por detrás, blandió un antiguo punzón de acero y agujereó con dos golpes certeros la garganta y el corazón de la pequeña víctima. Petrificados de espanto, los otros dos chiquillos habían dejado de agitarse. Uno se había apretado, temblando, contra el muro para no ver, mientras que el otro, con mayor fortaleza de ánimo, buscaba por todas partes con los ojos un medio de escapar. Su mirada se cruzó con la mía, y leí en sus pupilas una súplica: que acudiera en su ayuda. Tensando todos mis músculos, me incorporé tan deprisa como pude y, con la cabeza hundida entre los hombros, me lancé directamente contra Galjero para propulsarlo contra el muro cercano, donde un pincho de metal oxidado sobresalía en el encaje entre dos piedras. Esperaba tener bastante suerte para empalar en él a Dalibor.

El impacto entre nuestros dos cuerpos fue terrible. Mi impresión fue que acababa de tropezar, no contra una carne viva, sino contra una columna de hormigón. A pesar de la resistencia que oponía su masa, Dalibor salió proyectado hacia atrás, exactamente hacia el lugar donde se encontraba el dardo de hierro. Pero cuando la espalda del rumano tropezó con la punta, vi claramente cómo ésta explotaba y se deshacía en un polvo de herrumbre inofensivo. Galjero recuperó el equilibrio y se incorporó más deprisa de lo que lo hubiera hecho un artista de circo. Yo había caído pesadamente al suelo, cerca de los chiquillos, que observaban el desarrollo de la escena con un brillo de esperanza en la mirada. Pero Dalibor era un adversario de talla. El rumano me agarró como si fuera un saco, me hizo girar sobre sus hombros y me lanzó de nuevo furiosamente contra el suelo. Un dolor fulgurante me atravesó el hombro izquierdo, y sentí que la cabeza de mi húmero acababa de dislocarse bajo la

violencia del impacto. Aullando de dolor y de rabia, quise volver a la carga, pero un golpe de bota me alcanzó en plena sien. Estaba demasiado aturdido para seguir peleando. Sin embargo, me mantenía aún bastante consciente para ver, con la mirada nublada, cómo Laüme ejecutaba un horrible trabajo sobre el cadáver del primer chiquillo. Meticulosamente, con la habilidad de un carnicero, la mujer despiezó al niño como se trocea a una vulgar ave de corral, extirpando hasta la menor de sus vísceras para frotarlas luego sobre la piedra del *palladium*. Incluso extrajo el cerebro de la caja craneal después de partirla como una cáscara de huevo contra el canto de la piedra. Cuando el abominable trabajo de descuartizamiento hubo terminado, los rumanos lanzaron los huesos y el saco vacío en que se habían convertido los restos del niño por la boca de uno de los conductos de las mazmorras. El espantoso tintineo de los huesos que se deslizaban a lo largo de la rampa de piedra y el ruido sordo, gomoso, del triste paquete de carne que rodaba también hasta el fondo del abismo resonaron interminablemente en la inmensidad de la sala... Luego, sólo un silencio de tumba. Un nauseabundo olor a sangre saturaba el aire.

Ante el espectáculo del despiece de su camarada, los niños habían vomitado y uno de ellos incluso se había desvanecido. Dalibor agarró al muchacho inconsciente y lo colocó a su vez sobre el altar del sacrificio. Yo traté de incorporarme de nuevo, pero el rumano me hundió el talón en el hombro, en el lugar exacto donde más dolor sentía. Tuve la impresión de que me cortaban en carne viva los tendones y los músculos. Paralizado, no pude impedir que Laüme matara al pequeño hindú. Mientras su mujer despedazaba el segundo cuerpo, Dalibor se inclinó hacia mí.

—¿Ha adivinado el gran secreto, Gärensen? ¿Ha hecho suya la realidad que muy pocos están destinados a comprender?

Yo quise ignorar a ese loco, pero, sujetándome por los cabellos para obligarme a mirarle, el rumano acercó su rostro a dos dedos del mío:

—¡La vida humana no es el valor supremo, Gärensen! ¡No es el valor supremo porque los hombres no tienen alma! ¡Ninguno de ellos! ¡Excepto si se la forjan a base de voluntad o si les hacen don de ella!

El dolor que me desgarraba me impedía captar el sentido de sus palabras. Y por otra parte, ¿tenía realmente algún sentido todo aquello? ¿No era más bien el puro delirio de un demente atrapado en las redes de sus fantasías criminales? Fingí que perdía el conocimiento. Dalibor se alejó, lo que me permitió concentrarme para pensar en un plan de acción... Oponerme físicamente a los rumanos quedaba descartado. Ya lo había intentado, y había fracasado lastimosamente. Entonces, ¿cómo podía salvar al último chiquillo? ¿Cómo podía salvar mi propia piel? Sólo me quedaba un último recurso: lanzar el «León Verde» a las entrañas del *palladium*. Tal vez esto matara a la cosa inmundada que se desarrollaba en él y que los Galjero se aplicaban en alimentar con materias orgánicas. Me contorsioné como pude y, al precio de terribles dolores, conseguí que la bolsita que Caetano me había confiado cayera al suelo. Laüme estaba ocupada quebrando el cráneo de su víctima cuando

desaté con los dientes la bolsa de tela. Extático, Dalibor admiraba la obra de su esposa. Era evidente que su papel se limitaba al del mero asistente, el discípulo que facilita el trabajo del maestro pero que no procede a ejecutar por sí mismo las operaciones delicadas. La mujer del vientre liso, agachada sobre la piedra, acababa de frotar la pulpa del cadáver sobre las runas grabadas. Su mirada era la de una bestia, la de una loca que disfrutaba amasando las materias secretas, prohibidas, que maduraban en lo más profundo de las tinieblas del cuerpo. Su casulla negra, chorreante de sangre, médula y humores grasos, se había entreabierto, y por las aberturas de la tela podía ver su carne blanca manchada con mil perlas de líquidos humanos...

Con el arsénico por fin en la palma de mi mano, aún tenía que pensar en cómo trasvasar el polvo a la piedra. ¿Cómo podría conseguirlo con mi hombro dislocado y mis muñecas atadas? ¡Súbitamente supe que había elegido el camino equivocado! ¡No debía actuar con mis manos, sino con mi boca! ¡Tenía que escupir el polvo en el orificio! Ciertamente el arsénico era un veneno rápido, pero mi *therapon* ya me había salvado de la ingestión de un tóxico mortal en otro tiempo, en Nollendorfplatz. Rogué con todas mis fuerzas por que Amarok cumpliera con su papel. Sin embargo, en el momento en que me inclinaba hacia la bolsita, Dalibor se volvió de pronto y dio unos pasos hacia mí. Tan rápido como pude, rodé sobre el paquete para ocultarlo bajo mi vientre.

—¡Mire, Gärensen! —aulló el rumano—. Mire qué hermosa está Laüme con su nuevo hábito rojo...

Sentado sobre sus talones a dos pasos de mí, Galjero me impedía actuar. Todas mis esperanzas se desvanecieron cuando vi a su esposa lanzar los miserables restos del segundo niño a las mazmorras y, con la fuerza de una tigresa, coger al tercero para sacrificarlo también... Por más que grité y supliqué hasta perder el aliento, todo fue inútil; Laüme mató y despedazó al pequeño sin sombra de vacilación o remordimiento. En unos minutos, el esqueleto del chiquillo había quedado a la vista y sus órganos habían sido esparcidos sobre el *palladium*.

—Pronto le llegará el turno, muchacho —escupió Dalibor—. Consuélese pensando que participa de manera excepcional en la edificación de un imperio destinado a perdurar mil años...

El rumano se incorporó y se dirigió hacia un rincón oscuro de la habitación, mientras Laüme reunía los fragmentos del niño y los hacía caer en su casulla, que había levantado por delante para formar una especie de cesta. Cuando, a su vez, me dio la espalda para verter su cargamento en la fosa, supe que aquélla era mi última oportunidad. Rodando sobre mí mismo y hundiendo los labios en el polvo envenenado, me llené las mejillas de esa materia seca, con un horrible gusto a limaduras, que era ya lo único que podía salvarme la vida... Luego me torcí para empujar a las tinieblas, lo más lejos que pude, la bolsa de tela ahora medio vacía. Un segundo más tarde, Dalibor volvía hacia mí, sosteniendo un objeto en la mano.

—Supongo que se aferra al don que le ofrecí en otro tiempo en Venecia... ¿no es así, Thörun?

Y mientras yo abría unos ojos enormes para identificar el objeto que blandía Galjero, el rumano desveló la estatuilla de mi *therapon*.

—Recuerde, Gärensen. Le había prometido que velaría personalmente por que su familiar no se volviera contra usted. ¡Mantengo mi palabra!

Y moviendo el brazo hacia atrás para proyectar la estatua contra el muro, Dalibor aulló:

—¡Arnarok! ¡Amarok! ¡Pronuncio tu nombre de muerte! ¡Tu nombre de muerte es Korama! ¡Por ese nombre, dispérsate! ¡Por Korama, tu nombre de muerte, vuelve a la nada de donde naciste sólo por mí voluntad! ¡Mi voluntad es ahora la de tu muerte!

Al chocar contra la pared de piedra, el *therapon* explotó en una miríada de fragmentos que salieron proyectados en diez metros a la redonda, mientras el líquido aceitoso que se encontraba contenido en su vientre caía en forma de lluvia.

Con una rapidez y una facilidad que me desconcertaron, los dos asesinos se abalanzaron sobre mí y me llevaron hasta la piedra del sacrificio. Con la boca llena de arsénico y sin ninguna ayuda para preservarme de él, yo me sentía ya como muerto. Un último instinto de supervivencia, sin embargo, me hizo debatirme, a pesar de mi hombro dislocado, a pesar de que tenía que retener la respiración para no tragar el veneno, a pesar de los restos viscosos de los chiquillos entre los que chapoteaba. Laüme se apresuró a montarse sobre mí para bloquear mis movimientos y Dalibor se esforzó en mantenerme bien recto sobre el altar, pero, con un golpe de riñones, conseguí hacer caer a la rumana. Liberado de su peso, me volví, con el vientre contra la piedra, para colocar mi boca frente al gollete de esa ostra negra que era el *palladium*. Como un pez absorbiendo el limo del fondo marino, traté de aplicar mis labios contra el orificio. Por fin sentí la abertura, y con un último esfuerzo conseguí babear, más que escupir, todo el veneno que contenían mis mejillas.

En cuanto entró en contacto con ellos, el «León Verde» atacó los aceites santos del monolito. Primero se produjo una especie de chisporroteo de carbones ardientes, y luego oí con diáfana claridad llantos de niños, gemidos de almas condenadas que invocaban ayuda. Y las voces, sin lugar a dudas, procedían de lo más profundo del *palladium*. Loco de ira, Dalibor me derribó violentamente y metió su mano en mi boca para buscar lo que acababa de propulsar. Olisqueándose los dedos, azarado, tembloroso, el rumano gritó unas frases a Laüme en una lengua desconocida para mí, y vi cómo de pronto la mujer se ponía tan blanca como un acantilado de creta. Los dos se precipitaron hacia el fondo de la habitación y registraron apresuradamente unas bolsas, mientras los gemidos y los lamentos que ascendían de la piedra se tornaban más agudos, más fuertes, más desgarradores. De vuelta junto al *palladium*, Laüme limpió como pudo el resto de arsénico que brillaba aún sobre las paredes del gollete y lanzó al interior un puñado de sustancias. Dalibor, por su parte, hizo bascular por sí solo el altar hasta colocarlo en posición vertical, y con la llama de un

mechero fundió un grueso bastón de cera para obturar la abertura. Laüme tiritaba, caminaba arriba y abajo por la sala, se retorció las manos como una niña angustiada... ¡Y entonces supe que, a pesar del sufrimiento que me taladraba el cuerpo, acababa de ganar una batalla!

Me había alegrado demasiado pronto. Porque, mientras Dalibor acababa su operación, las voces empezaron a disminuir de intensidad hasta cesar por completo. Laüme se arrodilló, posó un instante la oreja contra el mármol y una sonrisa iluminó su rostro. Los esposos Galjero intercambiaron aún algunas palabras de las que no capté el sentido, y el hombre se volvió hacia mí, con el rostro rezumando odio en estado puro.

—¡Gärensén! —chilló—. ¿Es consciente de lo que acaba de hacer? ¡Su muerte hubiera sido la última! ¡Ahora habrá que verter de nuevo sangre de niños para apaciguar al espíritu que ha corrompido! ¡Está usted loco!

Y avanzando hacia mí con la rabia de un ogro, me levantó del suelo para precipitarme, con la cabeza por delante, en el conducto que se abría sobre las mazmorras.

TERCERA TUMBA DE LAS QUIMERAS

HOTEL KING DAVID

Jerusalén, 22 de julio de 1946.

Con las manos cruzadas a la espalda, el capitán irlandés Morgan O'Reilly caminaba nerviosamente de un lado a otro por la zona del King David requisada por el Estado Mayor británico. Desde el inicio de la mañana, los rumores se habían desatado. Por todas partes, en los pasillos y en los despachos, desde la sala de mapas al minúsculo cuchitril que ocupaba el servicio de cifrado, corría la voz de que en ese mismo momento se estaban produciendo enfrentamientos en los barrios septentrionales de la ciudad, precisamente en el sector adonde los ingleses no acudían jamás.

«¡Disparos en Mea Shearim!», se anunciaba maquinalmente al vecino, sin que el transmisor conociera el origen de la información.

A O'Reilly le importaba un comino saber si aquellos rumores estaban justificados o no; porque en aquel momento toda su atención estaba concentrada en unos tipos extraños, unos obreros árabes en los que se había fijado casi por azar y cuyas maniobras no habían dejado de intrigarle desde que les había echado la vista encima. Una decena de hombres vestidos, unos con monos de trabajo azules, y otros con simples chilabas, hacían rodar unos bidones de chapa grandes y pesados desde la explanada situada ante el hotel hasta los sótanos que se extendían bajo el cuartel general. Nadie, excepto el capitán, parecía preocuparse por esa gente. O'Reilly trató de avisar a un policía militar, pero no encontró a ninguno en los pisos. Hizo un mohín de disgusto, lanzó reproches en el vacío contra esos funcionarios que tienen la virtud de desaparecer cuando más se les necesita, y salió para echar un vistazo por los alrededores. Haciendo visera con la mano para protegerse del sol, estaba barriendo con la mirada las inmediaciones del hotel cuando su vista se detuvo en el espectáculo sorprendente de un edificio muy próximo, cuyos ocupantes abrían metódicamente todas las ventanas. A esa hora del día, la costumbre no era ventilar las casas, sino más bien atrincherarse en una semioscuridad para huir del calor.

—¿Qué demonios están haciendo esos tarados de *froggiest* —se preguntó O'Reilly, recordando que el edificio albergaba al consulado de Francia en Palestina.

—¿Algún problema, sir? —preguntó el subteniente Gordon, que, siempre ansioso por anticipar las cóleras del capitán, había ido a reunirse con su superior.

—¡Nuestros *ennemis héréditaires* hacen limpieza! —respondió el irlandés triturando en su gran boca las únicas palabras de francés que le gustaba emplear.

Mientras Gordon trataba inútilmente de encontrar alguna respuesta ocurrente al comentario, O'Reilly se volvió para verificar que el motor que acababa de oír arrancar era efectivamente el del camión de los obreros. Estos últimos, tras haber terminado el trabajo, habían subido a la plataforma de su viejo Panhard y se

agarraban a las protecciones para compensar la velocidad que cogía el vehículo. En medio de una nube de polvo y de piedrecitas proyectadas, el camión pasó en tromba ante un O'Reilly considerablemente inquieto y un Gordon que compensaba su incapacidad para captar la situación con un corroborativo reajuste de sus pantalones. O'Reilly vio entonces una silueta que se aproximaba. Era un civil vestido con un traje blanco, un individuo espigado que se acercaba apresuradamente haciendo grandes gestos con los brazos.

«¿Qué demonios querrá este tipo ahora?», pensó O'Reilly rascándose la nuca.

«¡Realmente tengo que hacerme estrechar los pantalones!», rumió Gordon mientras se apretaba el cinturón un agujero más.

Ninguna de estas dos formulaciones llegaría a pasar nunca a la posteridad. Una monstruosa bola de fuego se elevó en el aire y abrasó instantáneamente a los dos soldados, antes incluso de que sus cuerpos reventaran bajo el impacto de los miles de cascotes cortantes que la explosión del King David propulsó a cien yardas a la redonda en medio de un trueno apocalíptico.

Inclinado sobre el cuello de su caballo lanzado a todo galope y aferrado a sus crines, David Tewp oyó la detonación cuando se encontraba a menos de media milla del cuartel general inglés. Tirando con todas sus fuerzas de la brida para detener a su montura, hirió, hasta hacerla sangrar, la boca del animal, que relinchó y se encabritó de dolor. Tewp se incorporó sobre los estribos para mirar a lo lejos. Al pie del promontorio, aún no podía distinguir el King David, pero la columna de humo negro y de polvo que se elevaba por encima de los árboles confirmaba de sobras la realidad del drama que acababa de producirse. Aullando de rabia, el coronel taloneó con furia a su montura para lanzarla de nuevo hacia delante.

Fue de los primeros en llegar al lugar. Ante él, el enorme edificio había sido amputado por completo de su ala derecha. Derrumbados unos sobre otros, todavía se distinguían fragmentos de pisos. Por todas partes se declaraban conatos de incendio, incluso en las zonas del hotel que no habían sufrido de forma directa el impacto de la explosión. Con la notable excepción del consulado de Francia, todos los vidrios y vidrieras circundantes habían sido pulverizados en un radio de doscientas o trescientas yardas. Algunas siluetas aisladas empezaban apenas a dirigirse hacia el epicentro del siniestro.

Tewp desmontó y avanzó por entre el polvo que saturaba el aire. Lo que le impresionó al principio fue la extraordinaria calidad del silencio que reinaba ahora en el promontorio. Ahí donde habitualmente sólo se oía el trino de pájaros, el sonido de palabras humanas, susurros del viento en el follaje, ahora no se percibía ningún ruido. A causa de ese sol ensombrecido por los restos en suspensión, hubiera podido creerse fácilmente que la noche había caído sobre Jerusalén. Con el silencio y el descenso de la luminosidad, se instaló un frío de eclipse. Tewp no pudo contener un escalofrío

ante la visión de este paisaje caótico donde no gritaba ni un herido, donde no se oía a ninguna víctima reclamando ayuda.

Empezó a levantar al azar viguetas calcinadas, paneles de madera arrancados, placas de ladrillos que se desmenuzaban entre sus manos y que se deshacían en polvo como si fueran de azúcar. Detrás de él, otras personas avanzaban en busca de unos improbables supervivientes. A veinte o treinta yardas de lo que había sido la entrada del cuartel general, el coronel creyó ver el brillo de un reloj que rodeaba una muñeca. Al inclinarse, distinguió un trozo de carne quemada bajo los restos deshilachados de una camisa militar. En la zona del hombro reconoció un medio rombo bordado con los colores de los fusileros irlandeses y las barras del grado de capitán. Con el corazón palpitante, gritó pidiendo ayuda para levantar la sección de muro bajo la que yacía el cuerpo del desventurado O'Reilly. Un civil árabe, surgido de no se sabía dónde, acudió en su auxilio. Entre los dos levantaron el bloque de peldaños sin preocuparse por las aristas cortantes de las piedras, que les desollaban las manos. La visión del cuerpo liberado de Morgan era horrible. Quemado, cubierto de heridas sanguinolentas, el capitán no tenía, sin embargo, ningún miembro arrancado. Tewp se arrodilló a su lado y trató de descubrir si aún seguía con vida. ¡En el pecho del irlandés, débil pero claramente perceptible, el sólido músculo cardíaco aún latía! El coronel se levantó de un salto para ir a buscar a un médico. En torno al cráter, la luz volvía poco a poco, pero un verdadero pánico empezaba a nacer entre los escombros. Hubo un primer grito, luego un segundo, y otro más... Con la velocidad de un avión que se precipita hacia el suelo, el mundo salía de la letargia que le había dominado justo después de la explosión. La gente empezó a correr. A gritar pidiendo ayuda. Lamentos, aullidos de dolor, ascendían de todas partes. Empleados y clientes salían de la zona residencial del hotel, los primeros para prestar ayuda, y los segundos para huir. Tewp corrió hasta el gran vestíbulo y cogió el teléfono de la recepción, pero sólo oyó una crepitación en el auricular. Después de salir afuera, mientras se preguntaba por qué los equipos de socorro se demoraban tanto en llegar, vio a un tipo con bata blanca que salía del consulado francés con una enfermera pisándole los talones.

Aunque no sabía ni una palabra de francés, consiguió de todos modos que el médico le siguiera hasta el lugar donde se hallaba O'Reilly. Mientras el doctor hacía todo lo posible para atender al irlandés y vendar sus heridas, Tewp descubrió los restos de dos hombres que no conocía. Uno llevaba un uniforme de subteniente de los fusileros reales irlandeses, y el otro un liviano traje claro... Por fin llegó la primera ambulancia, y Tewp, agitando los brazos, la requisó inmediatamente. Los tipos, dos militares del servicio de sanidad, estaban tan pálidos como fantasmas.

—¡Emboscadas! —balbuceó uno de ellos, mientras soltaba una camilla de su soporte—. ¡Hay emboscadas en todos los caminos que conducen al King David!

Temblando, señaló una larga serie de impactos de bala que salpicaban la carrocería del vehículo.

—¡Disparan contra las ambulancias! ¡Tipos con uniforme británico! ¡Le juro que

es cierto, mi coronel!

—Le creo, amigo —respondió Tewp en tono fatalista—. Pero tienen que hacer su trabajo. Uno de nuestros muchachos debe ser evacuado inmediatamente. ¡Cójalo! ¡Iré con ustedes!

—Es imposible hacer el camino en sentido inverso, mi coronel. Ya es un milagro que hayamos pasado.

Tewp desenfundó su Webley, recuperado en casa del rabino Chaddai, y lo blandió bajo las narices del camillero.

—¡Puede elegir entre un seguro cartucho inglés y morir como un cobarde, o una posible bala del Irgun y hacerlo como un héroe! ¡Decídase rápido, muchacho!

El ya pálido rostro del enfermero se volvió casi translúcido. Blanco como una muñeca de porcelana y balbuceando palabras entrecortadas, el hombre se dejó sujetar por el cuello sin tratar de resistirse. Con ayuda de Tewp, colocó a O'Reilly en la camilla e instaló al herido en la camioneta con los flancos pintados con una cruz roja. El capitán, bien amarrado, gemía débilmente, pero la voluntad de vivir no le había abandonado. Tewp estaba seguro. El coronel conminó al enfermero a que se pusiera al volante, subió a su lado y verificó que el tambor de su arma estuviera correctamente cargado con sus seis cartuchos.

—¿Cuál es su nombre, muchacho? —preguntó al joven conductor, que temblaba como un azogado.

—Byng... Byng... Byngton, mi coronel. *Private* Damien Luculus Byngton.

—¡Pues bien, Damien Luculus Byngton, reviente este motor, si es preciso, pero ábrase paso hasta el primer hospital!

Byngton pisó a fondo el acelerador y lanzó a su máquina por la carretera que descendía hacia la Ciudad Vieja. Los dos británicos rodaron a tumba abierta hasta el final de la pendiente, cruzándose sólo, en estas quinientas yardas, con un único vehículo de urgencias que subía, con la sirena aullando a toda potencia, hacia el King David.

—Le prevengo que esto pronto se convertirá en un tiro al blanco, mi coronel —gritó Byngton mientras se acercaban a un cruce.

—¿Algún recuerdo de la situación? —preguntó Tewp.

Byngton realizó un gran esfuerzo de concentración, que subrayó la repentina hinchazón de sus venas temporales.

—¡A su izquierda, a unas cien yardas, una ametralladora pesada con dos hombres detrás de un muro de bidones! Desde este punto, en tiro cruzado, veinte yardas a la derecha, una zanja con tres o cuatro Enfield. En medio del cruce, los restos de un camión sanitario reventado.

—¿Sospecha de minas?

—No, mi coronel. Pero tal vez sí clavos en la carretera.

—¿Byngton?

—¿Sí, mi coronel?

—¡Adelante a todo gas!

Tewp bajó el vidrio de su portezuela con la manivela. Le inquietaba que hubiera una ametralladora en batería en el lado que ocupaba. Se sabía bastante competente en el manejo de las armas, pero utilizar su Webley con la zurda constituía una enorme desventaja en el duelo que se avecinaba con los miembros del Irgun. De modo que eligió la opción más radical: decidió sacar medio cuerpo fuera de la camioneta para tener libre el conjunto del busto y poder disparar así, a pesar de todo, con la diestra. No tenía suficientes municiones para permitirse el lujo de despilfarrarlas disparando al azar. Al verlo, Byngton vociferó una advertencia que Twep no consiguió entender, y luego sintió que los dedos del conductor de la ambulancia le sujetaban por el cinturón, no para devolverle a su asiento, sino para garantizarle un mínimo de estabilidad.

Conduciendo con una sola mano, Byngton atacó por fin a toda velocidad el viraje que debía desembocar en el lugar de la emboscada. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto mientras la ambulancia, a resultas del impulso que llevaba, se inclinaba de lado. Tewp vio cómo el asfalto se acercaba peligrosamente y durante una fracción de segundo creyó que el camión iba a volcar, pero Byngton jugó maravillosamente con las leyes del equilibrio. Con un golpe de volante más afortunado que experto, restableció la situación, y el vehículo atravesó, bien recto sobre sus cuatro ruedas, la encrucijada, de donde ya partían disparos. Entrecerrando los ojos, Tewp trató de atravesar con la mirada la cortina de humo que envolvía la estructura ennegrecida de una ambulancia despanzurrada que se encontraba cruzada en medio del paso. Dos balas agrupadas silbaron cerca y se aplastaron en la portezuela, a tres pulgadas de su cintura. Otro proyectil agrietó el parabrisas a la derecha de Byngton, que, a pesar de los fragmentos de vidrio, no redujo la presión del pie sobre el pedal del acelerador ni la de su puño sobre el cinturón del coronel.

Con los ojos febriles y la mandíbula crispada, el enfermero se había dejado arrastrar al juego del heroísmo bajo el impulso del agente del MI6. Revelado por fin a sí mismo, Damien Luculus tuvo una intuición a la vez grandiosa y estúpida que le hizo soltar una carcajada. Tiró con todas sus fuerzas del coronel y consiguió devolverlo a la cabina. Y mientras Tewp bramaba de rabia y trataba en vano de recuperar su posición bajo las balas que silbaban y el humo que inundaba toda la escena, ¡Byngton optó, no por la táctica de la huida, sino por la de la carga! Al precio de un bandazo espectacular, el conductor giró el volante y dirigió el vehículo directamente hacia los bidones que servían de almenas a la ametralladora. En medio de un ruido atronador, la camioneta chocó contra los toneles y aplastó los cuerpos enemigos. Pero el choque se reveló fatal para la mecánica del camión ligero: con el eje roto y el motor reventado, la ambulancia acabó su carrera en un murete, mientras se escuchaba ya el tableteo característico de los fusiles Enfield que entraban en acción. Medio inconsciente, con las sienes y la frente cubiertas de sangre y el volante encajado en el pecho, Damien Luculus parecía incapaz de realizar el menor

movimiento.

Protegido por la posición de huevo que había adoptado instintivamente tras haber comprendido lo que iba a ocurrir, Tewp no había sufrido ninguna herida, ninguna contusión. Con furia, el coronel lanzó dos o tres vigorosas patadas para abrir la portezuela y luego se dejó caer pesadamente al suelo. Una bala se hundió en la chapa dos pulgadas por encima de su cabeza. Otra rebotó a medio pie de su hombro. El coronel se aplastó contra el polvo y reptó para ir a protegerse tras un bidón torcido. Sabía que blandiendo su arma no podía oponerse eficazmente al grupo de tiradores emboscados, que además de beneficiarse de la seguridad de una posición bien preparada, gozaban de la ventaja de un emplazamiento algo más elevado y, sobre todo, de un sol que les era totalmente favorable. Lo único que podía hacer ahora era recuperar la ametralladora Bren, cuya culata veía sobresalir bajo la ambulancia, apenas a diez pies de él. Lanzándose bajo el chasis del vehículo, tendió la mano para sujetar el arma pesada. Dos o tres cartuchos maullaron, y uno de ellos reventó un neumático, haciendo que el camión bajara de golpe y estuviera a punto de aplastar al inglés. Aun así, febril y sudoroso, Tewp siguió tanteando, y finalmente sintió la madera del arma bajo su palma.

Mientras estaba tirando hacia sí de la Bren, un nuevo disparo a los neumáticos acabó de bajar la carlinga por un lado, eliminando de ese modo cualquier posibilidad de retirada. El oficial se deslizó hacia el otro lado al ver que los tiradores intensificaban las salvas con la intención de acertar lo más rápidamente posible en las dos ruedas restantes. Tewp comprendió sus intenciones justo antes de que un tercer neumático fuera alcanzado. Aunque trató de liberarse, empezó a llover una nueva granizada de balas, y el último neumático fue atravesado. Con un crujido siniestro de muelles rotos, la ambulancia se deslizó hacia abajo, dejando a Tewp apenas espacio para respirar pero bloqueando su cuerpo bajo el camión. Maldiciéndose a sí mismo por haber cometido la locura de precipitarse sin reflexionar en esta trampa, el inglés replegó su brazo para acercarse la Bren. Fue entonces cuando, presa de la furia, descubrió que el cañón de la ametralladora se había torcido en el choque con la ambulancia y el arma era totalmente inutilizable.

Nuevos disparos resonaron en el vehículo, e inmediatamente un intenso olor se difundió en el aire. Los combatientes del Irgun acababan de alcanzar su nueva diana: ¡el depósito de combustible! El carburante ya se escurría a lo largo de la camioneta inmovilizada, que podía inflamarse con el primer cartucho... Prisionero bajo su vehículo, Tewp se sabía condenado. De un segundo a otro, moriría de la manera más atroz que pueda imaginarse, quemado vivo en el incendio que devoraría la camioneta antes de pulverizarla. Sin embargo, en lugar de nuevos impactos de bala de los fusiles Enfield, lo que de pronto resonó a lo lejos fue el tableteo de otra ametralladora. Una larga ráfaga precedió a la explosión de dos obuses de pequeño calibre. Bajo el amasijo de chapa que le tenía atrapado, el coronel no podía ver nada del enfrentamiento que se desarrollaba afuera, pero cuando el eco de las detonaciones se

hubo disipado, reconoció el nítido ronroneo de un motor de autoametralladora Staghound. El vehículo amigo se acercó lentamente al centro del cruce, donde se detuvo para imprimir una rotación completa a su torreta. Luego se escuchó el ruido de una escotilla al levantarse, y Tewp comprendió que el jefe del vehículo iba a sacar por fin la cabeza. Vociferando, alertó al equipo de su presencia. En unos minutos de trabajo intensivo los soldados colocaron gatos bajo el vehículo y le sacaron de debajo de la chatarra. Rasguñado, tumefacto, con la boca llena de arena y la espalda negra de grasa, Tewp había salido, sin embargo, indemne del ataque. Damien Luculus Byngton, en cambio, no había tenido esta suerte. Con la caja torácica hundida, había muerto mucho antes de que le sacaran de la cabina. El coronel abrió las puertas traseras de la ambulancia. O'Reilly tampoco había sobrevivido al enfrentamiento. Una bala perdida había atravesado la carlinga y le había abierto en dos la frente. Infinitamente triste, Tewp cerró los párpados del capitán irlandés antes de pedir que le dejaran utilizar la radio de a bordo del Staghound.

A menudo se dice que la suerte constituye una parte esencial del talento, y sin duda, a lo largo de toda su historia, los servicios de información británicos nunca han carecido de estos dos componentes. En el atentado que decapitó al Estado Mayor del ejército inglés en Palestina, ningún agente de la Firma fue dado por desaparecido. Aunque el MI6 perdió a algunos de sus informadores, todos sus miembros registrados, milagrosamente desperdigados por las callejuelas de la Ciudad Vieja en el momento del drama, pudieron consagrarse sin demora a buscar a los instigadores de un acto criminal que acababa de provocar la muerte de un centenar de personas. Por más que su presencia en Jerusalén no estuviera respaldada por una orden de misión conforme a las expectativas de la administración militar, el coronel Tewp se presentó espontáneamente ante las autoridades de su cuerpo. Tras reconsiderar la gravedad de la situación, dar con la pista de Ruben Hezner acababa de pasar de pronto a un segundo plano entre sus prioridades.

En un principio, al comandante Jerome, sorprendido de ver presentarse ante él a un coronel surgido de no se sabía dónde, le costó algún esfuerzo otorgar su confianza a este hombre que, con su chaqueta desgarrada, su mentón lleno de cortaduras y aquella nariz tan extraña, le inspiraba cierto recelo. Finalmente, verificados, validados, confirmados y reconfirmados por las oficinas de Londres, la identidad y el grado de David Norman Tewp dejaron de ser objeto de duda, y el coronel, tratado con la cortesía debida a su rango, pudo ofrecer su testimonio sobre la operación que el Irgun acababa de lanzar sobre Jerusalén.

—En Mea Shearim, los terroristas estaban interesados en mí y sólo en mí. No escatimaron medios para conseguir su objetivo: ¡una quincena de hombres e incluso un viejo Crusader!

—¿Y usted destruyó ese blindado y pasó a través de este ejército sin ninguna

ayuda, coronel? —preguntó Jerome con cierta extrañeza.

—Bajo el imperio de la necesidad, surgen recursos inesperados —respondió Tewp, que ya se había dado perfecta cuenta de que si alguna vez el comandante Jerome había apretado el gatillo, habría sido para reventar globos en la fiesta de su pueblo.

—Admitámoslo —soltó el otro—. Pero ¿querría explicarme qué misterioso asunto le ha traído a Jerusalén para que nuestra oficina no haya sido informada de su presencia?

—La naturaleza exacta de mi misión no le concierne en absoluto. Lo único que cuenta aquí es que me ha conducido a cruzarme en el camino de un truhán en estrecha conexión con el Irgun. A través de este hombre transitan en parte los fondos y las armas de los terroristas.

—Interesante —admitió Jerome—. ¿Tiene pruebas?

Tewp suspiró. ¡Cómo iba a hacer comprender a este militar obtuso que las informaciones en las que se apoyaba eran las confesiones que un rabino cabalista había conseguido arrancar a un sicario bajo hipnosis! Antes incluso de intentar explicar la escena, renunció a esta pretensión.

—No hay pruebas tangibles. Sólo declaraciones...

—Esto constituye, sin duda alguna, un notable inicio, coronel —soltó Jerome sin asomo de ironía—, pero es necesario que sepamos más para tratar convenientemente sus afirmaciones. Comprenda la situación: nos enfrentamos a una organización armada bastante poderosa para planificar y llevar a cabo la destrucción de nuestro Estado Mayor, pero también lo suficientemente retorcida para cortar durante varias horas todos los accesos que conducen al King David. ¡No podemos combatir a esta gente que dispara a las ambulancias, que asesina a civiles inocentes y ejecuta a militares después de una parodia de proceso a partir de unos simples rumores! ¡Necesitamos algo concreto!

Tewp comprendió que no podía esperar ninguna ayuda inmediata de parte de los oficiales. Sabía, ciertamente, que la implicación de Saporta acabaría por ser establecida; pero ¿cuánto tiempo requeriría eso? ¿Seis meses? ¿Un año? Más, tal vez... Demasiado tiempo para que el mañoso llegara a ser capturado un día por unos británicos que estaban a punto de ser expulsados de Palestina, como lo estaban siendo de la India. Tewp renunció a enredarse en una disputa con Jerome. De nada hubiera servido. El pobre comandante estaba tan limitado por los reglamentos como por la absurda situación política que parecía marcar a esta región como una maldición. El coronel se despidió; sólo pidió que un coche le dejara a la entrada del barrio de las Cien Puertas.

En el vehículo que Jerome le había alquilado a regañadientes, Tewp constató que la ciudad se encontraba, una vez más, en estado de sitio. Al precio de feroces combates, todas las bolsas de emboscados que el Irgun había organizado habían sido limpiadas una tras otra, pero por encima de todo existía el temor de que se produjeran

nuevos atentados, que estallaran nuevas bombas. *Tommies* inquietos, nerviosos, patrullaban con el dedo en el gatillo. En cada encrucijada, en cada calle, ya sólo se veía el uniforme de los *brits*. Tewp entró a pie en Mea Shearim. Aún seguía preocupado por Isaac Chaddai y por la familia de Zimeón Sternberg. Esperaba con todo su corazón que los últimos integrantes del comando enviado para acabar con él no se hubieran vengado en ellos de la muerte de sus cantaradas. Al entrar en casa del rabino, Tewp lo encontró tranquilamente sentado en la habitación tapizada de libros que le servía de despacho. Con su sombrero negro hundido en el cráneo, Isaac abrió unos ojos radiantes cuando la silueta del inglés se dibujó en el marco de la puerta.

—¡Gracias sean dadas al Eterno! ¡Está vivo! ¡Estaba preocupado por usted!

Emocionado por la solicitud del rabino, Tewp sonrió. A pesar de la fatiga, a pesar de las heridas, a pesar de la tristeza por haber visto morir a tantos compatriotas y la rabia de haber vivido tantas batallas furiosas, se sentía reconfortado por las atenciones y las muestras de amistad sincera del anciano.

—¿Los Sternberg? —preguntó.

—Están bien. Todos. ¡Los niños, la madre, el padre, e incluso el gato!

Tewp se apoyó contra la pared y se dejó caer para sentarse sobre los talones.

—¿Qué hará ahora? —le preguntó Chaddai.

¿Qué hacer? Sí, era una buena pregunta, la única que debía plantearse. Era del todo evidente que la posibilidad de encontrar a Hezner había quedado descartada. A pesar de todos sus esfuerzos, Tewp acababa de fracasar en esta misión. Después del atentado del King David y los graves enfrentamientos con los sicarios, la situación era ahora de guerra civil, ¿y quién podía saber qué grado de exacerbación alcanzaría el conflicto? Encontrar la pista de un hombre en estas condiciones era sencillamente imposible. Quedaba Saporta, a quien el coronel quería hacer pagar la muerte de O'Reilly. Pero también en este caso, ¿qué camino podía tomar para sacar al truhán de su madriguera? Sin Nathan Katz, y sobre todo sin el capitán de los fusileros irlandeses, aquel objetivo se antojaba irrealizable.

—¿Qué vamos a hacer con Samuel, hijo de Schlomo y de Hannah? —inquirió entonces el rabino.

Tewp frunció las cejas en señal de incompreensión.

—¡El chico del Irgun al que até en mi oratorio! ¡Aún sigue ahí!

Con el recuerdo de aquel tipo, el coronel recuperó la esperanza. Tewp se levantó de un salto, entró en la sala de oración y descubrió a Samuel, debidamente amordazado y mejor atado que un salchichón.

—He hecho que retiraran el cuerpo del que usted abatió en la biblioteca, pero juzgué más prudente conservar a éste un ratito al fresco... ¡Aún puede servir! —cacareó maliciosamente Chaddai detrás del hombro del oficial—. Creo que es un buen momento para prescribirle una sesión de interrogatorio cabalístico, ¿no le parece, Tewp?

¡POR EL REY! ¡Y POR NOSOTROS!

Hampton aceptó. Warwick también. Callaghan dudó, pero finalmente acabó por ceder. Marty refunfuñó un poco, pero de todos modos dio su aprobación al saber que Barney era de la partida. Rudge se negó en redondo. Poco importaba: él era de Manchester, y su opinión no contaba. Travis, Colington, Brewers y Bonnie juzgaron la idea condenadamente buena. Tewp se frotó las manos. ¡Incluyéndole a él, en unos minutos acababa de constituir un grupo de combate de diez hombres decididos a abrirse camino, costara lo que costase, hasta Zino Saporta!

Los tipos que el coronel había seleccionado no eran unos cualquiera. Surgidos todos de la compañía O'Reilly del 1er Batallón Real de Fusileros irlandés, eran ante todo unos aventureros que no se detenían ante nada, unos camorristas que no dudaban en tomar distancias con respecto al reglamento militar siempre que pudieran sacar provecho de ello. Tewp lo había comprendido desde hacía tiempo por las frecuentes alusiones del difunto capitán, y por eso estaba seguro de que en esos antiguos descargadores del puerto de Dublín, esos truhanes de Belfast incorporados a filas, esos navajeros de las orillas del Shannon disimulados bajo el uniforme, encontraría toda la competencia y el entusiasmo requeridos por la operación que preveía. En las venas de esta gente sólo circulaba sangre guerrera. Reyes celtas, conquistadores sajones, piratas daneses, todos estos bárbaros habían combatido entre ellos y mezclado durante siglos para generar esta raza improbable, salvaje y pobre, magnífica y piojosa, increíblemente inadaptada a su época: la canalla de la verde Erín. Ellos, al menos, marchaban por gusto al riesgo y a la venganza, sentimientos simples, eternos, fáciles de inflamar. Las pruebas no les interesaban. ¡Si un coronel —aunque fuera inglés, e incluso protestante— se presentaba ante ellos, les hablaba y les pedía que hicieran justicia por uno de los suyos, no había nada que discutir, simplemente se ponían en marcha! Y si además podían rapiñar cuadros de grandes maestros, valiosas esculturas y magníficas joyas, tanto mejor para ellos.

—No piensen que esto será sencillo —les advirtió de todos modos Tewp, después de asegurarse de que la puerta del dormitorio de la tropa donde les había reunido estaba bien cerrada—. El refugio del tipo en cuestión está construido en las alturas, en las orillas del mar Muerto. Es una vieja infraestructura de minas de cobre abandonada, sita en la cima de un despeñadero árido con una sola ruta de acceso muy fácil de controlar. Desde la cresta se dominan completamente los alrededores, yermos y planos como la palma de la mano. Habrá que franquear al descubierto de doscientas a trescientas yardas. Incluso de noche, el riesgo es enorme. Y además, necesitamos armas pesadas. Se supone que encontraremos a una decena de individuos bien armados, bien entrenados, y sobre todo, desconfiados.

—Sin ánimo de ofender, mi coronel, ¿está seguro de sus informes? —preguntó

Bonnie, un tipo pequeño y fornido, con los antebrazos cubiertos de tatuajes.

No, Tewp no estaba seguro de sus informes. Aunque la mesmerización practicada por Isaac Chaddai sobre el prisionero Samuel ya había demostrado su eficacia, lo cierto era que, aparte de localizar el refugio de Saporta, el inglés sólo había logrado sonsacar del sicario una descripción imprecisa del lugar y las fuerzas en presencia. ¡Hacía falta una buena dosis de mala fe para calificar aquello de informes fiables!

—Estoy seguro de lo que afirmo, caporal, no lo dude —mintió Tewp en un tono particularmente convincente.

—¡En este caso, nosotros nos ocupamos de toda la logística! —soltó el corpulento Warwick.

Por más que fuera sólo un *private*, era más que evidente que Warwick tenía un gran ascendiente sobre sus compañeros. En esta operación de mercenarios, la jerarquía de los grados oficiales no contaba para nada. Lo único que valía era la fuerza de carácter y la capacidad de arrastrar a los otros.

—Acuda aquí a las veintidós horas, coronel —continuó Warwick—. Llegada al lugar estimada a las doce y media de la noche. Inicio de la operación a la una. Fin de los combates treinta minutos más tarde, como máximo. Al alba, todo el mundo habrá vuelto a su cama para oír el toque de diana y presentarse con la cabeza alta en la formación.

Aquella noche Tewp se revolvió durante mucho tiempo en su cama del King David. Los vidrios de sus ventanas, que habían volado en la explosión, aún no habían sido reemplazados, y el calor infernal que reinaba en la ciudad se había propagado a la habitación. Decididamente, las noches palestinas se parecían a las de Calcuta, pensó Tewp. Para él, un hombre del norte que había pasado toda su juventud entre las brumas de la costa y luego bajo las lluvias londinenses, adaptarse a este cambio había sido un proceso largo. Ahora, sin embargo, se había convertido en un auténtico colonial: su piel bronceada apenas había palidecido en el curso de los meses pasados dando caza a Chandra Bose y a su ejército de los Tigres en las nieves de la Europa del Este, y era capaz de caminar durante horas o combatir en los instantes más cálidos de la jornada. Cuando no brillaba el sol, lo echaba en falta. Y nada le gustaba tanto como el perfume de los hibiscos o los almendros, que sólo florecían en los países cálidos.

El ventilador giraba a toda velocidad, pero no era la pesadez del ambiente la que le impedía dormir. No podía encontrar el sueño sencillamente porque experimentaba un sentimiento que no había sentido desde hacía semanas, meses, años tal vez... ¡Tewp se sentía alegre! ¡Oh, sí, los fantasmas trataban, desde luego, de enturbiar esta alegría íntima, esta felicidad secreta! Pero por poderoso que fuese, ningún espectro tenía esa noche fuerza suficiente para apagar la sonrisa que se dibujaba en los labios del inglés. Esa noche Tewp no había velado con un trapo el espejo del cuarto de baño.

No había sacado de su caja de nácar la aguja que utilizaba para inyectarse opio.

Había podido contemplar su rostro sin pestañear, sin sentir vergüenza, sin sentirse inundado de tristeza... Esculpida por el artesano Sternberg, la prótesis que ocultaba ahora el vacío de su nariz cortada era tan delicada, estaba tan maravillosamente trabajada, que era casi imposible distinguirla de su carne. Los juegos de la luz eléctrica, por cruda que ésta fuera, sobre la sutil imbricación de coral y nácar restituían todos los matices de la carne, hasta las menores variaciones de su pigmentación. ¿A qué distancia había que acercarse para percibir el artificio? A unas pulgadas, apenas. Había que acercarse a Tewp hasta casi tocarle para darse cuenta de que prácticamente un tercio de su rostro no estaba compuesto de tejido vivo. No sólo era el arte de Zimeón el hacedor del origen de este milagro; también habían contribuido los conocimientos místicos de Chaddai, que en cierto modo habían animado la materia inerte de la prótesis, los glifos cabalísticos que había grabado, las oraciones que había susurrado, los ungüentos santos que había frotado... Sí, todo esto había devuelto un rostro a Tewp. Y este rostro era también la marca de un destino nuevo. Ése era el motivo de que el inglés, solo pero feliz, riera en la noche.

—Tenemos dos fusiles Piat anticarro de diez cargas cada uno para el equipo de choque —anunció orgullosamente Warwick—. Por desgracia, una sola Bren y sus ocho cargadores para el equipo de fuego. Pero todos los demás tienen Sten y granadas... Naturalmente también hay para usted... ¡Y además contamos con cuatro rollos de cuerda con ganchos y tres pares de prismáticos!

Tewp pasó revista a las armas, impecablemente expuestas sobre tableros sostenidos por caballetes. Muy oportunamente, el jefe armero del batallón era el tío político del deudor de uno de los miembros de la banda de Warwick. Bastó una llamada a cobro revertido a un garito de Londonderry para que, en contrapartida, se rogara al susodicho tío que pusiera a disposición de sus compatriotas, camaradas y correligionarios tantos ingenios mortíferos como pudiera.

—¿Y los vehículos? —preguntó Tewp, mientras cogía una de las pistolas ametralladoras y deslizaba tres granadas en su cinturón.

—Un Bedford y un vehículo civil. Los dos han sido revisados y tienen el depósito lleno.

El coronel hizo un gesto de satisfacción.

—¡Señores! ¡Por nuestros muertos! ¡Por el rey! —declamó bastante pomposamente a modo de brindis, mientras levantaba la botella de *whisky* Jameson que acababan de tenderle, sin haber mojado los labios en ella.

—¡Y por nosotros! —añadió Warwick después de haberse echado al colete una dosis de licor bastante mayor que la que le correspondía.

El frasco pasó de mano en mano, y luego, después del trago ritual, todo el mundo emprendió la marcha en silencio. Para no despertar las sospechas de los vigilantes de las barreras, el coronel subió al coche y eligió a Callaghan como chófer. Aunque

procurara disimularlo, Tewp era consciente de que la panoplia de que disponía su grupo era sumaria. Demasiado sumaria, incluso, para aventurarse en terreno desconocido. Tal vez las inmediaciones de la casa de Saporta estaban sembradas de minas. ¿Cómo saberlo con un tipo tan retorcido? Seguro que habría perros adiestrados para dar la voz de alarma al menor olor sospechoso. Se hubiera necesitado un fusil de largo alcance con una buena óptica para deshacerse de los centinelas. Y además, al coronel le preocupaba sobre todo la topografía. Se había pasado toda la tarde escrutando, en un mapa de Estado Mayor conseguido gracias a un generoso *bakchich*, hasta el menor desnivel, hasta la más pequeña indicación de relieve. El resultado no había sido en absoluto esperanzador: el promontorio que tenían que atacar era un nuevo Masada, una fortaleza aislada en medio de un paisaje lunar donde no crecía un solo árbol, ni una planta que pudiera protegerles de las miradas. Decididamente, esta aventura no era razonable. Pero ¿qué relación tiene la razón con el instinto de combate que el destino ha otorgado a determinados hombres? ¡Ninguna! ¿Las minas? Las rodearían. ¿Los perros? Les engañarían. ¿Los centinelas? Se aproximarían a ellos en silencio para luego degollarlos o estrangularlos. Instalado en el coche junto a Callaghan, Tewp, a pesar de la total improvisación de la operación, estaba firmemente decidido a llegar hasta el final. La amargura que le embargaba después de haber visto frustrado su intento de encontrar a Ruben Hezner se lo exigía, como en compensación por este fracaso.

Después de atravesar sin dificultades los controles que el ejército británico había establecido en torno a todo Jerusalén, los dos vehículos se dirigieron hacia el este, directamente hacia el mar Muerto. En sólo unas millas, el paisaje cambió por completo. De las colinas suaves y boscosas del valle pasaron a una meseta árida, de suelo agrietado, donde los pueblos eran cada vez más escasos... Luego atravesaron una landa blanca, polvorienta, de una belleza irreal y sobrecogedora. Al fin, el paisaje se inclinó brutalmente, anunciando el gran descenso hacia el fondo de la falla donde el mar Muerto centelleaba con sus millones de toneladas de cristales de sal en suspensión. Con todas las luces apagadas, el automóvil y el Bedford avanzaron por una cornisa que discurría a lo largo de la orilla. Tras una última milla por campo abierto, el coronel dio la señal de alto. Durante el recorrido, Tewp y los irlandeses se habían pasado por el rostro y las manos un tapón quemado para ennegrecerlos y hacerse irreconocibles.

—Debería ponerse más negro en la nariz, mi coronel —sugirió el pelirrojo Callaghan al ver que el inglés había olvidado ensombrecerse esta parte en concreto del rostro.

Por una coquetería de la que era consciente, pero que tenía la debilidad de perdonarse, Tewp se resistía a embadurnarse la prótesis esculpida por Zimeón. En su lugar prefirió anudarse un pedazo de tela oscura en torno a la cabeza. Aquello le confería un aire de villano de película que le divirtió por un segundo al distinguir su reflejo en el retrovisor.

El cielo, demasiado luminoso, jugaba esa noche en contra de los británicos. Aunque estaba bastante encapotado, la capa de nubes se desgarraba a menudo dejando pasar la luz de una luna casi llena. En una noche oscura, aproximarse discretamente a la eminencia donde el viejo complejo minero acababa de herrumbrarse ya hubiera podido calificarse de hazaña, pero con esas grandes manchas luminosas que barrían el paisaje como proyectores de *music hall*, ¡aquella misión parecía lisa y llanamente imposible! Tewp ajustó los prismáticos y trató de localizar la situación de la mina abandonada. A dos millas aproximadamente hacia su izquierda, encontró lo que buscaba: allí, sobre las treinta o cuarenta últimas yardas de un espolón rocoso con las laderas cortadas a pico, se escalonaban varios edificios de diversa relevancia. No se veía ninguna luz, ni tampoco indicios de presencia humana. Tewp empezó a transpirar intensamente; le pasó por la cabeza que tal vez la información que Samuel le había proporcionado fuera una trampa.

—Es imposible trepar por un lado o por la parte trasera —juzgó Warwick, que también estaba observando la disposición del lugar con sus prismáticos—. Habrá que ir de frente...

—No sin antes haber echado una ojeada de más cerca. Primero enviaremos a un explorador. ¡Callaghan, es usted voluntario! —ordenó el coronel.

El pelirrojo se desprendió de su Sten y de sus granadas, conservando sólo su puñal, y salió corriendo a explorar los alrededores del complejo. Se acercaría tanto como pudiera a la antigua carretera casi borrada que en otro tiempo conducía a las minas y ascendería por ese camino para deslizarse hasta las inmediaciones de los edificios.

Callaghan estuvo ausente durante un buen rato. Mientras esperaba su vuelta, el coronel reunió a los otros integrantes del equipo y los aturdió con un breve discurso bastante grotesco del que él mismo no extrajo ningún sentimiento de orgullo. Su torpeza le hizo recordar, sin embargo, con cierta diversión sus bravatas de novato, cuando, con la mayor sinceridad del mundo, trataba de mostrarse como un joven lleno de confianza ante el capitán Gillespie y los asistentes Mog y Edmonds. Pero esta burbuja de nostalgia bengalí se dilató para disiparse por completo con la llegada de Callaghan quien, entre jadeos, trazó con el dedo un esquema rudimentario en el polvo para informar de lo que había visto.

—No se pueden distinguir desde aquí con los prismáticos, pero debe de haber unos diez o doce *yids*' de guardia en torno a la entrada de las minas. ¡Es muy posible que estén protegiendo a un pez gordo!

—¡O un buen botín! —exclamó Barney.

—Las dos cosas suelen ir juntas —observó Tewp antes de pedir precisiones sobre la topografía.

—Hay tres campamentos de barracas bastante sospechosos. Creo que son una especie de acantonamientos. ¡De hecho, todo el lugar se parece más a un campo de entrenamiento del Irgun que a la propiedad de gángster que usted nos describió,

coronel, dicho sea con todos los respetos!

—¿Perros? —preguntó Tewp sin darse por enterado del reproche.

—¡Ni visto ni oído! —respondió Callaghan.

—A ojo, ¿cuántos hombres calcularías que hay en el complejo? —preguntó Warwick.

—A juzgar por las instalaciones, cuarenta. Cincuenta, tal vez. Seguramente muy bien armados.

Warwick se aclaró la garganta y recomendó llevar a cabo una penetración directa y masiva por la carretera principal. Por dotado que estuviera para aglutinar a las almas ingenuas, lo cierto era que el *private* no se había estrujado los sesos para planear su estrategia. Simple caporal súbitamente ascendido a sargento jefe después de haber capturado fortuitamente a un general italiano en Libia hacía cinco años, Warwick se había pasado el resto de la guerra perdiendo sus galones uno a uno por indisciplina, incompetencia, insubordinación y otras minucias semejantes. Así, aplicándose en descender en la escala jerárquica más que en ascender por ella, había vuelto a caer, no sin extraer un cierto orgullo de esta circunstancia, al grado cero en la profesión militar.

Tewp suspiró. Consideraba el ataque frontal como una mala táctica, pero tampoco veía qué otra maniobra se podía proponer. Acababa de dar su conformidad al plan sin mucha convicción cuando Brewers declaró que se retiraba de la partida.

—¡Si hay que hacerlo así, será sin mí! —exclamó al tiempo que dejaba caer su Sten al polvo—. Creía que, en el peor de los casos, debíamos enfrentarnos a no más de una quincena. Por lo visto ya hay una decena fuera, más un número indeterminado en los barracones. Sin contar con todos los que Callaghan no ha localizado. ¡No vamos a subir diez contra treinta o cincuenta tipos bien atrincherados!

Warwick simuló encolerizarse con el desertor, pero la blandura de su reacción no engañó a nadie. Tampoco él estaba muy entusiasmado con la idea de tomar por asalto una guarnición completa con tan escasos efectivos.

—Lo mismo digo —se sumó Barney—. Yo tiro la esponja. ¡Es un bocado demasiado grande! ¡Volveremos otra vez! ¿No es así, muchachos?

Uno a uno, los irlandeses mascullaron algunas frases torpes para justificar su abandono. ¡Tewp, furioso, se arrancó la tela que le cubría el rostro y les fulminó con la mirada! ¡Hubiera deseado ponerse a aullar, abofetearles y amenazarles con un tribunal de guerra! Pero ¿qué podía hacer en el fondo? ¡Nada! Dolorosamente, en el peor momento, acababa de tropezar con los límites de la fiabilidad de las tropas mercenarias. Por un instante pensó en prometerles dinero. Sin embargo la única cuenta bancaria bastante bien provista a la que podía recurrir era la de lord y *lady* Bentham, y el respeto que sentía por el matrimonio le impedía que asumieran un gasto tan oneroso para saldar un asunto que ahora semejaba más a una guerra privada entre él y Saporta que a un episodio crucial en su caza de los Galjero.

—¿Viene, mi coronel? —preguntó Warwick mientras los cariacontecidos granujas

de la verde Erin volvían a subir al Bedford.

—¡Ni hablar, Warwick! Déjeme el coche. ¡Me quedo!

Con los brazos cruzados sobre el pecho, David Tewp dejó que el camión partiera por el camino pedregoso. En su fuero interno esperaba que los irlandeses, corroídos por los remordimientos, dieran media vuelta para unirse de nuevo a él, ansiosos por redimirse con un combate furioso de la debilidad a la que acababan de sucumbir. El coronel esperó así diez, veinte minutos. En vano. En la noche, en torno a él, todo era silencio, una absoluta soledad, y abajo, a su espalda, el mar Muerto, que brillaba como un inmenso y desesperante charco de plomo.

En el maletero del coche, Tewp encontró la botella de *whisky* que había servido para las libaciones del inicio de la noche. Con el escaso líquido que quedaba limpió el negro de hollín que le manchaba el rostro y luego bebió directamente del gollete las últimas gotas de alcohol antes de instalarse tras el volante. Con los faros encendidos y tarareando una animada melodía hindú que el caporal Habid Swamy le había enseñado, avanzó a gran velocidad por la carretera llena de baches que conducía directamente a la mina abandonada.

TERCER LIBRO DE THÖRUN GÄRENSEN

LAS BODAS SECRETAS

Era un simple bracteado de oro, una medalla vikinga acuñada en una sola cara con un símbolo antiguo, unos gramos de metal amarillo que brillaban al sol sobre la hierba de la llanura. La recogí y reconocí, grabado en un ligero relieve, el dibujo de Mjöltnir, el martillo encantado que maneja el dios Thor, mi divinidad tutelar. Feliz por haber encontrado este signo de buena fortuna, deslicé el disco bajo mi cinturón e inicié la ascensión de un cerro totalmente irisado de flores malvas que ondeaban bajo la brisa. No tenía hambre ni sed. Sólo me importaba saber de dónde procedía aquel ulular sordo, quejoso, que no había dejado de oír desde el alba y que parecía alejarse de mí a medida que trataba de alcanzarlo.

Desde la cima del túmulo, vi un bosque oscuro que empezaba justo después de la orilla arcillosa de un torrente. Los gritos se perdían ahora en la masa de los árboles. Una libélula roja se posó un instante sobre mi mano y luego partió revoloteando por encima de las aguas vivas. Hundiéndome en la corriente hasta la cintura, crucé también esta frontera. El agua estaba tan fría que mis entrañas se revolviéron y el sexo se me encogió en las calzas. Tras deslizarme por el agua, salí de la corriente sujetándome a una gruesa pella de hierba que me sirvió de punto de apoyo. Chorreando, temblando, corrí hasta el lindero del gran bosque. Allí había una mujer, sentada bajo las encinas, una anciana de cuerpo delgado envuelta en una hopalanda oscura.

—Soy Kloge —me dijo con voz trémula—. ¡Tú me conoces, pero no te dije mi nombre cuando nos vimos por primera vez!

¡Kloge! ¡Sí, la recordaba! Un día —pero ¿cuándo?— había reunido mis miembros dispersos, y luego, durante un mes, un año, un eón entero tal vez, había recosido los fragmentos... Pero su obra había sido la de una loca. Con grandes puntadas, había encajado mi rostro sobre mi vientre y atado mis manos a los muñones de mis piernas.

—¡Cabeza hueca! ¡Cabeza a pájaros! ¡Cabeza loca! Este es el camino para convertirse en *trollaukin*. En el bosque no hay senderos. En el bosque hay que perderse para encontrarse.

¡Qué cacareo estúpido! Quise azotarla para que callara y castigarla por haberme parcheado tan mal en otro tiempo, pero Kloge se movió con la agilidad propia de una mosca y, dotada con la fuerza de diez guerreros, me lanzó sobre las hojas muertas. ¡Inmediatamente después, la anciana se agachó sobre mí, y tras abrirme la camisa, trazó runas sangrientas sobre mi pecho con un pico de cuervo que se había sacado de la manga!

—¡Protección, hombrecillo! ¡Te doy protección! —piaba mientras yo sentía cómo la reliquia inmunda rasgaba mi carne como lo hubiera hecho la punta de una espada

—. ¡Tu piel bonito pergamino! ¡Antes de desaparecer, Kloge te concede un beso!

La anciana, más arrugada que una manzana de veinte temporadas, pegó su rostro al mío y su lengua fría cruzó la barrera de mis labios. El contacto de su boca con la mía fue atroz. Tuve la impresión de que besaba una bola de grasa hormigueante de gusanos. Cuando aquello acabó, Kloge se había esfumado, pero el cielo se había ensombrecido...

Al levantarme, vi que había entrado en lo más oscuro del bosque. Los gritos, los lamentos, los suspiros que había seguido desde la llanura estaban ahora muy próximos. Dudando, aparté unos matorrales, atravesé unas zarzas y penetré en un minúsculo calvero circular cuyo centro estaba ocupado por un viejo tronco retorcido, negro y hueco, de donde salían las llamadas. Con el corazón palpitando desbocado, me acerqué; pero de pronto el suelo se abrió como una trampilla para tragarme entero. Me deslicé aullando bajo tierra por un pozo negro que hedía a matadero y caí en un pantano de fango, un estanque de agua infecta que ocupaba el fondo de una minúscula caverna sin luz y sin salida. ¿Cómo podía ver en esta oscuridad absoluta? No lo sabía. ¿Era a causa de las runas que Kloge había grabado en mi torso? ¿Era porque de pronto me había convertido en un *trollaukin* —como ella había predicho—, un hombre cuyas capacidades se multiplican con las pruebas que atraviesa? Tal vez. Pero ¿me serviría esto de ayuda para salir de este foso inmundo, o era más bien un último refinamiento en el horror, un último don que se me ofrecía para que contemplara con mis propios ojos que mi prisión era hermética, que no disponía de ningún medio para volver a la superficie? Los gritos que me habían atraído hasta aquí —los de las misteriosas sirenas con cantos, no de voluptuosidad, sino de angustia— se habían extinguido. En este agujero inmundo estaba solo, abandonado de todos, seguro de ser tachado para siempre del libro de los vivos.

Anonadado, me derrumbé contra la pared rezumante. Roto de fatiga, con el cuerpo dolorido y transido de frío, me hundí en un sueño espantoso. ¡Yo era un hombre al que querían sacrificar sobre una piedra negra! Querían verter mi sangre sobre las runas grabadas... Pero el cuchillo no se hundió en mi corazón. ¡En lugar de eso, me lanzaron a un abismo cuyas paredes estaban cubiertas de restos de niños! Permanecí prisionero allí durante horas, durante días tal vez, alternando desvanecimientos y frenéticas tentativas por salir a la luz. Me rompía las uñas arañando las paredes de piedra. Me partía los dientes cavando el suelo como un jabalí. Me abría los puños hasta el hueso a fuerza de golpear contra los muros... Luego, cuando ya nada esperaba, un rayo de luz atravesó de pronto las tinieblas.

Durante una hora tal vez, mis ojos, bañados de oscuridad durante demasiado tiempo, no soportaron el menor atisbo de claridad. Debilitado por el ayuno y la loca angustia que había sentido en las profundidades de la fortaleza de Paderborn, no pude distinguir enseguida los rasgos de mi salvador.

Allí abajo, helado de frío, chapoteando en un fango salpicado de restos de cadáveres, no había podido romper los nudos expertos que aún me sujetaban las muñecas. Incapaz de alcanzar la Luger que colgaba de mi cadera, ni siquiera había podido utilizarla para poner fin a mis sufrimientos. Condenado a morir de frío y de hambre, había acabado por hundirme en delirios tan terroríficos como absurdos.

¡Y luego todo, vida y sueño, se había mezclado de pronto! Mientras soñaba que un haz de luz descendía hacia mí, una linterna eléctrica de gran potencia cegó mis ojos. Quemando mis pupilas como un sol, esa oleada de claridad me cegó y sólo los sonidos me ayudaron a comprender lo que ocurría. Oí a alguien acercarse. Traté de hablar, pero mi garganta estaba tan seca que ni un murmullo brotó de mis labios. Me pasaron una cuerda en torno a la cintura y, con ayuda de un polipasto, creo, me subieron a la sala donde se encontraba el *palladium* de los Galjero. Me humedecieron la boca y deslizaron un poco de azúcar sobre mi lengua. Me pasaron un frasco de amoníaco bajo la nariz, y esto me despertó del todo. Lentamente, mis ojos volvieron a tolerar la luz, ¡y vi, bajo el foco de un enorme proyector de gas que iluminaba ahora toda la nave, el rostro duro y hermoso de Ostara Keller inclinado sobre mí! Quise hablar, pero estaba demasiado débil aún para poder articular palabra. Keller palpó mi cuerpo para auscultarme rápidamente y descubrió que mi hombro estaba dislocado. Con la seguridad de un médico, la austríaca recolocó, con un golpe seco, el hueso en su articulación. El dolor hizo que me subieran lágrimas a los ojos, pero en unos minutos el sufrimiento lacerante que no había dejado de atormentarme desde mi pelea con Galjero se reabsorbió, y fui capaz de apoyarme en Keller para arrastrarme fuera de la cripta, fuera del castillo.

Había anochecido. El aire era frío, pero después del tiempo pasado en el pozo, me pareció tan puro que un vértigo me aturdió. Por un instante, tuve que apoyarme contra un muro... Keller sacó de las alforjas de su motocicleta un amplio capote forrado, que me enfundé con grandes esfuerzos antes de instalarme detrás de ella sobre la máquina. Tras ajustarse su mono de cuero y colocarse unas gruesas gafas sobre sus ojos claros, la austríaca dio gas y arrancó. Cruzamos los bosques negros a gran velocidad. Y mientras el calor de la máquina pasaba lentamente a mi cuerpo como el de un animal vivo lanzado al galope, pensé en las locas cabalgadas de Metzengerstein en el cuento de Poe...

Sentado en la motocicleta, sujetándome a la cintura de la joven, estaba demasiado agotado para tratar de adivinar las razones que la habían impulsado a socorrerme. Viajamos sin detenernos hacia Berlín hendiendo como la hoja de un cuchillo las capas de niebla que se estancaban sobre la landa, atravesando pueblos dormidos, llanuras silenciosas y pequeños valles agrestes. Al alba, mientras el rojo sol ascendía en el horizonte, llegamos a la gran Autobahn que conducía a la ciudad. Ostara Keller hacía girar su muñeca enguantada sobre el puño acelerador, y daba gas a fondo para aprovechar esta cinta gris tan recta y larga que podía servir de pista de aterrizaje para los aviones de caza de Göring. En los arrabales nos cruzamos con los obreros que

iban al trabajo con el zurrón al hombro y la fiambarrera en la mano. Los grandes autobuses verdes con imperial, copiados de modelos ingleses, transportaban a secretarias y empleados hasta las torres severas de la todopoderosa sociedad Borsig o a las oficinas de los bancos y las compañías aseguradoras del centro de la capital. Keller se introdujo por las calles estrechas y mal pavimentadas de un barrio obrero que consideré bastante pobre, insalubre casi. En una pequeña plaza cuadrada bordeada de casas de ladrillo, se detuvo ante un portal de madera, que empujó suavemente con la rueda. Entramos en un silencioso patio adoquinado, con el pavimento resquebrajado por enormes matojos de malas hierbas. Allí la austríaca cerró por fin el contacto de su hermosa máquina de acero, tan negra como el uniforme de las *Schutzstaffel*...

—Subimos al primer piso —me dijo señalándome con el dedo un gran ventanal con los vidrios sucios, encima de un viejo almacén abandonado.

Por una escalera de peldaños irregulares, llegamos al rellano, y después de sacarse un manojo de llaves del bolsillo, Keller me abrió la puerta de su alojamiento. El lugar, bastante claro a pesar de la mugre que cubría los vidrios, no era, manifiestamente, un apartamento burgués, sino más bien una especie de taller de artista. La altura del techo era impresionante y, por encima de nuestras cabezas, se veía la superestructura de metal del tejado. Sobre un diván rojo, vi una serie de fotografías de gran formato tomadas por la fotógrafa de *Der Angriff* que habían sido clavadas al azar sobre la pared desconchada. Al echarles una ojeada, reconocí retratos de Hitler, Goebbels, Hess, e incluso de Heydrich... Y también hermosas imágenes de deportistas tomadas con ocasión de los Juegos. Pero todo aquello no me interesaba demasiado. Extenuado, me derrumbé sobre el primer sillón a mi alcance sin siquiera pedir permiso. Keller hizo café y me enseñó el cuarto de baño, donde me conminó a que me tomara una ducha. Lavado y un poco reanimado por el agua caliente que había dejado correr mucho rato sobre mi cuerpo desollado, me envolví en una gran toalla para reunirme con ella. Sobre la mesa encontré ropas de hombre limpias y planchadas.

—Vístase con eso —me dijo la austríaca con ese ligero acento yanqui que caracterizaba a su alemán—. Creo que es de su talla...

No, el traje civil no era realmente de mi talla, pero al menos estaba seco y no manchado de sangre, como mi uniforme. Ávidamente vacié el plato y bebí el vaso de vino que la joven me ofreció.

—Dentro de dos horas abandono Alemania para dirigirme a las Indias —me dijo por fin—. A usted le debo el tener que realizar este viaje.

—¿Por qué me ha sacado de las mazmorras del Wewelsberg, Keller? Nunca nos hemos mostrado mucho aprecio, nosotros dos...

Ostara Keller esbozó una ligera sonrisa mientras jugaba con un bucle de su cabellera rubia.

—Es cierto, usted no me gusta. Pero le reconozco cualidades excepcionales.

Como yo, ha sobrevivido a lo que nos han hecho pasar los Galjero, por ejemplo...

—¿Es la única razón por la que me ha sacado del pozo?

Keller hizo una mueca. Cogió un delgado habano de una caja de cigarros pequeños que se encontraba sobre el mármol de la chimenea y lo encendió hundiendo una de las ramitas de su reserva de leña en los rescoldos.

—No. Si yo fuera el único juez en este asunto, le ejecutaría inmediatamente como traidor a nuestra causa. He vuelto a buscarle porque Laüme me rogó que lo hiciera. Le debo demasiado para no obedecerla. Dalibor no sabe nada de esto. ¡Por el momento es un secreto entre nosotros tres!

La revelación me sorprendió demasiado para convencerme realmente. Mi opinión era más bien que Ostara mentía... Esta chica ya debía de estar pensando en jugar sus propias cartas contra sus nuevos amos. Y por una razón que no alcanzaba a comprender, sentía que me reservaba un papel en sus planes. Porque Keller —podía adivinarlo— había encontrado una nueva causa a la que consagrarse, una causa más grandiosa aún que la del nacionalsocialismo: ¡su propia causa! A mi derecha, tan próxima que tendiendo la mano podía coger los volúmenes, una librería se hundía bajo el peso de los tratados de astrología, mística, antropología, alquimia... Efemérides solares y lunares aparecían sobre las páginas abiertas del año 1936, y unos círculos zodiacales habían sido bosquejados apresuradamente en unas hojas sueltas. Durante un buen rato permanecemos sin hablar, mientras Keller consumía del todo su cigarro.

—¿Estaba al corriente de lo de los niños? —pregunté finalmente.

Keller se apoyó en la campana de la chimenea. Sin mirarme de frente, admitió que lo sabía.

—¿Y no hizo nada para detener a los Galjero?

—De momento nadie puede detenerlos. Ni usted ni ninguno de los miembros del Ahnenerbe. Nadie tiene aún bastante poder para eso —acabó en voz baja, como si hablara para sí misma.

—¿Dónde están los rumanos ahora?

—Los dos volaron ayer por la mañana del aeropuerto de Tempelhof hacia Bengala. El *palladium* está depositado en la bodega de su avión. En la India tratarán de conjurar el veneno que usted inyectó en la piedra. Yo parto hacia allí para ayudarles...

—¿Habrá otros sacrificios? —pregunté.

—Sí. Pero esto ya no le concierne en nada. La carga del talismán se ha vuelto inestable, errática. Los Galjero intentarán estabilizarla cebándola con sangre. Si es demasiado tarde para hacerlo, procederán a su neutralización. Pero ese proceso será largo. Y también tendrá un coste muy elevado en vidas humanas...

—¿Por qué les presta ayuda, Keller?

—Porque tengo sed de aprender. Y sólo me atraen los absolutos...

Dejé que Ostara Keller partiera hacia Bengala. ¿Qué otra cosa podía hacer?

¿Matarla? Yo no dudaba de que los Galjero le habrían fabricado, a ella también, un *therapon*. ¡Y al contrario que la mía, su estatuilla protectora debía de estar activa y haber alcanzado desde hacía tiempo el sùmmum de su eficacia!

Keller —había releído su expediente después de reincorporarme a la Pücklerstrasse— se había revelado como una alumna excepcional en la *Junkerschule* donde los agentes femeninos ya integrados en el SD eran sometidos a un entrenamiento complementario casi tan riguroso como el de sus camaradas masculinos. Con la voz temblorosa aún ante la evocación de este recuerdo, uno de sus instructores me había confiado incluso que la chica, lanzada un día a cuatrocientos metros de altitud, al ver que su paracaídas no se abría, no había abierto su ventral. Después de caer en un pinar con la velocidad de un meteoro, milagrosamente había salido del bosque fresca como una rosa, con apenas algunas yemas enganchadas a los cabellos. Otro al que también había interrogado, me había explicado que Ostara había sido severamente castigada por haber quitado en dos ocasiones el pasador a una granada y soltado la cuchara conservando la bomba en la mano. ¡En ambas ocasiones, inexplicablemente, el fulminante no había funcionado!

La misma noche en que esta pasionaria abandonó Berlín para volar a Calcuta, volví a establecer contacto con Matthieu-Marie, que, loco de inquietud, ya se disponía a salir para el Wewelsberg. Le relaté a grandes rasgos los últimos acontecimientos, y en el curso de los días siguientes ocupamos todo nuestro tiempo en tratar de saber lo que ocurría en la India. A través de uno de los corresponsales bengalíes del SD Ausland, me enteré de que los Galjero ocupaban ahora su residencia de Shapur Street, en el barrio colonial de la capital de provincia. Según la descripción que me hicieron, se trataba de una inmensa propiedad que incluía, en la parte más salvaje de un vasto parque, una torre apartada situada en una isla, en medio de un lago. Keller también había llegado, bajo la cobertura de periodista gráfica encargada de realizar una serie de entrevistas con personalidades hindúes que pretendía publicar. Su presencia había sido tolerada por los británicos.

Durante una semana y media, nos fue imposible saber nada más. A cada instante estaba tentado de advertir a las autoridades inglesas de la presencia en su territorio de una pareja de asesinos de niños y de una espía del SD. Pero ¿cómo convencer a esta gente de la realidad de lo que había vivido en el subsuelo de la fortaleza de Paderborn? ¿Cómo podrían tomar en serio los servicios del MI6 y del *Foreign Office* una historia semejante? ¡Compadecía al pobre tipo al que le tocara en suerte tratar un asunto como ése!

—¡Esto ya no entra dentro de nuestras competencias, Thörun! —me aseguró Dandeville—. Y además, creo que aquí se trama algo más. Erick Küneck, el jefe de nuestra oficina en Nueva Delhi, ha desaparecido. Rumores de pasillo en el entorno de Heydrich pretenden relacionar este hecho con la visita a las Indias del rey Eduardo VIII. Todo esto constituye una mezcla infernal de la que sería preferible que nos mantuviéramos al margen.

Intuitivamente yo sabía que el francés tenía razón, pero me resultaba imposible evitar que cada noche me persiguieran en sueños los rostros de los tres chiquillos hindúes a los que no había podido salvar de la muerte.

—¿De dónde salían esos críos, Dios mío? —le había preguntado a Dandeville.

—¡Eso sí puedo decírtelo! Los Galjero financian programas educativos en diversas instituciones diseminadas por todo el mundo. Seleccionan a chicos de las colonias y los envían a Alemania o a Rumania con el pretexto de garantizarles una buena educación en centros privados. Hay uno en Berlín.

En la dirección de este establecimiento, naturalmente, encontramos la puerta cerrada. A través de una investigación efectuada en colaboración con la Gestapo, supimos que todos los pensionistas habían sido enviados a Belgrado el mismo día en que los Galjero habían volado desde Tempelhof. Y aunque solicitamos la ayuda de todos los confidentes que teníamos en el lugar, el rastro de los hindúes parecía perderse definitivamente en algún lugar de los Cárpatos.

El mes de septiembre de 1936 pasó sin que recibiera noticias de los Galjero o de Keller. Küneck no había reaparecido en las Indias, y los mensajes de nuestros agentes en Bengala mencionaban un nebuloso caso de atentado fallido sobre la persona del rey Eduardo VIII y de su futura esposa, la señora Wallis Simpson, después de que la pareja se hubiera alojado precisamente en la villa Galjero. De estos informes contradictorios y tan embrollados que me resultó imposible sacar nada concluyente de ellos, sólo retuve el extraño nombre de un teniente del MI6 gracias al cual la operación al parecer había fracasado: David Tewp.

—¿Tú entiendes algo de esto, Matthieu-Marie?

El francés parecía haber captado mucho mejor que yo los entresijos del embrollo hindú.

—¡Toda Alemania está en deuda con el tal Tewp! Al salvar a su rey, ese idiota ha desarticulado un complot que apuntaba a provocar un conflicto inmediato entre nosotros y los ingleses. ¡Hemos tenido suerte, porque el estado de nuestras fuerzas no nos permitiría mantener una confrontación semejante! ¡Bastante nos ha costado ya enviar un cuerpo expedicionario a España!

¡España! Ésa era la gran cuestión de geopolítica europea en esa época. Al lado de la guerra civil que allí se había desatado, el petardo mojado del atentado contra la vida del pequeño monarca de los ingleses y de su amante americana parecía un asunto anecdótico.

—¡Después de Italia y de Teutonia, pronto será Iberia la que se pase al fascismo! ¡Cuando esto haya ocurrido, ya no temeremos entrar en guerra contra los británicos! —sentenció Dandeville, satisfecho.

—¿A causa de Gibraltar? —pregunté yo.

—¡Exactamente! Tomar España es controlar Gibraltar. Y Gibraltar es la puerta al Mediterráneo.

—¡El canal de Suez es la ruta marítima hacia el petróleo de Oriente Medio!

—¡La British Petroleum ya puede empezar a hacer el recuento de sus pérdidas!

Pero las cosas no fueron tan simples como Dandeville esperaba: no sólo los republicanos españoles se aferraron ferozmente a la defensa de su causa, sino que el general Franco, jefe del movimiento nacionalista, se reveló extraordinariamente poco receptivo a la idea de una colaboración con Alemania. El general aceptaba los aviones y el material que le hacíamos llegar, pero se resistía a la idea de sellar una alianza en debida forma.

—¡Si ese cerdo no nos da vía libre hasta la roca inglesa, nos hará perder la próxima guerra él solito! —se indignó el francés un día en que hacíamos pronósticos sobre el desarrollo de los acontecimientos.

—Tal vez no haya guerra, después de todo... Tal vez no sea necesario —repliqué yo.

Vigon-Pérignac me miró como si hubiera pronunciado la peor de las blasfemias.

—¡Desde luego que se necesita una guerra! ¡La Europa nueva no se hará a través de las urnas, Thörun!

—¿Crees realmente que la gente tiene necesidad de esta Europa que describes para ser plenamente feliz, Matthieu-Marie?

—¡No debemos pensar en batirnos para dar felicidad a nuestros pueblos, Thörun, sino para forjarles un destino!

Por terribles que hubieran sido, los acontecimientos que había vivido en el curso del verano de 1936 acabaron por dejar de tener influencia en mi vida. Lentamente, día tras día, estas vivencias fueron pasando a las sombras de mi memoria.

Los Galjero no habían reaparecido en Berlín. Su vasta residencia no había sido vendida, pero todos los criados habían sido despedidos y ya sólo una pareja de guardianes, cuyo salario provenía de un banco ginebrino, mantenían el edificio. De Ostara Keller, no sabía nada. Aunque había tratado de preguntar a Reinhard Heydrich por ella, sólo había obtenido una respuesta evasiva, precipitada, de la que no había podido deducir si el jefe del SD estaba personalmente al corriente de la suerte de la joven. En cuanto a la fortaleza del Wewelsberg, mi primera intervención en la obra fue ordenar tapiar con hormigón todos los accesos a las antiguas prisiones y a la cripta donde se había celebrado la activación del *palladium*.

Unos meses más tarde, junto a un Wolfram Sievers radiante y un Heydrich burlón, yo mismo hice los honores del lugar al *Reichsführer* Heinrich Himmler, al que la belleza sombría de la ciudadela renovada le extasió literalmente de felicidad.

—Es un viejo sueño que se cumple gracias a usted, Gärensen —me cumplimentó públicamente.

Y para agradecerme mi labor, me entregó la reproducción de una espada vikinga que había hecho forjar para mí por un maestro.

Estábamos a principios de 1937, y el tiempo parecía haberse detenido. Yo aún no

lo sabía, pero aquél fue el último año en que disfruté plenamente de mi vida de *Goldfaisan*. No es que hubiera reencontrado el camino de los burdeles o acudiera cada noche el Romanische Café, pero la vida en Berlín me parecía demasiado agradable para que pensara en plantearme excesivas preguntas. Con la mente totalmente ocupada en tramar complots que se negaba a compartir conmigo, Heydrich ya no me convocaba con mucha frecuencia. Cabalgábamos juntos una o dos veces al mes, pero nos limitábamos a intercambiar comentarios banales, irrelevantes. A todas luces, mi superior había encontrado otras marionetas con las que divertirse. Por mi parte, yo empezaba a alimentar la esperanza de que pronto se desinteresara de mí por completo, dándome así la oportunidad de ponerme fuera del alcance de sus garras. ¡Me servía de cualquier pretexto para ausentarme del despacho y huir hacia el sur a encontrarme con Fausta! Cansado de los largos viajes en tren, me había comprado un gran automóvil con el que a veces me plantaba en Venecia en menos de veinte horas. Atiborrado de Pervitina, pasaba entonces tres o cuatro días de amor desenfrenado con la mujer con la que, en el mes de octubre de 1937, contraí matrimonio en el mayor de los secretos en la *casa comunale* del distrito de San Marcos. El día en que, abandonando por primera vez a la que se había convertido en mi esposa, tuve que sacarme la alianza para volver a Berlín, tenía una expresión tan sombría y el corazón tan destrozado que no pude ocultar a Dandeville la causa de mi pena.

—Es una Levi, ¿no es verdad? —me preguntó— ¿Es de la casta de los sacerdotes?

El francés había descubierto incluso el secreto del nombre «Pheretti», anagrama perfecto del *sephirot Tipheret*, la belleza según la metafísica de los cabalistas.

—Sí —admití—. Su nombre verdadero es Fausta Levi... Pero en los tiempos que corren, Pheretti es menos irritante a los oídos de los camisas negras.

—¡Bah! ¡Sea como sea, hoy Fausta Levi ya no existe! ¡Celebremos la aparición de Fausta Gärensen!

Matthieu-Marie bajó un momento a las salas de archivos para buscar la mejor botella de champán que conservaba, bien al fresco, entre los expedientes. La abrimos de un tajo con la espada ofrendada por Himmler.

—¡Había guardado este precioso líquido para el día en que los ejércitos alemanes entraran en París! —declaró sin cinismo—. ¡Tanto da! ¡Al fin y al cabo, lo de tus bodas morganáticas tampoco está tan mal!

Mil novecientos treinta y ocho fue el año en que todo basculó de verdad. En el curso de los meses, las vejaciones contra los judíos se multiplicaron en toda Alemania. Como los nazis consideraban que estos últimos no abandonaban con bastante rapidez el territorio del Reich y que la política de emigración a gran escala hacia Palestina era un fracaso, cambiaron de táctica. A las medidas de discriminación les sucedió la

organización del verdadero terror. A finales de 1938, todas las tiendas que regentaban los judíos fueron sistemáticamente saqueadas y destruidas. Las redadas se convirtieron en moneda corriente y la Gestapo se enfrascaba en detener a todos los judíos varones mayores de dieciséis años. Al igual que las restantes ciudades del país, Berlín, a partir de este período, ya sólo vivió asentada en el miedo. Se acabaron los paseos despreocupados por las orillas del lago Wannsee. Se acabaron las cabalgadas por el Tiergarten bajo la mirada admirativa de los niños. El paisaje se ensombrecía.

Mil novecientos treinta y ocho fue además el año de la conferencia de Munich y la anexión de los Sudetes. El año del Anschluss, también. El Ahnenerbe seguía funcionando, pero sus trabajos ya no interesaban demasiado al alto mando. El Ministerio de Agricultura nos había retirado su apoyo financiero después de la evicción de Walther Darré, y tuvimos que aprender a malvivir con escasez de medios. Algunos proyectos de expedición al extranjero fueron anulados.

—¡Es el principio del fin! —me dijo un día tristemente Sievers.

—Tal vez aún no... Como todos los organismos vivos, el Ahnenerbe debe mutar, ¡es todo!

En efecto, el instituto de la Pücklerstrasse no murió, pero su carácter se modificó. Una directriz procedente de las oficinas de Himmler nos exhortó a reclutar médicos y biólogos. Nos recomendaron perfiles. Nos impusieron nombres. Esos recién llegados no me gustaban. Eran arrogantes, a menudo incultos, a pesar de sus diplomas. La clase de tipos que consideran que el hombre no es más que un ensamblaje de piezas mecánicas que se pueden montar y desmontar como un reloj. Hablé de ello con Heydrich.

—Esta historia del Ahnenerbe fue una estupidez por mi parte, lo reconozco —replicó el jefe del SD—. Concebí este plan en un momento de fiebre, una calentura, pero es evidente que esto no ha servido para desacreditar a Himmler. No se lo reprocho, Gärensen. ¡No ha sido usted quien ha actuado mal, sino yo, que calculé mal el golpe! Si quiere, puedo hacerle abandonar la Pücklerstrasse y destinarle directamente al SD, conmigo. ¡La gran partida va a empezar! La guerra contra los aliados no tardará en estallar.

Pedí unos días de reflexión, y luego, al ver que Matthieu-Marie aceptaba sustituirme en el papel de eminencia gris del Ahnenerbe, acepté finalmente unirme a la dirección de los servicios secretos nazis. Heydrich se ocupaba en esa época de preparar una provocación destinada a proporcionarnos un sólido pretexto para invadir Polonia. No me pusieron en antecedentes enseguida, pero Reinhard acabó, de todos modos, por explicarme que estaba organizando un falso ataque de soldados polacos contra uno de nuestros puestos fronterizos. Yo desconocía la fecha en que íbamos a dar esa puñalada por la espalda a nuestros vecinos, pero consideré el asunto tan grave y tan inminente que volví a casa temblando de cólera. ¡No me cabía ninguna duda de que provocar a Polonia significaba, con absoluta certeza, empujar a Francia e Inglaterra a una guerra contra nosotros! La mayoría de los nazis, sin embargo, no

compartían esta opinión. Muchos consideraban —y Hitler el primero— que las democracias se inclinarían de nuevo, como acababan de hacer tras la crisis de los Sudetes. Durante mucho tiempo dudé sobre qué actitud tomar. ¿Debía prevenir a los servicios occidentales, o bien confiar en que Alemania abandonaría finalmente el proyecto de una invasión de las llanuras polacas? Al final creí sinceramente que se produciría un desenlace feliz de la crisis. Desencadenar las hostilidades en el Este significaba provocar un conflicto no sólo con los aliados franco-británicos, sino también con la URSS. Hitler no podía lanzar a su país a una guerra en dos frentes. El error se había cometido veinte años antes, con el desastroso resultado conocido por todos...

En abril de 1939 —yo había conseguido reservarme unos días de libertad para escaparme a Venecia— Fausta mostró por vez primera signos de cansancio a causa de nuestra situación. Por su cuenta, había empezado a pensar en un medio de convencerme de que abandonara Alemania y huyera con ella a Estados Unidos, a Nueva York, donde nada nos impediría comenzar una nueva vida. Yo lo deseaba, desde luego, y en aquel momento me hubiera resultado bastante sencillo cruzar las fronteras si realmente hubiera querido hacerlo. Pero algo insidioso, indefinible, me retenía aún en Berlín. Yo utilizaba como pretexto el chantaje que Heydrich ejercía contra mi persona, pero esta amenaza ya no era tan acuciante como lo había sido en otro tiempo. Si llegaba a estallar una guerra en el continente, Reinhard tendría cuestiones más urgentes en que pensar antes de preocuparse en tomar represalias contra mí enviando a sus agentes contra mi familia en Oslo. Pensándolo fríamente, este peligro quedaba descartado. Pero entonces, ¿cuál era la verdadera razón que aún me ligaba a los lobos de Berlín? «Tus dudas son el signo de que tu destino aún no te ha sido desvelado, Thörun —me escribió un día mi mujer—. Si ésta es tu elección, yo acepto seguir esperándote...» Nunca hubiera debido leer esta carta, y por encima de todo, nunca hubiera debido alegrarme de la resignación de Fausta, porque septiembre llegó y, sin que Heydrich hubiera considerado necesario advertírmelo, la maquinación contra Polonia se ejecutó. La maquinaria infernal que iba a conducirnos a nuestra pérdida se había puesto en marcha.

Al principio, la cadena de acontecimientos pareció desarrollarse a la perfección. No sólo la URSS no nos había declarado la guerra, sino que bastaron tres semanas para que decapitáramos al ejército francés e Inglaterra no era más que una isla sentenciada a la derrota. Estados Unidos se mantenía al margen, fieles a la doctrina de su antiguo presidente Monroe, que les aconsejaba prudentemente que nunca se mezclaran en los asuntos internos de Europa.

—¡Es demasiado bonito para durar! —exclamó Dandeville con aire sombrío—. ¡Los americanos no pueden contemplar seriamente la posibilidad de que el Viejo Continente se constituya en una gran nación cohesionada! ¡Su interés histórico es

dividirnos! Con unas democracias enmarañadas en continuas querellas, tienen la partida fácil. Pero ante un gobierno de corte imperial, no tendrán otra elección que romper las hostilidades.

Yo no compartía este pesimismo. A mi entender, debíamos concentrar todos nuestros esfuerzos en someter a Inglaterra. Con Churchill depuesto, la familia real británica sabría recordar sin duda el origen germánico de su sangre, y los americanos no podrían intentar nada contra una Europa decidida a hacerles frente. Las grandes zonas geoestratégicas se estabilizarían y una era de paz podría abrirse entonces para nuestros viejos países reconciliados.

—¡Dulces sueños, Thörun! —me replicó el francés—. Primero vendrá la gran carnicería contra los soviéticos... Es un paso obligado. Luego nos tocarán los conflictos internos manipulados por los americanos, antes de que éstos traten de invadirnos. Si tomamos Londres, eso sólo será el inicio de la verdadera guerra.

—¡Si tomamos Londres, al menos podremos trasladar tranquilamente a los judíos a Palestina! —dije yo, alegrándome casi ante esta perspectiva.

Matthieu-Marie levantó los ojos al cielo sin responder, abrumado, creo, por mi ingenuidad.

Después de que nuestras tropas hubieran ocupado una buena parte de Francia, Vigon-Pérignac insistió en llevarme a visitar París. Estábamos a principios del mes de octubre de 1940, aún hacía buen tiempo, y los soldados alemanes parecían los primeros sorprendidos por haber tomado la ciudad enemiga, cuatro meses antes, sin haber disparado un solo tiro. Fiel a sus intereses principales, Dandeville me arrastró a lo largo del Sena para husmear en las cajas de hierro de los libreros. Bajo la mirada de un vendedor pasmado al descubrir a un «boche» que hablaba tan bien su lengua, mi amigo encontró una obra insólita sobre la historia secreta de la antigua Lutecia. Los dos nos divertimos siguiendo durante un rato el recorrido que describían los capítulos. Viniendo de la rive Gauche, contemplamos largamente, al pasar por delante de la catedral de Notre-Dame, las esculturas del pórtico central. Siguiendo las indicaciones del antiguo volumen, encontramos, en el pilar de entrepaño, la representación del arte alquímico, la escultura de una mujer que sostenía dos libros en la mano.

—El volumen abierto representa el conocimiento exotérico —leyó Dandeville— El saber accesible a todos. El libro cerrado es el esotérico. La ciencia oculta, peligrosa. La accesible únicamente a los iniciados.

La silueta de piedra me recordó a la figura con que me había tropezado por dos veces en el curso de mis delirios en la cripta del Wewelsberg, esa Kloge que había reunido mis miembros dispersos, como la Isis egipcia...

—Según el autor —prosiguió Matthieu-Marie—, el conjunto de esculturas que adornan las dovelas describiría de hecho la operación alquímica.

—¿Tú crees en esas cosas? —pregunté al francés.

—¡Desde luego! —me respondió con una amplia sonrisa—. ¿Tendría algún

encanto, la vida, si no creyéramos en lo imposible?

Tras cruzar el río, caminamos directamente hacia el Hotel de Ville y accedimos al viejo barrio popular de Les Halles para ver la torre Saint-Jacques y la casa del fabricante de oro Nicolás Flamel. Girando luego en dirección al Palais-Royal, avanzamos a lo largo de la me Montpensier. Un hombrecillo enclenque de aire coqueto, que salía de un hermoso edificio, atrajo la mirada de Dandeville.

—¡Es Jean Cocteau! —me susurró al oído, cuando el tipo desapareció en la esquina.

En el cine de la Kudamm recordaba haber visto *Le sang d'un poete*, una película que Cocteau había filmado unos años antes. Algunas escenas me habían disgustado, en especial la agonía de un niño, que era mostrada en la cinta con brutalidad y complacencia.

—Creo recordar que me redactaste una nota sobre este hombre...

—Sí, es cierto —respondió Matthieu-Marie—. Hay confidentes que sospechan que pertenece a la sociedad secreta del Priorato de Sión.

—¿Un grupo peligroso? —pregunté preocupado.

En lugar de responder, Dandeville estalló en una carcajada y me arrastró más lejos.

A mí ya me dolían los pies de tanto caminar, y aunque hubiéramos podido continuar durante horas siguiendo la estela de los misterios de París, hicimos del Louvre nuestra última etapa. Vigon-Pérignac golpeó el suelo con la bota en la *Cour carree* y se irritó contra esta construcción horizontal que no buscaba ya las verticalidades orgullosas de los castillos antiguos, sino que se contentaba con una horizontalidad ajustada a la molicie de los cortesanos. Aquí los elementos que esperaban a ser descifrados no eran ya los enigmas alquímicos, sino vulgares medallones en los que se repetían hasta la saciedad las representaciones de escuadras, compases y pirámides de la francmasonería.

—Los pabellones de Flore y de Marsan que forman las dos grandes ramas del palacio estaban en otro tiempo dedicados al combate entre estas dos sectas lunar y solar, los engastromíticos y los engastrólatras, de las que ya te hablé —explicó el francés—. En esta oposición constante, el país había encontrado finalmente un cierto equilibrio. Pero la República llegó y las liquidó a ambas. Una vez en el poder, los jacobinos hicieron saltar a martillazos y reemplazaron por sus propios símbolos la mayoría de los antiguos cartuchos herméticos que adornaban las fachadas. Los viejos bajorrelieves contenían demasiadas verdades contrarias a la nueva fe política.

—Un esoterismo reemplaza siempre a otro —suspiré yo—. Los secretos son el alimento más sutil pero también el más necesario para el alma humana.

Aquel encuentro se produjo de la forma más inesperada. Yo había dejado a Dandeville disfrutando a su gusto de las casas de citas parisinas de la rue Chabanais y

de la rue de Provence y había regresado solo a Berlín, cuando una tarde, al pasar ante el Remde's Sankt Pauli, uno de los bares más elegantes de la capital, una silueta fina, tocada con un casco y vestida con un mono negro, puso en marcha su motocicleta justo ante mí. Mi corazón dejó de latir. ¡Esa amazona que arrancaba en tromba era Ostara Keller! Quise seguirla, pero no pude detener ningún taxi antes de verla desaparecer a lo lejos en medio de la circulación, al extremo de la avenida. Empapado en sudor, corrí al SD y me abrí paso hasta el despacho de Heydrich, que se hizo el sorprendido cuando le interrogué sobre el asunto.

—¿Keller? ¡Abandonó nuestros servicios hace tiempo! Cosa que lamento, por cierto. ¡Himmler exigió que pasara a colocarse bajo su tutela exclusiva! ¿A qué viene esta pregunta?

El tono falsamente indiferente de Reinhard me dejó helado. Yo sabía que mi nerviosismo me había impulsado a cometer una enorme sandez al revelar el interés que sentía por esta chica. Luego tuve que morderme los puños y resignarme a esperar pacientemente durante largas semanas antes de que se diluyera la sospecha que había hecho nacer. Me vi forzado a refrenar mis impulsos y, no atreviéndome a pedir ni al más insignificante de nuestros confidentes que investigara discretamente en mi lugar, no pude descargarme del peso de mi angustia hasta que no volví a ver a Dandeville.

—Cálmate, muchacho —trató de tranquilizarme éste— Que Keller esté en Berlín no quiere decir que los Galjero estén igualmente de vuelta. En todo este tiempo seguro que alguien más listo que nosotros habrá acabado por ajustarles las cuentas a los rumanos. Ese inglés, ese David Tewp, tal vez...

Pero las palabras del francés no me convencieron, e insistí, pidiéndole que relanzara la investigación por su cuenta. Dandeville se aclaró la garganta, se acabó su vaso de *schnaps* y luego confesó:

—Es inútil emprender una investigación. Ahora Ostara trabaja en una operación ideada por el propio Himmler... ¡La Operación *Lebensborn*! ¡«Fuente de vida»! ¡Un proyecto en el que colaboran algunos de los nuevos científicos del Ahnenerbe!

Mis ojos se dilataron. Adelantándose a mi cólera, el francés prosiguió:

—Sé que me reprocharás no haberte prevenido en cuanto lo supe. Pero tenía dos buenas razones para no hacerlo.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, *Lebensborn* es una estructura compleja, opaca incluso. Yo sólo conozco una parte casi inapreciable de ella. Es un rompecabezas cuya visión de conjunto ha sido clasificada como máximo secreto. Y además, y ésa es la mejor razón de mi silencio, he querido protegerte. Sabía que si te enterabas de que Keller se encontraba de nuevo a nuestro alcance, querrías volver a sumergirte en todo ese fango que han removido los Galjero... ¡Y eso sería, con toda seguridad, muy nocivo para ti!

El arrebató de cólera que me había dominado se diluyó. Sentía que el francés era sincero y me emocionaba su preocupación por mí. Sus miedos, sin embargo, estaban

plenamente justificados. Yo quería saber, a cualquier precio, qué había sido de Laüme, Dalibor y el *palladium* de Berlín.

LA MANO DE GLORIA

Congénitamente desajustada en los agudos, la voz de Reinhard Heydrich resonó en un tono desagradable en la gran sala de reuniones del SD.

—¡En estos momentos, señores, estamos alcanzando el Kern, como sostiene nuestro *Führer*! ¡El nódulo de nuestra época prometeica! ¡En esta vigilia del solsticio de verano de 1941, nuestros soldados se han concentrado en la frontera y se preparan para penetrar hasta el corazón de la URSS! ¡De aquí a tres meses estaremos en Moscú! ¡Y será el inicio de una nueva era! ¡Nuestra era!

Como los restantes oficiales presentes en torno a la mesa de mapas, alcé la copa de champán que los ordenanzas acababan de traernos sobre bandejas de plata. ¿Era posible que, entre todos esos oficiales, ninguno pensara, como yo, que nos estábamos lanzando a la aventura militar más desastrosa que pueda imaginarse? Si, desde hacía dos años, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no habíamos conseguido someter a Inglaterra, ¿cómo podía pensarse seriamente que, abriendo un frente gigantesco en el este, aún podríamos ganar la guerra? Heydrich, sin embargo, lo creía así.

—¡El porvenir pertenece a los hombres que sueñan, Gärensen! ¡No a los hombres que se rigen por los mediocres cálculos de la razón!

En aquel momento, yo estaba a solas con él en su despacho. Acababa de terminar la pequeña fiesta que había seguido a la exposición detallada de las tareas que el SD tendría que cumplir en territorio soviético, y el propio Reinhard se disponía a partir hacia el frente.

—¿Sabe con quién voy a encontrarme allí, Gärensen? ¡La noticia le alegrará! Figúrese que el cometa Ostara Keller vuelve a acoplarse a nuestra órbita...

—¿Keller vuelve al SD? —inquirí con toda la calma del mundo.

—Digamos que esa mujer trasciende a los géneros y las organizaciones... Protección especial de Himmler... Nada puedo hacer contra eso. Pasó los últimos seis meses en Polonia, y ahora extiende su territorio hasta la URSS...

—¿Extender su territorio? Pero ¿para hacer qué?

—¡Para jugar a los aprendices de brujo, al parecer!

Al ver que me ponía tenso, Heydrich soltó una carcajada antes de cambiar por completo de tema, y ya no volvió a hablar del estatus particular de que gozaba Keller.

Durante dos o tres semanas, traté por todos los medios de conocer más detalles sobre el programa Lebensborn, pero en todas partes tropezaba con un muro de silencio. Dandeville, que también se encontraba ahora sobre el terreno, aprovechaba la penetración de nuestras tropas en la URSS para organizar el pillaje sistemático de las bibliotecas de las grandes ciudades soviéticas que caían en nuestras manos. El francés, que hablaba un ruso mediocre, se enorgullecía, sin embargo, de su aptitud

para reconocer el valor de las perlas manuscritas que allí se ocultaban. Yo no sabía exactamente qué andaba buscando, y me entristecía no tener ya ni a un solo compañero auténtico con quien poder hablar en todo Berlín. Así pasaron los meses hasta que, a principios de 1942, Heydrich pasó a desempeñar la función de *Gauleiter* —gobernador— de Checoslovaquia. Mi superior partió a Praga, dejando a mi cuidado la resolución de asuntos de escasa relevancia en el SD. Hacía tiempo que yo había caído en desgracia de una forma encubierta. Estaba, como dicen los franceses, *au placard*, en el armario, sin saber muy bien por qué. Pero aquello no me molestaba; bien al contrario, porque gracias a este alejamiento prolongado de Reinhard, podía viajar a Venecia a mi antojo.

A mediados de abril de 1942, en Italia el calor era tan asfixiante que nos impedía salir hasta que el sol se había puesto. Durante dos o tres días, Fausta y yo vivimos como una pareja de enamorados: nos divertíamos viendo nuestros dientes ennegrecidos cuando comíamos pasta al *nero di seppia*; pasábamos las veladas degustando las minúsculas alcachofas de San Erasmo bajo el cenador de la *altana*, el jardín instalado en el techo de la casa que había comprado en el Dorsoduro, y hacíamos el amor en su gran cama durante el resto de la jornada...

—Penélope es la reina secreta de esta ciudad —me dijo la víspera de mi partida—. Desde hace siglos, las venecianas se han acostumbrado a esperar a los hombres que han partido lejos para ir a buscar especias y sederías, descubrir continentes, explorar los océanos. Como la reina de Ítaca, yo también languidezco esperando.

No había tristeza en esta constatación. Ni rastro de amargura. Aquello casi me sorprendió.

—Thörun... Tengo que pedirte un favor. ¿Quieres concedérmelo antes incluso de que te hable de él?

—Sí.

—Entonces ven...

Fausta me cogió de la mano como si fuera un niño pequeño y me condujo a una callejuela muy cercana. Al extremo de un largo pasaje que la aislaba del resto de las construcciones, se levantaba una casa con el revoque amarillo desconchado por la usura de los siglos. En el patio, tres gatos alineados dormitaban en una mancha de sol. Subimos al segundo piso por una escalera con una barandilla de hierro forjado, y luego Fausta, sin molestarse en llamar a la puerta, entró en un apartamento. La seguí a una habitación oscura de techo alto, con los postigos cerrados para evitar que entrara el calor. Un hombre al que no conocía estaba sentado en un canapé cubierto con un paño claro.

—Thörun —dijo Fausta en voz baja—, te presentó a Lewis Monti, un amigo...

—*Schwarze Kapelle*, la orquesta negra! Esta expresión, pronunciada cada vez con más frecuencia en las altas esferas del poder, designaba sin mayores precisiones a

todos los opositores alemanes al régimen nacionalsocialista. Se hablaba de ella como de un monstruo, un pulpo al que le crecían dos brazos cuando conseguían seccionarle uno.

Lewis Monti no era alemán. No formaba parte de la *Schwarze Kapelle*. Sin embargo, representaba un papel preciso en la periferia próxima de esta nebulosa.

—Nací y crecí en Sicilia, pero soy ciudadano estadounidense desde hace más de treinta años —me explicó—. Aporto mi apoyo a los que, en Europa, tienen el valor suficiente para oponerse a los nazis. En cuanto a aquellos que no han encontrado aún la fuerza de carácter necesaria para ello, yo puedo ayudarles a que este coraje germine en ellos...

Inmediatamente sentí un rechazo instintivo hacia este hombre corpulento de unos sesenta años, de rostro abotargado, pastoso, con unos cabellos grises que se rizaban desagradablemente en el cuello. Si mi mujer no hubiera estado a mi lado, creo que hubiera denunciado al instante a los fascistas a este espía italoamericano al que veía encarnar lo que yo detestaba de una forma natural en los aliados: una especie de abandono vulgar, entremezclado de astucia y altivez.

—Corre usted un enorme riesgo al ponerse en contacto conmigo —respondí secamente a Monti con el pobre italiano que había acabado por aprender—. Soy un SS. Un hombre cercano a Heydrich. ¡Una palabra mía y será arrestado aquí mismo, en Venecia! ¡Una palabra de más y será fusilado!

Mis palabras no parecieron turbar a Monti; aun al contrario, se le veía más relajado y seguro de sí mismo que nunca.

—Mi país pronto dará la medida de todo su potencial en la guerra que le enfrenta a su *Führer*. Cuando los americanos abran un frente en Europa, usted me agradecerá que le haya hecho pasar oportunamente al bando ganador de la partida. Piense en mi propuesta. Ya no le queda mucho tiempo..., pero, por mi parte, creo que usted ya ha elegido su campo. ¡Y desde hace tiempo! ¿Por qué, si fuera un verdadero nazi, iba a casarse con Fausta Pheretti? ¡Debe ayudarnos a acabar con este régimen, Gärensen! Ése es el motivo de que se haya quedado en Berlín durante tanto tiempo.

Evidentemente, Lewis Monti tenía razón. Por su boca se me revelaba por fin la causa secreta que, en contra de todo buen sentido, me había hecho esperar en Alemania. En aquel momento me sentí como fulminado por un rayo. Me puse a temblar, a reírme absurdamente también. Tenía calor. Tenía frío. Quería huir, quería quedarme. Me sentía orgulloso y al mismo tiempo miserable, victorioso y roto... Por primera vez desde hacía diez años, me parecía ver claramente la verdad, ¡y era un enemigo quien me la mostraba! Fausta me cogió en sus brazos. Me habló a su vez con dulzura, consolándome, acunándome casi. Sus palabras me calmaron. Finalmente, después de refrescarme la nuca durante un buen rato bajo un chorro de agua fría, sentí volver en mí.

—¿Cómo puedo ayudarle? —pregunté a Monti.

—Cometiendo un crimen que le hará ganarse su propia libertad. Queremos que

nos ayude a abatir a Reinhard Heydrich.

La enormidad de esta petición estuvo a punto de hacer que renunciara a la resolución que acababa de tomar. Suspiré con evidente desánimo.

—¡Matar a Heydrich es imposible! Igual que suprimir a Hitler o a Himmler. Lo lamento mucho, pero no puedo explicarle por qué. Le pido que me crea; es todo cuanto puedo decirle.

¿Cómo podía explicar a este tipo que todos los dignatarios nazis estaban protegidos por medios que desafiaban a la imaginación? ¿Matar a Heydrich? En otro tiempo lo había intentado mientras galopábamos por las avenidas del Tiergarten, y no lo había conseguido. ¿Matar a Hitler? ¿Cuántos atentados contra él habían fracasado ya lamentablemente? ¿Cuántos inexplicables milagros habían salvado al *Führer*, en el último segundo, de una muerte cierta? Todo aquello no podía explicarse de un modo racional. Había que conocer a los Galjero para comprender...

Monti clavó sus negros ojos en los míos.

—Le creo, Gärensen. Le creo porque sé exactamente a qué hace usted alusión. ¡Y por eso precisamente su colaboración es vital!

Incrédulo, miré esa cara redonda, un poco mofletuda, punteada por dos o tres feas verrugas, sin estar seguro de captar lo que el hombre quería decirme.

—Sólo usted está en condiciones de destruir al ángel guardián que protege a Heydrich —continuó Monti en un susurro—. ¡Yo le mostraré cómo, si lo ignora!

A pesar de su presencia taurina, Lewis Monti era un hombre hábil y paciente. El italoamericano sacrificó toda la velada para contarme las innumerables peripecias que le habían conducido de las montañas de Sicilia a Nueva York, de su vida de campesino mediterráneo a su colaboración con los servicios de información americanos...

—En el fondo, usted y yo somos muy parecidos, Gärensen —concluyó— El destino ha querido que nos forjásemos en los dramas y soportando la presión de un entorno adverso. Y que recorriéramos caminos que pocos hombres sospechan que existen...

—¡El destino ha querido, sobre todo, que nos cruzáramos con los Galjero!

Porque Monti conocía también a Dalibor y Laüme. ¡Como en mi caso, pero en circunstancias más dramáticas si cabe, los rumanos habían marcado su vida a fuego!

—Yo no he dejado de darles caza ni un momento, Gärensen... Un día, lo sé, me alzaré de nuevo ante ellos. ¡Y tal vez entonces usted esté a mi lado! Lo deseo ardientemente. Pero primero hay que acabar cuanto antes con esta guerra. Usted frecuentó a la pareja cuando vivía en Berlín. Incluso acompañó a Dalibor a Venecia... Debe de saber dónde se oculta la estatuilla que protege a Heydrich. Tal vez conozca incluso el nombre de muerte de ésta.

—¿Cómo sabe usted todo esto de mí, Monti? —pregunté—. ¿Cómo es posible?

Lewis hundió los dedos en su vaso vacío para sacar los cubitos medio fundidos y chupó los pequeños guijarros de hielo. Mi pregunta parecía haberle sorprendido.

—Los nazis no son los únicos que trufan de espías las ciudades enemigas. ¿Recuerda a Merry Groves, una periodista del *Chicago Tribune* con la que coincidió el día en que conoció a los Galjero? Era en Karin Hall, ¿no es cierto?

Sí, recordaba a Merry Groves. Después de haberla visto en casa del gordo Hermann, me había cruzado dos o tres veces más con ella en la ciudad; por azar, así creía yo...

—Merry es una especie de espía también. Gracias a ella, nos hemos enterado de muchas cosas sobre usted.

Apreté los dientes en un intento por acusar el impacto de la noticia. ¡Habitado a leer y redactar fichas informativas sobre otros, me costaba aceptar el hecho de que yo mismo había sido objeto de una investigación por parte de los servicios secretos enemigos!

—Matar a Heydrich es una de mis ideas fijas desde hace mucho tiempo, Monti. He tratado de hacerlo. Y he sido incapaz... Por desgracia, desconozco dónde guarda su *therapon*. E ignoro igualmente dónde se encuentran las estatuillas fabricadas para Hitler y los otros...

—¿*Therapon*? ¿Es así como llama a los «ángeles»? No conocía este término. Es muy poético...

—Esto no cambia nada el hecho de que no puedo ayudarle. Nadie puede hacerlo.

Monti se levantó y fue a apoyarse en la ventana. El sol ya se había puesto. Empujó las persianas para dejar entrar un poco de aire y permaneció un instante en silencio, disfrutando del frescor de la noche. Luego, volviéndose hacia mí, murmuró:

—Yo sé quién guarda los «ángeles».

Matthieu-Marie Dandeville tenía la piel curtida y la risa fácil. Recién llegado del frente del Este, el francés saboreaba las buenas noticias que llovían desde hacía algunas semanas: Rommel llegaba a Egipto; los comandos italianos hundían a la mitad de la Home Fleet británica en los puertos de Malta, Gibraltar y Alejandría; la Wehrmacht victoriosa marchaba hacia Stalingrado...

—He oído una historia extraña en Rusia, amigo Thörün. Figúrate que, el 20 de junio de 1941 exactamente, un equipo de arqueólogos de la Academia de Ciencias de Moscú que realizaba excavaciones en la tundra sacó a la luz, nada más y nada menos, que la tumba de Gengis Khan. ¡Adivina lo que estaba escrito sobre la tumba!

—No lo sé.

—¡«Que todos los que descubran esta sepultura sepan que su país sufrirá una invasión si se atreven a profanar este sepulcro»! ¡Un día más tarde, nuestros panzers se lanzaban sobre Moscú! Increíble, ¿no?

—Admito que es bastante desconcertante, en efecto. ¿Alguna otra historia de este

tipo?

—Una velada no bastaría para contarlas... Pero ¿y tú? ¿Cómo te va? ¿Por qué no te fuiste con Heydrich a Praga?

Con una voz en la queforcé la nota de tristeza, expliqué a Dandeville que el jefe del SD me había excluido hacía ya mucho tiempo de su círculo de confianza.

—Lanzó varias operaciones colosales, lo sé; pero yo fui apartado sistemáticamente de todos los preparativos. Se celebró la conferencia de Wannsee, especialmente, de la que no supe nada y de la que sigo sin saber nada... ¿Y tú? ¿Sigues al margen de la Operación Lebensborn? —pregunté con aire despreocupado.

Dandeville no se dejó engañar. Me conocía demasiado bien para no adivinar adonde quería ir a parar.

—Ostara Keller está en Polonia, si es lo que quieres saber... Incluso puedo decirte dónde.

—¿Qué hace ella allí?

—Estudios sobre las poblaciones, aparentemente. En directora de un centro de investigaciones antropológicas. Cuatro médicos nuestros han sido destinados a su servicio; lo que no me disgusta. Esos tipos eran detestables.

Encontrar una razón plausible para ir a Polonia se reveló extremadamente difícil. El país constituía una especie de zona prohibida, un vasto espacio hermético donde nadie sabía lo que ocurría. Las SS ejercían allí la autoridad suprema. Si no hubiera llevado yo mismo el uniforme negro, nunca hubiera podido atravesar la frontera. Bajo el pretexto de que debía arreglar un asunto en el que estaba implicado uno de nuestros agentes, conseguí, de todos modos, llegar a Cracovia la noche del 30 de abril de 1942. Aquél era para mí un triste aniversario: se cumplían seis años exactamente de cuando Dalibor Galjero me había hecho entrar por primera vez en las criptas del Wewelsberg. Lo recordaba como si fuera ayer... Apenas necesité unas horas para solucionar el problema con mi agente, y luego, un poco antes del alba del 1 de mayo, dije a mi ordenanza que se dirigiera hacia el sur.

El centro Lebensborn que dirigía Keller se encontraba en una vieja casa de campo situada en pleno bosque, en una zona de pantanos y aguas muertas que nadie se había tomado nunca la molestia de desecar. Sólo algunos campesinos pobres, incultos, prematuramente envejecidos por las miasmas que emanaban de los pantanos, habitaban la región. En una pista forestal en mal estado, fuimos interceptados de pronto por una barrera de diez hombres armados. Había cuatro SS. Contraviniendo todas las normas militares, los otros eran colaboradores civiles locales. Con sus chaquetas de piel de cordero, sus cartucheras cruzadas sobre el pecho y su gorro de fieltro adornado con cráneos de pequeños animales, esos tipos desprendían un aire aún más patibulario que los soldados. Salí del coche y me dirigí al encuentro de un sargento para ordenarle que desplazara las barreras de alambre espinoso que bloqueaban el camino.

—Lo lamento, *Standartenführer*, pero las órdenes son estrictas. Es imposible

llegar al centro. ¡No antes de dos días! ¡Orden imprescriptible!

Alcé la voz para hacerme obedecer, pero fue en vano. Cuando ya estaba a punto de abofetear al suboficial, vi que un resplandor maligno asomaba a los ojos de los campesinos. Sin mostrarse en absoluto impresionados por mis galones, los hombres armaron uno tras otro el fusil que llevaban en bandolera. Súbitamente, un primer disparo resonó en el bosque. Siguió otro, más cercano, y otro más... Poniéndome de puntillas, dirigí la mirada al extremo de la carretera, hacia el lugar adonde me impedían ir. Aproximadamente a cien metros de la barrera, me pareció ver a un animal que salía de un bosquecillo para saltar a otro y una silueta vagamente humana que cruzaba el camino corriendo. Los civiles apuntaron nerviosamente sus armas hacia el bosque, mientras los SS me indicaban con un gesto que me alejara lo más rápido posible de allí. Obligado a retirarme, volví a subir a mi coche y ordené al chófer que abandonara la zona.

En cuanto estuvimos fuera del alcance de la vista del puesto de control, hice detener el vehículo y me adelanté solo una cincuentena de metros. Mi avance se vio interrumpido por un alto enrejado de alambradas. A mi alrededor resonaba una especie de zumbido sordo. En un primer momento lo atribuí a un nido de avispas, pero luego me di cuenta de que el zumbido procedía de la valla. Lancé una rama muerta contra las mallas. Con un ruido de globo que estalla, el pedazo de madera se partió y se convirtió en una haz de chispas y fragmentos inflamados que salieron disparados como bengalas. ¡La alambrada, electrificada a alta tensión, era infranqueable! Volví corriendo al coche y busqué en la caja de herramientas un medio para superar el obstáculo. La solución más sencilla hubiera sido lanzar al automóvil contra la cerca, pero ésta estaba demasiado hundida en el bosque para ser accesible con el vehículo.

Fue mi chófer quien tuvo la idea genial de fijar la rueda de repuesto a una percha corta y utilizarla como ariete. ¡Al ser el neumático un aislante, el sistema no podía fallar! La operación fue larga y pronto se hizo agotadora, pero después de una treintena de arremetidas conseguimos abrir un agujero bastante ancho en la reja para que pudiera deslizarme sin peligro al otro lado. Aunque el chófer insistió en acompañarme, le ordené que se fuera y me esperara en el pueblo más próximo. Protegido de los espinos por mi capote de cuero, empuñé mi Luger y me puse a caminar en dirección a la casa de campo. No había ningún sendero trazado entre los matorrales, y los árboles crecían apretados. Para contornearlos, tuve que avanzar chapoteando, hundiéndome hasta las rodillas en charcas de fango maloliente. Aunque era sólo un poco más de media tarde, me pareció que la luz disminuía mucho más rápidamente de lo habitual. Transpirando, levantando kilos de fango que se pegaban a las suelas de mis botas, recorrí quinientos o seiscientos metros sin ser descubierto, y entonces un nuevo disparo resonó en la fronda. Lejos, a mi derecha, una bandada de cuervos alzó el vuelo graznando. Desde el lugar donde me encontraba, sólo podía ver follaje y ramas.

Localicé una eminencia muy próxima que tal vez pudiera ofrecerme un mejor punto de observación. Apenas había iniciado la ascensión cuando mis ojos quedaron imantados por una mancha clara que se distinguía un poco más lejos, sobre el suelo. Mi ritmo cardíaco se aceleró. Me acerqué, no sin esfuerzo, y me arrodillé junto a un chiquillo inmóvil, tendido sobre el vientre. Aparte de un trapo blanco que le cubría los riñones, estaba desnudo. Debía de tener unos doce años, estaba bien formado, bien alimentado, con los cabellos rubios manchados de sangre. No era una bala lo que le había causado la muerte, sino un corte ancho y profundo en la sien, similar a la herida provocada por la pesada hoja de un hacha. Mientras estaba examinando el cuerpo inerte del muchacho, sentí un roce a mi espalda. Antes de que tuviera tiempo de volverme, un peso enorme se abatió sobre mí y me derribó. ¡Era un perro de combate, tan robusto y fiero que a punto estuvo de desgarrarme la garganta ya en el primer asalto! Juntos rodamos por entre las hojas por encima del pequeño cadáver, que chasqueó como una rama partida bajo nuestro peso. Sin que tuviera conciencia de lo que hacía, mi índice presionó dos veces el gatillo de mi automática, matando instantáneamente al animal. Con una mueca de asco, aparté a un lado el cuerpo y me levanté tan deprisa como pude. Me disponía a continuar mi ascensión hacia la cima de la loma cuando un martilleo entre la maleza me frenó de nuevo. Al dar media vuelta, vi surgir a un jinete con la cabeza cubierta por un casco, montado sobre un gigantesco frisón negro, que se dirigía a todo galope hacia mí. La hoja de un sable brillaba en su puño. Disparé precipitadamente. Una vez. Dos veces. Sin resultado. Quise ajustar el tiro, pero el caballo y su dueño ya estaban sobre mí. Tuve el tiempo suficiente de agacharme para evitar la primera acometida. Deslizándome bajo la montura, traté de pasar al lado izquierdo para desestabilizar al jinete y debilitar su brazo armado, pero la punta de su sable, rápida y precisa como la flecha de un arquero, golpeó el cañón de mi Luger. La pistola me saltó de la mano y desapareció entre la vegetación. Sin recursos frente a mi oponente, cuyo rostro permanecía invisible bajo una rejilla de esgrima, iba a ser decapitado por una de las acometidas que me lanzaba con la velocidad de una máquina cuando, al rodar sobre el suelo, mis manos se cerraron sobre un puñado de piedras, que lancé con todas mis fuerzas contra los ojos del caballo. El animal se encabritó ante este ataque inesperado, derribando a su amo... Momentáneamente aturdido por la caída, el individuo tenía dificultades para levantarse. Quise correr hacia él para arrancarle el arma, pero llevaba el sable atado a la muñeca con una correa y perdí un tiempo precioso tratando de soltar la sujeción. Esta pausa concedió a mi adversario el lapso necesario para rehacerse y derribarme con un vigoroso puñetazo. El hombre se levantó más rápido que yo y se quitó la máscara... Reconocí el rostro del *Hauptmann* Ghert Wussau-Pranghofer, el comandante de la *Junkerschule* de Bad Tölz, donde había hecho mi aprendizaje de SS once años antes. El tiempo parecía no haber pasado para él. A pesar de su edad, seguía pareciendo tan fuerte como un oso, tan rápido y diestro como un mono. Yo sabía que el sable de caballería era su arma favorita. Contra un adversario como ése,

no tenía ninguna oportunidad.

—Le reconozco —jadeé, volviendo a ponerme en pie— ¡Wussau-Pranghofer! Los dos somos SS. ¿Fue usted quien me formó! ¿Por qué enfrentarnos?

Pero el *Hauptmann* no perdió el tiempo en discutir conmigo. Apuntando a mi vientre, se empleó a fondo para lanzarme un golpe fatal. Atacando de filo y de estoque, mi antiguo instructor hizo silbar su sable hasta que mi brazo fue alcanzado por uno de sus molinetes y la hoja atravesó las espesas capas de cuero y tejido para rasgar mi piel. El dolor fue tan agudo que la rabia me cegó. En lugar de retroceder para esquivar un nuevo golpe, me lancé hacia delante con todo mi peso. Más pequeño que yo y mucho menos robusto, mi oponente salió proyectado por mi carga como una brizna de paja levantada por un tornado. Conseguí aplastarlo contra el tronco de un árbol, y consciente de que aquélla era la última carta que me quedaba por jugar, apreté mis pulgares contra el fondo de sus órbitas. El sufrimiento que le infligía paralizó literalmente al viejo oficial, que sólo pudo lanzar un grito de agonía mientras mis uñas perforaban el globo de sus ojos azules. Su cuerpo se convulsionó unos instantes, y el hombre pasó al reino de los *Einherjahrs*, esos guerreros de élite del dios Odín a los que tanto admiraba. Dejé que su cadáver se deslizara por la corteza y corrí a atrapar al caballo, que se había alejado un poco. En sus alforjas encontré un mapa detallado del dominio, así como un catalejo de gran aumento. Luego, después de vendarme el brazo lo mejor que pude, di una batida por la espesura y encontré mi Luger cerca de un charco de agua. Rápidamente apoyé el pie en el estribo y, sin conceder una sola mirada al *Hauptmann*, ascendí por la colina con mi montura. Cuando llegué a lo alto, saqué la lente de aumento y observé el paisaje que se perdía en el horizonte.

Tomando referencias y ayudándome con el mapa, estimé que me encontraba aproximadamente a tres kilómetros de la vieja casa de campo donde esperaba encontrar a Keller. Diversas anotaciones en color adornaban el plano: círculos, cruces, trazos dispuestos aquí y allá sin que ninguna referencia indicara qué significado tenía todo eso. Siguiendo durante un rato la línea de la cresta, encontré un sendero que parecía conducir a una encrucijada marcada con un círculo amarillo en el mapa. Prudentemente, hice que el animal se pusiera al paso y llegué a las inmediaciones del cruce sin advertir nada anormal. Avanzaba por un pequeño terraplén despejado de árboles, cuando mi caballo empezó a relinchar y a resoplar. ¡El animal presagiaba, en medio de las hierbas, un peligro imperceptible para mí! Salté a tierra, escruté la zona, y acabé por descubrir, cuidadosamente camufladas bajo las hojas muertas, las mandíbulas abiertas de una trampa para lobos. ¡Si esta trampa correspondía al círculo que veía en el mapa, casi todo el terreno en torno a la casa debía de estar protegido de este modo! Con ayuda de una rama muerta, accioné el dispositivo, que se cerró con un chasquido seco.

Dejé atrás la encrucijada, evitando cuidadosamente todas las zonas marcadas con un signo. Unos minutos más tarde, mientras remontaba el curso de un arroyo, un

viento glacial empezó a soplar a ráfagas y comenzó a lloviznar. La lluvia fundía todos los colores en una melaza indistinta, una niebla que hacía mi avance más inseguro y peligroso a cada paso. Ascendí por la orilla, avancé entre unos sauces y pasé a lo largo de una vieja cabaña abandonada, en el interior de la cual oí ruidos de lucha. Desmonté, y con el arma en la mano, di la vuelta a la casucha y entré en una habitación oscura, con el suelo de tierra batida.

En un rincón, dos muchachos casi desnudos estaban enzarzados en un combate a muerte. Uno, bastante alto y muy musculoso, había cobrado ventaja. Con una pesada piedra que utilizaba como un martillo, acababa de hundirle el cráneo a su adversario, un chico más pequeño y más joven que trataba, en vano, de resistir apretando las manos en torno al cuello de su verdugo. Tirando de la espesa pelambreira del mayor, lo proyecté violentamente contra una pared, lo que le dejó medio aturdido. Sin embargo, el chico, dando prueba de un vigor y una capacidad de resistencia sorprendentes, se volvió hacia mí y me atacó por detrás cuando yo acababa de inclinarme sobre su víctima. El golpe que me asestó en el cráneo me dejó atontado, y a punto estuve de perder el conocimiento. Incapaz de reaccionar, me derrumbé mientras él se abalanzaba sobre mí para apoderarse de mi Luger. El chiquillo me apuntó, apretó el gatillo, y se quedó estupefacto al ver que del arma no partía ningún disparo. Tras comprender que la pistola no estaba armada, trató de hacer subir el cartucho al cañón, pero antes de que lo lograra, saqué fuerzas de flaqueza y me abalancé sobre él, le sujeté por los tobillos y conseguí hacerle caer. Tuve que descargar tres o cuatro veces mi puño sobre su rostro para que se hundiera por fin en la inconsciencia.

Escupiendo la sangre que me había subido a la boca, me acerqué al más joven; pero por desgracia, ya no se podía hacer nada por él. Había dejado de respirar. Até las manos al otro con mi cinturón, y luego, con la mente todavía confusa, permanecí un buen rato apoyado contra la pared de planchas. El ruido de la lluvia era el único que me llegaba del exterior. Lluvia deslizándose sobre el follaje. Lluvia martilleando el techo de esta cabaña perdida en medio de un bosque transformado en terreno de caza.

Creo que hubiera permanecido en este estado de embotamiento hasta que hubiera anochecido si el muchacho gladiador no hubiera acabado por moverse y despertarse del todo. Traté de interrogarle, pero era evidente que no me comprendía. Apiadándome de ese pobre chiquillo al que forzaban a combatir como un animal, le desaté las manos, cubrí con mi capote de cuero su cuerpo tembloroso y le mostré, sobre el mapa de Estado Mayor, el lugar por donde podría atravesar la cerca electrificada. Confiaba en que sería capaz de encontrar el camino para escapar del terreno reservado a la prueba cruel que le habían impuesto. Porque estaba seguro de que lo que se estaba desarrollando aquí, en los bosques colindantes a la casa de campo, era una especie de *Tierkampf* de nuevo estilo: la culminación de una selección muchísimo más rigurosa que la que yo mismo había tenido que soportar en Bad Tölz. Por lo que alcanzaba a comprender, soltaban a los niños en el bosque, donde les

daban caza y los abatían en cuanto eran descubiertos. Sólo los que conseguían escapar a sus perseguidores estaban autorizados a sobrevivir. Hasta cuándo y para qué exactamente, era algo que yo no era capaz de adivinar.

Volví a montar y espoleé a mi caballo para continuar el camino hacia la casa. Cabalgué así durante veinte o treinta minutos. Al borde de un claro, después de haber franqueado un profundo brazo de agua en el que me hundí hasta los muslos, distinguí, en la cima de un cerro, el techo de un mirador que sobresalía de las copas de los árboles. Al observar la plataforma con el catalejo, constaté con alivio que el observatorio no estaba ocupado. Desde lo alto de la torrecilla, disfrutaba de un panorama ideal de un pequeño valle que quedaba por debajo. En el centro de éste, distinguí una quinta de reducidas dimensiones con paredes de ladrillo rosa y techo de pizarra, rodeada de un muro exterior. Había numerosas dependencias —antiguos establos y graneros, sin duda— dispuestas en torno al edificio principal. A pesar de las nubes cada vez más densas que cubrían el cielo, a pesar de la luz que evocaba ya a la del crepúsculo, podía ver con bastante nitidez lo que ocurría en el patio de la casa de campo, gracias a los grandes proyectores allí instalados. Los faros, que vomitaban una densa luz blanca, iluminaban perfectamente a un grupo formado por una veintena de personas con mantos y botas de equitación. Protegidos de la lluvia por un voladizo, unos caballos piafaban con nerviosismo tirando de sus cabestros. Destacándose de los demás por su menor estatura y su fina silueta, Ostara Keller, fusta en ristre, se movía de un lado a otro lanzando ojeadas a su reloj. Dos hombres llegaron trotando por la gran avenida. A su lado, dos perros de presa meneaban la cola en señal de alegría y se divertían mordisqueando por turnos un saco de tela negra que el primer jinete llevaba cruzado ante sí sobre la silla. Hasta que el hombre no lanzó negligentemente al suelo el bulto que transportaba, no comprendí qué clase de objeto era aquél. ¡Aquella cosa blanda, aquella morcilla informe, era el cuerpo del chico con el que había combatido en la cabaña! Alcanzado por sus perseguidores, el niño había sido capturado y abatido como una pieza de caza.

La llegada de estos dos cazadores desencadenó un prolongado intercambio de palabras que parecía que no iba a tener fin. ¡No era el cuerpo del pequeño lo que motivaba la estupefacción de los reunidos, sino mi capote, en el que aún seguía envuelto! Finalmente, después de muchas gesticulaciones en torno al cadáver, Keller cogió la prenda y la presentó a los perros para que siguieran la pista. Vi cómo los animales ladraban, olfateaban el capote, husmeaban el aire y salían disparados hacia donde yo me encontraba. Dirigidos por Keller, diez o doce cazadores de niños saltaron inmediatamente a sus caballos, y espoleando a sus monturas, se lanzaron al galope tras la pista de los perros.

¡Para mí, aquello representaba un peligro extraordinario y una oportunidad fabulosa! Si conseguía despistar a mis perseguidores, tal vez me fuera posible entrar en la casa. Saqué el mapa del bolsillo y en menos de un minuto tracé un plan que esperaba que me permitiera salir victorioso en todos los frentes. Sin sus perros, los

perseguidores estaban ciegos. Eliminar a los animales debía constituir, pues, mi prioridad absoluta. Bajé por la escalera del mirador, volví a coger las riendas de mi frisón y lo conduje a un punto donde una amplia zona cubierta de trampas se extendía a lo largo de una franja de tierra entre dos estanques. Allí me mantuve a la espera, confiando en la combinación de rapidez y temeridad que conduciría a los perros hasta mí con la mayor celeridad posible. Después de tomar la precaución de situarme en la dirección del viento, vi aparecer a los dos cerberos, todo músculos, todo colmillos, forjados para la persecución y el ataque. El primero fue atrapado en plena carrera por una trampa para lobos de mandíbulas tan cortantes y resorte tan potente que le seccionó una pata de un tajo. El segundo tuvo más suerte. En su carrera errática consiguió evitar todos los obstáculos. Las dos balas que le lancé le reventaron el morro cuando ya estaba sólo a diez metros de mí.

Después de haberme desembarazado de los perros, hice dar media vuelta a mi caballo y me hundí en la oscuridad del bosque. Sabía que los cazadores no se aventurarían a avanzar sobre ese terreno sembrado de trampas. Manteniendo un ritmo sostenido, llegué hasta la propiedad y dejé mi caballo atado a un árbol a unos doscientos metros de la mansión. Al abrigo de la oscuridad, me deslicé sin dificultad hasta un murete que delimitaba el patio del edificio. Unos guardias patrullaban sin mucha convicción, preguntándose, al ver que ya anochecía, por qué la caza no había terminado aún. Oculto en el hueco de una vieja puerta desquiciada, les observé el tiempo suficiente para determinar su frecuencia de paso. Cuando estuve seguro de haber calculado correctamente el ritmo de las rondas, me deslicé de ángulo muerto en ángulo muerto hasta entrar en la casona por la puerta de una inmensa bodega donde se conservaban centenares —tal vez miles— de botellas de vino.

Momentáneamente a resguardo, supe que había llegado el momento de utilizar ese objeto tan particular que Lewis Monti me había confiado en Venecia. Desde que había abandonado Berlín para ir a Polonia, no me había separado ni un instante de la pesada caja de acero reforzado que había fijado en el hueco de mis riñones mediante cuatro anchas tiras de papel adhesivo. Me levanté la camisa, arranqué el adhesivo y cogí el cofrecillo.

En su interior, tal vez más precioso aún que el secreto de la codificadora Enigma, se encontraba el único instrumento capaz de localizar los *therapoi* que guardaba Keller. Este instrumento no era mecánico. No se componía de hierro ni de cobre. Ninguna corriente eléctrica lo animaba. Conjugando la ciencia prohibida de la más vulgar necromancia con la de la más elevada magia ceremonial, era, en apariencia, una simple mano momificada. Cortada en otro tiempo del cadáver de un ahorcado, había sido preparada según fórmulas que se remontaban a la noche de los tiempos, fórmulas que sólo conocían los más viejos de entre los más viejos habitantes de ciertas regiones perdidas de Europa. Monti la había recibido de una antepasada y él mismo la había utilizado a menudo en el curso de su aventurera vida. Nunca había fallado en su misión. Porque esta mano, por reseca y resquebrajada que estuviera,

tenía un poder. Era una «mano de gloria», un talismán consagrado al descubrimiento de objetos ocultos..., aunque debo reconocer que al principio yo me había negado a creer en las virtudes de esta repugnante reliquia, y había sido preciso que Monti, en dos o tres ocasiones, encontrara mi propio reloj —que yo había ocultado primero en la casa de Fausta, y luego detrás de una estatua en una callejuela del Dorsoduro— para que me convenciera de la eficacia del procedimiento.

Tal como me había enseñado Lewis, pero con el corazón latiéndome desbocado, coloqué la palma muerta sobre mi muñeca izquierda y dejé que el hechizo operara. Al principio no ocurrió nada; luego sentí claramente que la piel curtida, de un amarillo ceroso, se agitaba con ligeros temblores que me produjeron la impresión de que un ciempiés o una oruga reptaban sobre mi piel. De repente, los largos dedos se cerraron en torno a mi brazo y una primera tracción me hizo dar un salto adelante. Era la impresión más desagradable que uno pueda imaginar: ser arrastrado por un «individuo» del que sentía la fuerza pero del que sólo veía esta mano apergaminada, resquebrajada como un suelo de laterita.

La presión sobre mi brazo se intensificaba a cada instante, señal de que las informaciones de Monti eran exactas y de que el *therapon* que protegía a Heydrich se encontraba en efecto en algún lugar de esta vivienda, en esta casa de campo de Polonia que Keller había convertido en su refugio. En lo que a mí respecta, me obsesionaba que la potencia del hechizo no me arrastrara demasiado lejos, demasiado rápido, con demasiada fuerza para que pudiera controlar correctamente mi avance por esta mansión infestada de enemigos. Tirando de mi brazo como lo hubiera hecho de la correa de un perro rabioso, conseguí controlar el ardor de la mano de gloria.

Me encontraba al pie de la escalera que conducía a la planta baja. Ni por un momento se me había ocurrido pensar que Keller hubiera ocultado a los «ángeles» en una bodega que nadie vigilaba. Lentamente, sin hacer chirriar los peldaños de madera, subí los escalones. El entorno, la tensión del momento, evocaron en mí un vago recuerdo; cuando giré el pestillo y descubrí con alivio que la puerta no estaba cerrada, volví a verme de pronto, once años antes, subiendo la escalera del sótano al que Thyssen Matschl me había arrojado después de la muerte de Geli Raubal. ¡Era un recuerdo antiguo, pero por un instante me puse a temblar como un azogado! Finalmente, recuperé el aplomo; empujé la puerta de la bodega y me aventuré en el interior del edificio. Al ver que la mano de gloria tiraba de mí hacia lo alto, me disponía a buscar otra escalera que condujera a los pisos superiores desde el vestíbulo cuando oí resonar unos pasos. Quise esconderme en alguna habitación, ¡pero las dos puertas que traté de abrir tirando del pomo con frenesí estaban cerradas! Un soldado llegaba del extremo del pasillo. Instintivamente, me llevé el brazo izquierdo a la espalda y resistí con todas mis fuerzas a las demandas de la mano de gloria. Caminando tan erguido como podía, me crucé con el guardia, que, más que en mi rostro, se fijó en mis botas llenas de costras y mi pantalón manchado de barro. Mientras un sudor frío recorría mi espalda, comprendí que en este lugar el uniforme y

los galones SS que llevaba jugaban a mi favor. Si bien era imposible engañar a Keller y a los oficiales superiores, que debían conocerse bien entre ellos, los guardias eran más fáciles de embaucar. Después de cruzar el pasillo hasta su extremo, desemboqué en una salita redonda de donde partía un tramo de escalones que conducía a los pisos altos.

Una vez llegado al primer nivel, vi que la mano de gloria seguía tirando de mí. Subí un piso más y me adentré en un corredor oscuro y desierto. La mano me obligó a girar a la derecha al extremo de otro pasillo en forma de T. Y al llegar a este punto, me dominó un malestar que me hizo parar en seco. Se me revolvió el estómago y mi garganta se llenó de una bilis acre. El aturdimiento me hizo caer de rodillas, mientras la reliquia del colgado sacudía mi brazo cada vez con más insistencia. No obstante, no me sorprendía lo que me estaba ocurriendo. No sólo conservaba el recuerdo de las estatuillas guardianas que los Galjero habían colocado, en el Wewelsberg, ante la escalera que conducía a la cripta donde se encontraba el *palladium*, sino que Lewis Monti también me había puesto en guardia contra este tipo de protección:

«Sin duda tendrá que enfrentarse a protectores sutiles. Funcionan según el mismo principio que los “ángeles”. Son amuletos que condensan y materializan la voluntad del operador. Las estatuillas de guardia se encuentran entre las más simples de concebir. Aunque Ostara Keller no haya alcanzado un nivel muy alto de magia operativa, puede haber activado ya este tipo de fetiches. Por desgracia, nos llevaría demasiado tiempo prepararle para protegerle eficazmente de ellos. Deberá utilizar exclusivamente su voluntad para combatir los efectos de estos amuletos. Saber que existen es la única arma verdadera que puede fortalecerle. Por lo demás, ¡cuenta con que emplearán todas las estratagemas para desanimarle y exigirle a que se bata en retirada!»

Vómitos, vértigos... Cerrando los ojos, luché contra la migraña que me aplastaba el cráneo y meforcé a seguir adelante. Con cada metro que recorría ahora, mi avance se hacía más penoso. Todo me decía que renunciara: mi cuerpo, que se debilitaba con cada respiración, y mi mente, invadida por un pánico indescriptible. Mordiéndome los labios, gimiendo casi como un moribundo, avancé aún unos metros, y luego, a punto de asfixiarme, tuve que renunciar. De vuelta en el cruce de los pasillos, la náusea y el malestar se disiparon en unos segundos. Mis pulmones se llenaron de oxígeno. A pesar de este respiro, yo sabía que no tendría fuerzas para efectuar un nuevo intento de superar la protección. Primero necesitaba desactivar al guardián. Pero ¿dónde podía estar? Aquello era lo único que me preocupaba. El fetiche podía estar disimulado en un artesonado, una cornisa, bajo una tabla del suelo, o emparedado entre dos tabiques... ¿Cómo saberlo? Utilizar la mano de gloria para descubrirlo era imposible, porque Lewis la había santificado con el único objetivo de descubrir a los «ángeles guardianes» que protegían a los altos dignatarios nazis. Y yo desconocía el procedimiento ritual necesario para modificar la solicitud hecha a la reliquia necromántica.

Empecé a buscar ávidamente a mi alrededor algún detalle de la decoración que pudiera servir de soporte a este guardián. En vano escruté los muros en busca de un medallón o un simple relieve cuya forma pudiera evocar la función atribuida al sutil guardián; pero mientras avanzaba y volvía a sentir los vértigos, me di cuenta de que los motivos de la alfombra cambiaban en el lugar exacto donde surgían los síntomas de malestar y de miedo. Los dibujos, unos banales motivos florales, se volvían súbitamente geométricos y abstractos. Sin ningún sentido artístico, líneas quebradas mutilaban sin razón aparente las volutas, ángulos insólitos se yuxtaponían a órbitas de colores inciertos. Subí a una silla adosada a la pared para ganar un poco de altura, y desde allí constaté que estos extraños dibujos recordaban intensamente a los que utilizan los cabalistas en la preparación de sus sellos y sus pentáculos angélicos. ¡Sin duda alguna, esta alfombra era el guardián! Tras aspirar un largo trago de aire, me arrodillé para enrollar la tela y empujarla a un lado; pero mis manos me empezaron a quemar de tal modo que tuve que detenerme.

Ya desesperaba de encontrar una solución, y, cuando estaba a punto de lanzar mi mechero encendido sobre la alfombra, pensé, sencillamente, en cubrir el motivo con un velo. Tras desatar unas pesadas cortinas de terciopelo que obturaban la ventana, las tiré sobre el motivo con el gesto de un pescador que lanza su red al agua y me puse a correr para franquear esta frontera. ¡De un modo tan breve como fulgurante, tuve la sensación de haber saltado a una hoguera, a una nube de fuego que de pronto me había envuelto y de la que había salido milagrosamente vivo! Porque ahora había alcanzado el extremo del pasillo, el lugar exacto adonde la mano de gloria quería llevarme.

Con ayuda de la llave maestra que había robado unos días antes en el almacén del SD, no tuve ninguna dificultad en forzar la cerradura de la puerta. Prudentemente, entré en lo que debían ser los apartamentos privados de Keller. Apenas tuve tiempo de distinguir una gran cama coronada por un dosel, un inmenso escritorio cubierto de expedientes y hojas sueltas, una biblioteca envidriada desbordante de volúmenes antiguos..., todo en el estilo Potsdam, que los franceses llaman Luis XV. La mano momificada me estiró hacia una gran caja fuerte de acero. Y allí, justo ante este armario blindado, la presión sobre mi brazo cesó. El modelo estaba muy perfeccionado. Su sistema de abertura estaba compuesto por un trío de ruedas dentadas de veinticuatro cifras; eso implicaba miles de combinaciones posibles, que evidentemente era imposible probar una por una. El mueble era demasiado grueso para ser perforado, demasiado pesado para ser desplazado... ¡No me quedaba otra solución que abrirlo con mis propios medios aquí y ahora!

Distendiendo mis músculos, vacié mi interior y apoyé una oreja contra la placa de acero. Lentamente hice girar la primera rueda mientras trataba de percibir si se producía un cambio de sonoridad cuando el engranaje correspondiente a la cifra exacta entraba en acción. Por desgracia, las capas de metal se antojaban demasiado gruesas para que pudiera oír el juego de las entrañas del mecanismo de cierre. Di un

rabioso puñetazo a la caja fuerte. Tal vez fue ese conato de cólera la que decidió a la mano de gloria a acabar su trabajo. Agitándose en el relicario donde lo había guardado, el talismán empezó a rebullir como un animal vivo. Vibrando de esperanza, lo volví a colocar sobre mi muñeca y me dejé guiar por los precisos impulsos que me transmitía. La primera ruedecilla se bloqueó en la cifra 23. La segunda en el 9. La tercera en el 14. ¡Hubo un ruido de resorte engrasado encajando en su posición, y la puerta de la caja fuerte se abrió con suavidad! En el interior, colocadas sobre dos estantes como un ejército de soldaditos, descansaban doce estatuillas comparables a la de mi antiguo Amarok. La mano de gloria me hizo coger una en concreto pero, incluso sin su ayuda, yo hubiera reconocido al «ángel guardián» de Heydrich. La escultura, de tierra cocida, reproducía, en efecto, toscamente los rasgos del jefe del SD y de la Gestapo. Su rostro estaba bastante bien plasmado, pero su cuerpo no era el de un hombre. Criatura híbrida entre el humano y la fiera, la silueta era la de un hombre lobo armado de una lanza y un escudo.

Del doble fondo de la caja donde transportaba la mano momificada quise extraer una larga aguja y tres ampollas de arsénico destinadas a destruir las cargas protectoras contenidas en los *therapoi*, pero cuando levanté el pequeño compartimento que protegía las cápsulas de vidrio, el corazón me dio un vuelco. ¡En el curso de mis combates se habían roto dos frascos! Con la mandíbula crispada, me negué a abandonar la partida a pesar de este golpe del destino. Acababa de llenar la jeringa cuando oí un ruido en el exterior. Eché una rápida ojeada por la ventana, y vi que la tropa que se había lanzado en mi persecución volvía a la mansión. Keller ya bajaba del caballo y se dirigía hacia el edificio. Azorado, cogí el *therapon* de Heydrich, hundí la aguja en el tapón de cera que lo cerraba e inyecté la mitad de la dosis de arsénico al ídolo. Inmediatamente, la superficie de éste empezó a calentarse y aparecieron resquebrajaduras en su base.

Después de volver a colocar el objeto exactamente en el mismo lugar donde estaba, decidí jugarme el todo por el todo y destruir también el protector sutil de Hitler. Su *therapon*, que representaba a un caballero que derribaba a un dragón, era fácilmente reconocible, porque, al estar levantado el yelmo del guerrero, se distinguía claramente el pequeño bigote y el mechón de pelo característicos del amo de Alemania. Sin dudar, vacié el resto del «León Verde» en el interior de la estatuilla y luego la volví a colocar en su sitio en la caja fuerte. Después de cerrar el armario blindado, recogí rápidamente mis cosas, salí de la habitación de Keller y pasé sobre la alfombra sin sentir su efecto. ¡Consagrado a la tarea de vigilar la entrada del pasillo, el guardián no reaccionaba en absoluto a los desplazamientos en sentido inverso! Tras borrar todo rastro de mi paso, guardé la cortina en un arca y busqué un medio de volver a bajar sin dejarme ver. Desde donde me encontraba, podía oír ruido de voces en los pisos inferiores. ¡La solución más sencilla era saltar por la ventana! Distinguí un tragaluz situado en un rincón en sombra. Saltar desde el segundo piso era arriesgado, pero considerando mi buena condición física, tenía una oportunidad

razonable de salir bien librado. Sin vacilar, me suspendí, pues, del borde y me dejé caer sobre la grava. Durante el brutal salto creí por un instante que iba a romperme los huesos, pero finalmente me libré con una buena contusión en las nalgas.

La lluvia, que ahora caía a cántaros, había ahuyentado a los centinelas y les había impelido a guarecerse bajo los cobertizos y los porches. Corrí a través de los charcos, alcancé la cobertura de los árboles tan rápido como pude y encontré mi montura en el lugar donde había atado su brida a una rama baja. Huí a toda prisa de aquel lugar y me adentré en el bosque, donde, pese a mis esfuerzos, no tardé mucho en perderme. La profunda oscuridad me impedía ver los obstáculos que se levantaban en mi camino; el ramaje me azotaba el rostro, y en cualquier momento mi caballo corría el riesgo de hundirse en el pantano o quedar atrapado en una trampa para lobos. Continuar así, a ciegas, no era razonable. Aunque aún era bastante pronto, tal vez las ocho o las nueve, me decidí a esperar al alba para continuar. Tiré de las riendas, puse pie a tierra y me apoyé contra el tronco de un gran roble que me ofrecía cierta protección. Empapado, tiritando de frío, esperé así pacientemente a que se levantara el día. Aquélla fue, creo, una de las noches más largas y penosas de mi vida.

Por fin, cuando el cielo empezó a teñirse de rosa, a pesar de las enormes nubes, volví a montar. Tras encontrar la cerca electrificada, después de una hora de prudente cabalgada por los pantanos, seguí ese hilo de Ariadna hasta llegar a donde mi chófer y yo habíamos practicado la brecha. Ésta, por desgracia, era demasiado estrecha para que mi montura pudiera deslizarse por ella. Obligado de nuevo a caminar, tardé aún varias horas en encontrar el pueblo donde me esperaba el conductor. Cuando llegué, mi aspecto era realmente lamentable: ¡con las ropas desgarradas y empapadas, la herida en el brazo, las mejillas hundidas por la emoción y los ojos brillantes de fatiga, parecía un vagabundo más que un orgulloso oficial de la *Schutzstaffel*. Pero poco me importaba eso, porque acababa de conseguir lo que creía imposible: ¡desactivar en secreto todas las protecciones sobrenaturales levantadas por los Galjero en torno a Reinhard Heydrich y Adolf Hitler!

URSA MINOR

A finales de mayo de 1942, tres semanas después de mi retorno de Polonia, siete partisanos saltaron de un avión británico para preparar un atentado contra el *Gauleiter* de Checoslovaquia. Después de haber organizado un régimen de terror que le había valido el sobrenombre de «el carnicero de Praga», Reinhard Heydrich había acabado por aplicar medidas muy populares de protección social y de planificación económica eficaz, hasta el punto de que, traumatizados primero por la brutal asunción del control de su país por parte de las SS, los checos habían empezado a considerar a Heydrich como un auténtico protector. Este giro entraba, sin duda alguna, en contradicción con los intereses de los aliados, uno de cuyos principales objetivos era el de asegurarse simpatías en cada uno de los países ocupados. El 27 de mayo, cuando el jefe del SD viajaba en dirección al aeropuerto en su Mercedes descapotable, el comando surgió en la esquina de una calle y ametralló el coche. Herido, pero gritando a su chófer que se detuviera para combatir, Heydrich saltó del vehículo y, pistola en mano, replicó a sus agresores. Finalmente una granada acabó con él. Con el tórax, el bazo y los pulmones reventados, agonizó durante ocho días, al término de los cuales toda Checoslovaquia tuvo que padecer las represalias del ejército SS, que acababa de perder a su más prestigioso comandante. En Berlín, Reinhard fue honrado con unos funerales nacionales como no se habían visto nunca antes en el Reich —un comentarista se atrevió a calificarlos de «babilónicos»—. Desde luego, también yo asistí, con uniforme de gala, a este acontecimiento. Junto a mí se encontraba Lina Matilde von Osten, la esposa del difunto, muy erguida y muy digna. Aunque yo sabía que la muerte de su marido la había afectado profundamente, Lina estaba firmemente decidida a no permitir que de ningún modo trasluciera su estado de ánimo. En cuanto a mí, me embargaban sentimientos extraños, contradictorios. Hubiera debido alegrarme por la desaparición del hombre que, una noche de octubre de 1931, me había capturado y desde entonces me había mantenido prisionero en sus redes. Ahora yo era libre de abandonar Alemania a la primera ocasión y huir con Fausta lejos de Europa. Y sin embargo, me sentía turbado, apenado casi. La muerte de Heydrich había provocado en mí un gran vacío, como si hubiera perdido una secreta razón de vivir.

—«¿Qué será de Roma sin sus enemigos?», decían en el Capitolio cuando Cartago fue arrasada.

La voz de Matthieu-Marie no denotaba tristeza ni alegría. Acabábamos de dar sepultura a Reinhard Heydrich y nos habíamos encerrado en el despacho que el francés seguía ocupando en los locales de la Pücklerstrasse. Mi amigo me miraba con extrañeza, hasta el punto que temí que hubiera adivinado el papel que yo había representado en el atentado contra el hombre que, en apenas diez años y ciertamente

mejor que el propio Himmler, había convertido a las SS en un Estado dentro del Estado.

—¿«Roma sin sus enemigos»? ¿Qué quieres decir?

—Una bella ilustración del *polemos*. ¡Es la vieja teoría de los presocráticos, ya sabes! Uno vive porque se opone a alguna cosa o a alguien. Es esta lucha la que nos define. Tú, desde el principio, te oponías a Heydrich. Y ahora que su ataúd está cerrado, ningún adversario se cruza ya en tu camino. Mi pregunta es, pues, pertinente: ¿qué será de ti, mi buen Thörun?

Me contenté con vaciar mi vaso y encender un cigarro sin responder, dejando flotar sobre mis labios una sonrisa de irresolución. ¡Y no estaba fingiendo! A este momento de duelo le siguieron unas semanas melancólicas. Era preciso que cambiara de vida, de eso no había duda; pero aún me faltaba el impulso para hacerlo. Entre junio y agosto, en tres ocasiones quise partir a Venecia, y en todos los casos fue Fausta la que me rogó expresamente que aplazara el viaje. Monti estaba en misión en Sicilia, y le era difícil desplazarse por la península después del envío masivo de tropas alemanas a Italia. Ver a Monti de nuevo no era, evidentemente, la razón fundamental por la que yo quería volver a este país. Cada día me sentía más preocupado por la seguridad de mi mujer. Si, hasta el presente, Mussolini se había resistido a las demandas apremiantes del *Führer* en relación con las redadas de judíos en su territorio, la situación podía invertirse en cualquier momento. Debilitado por los mediocres resultados obtenidos por sus tropas en los teatros de operaciones norteafricano y griego, el Duce tendría que aceptar necesariamente las más locas exigencias de los nazis.

El 20 de agosto, Churchill envió a los canadienses a una carnicería en las playas de Dieppe. La tentativa de desembarco fracasó lamentablemente. Creo que este fin de verano de 1942 fue el período en que el pueblo alemán —y más aún los berlineses— creyó con más firmeza en la posibilidad de una victoria. Por entonces la capital aún sufría sólo bombardeos erráticos y de escaso alcance. En las tiendas se encontraba de todo a precios irrisorios. A nadie le faltaba de nada, e incluso el pueblo llano, como en compensación por los jóvenes que enviaba a morir al frente, podía procurarse fácilmente mantequilla danesa, aceitunas griegas, conservas holandesas, alcohol escandinavo, jamón de las Ardenas... Minimizando la derrota de Rommel en África y explotando en cambio el carácter inexpugnable de la «fortaleza Europa», Goebbels, el ministro de Propaganda, hacía distribuir gratuitamente pan y harina en la estación central, donde trenes llenos hasta los topes de cereales llegaban de Ucrania. En la ciudad, la gente apenas se fijó en que nadie, desde hacía mucho tiempo, se sentaba ya en los bancos pintados de amarillo.

Finalmente, a principios de septiembre, Fausta me informó de que Monti pronto estaría en Venecia. Inventé un pretexto para abandonar el Estado Mayor de Heinrich Muller, el sustituto de Reinhard a la cabeza del SD, y partí de nuevo hacia la laguna. Pensaba que iba a poder estar al menos una jornada a solas con Fausta, pero Lewis

Monti ya me esperaba.

—Ahora que Heydrich ha muerto, Hitler es la próxima diana de la *Schwarze Kapelle*. Encontrará a su hombre en Berlín. ¡Pero vaya con cuidado, Thörun! ¡Sobre todo no mencione que infectó al «ángel guardián» del canciller! Esto debe seguir siendo un secreto absoluto entre nosotros. Nadie debe saber que este tipo de operaciones constituyen el núcleo fundamental de la guerra secreta. Le tomarían por un loco.

—¿Por qué tiene aún necesidad de mí allá? Yo ya no puedo serle de ninguna utilidad en Berlín.

—La guerra aún no ha acabado, Gärensen. Ni mucho menos. Eliminar a Hitler tal vez no baste. De todos modos se necesitará un gobierno fuerte para sucederle. Si no, los soviéticos se introducirán en el vacío dejado por los nazis y toda Europa pasará de una dictadura negra a una dictadura roja... Para las democracias, esto supondría tener que rehacer todo el trabajo.

—¿Quiere que tome las riendas del país después del asesinato de Hitler?!

Monti se echó a reír.

—¡No, Gärensen! No vamos a pedirle tanto. Hay otros mucho mejor preparados que usted para esta labor. Pero su ayuda puede serles, en cambio, extremadamente preciosa. Usted es nuestro contacto mejor situado en el SD. Su posición aún puede sernos necesaria para recabar informaciones que nos permitan a la vez derribar al nazismo y proteger a Alemania contra una victoria total del bolchevismo.

La perspectiva de volver a Berlín me disgustaba. Si había esperado tanto tiempo antes de encontrarme de nuevo con Monti, había sido únicamente porque esperaba que éste me proporcionara el medio de huir para siempre del continente en compañía de Fausta.

—¡Me lo había prometido, Lewis! Hicimos un trato y yo he cumplido mi parte: la destrucción de los *therapoi* por su ayuda. ¡No puede pedirme que continúe!

Pero Fausta compartía el punto de vista del americano.

—Esta guerra no es un conflicto como otro cualquiera —me dijo con una voz quebrada por la emoción— En Europa del Este, las redes de resistencia transmiten a los aliados testimonios coincidentes. Allí se está viviendo una pesadilla. En los campos, los nazis exterminan a centenares de miles de opositores. A prisioneros políticos, pero también a gitanos, a judíos... Y no sólo a hombres... a familias enteras...

Incrédulo ante aquellas revelaciones, mi primera reacción fue rechazar los argumentos de Fausta.

—Desde que tuve uso de razón, Thörun, me opuse a los camisas negras. En secreto, durante años antes de la guerra, tejí lazos, conservé contactos... Como si siempre hubiera sabido lo que se preparaba en Europa. Si he permanecido tanto tiempo en Italia, ha sido porque siempre pensé que era necesario acercarse al monstruo para asestarle el golpe fatal. Hoy, si me quieres, esto es lo que te pido que

hagas...

El viaje que me devolvió a Prusia fue largo, frío y triste. Con Heydrich muerto, yo había creído que por fin me había ganado el derecho a ser libre, ¡y ahora era mi propia esposa la que me rogaba que volviera a meterme en la boca del lobo!

El segundo domingo después de mi regreso, encontré una nota que habían deslizado bajo la puerta de mi apartamento. En unas líneas, alguien cuya escritura no conocía me citaba para ese mismo día en un camino reservado a las caballerías del Tiergarten. A las cinco, trotaba, pues, sobre *Sleipnir* por la avenida cuando se me unió un hombre que montaba una hermosa yegua negra de músculos ágiles. Yo recordaba perfectamente haber galopado en otro tiempo junto a Canaris, el jefe de los servicios secretos del ejército regular. Volver a verle así no me sorprendía. Aun sin llegar a haber obtenido nunca la prueba que lo confirmara, Heydrich sospechaba que el almirante mantenía estrechos contactos con los aliados.

—Me han dicho que el hábito negro ya no es de su gusto, Gärensen. ¿Es cierto eso?

—Lo es, almirante... Pero ofrecerle seguridades al respecto resultará, me temo, algo complicado. Tiene derecho a pensar que el SD sólo le está tendiendo una burda trampa.

—¡No se preocupe! Ya poseo la prueba de su lealtad, amigo mío.

Los aliados me han puesto al corriente a través de su esposa. ¡Le felicito!

—El problema es que luchamos en dos frentes, ¿comprende?

Caminando de un lado a otro por su vasto despacho del Tirpitz, como llamaban al edificio de la Abwehr, el almirante Canaris me explicó su visión geopolítica de la situación.

—Con esto no me estoy refiriendo a nuestra actual línea de combate contra los soviéticos y a la que, tarde o temprano, se abrirá contra los anglosajones. ¡No! No se trata de eso. Nosotros, los alemanes de la *Schwarze Kapelle*, tenemos que combatir a la vez a los nazis y al conjunto de los aliados.

—Sin embargo, los occidentales nos apoyan —objeté.

—Hay que procurar no mezclarlo todo, Gärensen. Los aliados piden nuestra rendición sin condiciones. Ahora bien, nosotros, después de haber eliminado a Hitler, queremos obtener una paz separada con los ingleses y los americanos. ¡Firmar un tratado con los soviéticos está fuera de toda cuestión! La caída del nazismo no debe, no puede, significar la caída de Alemania. ¿Está de acuerdo conmigo?

La perspectiva expuesta por Canaris me parecía suficientemente razonable para ganarse mi adhesión. Lo importante, tanto para este hombre como para mí, era poner término al paréntesis nacionalsocialista. Una vez que nos hubiéramos desembarazado del canciller y de sus principales lugartenientes, se instauraría un gobierno cuya primera tarea consistiría en poner fin al conflicto con Inglaterra y América, sin

conceder por ello la restitución de territorios a las potencias vencidas. Francia, Bélgica y Holanda deberían permanecer subordinadas a Alemania, aunque para ello debieran instalarse en ellas regímenes mucho más suaves que los actuales.

—¿Y quién será el nuevo canciller? —pregunté a Canaris.

—Hay dos o tres opciones a considerar. Creo que sería bastante fácil llegar a un acuerdo sobre la figura de Rommel. Si esto se revela imposible, Von Kluge sería perfecto...

¡Von Kluge! Yo entonces aún lo ignoraba, pero en el mismo momento en que Canaris mencionaba este nombre, muy lejos de allí, en el este, el viejo *Feldmarschall* trataba de asesinar a Hitler. Desde su cuartel general de Smolensk, el viejo león había conseguido componérselas para que Hitler se desplazara hasta él, y mientras le informaba personalmente de la pésima situación en que se encontraba el ejército del frente ruso, agentes de la Abwehr atornillaban una bomba en la bodega del aparato que debía devolver al «tío Wolf» a Berlín.

Lo que la historia retuvo como un golpe de suerte, yo lo interpreto, por mi parte, como el fracaso de la tentativa de destrucción del *therapon* de Hitler en la casa de campo de Keller. Sucedió que el avión, atrapado en una zona de turbulencias, buscó refugio en la altura, y el ácido contenido en el explosivo, helado por el frío, se petrificó e impidió que el ingenio funcionara. ¡Una vez más, gracias a lo que parecía un milagro, el jefe del NSDAP había escapado a la muerte! Cuando me enteré de lo ocurrido, insistí ante Canaris para que suspendiera inmediatamente cualquier otra tentativa de asesinato. Tenía la absoluta certeza de que no sólo cualquier intento estaba condenado al fracaso, sino de que conduciría a un endurecimiento en la caza a los opositores. Evidentemente no le revelé las insondables razones que me impulsaban a formular con tanta insistencia una demanda como ésa pero, en mi fiebre y mi ansia por convencer, debí de soltar algunas alusiones inconvenientes, porque el almirante me miró con extrañeza, como si estuviera loco. No sabiendo qué hacer con mis consejos, Canaris me dio las gracias educadamente y en adelante me mantuvo al margen de las actividades de la *Schwarze Kapelle*.

—No es tan importante como pueda parecer —dijo Monti para consolarme—. Los alemanes antinazis no ganarán la guerra ellos solos. Si sueñan con un poder de *Junker* después de la muerte de Hitler, sufrirán una cruel decepción. ¡No será así como ocurran las cosas!

—¿Qué quiere decir, Lewis? ¿Que los aliados han renunciado a dar su apoyo a la resistencia alemana? —No, Thörun. Al contrario. Pero ni Washington ni Londres quieren repetir el mismo error que cometieron en 1918. Esta vez entraremos en Berlín e instalaremos un régimen democrático sólido, que no podrá dar a luz a un nuevo dictador. ¡De momento, dejar Alemania a los alemanes es un riesgo demasiado grande!

Estábamos en la primavera de 1943. Habían transcurrido, pues, casi cuatro años desde el inicio de la contienda. Desde sus bases de las costas de África, los

americanos acababan de poner el pie en Sicilia. Ayudados por una resistencia local dominada por las viejas familias mafiosas, los *boys* luchaban encarnizadamente contra las tropas del Eje, conscientes de que perder la isla significaba abrir de par en par las puertas de Italia a sus enemigos.

—¿Qué quiere que haga, Monti? ¿Que vuelva para acabar el trabajo con los «ángeles» de Keller? Ni siquiera comprendo por qué el «León Verde» funcionó con la estatuilla de Heydrich mientras que no consiguió disolver el condensador de la de Hitler.

—La magia no es una ciencia exacta, Thörun. Y además tengo la íntima convicción de que Laüme Galjero fabricó varios genios protectores para Hitler. Lo que estaba en juego era demasiado importante. Es muy probable que usted destruyera el que descubrió en la casa. ¡Pero lo más probable es que aún haya otros que esperan a ser desactivados!

—¿Significa esto que me envía de nuevo a la caza de los «ángeles»?

—Significa, antes que nada, que esta guerra no terminará mientras el canciller Hitler siga con vida. ¡Si está protegido, tenemos que perforar sus defensas de una vez por todas!

Me había sido muy difícil decidirme, pero era evidente que no había otra opción mejor. Aprovechando que Monti seguía todavía en Venecia, decidí conducirlo al palacio Caetano. Desde que el conde me había revelado su hostilidad hacia los Galjero, yo había tratado de verle de nuevo en casi todas mis visitas a Italia; pero, por desgracia, siempre había encontrado la puerta cerrada en el Canareggio.

—El señor conde se ha desplazado a Este —me habían dicho la primera vez.

—El señor conde lo lamenta, pero le hace saber que no está visible en este momento —habían pretextado luego.

—El señor conde se encuentra de veraneo en las islas del Adriático —habían alegado más tarde.

Yo no había insistido, pero lo que ahora estaba en juego era demasiado importante para que no intentara forzar una entrevista con el viejo veneciano. Si aceptaba ayudarnos, el conde podía revelarse como un aliado extremadamente valioso. Curiosamente, me dio la sensación de que Lewis Monti se sentía incómodo cuando le hablé de Caetano. Con todo, el americano no rechazó mi sugerencia y aceptó acompañarme. La vía más rápida para llegar a su casa era la de los canales. Cogimos un barco-taxi que vino a buscarnos a la puerta de agua de la casa de Fausta, y luego navegamos durante unos veinte minutos hasta el pontón más próximo a la vivienda del patricio. Lewis Monti, habitualmente locuaz, no pronunció ni una palabra durante todo el trayecto.

Encontramos la puerta del dominio velada por un cortinaje negro, como es costumbre en Italia en señal de duelo. El alto batiente de la entrada principal estaba

abierto, y entramos en el palacio después de haber llamado sin que nadie viniera a respondernos. Todos los muebles estaban cubiertos con paños blancos. Los lienzos habían sido descolgados de las paredes y descansaban en el suelo, esperando a ser guardados en unas estrechas cajas de madera que obstruían los pasillos. Lancé una larga mirada contrariada a Monti para expresarle mi sorpresa y subí al piso, donde me parecía haber oído voces. Allí, en una vasta habitación casi desnuda, tres o cuatro operarios trataban de desplazar un piano de cola siguiendo las órdenes de un hombrecillo calvo vestido con un chaleco amarillo y negro. Otro personaje en traje de calle punteaba con aire aplicado una lista de inventario. Fue él, el maestro Mauricio Culcipione, notario, quien me comunicó el reciente fallecimiento del conde Caetano. Al no existir herederos ni legatarios, el palacio y los bienes del malogrado conde estaban destinados a la subasta.

—¡En fin —suspiró el procurador—, si es que aún es posible poner orden en una sucesión como ésta cuando el Estado se tambalea y ya casi no queda un oficial de la administración que permanezca fiel a su cometido!

Con el desembarco aliado en Sicilia, toda la península parecía presa de la locura. Tembloroso, envejecido y amedrentado en su palacio de Roma, Mussolini veía cómo las riendas del poder se le escapaban de las manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. En cualquier momento podía producirse un golpe de Estado. Algunos lo temían. Muchos lo esperaban.

—¿De qué murió el conde? —pregunté a Culcipione.

Mi pregunta pareció causar un indecible embarazo al notario.

—Murió... quemado —soltó por fin, después de sacarse los anteojos de plata para limpiar los vidrios con la punta de su corbata.

—¿Quemado?

El notario me aseguró que no podía darme más datos. No sabía gran cosa sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de Vittorio Caetano, y por otra parte, era un tema que no le interesaba. Su función se limitaba a inventariar las posesiones del conde y no había que pedirle más, a menos que se encontrara ante un eventual comprador...

—¿Ya ha establecido un inventario de la biblioteca? —pregunté al oírlo.

Culcipione recuperó la sonrisa, hundió la mano en su cartera de cuero y me tendió un puñado de hojas tipografiadas ceñidas por una goma elástica.

—¡Incluso con la ayuda de dos asistentes, esto me ha llevado seis días enteros! Seis mil ochocientos trece volúmenes en total. ¡Repertoriados y clasificados! ¡Si hay algo en particular que le llame la atención, tal vez podamos llegar a un arreglo en lugar de hacerle esperar a la fecha de la subasta oficial!

Con el dedo apunté las líneas consagradas a la *Virga áurea* del hermano Hepburn y a la *Pretiosa Margarita Novella* de Petrus Bonus.

—Me interesan estas dos obras. Le ofrezco quinientos reichsmarks inmediatamente y en metálico.

—La cifra me parece bien —anunció el notario estrechándome la mano— ¡Pero quiero dólares americanos!

Monti pagó por mí, y así pude deslizar bajo mi brazo los dos volúmenes que Dalibor Galjero había consultado a lo largo de su estancia en Venecia en 1935.

El mismo día en que volví a Berlín, vi a Matthieu-Marie. Si bien la noticia de la muerte de Caetano no le entristeció, la perspectiva de adquirir íntegramente la biblioteca del anciano provocó en mi amigo una reacción de auténtico entusiasmo. Nunca antes le había visto tan excitado.

—Cálmate —le dije—. Sin duda el Ahnenerbe ya no tiene medios para liberar créditos para una compra como ésta.

—¡Pero es que yo no tengo intención de pagar! Haré que nuestros agentes destinados allí confisquen todo el conjunto. Aquello es la anarquía, ¿sabes? Mussolini está a punto de ser depuesto, y, llegado el caso, deberemos enviar tropas para defender la península contra los aliados, que desembarcarán en ella en cuanto hayan acabado con Sicilia. ¡Ahora o nunca, éste es el momento ideal para pillar los tesoros de la Serenísima con la misma falta de escrúpulos que ella mostró al saquear Bizancio!

Las palabras de Dandeville me pusieron la carne de gallina. Desde luego, sus intenciones de bárbaro me indignaban; pero no era tanto esto lo que provocaba mi angustia como la idea de ver a regimientos completos de alemanes ocupando Italia. Hasta ese momento, yo sabía que Fausta se encontraba segura en Venecia. Los fascistas no practicaban la caza de judíos, y la familia Pheretti era bastante respetada en toda la provincia para disfrutar de excelentes apoyos en caso de necesidad. Pero si los nazis invadían Venecia, la situación allí daría un vuelco en apenas unos días. Fausta había sido la primera en hablarme de la concentración sistemática en los campos de judíos de Europa del Este, de Bélgica, Francia, Holanda... Las informaciones que yo mismo había obtenido posteriormente así lo habían confirmado. Debía evitar a cualquier precio que mi mujer cayera en manos de los fanáticos. Le escribí una carta cargada de angustia en la que la exhortaba a abandonar la península por todos los medios. Desde Venecia, Suiza no era inaccesible. Quería que se refugiara allí y esperara pacientemente a que finalizara la guerra. Las líneas que recibí en respuesta me aseguraban que estaba preparando activamente esta huida, ahora que el Duce había caído y los alemanes se planteaban ocupar militarmente el territorio de su antiguo aliado.

Una vez tranquilizado en parte sobre la suerte de mi mujer, me consagré plenamente a recuperar la pista de Ostara Keller. La última vez que la había visto había sido en Polonia, en el centro Lebensborn que dirigía. Después de mi intrusión en la casa de campo y la abertura de su caja fuerte, yo me había preocupado, no sólo de actuar de la forma más discreta posible en las oficinas del SD en Berlín, sino sobre todo de no tratar de saber qué había sido de ella. ¡Digámoslo sin rodeos, había pasado los trece meses que separaban la muerte de Reinhard Heydrich del desembarco aliado

en Sicilia tratando de caer en el olvido! Porque si bien es cierto que había vuelto a ver a Monti en Venecia y que también había establecido algunos contactos con el almirante Canaris, me las había arreglado para diferir constantemente la perspectiva de emprender una nueva acción contra los nazis y contra Keller. Ni siquiera estaba seguro ya de querer saber aún qué había sido de los Galjero. Por desgracia, en julio de 1943, esta posición de repliegue era insostenible. La guerra duraba desde hacía demasiado tiempo y ya había provocado numerosos muertos. Si tenía en mis manos los medios para poner fin a todo esto favoreciendo la desaparición de Adolf Hitler, era mi deber intentarlo para llevar a buen término este último desafío.

Al final tuve que ceder y emprender de nuevo el camino del Wewelsberg. Himmler en persona había propuesto y organizado una reunión de los cuadros dirigentes de las SS que debía congregarse allí a unos trescientos oficiales de alto rango para no sé qué ceremonia ideada por el *Reichsführer*. Durante dos días enteros, todo fueron comentarios estratégicos sobre la situación militar. Según los rumores que había podido captar en las oficinas del SD, el tío Heinrich acariciaba ahora la ambición de hacerse nombrar directamente jefe de cuerpo de ejército. Ya no le bastaba controlar las SS desde su despacho con las paredes cubiertas de mármol.

El antiguo granjero de Waltrudering se imaginaba como un Napoleón, un César, un Alejandro conquistando por sí solo las llanuras infinitas del Este hostil.

—Si los americanos tuvieron su Far West para extenderse y prosperar, ¿por qué los alemanes no iban a tener derecho a su Far East? Los bolcheviques son, para nosotros, lo que los indios fueron para los pioneros del Nuevo Mundo... ¡Eso es todo!

Feliz como un crío ante el enunciado de esta comparación, Himmler hinchó de aire sus pequeñas mejillas y, después de soltar una risita cloqueante, nos abrumó durante horas con la exposición de unos planes tan toscos como poco realistas. Por más que Muller intentara hacerle comprender que sin ayuda las SS no podían someter y conservar a Europa entera, el *Reichsführer* se había persuadido de que el ejército regular no era sino una milicia de incapaces cuyos jefes —todos unos traidores— pronto acabarían bajo el hacha del verdugo de Moabit, la gran prisión de la capital. La evocación de la suerte que esperaba a los miembros de la red de la *Schwarze Kapelle* me produjo escalofríos. Yo sabía que, si Canaris era desenmascarado, daría mi nombre, así como el de decenas de oficiales secretamente opuestos al régimen de Hitler... Si no quería que algo así sucediera, tenía que actuar sin demora. En un salón de fumadores de la fortaleza, encontré a Dandeville y guié la conversación hacia el tema de la biblioteca de Caetano.

—¡He conseguido apoderarme de ella íntegramente! —me dijo el francés—. Gracias a ti, los archivos del Ahnenerbe se han enriquecido con algunas ediciones de insólito valor. Paso literalmente las noches compulsando los volúmenes de ese viejo

Caetano. Creo que incluso estoy en disposición de decir que he realizado descubrimientos muy interesantes.

—¿De qué hablas? ¿Del secreto de longevidad del conde? Por lo que se ve, eso no impidió que falleciera como cualquier plebeyo...

Matthieu-Marie hizo una mueca y aspiró la última bocanada de su habano.

—¿Secreto de longevidad? No... Pero ¿recuerdas la anécdota que nos explicó sobre Galjero? El chico con la sangre hirviendo...

—¿Conoces la forma de realizar una monstruosidad como ésa?

—Tal vez... Aún no estoy seguro, pero es posible, sí...

—¡Supongo que no querrás probarlo...!

—No. Pero el principio del procedimiento me interesa.

—Tal vez fuera más sencillo interrogar directamente a Galjero —sugerí yo sarcásticamente.

Dandeville me dirigió una mirada sombría que me dejó clavado. Por lo visto, el matrimonio Galjero no era su tema de conversación favorito. De todos modos me confesó que recientemente había trabado relación, en París, con una pareja que parecía conocer bien a los rumanos.

—¿Sabes dónde se encuentran ahora Dalibor y Laüme? —le pregunté sin rodeos.

—No, lo ignoro. No se lo pregunté a esa gente... Todo lo que me recuerda expresamente a los Galjero me resulta desagradable. Pero en cambio puedo presentarte a esta pareja de amigos si me prometes que les interrogarás cuando yo esté bastante lejos para no oír la respuesta que te den.

La ocasión era demasiado buena para dejarla escapar. Encontrar el rastro de los Galjero significaba remontarse a la fuente de la creación de los *therapoi*. Sólo ellos sabrían, mejor que Keller, si se habían fabricado varias estatuillas para proteger a Hitler.

—¿Cómo se llaman tus confidentes?

—Morand. Hélène y Paul Morand...

Tenía la sensación de que París no había cambiado mucho desde mi primera visita, en el otoño de 1940. Las calles estaban llenas de bicicletas-taxi y las mujeres llevaban suelas de madera y no de cuero, pero el ambiente en general parecía más alegre que en Berlín. Dandeville, que, por descontado, me había acompañado, dirigía a sus compatriotas una mirada aún más cáustica de lo habitual. Instalado en la sala de un bar del barrio de Saint-Germain —Le Flore, creo—, me designaba a tal o cual persona soltando comentarios descorteses con la impunidad que puede dar el empleo de una lengua extranjera en el único país del mundo en el que la gente se enorgullece de hablar exclusivamente el idioma nacional.

—¿Ves a ese tipo? —me decía señalándome a un cincuentón alto que hablaba muy fuerte y llevaba un ridículo sombrero de paja cómicamente encasquetado en la

cabeza— Es un cantante célebre. Ofrecerse en espectáculo a los alemanes no le incomoda. Mañana beberá con los americanos o incluso con los rusos, si llegan hasta aquí. Algo parecido puedo decirte de este escritor de mirada torva que intenta entrar en calor junto a la estufa chupando su colilla amarillenta; igual que de ese otro cantante, ahí, con un cierto aire de iluminado, ¡y que, por otra parte, es judío!, lo que todo el mundo sabe, incluida la Gestapo, que se guardará muy bien de atraparlo. Todos estos santos varones, ocurra lo que ocurra, ya han ganado la guerra desde ahora. ¡Y sin pasarse ni un día en el frente! ¡A ellos pertenece el futuro!

De pronto, Dandeville saltó de su silla y tronó en francés:

—¡Levanto mi vaso por los cobardes y los oportunistas! ¡Deshonra y miseria del género humano, ellos serán, a pesar de todo, los que sobrevivan cuando los valientes de ambos bandos se hayan matado entre ellos!

Tuve que arrastrar a la fuerza a Dandeville, furiosamente embriagado, al hotel Crillon, donde habíamos instalado nuestros cuarteles.

A la mañana siguiente, sobrio, afeitado y con su uniforme negro perfectamente ajustado, Dandeville de Vigon-Pérignac me llevó a visitar a los Morand. Éstos ocupaban un inmenso apartamento en una avenida tranquila situada cerca de la Torre Eiffel. Ocho criados se ocupaban de atender las necesidades cotidianas de esta pareja sin hijos.

—Te prevengo que son unos auténticos vestigios del pasado. La mujer es griega, pero en primeras nupcias se casó con el príncipe rumano Soutzo. Ella tiene diez años menos que él, que acaba de volver a Francia después de haber ocupado el cargo de embajador en Bucarest...

La visita a los Morand me dejó un recuerdo de lo más curioso. Indiscutiblemente adivinaba en ellos reminiscencias del matrimonio Galjero. No porque esta gente se hubiera apasionado nunca por la magia o desprendiera siquiera un carisma comparable al de Dalibor y Laüme; había un punto en común, una conexión secreta entre ellos y esas personas con las que se habían cruzado en los Cárpatos. Morand era bastante pequeño, y su rostro, redondo para un occidental, adoptaba a veces un extraño carácter asiático. Esto le confería un aire misterioso de emperador chino que debía agrandar a las damas. La princesa Soutzo, por su parte, me pareció como una Minerva que se hubiera tragado su lechuza. Rígida, afectada, no carecía de clase ni de belleza, pero parecía tan fría como una luna de invierno. La entrevista fue breve y, mientras yo interrogaba al embajador de Vichy sobre los Galjero, Matthieu-Marie se alejó por el gran salón del brazo de Héléne Chrissoveloni-Soutzo-Morand. A pesar de la buena voluntad de que dio prueba, el alto funcionario no pudo proporcionarme ninguna información aprovechable. En efecto, había visto varias veces a Dalibor y Laüme en Bucarest en el curso del año anterior, pero los rumanos habían abandonado la ciudad con destino desconocido mucho antes de que él fuera llamado a París. Por las pequeñas alusiones que deslizó en la conversación, creí comprender que Laüme le había hecho bailar a su antojo antes de rechazarle de forma irrevocable.

—La señora Galjero es, sin discusión, una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Y yo he viajado mucho; sé de lo que hablo. No recuerdo haber encontrado nunca nada semejante. Una belleza absoluta... ¡Y un encanto, un misterio! Esta mujer, sin duda, es una esfinge. O mejor: ¡una Hécate! ¡En contrapartida, debo decir también que es una terrible «liante», si me permite la expresión!

Volví de esta cita tan descorazonado que me negué a permanecer unos días más en París, a pesar de la insistencia de Dandeville.

—En Berlín no se puede vivir, Thörun. Los aliados bombardean sin descanso. ¡Se está más tranquilo aquí! Apenas hay resistentes, y los pocos que hay rivalizan en ineficacia. En cambio, se encuentran muchos colaboracionistas. Y cantidad de chicas bonitas... Ropa y perfume Chanel a buen precio, también. ¡Piensa en tu mujer!

Pero yo preferí volver a Prusia. Efectivamente la capital se había vuelto peligrosa, y no pasaba una noche sin que la población tuviera que atrincherarse una hora o dos en los refugios. Me explicaron que, durante mi estancia en Francia, el hotel Kempinski había quedado reducido a cenizas. Huéspedes bloqueados bajo los escombros en llamas, pero que momentáneamente aún podían comunicarse por teléfono con el exterior, habían suplicado que dispararan con los cañones para abreviar su martirio. Circulando como un autómatas por este paisaje de ruinas, no podía evitar pensar en el *palladium* de Berlín que había destruido. Si los Galjero hubieran llevado a buen término su proyecto, ¿hubiera proporcionado eso realmente una protección absoluta a la ciudad? ¿Cuántas vidas se hubieran ahorrado entonces? ¿Cuántas muertes se hubieran podido conjurar? Bajo las sirenas que volvían a aullar para alertar de un *raid*, volví a mi casa con la firme intención, quizá por vez primera desde hacía años, de emborracharme hasta la inconsciencia. A pesar de los Lancaster ingleses que soltaban sus bombas al norte de mi barrio, hundí la llave en la cerradura y empujé la puerta de mi apartamento. En el interior, los vidrios vibraban como si un regimiento de carros de asalto desfilara por la calle. Quise abrir las ventanas para amortiguar las sacudidas y no arriesgarme a ver volar los vidrios en pedazos, pero cuando entré en la habitación que me servía de despacho, mi corazón dejó de latir: ¡sentado frente a mí, más tranquilo que un rabino en la oración, se encontraba el doctor Ruben Hezner!

La calma había vuelto a Berlín. Apenas inquietada por los escasos cazas Focke Wulfe de los que Göring aún poseía para proteger la capital, hacía tiempo que la escuadrilla de bombarderos ingleses debía de estar sobrevolando el canal de la Mancha. Yo, frente a Hezner, ya no sabía qué pensar. No había vuelto a verle desde unas horas antes de que se desencadenara el episodio del *palladium*... antes de ser arrojado a las mazmorras del Wewelsberg. Mientras él colaboraba con el Ahnenerbe y yo trataba de descubrir la naturaleza exacta de las relaciones que había mantenido con Dalibor Galjero, el hombre había desaparecido de la noche a la mañana, y a pesar de las

investigaciones que Dandeville y yo habíamos puesto en marcha, a pesar incluso de que la Gestapo se había lanzado tras sus pasos, había permanecido inencontrable, desvanecido para siempre, me parecía, en esta Europa que empezaba a convulsionarse.

—La capital alemana es un laberinto, Herr Gärensen, a pesar del arquitecto Speer, que ha modificado su antigua topografía, a pesar incluso de los *raids* aliados, que han hecho que sus barrios parezcan campos revueltos. Aún es posible ocultarse, e incluso vivir en ella, de forma clandestina. Yo mismo lo he hecho durante meses, durante años incluso...

En efecto, Ruben Hezner, al contrario de lo que yo había creído durante mucho tiempo, nunca había abandonado Alemania. En lugar de huir de la guarida del lobo, Hezner había hecho su nido en ella, jugando la dudosa carta de la proximidad con los mismos que habían decretado el martirio de su pueblo.

—Al contrario que muchos de mis semejantes, yo he leído y, sobre todo, me he tomado en serio el *Mein Kampf*. Muchos decían entonces que aquello no era más que el discurso bravucón y hueco de un patriota exaltado. Todos, o casi todos, pensaban que la fiebre que Hitler provocaba en los alemanes era un acceso pasajero. Pero yo sabía que las cosas no harían más que empeorar... Como usted, Gärensen, conozco los mitos. Más aún que la filosofía, y de forma mucho más pertinente de lo que nunca podrá hacerlo el análisis económico o prosaicamente histórico, los mitos hablan de los verdaderos deseos de los hombres. La humanidad es un problema sin solución, Gärensen. Por eso lo peor será siempre cierto.

—Pero ¿por qué quedarse, Hezner? ¿Y por qué está hoy, aquí, frente a mí?

—Me he quedado porque los judíos tienen que aprender a no confiar en nadie. Yo, por mi parte, lo aprendí hace mucho tiempo. Es una lección por la que pagué un precio enormemente alto. Creo que casi morí para aprenderla. Si me he quedado, Gärensen, ha sido, en resumidas cuentas, para ejercer el mismo oficio que usted. Espiar. Obtener nombres, hechos, fechas... Conocer las redes que, dentro de unos meses, dentro de un año tal vez, serán utilizadas por aquellos que se proclaman aún los dueños de Europa.

¡Un espía! ¿De modo que Hezner también era un espía? Pero ¿a sueldo de quién? ¿De los americanos? ¿De los soviéticos? ¿De los ingleses? Mi pregunta le hizo reír.

—Estoy al servicio de mi pueblo. Y mi pueblo no tiene nacionalidad. O aún no la tiene, al menos. Yo trabajo para un Estado que de momento no existe más que en los sueños de millones de hombres. ¡No sonría, Thörün Gärensen! No sonría, porque usted conoce tan bien como yo la fuerza de los sueños.

El tono era profético, resuelto, impresionante. Hezner había cambiado. Ya no era el hombrecillo discreto, afable y cortés que se deslizaba como una sombra por los pasillos del Ahnenerbe y se apartaba para dejar pasar a los agentes SS de uniforme, que le sacaban dos cabezas. Enflaquecida, o más bien afilada, su figura recordaba ahora a la de un jefe guerrero más que a la del intelectual enclenque y discreto que yo

había conocido.

—Así como existen redes de ayuda mutua para los escasos judíos que permanecen en la capital, se están montando redes para evacuar a los dignatarios nazis cuando los rusos invadan los arrabales de la ciudad. He identificado una, pero es de orden menor y sólo concierne a gente de las administraciones y del ejército regular. Sin embargo, sé que existe al menos otra específica para las SS. Ésta me interesa en el más alto grado. Le ofrezco mi ayuda a cambio de la suya, Gärensen. Ayúdeme a recolectar informaciones sobre esta segunda red, y yo le ayudaré en su búsqueda.

Era evidente que Hezner no había acudido a mí por azar. Todo esto era algo premeditado desde hacía tiempo. Ahí donde yo había fracasado, donde la policía de Heydrich y de Himmler se había mostrado impotente, una mujer, desde su casa al borde de un canal veneciano, había conseguido encontrar a Ruben Hezner y ponerse en contacto con él.

—Sí, es a su mujer a quien le debe verme aquí, Gärensen. Nunca he sido presentado a Fausta Pheretti, pero el nombre de su familia me es bien conocido desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me ha dicho ella nada sobre usted?

—Me dio la impresión de que su esposa tenía plena conciencia de su naturaleza fantasiosa y un tanto... inmadura. Creo que es evidente que deseaba protegerle de los enemigos que le rodean, sin que usted mismo lo sepa. Usted parece evolucionar como un actor en un decorado de cartón piedra, Gärensen. Sin embargo, su vida está amenazada. En todas partes le observan... La Gestapo concentra todos sus esfuerzos en la búsqueda de los miembros de la *Schwarze Kapelle*. ¡Si, por desgracia, uno de ellos llega a susurrar su nombre durante una sesión de tortura, ni su graduación ni su pertenencia a las SS le protegerán!

Yo sabía que Hezner decía la verdad. Hacía demasiado tiempo que me había acostumbrado a caminar por el filo de la navaja para ser todavía sensible al peligro y capaz de calibrarlo.

—Fausta —murmuré— Escasamente le hablé de usted... ¿Cómo lo supo?

—Su esposa es una joven llena de recursos. Como yo, mucho antes del inicio de la guerra presintió lo que iba a pasar. Y no permaneció inactiva, al contrario que tantos otros... Fausta Pheretti es una de las hijas lejanas de la «pequeña osa».

—¿La «pequeña osa»?

Este nombre me hizo sonreír, igual que parecía divertir al propio Hezner.

—La Osa Menor. *Ursa Minor*, el nombre en código para designar los escondites, los contactos y los circuitos financieros que permiten a un millar de judíos vivir clandestinamente en Berlín todavía hoy... *Ursa Minor*, que es también el nombre de la constelación en que se encuentra la Estrella Polar, el símbolo de esta Thule hiperbórea que usted tanto venera... Bonita ironía del destino, ¿no le parece?

El trato que me proponía Hezner era simple. En contrapartida por las informaciones sobre las redes de evasión organizadas en beneficio de los dignatarios SS, el doctor debía ayudarme a localizar a los Galjero.

—Me he enterado de muchas cosas sobre esta gente. ¡Cosas terribles! El hombre, Dalibor, me confió casi la totalidad de su historia. ¡Es un relato de locos! ¡Increíble! ¡Más demencial que una epopeya!

—Pero ¿por qué se la confió? —pregunté, con un asomo de celos.

—¿Por qué a mí antes que a usted, quiere decir? Pues bien, creo que vio en mí a la única persona capaz de provocar en su esposa una auténtica crisis de catalepsia.

Hezner se tomó su tiempo para contarme la anécdota. Aquello había sucedido apenas unos días después de que Dalibor Galjero hubiera pedido conocer a Hezner. Recibido en la residencia particular de los rumanos, el doctor había sido llevado, con la máxima discreción, a una antecámara en la que previamente se había perforado una mirilla en la pared. El rumano había pedido a su huésped que fijara la mirada en la persona que se encontraba al otro lado del tabique. Ignorando que estaba siendo observada, Laüme, vestida con un traje sastre oscuro, alineaba cartas sobre un gran escritorio de ébano. Hezner había pensado que la Galjero se entretenía haciendo un simple solitario, y no había comprendido por qué Dalibor insistía en que la mirara fijamente hasta el momento en que ésta había empezado a mostrarse inquieta. Pronto la mujer pasó de la inquietud al nerviosismo, revolviéndose sin motivo en su sillón, levantándose después, llevándose la mano a la frente, lanzando grititos de gata y luego buscando aire, aspirando, jadeante, el oxígeno con la boca muy abierta... Justo antes de derrumbarse en el suelo y empezar a agitar sus miembros como una epiléptica, Laüme había lanzado un grito del que Hezner aseguraba que no tenía nada de humano.

—¿Y Dalibor? ¿Cuál fue su reacción cuando su compañera se encontró mal?

—La miró un buen rato sin hacer nada. Sin precipitarse a ayudarla. Luego me volvió a acompañar hasta el porche, con el aire más despreocupado y sereno del mundo. Creo que estaba contento...

Hezner, al principio, no había sabido qué significaba todo eso, pero en el curso de ulteriores encuentros con Dalibor, el rumano había ido levantando poco a poco el velo sobre la realidad de la pareja.

—¿Quién es realmente esta gente, Hezner? Usted lo sabe, ¿no es verdad?

—Lo adiviné. Lentamente, al principio, y luego todo se aceleró con la confesión de Galjero, desde luego. Pero fue usted quien me proporcionó la pieza clave que me faltaba el día en que me explicó que Laüme era anónfala.

—Es lo que llaman un vampiro, ¿no es verdad? ¿Por eso dejó el indicio de la entrada de cine entre sus notas?

—Por un instante, es cierto, creí que esta mujer era un vampiro. Numerosos detalles se corresponden con lo que el saber popular refiere sobre esta instancia. Sin embargo, me engañé. Laüme es peor que eso... Su misterio vibra en una octava

infinitamente superior a lo que es necesario, en magia roja, para iniciar una cadena vampírica clásica... Laüme es una fuerza antigua a la que es imposible atacar. Nunca me arriesgaría a enfrentarme a ella.

El discurso de Hezner no era lógico, y aquello me perturbaba enormemente. En primer lugar, el hombre me ofrecía el relato de una escena en el curso de la cual su mirada había bastado para provocar el desvanecimiento de Laüme Galjero; y en paralelo, aseguraba que nunca se mediría con ella. Todo esto era tan incoherente que tomé distancias con respecto a sus palabras. El sensitivo Hezner lo advirtió al momento, y trató de corregir la mala impresión que sus explicaciones acababan de generar en mí.

—Gärensén —me dijo con una calidez nueva en la voz—, si sigue mis instrucciones, estoy persuadido de que podemos descubrir todos los escondrijos de las estatuillas fabricadas por los Galjero. Pero para esto necesitaremos imperativamente ganarnos la sutil cooperación de su amigo, Matthieu-Marie Dandeville...

Acodado en la barra del Moka Efti, Matthieu-Marie pasaba la punta de la lengua por el fondo de su taza. La mañana de este séptimo día del mes de junio de 1944, el francés paladeaba hasta la última gota de su café ácido.

—Es el último lugar en la ciudad en que se puede beber algo que no sea *Ersatz*, ¿sabes?

Aprecié en su justo valor la ironía de estas palabras. Tener el descaro de llamar «ciudad» al inmundo amasijo de ruinas en que se había convertido Berlín en esa época, revelaba un espíritu auténticamente impregnado de humor negro. Desde hacía varias semanas, yo manipulaba sutilmente al francés para impulsarle a introducirse en las listas de las redes de exfiltración que se preparaban en las altas esferas. La noticia que habíamos recibido la víspera de un desembarco angloamericano en Normandía precipitaba notablemente las cosas, porque él y yo sabíamos que, a partir de este momento, la partida en el frente oeste estaba perdida.

—Llegaron ayer por la mañana y siguen ahí —anunció Vigon-Périginac con una sonrisa maligna— Rommel había prometido que los arrojaría al mar en doce horas. Ha fracasado. El muro del Atlántico se ha roto. Dentro de apenas seis meses habrán franqueado la línea Siegfried. Y en la próxima primavera, la guerra habrá terminado. Europa habrá perdido definitivamente su oportunidad. Próximo *round*, tal vez en el siglo XXII. Pero será aún peor que ahora.

—Ya no estaremos allí para verlo —suspiré yo encendiendo el último Abdullah arrugado de un viejo paquete comprado en el bar del Adlon— Nos habrán colgado mucho antes...

—No estés tan seguro, amigo Thörun. Si no perecemos bajo las bombas antes del final, tal vez tú y yo tengamos una oportunidad de salir de ésta...

Enarqué las cejas en ademán de sorpresa y le animé a seguir hablando con una inclinación del mentón.

—Escucha, he encontrado el medio de salir de Alemania en cuanto la necesidad de hacerlo sea real. ¿Te interesa?

Hipócrita hasta el final, le recordé al francés su pequeño arrebato en El Flore, cuando había creído conveniente soltar su parrafada sobre los cobardes que serían los únicos en permanecer con vida al final de las hostilidades. Enojado por este comentario, Dandeville estuvo a punto de cerrarse en banda.

—Si esta guerra se desarrollara conforme a las reglas habituales, me hubiera quedado en Berlín hasta el final —replicó—. Pero nos encontramos ante un combate entre dos visiones del mundo que se inició en 1939. ¡No es tanto un conflicto territorial, o incluso político, como un combate racial, es decir, religioso! Nuestros enemigos quieren liquidarnos, igual que nosotros queremos liquidarlos a ellos. No les hemos regalado nada. Y ellos tampoco lo harán. Es inútil que permanezcamos aquí si podemos continuar la partida, algún día, en otra parte.

—¿Preconizas la retirada estratégica?

Un poco avergonzado, el francés bajó la cabeza:

—Sí. Y no seremos los únicos. Serán miles los que se vayan... Casi todos los SS de alta graduación. Himmler el primero. Nuestra red se llama la Araña...

—¿Y adonde conduce el hilo de esta hermosa araña tuya?

—A América del Sur... Ya te explicaré...

Mientras los anglosajones en el oeste, y el Ejército Rojo en el este, aplastaban uno a uno a nuestros exhaustos ejércitos, impotentes para resistir a tales presiones, Matthieu-Marie Dandeville me introdujo en la red Araña. Conforme al estilo alemán, estaba notablemente organizada. En unas semanas apenas, obtuve tres nuevos pasaportes de nacionalidades diferentes. Como suizo, era Francis Hubert, comerciante en licores residente en Berna. Como checo, me había convertido en Matthias Czar, profesor de humanidades en Praga. Y como islandés, adoptaba la personalidad de Harald Sturlusson, modesto empleado de una compañía de flete marítimo. Todos estos documentos parecían tan auténticos como si hubieran sido librados por los consulados extranjeros.

—Transferiremos tu dinero a un banco de Ginebra. Además de tus propias reservas, la red ofrece una prima de veinticinco mil marcos a todos los beneficiarios. Los dos tercios de la suma serán colocados en la cuenta protegida. La parte restante te será entregada en oro o en piedras preciosas.

—¿Cómo se desarrollará la evacuación?

—De la manera más segura: en submarino a la salida del Báltico. Evidentemente todo esto tiene un precio... ¡Especialmente para ti!

No comprendía a qué se refería Dandeville con eso.

—El precio que deberás pagar por tu supervivencia al otro lado del Atlántico, mi buen Thörun —me explicó—, es, evidentemente, que partas solo... Quiero decir: sin

tu mujer.

Para mantener a mi pez bien aferrado, simulé resignación. Encogiéndome de hombros, cargué la mano soltando una frase de indiferencia hacia Fausta.

—No te preocupes. Como judía, ten por seguro que será una de las reinas del mundo nuevo que los muchachos de América o de Rusia le construirán con su sangre de inocentes cuyas manos nunca estarán llenas. Y tú, olvídala. ¡Será mejor que pienses en la suerte que tienes de poder empezar una vida de soltero en Argentina o en Chile!

Todas las informaciones que recogía sobre la Araña eran escrupulosamente anotadas en libretas que, con mil precauciones, remitía regularmente a Hezner. A cambio de nombres, fechas, direcciones y datos diversos, él me entregaba los frutos de sus deducciones sobre la localización del matrimonio Galjero. Con todo, había algo que me irritaba profundamente en su manera de tratar la cuestión. A pesar del interés evidente que también él tenía en que Hitler desapareciera cuanto antes, yo tenía la impresión de que divulgaba sus conclusiones con una inexplicable parsimonia. No cabía duda de que, desde que había conocido a Dalibor y se había cruzado con Laüme, Hezner no había dejado de pensar en esos dos; Dandeville y yo habíamos encontrado suficientes notas que así lo confirmaban en su despacho en el Ahnenerbe. Y sin embargo, yo tenía la turbadora sensación de que Hezner jugaba la carta de la lentitud. Por más que pasara horas reflexionando sobre este problema, no conseguía encontrar ninguna explicación a este doble juego. Finalmente acabé por exponer el asunto a Ruben, al que por primera vez juzgué sinceramente desconcertado. Él, que había mostrado el aplomo suficiente para frecuentar cotidianamente y durante meses a centenares de SS, de pronto empalideció y empezó a balbucear. Sin embargo, se rehízo rápidamente.

—Localizar a dos personas como los rumanos en un mundo en guerra no es tarea fácil. Sobre todo cuando, como yo, se trabaja únicamente relacionando datos y a partir de recuerdos. Aprovecho la ocasión para darle las gracias por haberme devuelto todas las notas que tomé en su época sobre ellos. ¡Creo que si es bastante razonable para tener aún un poco de paciencia, pronto alcanzaremos nuestro objetivo!

Este discurso tranquilizador, almibarado, no me convenció. Hezner sabía más de lo que decía sobre los Galjero, y sus investigaciones hubieran debido dar auténticos frutos desde hacía mucho tiempo. A pesar de ello, el doctor me alimentaba con migajas de información y se contentaba con repetirme lo que yo ya sabía. Llegué, pues, a la conclusión de que se estaba burlando de mí. Esta idea se convirtió en terreno abonado para que germinara una flor ponzoñosa que me inyectó su veneno y me inundó de angustia. Si era cierto que Hezner me estaba dando largas, tal vez Fausta fuera también una manipuladora, una enemiga que, desde el día en que nos habíamos conocido, me había estado utilizando. Cuanto más reflexionaba sobre ello,

más las apariencias venían a confirmar esta atroz hipótesis. Como un hipocondríaco que se persuade de la realidad de su enfermedad, yo me atormentaba dando vueltas a la posibilidad de la traición de Fausta. Cuando, en la siguiente entrevista con Hezner, le amenacé con abandonar mi papel de informador si no me revelaba inmediatamente toda la verdad sobre los Galjero, el doctor aguardó a que mi cólera cediera, y luego, cuando me hube calmado un poco, me prometió que me entregaría el expediente íntegro de sus investigaciones en nuestro próximo encuentro.

Echando pestes, decidí concederle este último plazo; pero tres días antes de volver a ver a Hezner, y sin que Canaris hubiera creído conveniente informarme, la *Schwarze Kapelle* pasó de nuevo a la acción contra Hitler. Como los precedentes, el atentado del 20 de julio de 1944 fracasó. Un nuevo «milagro» salvó la vida del *Führer*. Aunque la operación había sido preparada por oficiales del alto Estado Mayor que habían extremado todos los detalles, la carga explosiva, colocada en una cartera al pie de la mesa de conferencias, había sido ligeramente desplazada por el orador del momento a fin de procurarse así el espacio suficiente para moverse en torno a los planos y las maquetas que presentaba. El canciller había sufrido heridas leves, pero seguía con vida.

Sin embargo, las informaciones contradictorias que habían circulado en la mañana del atentado habían espoleado a los conjurados a desenmascarse. El complot extendía sus ramificaciones por todos los sectores: implicaba a ministros en ejercicio, generales del ejército regular, altos funcionarios del cuerpo del Estado... Todos los conjurados, o casi todos, fueron detenidos, interrogados, torturados y ejecutados de un modo atroz. Sus familiares —mujeres, hijos, padres, madres, hermanos y hermanas— fueron igualmente encarcelados y a menudo asesinados sin juicio previo. A Rommel, comprometido en el complot, no le quedó otra elección que el suicidio. El propio almirante Canaris tampoco escapó a la purga. Las SS fueron el brazo armado de la venganza nazi. Galvanizado por el nuevo milagro que le había salvado, convencido de haber sido elegido por la providencia, Hitler se hundió definitivamente en la paranoia y la megalomanía. Himmler, por su parte, pasó a controlar todos los servicios que se encontraban a cargo de personajes comprometidos con Von Stauffenberg, el instigador del atentado. Los poderes de la Gestapo fueron reforzados adicionalmente. Durante unas semanas, Berlín vivió bajo un régimen de terror comparable al que había conocido París en las horas más negras de la Revolución.

En estas condiciones, no me sorprendió que Hezner no se presentara a la cita convenida. Los hijos e hijas de la Osa Menor debían redoblar la prudencia. Aun así, aguardé toda la noche en la callejuela aislada que era testigo de nuestros conciliábulos, con la secreta esperanza que me confiara su famoso expediente. Sobre mí, en el cielo claro, volaban los aviones de la RAF con sus bodegas repletas de bombas de fósforo. Ni un solo caza con la cruz negra despegó para derribarlos. Yo, por mi parte, sentado sobre un mojón de piedra, sólo pensaba en mi esposa. A cada

instante, las dudas que me corroían sobre el auténtico papel que desempeñaba en su vida ganaban peso. Me volvió a la memoria el día en que, cuando yo ya había conseguido desembarazarme de Heydrich, Fausta había insistido para que permaneciera en Alemania. Aquélla no era la actitud de una mujer enamorada. Hubiéramos podido escapar de esta Europa destrozada por la guerra, pero ella había elegido para mí el camino de la traición y el doble juego.

Cuando al alba volví a casa, mi primer gesto fue guardar mi alianza en una caja de cartón; el anillo de oro fue a parar a las tinieblas de un trastero, junto con las pocas fotos que poseía de Fausta y su mecha de cabellos envuelta en su pañuelo bordado.

LA ISLA SAN MICHELLE

Día tras día, las malas noticias se sucedían una tras otra. Del mismo modo que habíamos sido incapaces de repeler a los angloamericanos y empujarlos de nuevo al mar, tampoco habíamos sabido aferrarnos a los territorios conquistados. Por todas partes, en el este y en el oeste, los ejércitos alemanes retrocedían.

En el SD, nuestro trabajo se había reducido al mínimo: no sólo Muller, el sucesor de Heydrich, se había revelado como un administrador carente de iniciativa, sino que la mayoría de nuestros espías en el extranjero habían sido desenmascarados o habían abandonado espontáneamente la partida hacía tiempo. Yo ya no veía ningún futuro para mí: Fausta me había traicionado —ahora no tenía ya ninguna duda— y toda Alemania parecía estar a punto de ser invadida, reducida a la esclavitud y arrastrada al destierro de las naciones. ¿Qué podía hacer, pues? ¿Rendirme a los aliados, aun a riesgo de pasar años en prisión o ser condenado al pelotón de ejecución? ¿Proseguir la lucha con las armas en la mano hasta morir bajo una bomba inglesa o una bala soviética? ¿O bien huir con esa red Araña cuyas claves había revelado irreflexivamente a Ruben Hezner? Mirara adonde mirase, sólo podía ver un horizonte de fuego y cenizas, desesperación y muerte asegurada.

Una noche de diciembre de 1944 volví a la Pücklerstrasse; pretendía buscar en el parloteo de Dandeville un antídoto temporal al permanente estado de melancolía en que me hallaba. El francés, que evidentemente ignoraba mis indiscreciones, no comprendía por qué tenía un aire tan sombrío.

—¡No te preocupes! Los dos primeros submarinos partieron la semana pasada en dirección a América del Sur. Doce familias viajaron en ellos. Dentro de unos días, las mujeres y los niños estarán tranquilamente instalados en Lima o en Santiago. Pronto, otras se unirán a éstas. Y luego nos tocará a nosotros... los hombres... Lo único que tenemos que hacer, mientras esperamos, es no bravuconear y bajar a los refugios cada vez que den la alerta. ¡Sobrevivir, amigo! ¡Sencillamente tenemos que sobrevivir!

Me encogí de hombros al tiempo que profería una réplica desengañada, cuando mi mirada se deslizó hacia el cenicero de metal rojo que tenía a mi lado. Vi un pequeño resto de cigarro aplastado en él. Aquello no me hubiera intrigado demasiado si la delgadez del rollo de tabaco y el color de la vitola no hubieran despertado en mí una imagen muy antigua. Durante una fracción de segundo, mi mente me proyectó años atrás, a esa mañana de agosto de 1936 en que, pálido y tembloroso, había sido rescatado de los calabozos del Wewelsberg por Ostara Keller. En la repisa de su chimenea, lo recordaba con tanta nitidez como si hubiera ocurrido ayer, la mujer había cogido un pequeño habano que había encendido con las brasas de un fuego mortecino. Ese cigarro, estaba seguro, llevaba la misma vitola que el que se encontraba en el cenicero en casa de Dandeville. La sangre se me heló en las venas y

no pude contener un gruñido de asombro. Matthieu-Marie, totalmente despreocupado, no pareció advertir mi turbación y siguió comentando, en tono de broma, los reveses que acumulaban nuestros ejércitos en todos los frentes. La situación en Francia le divertía particularmente.

—En París, los Morand son arrastrados por el fango y las pobres chicas que tuvieron la desgracia de enamorarse de un boche son rapadas en la plaza pública. De la noche a la mañana, todos los franceses se han vuelto de pronto gaullistas y miembros de la resistencia, como en otro tiempo fueron petainistas y colaboracionistas. Ya verás como llegarán a persuadirse de que han contribuido a la victoria en esta guerra en el mismo sentido que los ingleses o los rusos...

Pero lo que Dandeville me explicaba sobre la bajeza natural de sus compatriotas me dejaba completamente helado. Lo único que me interesaba era esa punta de cigarro que cuestionaba todo lo que había creído saber sobre Vigon-Pérignac.

Después de abandonar la Pücklerstrasse, pasé la noche en blanco tratando de encajar las piezas que había ido recogiendo al azar en el curso de estos últimos meses. Engañado por Fausta, Monti y Hezner, descubría ahora que Dandeville parecía estar conchabado con Ostara Keller. Después de todo, tenía cierta lógica. Yo siempre había sabido que a Matthieu-Marie le apasionaban el esoterismo y la magia. La atracción que sentía por los «poderes» que la práctica de las artes prohibidas puede conferir superaba con mucho a la mía. Más romántico, más cínico que yo, el francés poseía el tipo de personalidad que se siente irresistiblemente atraída por oscuros sueños de poder. Que hubiera reanudado sus contactos con Ostara Keller, su doble en muchos aspectos, no tenía nada de extraordinario. Esta hipótesis de colusión, que hubiera debido acabar de desmoralizarme, representó, bien al contrario, un estímulo para mí. A través de Dandeville tenía por fin una oportunidad de volver a encontrar a Keller y de destruir, tal vez, los *therapoi* que guardaba. Sentía que la partida entraba ahora en su última fase.

Un elemento nuevo, sin embargo, había cambiado por completo las bases del juego: ya nadie se inclinaba sobre mi hombro para soplarme lo que debía hacer. Heydrich había muerto; Fausta, Monti y Hezner habían desaparecido. ¡Ahora, por primera vez desde mi llegada a Alemania quince años atrás, me sentía totalmente dueño de mi destino y ya no tenía que dar cuentas a nadie excepto a mí mismo!

Aquello no me llevó mucho tiempo. Apenas diez días después de que hubiera sospechado que Dandeville estaba en contacto con Keller, obtuve la prueba que esperaba. De un oscuro e inútil servicio del SD, había sacado a un veterano del grupo de Heydrich para que me asistiera. El gigantesco Thyssen Matschl se mostró encantado, creo, de poder trabajar de nuevo conmigo. Thyssen había sido gravemente herido en una misión en Grecia, había perdido la mano izquierda y llevaba una prótesis de aluminio, pero a pesar de sus cincuenta años largos y su minusvalía,

seguía poseyendo una fuerza y una resistencia temibles. Yo le había encargado que vigilara, con la mayor discreción posible, las inmediaciones de la residencia de Dandeville y que me avisara si veía rondar por allí a una chica alta y rubia con una motocicleta. Poco después de un *raid* que apuntaba a la estación central, Matschl había aparecido en mi despacho para informarme de que, en efecto, una mujer que se correspondía con mi descripción había abandonado esa misma mañana en moto la vivienda de Dandeville.

—¡Hubiera debido verla! —silbó, casi admirativamente—. ¡A pesar del hielo, maneja su máquina mejor que un agente de enlace en Stalingrado!

Berlín se encontraba, en efecto, bajo la nieve. El invierno de 1944 estaba siendo excepcionalmente frío y el carbón escaseaba. Los únicos focos de calor eran los incendios que desencadenaban al azar las bombas que arrojaban los aliados. Reforzado por la confirmación que me había aportado Matschl, me dirigí, en pleno día, a casa de Dandeville. Después de forzar la cerradura, entré en su apartamento y registré metódicamente una por una todas las habitaciones. En su despacho encontré numerosas notas concernientes a la magia operativa. Como en casa de Keller años antes, volví a ver las mismas efemérides astrológicas, las mismas hojas emborronadas con círculos zodiacales. Sobre una cómoda, una fina varilla de ámbar descansaba, como una reliquia, sobre un cojín de terciopelo. En las estanterías reconocí algunas de las obras del fondo Caetano que el francés había desviado en su provecho de las reservas del Ahnenerbe. Luego, sobre un bufete, vi un mapa de Rumania. Un redondel había sido dibujado en rojo frente al delta del Danubio. En el interior de este círculo se podía distinguir el fino trazado de una isla...

—La isla de las Serpientes, Leuke —dije para mí leyendo el nombre de la franja de tierra aislada en medio de las aguas del mar Negro.

Leuke, el color blanco en griego. Un grano de luz que surgía en el seno de un océano que llevaba un nombre de tinieblas. ¿Por qué Dandeville se interesaba por esta isla? Encontré la respuesta en una libreta encuadernada en cuero granate. Vigon-Pérignac había recogido allí todas las notas relativas a este lugar. Entre otras muchas citas del mismo orden, leí primero:

La principal fuente de información antigua sobre la Hiperbórea se encuentra en la Hécate de Abdero, citada por Diodoro de Sicilia: «Frente a la región de los celtas, en el Océano, hay una isla llamada Leuke. Latona, madre de Apolo, nació en ella, y a causa de esto Apolo es venerado en la isla más que los otros dioses. Debido a que los hiperbóreos de la Isla Blanca honran a este dios cada día, se dice que estos hombres son los sacerdotes de Apolo. Desde esta isla se puede ver la Luna, no muy alejada. Los soberanos son los boréades, descendientes de Boreo. No lejos de allí se encontraban los montes Ripheos».

Leí igualmente un extracto de la memoria que un tal Kölher había depositado en la academia de San Petersburgo en 1823, que describía con detalle las ruinas de uno de los templos de Apolo erigidos en otro tiempo en la isla de las Serpientes:

El templo fue construido con grandes piedras calcáreas de color blanco, toscamente talladas y colocadas unas sobre otras sin mortero. El templo de Apolo de la isla de Leuke es de una antigüedad muy remota y de un género que se incluye bajo la denominación de arquitectura ciclópea. Las dimensiones de este edificio son realmente asombrosas. En la Antigüedad estaba ricamente adornado de oro y mármol blanco...

Por una cita extraída del *De administrando Imperio*, del bizantino Constantino Porfirogenetos, me enteré también de que frente a la isla de Leuke se encontraba en otro tiempo el puerto de Sulina, nombre cuya primera forma era Selena: esa Luna que Diodoro de Sicilia afirmaba que era visible desde Leuke. Con dedos temblorosos, revisé también los papeles apilados desordenadamente sobre las sillas, las consolas, e incluso sobre el suelo del despacho. Mi instinto me decía que estaba muy cerca de sacar las conclusiones correctas del amasijo de informaciones que acababa de descubrir; pero mi cerebro estaba demasiado sobreexcitado para hacer nada que no fuera agitar, sin orden ni concierto, todos estos elementos que debía conectar con fragmentos de antiguas conversaciones que surgían como chispazos en mi mente... ¿Cuál era esa teoría que habíamos extraído en otro tiempo de las notas de Ruben Hezner? ¿Que los montes Ripheos constituían, en los Cárpatos, el verdadero emplazamiento de la caída de los ángeles rebeldes? ¿Que Rumania, la antigua Dacia, era el lugar donde los conocimientos prohibidos habían sido revelados a los hombres? ¿Y qué relación tenía Apolo con todo esto? ¿Qué tenía en común con los ángeles caídos, los Lucifer, los portadores de luz? ¿Era posible que su templo, en la isla de Leuke, fuera la fuente diabólica del poder de los Galjero? Ante la idea de haber encontrado, tal vez, la pieza que me faltaba para solucionar el enigma que me inquietaba desde hacía tanto tiempo, sentí una especie de vértigo. La sangre me subió a la cabeza y tuve que sentarme un instante para recuperarme. Inspiré profundamente, sintiendo palpitar mis sienes, y, con el corazón latiendo desbocado, seguí registrando los archivos de Dandeville sin molestarme en respetar ninguna clasificación, ordenar las pilas de expedientes o alinear las obras.

Al cabo de una hora de búsqueda sin haber exhumado nada interesante, encontré una nota redactada por una mano que no era la de Matthieu-Marie. El trazo presentaba las características propias de una escritura femenina, fina y nerviosa. Era una lista, una simple lista de una veintena de nombres con reminiscencias polacas, rusas, serbias o checas, distribuidos bajo cinco o seis topónimos dispersos por todo el territorio del Reich de los años 1942-1943. Un nombre atrajo instantáneamente mi mirada: era el del pueblo cerca de Cracovia donde había envenenado el *therapon* de

Heydrich después de haber atravesado los pantanos que servían de escenario a la caza de niños dirigida por Keller, Wussau-Pranghofer y su banda.

Un ruido metálico me arrancó bruscamente de mis reflexiones. Al dar media vuelta, vi a Matthieu-Marie que me apuntaba con una pistola...

La oscuridad era ahora casi total en el apartamento del francés, pero Dandeville no había encendido ninguna luz. Estábamos sentados uno frente a otro a una distancia respetable, y su Luger seguía apuntándome a pesar de que ya me había desarmado. El percutor levantado de la automática indicaba que bastaría una ligera presión sobre el gatillo para disparar la bala ya montada. Yo ignoraba qué quería Dandeville, y tampoco él parecía saberlo realmente... Apenas habíamos cruzado palabra desde que me había sorprendido registrando su despacho. Éramos como dos boxeadores examinándose antes de iniciar el combate, pero ¿sabíamos siquiera por qué nos habíamos convertido de pronto en enemigos?

—¡Eres un tipo débil, Thörun! —exclamó Matthieu-Marie—. Tal vez te parezcas a una estatua de Arno Brecker, pero en realidad no eres más que un sentimental. Y el porvenir no pertenece a los sentimentales...

Me negué a seguirle a este terreno. La polémica filosófica, o política, no me interesaba. Lo único que me importaba era saber si los nombres inscritos en la lista de Keller eran efectivamente los de los chiquillos seleccionados en los centros Lebensborn. Dandeville no se anduvo con subterfugios.

—Evidentemente. Lo has adivinado. Los chicos han sido elegidos bajo la cobertura de la selección operada por los servicios de Himmler. Keller ha desviado a los mejores elementos, a los más inteligentes, y a los más fuertes también. A los que han demostrado poseer suficientes recursos físicos y morales para escapar de los cazadores lanzados tras su pista... Es la ley de la sangre. ¡Es el *misterio* de la sangre! Pero, según me han informado, tú ya has sido espectador privilegiado de todo esto. Ostara se enfureció contigo... Puedes considerarte afortunado de tenerme por amigo: sudé sangre para convencerla de que no ejerciera represalias, digamos... exageradas contra ti.

La sonrisita perversa que estiró los labios de Dandeville al decir estas palabras me dejó helado.

—Así que, de todos modos, ¿hay represalias? ¿Qué debo esperar, pues?

Dandeville agitó la mano ante sí con aire de fastidio.

—Nada que te concierna directamente. Sólo un pequeño placer que Ostara y yo nos ofrecemos... ¿Realmente quieres saber de qué se trata?

Asentí, tragando saliva. Del bolsillo del pecho de su chaqueta, Matthieu-Marie sacó entonces un pedazo de tela que lanzó ante mí. Temblando, cerré mi mano sobre el pañuelo bordado de Fausta.

—¡La materia corporal que contenía ha sido debidamente utilizada, puedes estar

seguro de ello! Ya sabes lo sencillo que es apagar el aliento vital de alguien cuando se posee alguna reliquia suya...

Quise saltar sobre él y estrangularlo, pero el francés, anticipándose a mi reacción, apuntó su arma contra mi frente.

—Tu pequeña Fausta Levi aún no ha muerto... Agoniza. Y esto se prolongará el tiempo que deseemos. Juzgamos que era más divertido que hacerla detener para enviarla a un campo de exterminio...

El término me dejó petrificado. ¿Un campo de exterminio? Yo sabía que encerraban a los judíos en prisiones y campos penitenciarios, pero nunca había tenido noticias de tal abominación.

—Es un secreto a voces para las SS, amigo mío... Si no quisieron confiártelo, es porque nadie entre nosotros confió plenamente en ti. Ni siquiera en la época de Heydrich.

Los sarcasmos de Dandeville no me afectaban. Tenía un nudo en la garganta y las manos húmedas, y sólo pensaba frenéticamente en cómo salir de la situación en que me encontraba. Un animal salvaje atrapado en una trampa hubiera podido cortarse la pata con los dientes, mutilarse para huir, pero ¿qué podía hacer yo ahora para escapar?

—¿Qué piensas hacer conmigo? —pregunté a Vigon-Pérignac—. ¿Eliminarme aquí mismo?

Sonrió.

—Tal vez te sorprenda, pero no tengo ninguna intención de matarte. ¿De qué serviría? Si el pasaje hacia América del Sur sigue formando parte de tus proyectos, es algo que aún puede arreglarse. Evidentemente no utilizaremos la red Araña, porque sé que has revelado estúpidamente sus secretos. Poco importa, ya que no era más que una pantalla protectora de otras redes...

—¿Y los niños registrados en la lista de Keller? Están destinados a ser sacrificados en la isla de las Serpientes, ¿no es cierto? ¿Para activar qué piedra de protección, esta vez?

—Su sangre servirá, sí... Será vertida allí... Tal vez esto detenga la catástrofe en curso... Keller así lo cree. Yo, por mi parte, pienso que nuestros enemigos son demasiado fuertes y que esta tentativa es inútil. Por eso no consideré conveniente acompañarla.

Fuera, muy cerca, una sirena lanzó un largo aullido. Como cada noche, nuevas fortalezas volantes sobrevolaban Berlín para soltar sobre ella su cargamento de muerte.

—Si no hubieras destruido el *palladium*, Thörun, la ciudad hubiera estado protegida y tal vez hace tiempo que la guerra se hubiera ganado... Sobre tus hombros pesa la culpa de haber causado muchos más muertos de lo que imaginas.

Pero los reproches del francés ya no me afectaban. Podíamos oír a la gente correr hacia los refugios en la calle. En el edificio donde estábamos, los inquilinos bajaban

precipitadamente a protegerse en el sótano. A lo lejos, la artillería antiaérea entraba en acción. Por la ventana se veían los haces de luz de los proyectores rayando el cielo para tratar de atrapar el reflejo metálico de una carlinga enemiga.

—Creo que los americanos vienen a por nosotros esta noche —anunció Dandeville aguzando el oído para tratar de calcular el objetivo de los aparatos aliados.

Por un instante, yo también quedé atrapado en el juego y traté de adivinar los objetivos de las bombas aliadas. Oímos sobrevolar a los pesados cuatrimotores justo por encima de nosotros, apenas inquietados por el martilleo de una *Flak* asmática que lanzaba algunas réplicas demasiado imprecisas para inquietar seriamente a la formación adversaria. Un primer silbido desgarró el aire, seguido inmediatamente de una enorme detonación que hizo vibrar toda la estructura de la casa. ¡A pesar de la ausencia de un objetivo estratégico en las proximidades, el barrio al que apuntaban era, sin duda, el nuestro!

—Tenemos que bajar a los búnkeres —aullé, mientras otras explosiones retumbaban y el cielo pasaba en un instante del negro más denso al rojo más vivo.

Dandeville bajó su arma, se levantó y me indicó que le siguiera. Salimos de su apartamento para bajar por la escalera que conducía al garaje situado bajo el inmueble. Sólo teníamos que descender tres pisos para llegar a los sótanos, pero antes de que hubiéramos tenido tiempo de alcanzar la planta baja, una sacudida hizo temblar todo el edificio. Como si de pronto nos hubiéramos embarcado en un barco zarandeado por la tempestad, el suelo desapareció bajo nuestros pies y caímos unos metros entre una indescriptible avalancha de piedras, placas de hormigón y vigas de hierro. El edificio de Dandeville acababa de reventar en pedazos. Con los ojos cegados por el polvo y un zumbido en la nuca, descubrí que, a pesar de todo, había salido indemne. Aturdido por el impacto y el estruendo de la explosión, me liberé de los cascotes y me incorporé.

Dandeville no había tenido tanta suerte como yo. Con el cuerpo atrapado bajo una vigueta, gemía y se retorció de un modo espantoso. Con la boca llena de sangre y los ojos desorbitados por el miedo y el dolor, trató de hablar, pero sólo pudo emitir un sonido débil, inarticulado. Pasando sobre los escombros, me acerqué y me incliné sobre él. Tenía las dos piernas atrapadas por una columna de acero y el torso medio enterrado bajo enormes pedazos de mampostería. Aunque hubiera querido, no hubiera podido hacer nada por él. El francés me miró con aire suplicante, pero de mi corazón había desaparecido todo vestigio de piedad. Lentamente, sin sentir ningún remordimiento, me alejé de este hombre que me había traicionado, dejándole morir allí, en este edificio en ruinas que empezaba a ser devorado por el fuego. En la calle, me alejé lo más rápido posible en medio de las hogueras que se elevaban por todas partes de las casas destruidas. A mi alrededor, las bombas caían a racimos arando el barrio. El aire era tan ardiente que consumía todo el oxígeno y tuve que recurrir a mis últimas reservas de energía y de voluntad para llegar a una zona que aún no había

sido pasto de las llamas. Por todas partes, la gente gritaba pidiendo auxilio, mendigando ayuda. Vi a ancianos con la ropa humeante errando como sonámbulos entre los escombros, inflamándose como antorchas humanas en unos segundos: siluetas ardientes que se consumían con la velocidad de una bengala. En el trazado aproximado de lo que había sido una calle, mi pie tropezó con un bulto compacto. Despavorido, loco de terror, comprendí que era un cadáver —no hubiera sabido decir si de mujer o de hombre— que el calor había reducido a un grotesco carbón de la medida de un perro. Después de veinte o treinta minutos de horror sólo comparables a los que había vivido en el fondo de la cripta del Wewelsberg, la oleada de bombarderos se alejó por fin.

Agotado, me dirigí a la orilla de un canal, donde pude mojarme las manos y el rostro en el agua fresca. Detrás de mí, las sirenas anunciaban el fin de la alerta. Mi uniforme se había quemado, y ahora colgaba en jirones. Mis cabellos, chamuscados, se rompían bajo mis dedos. Durante mucho tiempo permanecí inmóvil al borde del agua, dejando que mi mirada se perdiera en el reflejo de la luna. Dandeville estaba muerto. El bombardeo me había ahorrado el trabajo de abatir por mí mismo a este hombre con el que había compartido tantas cosas y que, sin embargo, había tramado la muerte de Fausta.

¡Fausta! Se me encogió el corazón al pensar en ella. ¿Dónde estaría ahora? ¿Y cómo podía acudir en su ayuda? Aunque me dolían los músculos y correr era una verdadera tortura, me dirigí a toda prisa a mi apartamento para verificar si me habían robado su mechón de pelo. No lo encontré en la caja de cartón en que lo había guardado, y tampoco sus fotos y la alianza de oro que me había dado en Venecia. Ya no era momento para indagar cómo esos diablos de Keller y Dandeville se habían procurado estos objetos sin que yo lo supiera. Apresuradamente recogí algunas cosas y me preparé para salir hacia Italia a bordo de mi Bugatti.

El viaje fue largo y peligroso. En todas las ciudades y pueblos que atravesaba veía cómo los nuestros se atrincheraban y preparaban fortificaciones con vistas a los asaltos que estaban por llegar. Chicos de doce años cavaban fosas anticarro en la tierra dura y los ancianos apilaban sacos de arena. Se habían levantado barreras por todas partes, y sin mi uniforme y mi graduación nunca hubiera podido alcanzar el norte de la península italiana, que, aunque se encontraba en estado de sitio, aún permanecía bajo nuestro control. Venecia estaba como muerta. El frío intenso y la nieve que caía sobre la laguna desde hacía varios días habían convertido la población en una ciudad fantasma. Los canales más estrechos estaban helados, pero ningún niño se divertía patinando en ellos. Los *campi* estaban desiertos y los mercados ya no se reavituallaban. Tanto el Florian como el Quadri habían colocado sus postigos de madera en la fachada. Milagrosamente, encontré un viejo *vaporetto* que aún hacía algunos recorridos por el Gran Canal. Los minúsculos pedazos de hielo que flotaban en las aguas chocaban contra el casco produciendo un siniestro ruido de campanillas que acabó de encogerme el corazón. Bajé en la parada del Dorso-duro y corrí a través

de la nieve hasta la casa de Fausta. Los postigos no estaban cerrados. Una luz brillaba en el piso alto. Como un demente, aporreé la puerta hasta que una anciana con un chal negro echado sobre los hombros vino a abrirme. En su rostro surcado de arrugas, sus iris eran tan claros que parecían confundirse con el blanco de sus ojos. Sin preocuparme por las imprecaciones que me lanzaba, la empujé a un lado y subí los escalones hasta la habitación de mi esposa.

Tendida sobre su cama, Fausta ofrecía un espectáculo horrible. Su piel estaba veteada de manchas supurantes de un color verde oscuro. Era una especie de moho que la recubría, una película de aspecto fúngico que se deshacía bajo los dedos y dejaba la dermis a la vista, purulenta... Sus manos estaban desprovistas de uñas, y su cabellera, antes tan hermosa, caía ahora a placas. Un repugnante olor de carne en descomposición saturaba el aire. Fausta aún vivía, sin embargo, y me reconoció cuando abrió los ojos. Incapaz de hablar, me dirigió una débil sonrisa que me desgarró el corazón. Sollozando, luchando contra la náusea que me subía a los labios, no me atreví a estrecharla entre mis brazos, consciente de que la menor presión reavivaría los ignominiosos dolores que le eran infligidos. Aullando, gimiendo, impotente para salvarla, me llevé la mano al arma con la intención de matarnos a los dos; a ella, para abreviar su martirio, y a mí, para castigarme por todos estos años de inconsecuencia, egoísmo y ceguera. Cuando mi palma se cerraba ya sobre la culata de mi automática, una mano firme detuvo mi gesto.

—Ni lo piense, Gärensen. Matarse daría la razón a nuestros enemigos.

Lewis Monti me condujo a una habitación contigua al dormitorio de Fausta. Hacía tres días que no se separaba de la cabecera de mi mujer, haciendo todo lo que estaba en su mano por salvarla pero sin conseguir contrarrestar el hechizo de muerte que le habían echado.

—Mis conocimientos en este campo son mínimos, Gärensen. Yo no soy un sanador. Y no conozco aquí a nadie tan poderoso para conjurar el hechizo que envenena el cuerpo de su esposa.

—¿De modo que ya no hay nada que hacer? —pregunté cogiéndome la cabeza con las manos.

—Si es usted débil y ha puesto su confianza en Dios, sólo queda rezar. Si su alma es fuerte, hay que combatir.

La réplica me arrancó una risa maligna. ¿Combatir? Pero ¿de qué modo? Yo sabía que Keller estaba de camino hacia la isla de las Serpientes con una veintena de chiquillos destinados a ser sacrificados en las ruinas de un templo de Apolo-Lucifer; pero ¿cómo iba a poder detenerla si el territorio que quería alcanzar estaba situado en plena línea del frente?

—¿Qué pretende hacer allí? —me preguntó Monti.

Le confesé mi impotencia para responder de una forma precisa. Brevemente le

expliqué cómo había descubierto la complicidad de Keller con mi antiguo asistente y cómo había encontrado en su casa mapas y listas de nombres que no dejaban dudas sobre el destino final de Keller.

—Es nuestro único lazo con los Galjero —insistió Monti—. ¡Hay que encontrarla, Thörun, y usted es el único que puede conseguirlo! Un sortilegio tan potente sólo puede ser desactivado por el que lo ha ejecutado. ¡Capture a Keller y podrá salvar a Fausta! ¡Es la única solución!

Demasiado bien sabía que Lewis Monti no me estaba mintiendo. Pero encontrar a Ostara significaba atravesar tres países en guerra antes de penetrar tras las líneas enemigas. Si no dejaba la piel en el intento, aquello me llevaría semanas, un mes entero tal vez. Fausta estaba exangüe, no podría sobrevivir en ese estado mucho tiempo. Desesperado por mi impotencia, roto por la fatiga y la emoción, me derrumbé en el canapé y cerré los párpados un instante. En la oscuridad sentí que mi mente se abría de pronto como lo hubiera hecho una trampa en el suelo. ¡Mis manos batieron el aire y experimenté la sensación física de caer en un abismo glacial! Incapaz de abrir los ojos, vi, sin embargo, un rostro sin edad que horadaba las tinieblas para mirarme. ¡Era Kloge, la vieja harpía que se burlaba de mí!

—La vida no tiene importancia, porque es un simple capricho del azar —dijo gesticulando—. Las tinieblas y la muerte son el auténtico orden del mundo mientras que la existencia humana es un caos miserable. Como un fuego en la noche, el hombre arde y luego se apaga...

Durante tres días, el corazón de Fausta siguió latiendo antes de debilitarse y detenerse. Sobre su lecho, que ya no era más que un charco de sangre, su carne se había cubierto con un velo vellosa de podredumbre, peor que la peor de todas las lepras, que la había roído y había devorado su cuerpo. Tal como los médicos que habíamos hecho venir junto a su lecho, como los sacerdotes a los que habíamos acudido en busca de socorro, Monti y yo no habíamos podido salvarla. Solo, rechazando cualquier ayuda, preparé su sudario y tendí su cuerpo en el ataúd. Por la puerta de agua de la casa, Monti y yo izamos el féretro hasta el barco tapizado de negro que nos condujo hasta la isla San Michele, la gran isla-cementerio donde descansan los muertos en Venecia. El cielo estaba bajo, cargado de nieve, y el aire era gélido. En un silencio sepulcral, Lewis y yo dimos sepultura a Fausta Pheretti en el cementerio judío. No hubo ninguna oración, ninguna plegaria pronunciada por un hombre santo. Todos los rabinos de la Serenísima estaban agazapados en sus escondrijos, temiendo salir y ser arrestados por las patrullas alemanas que controlaban la ciudad. Monti desgranó las pocas palabras sagradas que conocía. Con los dientes apretados, yo fui incapaz de decir nada. La tristeza por haber destrozado nuestras dos existencias me ahogaba y me dejaba un gusto a ceniza en la boca. Me parecía que, con la de Fausta, también mi vida se había detenido...

—¿Qué hará ahora? —me preguntó Monti mientras navegábamos hacia la ciudad.

—Matar a Keller, creo. O hacer que me maten mientras le doy caza. Salvar a los niños que tiene intención de sacrificar... Es el único modo para mí de redimirme.

Lewis no trató de hacerme cambiar de opinión. Sabía que yo tenía razón y que el único modo de compensar mis debilidades pasadas era encontrar a Ostara. Me despedí del americano en cuanto puse el pie en el embarcadero. Él no podía acompañarme. Nadie podía acompañarme al lugar adonde iba.

TOTENTANZ

¡Pánico! Durante el trayecto desde Venecia hasta las orillas del Danubio, sólo encontré ejércitos del Eje presas del pánico. El gran contraataque efectuado en el frente oeste, en el sector de las Ardenas, acababa de fracasar debido a la falta de carburante para reavituallar a los carros de combate. Aquí, en el este, hacía tiempo que ni siquiera se hablaba de organizar la resistencia. Por todas partes el empuje soviético rompía nuestras líneas y fragmentaba a nuestras tropas en unidades reducidas, carentes de todo, fáciles de aniquilar. La policía militar, demasiado ocupada en dar caza a los desertores y en mantener el orden entre las tropas aún formadas, concedía nula importancia al hecho de que yo no poseyera una orden de misión redactada debidamente. Mis galones y el color de mi manto eran más que suficientes como salvoconducto. En ocasiones apenas si me prevenían de que viajar sin chófer ni escolta me convertía en un blanco fácil para los partisanos, que surgían de cualquier bosque, en cualquier pueblo, para acosar a los alemanes.

En mi recorrido, en lugar de avanzar en línea recta, me veía forzado a efectuar interminables rodeos. Así, la travesía de Yugoslavia, muy peligrosa a causa de la virulenta ofensiva que había emprendido el ejército de Tito, me condujo, de forma caótica, de Lubliana al borde de la llanura de Panonia. Desde allí, me fue imposible continuar mi camino directamente hacia el este, y tuve que remontar hacia el norte, donde los *Feldgendarmen*, apoyándose en planos de Estado Mayor, me habían asegurado que me sería más fácil aprovechar alguna brecha para seguir hacia oriente. En Hungría, perdido en un bosque de pinos a orillas del lago Balatón, desemboqué por azar en un vasto claro que había sido acondicionado como campo de aviación improvisado. Cinco aviones de combate con los colores húngaros estaban alineados bajo la cobertura de los árboles, a los que habían podado cuidadosamente las ramas bajas. La única construcción visible en los alrededores era una gran isba, o vivienda de leñador, de cuya chimenea escapaba una columna de humo. Pronto anochecería, y como el depósito de mi coche estaba en la reserva, continuar en estas condiciones me condenaría con toda seguridad a quedarme atascado en pleno campo por falta de combustible. Así que decidí hacer una parada aquí. Un hombre vestido con una chaqueta corta forrada de piel, que fumaba su pipa bajo el voladizo de la cabaña, se adelantó hacia mí mientras me cargaba al hombro el petate que contenía todas mis pertenencias. El aire era claro, y el frío, aunque intenso, resultaba tolerable. El tipo, un joven moreno de cabello ensortijado, de aspecto risueño y relajado, me soltó una frase en una jergonza de la que no conseguí comprender nada.

—¡Ah, tú eres un tudesco! —me respondió en un alemán muy correcto cuando comprendió que no entendía ni una palabra de húngaro—. Bienvenido, amigo. ¡Bienvenido al grupo de caza del capitán Attila Sajgo!

Los seis pilotos y nueve mecánicos que habían sobrevivido del grupo de caza Sajgo, últimos miembros de una escuadrilla diezmada en los combates contra los poderosos Yak soviéticos, habían encontrado refugio en este claro después de que su campo de aviación de origen hubiera sido arrasado por un ataque de bombarderos.

—Sólo nos quedan algunos aparatos de combate, pero peleamos bien. Incluso en una proporción de uno contra diez, hemos abatido seis ivanes esta mañana, y sólo hemos perdido a uno de los nuestros.

A sus veintiséis años, Attila era el mayor del grupo. En la cabaña fui presentado a los otros, que me recibieron con calidez y sin curiosidad. Compartieron generosamente conmigo las provisiones de carne seca y legumbres en conserva que habían reunido.

—También tenemos chocolate y tabaco en abundancia, un poco de *Schnaps*, ¡e incluso café de verdad!

Por primera vez desde hacía días disfruté de una comida caliente y copiosa. Sentado a la mesa con esos muchachos joviales y ruidosos que no parecían aterrorizados por la perspectiva de la cercana derrota, llegué a envidiar su despreocupación.

—¡Qué importa si morimos mañana! —gritó Attila cuando acabó la comida—. Más vale reventar a los mandos de un avión que vivir como un esclavo bajo la bota de los yanquis o los rojos. Tú y yo hemos perdido la guerra, tudesco. Tratemos al menos de no fallar en la hora de nuestra muerte.

Si bien el grupo del capitán disponía de abundantes provisiones, su principal preocupación era el reavituallamiento de gasolina, municiones y piezas de repuesto para los aviones.

—Nuestros mecánicos hacen milagros para reparar los aparatos cada vez que volvemos de una misión, pero el bricolaje no sirve para reemplazar los cartuchos que disparamos. Y el carburante se quema rápido...

—¿De modo que no podré llenar mi depósito?

—Lo veo difícil. Pero hay una solución divertida para tu problema. ¡Si no te asusta!

El tuteo se había impuesto de una forma natural. Ni mis galones de *Standartenführer* ni mi pasamanería SS impresionaban a Attila, y yo no me ofendí por esta muestra de familiaridad que consideraba de una lógica aplastante entre soldados de un mismo campo que habían perdido cualquier perspectiva de un futuro libre.

—¿Qué solución me propones?

—Mañana, al alba, partimos en misión directo hacia el este. Te dejaremos a trescientos kilómetros de aquí, en pleno territorio rumano, a la altura de las Puertas de Hierro... Tú haces en dos horas más camino que en cinco o seis días, y a cambio nosotros recuperamos todas las piezas mecánicas de tu cacharro para reparar nuestras máquinas. ¿Trato hecho?

Estreché la mano de un Attila encantado, que no perdió ni un segundo en lanzar una orden a sus mecánicos. Los nueve muchachos se pusieron la chaqueta y los guantes y se precipitaron inmediatamente al exterior. Con la sierra para metales y la llave inglesa en la mano, en menos de una hora deshuesaron mi gran Bugatti para reciclar las planchas y transformarlas en placas de blindaje y adaptar los elementos de su motor a los de los aparatos de caza.

—Excelente transacción —juzgó Attila, que miraba, silbando y cantando, cómo trabajaba su equipo—. ¡Esto sube la moral a todo el mundo! Y ahora que lo pienso, ¿has saltado alguna vez en paracaídas?

El Zerstörer, el gran caza bombardero biplaza Messerschmitt 110 de Attila Sajgo, no era una simple máquina de guerra. Antes que nada, era una obra de arte. El capitán en persona había pintado una especie de fresco que corría a lo largo del fuselaje. Infernales zarabandas de esqueletos que bailaban, se abrazaban, se enlazaban o se combatían. Las imágenes eran realmente impresionantes y reflejaban el estilo de un verdadero profesional de la ilustración.

—*Totentanz*. ¡La danza macabra! Así llamo a mi aparato —dijo Attila cuando descubrí, pasmado, la sorprendente belleza de la pintura— En la vida civil, yo era profesor de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Budapest. ¡Vamos, ven! Ha llegado el momento de despegar.

Aún era de noche, pero el débil resplandor del alba, reverberando en la nieve, permitía ya preparar la misión. Los mecánicos habían trabajado hasta entonces en medio del frío para volver a poner en condiciones dos de los cazas Gustav que, sin las piezas de mi Bugatti, hubieran permanecido definitivamente paralizados.

—¡Hoy es un día de fiesta! Partimos al completo —me explicó Attila, guiñándome un ojo para animarme, mientras me ayudaba a atarme el arnés de mi paracaídas.

—¿A qué altura me soltarás? —pregunté con una voz ligeramente temblorosa.

—Entre quinientos y cuatrocientos metros; llegar al suelo apenas te llevará un minuto. Cuando te lo diga, te desatarás el cinturón y harás deslizar la canopea. Yo me volveré. Caerás sin siquiera darte cuenta. En cuanto salgas eyectado, tirarás de la empuñadura que cuelga sobre tu corazón y la corola se abrirá...

—¿Y luego?

—¡Tu aventura continuará sin mí y la mía sin ti, camarada!

Bajo la vidriera de la cabina se alineaban unas siluetas pintadas. Conté ocho sombras chinescas de blindados y veintiuna de aviones: era el registro de victorias de Attila.

—¡Sólo las que están debidamente homologadas! —precisó—. Las verdaderas cifras son de doce carros y treinta y nueve Yak en cuatro meses. Los soviéticos son tan numerosos que uno puede hacerse en unas semanas un carné de caza

impresionante. ¡Es la única ventaja que tenemos frente a los ivanes!

No muy tranquilo, trepé al habitáculo y me senté justo detrás de Attila pero de espaldas a él. Instalado en el puesto del ametrallador, con el doble cañón de una ametralladora pesada apuntándome, debía asegurar la defensa en caso de que nos atacaran por la retaguardia. Attila puso en marcha los dos motores y luego su voz resonó en los auriculares de mi casco:

—Daremos un buen paseo. Y no cuentes con que todo vaya a funcionar como una seda. ¡No porque seas nuestro invitado, evitaremos la pelea!

El personal de tierra hizo saltar los calces del *Totentanz* y el aparato se presentó al extremo de la pista de despegue. No había torre de control en ese claro. Ni manga de aire para indicar la dirección y la fuerza del viento. Todo se hacía a ojo y sin ninguna preparación previa. Sentí vibrar la carlinga cada vez más fuerte mientras Attila daba gas a fondo para despegar en la menor distancia posible. El campo era extraordinariamente corto, y todos esos tipos forzosamente tenían que ser unos grandes inconscientes para efectuar estos despegues sobre una franja de tierra medio nevada tan poco practicable. En menos de doscientos metros, el 110 se arrancó del suelo y se elevó tan bruscamente que rozó las puntas de los pinos. Siguiendo a su jefe de escuadrilla, los cuatro Gustav se elevaron a su vez hacia el cielo lechoso.

Con el rostro cubierto por una máscara de oxígeno que despedía un repugnante olor a sudor rancio, vi extenderse bajo mí la superficie plana y brillante del lago Balatón, verdadero pequeño mar interior de Hungría. Poniendo rumbo al nordeste, Attila nos hizo ascender hasta los tres mil metros. Para dirigirnos hacia oriente, hacia la frontera rumana, no podíamos avanzar en línea recta, sino que debíamos progresar como un cangrejo para evitar que la luz del sol nos cegara, lo que habría dado una ventaja decisiva a nuestros enemigos, ya generosamente servidos en cuanto al número y la calidad de sus aparatos. En lo alto, algunos delgados cirros eran los únicos refugios con que podíamos contar en caso de encuentro con una formación superior a la nuestra.

Los cinco húngaros, volando en formación cerrada, intercambiaban broma tras broma. En cuanto a mí, aunque trataba de comprender detalles de aquella extraña jerga, estaba concentrado sobre todo en la contemplación del paisaje grandioso que descubría. Las lágrimas surcaban mis mejillas, porque el frío intenso que reinaba en la cabina, a pesar de la calefacción conectada al máximo, hacía que los ojos me picaran terriblemente. Los primeros veinte o treinta minutos de vuelo nos condujeron a una vía de ferrocarril que Attila empezó a seguir.

—Es la línea que une Budapest con Bucarest —aulló en su micro—. ¡El mejor modo de no perderse!

Sobrevolando un panorama de bosques nevados, seguimos así hasta alcanzar una llanura despejada salpicada de aldehuelas en las que no se detectaba ningún signo de vida. Hubo un seco intercambio de frases en húngaro y luego el Messerschmitt picó bruscamente de morro sin que yo comprendiera qué estaba ocurriendo.

—¡Blindados enemigos recto delante! —advirtió Sajgo—. ¡Sujétate, camarada! ¡No quiero desperdiciar esta ocasión!

Attila gritó órdenes a sus compañeros, inclinó el aparato y abrió fuego contra las tropas soviéticas, que se desplazaban en columna. Aproximándose al suelo para efectuar una pasada en vuelo rasante, el capitán cogió al enemigo en enfilada. Con los ojos vueltos hacia la cola del avión, yo sólo veía el resultado de sus disparos. Aterrorizados, los ivanes, cogidos por sorpresa, saltaban de sus vehículos para dispersarse y alejarse de sus máquinas. Sólo dos o tres ametralladores aislados parecían querer replicar a los pájaros enemigos que se abatían sobre ellos. Pasamos a través de una primera humareda provocada por la destrucción de un vehículo oruga. Justo por debajo de nosotros oí el chasquido seco del mecanismo de suelta de las bombas. Una enorme bola de fuego inflamó un carro ruso y Attila lanzó una aguda exclamación de triunfo que me agujereó los tímpanos. El húngaro incurvó su trayectoria para volver a tomar altura. Detrás de nosotros, en formación en punta de lanza, los Gustav barrían a los soldados que se dispersaban en la nieve.

Nos reagrupamos en las alturas y proseguimos nuestro viaje hacia el este. Uno de los muchachos silbaba la tonada de *Lili Marlene*. Attila me avisó cuando estimó que habíamos dejado territorio húngaro para adentrarnos en Rumania.

—Te soltaré en los alrededores de Brasov, en Transilvania. No podemos llevarte más lejos sin alcanzar nuestro punto de no retorno...

Le respondí que estaba listo.

De pronto, me pareció percibir unos puntos negros que se precipitaban hacia nosotros a gran velocidad. Yo no tenía el hábito de la observación aérea, y no podía adivinar si se trataba de enemigos o de amigos...

—Aunque estén a nuestra estela, seguro que son ivanes —opinó Attila—. ¡Sujétate!

Mi corazón se aceleró, coloqué el primer cartucho en mi arma y me prepare para apuntar. El capitán tiró a fondo del mando y ascendimos casi en vertical para ganar el máximo de altura. Con los sentidos desorientados por esta brusca ascensión, perdí por un instante toda noción de alto y bajo. Durante un puñado de segundos, incapaz de saber a qué distancia se encontraban el suelo y las nubes, tuve la sensación de que el mundo había perdido toda referencia. Finalmente mi cerebro consiguió recomponer la imagen de la realidad a mi alrededor, y vi que una decena de aeroplanos con las alas marcadas con la estrella roja volaban tras nosotros. Attila y sus hombres intercambiaron unas palabras justo antes de que los Gustav, en formación de a dos, iniciaran un bucle cerrado que les hizo desaparecer de mi vista. La voz del capitán resonó de nuevo en mi casco:

—Jugamos a los cebos. Tendremos que aguantar hasta que mis muchachos vuelvan a aparecer detrás de los Yacks. ¡Espero que seas un buen tirador!

En la estrecha cabina, me sentí de repente como enterrado vivo en un ataúd de acero. En ese instante me vino a la cabeza la idea de correr el vidrio y saltar para

evitar el combate, pero esta miserable cobardía apenas duró un segundo. Crispando las manos sobre las empuñaduras de la ametralladora, ajusté la mira sobre el primer enemigo y solté una corta ráfaga para comprobar el alcance de mi arma.

—¡No enseguida! —me gritó Attila—. ¡Aguarda un minuto más a que entren en nuestro campo!

Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron. Mientras me forzaba a esperar, los segundos se alargaron hasta eternizarse. Los alerones de frenado de *Totentanz* se abrieron y Sajgo redujo las revoluciones de los motores para que nuestros adversarios pudieran alcanzarnos más deprisa. Vi que unos puntos brillantes se iluminaban sobre las alas de uno de ellos, y una primera granizada de balas onduló hacia nosotros sin alcanzarnos. Apretando de nuevo el gatillo, repliqué precipitadamente, pero no tuve más suerte que mi oponente. Luego, cuando acababa por fin de situarlo en pleno centro de mi visor, Attila inició una brusca serie de picados y balanceos que me hicieron errar el disparo. Zarandeado en todos los sentidos, incapaz de mantener más de un segundo a un enemigo en el círculo metálico de mi mira, decidí no lanzar ninguna andanada al azar. Manejables y potentes, los Yak se lanzaban en nuestra persecución, pero pese a las largas ráfagas que nos disparaban, no conseguían darnos. El húngaro era un piloto notable que conseguía arrancar de la pesada masa de su *Zerstörer* proezas de acrobacia. Volvió a dar gas y trazó un hábil bucle que nos colocó, no sé cómo, en la cola de un rojo. Attila lo abatió con menos de diez disparos.

Mientras volvía a ganar altura para evitar los fragmentos del avión tocado, pude observar que dos aparatos se pegaban a la estela de condensación que dejaba el *Totentanz*. Apretando el pecho contra la culata de mi ametralladora para mantenerla en el eje de tiro, abrí fuego durante veinte segundos sin aflojar ni un instante la presión. A trescientos metros detrás de nosotros, haces de chispas brotaron de las palas del más próximo de nuestros adversarios. Tocado de cara, su motor estalló vomitando una humareda negra. El Yack cayó como una piedra, e inmediatamente fue reemplazado por otro, que hizo crepitar sus armas con el mismo encarnizamiento que yo. Una granizada de acero restalló contra nuestro fuselaje. Attila decidió entonces arriesgar y cortó bruscamente los motores para realizar una peligrosa acrobacia.

El 110 se deslizó hasta su punto de inercia, se detuvo en plena carrera y basculó repentinamente para iniciar una infernal caída en barrena. Con el corazón en la boca, aún tuve la presencia de ánimo suficiente para levantar el cañón de mi ametralladora hacia el vientre del Yack, que pasó roncando justo por encima de nosotros. La ráfaga en espiral que le lancé agujereó su depósito, que estalló partiéndolo en dos. Dócilmente, *Totentanz* respondió solícito a la primera demanda de su amo y relanzó sus turbinas. Con una hábil y firme torsión del mando, el capitán restableció el equilibrio de su aparato y volvió a la formación junto a los Gustav, que acababan, a su vez, de entrar en el baile. El combate era ahora una sucesión de duelos donde giraban en torbellino los ocho ivanes que quedaban contra los cinco húngaros. En

pleno centro de estas trayectorias puntuadas de explosiones, tiros de balas trazadoras y penachos de humo negro, ya no me atrevía a apoyar mi dedo sobre el gatillo por temor a alcanzar a uno de los nuestros. Abatidos por nuestros muchachos, dos rojos más se precipitaron a tierra antes de que un tercero volviera a situarse a nuestra cola y nos machacara sin compasión. Un fragmento de nuestra ala derecha saltó en pedazos sin que eso pareciera alterar la maniobrabilidad y el equilibrio de *Totentanz*. Repliqué y reventé la vidriera del ruso. Inmediatamente una mancha roja salpicó la cúpula transparente, como si hubieran lanzado sobre ella un bote de pintura bermellón. Con el cuerpo empapado en sudor, un zumbido en los oídos y todos mis músculos tensos como cables, busqué a un nuevo enemigo al que enfrentarme, pero las únicas siluetas de aviones que conseguía distinguir llevaban la divisa tricolor verde, blanca y roja de la antigua Panonia. ¡En unos minutos de furioso enfrentamiento, el grupo de caza Sajgo había aumentado su palmares de forma espectacular sin sufrir ninguna baja!

—¡Nos traes suerte, tudesco! —tronó Attila—. ¡Carné completo por esta mañana! ¿Estás seguro de que no quieres quedarte? ¡Casi merecerías ser húngaro!

—Imposible, amigo. Tengo que encontrar a una mujer ahí abajo.

—¿Una mujer? —dijo el piloto, divertido— ¡Si es así, te perdono que quieras abandonarnos tan deprisa!

Me hubiera gustado replicar con una broma fácil, pero se me hizo un nudo en la garganta al recordar a Ostara Keller. La brutalidad, la tensión del combate aéreo, la dureza del enfrentamiento, me habían liberado por un breve instante de la sombra que me obsesionaba desde la muerte de Fausta...

No nos cruzamos con ninguna nueva formación enemiga. Proseguimos nuestro vuelo por encima de un paisaje cada vez más accidentado, y luego Attila me pidió que me preparara.

—Busco una zona despejada donde soltarte. Pero no puedo asegurarte nada, amigo. ¡Espero que no caigas en plena zona controlada por los rojos!

Resignado, me solté el cinturón y deslicé la canopea por encima de mi cabeza. Sajgo trazó un bucle cerrado para mostrarme un pequeño valle despejado. En el segundo paso, hizo girar bruscamente a *Totentanz* después de un último y caluroso adiós. Sin poder reprimir un grito, me deslicé de mi asiento para bascular en el vacío. Mis ojos captaron la imagen demencial de los esqueletos pintados sobre la carlinga que ya se perdían de vista, muy lejos por encima de mí, y luego mi cerebro tuvo que concentrarse en el único gesto que me quedaba por hacer: tirar de la empuñadura de mi paracaídas. A la velocidad con que caía, el aire se había vuelto casi consistente y azotaba mi cuerpo con una fuerza que me sorprendió. Tuve que realizar un auténtico esfuerzo de voluntad para aferrar con la mano la barra de abertura de la vela. Un gran ruido de tela desplegada chasqueó por encima de mi cabeza y un tirón brutal frenó mi carrera. Mientras me dejaba caer, comprendí con alivio que iba a aterrizar en un prado nevado. Conteniendo la respiración en el momento del impacto, me desplomé torpemente sobre una capa de nieve de treinta centímetros tan blanda como suave.

Con la respiración cortada por el arnés que me segaba los costados y el vientre, me levanté como pude, mientras, pasando uno tras otro a muy baja altura por encima de mi cabeza, los cinco aparatos húngaros me dirigían un último saludo batiendo las alas en señal de amistad. Durante el tiempo que pude, les vi coger altura y poner rumbo directo al oeste para volver a su base y continuar su guerra...

Sin duda acompañar a los húngaros me había hecho ganar casi trescientos kilómetros, pero también había perdido todo medio de locomoción personal. La desembocadura del Danubio aún estaba lejos, y yo no sabía exactamente dónde me encontraba, y ni siquiera si la región estaba aún bajo control nuestro o ya había sido ocupada por las tropas de Stalin. Durante dos o tres horas caminé, pues, por la nieve sin encontrar a nadie, sin divisar el menor rastro de una carretera. Hacia el mediodía llegué a una ciudad pequeña que me pareció bastante próspera. En los arrabales tuve la suerte de cruzarme con un grupo de soldados alemanes que se calentaban las manos en una fogata. Sobre la escarcha de una ventana, su suboficial me dibujó un tosco mapa de la región y, al ver que sólo disponía de mi Luger y de una daga de combate, consintió en entregarme una pistola ametralladora. Volví a ponerme en marcha y caminé durante toda la tarde a lo largo de una carretera que supuestamente debía llevarme a un pueblo grande, donde pensaba pasar la noche con una compañía de granaderos que se había atrincherado allí. A través de crestas onduladas, avancé con dificultad, helado por un viento cortante y hundiéndome a veces hasta las rodillas en una nieve fresca y blanda. En torno a mí se extendía un bosque denso, negro, donde resonaban gruñidos de animales que no parecían temer al hombre.

Una hora antes de que oscureciera, al llegar a lo alto de una larga cuesta, oí aullar a los lobos. Acelerando el paso a pesar de mi fatiga, entré en el pueblo cuando ya casi anocheaba. Detrás de los postigos de las primeras casas, no brillaba ninguna luz. No se oía ningún ruido. Mientras avanzaba prudentemente entre las barracas, vi una primera silueta tendida en el suelo, ante el umbral de una cabaña de troncos. Con las pupilas dilatadas a fuerza de querer penetrar en las tinieblas, armé mi pistola ametralladora y me acerqué al cadáver. Era uno de los nuestros, caído de espaldas, degollado por una hoja que había entrado justo bajo la oreja. Un trabajo de profesional. Económico. Preciso. Eficaz. No la habitual carnicería que puede provocar el ansia febril de un aficionado o la de un combatiente presa del pánico. El pobre tipo ya estaba rígido por el hielo. Su muerte debía de remontarse al mediodía.

No lejos de él descubrí a otro soldado. Y luego a otro más, a un tiro de piedra. Como el primero, los dos habían sucumbido a un tajo en la garganta. Entré al azar en una casa, donde encontré a todos los habitantes, civiles, tendidos en el suelo. Entre ellos vi a una muchacha de cuerpo bien formado y bastante bonita. No la habían desnudado. Muerta instantáneamente por una herida en pleno corazón, había sido ejecutada sin que abusaran de ella. Rápidamente di una vuelta por la aldea y sólo

encontré muertos. Todos eran *Panzergranadiers* o civiles rumanos. No había partisanos, ni rastro de soldados rusos... Y lo que era aún más turbador, las armas de los alemanes no habían sido robadas. Sus bolsillos estaban repletos de municiones y no habían sido despojados de sus bienes —reloj, cartera e incluso paquete de cigarrillos—. Renuncié a profundizar en las razones de este misterio, y, reventado de cansancio, localicé una casa no contaminada por la presencia de ningún cadáver. Demasiado agotado para sentir ningún escrúpulo en dormir en este pueblo fantasma, me tendí sin sacarme las botas sobre una cama cubierta con un mullido edredón de plumas. Con el índice apoyado en el gatillo de mi arma, pasé allí una noche sin sueños ni pesadillas.

Por la mañana descubrí, bajo un cobertizo, un Kübelwagen, un pequeño vehículo todo terreno burdamente camuflado con pintura blanca. La llave de contacto colgaba en el salpicadero y el depósito estaba lleno. Instalado tras el volante, continué ruta hacia el este, a través de una Transilvania cada vez más salvaje y lúgubre. Avanzaba lentamente por las malas carreteras de montaña que atravesaban los Cárpatos, esos antiguos montes Ripheos donde Dandeville y Hezner creían que antaño habían caído el ángel rebelde Lucifer y su corte. Por mi parte, yo ignoraba si estos lugares estaban consagrados al culto del Diablo, pero los precipicios que bordeaba, las gargantas sombrías en las que penetraba, los inmensos bosques silenciosos en los que me hundía, no estaban hechos a la medida del hombre. En dos días de soledad absoluta, franquéé por fin la región de los collados y los pasos de montaña para volver a encontrar un paisaje civilizado, modelado por innumerables generaciones de tenaces campesinos.

Grandes nubes de nieve se apelotonaban en el cielo negro cuando cerré el contacto en la plaza mayor de un pueblo sin iglesia, con casas bajas que parecían granjas más que viviendas de comerciantes o notables. Había dos camiones con la cruz negra estacionados cerca de un pilón de agua helado. En lo que parecía ser la única posada del lugar —una vasta sala oscura con vigas de madera y paredes grasientas por el humo—, estuve discutiendo un buen rato con un *Hauptmann* de infantería, que trató por todos los medios de disuadirme de que continuara mi periplo.

—Ya no hay frente. Todos los ejércitos están mezclados. Los exploradores rusos regulares penetran en cuñas muy profundas en nuestra retaguardia y los partisanos nos acosan desde todas partes. Nuestras unidades tan pronto se repliegan en desorden como persisten en aferrarse a posiciones que ni siquiera les son favorables. Las órdenes del Estado Mayor ya no se respetan. ¡Es el caos total! Sólo una cosa es segura: cuanto más se adentre en el este, mayor será el riesgo de morir...

Olvidándome de la fatiga y el hambre que me atormentaban, quise volver a partir inmediatamente, pero el oficial, un corpulento pomeranio de ojos saltones, insistió en que me tomara al menos unas horas de descanso.

—Coma y duerma ahora que tiene un techo sobre la cabeza. ¡Y además, parece que no sepa siquiera qué día es hoy!

Eché una ojeada a mi reloj y constaté que la cifra marcada en el cuadrante reservado a la fecha era 31. Sin temer ni por un segundo mi uniforme SS, el tipo me susurró:

—¡Treinta y uno de diciembre de 1944! Esta noche es fin de año. Mañana entraremos en el último año de guerra. ¡El último año de Adolf Hitler! ¡Por fin!

Reavituallado con carburante y raciones militares por el *Hauptmann*, abandoné la ciudad en la madrugada del 1 de enero. El retrovisor del Kübelwagen me devolvía la imagen de un hombre macilento, con los ojos enfebrecidos y la cara velada por una barba rubia que no me había preocupado de afeitarse desde hacía días. Con las manos crispadas sobre el volante, remonté durante horas una larga caravana de refugiados donde se mezclaban los civiles en fuga y los soldados derrotados. A la caída de la noche, tuve que detenerme en medio de una llanura desierta, barrida por vientos aulladores. Acurrucado en mi asiento, tenía la impresión de haber sido lanzado de nuevo al fondo de las mazmorras del Wewelsberg, tan intenso era el frío, la oscuridad y el miedo que me oprimían. Durante tres o cuatro días todavía, conseguí avanzar sin tropezarme, milagrosamente, con ningún partisan, ningún iván en mi camino. El mundo me parecía vacío y me guiaba por el sol para orientarme. Errando al azar de los caminos, perdido, agotado, sólo me sostenía la extrema tensión que agitaba mi espíritu gracias a las pastillas de Pervitina que iba engullendo regularmente para mantenerme despierto.

Mientras descendía por la ladera de una colina arbolada, las ruedas del Kübelwagen dejaron, de pronto, de aferrarse a la carretera, y el vehículo derrapó y fue a parar a una zanja. Magullado por el choque pero sin ninguna herida de consideración, hice lo imposible por devolverlo al camino, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Al ver que fracasaba en el intento, decidí continuar a pie. Avancé, pues, paso a paso por un desierto de nieve; y luego, al cabo de una o dos horas de mantener esta marcha, las fuerzas me abandonaron de golpe. Como un muñeco desarticulado, me derrumbé en el suelo, creyendo que iba a morir allí. Mientras sentía ya cómo mis miembros se ponían rígidos, un ruido sordo hizo vibrar el aire a mi alrededor y de repente surgió ante mí el rostro más extraño que nunca haya visto. Un tipo con la cara tan marrón como una tableta de chocolate empezó a hablarme, balbuceando un alemán vacilante, pero yo no comprendí nada de lo que decía. Luego se acercó otro con la cara tan redonda y bigotuda como el primero. Ambos llevaban, sobre la manga de su uniforme de invierno, un emblema que representaba a un tigre saltando. Entre los dos me levantaron, y entonces vi que habían salido de una formación militar bastante numerosa que comprendía diversos vehículos y blindados ligeros. Aturdido, incapaz de moverme, me dejé llevar hasta un camión, en cuyo interior me tendieron para tratar de que entrara en calor. Quise protestar, decir que tenía que partir de nuevo enseguida, pero estaba demasiado débil para articular

palabra. Un velo negro me envolvió y perdí el conocimiento.

Me despertó un canto. Un canto que se elevaba en medio de una serie de explosiones y ráfagas de disparos. Sobresaltado, me incorporé a medias. En el lugar en que me encontraba, en plena penumbra, un herido con las dos piernas vendadas yacía a mi lado. Como mis salvadores, era un soldado hindú.

—¡No te muevas, cantarada! —me dijo—. Venza quien venza, sean amigos o enemigos, puedes estar seguro de que vendrán a buscarnos.

Pero yo no quería esperar a que los acontecimientos decidieran mi suerte. Débil todavía pero bastante descansado para entrar en combate, recogí a toda prisa mis cosas y me deslicé fuera del camión para descubrir una escena de batalla encarnizada. La heteróclita unidad que me había acogido se había atrincherado sobre una eminencia nevada rodeada por los rusos. En lugar de esperar y soportar el asalto de los ivanes, los nuestros habían optado por lanzar una furiosa ofensiva para romper el anillo de las tropas enemigas. ¡E, increíblemente, esta táctica desesperada que desafiaba el buen sentido e iba en contra de todas las reglas de la estrategia militar parecía dar sus frutos! Desde el lugar en que me encontraba podía ver perfectamente cómo los disparos de nuestras escasas piezas de artillería sembraban el pánico entre los rojos, que refluían en desorden ante la simple visión de nuestra infantería galvanizada que descendía la pendiente cantando y disparando con todas sus bocas de fuego. Con la Luger en la mano, corrí yo también a través de la nieve para participar en la penetración. En unos minutos me encontré abajo, avanzando entre increíbles *Panzergrenadiers* hindúes ataviados con el uniforme alemán. A cien metros de mí, un gigante ruso peleaba solo, encaramado sobre un vehículo oruga volcado en la nieve, con una pistola ametralladora en cada mano. El hombre aullaba no sé qué locuras y acababa de liquidar a tres de los nuestros cuando me acerqué lo suficiente para meterle dos balas en pleno rostro. Alcanzado en la frente, se derrumbó encogiéndose los labios sobre una horrible dentadura de cobre.

La caída del coloso pareció interpretarse como la señal de retirada para los ivanes. Durante unos minutos todavía, hubo intercambios de disparos, y luego la llanura se vació totalmente de enemigos. Nuestros adversarios, dispersos por los bosques, no podrían reagruparse eficazmente antes de dos o tres horas. Yo mismo, sin aliento, desorientado, tardé varios minutos en volver al punto de donde había partido. Bajo los órdenes de un joven oficial, los supervivientes del convoy se preparaban ya para retirarse antes de que los soviéticos se recobraran y lanzaran un contraataque. Cuando me vio, el *Hauptmann* dejó por un instante de meter prisa a sus hombres para interesarse por mí. Una bala le había rozado la mejilla, pero no parecía prestar la menor atención a su herida.

—Soy Linden. Usted es el SS que los hindúes encontraron desvanecido al borde de la carretera hace dos días, ¿no es verdad?

En unas pocas frases le expliqué cómo, al contrario que su grupo, tenía que alcanzar la desembocadura del Danubio en lugar de dirigirme a la retaguardia del

frente. Linden, que me había escuchado con los ojos muy abiertos, parecía literalmente afligido de oír este discurso.

—¿Qué ocultan las SS en ese rincón? —soltó por todo comentario cuando acabé mi relato.

La frase me sorprendió. ¿Qué quería decir con eso? ¿El *Hauptmann* Linden se había cruzado ya con alguien que iba de camino al delta del río?

—Sí. Un SS, igual que usted, pero era una chica. Fue bastante incómodo. Y además, arrastraba a toda una carnada de arrapiezos... A ella también la recogimos al borde del camino...

Se me hizo un nudo en la garganta y mis manos empezaron a temblar. ¡Keller! ¡Sólo podía tratarse de Keller!

—¿Dónde está? —pregunté esforzándome en calmar los estremecimientos nerviosos que sacudían mi cuerpo—. ¿Sigue con usted?

Linden agachó los hombros. Evitando mirarme a la cara, el *Hauptmann* me informó del increíble vuelco que había dado la situación. Hacía apenas una hora, un oficial británico surgido de no se sabía dónde había querido parlamentar.

—¿Británico? ¿Me está diciendo que era británico?

—Se lo aseguro, Herr *Standartenführer*. ¡Inglés hasta la punta de las uñas!

Alegando que quería garantizar la evacuación sanitaria de los chiquillos y la joven SS, este coronel había convencido a Linden de la justicia de su causa. Tras dejar personalmente fuera de combate a Ostara Keller, el *Hauptmann* había entregado a un oficial de las SS al enemigo.

—Soy consciente de que se trata de un acto de alta traición, Herr *Standartenführer*, pero no creía que los rusos fueran a desbandarse con tanta facilidad. Confiar a esta mujer a un inglés me pareció preferible a condenarla a pasar de mano en mano si por desgracia era capturada por los rojos. Reconozco que actué impulsivamente. Y acepto todas las consecuencias.

Linden me tendió su arma como si se constituyera prisionero. Evidentemente este tipo había cometido un crimen de una gravedad excepcional desde la perspectiva de la ley militar, pero aquello poco me importaba. Lo único que contaba para mí era que un milagro me había vuelto a poner sobre la pista de Ostara Keller y de los chiquillos que tenía intención de sacrificar en la isla de las Serpientes. Linden ni siquiera comprendió por qué me reía.

—Dadas las circunstancias, estimo que actuó de un modo razonable —dije tratando de recuperar la seriedad—. Es usted un excelente soldado. ¡Sus hombres le necesitan! Lo único que le ordeno es que me ceda un vehículo y me indique la dirección que tomó este misterioso inglés... ¿No conocerá su nombre, por casualidad?

—Tewp, me pareció entender. Coronel David Tewp...

Seguir el rastro de Tewp y Keller no fue cosa fácil. Yo llevaba mucho retraso con respecto a ellos y sólo conocía aproximadamente la dirección que habían tomado. Además de un sidecar equipado con orugas con el depósito lleno hasta los topes, Linden me había obsequiado con una brújula, unos prismáticos y un mapa de la región sobre el que había trazado someramente lo que sabía de las posiciones enemigas. Para mi gran estupefacción, constaté que me había desviado mucho en relación con mi objetivo inicial. Mi camino me había llevado muy lejos al norte de la desembocadura del Danubio, y no me explicaba cómo había podido cruzarme de nuevo en la ruta de Keller. Una vez más, vi en ello la prueba de que un destino superior dirigía mi vida...

Contorneando más o menos la zona de bosque donde calculaba que los rusos iban a tratar de rehacer su unidad, me lancé directamente hacia el este sin dirigir una sola mirada a la columna de Linden, que partía en sentido opuesto. Rápida, manejable y provista de un ancho juego de orugas que se aferraba a la nieve, mi motocicleta se adaptaba perfectamente al terreno, pero dejaba mi cuerpo al descubierto, sin protección contra el frío. Por más que hubiera acumulado espesores de cuero y de tela, e incluso hubiera colocado, siguiendo el consejo de un hindú, hojas de una vieja revista *Signal* entre mi piel y mi camisa para fabricar un caparazón contra la mordedura de aquel aire glacial, todo aquello constituía una pobre protección. Creo que en realidad sólo la voluntad de atrapar a Keller me hizo aguantar sobre mi máquina. La austríaca se encontraba ahora tan sólo a unos kilómetros de mí y yo me había persuadido de que capturarla ya era únicamente cuestión de horas.

En lo alto de una cuesta empinada, el bosque se acababa bruscamente para dar paso a un valle casi desnudo donde la mirada alcanzaba lejos en el horizonte. No tuve necesidad de utilizar los prismáticos para distinguir, a cinco o seis kilómetros de allí, un punto negro aislado que avanzaba sobre la nieve en dirección este. Después de ajustarme bien todas las correas de mi mono de piloto, pisé a fondo el pedal del gas y me desvié ligeramente de mi trayectoria para colocarme en la estela de mi objetivo. El sol estaba bajo en el horizonte cuando por fin tuve la convicción de que, lentamente pero con toda seguridad, ganaba terreno al coronel británico.

La conducción de la moto me exigía grandes esfuerzos y absorbía al mismo tiempo todos mis pensamientos, de modo que apenas podía interrogarme sobre las razones que habían movido a este inglés a interesarse por Ostara... ¡David Tewp! Curiosamente, este nombre no me resultaba extraño. Pero ¿quién lo había pronunciado ante mí? De pronto se me refrescó la memoria. Dandeville me había hablado de un teniente Tewp años antes, en una época en que, en la montaña de informes contradictorios, tratábamos de desentrañar lo que había ocurrido en Calcuta después de que Keller y los Galjero se hubieran dirigido allí para desactivar la carga inestable del *palladium* de Berlín. Este patronímico había sido citado a menudo

entonces. ¡Confrontado a los rumanos en circunstancias poco definidas, el tipo parecía tener también una vieja cuenta que saldar con Ostara! La perspectiva de encontrar en él a un aliado más que a un adversario me sacaba un gran peso de encima. La joven era un enemigo temible, carente de escrúpulos, y se beneficiaba, además, de un *therapon* entrenado en proteger su vida desde hacía años. Neutralizarla no sería, pues, tarea fácil, y la posibilidad de una ayuda era tranquilizadora en todos los sentidos.

La noche cayó cuando yo ya había recuperado la mitad de mi retraso. La luna ascendió en un cielo claro. Llena, enorme y brillante, me dispensó de encender mi faro y arriesgarme a ser avistado. El inglés, por su parte, no había temido encender las luces de su vehículo, lo que me permitía seguirle sin riesgo de perderme. Mi objetivo se adentró en una nueva extensión de bosque y yo le seguí, de pie sobre mi máquina, con los músculos tan rígidos como si fueran de madera. Durante una hora, tal vez dos, la mecánica ronroneó así entre mis muslos. De pronto, al final de una larga línea recta entre los árboles negros, observé que las huellas que seguía giraban bruscamente a la derecha. Tras frenar violentamente y detenerme del todo, vi que el vehículo estaba aparcado al fondo de una avenida, ante una especie de castillo de cuento de hadas cubierto de escarcha. Los rayos lunares, que le daban de lleno, hacían centellear al edificio como si fuera un enorme diamante azul. Mi reloj marcaba casi las cuatro y media de la madrugada. Muy cerca, detrás de mí, una manada de lobos empezó a aullar en el bosque. Después de haber hundido mi moto oruga entre los matorrales, quebradizos por el hielo, me había colocado mi pistola ametralladora en bandolera y avanzaba hacia el dominio cuando un grito agudo resonó en la noche. Ocultándome tras el tronco de un gran árbol, esperé un buen rato, dudando en intervenir.

Cuando el alba empezaba a apuntar, vi a Keller salir apresuradamente por la puerta principal del edificio. Con una bolsa colgada al hombro, la austríaca corrió a través de la nieve para buscar la cobertura de los árboles más próximos. Salté tras ella y la seguí a través de la espesura hasta el lindero norte del profundo bosque. Entonces me volví para dirigir una rápida ojeada a la mansión con los prismáticos, y vi que, a trescientos o cuatrocientos metros de allí, cerca del camión del inglés, un tipo miraba hacia la fronda. Quise llamarle, hacerle una señal, pero la distancia era demasiado grande y el tiempo apremiaba. Levantándose justo por encima del horizonte, el sol me cegó durante unos segundos. Por instinto, sin reflexionar, desenfundé mi daga y la planté en el tronco de un abedul, en un lugar donde el metal podría captar la luz durante mucho tiempo.

Confiando en que Tewp comprendería el significado de este gesto, partí sin demora en persecución de Ostara Keller. La chica era fuerte y ágil, tan resistente como un hombre, quizá más. La agente del SD Ausland, más ligera que yo, tal vez más regular en su carrera y tan discreta que a veces tenía dificultades para no perder su rastro, estuvo a punto de despistarme en más de una ocasión. Una hora antes del

mediodía, por fin encontré de nuevo sus huellas al borde de un inmenso lago helado, que tuve que franquear. Luego llegó una larga taiga, que empecé a atravesar justo después de haber constatado con los prismáticos que un hombre —sin duda David Tewp— me seguía de lejos. Inspiré profundamente, volví a salir corriendo y no me concedí ni una pausa hasta penetrar, en el crepúsculo, en un nuevo bosque. Allí, las sombras cada vez más densas y la nieve que volvía a caer me hicieron perder por completo el rastro de mi presa.

Durante una hora, quizá dos, giré en círculos, me perdí, volví a encontrar mis propias huellas y descubrí luego las de Tewp. ¡El inglés me había adelantado! Con los ojos clavados en el suelo para no perder esta pista inesperada, llegué finalmente al borde de un calvero donde dos siluetas peleaban en silencio. Gruñendo como un oso, cogí mi pistola ametralladora por el cañón y me acerqué a los combatientes rodando por el suelo. La nieve ya estaba salpicada de sangre. Keller, con un cuchillo en la mano, había derribado a su adversario y se disponía a propinarle la estocada fatal. Llegando por detrás a toda velocidad, descargué la culata de mi arma contra su sien. La chica se desplomó inconsciente, sin emitir un solo grito. Cerca de ella, el pobre tipo, al que casi había matado, ya no tenía más que una mancha roja en el lugar del rostro. Rápidamente até las manos y los tobillos de Ostara antes de acudir en ayuda del inglés. Saqué de mi bolsa un botiquín de emergencia, curé sus heridas tan bien como pude, aunque tuve muchas dificultades para detener la hemorragia causada por la pérdida de su nariz. A continuación, después de haber confeccionado unas angarillas con ramas de pino, instalé a Tewp en esta camilla improvisada, que obligué a arrastrar a la propia Ostara durante el largo viaje de vuelta. Entre las pertenencias de la austríaca, en medio de toda una panoplia de bruja, había encontrado un único *therapon*.

—¿Este genio guardián es el suyo? —pregunté a la joven cuando iniciamos el camino hacia la casa de campo abandonada.

—Lo es —asintió ella sobriamente.

Bajo la amenaza de destruir la estatuilla si intentaba algo, obtuve de la chica una obediencia resignada. Caminando a buen ritmo, con Keller tirando del cuerpo inerte de Tewp, necesitamos casi treinta horas para desandar el camino. Durante este trayecto, más de una vez tuve la tentación de disparar contra su *therapon* o de verter en la estatuilla el arsénico de una polvera que llevaba encima desde mi partida de Berlín. Entonces, matar a Ostara hubiera sido fácil. Sin embargo, algo me impedía actuar de este modo. Aquélla no era forma de honrar la memoria de Fausta. Era preciso que Keller fuera juzgada conforme a las reglas y según la justicia de los hombres, no según la dictada por uno solo de entre ellos. Yo no sabía exactamente por qué la buscaban también los ingleses, pero confiarla a los vencedores de esta guerra me parecía, a fin de cuentas, la mejor solución. Una vez tomada mi decisión, la informé de lo que le esperaba. Sin dar muestras de haber escuchado siquiera mis palabras, la joven apretó los puños con más fuerza sobre los brazos de las angarillas y

aceleró el paso.

—¿Dónde están escondidos los *therapoi* de los dignatarios nazis? —le pregunté por fin— ¿Y dónde se encuentran en este momento Dalibor y Laüme Galjero?

La risa de Ostara resonó interminable bajo la bóveda del sendero forestal que estábamos cruzando.

—Gärensen —dijo finalmente—, ¿de verdad cree que los guardianes de Hitler y de Himmler aún están activos?

La frase me sorprendió tanto que me detuve.

—Desde la muerte de Reinhard Heydrich, el *Führer* y los otros se han negado a practicar ninguno de los ritos que dinamizan a las estatuillas. Sus energías se consumieron hace tiempo, agotadas por las tentativas de atentado que han soportado durante todos estos años. No le miento, Gärensen: si en algún momento el canciller o el *Reichsführer* quieren suicidarse, el ángel guardián fabricado por los Galjero ya no tendrá bastante poder para luchar contra el veneno o para bloquear el mecanismo del revólver.

Esta revelación me dejó estupefacto, y me costó un poco rehacerme para continuar el viaje. Más tarde pregunté a Keller por los objetivos de su peregrinaje fallido hasta la isla de las Serpientes, sin obtener respuesta. La mujer se negó igualmente a hablarme de los Galjero.

—El mundo tal como lo hemos conocido está moribundo, Gärensen. A decir verdad, ya está muerto. Yo también desapareceré, pero esto no me asusta. Prefiero mi suerte a la suya. Vivir en el universo gris que se anuncia será difícil para la gente como nosotros. Un día, dentro de diez, de veinte años tal vez, reflexionará usted sobre su juventud y comprenderá la inmensidad del desastre que sus inconsecuencias han provocado. A causa de usted, los fuertes lo han perdido todo, Gärensen... Sí... todo.

Quise responderle, pero ¿de qué iba a servir? Ya sólo un pequeño valle nos separaba del palacio desierto y yo ya no tenía fuerzas para pensar. En la bolsa de Keller, que se bamboleaba a mi espalda, creí sentir cómo el *therapon* se estremecía como un garito que trata de escapar de la tela de yute en la que se disponen a ahogarlo. Aquella vibración me repugnó tanto como me encantó.

Al llegar a la mansión, entregué a Tewp a un tipo alto de rasgos protuberantes que viajaba con el coronel. Detrás de él, la decena de chiquillos seleccionados en los centros Lebensborn miraban a Keller con un odio tan frío y tan puro que inspiraba horror. Lentamente, abrí el petate de Ostara y saqué el *therapon*. Era una estatuilla de forma inmundada, groseramente esculpida en forma de feto. En ella reconocí el estilo de Dalibor Galjero. Con un gesto seco, la lancé a los escalones de piedra, donde se rompió con la fragilidad de una pieza de porcelana. Ostara gritó. Espolvoreé los aceites que se habían derramado con polvo de arsénico. Se produjo una repentina y breve dilatación del aire, como una burbuja que revienta en la superficie del agua, y luego... el silencio.

Sin decir palabra, di media vuelta para abandonar el lugar. Con la mente vacía y el cuerpo pesado, caminé lentamente un centenar de metros hasta el lindero del bosque, donde un extraño vértigo invadió todo mi ser. Una inconmensurable fatiga se abatió sobre mis hombros, segando los músculos de mis piernas con la seguridad de una cuchilla. Con los ojos en blanco, caí en la nieve con la espalda apoyada contra un tronco. Me quedé allí una hora, sin sentir el frío, agotado y sin embargo incapaz de cerrar los ojos para dormirme. Frente a mí, como en un grabado de Bilibine, la mansión alargaba su silueta blanca, irreal, bajo el sol helado. Todo permaneció así, petrificado, hielo y piedra, cristal y nieve, ¡hasta que de pronto una bola de fuego estalló en el interior de la casa, haciendo explotar los vidrios de una ventana! Un grito abominable desgarró el aire y un primer penacho de humo gris ascendió en el cielo. Mi corazón se desbocó y volvió a hacer correr por mis venas un poco de sangre caliente, desentumeciendo mis músculos, reactivando mis pensamientos. Al incorporarme, vi que los chicos salían corriendo a la entrada. Dos siluetas adultas les acompañaban. Una de ellas, que llevaba una enorme bolsa a la espalda, se volvió para apuntar el cañón de un arma hacia la fachada del edificio. Un largo rayo de fuego surgió del lanzallamas y acarició los muros con una lentitud de pesadilla. El tejado fue lo primero en inflamarse. Luego, uno a uno, los vidrios volaron en pedazos bajo el efecto del calor que devastaba las entrañas del palacio blanco. En apenas unos minutos toda la edificación se derrumbó sobre sí misma, no dejando más que una inmunda hoguera, un horroroso volcán rojo y negro que bramaba envuelto en cenizas y vapores...

David Tewp, el hombre que viajaba con él y el pequeño grupo de niños observaban ahora a buena distancia el edificio que se consumía. Keller no estaba con ellos. Sin moverme, esperé a que el inglés y su grupito subieran por fin a su vehículo y se alejaran. En cuanto a mí, aunque hubiera comprendido lo que había ocurrido, necesitaba encontrar los restos del cuerpo de Ostara para convencerme de la muerte de la bruja. Durante mucho tiempo, sin preocuparme por el calor sofocante que aún reinaba en el lugar del siniestro, registré los escombros calcinados. Finalmente, en lo que quedaba de una larga sala de recepción, distinguí una masa humana negruzca, increíblemente empequeñecida. Allí, arrodillado junto a los restos de Ostara Keller, trituré rabiosamente hasta la última partícula del cadáver entre mis dedos.

CUARTA TUMBA DE LAS QUIMERAS

EL VENTO DEL MAR MUERTO

Zino Saporta no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. No sólo David Tewp estaba bien vivo, sino que había recuperado un rostro. Saporta se adelantó y observó atentamente la faz del inglés, que la luz cruda de una bombilla desnuda iluminaba sin indulgencia. La extraordinaria prótesis que llevaba el coronel era tan fina, tan delicada, y recubría de una forma tan perfecta sus cicatrices que el mafioso no podía apartar su mirada de ella. Sus pensamientos, sin embargo, hubieran debido orientarse hacia la cuestión de su futuro inmediato, mucho más importante que la plástica del espía británico. Despertado en plena noche por Samson Kabbache en persona, uno de los jefes secretos del Irgun, Saporta apenas había tenido tiempo de enfundarse en una bata de seda marrón a juego con su pijama. Luego los dos hombres se habían dirigido al edificio administrativo de la mina de cobre abandonada, donde se ocultaban cincuenta de los más virulentos activistas de la causa sionista. Mientras trituraba un cigarro entre los dientes, el truhán se había dado cuenta de que Samson, un tipo alto y calvo que había perdido un ojo en otro tiempo combatiendo a los franceses mariscalistas del general Dentz, se obstinaba en permanecer mudo a sus preguntas. El corazón le había saltado en el pecho cuando había comprendido quién era el hombre que se encontraba tranquilamente sentado en una silla, con los brazos cruzados, aparentemente relajado, sonriendo casi a los siete u ocho miembros del Irgun que le rodeaban con un aire de extrema preocupación.

—¿Ha capturado a este cerdo? —soltó Saporta, de nuevo risueño—. ¿Dónde le ha atrapado?

—No nos ha sido difícil —respondió Kabbache— Este hombre ha venido a nosotros. Por sí mismo. Solo. Lo hemos verificado.

—¡Entonces es que está loco! —escupió Zino— ¡Matadlo!

Pero ni Samson ni los otros reaccionaron. Como si se sintieran incómodos, indecisos, los sicarios se habían limitado a intercambiar largas miradas silenciosas cuyo significado no había alcanzado a comprender. Sintiendo de pronto también incómodo, Zino se había puesto a sonreír tontamente.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—El coronel inglés que ve ahí pide que le entreguemos a Zino Saporta —le respondió Kabbache con toda la seriedad del mundo.

La frase era hasta tal punto inesperada que Saporta soltó una carcajada.

—¿Que me entreguen? Muy divertido. Te crees muy valiente, Tewp, pero tu temeridad es pura locura, muchacho.

—Nunca actúo a la ligera, Saporta. Y negocio con argumentos de peso... —soltó lacónicamente el inglés.

Zino sabía que el agente del MI6 fanfarroneaba, pero eso no impidió que

empezara a transpirar abundantemente.

—El *brit* nos ha ofrecido un trato y hemos aceptado sus términos, Saporta —continuó Kabbache—. Te quiere. Posee los argumentos necesarios. Te entregamos...

La tez de Zino viró al amarillo y su voz tronó ferozmente en la habitación. ¡Nunca en su vida habían osado hablarle en este tono! ¿Acaso no sabían con quién estaban hablando? Y además, ¿cuáles eran los términos de esta pretendida transacción entre Tewp y los sicarios?

—El inglés está en contacto directo con tus patronos, Saporta. Conoce bien a Bugsy Siegel y a Mickey Cohen. En caso de que no cedamos a sus exigencias o acabemos con él, se las ha arreglado para que llegue una carta a sus abogados. Ésta es la copia...

Samson Kabbache desdobló una hoja de papel cebolla que Tewp le había entregado. Con las manos ligeramente temblorosas, Saporta cogió el papel y, petrificado, leyó las pocas líneas que contenía.

Del coronel David Norman Tewp, del servicio de información exterior británico, a los señores B. Siegel y M. Cohen.

Señores:

Trabajando en estrecha colaboración con el Oss americano, así como con el senador Lewis Monti, mis recientes investigaciones me han conducido a reunir un haz de pruebas relativas a la estrecha conexión establecida entre algunas ramas del crimen organizado americano y ciertas células activistas sionistas.

El expediente completo de estas pruebas será inmediatamente remitido a las autoridades competentes británicas y americanas, así como al conjunto de la prensa internacional, si la entrega a mis cuidados del señor Zino Saporta, su representante en Palestina, no se efectúa de la forma más rápida y sin condiciones.

—Es grotesco —explotó Saporta, una vez acabada la lectura—. ¡Estas amenazas no se fundan en nada! ¡Es sólo aire! ¡Aire!

—Sin embargo, el inglés sabía dónde encontrarnos —soltó Kabbache—. Si fuera un militar como cualquier otro, tendría un regimiento tras él y no hubiera arriesgado su vida, solo, como lo está haciendo ahora.

—Si perdemos el apoyo de Siegel y Cohen, no podremos seguir comprando armas —argumentó otro sicario.

—Y si los contribuyentes americanos son informados de nuestros lazos con la mafia, la opinión pública yanqui nunca dará su apoyo a la creación de Eretz Israel —añadió otro.

—Sobre todo teniendo en cuenta que el senador Monti se las arreglará para provocar una campaña de prensa de resonancia internacional que explicará que un Estado judío en Palestina significará asegurar la guerra en todo Oriente Medio. No creo que los *boys* estén dispuestos a volver al combate inmediatamente después de

haber vencido a Alemania y Japón sólo para asegurar el porvenir de unos coloniales financiados por gánsteres —concluyó Tewp muy seguro de sí mismo.

Todas las miradas se posaron en Saporta, como si fuera la víctima que sacrificar en nombre de la razón de Estado. Igual que a algunos otros miembros de su entorno, secretamente a Samson Kabbache no le disgustaba el pretexto que le proponían para desembarazarse sin problemas del incómodo Zino Saporta. Lo que unos años antes había empezado como una fructífera colaboración, se había transformado en una obligación penosa de asumir. En el curso del tiempo, Saporta había retenido un diezmo personal cada vez más hinchado sobre los fondos provenientes del otro lado del Atlántico. Tewp les proporcionaba una ocasión inesperada de sustituir a este pequeño barón de la «familia» sin ensuciarse las manos.

—Supongo que si tiene tanto interés en hacerse con Saporta no será para entregarlo a la justicia, ¿me equivoco? —preguntó Kabbache al coronel.

—No a la justicia ordinaria —respondió simplemente el oficial.

—Es lo que imaginaba. Bien, por mí, estamos de acuerdo. El tipo es todo suyo. A cambio, usted y Monti desactivarán definitivamente todas las revelaciones con que nos amenazan.

—Asunto resuelto —murmuró el inglés levantándose y estrechando la mano del tuerto.

Pero Zino Saporta no tenía intención de dejarse entregar tan fácilmente. El mafioso sacó del bolsillo de su bata una minúscula Beretta con la que apuntó a Tewp. El disparo, sin embargo, no llegó a partir, porque un joven sicario de largas cejas negras golpeó violentamente la muñeca del truhán con la vara de junco que llevaba en la mano. Alcanzado en el canto del hueso, Saporta aulló de dolor y dejó caer su arma. Amordazado y atado por los miembros del Irgun, el mafioso fue conducido hasta el coche de Tewp y forzado a tenderse en el maletero, que cerraron sobre él a pesar de sus violentas protestas. El coronel recuperó el Webley que le habían confiscado cuando se había presentado en las intermediaciones de la mina y luego, sin prisa, salió con su cargamento levantando tras de sí una nube de polvo blanca.

Samson Kabbache rasgó cuidadosamente la hoja de papel y volvió a tenderse en su camastro para dormir unas horas. Ni por un segundo se preguntó si las amenazas de Tewp eran reales o el coronel no era más que un excelente jugador de póquer, que, por el mayor de los azares, había llegado en el momento propicio...

En la luz azulada del alba, David Tewp se había adentrado unas millas en el desierto. Después de detener su vehículo a veinte yardas de la orilla del mar Muerto, se había apoyado en la carrocería del coche para disfrutar del silencio y contemplar el espectáculo del sol elevándose sobre los acantilados. A esa hora temprana, había empezado a soplar un viento frío, puro y refrescante, que daba al aire una ligereza y una dulzura paradisíacas. El coronel extendió los brazos, tensó los músculos y se decidió a sacar a Saporta del maletero donde se encontraba acurrucado. Tirando del tejido sedoso de sus ropas de cama, el inglés arrancó el voluminoso cuerpo del coche

y lo dejó caer sobre las piedras cortantes. Una gran mancha de orina manchaba los pantalones de Zino, que parpadeó para acostumbrarse a la luz. Entonces se dio cuenta de que Tewp le encañonaba. Con la punta del pulgar, el inglés levantó el percutor de su arma. A cuatro patas, con un aspecto lastimoso, Zino babeó, hipó, pero no dijo nada ni pidió clemencia. Tewp lo abatió pensando en el pequeño Latif y en el capitán Morgan O'Reilly. Poner término a la vida del padrino no le alivió, más bien le hizo sentir asco de sí mismo. Empujó con el pie el cadáver de Saporta, que rodó por la pendiente hasta el mar. Su cuerpo gordo y blando entró en el agua, pero no se hundió. Sostenida por la densidad del líquido saturado de sal, la carcasa permaneció allí, inmóvil, como pinchada sobre las aguas petrificadas. Fue la última imagen que el coronel conservó del mafioso. David Tewp tomó de nuevo el volante y apenas tardó tres horas en volver a los arrabales de Jerusalén.

Una semana más tarde, el coronel volvía a Londres, donde era recibido por el senador Lewis Monti. En el coche que les trasladaba al Savoy, los dos hombres permanecieron largo rato en silencio. A Tewp le desagradaba la idea de haber fracasado en la búsqueda de Ruben Hezner, y se sentía también terriblemente culpable por haberse embarcado en una guerra privada con Saporta. Confuso, un poco avergonzado incluso, casi no se atrevía a afrontar la mirada del americano.

—Lo lamento... —acabó por soltar—. Nada ha funcionado como estaba previsto. Temo haber roto el último hilo que nos conectaba con los Galjero.

Monti lanzó un gruñido y se encogió de hombros.

—No se atormente, David, aún no hay nada perdido. Gärensen ha propuesto una solución de recambio. Después de todo, la mejor forma de atraer al lobo fuera del bosque no es tanto acosarlo como colocarle bajo el morro exactamente lo que busca. A ojos de los cazadores de nazis, Thörün es una pieza selecta. Está dispuesto a abandonar la protección que yo le había garantizado hasta ahora y convertirse en un fugitivo.

Inspirando profundamente y arrellanándose en el fondo de la banqueta de cuero, David Tewp le indicó con un gesto que había captado perfectamente las grandes líneas de lo que iba a suceder a continuación.

—¿Cuándo y adonde vamos? —se limitó a preguntar.

—A América del Sur. Dentro de una semana —respondió Monti.

EPÍLOGO

Buenos Aires, octubre de 1946.

El doctor Ruben Hezner ya no conseguía mantener los ojos abiertos. Pestañeando, fatigado por el largo viaje que había realizado en el camarote de un carguero desde el puerto de Haifa hasta Argentina, se ajustó sus gafas negras sobre la nariz y apoyó la espalda contra la pared del rincón donde se había instalado para descansar unos minutos. A pesar de los ruidos de conversación que le rodeaban, del volumen un poco alto de la música que la orquesta de cuerda y percusión tocaba cerca de la pista de baile, consiguió abstraerse fácilmente de toda esta agitación. Sin querer, sin embargo, antiguas imágenes surgían de los limbos de su memoria. Ruben Hezner sabía que no había nada que hacer contra los fantasmas que a veces, sin previo aviso, volvían a atormentarle. Ningún exorcismo, ningún hechizo de protección podía evitarlo. Resignado, inspiró profundamente y dejó que los recuerdos acudieran.

Primero fue un paisaje de juncos y bruma, una isla secreta en la desembocadura del Dniéster, frente a Odessa. Luego fue él, de adolescente, corriendo por las calles de la ciudad, ocultando bajo su uniforme de la Academia de Ciencias un poco de pólvora y fulminantes robados en los laboratorios de la facultad. Una nube oscura veló la escena, y luego el joven que era entonces cayó en un agujero sin fondo, un calabozo estrecho y pestilente de la Ojrana, la policía política del zar. Todo su cuerpo se puso rígido mientras creía sentir todavía los golpes que llovían sobre él, los insultos, los escupitajos, las humillaciones y el látigo de colas emplomadas que desgarraba atrozmente la piel de su espalda. Se estremeció aún más cuando, sangrando, roto, ebrio de dolor y agotamiento, se oyó desgranando uno a uno los nombres de los clandestinos que compartían con él el secreto de la isla de Borodín. Luego fueron las inmensas barcazas de abordaje de los cosacos que atravesaban el río con olor a limo. Y los caballos galopando por la arena, los sables que se elevan y cortan miembros, cuellos, que hienden cráneos y atraviesan corazones... Ruben Hezner había visto todo esto. Tenía diecisiete años y se había anudado un trapo amarillo en torno al brazo para que los soldados reconocieran que era un traidor y no le mataran...

—Doctor... doctor...

La voz de Tobie arrancó a Hezner de sus ensoñaciones. Inclinandose sobre su oído, el último recluta del grupo de cazadores de nazis que dirigía murmuró:

—Ha llegado. ¡Pasaremos a la acción en un momento! Todo irá muy rápido.

Ruben se sacó sus gafas oscuras y distinguió una silueta alta y esbelta sentada a una mesa al otro extremo de la sala.

—Aquí se hace llamar Labrunie. ¿Cuál decía que era el verdadero nombre de este tipo?

—Dandeville. Matthieu-Marie Dandeville —respondió distraídamente Hezner

mientras, en su bolsillo, sus dedos jugaban con un anillo muy antiguo cuya piedra encerraba un Abraxas que hacía mucho tiempo había adornado la mano de una hermosa criatura de vientre liso.

NOTA DEL AUTOR

Más que un simple escenario, la historia de mediados del siglo XX proporciona un amplio material narrativo a la epopeya de *El siglo de las quimeras*. En *Los lobos de Berlín*, sin embargo, lo real y lo imaginario componen un mosaico complejo que exige algunas precisiones.

En lo que se refiere a los «Libros de Thörun Gärensen», el conjunto de detalles que se ofrecen sobre la vida cotidiana en Alemania en el curso de los años treinta y cuarenta del siglo pasado es, evidentemente, auténtico.

El personaje de Geli Raubal es histórico. La naturaleza exacta de las relaciones que mantenía con su tío, el futuro canciller Hitler, así como las circunstancias de su muerte nunca fueron elucidadas.

La Sociedad Thule fue un grupo esotérico-político con un fuerte matiz conservador y revolucionario influyente en los años veinte en Baviera. Vivero de personalidades dudosas, de aventureros e intelectuales extraviados, fue un canal de expresión privilegiado para el profesor de geopolítica Karl Haushofer. El cadáver de este último fue encontrado al final de la guerra sin que fuera posible determinar si había sido víctima de un asesinato o había elegido acabar con su vida después de la derrota alemana. Numerosas fuentes atestiguan que Hitler frecuentó con asiduidad a ciertos miembros de la Sociedad Thule antes de su ascenso al poder.

Las estrechas relaciones que el nazismo mantuvo con ciertas temáticas del pensamiento esotérico son oficialmente reconocidas en nuestros días, y desde hace muchos años han constituido el objeto de estudios académicos y universitarios en el mundo entero. Naturalmente es imposible reducir en exclusiva el fenómeno complejo del nazismo a su componente mágico y simbólico. Sin embargo, menospreciar la influencia que cierta metafísica pretendidamente iniciática pudo tener sobre algunos de los más altos dignatarios del nacionalsocialismo supondría, sin duda alguna, condenarnos a ignorar la instrumentalización exclusiva y en extremo nociva que algunos grupos políticos pudieron hacer de ciertos mitos.

Como se indica en la novela, el Ahnenerbe fue un instituto oficial dependiente de la administración SS. Este servicio atrajo de una forma especial la atención de los comentaristas debido al aura de misterio que planeaba sobre él. Hoy quedan pocos documentos auténticos sobre este centro pluridisciplinar donde trabajaban en estrecha colaboración arqueólogos, matemáticos, biólogos, antropólogos o lingüistas. Aunque algunas investigaciones efectuadas en el seno del Ahnenerbe parecen haber tenido sólo finalidades puramente especulativas, muchas sirvieron, en cambio, para dar cobertura con su barniz científico a los crímenes de la política nazi. Teniendo en cuenta la posición del Ahnenerbe en el organigrama SS, sus colaboradores fueron juzgados como criminales de guerra conforme a los estatutos del tribunal de Nuremberg. Uno de los aventureros más famosos que gravitaron en torno a este extraño instituto fue el explorador y alpinista Heinrich Harrer, que, después de su ascensión al Nanga Parbat de la cordillera del Himalaya, permaneció en Asia junto a los tibetanos hasta la invasión china.

Las relaciones entre los servicios secretos nacionalsocialistas y los militantes de la causa sionista, cada vez mejor estudiadas en el curso de los últimos quince años, merecen a día de hoy un amplio reconocimiento por parte del conjunto de los historiadores. En este campo, los investigadores anglosajones e israelitas han proporcionado ya una abundante suma de estudios y documentos que evidencian el apoyo que ciertos altos responsables nazis creyeron que debían aportar, a mediados de los años treinta, a la creación de un estado sionista en Palestina. La historia es, con frecuencia, escenario de monstruosas paradojas. El viaje, mencionado en el curso de la novela, que el barón Von Mildenstein, responsable de la Oficina de Asuntos Judíos de las SS, efectuó a Jerusalén es un extraño ejemplo de ello. Eichmann, que fue el colaborador directo de Reinhard Heydrich y uno de los organizadores de la conferencia de Wannsee en 1942, en el curso de la cual fue aprobado y administrativamente planificado el holocausto, viajó igualmente a Palestina a mediados de los años treinta. Por sorprendentes y perturbadoras que sean, estas tentativas momentáneas de acercamiento entre algunos dignatarios nazis y ciertos sionistas están hoy también históricamente atestiguadas. Para comprender el alcance de estos intercambios es necesario situarse en la perspectiva de una época en la que, varios años antes del inicio del segundo conflicto mundial, nadie podía prever toda la extensión del horror que iba a producirse.

El aristócrata veneciano Caetano es una figura del pensamiento esotérico-mágico que floreció en Italia durante los años treinta. Aunque realmente existió y redactó textos exegéticos de auténtica relevancia sobre la magia, Caetano nunca practicó en la realidad las prácticas de rejuvenecimiento que describo. Éstas, sin embargo, se

enmarcan en efecto dentro de una cierta tradición mágica y aún son practicadas por algunos adeptos en nuestros días.

Odessa, la ciudad de nacimiento del personaje de ficción Ruben Hezner, es capital en la historia del movimiento de emancipación de los judíos de Europa central y oriental, así como en la formación del riquísimo pensamiento político y filosófico del judaísmo moderno. El poeta Bialik, citado en el prólogo, permanece, a este título, como una de las figuras más vivas de la cultura judía contemporánea.

En lo que concierne a las partes de la novela que se desarrollan en Oriente Medio, el atentado del hotel King David constituye todavía hoy una de las páginas más negras de los enfrentamientos que opusieron a los independentistas israelíes y las tropas británicas. La escena de la emboscada de la ambulancia en la que agoniza el capitán O'Reilly se sustenta en informes del ejército británico que describen las numerosas escaramuzas que efectivamente tuvieron lugar en las inmediaciones de los hospitales militares de la ciudad inmediatamente después de la explosión del cuartel general de la Corona. Aunque haya utilizado estos episodios históricos para alimentar las peripecias de David Tewp en Oriente Medio, naturalmente el nacimiento del Estado moderno de Israel es un hecho político y de diplomacia internacional que no puede reducirse a lo que los miembros más convencidos del movimiento sionista han podido definir como una «guerra de liberación contra el ocupante británico».

AGRADECIMIENTOS

Por la ayuda que me prestan y la amistad que me testimonian, no puedo retrasar a las últimas páginas del cuarto volumen de El siglo de las quimeras el momento de dar las gracias a aquellos y aquellas que son, tanto como yo, los creadores de estas novelas.

Mi primer pensamiento va destinado a Stephen Garriere, mi editor, dotado de una paciencia y una fuerza vital tan excepcionales como salvadoras. Sólo él podía hacerme atravesar el Paso de Jaibar que conduce del plácido estatus de lector al incierto sacerdocio de la escritura. Mil gracias le sean dadas con un ardiente «¡B.G.H.T.!» gritado bien fuerte desde lo alto de las colinas del Kafiristán.

Por mucho más que su cortesía, por su amabilidad, vienen luego Anne y Alain Carrière.

Elisabeth y Sophie, mis dos principales lectoras y correctoras, ocupan un lugar muy especial en mis pensamientos, ya que ellas son las primeras en sufrir mis frases a menudo demasiado largas y mis referencias a veces oscuras. Quiero expresarles aquí mi más caluroso agradecimiento por su largo y meticuloso trabajo.

Gracias también al dibujante Marc Taraskoff, que ha sabido insuflar tanta vida a los personajes que ilustran las cubiertas, y asimismo a Yasmina, Julia y Anne-Sophie, que hacen de cada una de mis visitas a la oficina un verdadero momento de placer.

Notas

[1] Así se denomina tradicionalmente a los no judíos. (N. del T.) <<

[2] En la cultura hebrea, un recinto común o región de los muertos, una especie de infierno al que van a parar justos e injustos. (N. del T.) <<

[3] Partidario de la Reforma, Thomas Müntzer (1490-1525) mantuvo con Lutero una encendida polémica teológica. Tras fracasar la reforma social que propugnaba y sofocada a fuego y sangre la rebelión de los campesinos a la que se había unido, Müntzer fue torturado y decapitado. (N. del T.) <<